



Carlos Uribe Celis

**SOCIÓLOGOS HISTÓRICOS
DE COLOMBIA
ESTUDIO CRÍTICO**

ORLANDO FALS BORDA

CAMILO TORRES RESTREPO

DARÍO MESA

LUIS LÓPEZ DE MESA

SALVADOR CAMACHO ROLDÁN

ABRAHAM FERNÁNDEZ DE SOTO



Universidad Nacional
Abierta y a Distancia

SELLO EDITORIAL



SOCIÓLOGOS HISTÓRICOS DE COLOMBIA ESTUDIO CRÍTICO

Orlando Fals Borda

Camilo Torres Restrepo

Darío Mesa

Salvador Camacho Roldán

Luis López de Mesa

Abraham Fernández de Soto

AUTOR:

Carlos Uribe Celis

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA – UNAD

Jaime Alberto Leal Afanador

Rector

Constanza Abadía García

Vicerrectora académica y de investigación

Leonardo Yunda Perlaza

Vicerrector de medios y mediaciones pedagógicas

Edgar Guillermo Rodríguez Díaz

Vicerrector de servicios a aspirantes, estudiantes y egresados

Julialba Ángel Osorio

Vicerrectora de inclusión social para el desarrollo regional y la proyección comunitaria

Leonardo Evemeleth Sánchez Torres

Vicerrector de relaciones internacionales

Myriam Leonor Torres

Decana Escuela de Ciencias de la Salud

Clara Esperanza Pedraza Goyeneche

Decana Escuela de Ciencias de la Educación

Alba Luz Serrano Rubiano

Decana Escuela de Ciencias Jurídicas y Políticas

Martha Viviana Vargas Galindo

Decana Escuela de Ciencias Sociales, Artes y Humanidades

Claudio Camilo González Clavijo

Decano Escuela de Ciencias Básicas, Tecnología e Ingeniería

Jordano Salamanca Bastidas

Decano Escuela de Ciencias Agrícolas, Pecuarias y del Medio Ambiente

Sandra Rocío Mondragón

Decana Escuela de Ciencias Administrativas, Contables, Económicas y de Negocios

Sociólogos históricos de Colombia

Estudio crítico

Autor:

Carlos Uribe Celis

301.44

U76

Uribe Celis, Carlos

Sociólogos históricos de Colombia. Estudio crítico / Carlos Uribe Celis -- [1.a. ed.]. Bogotá: Sello Editorial UNAD /2022.

ISBN: 978-958-651-892-5

e-ISBN: 978-958-651-890-1

1. Sociólogos 2. Pensamiento sociológico 3. Sociología política 4. Liderazgo social 5. Sociología católica I. Uribe Celis, Carlos

ISBN: 978-958-651-892-5

e-ISBN: 978-958-651-890-1

Escuela de Ciencias Sociales Artes y Humanidades ECSAH

©Editorial

Sello Editorial UNAD

Universidad Nacional Abierta y a Distancia

Calle 14 sur No. 14-23

Bogotá, D.C.

Noviembre de 2022

Corrección de textos: Armando Robledo Rico

Diagramación: Olga Lucía Pedraza Rodríguez

Edición integral: Hipertexto SAS

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons – Atribución – No comercial – Sin Derivar 4.0 internacional. https://co.creativecommons.org/?page_id=13.





A la memoria

del escritor caldense Jaime Mejía Duque (1933-2009),
quien en un encuentro casual me habló por primera vez
de la sociología y me invitó a estudiarla.

CONTENIDO

Dedicatoria	v
Prólogo	vii
1. Orlando Fals Borda.....	1
2. Camilo Torres Restrepo	101
3. Darío Mesa	145
4. Salvador Camacho Roldán.....	211
5. Luis López de Mesa.....	237
6. Abraham Fernández de Soto	311

PRÓLOGO

Ante todo, este estudio se ocupa de sociólogos colombianos fallecidos. En ningún caso me he propuesto conceptuar sobre el trabajo de colegas activos que pueden seguir produciendo, corrigiendo o ajustando alguna obra de intervención, reflexión, actuación pública o de cualquier género identificable, pues me parece riesgoso e innecesario. Lo hecho por cualquiera está a la vista (cuando lo está) y los interesados pueden llegar al producto cuando lo desean y como lo deseen. Además, ocurre que con nuestros contemporáneos pueden circular tráficos non sancti de influencias, pago de favores, posicionamiento o de otro género (incluida la animadversión) que vician el esfuerzo.

La segunda prevención es que para mi pesar no he podido incluir nombres de mujeres en mi estudio. Expongo las razones: un número importante de mujeres han transitado por la sociología colombiana cuyo trabajo fue (si han fallecido ya) y sigue siendo (entre las que nos acompañan todavía) admirable y digno de todo encomio. Su comportamiento y su producción en los más diversos campos, de la academia a la obra social, la política y el liderazgo social, son excelsos. Quise, sin embargo, ocuparme aquí de lo que he llamado “sociólogos históricos”, porque el trabajo de ellos dejó huella prominente y reconocida en la historia colombiana o en la configuración de la profesión sociológica disciplinar específicamente. Otras disciplinas ya han tenido tiempo de exaltar a sus profesionales y eximias representantes. Y nosotros compartimos esta labor.

Un tercer aspecto apunta a la condición crítica de este libro. La sociología profesional colombiana (no obstante ser vieja de sesenta años) aún es muy joven y al menos tres de las figuras estudiadas por nosotros aquí fueron contemporáneos de muchos de los colombianos y extranjeros aún vivos. Fueron sus profesores, mentores, colegas, o guías intelectuales, espirituales, políticos, etc. Se ha escrito ya sobre ellos con alguna profusión y este libro da cuenta de la literatura relevante al respecto, pero se advierte que muchos de los textos concernidos sobre estas figuras señeras pertenecen al género apologético, habiendo sido muchos de los autores discípulos, colaboradores o amigos directos y dilectos de sus biografiados. Lo que queremos

mostrar aquí es una arista diferente de estas grandes “columnas” de la sociología colombiana, para usar el término con que Pablo de Tarso se refería a los líderes supervivientes del cristianismo prístino. Bien puede ser que estas “columnas” han hecho méritos para que sus admiradores los mitifiquen. Es una reacción natural. Aquí nosotros desmitificamos, y no por desmitificar caprichosamente sino porque el enfoque crítico lo reclama, pero lo hacemos con la delicadeza de reconocer con honestidad y ética profesional los logros del personaje, que en lo que concierne a los protagonistas de este estudio, son muchos, abiertamente visibles, claramente representativos y altamente valiosos.

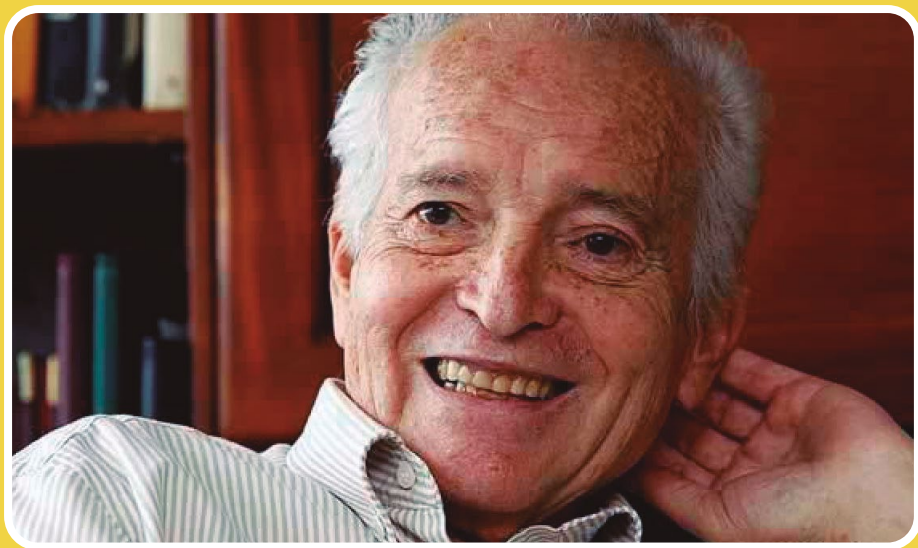
Cuanto se afirma aquí nos hemos ocupado de sustentarlo mediante referencias específicas que se hacen al pie de la página. El libro contiene más de quinientas notas de pie de página. El lector meticoloso puede ir a la referencia cuando lo juzgue de interés, porque muchas veces puede hallarse sorprendido ante las afirmaciones aquí consignadas o sencillamente por mera rutina académica.

Carlos Uribe Celis
Bogotá, enero de 2021

.....

1. ORLANDO FALS BORDA

.....



ORLANDO FALS BORDA.

Obra, carácter, política.

Orlando Fals Borda es el sociólogo colombiano por antonomasia. Su nombre está ligado incuestionablemente a los orígenes de la profesionalización de la disciplina sociológica en este país. Pero más allá de este hecho notable, Fals Borda (1925–2008) es uno de los hombres colombianos más destacados del siglo XX. En su calidad de científico social fue reconocido durante la segunda mitad del siglo XX en casi todos los países de América Latina, en muchos países de Europa, en países de África (Tanzania, por ejemplo) como también en India, Australia, Bangladesh, Filipinas, Sri Lanka y otros más, según referencias proporcionadas por el propio Fals.

Gentes de diversa profesión, extracción y procedencia estuvieron en algún momento interesados en las obras, los trabajos y las propuestas intelectuales o políticas de Fals y en aspectos diversos de su trayectoria vital. Un número importante de academias o escuelas universitarias del mundo tematizaron sus aportes teóricos y sus propuestas de solución a la pobreza, el subdesarrollo, la desigualdad y la opresión en el mundo. Es claro que de muy pocos colombianos en el siglo XX puede pregonarse igual recepción internacional.

En este trabajo abordaremos la obra escrita publicada de Fals y trataremos de verla desde una perspectiva crítica resaltando aspectos y puntos de vista que la literatura actual sobre este autor no ha tenido siempre en cuenta. El corpus de nuestra investigación consta de un poco más de 80 textos que aparecen en libros y antologías que se han compilado y publicado sobre los trabajos del sociólogo colombiano. Se entenderá que la obra escrita de Fals versa prominentemente sobre su trabajo en el campo; es decir, en la realidad social nacional y de otros países en los que adelantó investigación o estudio. Por consiguiente, es tanto el pensamiento como las actuaciones públicas de este autor lo que ocupará centralmente nuestra atención.

En principio nos iremos acercando a la obra en un orden cronológico, de acuerdo con una periodización de su pensamiento que presentaremos más adelante. Nuestro primer acercamiento será a los orígenes biográficos del personaje. Antes de que se convirtiera propiamente en un hombre público o, si se quiere, en el hombre que se enroló en una comunidad ajena a su hábitat originario para trabajar en ella, con ella y de varias maneras por ella. Esto ocurrió en el año de 1949. Cinco años antes Fals había salido ciertamente de Colombia, pero entonces había viajado a completar su formación personal en calidad de joven estudiante. Creemos que el Fals público solo alumbró, da sus primeros pasos, en esta fecha señalada de 1949.

EL ORIGEN DE FALS

Orlando Fals Borda¹ nació el 11 de julio de 1925, en la ciudad de Barranquilla, Colombia². Fue el mayor de una familia de seis hijos: cuatro hombres y dos mujeres, en el hogar conformado por Enrique Fals Álvarez y María Borda Angulo. Por parte de su padre, Orlando Fals Borda tuvo otro hermano nacido en Mompo, al que conoció siendo ya mayor, de nombre Alfredo Fals Angulo. La madre de Alfredo era una señora del pueblo, mompoxina y de color.

El padre de Orlando Fals, Enrique, era hijo de un español catalán, Alfredo Fals Corona, quien llegó a Barranquilla alrededor de 1899, emigrado de Cuba en tiempos de la guerra hispano-usamericana³ librada en Cuba (1898), guerra que condujo a la independencia de este último país (1895–1898). Parece ser que el español Alfredo se detuvo algún breve tiempo en Panamá antes de llegar a Colombia. Alfredo Fals Corona había emigrado con su hermano Fernando. Inicialmente los hermanos Alfredo y Fernando montaron un circo en Barranquilla⁴, pero el destino de esta empresa fue efímero y los hermanos se trasladaron a Magangué donde abrieron un casino y se establecieron. En Magangué Alfredo contrajo matrimonio con la nativa Cándida Álvarez Machado, oriunda de Mompo⁵, quien a su vez era hija de la cacica de la etnia chimila Cristina Machado, oriunda de Pijiño, Magdalena, a quien Orlando alcanzó a visitar en compañía de su padre en una ocasión y la recordaba cocinando alguna

-
- 1 Una fuente llama a Fals: Orlando Enrique Fals Borda. Dice esta fuente: “En la ceremonia bautismal, y más allá de la negativa de don Enrique Fals, el oficiante lo llamó Orlando Enrique Fals Borda, y así quedó registrado”. (Gonzalo Castillo e Isay Pérez (2010), *La influencia religiosa en la conciencia social de Orlando Fals Borda*. Barranquilla: Corporación Universitaria Reformada. P.36).
 - 2 Una compilación antológica de la obra de Fals publicada en 2013 en Buenos Aires dice que su lugar de nacimiento es Mompo. Por todos los indicios se trata de un error. Ver: Nicolás Herrera *et al.* (Comp.), 2013, *Ciencia, compromiso y cambio social. Orlando Fals Borda*. [Antología]. Buenos Aires: Editorial El Colectivo. Una conversación con el mompoxino Máximo Palacio, asistente de Fals en su investigación para *La historia doble de la Costa*, me fue de valiosa ayuda en este punto.
 - 3 “Usamericano”= neologismo que utilizo para designar a los originarios de los Estados Unidos de América, impropriamente llamados norteamericanos, siendo que a Norteamérica la conforman tres países: Canadá, Estados Unidos y México.
 - 4 Ver: Normando Suárez, Cronología de Orlando Fals Borda. 1925–2017. En: O. Fals Borda (2017), *Campesinos de los Andes y otros escritos antológicos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. P. 409–418.
 - 5 Orlando Fals dice que su abuela Cándida, a quien llamaban Chacha, para el tiempo de la infancia de Fals vivía en Barranquilla, tenía una finca en Santo Tomás, Atlántico, y viajaba hasta su finca en un automóvil Fiat “larguísimo” que le había comprado a un yerno italiano que tuvo (O. Fals Borda, Mis primeros años, En Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2009), *Orlando Fals Borda: Una sociología sentipensante, Antología* Bogotá: Siglo del Hombre, Clasco. P.26.

vianda en un fogón de leña en piso de tierra⁶. Entre los Fals barranquilleros había una cierta percepción de que Alfredo, el abuelo, había militado en las filas de la iglesia bautista. De cualquier modo, Enrique, el hijo de Alfredo, ingresó como alumno al Colegio Americano (presbiteriano) de Barranquilla y allí se educó. En ese medio religioso conoció a María Borda Angulo y con ella contrajo matrimonio.

María Borda era hija del ingeniero Carlos Borda Monroy, de familia bogotana. Borda Monroy era un explorador que descubrió los yacimientos de carbón en la Jagua de Ibirico y los de petróleo en Galerazamba⁷. Borda Monroy se casó con Ana Angulo Vidal, oriunda de Calamar, Bolívar. María Borda Angulo, hija de este matrimonio nació en Chivolo, Magdalena⁸.

Los esposos Fals Borda en Barranquilla acabaron ambos como profesores del Colegio Americano (presbiteriano), donde los dos habían estudiado, siendo Enrique profesor de Español y Literatura y María profesora en la sección femenina. Enrique, a quien su hijo Orlando presenta como periodista y escritor, escribió algunas piezas que fueron publicadas en un periódico barranquillero⁹. María, la madre, por su parte, fue una mujer de gran actividad social y misionera en socorro de los más necesitados. En el colegio montó un grupo de teatro escolar y para él produjo piezas dramáticas de fondo bíblico. Una de estas piezas fue sobre *Naamán, el sirio*¹⁰, un rey leproso de Israel a quien cura el profeta Eliseo (2Reyes, 5) y otra, al parecer, fue una dramatización de la heroína Ester en el libro del mismo nombre del Antiguo Testamento¹¹. Su hijo Orlando utilizaría justamente como epígrafe de su primer libro, *Campesinos de los Andes*, un pasaje del libro de Ester, tal vez copiado del drama montado por su madre. En otro plano de acción María Borda dirigió desde 1948 un programa de radio con contenidos totalmente femeninos, que descuella como una muestra pionera del feminismo colombiano. En el año de 1950 María lideró la organización “Damas Contra el Cáncer”, de alcance nacional, de la mano del doctor Gustavo Hitzig¹², quien promovió la primera liga contra el cáncer en el país. María Borda brilló, pues, como una líder social reconocida en el Atlántico y, en su calidad

6 También dice Orlando de ella que “vestía de largo faldón de cumbia [y] que amasaba y costaba [sic] sobre bindes [sic] los mejores casabes de yuca del barrio” (O. Fals Borda, “Mis primeros años”. En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2009), *op. cit.* P. 26.

7 N. Suárez, *op. cit.* P. 410.

8 G. Castillo *et al.*, *op. cit.* P. 28.

9 Era Enrique un cultor del idioma español y se ofreció a revisar la versión española de *El hombre y la tierra en Boyacá* –lo dice el mismo Orlando, su hijo–. Esto también apunta a que Enrique era bilingüe.

10 O. Fals Borda, Mis primeros años, En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.), *op. cit.*

11 G. Castillo *et al.*, *op. cit.* P.31.

12 Castillo *et al.*, *op. cit.* P.28–29.

de fiel de la iglesia presbiteriana, hizo acción social entre la población joven de escasos recursos en Barranquilla.

El presbiterianismo, la religión de los esposos Fals Borda, es un culto calvinista (Siglo XVI) de origen escocés, distanciado –“no–conformista”– de la iglesia anglicana. En griego: *Presbíteros* significa anciano y la idea de los presbiterianos es asignar el gobierno de la iglesia a personas mayores, tanto sacerdotes o pastores como a algunos laicos elegidos de entre la misma congregación. Los presbiterianos tienden a tener un espíritu liberal y conciliador y en los años 60 del siglo XX se adscribieron al ecumenismo (la convivencia de las distintas denominaciones cristianas) y en ese carácter fueron prominentes en el Consejo Mundial de Iglesias, que funcionó en Suiza durante los años 60 posteriores al Concilio Vaticano II. Como hijos de la Reforma los presbiterianos creen en la salvación por la fe, no por “las obras” (indulgencias, ritos, limosnas), y en la autoridad de la Escritura como palabra revelada. Se destacan por ser intelectualmente cultivados y amigos de la educación formal.

De sus primeros años, Orlando recordaba que sus padres lo llevaban al Colegio Americano, sin ser estudiante todavía, y allí jugaba con los hijos de la cocinera negra, mientras en familia jugaba con sus primos Anaya Angulo, sobrinos de su madre¹³. Pero de esos años trae Orlando un recuerdo especial:

“Recuerdo en especial a un niño pescador mayor que yo, con quien me la pasaba jugando en el mar y haciendo excursiones al cercano castillo (las ruinas del edificio de la aduana) por un empinado camino lleno de pringamozas. Él fue una de las primeras personas distintas de mi familia a quien llegué a querer”¹⁴.

Orlando Fals estudió su primaria y secundaria en el Colegio Americano donde enseñaban sus padres. Allí recibió de modo directo el influjo de la educación religiosa presbiteriana. Sus modelos intelectuales y morales de infancia y juventud fueron pastores presbiterianos de origen usamericano que vinieron a Barranquilla. Entre ellos: Richard Shaull, James Goff y Alvin Schutmaat¹⁵. Richard Shaull fue un prominente pastor presbiteriano que actuó en América Latina, particularmente en Brasil y Colombia. Shaull llegó a Barranquilla en 1942, cuando Orlando era un ado-

13 Fals rememora –por otra parte– en su pieza autobiográfica *Mis primeros años*, que en algún momento su familia paterna tuvo un momento de crisis económica y él, siendo el hijo mayor, tuvo que ir a vivir en la casa de un amigo rico, pastor (o “presbítero gobernante”) de la iglesia, que lo “adoptó” por una temporada y lo trató como a uno más de los hijos.

14 O. Fals Borda, *Mis primeros años*. En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.), *op. cit.* P.27.

15 G. Castillo e Isay Pérez, *op. cit.* P.6.

lescente y ya se destacaba en el ámbito de la iglesia de la ciudad. Lo primero que hizo Shaull fue romper con los protocolos de su estatus e irse a vivir a un barrio pobre del puerto. Instauró luego y dirigió el “Centro Juvenil Presbiteriano”¹⁶ en Barranquilla, al que Fals estuvo adscrito. De aquí Fals pasó a militar en el Movimiento Juvenil Evangélico Latinoamericano entre 1941 y 1943. Fals era entonces un muchacho de 16–18 años y cursaba los grados 4º. a 6º. de bachillerato (hoy grados 9º. y 11º.). Obsérvese cómo aquí se da una temprana inserción de Fals en el medio internacional, esta vez latinoamericano.

De regreso a Shaull, cuando este ya había abandonado Barranquilla y residía en Brasil, Shaull inicia el movimiento “Iglesia y Sociedad en América Latina” (ISAL), un movimiento muy afín a la Teología de la Liberación, que entonces hacía carrera en las filas de clérigos y laicos de la iglesia católica latinoamericana.

Otro influjo importante para el joven Orlando Fals fue su profesor Manuel Escorzia, pastor y rector del Colegio Americano a partir de 1940, cuando Fals cursaba segundo de bachillerato. Escorzia era seguidor de la música culta y en particular de la Ópera. El joven Fals se convirtió en asiduo visitante de su casa donde compartía con Escorzia la audición de óperas cuya melodía brotaba de una vitrola de manivela que Escorzia mismo manipulaba¹⁷.

Durante el bachillerato Fals hizo parte de una excursión escolar a la Sierra Nevada. Fals cuenta que él, por propia iniciativa, hizo un diario de viaje “con datos de población y altura sobre el nivel mar”¹⁸. Su padre, hallándolo digno de publicación, logró ubicarlo en un diario de Barranquilla. De ese hecho Fals observa que de “allí brotó *mi primer trabajo etnográfico*” y también su estreno como autor.

Entre los varios talentos de Fals figuró, como se sugirió antes, el de la música. Habiendo sido desde los 13 años director de la Escuela Dominical de la Iglesia en Barranquilla, se convirtió más adelante en cantante principal del coro de la misma iglesia en apoyo a la liturgia del culto. En 1950 dirigió el coro de la Primera Iglesia Presbiteriana de Bogotá, de la cual era ahora pastor Richard Shaull. Fals tenía voz de tenor y su talento musical le dio para escribir música y componer la pieza Mensaje a Colombia que el coro de la Universidad Nacional interpretó poco antes de su

16 Fals habla de la Sociedad de Jóvenes Presbiterianos, que suponemos es la misma agrupación. Ver O. Fals Borda, *Mis primeros años*, En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.), *op. cit.* P.29.

17 Orlando dice de esas audiciones recordar especialmente El Miserere de El Trovador de Verdi. Y añade que Benjamín Anaya Angulo, un primo suyo por parte de madre, le presentó por primera vez a Wagner y la Sinfonía de Frank, que Anaya guardaba en discos de acetato.

18 O. Fals Borda, *Mis Primeros Años*, En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.), *op. cit.* P. 29.

muerte en homenaje de que fue objeto. También sabemos que compuso una pieza para violín. En su relato autobiográfico *Mis primeros años*, que hemos citado antes, Orlando trae otras reminiscencias que avalan su incursión en la música. Allí dice:

“iba –siendo aún niño– con los alumnos internos todos los domingos a la Escuela Dominical de la iglesia presbiteriana de la calle Sello. Allí aprendí a cantar con los himnos congregacionales, algunos de buena inspiración musical por haber sido compuestos por genios como Haydn. Más tarde, ya adolescente, llegaría a ser superintendente de dicha Escuela [...]. Me hice amigo [luego] del joven misionero Darrell Parker, poseedor de una bella voz de tenor y director del coro, al que ingresé con gusto. Allí interpretábamos piezas corales excelentes, como las de Vitoria y Palestrina, que no se estudiaban ni en el conservatorio. Cuando regresé de Estados Unidos, yo mismo dirigí el coro de esta iglesia y después de Bogotá, cuando me atreví a interpretar, por primera vez en Colombia, una cantata de Bach: el Oratorio de Navidad; se hizo con éxito gracias al apoyo del genial organista Alvin Schutmaat [...]. Y añade Fals que fue] el maestro Pedro Biava, padre de Luis [Luis Biava, famoso músico colombiano, director de la Orquesta Sinfónica de Colombia] quien me dio las primeras explicaciones directas sobre notación musical, ya que por fin había decidido aprender música solo, leyendo las entradas teóricas de la Enciclopedia Espasa”¹⁹

El vínculo de Fals con el presbiterianismo continuó hasta los años 70 del siglo XX, cuando ya Fals era una figura académica y política. La fundación de la Rosca en 1971, que fue instrumento de la inserción de Fals en los movimientos de izquierda en el campo de la región del Sinú, fue posible gracias al apoyo financiero de la organización presbiteriana de los Estados Unidos, que en ese año lo subvencionó con \$79.500 dólares (unos 300 millones de pesos de hoy) y lo hizo así al menos entre 1970 y 1972²⁰.

19 O. Fals Borda, *Mis primeros años*, En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.), *op. cit.* P.27–29.

20 Ernesto Parra Escobar (1983), *la Investigación–Acción en la costa Atlántica. Evaluación de la Rosca. 1972–1974*. Cali: Funcop. P. 16. En 1973 los dirigentes del presbiterianismo en Colombia cuestionaron el apoyo de la organización central usamericana al proyecto de Fals en la Costa y lo acusaron de comunista. Ver también G. Castillo *et al.*, *op. cit.* P.67,70.

TRES ETAPAS EN LA TRAYECTORIA DE FALS

El recorrido por la obra de Fals nos sugiere que hay tres momentos con dos rupturas distinguibles, una de ellas radical, diríamos, y otra un ponderado “retorno a casa” con una mezcla de autocrítica y actividad política más pausada.

La primera etapa o –como se suele decir al hacer la cronología de otros autores famosos– el “Primer Fals” va, como aquí lo concebimos, de 1948 a 1966. En 1948 Fals culmina su formación de pregrado en Dubuque University, Iowa, y, por lo que sabemos, regresa a Colombia para iniciar su carrera como hombre de pensamiento y acción pública. Esta etapa llega, como se ha indicado, hasta 1966, año en que Fals deja el nicho académico de la Universidad Nacional (UN) como director actuante del Departamento de Sociología que él mismo había echado a andar siete años atrás. Podemos casi dar una fecha exacta para este corte: 6 de febrero de 1966. En aquel día, contrariado por los últimos desarrollos de su estancia en la UN, repudiado por un sector del estudiantado y claramente maltratado, Fals renuncia a su cargo de director y docente y tras haber tramitado una comisión *ad honorem* (una suerte de año sabático, que le es concedido), se retira definitivamente –o por los siguientes 20 años– de la vida académica.

La segunda etapa en la trayectoria de Fals Borda, el Segundo Fals, a nuestro decir, va de 1966 a 1987. En este último año Fals regresa como docente a la UN, que había abandonado por dos decenios.

La tercera y final etapa, el Tercer Fals, irá, como aquí lo planteamos, de 1997 hasta su deceso el 12 de agosto de 2008 en la ciudad de Bogotá. Una más detallada justificación de esta periodización se hallará en el curso de este texto al abocar cada una de las etapas de la vida de nuestro personaje como acabamos de exponer.

Una aclaración es aquí pertinente: el hecho de que nuestra cronografía gire en torno a una partida y un regreso a la UN no quiere decir que hagamos girar la vida de nuestro autor en torno a esa institución académica. Se trata más bien de una coincidencia. En la trayectoria de Fals la UN es solo un referente más, importante como aquella pueda ser. Los objetivos y los avatares de la vida de Fals siempre fueron mucho más allá del trabajo académico. Pero febrero de 1966 fue un punto nodal en su existencia, pues, siendo una figura de gran relieve en la academia de esa época,

cae de pronto en un vacío de rechazo y, diríamos, de ingratitud frente a lo que había podido construir ya allí y, por si esto no fuera bastante, al cabo de una semana y media de su abandono del claustro, su *partner* principal en el último lapso de siete años, el padre Camilo Torres Restrepo cae muerto en una acción militar del grupo guerrillero al que había adherido escasos tres meses antes.

Aunque Fals no promovió –comprenderla, sin embargo– la decisión extrema de Camilo, por buena parte de lo que ocurrió después, pensamos que este acto heroico tuvo un peso destacado en las propias determinaciones de Fals sobre hacia dónde quiso orientar sus pasos, su esfuerzo vital y su energía. La vuelta de Fals a la UN en 1987 la entendemos como un “retorno a casa”, no queriendo decir que la universidad fuera exactamente su “casa”, ni siquiera en un sentido metafórico, sino más bien el *locus* simbólico de una vuelta a una vida más pausada, tras haber cumplido con una inserción profunda, compleja y agitada en la realidad nacional y tras haber completado su gesta literaria: los cuatro tomos de la *Historia doble de la costa*, que no era simplemente una publicación más sino el testimonio de una lucha y de un compromiso. Y esto a la edad de 62 años.

1 . El primer Fals

Como ya dijimos, Fals vuelve a Barranquilla, por todos los indicios²¹, en 1948. Entre 1948 y 1949 compone la ya mencionada pieza musical para coros, a cuatro voces: *Mensaje a Colombia*. Esta creación fue motivada por la crisis que el país padeció como efecto de la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en abril de 1948. En 1949 Fals hace una corta estancia en el pueblo de Vianí, Cundinamarca, como parte de un proyecto de promoción agrícola liderado por la UNESCO. Y en el mismo año de 1949, por todos los indicios, otra vez, se inicia como empleado en el proyecto de construcción de la Represa del Sisga en el municipio de Chocontá, Cundinamarca. La presa (el muro de retención) fue construida en hormigón armado por la empresa Winston Brothers de los Estados Unidos. Winston Brothers, según el propio Fals, tenía una larga historia de intervención en Colombia, desde 1925, entendiendo que su equipo humano y técnico aprovechaba, sin duda, la experiencia acumulada de la ingeniería usamericana durante el New Deal del presidente F.D. Roosevelt, que adelantó un número de obras de este tipo en los Estados Unidos en años posteriores a la recesión de 1929 buscando salirle al paso a la crisis que la siguió. Fals Borda fue contratado

21 No contamos con la fecha exacta. Castillo y Pérez dicen que Fals pertenece a la promoción de 1944 del Colegio Americano de Barranquilla. Tendría entonces 19 años. Entonces se engancha en la Armada Naval de Cartagena donde fue cadete por un año. En 1945 habría viajado a Iowa y permaneció allí por tres (?) años. Así su regreso pudo haberse producido al final de 1948 o principios de 1949.

como secretario bilingüe de la empresa y estableció su residencia en Chocontá. No olvidemos que los estudios que Fals cursó en la universidad presbiteriana de Dubuque, en Iowa, fueron de Lengua y Literatura Inglesa.

Probablemente Fals ya era bilingüe cuando salió de su plantel de bachillerato, el Colegio Americano de Barranquilla, pues los directores del colegio y varios de sus profesores eran angloparlantes. Habiendo estudiado sus padres en el mismo plantel, probablemente también ellos eran bilingües. En sus estudios de Lengua Inglesa Fals tuvo que haber adquirido un nivel de excelencia en el dominio de la lengua de Shakespeare. Pero, por una percepción que desarrollaremos después, Fals, probablemente no se contentó con ser un aplicado alumno del pensum central de su escuela. Muy inquieto como era debió haberse enrolado en la actividad de la iglesia presbiteriana en el sitio, actividad que debía ser protuberante, dado que Dubuque University había sido o era aún un seminario teológico. Tampoco sabemos si pudo viajar a sitios académicos cercanos como Iowa City, la sede de la importante Universidad de Iowa, una universidad, liberal e igualitarista, con gran tradición en el campo de las lenguas y las artes. O incluso a Minneapolis, la capital del Estado vecino de Minnesota y sede de la Universidad de Minnesota o quizás también a Wisconsin, otro estado vecino, cuya universidad (University of Wisconsin) aloja el famoso Land Tenure Center, cuyos estudios sobre agricultura y áreas rurales de cobertura mundial estaban ya sólidamente establecidos.

Lo que es posible prever es que Fals en Dubuque se forjó el propósito de regresar, cuando finalizara su pregrado, a los Estados Unidos para continuar estudios que le permitieran intervenir en la mejora de las condiciones de vida de la población más explotada e históricamente oprimida de Colombia: sus campesinos. Pero, coherente con esta meta, Fals debió tomar tiempo de su programa académico para sumergirse en literatura académica y en autores que le permitieran adentrarse en el estudio de poblaciones marginadas, preliterarias (*pre-literate*) y particularmente atrasadas, como él veía que eran las de su país en ese momento.

La antropología norteamericana, justamente, había hecho grandes avances en este campo. El fundador de la antropología usamericana, el alemán Franz Boas, formó una escuela de estudiosos de una altura sin parangón. Entre sus alumnos figuran, entre otros, Alfred Kroeber, Robert Lowie, Edward Sapir, Margaret Mead y Ruth Benedict. Muchos de estos etnólogos eran lingüistas por oficio y algunos de ellos, como Edward Sapir, teóricos reconocidos de la lingüística.

No se trata aquí de una digresión, como se verá. En Hispanoamérica una suerte de antropología arcaica está plasmada en las *Crónicas de Indias*. Mencionamos las

Crónicas de Indias, pues ellas van a tener una importante incidencia en los primeros y tal vez más celebrados trabajos de Fals Borda: *Campesinos de los Andes* (1953) y *El hombre y la tierra en Boyacá* (1955).

Campesinos de Los Andes

El primer trabajo académico de Fals es, en efecto, *Campesinos de Los Andes* (CA, por brevedad). El autor declara expresamente que el trabajo de campo para este texto lo realizó entre 1949 y 1951, correspondientes a los años en que Fals, un joven de 24 años, era empleado de Winston Brothers en jurisdicción de Chocontá. Sin estudios formales de sociología, Fals programó y desarrolló una investigación que luego completaría en la Universidad de Minnesota para cumplir con los requisitos académicos de la Maestría en Sociología.

Desde Dubuque, presumimos, Fals se introdujo en los elementos básicos de la investigación sobre comunidades atrasadas. Esas bases habían sido desarrolladas ante todo por la antropología cultural desde el siglo XIX, dado el interés del imperio británico en los pobladores de sus colonias de ultramar y la correspondiente atención que sobre los nativos aborígenes norteamericanos demostró el Gobierno de los Estados Unidos. Pioneros de estos estudios de comunidades atrasadas fueron Lewis Henry Morgan (1818–1881), Edward Burnett Tylor (1832–1910), James George Frazer (1854–1941), Bronislaw Malinowski (1884–1942), Alfred Radcliff–Brown (1881–1955) y otros ya nombrados, como F. Boas y sus brillantes discípulos (Sapir, Mead, Benedict, etc.).

Con la excepción tal vez de Frazer y de Ruth Benedict, todos ellos practicaron la *observación participante* y fue Malinowski, quien trabajó entre los nativos de las Islas Trobriand (Papua New Guinea) quien popularizó el método. La manera de investigar a estos pueblos atrasados (primitivos) era trasladarse al campo, insertarse en su hábitat y observar directamente a los investigados en su modo de vida (*ethos*), costumbres, construcción y mantenimiento de su vivienda, prácticas religiosas, modos de relación social, instituciones sociales y religiosas en general y para decirlo con dos palabras: su sociedad y su cultura.

Esto, que Fals tuvo que haber entrevisto en el mundo académico que rodeaba a Dubuque, fue precisamente lo que se propuso hacer al entender que su trabajo en Winston Brothers en Chocontá le ofrecía la oportunidad de ensayar un tipo de investigación que replicara el trabajo con comunidades primitivas, desarrollado por la antropología cultural y social de los Estados Unidos. Y, ni corto ni perezoso, Fals buscó, como centro de operaciones y vivienda temporal, un nicho en la casa de una

familia campesina en la vereda de Saucío en el mismo municipio de Chocontá. Esta movida estratégica le abrió las puertas a un experimento de “observación participante” que Fals hizo con gran dedicación, disciplina, inteligencia y rigor. Todo el trabajo de campo, insistimos, fue desarrollado por nuestro autor antes de matricularse en escuela alguna de sociología. Cuando Fals arriba posteriormente a Minnesota, ya lleva bajo el brazo una compilación de datos rigurosamente obtenidos y debidamente organizados con la idea clara de articularlos en un producto académico, efecto todo de su “investigación participante” *ad hoc* en una comunidad atrasada.

Cuando Malinowski pone en ejecución el método de la “observación participante” su objeto de estudio es una isla o un conjunto de ellas. Cuando Boas, inicia su trabajo antropológico se ha sumergido en una tribu (la de los Inuit canadienses). Lo mismo hacen Radcliff-Brown (Islas Andaman) o Margaret Mead (comunidades de Papua New Guinea). Fals replica esa experiencia hasta donde le es posible: su vereda o “vecindario” (el nombre que él utiliza para llamar a su comunidad particular) está básicamente aislada y se trata de una comunidad campesina atrasada típica del altiplano cundiboyacense. Fals podrá ver el inicio de la ruptura del segmento (como diría Durkheim) y el salto de la “solidaridad mecánica” (concepto que Fals menciona) a la “solidaridad orgánica” (concepto que Fals nunca nombra). Pero su observación básica y mayoritaria corresponde a una mónada social en gran parte aislada y prácticamente sin “ventanas”²² o con muy escasos resquicios y contactos.

Colombia, el país que da asiento a su “mónada”, prácticamente no existe para Fals en su investigación, más allá de ciertos datos históricos como el paso por la vecindad de Saucío del Ferrocarril de La Sabana o la carretera (Central del Norte) por donde el presidente Reyes llevó el primer automóvil desde la capital hasta Santa Rosa de Viterbo, su pueblo natal, en 1905. Colombia vivía en el momento de la “investigación participante” de Fals el climax de una violencia demencial. Esta situación apenas aparece (como mención a un episodio en la vereda La Guajira de Chocontá) en el estudio de Fals. Y se dirá que el retazo de patria en el que se insertó Fals no padeció el maremoto de violencia que azotaba al resto del país. Ciertamente es, pero el investigador de ese “retazo” sabía que el tejido, del cual hacía parte aquella localidad minúscula, ardía y se consumía devastadoramente. Sin embargo, esto no lo afecta en absoluto. Aunque Saucío era en gran medida una “mónada leibniziana sin ventanas” el científico social ubicado en Colombia no podía sustraerse más que forzosamente al contexto o contorno de su objeto. Es como si Fals hubiera querido, entonces, mantener expresamente su microscopio sobre esa pequeña mancha de materia, que entre más imperturbada e incontaminada, tanto mejor para su esquema investigativo.

22 El concepto de “mónada sin ventanas” procede del filósofo Gottfried Leibniz.

Al final, Fals dio a luz una buena pieza en términos académicos para el comité universitario que lo evaluaba. Una pieza nítida, bien compuesta y coherente, que excedía con mucho el requisito del “paper” de maestría que la Universidad de Minnesota le exigía para declararlo “maestro” (*master*). No es sorprendente, así, que a ese joven de 28 o 30 años se le hubiera otorgado lo que los estudiosos colombianos de Fals han llamado el Premio Guggenheim de investigación, que, en realidad, no era más que una beca de investigación (Fellowship) otorgada (hasta a cien o más de los postulantes latinoamericanos) por la John Simon Guggenheim Memorial Foundation de los Estados Unidos para trabajos de estudiantes del subcontinente destacados en el campo de las humanidades y las artes.

Aunque en su año de maestría Fals pudo entrar en contacto con la sociología, solo lo hizo con una corriente subsidiaria de ella y con desarrollos de una especialidad que existía en los Estados Unidos, la sociología rural. No sabemos –aunque es probable– si en los días de su inmersión en Saucío ya conocía Fals el trabajo de T. Lynn Smith, Justo Díaz Rodríguez y Luis Roberto García (1944): *Tabio: estudio de la organización social rural*, que dadas las características afines de esas dos comunidades sobre el altiplano cundiboyacense (Tabio y Saucío) tuvo que ser muy inspirador para Fals. Parece ser esta la carta que decidió finalmente a Fals a postularse a la Universidad de Florida, donde Lynn Smith era docente, para continuar sus estudios de doctorado.

De las cien referencias bibliográficas que trae el estudio sobre Saucío, el 70 por ciento aproximadamente son de carácter histórico, 16 por ciento son antropológicas y 13 por ciento son sociológicas. Las primeras tres cuartas partes del texto de CA (primeras 140 páginas) unas 90 páginas son de historia y unas 50 son de geografía o antropometría. La sociología, puede decirse, brilla por su ausencia en esta primera mitad. Del capítulo 7 en adelante (p. 140) el libro desarrolla aspectos más sociológicos, con su metodología cuantitativa, como la técnica del cultivo agrícola y el análisis de insumo producto, una exposición que nos parece destacable. En el capítulo 9 (p. 169), la etnología/etnografía del comienzo tiende a recuperar su espacio y así hasta el final, aunque hay ciertas observaciones esporádicas de sociología propiamente dicha sobre el estatus discriminado de los componentes de su comunidad (con recurso al método de medición de estatus de Chapin–Sewell–Guttman); la observación correcta de que en Saucío no hay clase media y otras breves notas en tal sentido.

En suma, bien puede decirse que CA ofrece, sin lugar a duda, más una visión antropológica de una comunidad aislada que un estudio propiamente sociológico como hoy lo entenderíamos. Esto no hace el producto menos valioso, menos interesante ni menos oportuno. Estamos ante un texto que deben recorrer quienes quieren saber realmente cuál era el país premoderno, “pastoril”, como alguien lo llamó, que pronto el capitalismo y la modernidad absorberían plenamente, un proceso que

Fals ya empieza a ver, pues, como él mismo lo señala con cierta nostalgia, la construcción de la represa del Sisga introdujo novedades sociales, culturales y estructurales que transformaron la burbuja estacionaria, cuya etnografía Fals realizó con encomiable aplicación.

Si el *quantum* de sociología, propiamente hablando, en CA es proporcionalmente reducido, ¿qué tipo de sociología es el que caracteriza ese quantum? Pitrim Sorokin, el sociólogo ruso de Harvard, el celoso rival de Talcott Parsons, es un autor especialmente referido en los primeros trabajos de Fals. En CA figuran dos obras de Sorokin una, sin duda pionera, de 1930 (*Rural Sociology*), y otra del mismo tema de 1948. Hay también en CA una referencia a la famosa distinción de Ferdinand Tönnies entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, otra referencia a Pareto sobre el tema de las élites, que, sin embargo, no incluye en la bibliografía, otra al spenceriano Graham Sumner y una más a Durkheim (sobre el concepto de solidaridad mecánica). Aparece otra fuente más: Charles Loomis *et al.*, sobre sociología rural y la cita de un manual de sociología general (Robert Maclver, 1952). Autores de la Escuela de Chicago, que aparecen como referencias en obras posteriores de Fals no aparecen en esta su *opera prima*.

En ello consiste básicamente su menguado aparato de fuentes sociológicas. No hay indicios de que Fals conociera entonces a Talcott Parsons, ni a Weber, ni en profundidad a Durkheim (lo de la “solidaridad mecánica parece tomado de un manual²³) y mucho menos a Marx a quien ignora. En contraste para la misma época, los aportes editoriales de Gino Germani en Argentina y de José Medina Echavarría en México, desde los años 40, y de la incipiente sociología brasileña, que sí frecuentaba a los grandes clásicos de la sociología, no hacían parte del bagaje de Fals²⁴.

Los que han escrito sobre Fals –y son varios²⁵–, y en particular sus discípulos, mencionan dos nombres como muy cercanos a su formación sociológica. Uno es el de T. Lynn Smith, a quien ya introdujimos, y el otro es Lowry Nelson (1893–1986) de la Universidad de Minnesota. Nelson, en realidad, había nacido en Utah y era mormón practicante, del mismo modo que Fals era un presbiteriano practicante. Escribió

23 En 1965 Fals experimentó su *Annus horribilis* y su trabajo en la universidad como director y profesor fue duramente cuestionado, como se verá más adelante. Una de las críticas era que la formación bajo su dirección se basaba en manuales y no en fuentes originales clásicas. R. Parra Sandoval cita entre los manuales que se usaban entonces los siguientes: “*Sociedad, cultura y personalidad* de Pitrim Sorokin; *La sociedad* de R. Maclver y C. Page; *La sociología de la vida rural* de T. L. Smith; *La teoría sociológica* de Nicolás Timashev y la *Sociología urbana* de E. Ernest Bergel” (Ver Rodrigo Parra Sandoval (1985), *La sociología en Colombia. 1959–1969*. P. 185. [file:///C:/Users/CARLOS-1/AppData/Local/Temp/1985-V9-N1-4-Articulos-Art%201-4.10.pdf]).

24 Ver Carlos Arbeláez (2013), Gino Germani y el hacer teórico. Construcción de conocimiento y cambio intelectual en la sociología latinoamericana. *Revista Colombiana de Sociología*, 36,2. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Ps.17–48.

25 Ver *Bibliografía* aquí.

Nelson una historia de la sociología rural en Estados Unidos (*Rural Sociology. Its Origin and Growth in the United States*, 1948) y una obra sobre Cuba (*Rural Cuba*, 1950). Estos trabajos eran prácticamente contemporáneos al texto de Fals que comentamos. La bibliografía de Nelson incluye también el libro *The Mormon Village. A Study in Social Origins*, 1930, una pieza al parecer muy próxima en su temática y enfoque al estudio de Saucío. A propósito de Nelson existe una correspondencia entre el presidente de la Iglesia mormona en Utah y el profesor Lowry Nelson, fiel de su iglesia, en donde se hacía referencia a la posición racista de la iglesia mormona que negaba a los negros la condición de hijos bendecidos de Dios. Nelson se oponía a esa discriminación y creía, contra la opinión del pastor mormón, quien preguntaba en su carta a Nelson si en Cuba había blancos puros dignos de recibir una misión mormona de evangelización. A esta pregunta embarazosa –o abiertamente descalificadora– Nelson respondió que la misión mormona bien podría hacerse entre los mestizos cubanos y que el mormonismo debería revisar su inconveniente dogma racista.

CA es ilustrativo y minucioso sobre casi todos los aspectos de la vida y de la constitución de los 356 pobladores de Saucío. Nos describe aspectos como su estatura, su edad promedio, la forma de su aseo personal, que es más bien discreto y aún la vida sexual, pues en alguna parte dice que la homosexualidad, por ejemplo, se ha hecho visible con el tráfico de gente nueva llegada a la obra de la represa. La tenencia de la tierra, el vestido, la religión, las herramientas de trabajo, su consumo, la bebida, el juego del tejo, en fin, son otros asuntos abocados juiciosamente por Fals. El texto trae datos curiosos como el origen mapuche (chileno) de la ruana, el año (1574) en que los muiscas fueron obligados a vestirse como los occidentales y la etimología chibcha del léxico colombiano usado en Saucío.

Sociológicamente hablando, Fals discute un tema debatido en los años 20 del siglo XX sobre la “melancolía de la raza indígena” (el título del libro del boyacense Armando Solano). No hay tal melancolía, cree Fals. El campesino es práctico y, si su resistencia aparece como pasividad, la culpa es de la religión católica y de la opresión secular de los indios y de los campesinos, a juicio del autor de CA. Fals lamenta en cambio el individualismo campesino. Si redescubrieran, aventura él, la cooperación y la asociación, todo cambiaría para mejor. Por último, es inminente actuar para mejorar la condición social y económica de los campesinos. Fals propone una vía reformista y una aculturación para cambiar las técnicas de cultivo y las herramientas de trabajo. Él mismo trae algunas innovaciones en estas últimas, que no siempre resultan exitosas. Los cambios estructurales no hacen parte de su agenda de soluciones.

En CA, al igual que en su segundo libro, *El hombre y la tierra en Boyacá*, el componente historiográfico es esencial y prominente. Una observación sobre este rasgo es claramente pertinente. Fals estuvo siempre interesado en la historia como una explicación inescapable del presente. El aporte de Fals a la historia es muy considerable en el conjunto de su obra. Pero la historia que brilla en estas primeras obras es la historia de la Colonia a partir de las Crónicas de Indias, que son una muestra excelsa, prístina de nuestra temprana antropología. El conocimiento de Fals sobre los cronistas de Indias es extraordinario y envidiable. Da para llamar a Fals “el último Cronista” de nuestra nacionalidad. Indaga Fals el historiador, igualmente, en los archivos notariales y en los archivos judiciales de la región y del país para documentarse sobre la evolución de la propiedad y sobre el despojo de los indios y de todas las clases populares por la élite del poder a todo lo largo de nuestra historia. Ya está aquí presente el defensor de las clases menos favorecidas que Fals ciertamente fue.

El hombre y la tierra en Boyacá

Hay dos ensayos cortos publicados por Fals en 1953 a los que nos referiremos más adelante. Ahora nos ocuparemos del segundo texto más conocido y celebrado del Primer Fals, según la cronología que hemos establecido más arriba.

El hombre y la tierra en Boyacá (1955)²⁶ –H&TB, por brevedad– es trabajo de gran impulso, ambicioso y por momentos monumental en su esfuerzo por cubrir prácticamente la totalidad del territorio del departamento de Boyacá en temas como el tamaño de la propiedad y la producción económica de cada pueblo más otros aspectos relevantes. Sorprende que un solo hombre haya sido capaz de recopilar toda esa información en el curso de dos años. Fals da a entender que partió de cero, pues en el prólogo de 1957 (edición en español) dice que “no encontré estudios sociológicos pertinentes sobre Boyacá” (p. XII). Sin embargo, en su bibliografía hallamos un número de al menos 11 trabajos sobre el departamento de Boyacá que juzgamos “pertinentes” a la sociología que Fals desarrolla y, en particular, por ejemplo, el libro de 1936 de la Contraloría General de la República *Geografía económica de Boyacá*, que si bien no se define como “sociología” explícitamente puede ofrecer información relevante al tema. Sin embargo, en varios sentidos el libro que ahora estamos abordando se erige de modo impactante casi como una enciclopedia sobre el territorio de Boyacá al presentar los temas de historia, economía, regionalización, zoo-

26 El texto fue completado en 1955 y presentado como requisito del grado de doctor en University of Florida, Gainesville, Florida, USA. La edición que consultamos es O. Fals Borda (1957), *El hombre y la tierra en Boyacá*. Bogotá: Editorial Antares. Con intención política Fals agregó un subtítulo para esta primera edición en español: “Bases sociológicas e históricas para una reforma agraria”.

tecnia económica, antropología, tenencia de la tierra, tipos de poblamiento, cultura y sociología, en general, para este departamento de Colombia.

Hay en la selección del tema de estudio, sin embargo, un rasgo saliente que lo hermana con CA, su libro anterior. Este rasgo es la insularidad de Boyacá. Boyacá es tan insular como Saucío. Los dos son atrasados y son vestigios del país precapitalista²⁷ que todavía persiste –aisladamente– en la segunda mitad del siglo XX. Fals lo reconoce: Boyacá –dice– es “una de las sociedades más insulares que hayan observado los hombres de ciencia en el hemisferio occidental” (p. 5). Es justamente por eso que Fals lo elige como objeto de estudio. Hay, de nuevo, una inclinación de antropólogo social y cultural, por las sociedades “primitivas”, que, en este caso, por supuesto, no es propiamente primitiva, pero sí marcada y característicamente atrasada y como tal un enclave cultural y económico diferenciado –lejano– del “progreso” civilizador capitalista²⁸. Según Fals el atraso de Boyacá alcanza entre uno y dos siglos. Casi la totalidad de la población carece de acueducto (99.4 %), de luz eléctrica (99.6 %), de instalaciones sanitarias (99.7 %) (p. 43). El índice de analfabetismo es de 54 %, pero el analfabetismo funcional ha de ser mucho más prominente.

No obstante, en H&TB el giro sociológico del autor es perceptible, en comparación con el sesgo marcadamente antropológico de CA. La bibliografía del libro en H&TB abarca –sin contar con las propias referencias al autor mismo– unos 320 volúmenes. De ellos unas 40 referencias son de sociología (un 13 %). Obsérvese que la proporción es la misma que en CA, pero la diferencia en números absolutos es notable (de menos de 10 a 40 referencias). Ahora bien, de los más o menos 40 textos sociológicos en H&TB, 30 de ellos (aprox.) son sobre el tema de la sociología rural. De estos últimos vienen 8 títulos de T. Lynn Smith y 4 de Lowry Nelson, maestros de Fals en Florida y Minnesota respectivamente, que son los dos autores más citados en el estudio. De entre la sociología no rural Fals cita dos clásicos: *De la división del Trabajo social* de Durkheim (ya lo había hecho en CA) y *Social Organization* (1910) de Charles Cooley²⁹. El resto de las fuentes en esta sección son manuales de sociología.

27 Al hablar de “precapitalismo” no lo decimos de una manera taxativa o tajante. El estatus histórico–evolutivo de Boyacá es ambiguo, igual que en Saucío, pero lo que prima es la ruralidad, la premodernidad y la persistencia del *ethos* hacendario colonial y postcolonial.

28 Una vez más, no absolutamente. Pues hay componentes de modernidad capitalista como el Ferrocarril del Norte, y el del Nordeste, la siderúrgica de Paz del Río y las luces lejanas de la capital del país a donde vienen migrando los boyacenses desde los años 20 del siglo XX. Y estos son, por citar solo algunos, rasgos sobresalientes de entronque con el capitalismo.

29 En la página 202 cita el concepto de “racionalización” de Max Weber. Parece que lo tomara otra vez de uno de los manuales, pues Weber no aparece en su bibliografía.

Como en CA, el peso de la historia (que Fals designa en el prólogo como “método histórico–evolutivo de investigación”) en H&TB es voluminoso, pero esto es, como siempre lo hemos creído, un punto a favor del trabajo, pues Fals ilustra con lujo y maestría la evolución del despojo de los indios durante la Colonia (con recurso a las *Crónicas de Indias*, a los documentos virreinales, a los archivos notariales, particularmente de Tunja y Turmequé y a otras fuentes relevantes) y los efectos de este abuso en el tipo de tenencia de la tierra actual, tema que Fals examina con mucho esmero desde 1450 hasta 1950. Para el momento del estudio el investigador halla que el minifundio es predominante, si bien, paradójicamente en esta región, el latifundio tampoco exhibe un gran peso. Boyacá aparece al tiempo, entonces, como un departamento con alta densidad de población y aún en parte superpoblado.

Los capítulos VII (La Fragmentación de la Explotación), VIII (El Tamaño de la Propiedad) y IX (Sistemas Agropecuarios) son excelentes. Fals halla que la distribución de la propiedad en Boyacá se halla muy fragmentada (un efecto probable de la eliminación de los resguardos, sin el azote latifundista que asuela otras regiones). Fals analiza minuciosamente el tamaño de la propiedad prácticamente en cada pueblo del departamento y estudia la producción económica de cada municipio, una tarea altamente dispendiosa. Su trabajo sobre el sistema de titulación le permite ver el ridículo y absurdo sistema de límites prediales, establecidos a ojo y con mojones inestables (piedras, cercas de adobe que se diluyen, árboles que se confunden), todo lo cual hoy es y mañana no parece. T. Lynn Smith había sugerido desde los años 40 que en Colombia se implantara el “sistema de reconocimiento astronómico y de rectángulos usado en los Estados Unidos desde 1785” (p. 63), recomendación que Fals predica reiteradamente.

Atendiendo a otros aspectos, el tema de la regionalización, que en los últimos años de vida de Fals deviene crucial en su proyecto de vida, ya aparece introducido aquí en H&TB. Fals divide el departamento en 12 regiones entre las que distribuye sus 113 municipios. En otro apartado, dado el carácter montañoso de su geografía, Fals desaconseja los tractores como capital de trabajo. En cambio, recomienda las Guadañas de Cuna, las aporcadoras de papa tiradas por bueyes, el arado reversible y las bombas manuales; es decir, una tecnología de baja concentración de capital. Su propuesta agraria apunta visiblemente a la pequeña propiedad generalizada y eficientemente productiva. Aboga por el levantamiento de un catastro “científico” para regularizar el cobro de los impuestos prediales con lo que él estima que se podría promover el desarrollo mediante la inversión estatal en infraestructura para la región y la inversión en otros sectores estratégicos de la economía. También recomienda estimular la colonización de regiones baldías para bajarle presión al superpoblamiento. En suma, la reforma agraria que Fals entrevé –y propone expli-

citamente– se ajusta a los planes usamericanos de desarrollo económico para Latinoamérica.

En fin, hay dos cosas que Fals ignora una vez más en H&TB: la violencia que sacude al país en el momento de su estudio y el avance capitalista que desde 1923 viene experimentando el país. Como se observó antes, Fals ha elegido Boyacá como su objeto de estudio justo por su atraso e insularidad, una característica definitoria de los estudios de la antropología social y cultural ortodoxa anteriormente citados. Así, en el libro hay cuatro líneas sobre la violencia política en la página 33 y 22 líneas en la página 191 donde habla de los “chulavitas” (por el nombre de la vereda Chulavita del municipio de Boavita en la región de Soatá, Boyacá), quienes se hicieron tristemente célebres por sus atrocidades cometidas en los años 50. Y nada más sobre el álgido tema.

Otros textos del período

Entre 1953 y 1966 Fals aparece como coautor en un libro muy celebrado que fue *La violencia en Colombia* (1962). También fue autor en este lapso de algo más de una decena de artículos. Nos ocuparemos de estos últimos en seguida:

“Notas sobre la evolución del vestido en la Colombia central” (1953)³⁰: Es un lindo estudio perteneciente a la vena antropológica del autor y a su pasión por la historia de nuestros aborígenes. Entre las prendas indias Fals reseña aquí el Chirca-te: una falda unisex de manta; el Chumbe: un cinturón de tela para la cintura y para la frente, usado también para soportar con la cabeza pesos a la espalda; la Líquira: una blusa que deja el busto al aire en la mujer; el Onco: una camisa quechua que llegaba hasta el suelo; el Bayetón: pantalón de tela de bayeta, muy usado luego por los campesinos; finalmente, la Ruana, cuyo origen Fals remonta a los mapuches–huiliches de Chile y que fue introducida a Colombia por los yanacunas (mensajeros siervos) del Perú, según relata Fals. Añádanse los sombreros de Tapiá Pisana, que Fals caracteriza como “fuertes y eternos” y la alpargata que fue introducida por los españoles y se convirtió, según nuestro autor, en la primera industria europea en América.

En este estudio Fals hace alusión a la categoría de “racionalización” de Max Weber, pero la emplea como sinónimo o sustituto de la categoría antropológica de

30 O. Fals Borda (1953), *Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia central*. En: José M. Rojas (Comp.) (2010), O. Fals Borda (2010), *Antología, Orlando Fals Borda*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Ps. 3–11.

“aculturación” o de “difusión” de costumbres o tecnologías. En Weber, sabemos, racionalización se aplica al uso del cálculo racional en la acción social, tanto las acciones sujetas a la racionalidad (cálculo) con arreglo a fines (*Zweckrationalität*), también llamada racionalidad instrumental, como a las acciones racionales con arreglo a valores (*Wertrationalität*). Fals adopta al vuelo el concepto, tomándolo, nuevamente, al parecer de algún manual, pues entonces Fals parece desconocer estrictamente la sociología de Weber.

“Los orígenes del problema de la tierra en Chocontá” (1953)³¹: Fals se remonta a la historia de la lucha entre el Zaque de Hunsa (Tunja) y el Zipa de Funza para, luego, llegar al estudio de la Hacienda de Aposentos, que fue primero propiedad de los dominicos en el siglo XVIII y más tarde de los Maldonado Neira, en cuya historia ya había recabado en CA. Trae a cuento, significativamente, su comprobación de que entre los muiscas había propiedad individual de la tierra y principio de herencia. Ilustra también en el estudio sobre la condición del aparcerero, un campesino sin tierra que recibía un pequeño lote para habitar en él con un mísero jornal para su subsistencia. Recuerda, en fin, que las epidemias de tifo y viruela, traídas por los españoles, fueron grandes responsables de la extinción indígena.

“Costos de producción agrícola en un minifundio: trigo y ajo” (1956)³²: Se trata de un estudio de costo–beneficio que se presenta riguroso, detallado, ponderado, apoyado en datos de producción para los cultivos enunciados (trigo y ajo) en Chocontá, Cundinamarca. Detrás de la investigación descuello el deseo de apoyar la mejora de las condiciones del campesino pobre en esta región del país. Fals observa que el suelo aquí es pobre en calcio y fósforo. El aporte de semilla para la siembra en Chocontá triplica el gasto de ella en el cultivo de Kentucky, USA. Igualmente sembrar una Ha. en Chocontá consume 34 días, 8 horas de trabajo/hombre, mientras que en USA el mismo trabajo consume solo 11 horas/hombre. Son aspectos para tener en cuenta y para superar, si verdaderamente llegara a implementarse una reforma agraria. Fals avanza dos tesis en este estudio: una es que la emigración de campesinos desde la región, que es perceptible como fenómeno actual, no obedece a la situación de violencia sino simplemente a la razón de que la agricultura tradicional ha dejado de ser negocio por improductiva e ineficiente. La segunda tesis es que la mecanización de la agricultura no es necesaria ni conveniente para mejorar las condiciones económicas de la agricultura campesina aquí (ya desde antes Fals había desaconsejado los tractores). Cuando mucho, en términos de innovación tec-

31 O. Fals Borda (1953), Los orígenes del problema de la tierra en Chocontá. *Suplemento Literario de El Tiempo*. Sep. 6, 13, 20, 1953. En: J. M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Ps.13–23.

32 O. Fals Borda (1956), *Costos de producción agrícola en un minifundio: trigo y ajo*. En: J. M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Ps.25–36.

nológica aconsejable, podría promoverse el uso del Rotavit como herramienta de trabajo. Pero si se decidieran por las máquinas, la manera favorable de adquirirlas sería mediante la opción de las cooperativas.

“La introducción de nuevas herramientas agrícolas en Colombia” (1958)³³: Fals se presenta aquí –y no será la única vez–, pues este rol le es caro a el –como el reformador, que él quería ser– un proponente de cambios que interviene directamente en el terreno para establecer nuevos métodos de cultivo con recurso a nuevas herramientas. De su intervención (*investigación–acción*) Fals dice:

“Estos experimentos fueron iniciados por el autor de este artículo, dentro de un estudio general de cambio social que ha cubierto además la introducción de semillas y plantas mejoradas, productos hortícolas, fungicidas e insecticidas nuevos, prácticas de almacenamiento, elementos del nivel de vida, factores de nutrición y observación de los procesos y fenómenos de la dinámica social interna, así como de la inducida” (P.299).

Fals propone entonces sustituir la hoz por la Guadaña de Cuna, en procura de mayor eficiencia, y la tracción por bueyes con arnés de pecho, a cambio del yugo cornal (en los cuernos), que era lo tradicional. No recomienda (ya se ha anotado) la motorización por tractores al menos en la etapa inicial. El experimento con guadañas fue rechazado por los campesinos inicialmente. Estos últimos veían que con esa técnica las mieses caían al suelo, lo cual era un “pecado”, una ofensa a Dios y a este propósito –cuenta Fals– uno de ellos lloró al sufrir este accidente. Fals se queja así de la “estrechez mental” de los campesinos. Sin embargo, como un investigador comprometido, dice trabajar “por medio del contacto personal y afectivo con los agricultores de la región” (P.302).

Lo interesante en este texto es que Fals tematiza y detalla más que en CA –donde ya lo había enunciado– su propuesta de investigar (*investigación*) para transformar (*acción*) la realidad mediante la intervención participante en las labores y la vida misma de los campesinos (*participación*). Es decir, el método de *Investigación–Acción–Participación*, que más tarde reclamará como propio y la bandera o estandarte de su aporte existencial. Aquí hallamos, pues, las bases de lo que será central en el Segundo Fals, cuando su enfoque haya adquirido otros matices y aún rasgos definidos de radicalización política. Pero en 1958, cuando Fals escribe este texto, todavía

33 O. Fals Borda (1958), La introducción de nuevas herramientas agrícolas en Colombia. Revista *Agricultura tropical*. Vol. XIV. Ene. 1958. Ps. 23–43. En O. Fals Borda (2017), *Campesinos de Los Andes y otros escritos antológicos*, op. cit. Ps.297–318.

es un “tecnócrata” que cree en la “evolución ordenada” (P.298), según sus propias palabras, y en el proyecto desarrollista de origen usamericano. Todo eso quedará atrás –para renegar de ello a su turno– un decenio después.

“El problema de la tierra visto a través de los linderos de un resguardo indígena” (1959)³⁴. Con datos históricos de la forma colonial de medición de los predios (en “cabuyas” = una cuadra) y el trazado español de los pueblos en América incluyendo la “Legua de los Indios”, de una manera atractiva e ilustrativa, Fals describe la historia desde 1716 de la Hacienda Lotavita en Machetá, Cundinamarca, que contenía un resguardo indígena. La posesión indígena es, como cabía esperar, objeto de abusos y usurpaciones que conducen a revueltas y luchas en las que los indios son netos perdedores. Pero un hecho concomitante del abuso es la impropia manera de marcar los linderos de las propiedades (como ya se ha observado en otros escritos de Fals) que el autor ilustra con un caso en Tunja:

“Partiendo de varias piedras –decía la escritura notarial– que están marcadas con una cruz, por el pie en recta a dar a una piedra marcada con una A [...] sigue bajando a dar a otro mojón [...] del punto dicho sigue a un vallado contiguo a un camino anterior [...] y por el último lado, por todo un camino abajo a dar al punto de partida y encierra” (P. 44).

La solución a este entuerto, según Fals, es el sistema de reconocimiento astronómico de T. Lynn Smith, que ya él había propuesto, según se indicó más arriba.

“El vínculo con la tierra y su evolución en el Departamento de Nariño” (1959)³⁵: este escrito es el prólogo a un libro de Milciades Chaves sobre el Departamento de Nariño. El núcleo del artículo una vez más es el problema de la extinción de los resguardos indígenas. Nariño era una tierra de resguardos. Fals cita al menos cinco de ellos: Anganoy, Obonuco, Jongovito, Gualmatán y Catambuco ya en vía de extinción. La extinción de los resguardos se decretó fatalmente en 1821 durante el republicano Congreso de Cúcuta, pero mal que bien, sorteando todos los abusos y despojos, muchos resguardos subsistieron hasta 1939 cuando el desmonte de ellos se empezó a finiquitar sistemáticamente. Al disolverse el resguardo se impuso el minifundio, que asfixia la posesión y la explotación económica. Fals habla con

34 O. Fals Borda (1959), El problema de la tierra visto a través de los linderos de un resguardo indígena. *Revista Bolívar*, N.º 51. Bogotá, marzo–mayo, 1959. En: J. M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Ps.37–45.

35 O. Fals Borda (1959), El vínculo con la tierra y su evolución en el Departamento de Nariño. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas*. X:41. Bogotá, agosto de 1959. En: J. M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Ps. 53–63.

propiedad técnica del cultivo de la papa en Nariño y de las herramientas tradicionales en este campo. La agricultura –sentencia el autor con perspicacia sociológica– no es en nuestro medio una explotación económica sino un *ethos*, es decir, un modo de vida. Fals introduce aquí el concepto de “mestización social” –y cultural, diríamos– pues el indio ya ha adoptado el sistema de valores del blanco. Fals clama al final por una reforma agraria que corrija los vicios del sistema, aunque ya ve avances de la modernización reflejada en una industria de trilladoras y en una incipiente mecanización de la agricultura en el Valle de Atrís (Pasto) y sus contornos.

“La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia (1959)³⁶. Este artículo es en su género la pieza teórica en forma de “paper” más notable de Fals en su primera época. Por su formato y su desarrollo está hecho para pertenecer a cualquier revista científica de su momento, en Estados Unidos o en el viejo continente. Pero Fals lo hace público solamente en la colección de Monografías³⁷ que él mismo acababa de instituir en el Departamento de Sociología recién fundado también por él mismo. Por la Nota final N° 1 del “paper”, sin embargo, puede asumirse que la composición de este trabajo es muy anterior. Cabe inferir, por los indicios disponibles que el texto data de entre 1953 y 1955, pues Fals dice en la nota citada:

“El presente artículo es el esquema de un marco de referencia que ha servido para conducir un proyecto de investigación a largo plazo en la localidad de Saucío desde 1952³⁸ [...] Se está preparando una monografía con los aspectos metodológicos y cuantitativos de esta investigación” (p.35).

No obstante Fals declara al mismo tiempo:

“el sitio laboratorio de este estudio es el vecindario rural colombiano de Saucío (ya analizado integralmente en 1950)” (P.6).

El artículo acusa en su totalidad un fuerte énfasis teórico y está entretelado de conceptos tomados de la sociología usamericana anterior a T. Parsons, y en particular de Lester Ward (1841–1913), el sociólogo evolucionista de corte spenceriano de principios del siglo XX. El trabajo recaba también –y ampliamente– en la literatura

36 O. Fals Borda (1959), *La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia*. Monografías sociológicas N.º2. Bogotá: Departamento de Sociología. Universidad Nacional de Colombia.

37 Es el número 2 de esta colección de Monografías Sociológicas. El número 1 fue un trabajo del sociólogo de Lovaina, Francois Houtard, quien fuera profesor del Padre Camilo Torres en la Universidad belga de Lovaina. El número 3 fue “Sociología Rural: la comunidad y la Reforma Agraria” de T. Lynn Smith.

38 En realidad, la investigación sobre Saucío empieza entre 1949 y 1950 y se prolonga hasta 1952.

antropológica, lo que refuerza nuestra percepción de que el Primer Fals es primariamente antropólogo con incursiones obligadas en la temprana sociología rural.

Este artículo permite ver que Fals quiere orientar su disertación al cambio social. Se entiende que se trata del cambio social en la línea del desarrollo capitalista y bajo el esquema funcionalista de dicho desarrollo. El autor presenta una taxonomía del cambio a través de “cambios teleológicos” (claro influjo conceptual de Lester Ward, a quien Fals debe la categoría de “telesís”³⁹), cambios unicausales, cambio incidental (que Fals expone como “*random*”), cambio “por contacto” (imitativo), y “cambio dirigido”.

Echa mano igualmente del concepto de “cosmogénesis” (Lester Ward y G. Bateson) y avanza las teorías de la “aceptación por evaluación” y de la teoría de la “inercia cultural”, así como la de la “difusión” de las producciones culturales, tesis muy empleadas en antropología, e introduce también el concepto de “catálisis” (cuando un cambio se adopta plenamente –tal el significado que Fals le otorga). Esta creatividad conceptualizante es un rasgo peculiar del estilo de Fals en ciertos momentos de su primera época y vuelve a reproducirse en una obra más tardía como *La subversión en Colombia* (que pertenece en la época del Segundo Fals).

Propone también el autor aquí lo que cabe tomar como las instancias o momentos del cambio: la introducción, la legitimación y la integración (que corresponde a la adopción completa). Para la estructura institucional usa el concepto antropológico de “matriz cultural”: “Los antropólogos –escribe Fals textualmente– la llamarían ‘matriz cultural’” (P.27). También adelanta el concepto de “cismogénesis” (G. Bateson)⁴⁰ para referirse a los “cismas” o separaciones en un grupo que dan lugar a otro grupo).

Las referencias bibliográficas en este artículo son en un 40–45 % fuentes antropológicas. Con esto Fals reafirma la pauta antropológica de su primera época, según hemos señalado. En este mismo trabajo, en sus Notas finales, Fals tematiza tempranamente la “observación por participación” –que más tarde llamará IAP–. Y para introducir este método de trabajo el autor cita ejemplos tomados de la revista de antropología *Human Organization* y de fuentes como Robert Spencer (Ed.) (1954), *Method and Perspective in Anthropology*⁴¹.

39 Fals nunca revela este origen del concepto cuyo uso el prodiga.

40 En: Germán Guzmán *et al.* (1962), *La violencia en Colombia* (1962) [Tomo I]. Bogotá: Carlos Valencia. P.406, Fals dice haber tomado este concepto de Gregory Bateson.

41 Aquí se observa que la composición de las *Notas* del artículo fue retocada posteriormente a la redacción del “paper”. Se trata de revisiones que Fals hizo al manuscrito original.

“En cuanto a la metodología [del estudio] –nos dice Fals otra vez textualmente– se han empleado especialmente la observación por participación y las entrevistas dirigidas” (P.6).

“La reforma agraria” (1960)⁴²: El texto fue presentado como conferencia en un seminario internacional sobre problemas de la tierra en Montevideo en 1959. Para este momento el Frente Nacional lleva dos años de existencia y Fals es funcionario público del Gobierno. Su visión del régimen es positiva. Aboga por una “reforma agraria global con efecto a corto plazo” (P. 322). No basta con invadir, dice:

“Las simples parcelaciones e invasiones no han sido edificantes para los campesinos [...] la miseria y la ignorancia los han seguido acompañando” (P.323).

La distribución de la tierra asevera, es muy inequitativa en Colombia: el 5 % de los propietarios poseen el 45 % de las tierras. Fals celebra en este escrito dos piezas de legislación: el Decreto 1427 de 1959 “que sienta las bases para una campaña de acción comunal de amplitud nacional” (P. 330). y la Ley 20 de 1959 sobre parcelaciones de tierras no explotadas económicamente y apoyo a los colonos de baldíos. En los dos proyectos Fals había tenido que ver y la idea de la llamada Acción Comunal tenía en su experimento de Saucío un antecedente pionero, que Fals logra institucionalizar mediante esta normativa nacional de 1959. Malcolm Deas, sin embargo, observa a propósito que “las juntas de acción comunal [fueron] una iniciativa de la Alianza para el Progreso”⁴³

“Nuevos rumbos y consignas para la sociología” (1965)⁴⁴: Fals había logrado por propia iniciativa la creación de la carrera de Sociología que empezó a funcionar en 1959 en el seno de la Facultad de Economía de entonces, que se hallaba bajo la decanatura de Luis Ospina Vásquez. Fals se desempeñaba entonces como director⁴⁵ general del Ministerio de Agricultura. Buscó apoyo a su iniciativa entre los mi-

42 O. Fals Borda (1960). *La reforma agraria*. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas*. XI, 42. En: O. Fals Borda (2017), *Campesinos de Los Andes y otros escritos antológicos*. *op. cit.* Ps. 321–335.

43 Malcolm Deas (2019), *Barco. Vida y sucesos de un presidente crucial*. Bogotá: Taurus. P. 129. Conviene decir que el programa usamericano de la Alianza para el Progreso (AP) fue lanzado por el presidente Kennedy en 1961. Y la ley colombiana es dos años anterior (1959). Y, en consecuencia, o la propuesta de la acción comunal se realizó en EE. UU. antes de Kennedy, o la AP de EE. UU. retomó la iniciativa colombiana, lo que resulta un poco improbable. No sabemos con certeza.

44 O. Fals Borda (1965), *Nuevos rumbos y consignas para la sociología*. [Lectura adicional No.179]. Bogotá: Facultad de Sociología, Universidad Nacional de Colombia. En: Nicolás Herrera *et al.* (Comp.), *op. cit.* Ps.64–72.

45 Otros dicen “secretario” y aún otros “viceministro”, título que no existía, pero que se arroga el propio Fals en ocasiones.

nistros del presidente Alberto Lleras Camargo y, en particular, con Abdón Espinosa Valderrama, ministro de Agricultura y con Abel Naranjo Villegas, ministro de Educación⁴⁶. El rector de la Universidad Nacional en aquel momento, Mario Laserna, se mostró igualmente favorable a la idea. Y con tales auspicios la carrera de Sociología en Colombia se puso en camino.

Era la quinta carrera en aparecer en el Continente después del temprano experimento conjunto de Sociología y Antropología en la Universidad Central de Venezuela (Caracas, 1953), de la aparición de la carrera en la Universidad de Buenos Aires (1956), del mismo evento en La UNAM de México (1957) y, luego, en la Universidad de Chile (1958)⁴⁷. El texto aquí referenciado –“Nuevos rumbos...”– figura como Lectura Adicional N.º 179, lo que muestra que en seis años la nueva entidad había emitido un promedio de 30 “Lecturas” por año, lo que es un buen indicativo de su actividad académica, que se combinaba con otras realizaciones de mayor envergadura como la publicación hasta 1967 de 27 monografías sociológicas, 6 Monografías Latinoamericanas, 7 Informes Técnicos, el libro *El régimen de Santander en La Gran Colombia* de David Bushnell y memorias de dos congresos de sociología realizados en el seno de la carrera creada por Fals⁴⁸. Estos últimos fueron el Primer Congreso Nacional de Sociología en Colombia (1963) y el Séptimo Congreso Latinoamericano de Sociología (1965), al cual asistieron entre otros Talcott Parsons, François Houtard, François Bourricaud, Seymour Lipset, Malcolm Deas y la plana mayor de la sociología latinoamericana.

Por si fuera poco, el conjunto de realizaciones que se acaba de exponer, con el apoyo financiero de instituciones extranjeras (dos de ellas muy cuestionadas después: las fundaciones Ford y Rockefeller) se habilitó en 1965 un nuevo edificio para Sociología de muy moderna construcción con diseño del prestigioso arquitecto Reinaldo Valencia, no suficientemente reconocido hoy como valioso arquitecto⁴⁹. Tales logros parecen extraordinarios en el país de aquella época y contrastan con la desconexión del país y relativa inercia académica de la carrera de sociología de la Universidad Nacional después de la salida de Fals. La nota sorprendente de esta trayectoria es que en este mismo año de 1965 –por otros conceptos “triumfal”– Fals

46 También Otto Morales Benítez, ministro de Trabajo y de Agricultura en el Gobierno de Lleras Camargo y humanista de vocación dio respaldo a la creación de una carrera de sociología en la Universidad Nacional.

47 Jaime E. Jaramillo (2017), *Estudiar y hacer sociología en Colombia en los años sesenta*. Bogotá: Universidad Central. P. 56.

48 Ver Rodrigo Parra Sandoval (1985), *op. cit.*

49 Mínimamente el edificio de Sociología de la UN debería llevar una placa informativa de su diseñador/constructor.

entrará en serio conflicto con el estudiantado de su departamento, será vetado como profesor de la cátedra que dictaba y, contrariado a fondo por la situación inesperada que se generó, acabará, a comienzos del año siguiente, desterrándose de su dorado fortín para no regresar en los siguientes 20 años.

El tono de la conferencia de 1965, que reseñamos, particularmente dirigida al estudiantado y claustro de la escuela, es de rectificación, de autocritica, de conciliación y de valiente, aunque impotente, propuesta de cambios. Fals propone, en efecto, “una sociología comprometida con el desarrollo [...] con [...] metas de progreso, bienestar y justicia social”. Propone que se abran “cátedras de estudios norteamericanos, europeos, africanos y asiáticos”, una meta idealista, no obstante, ante la falta de docentes especialistas en esos campos en nuestro medio. Invoca a Marx y al marxismo como materias para el currículo a sabiendas de que esta temática, que no existía entonces en el pensum, sería de buen recibo en un clima de alza de la ideología revolucionaria entre el estudiantado universitario del país. Pero es cauto frente al marxismo pues lo que destaca es, como él mismo dice: “los aspectos metodológicos del marxismo, los que plantea Sartre en su libro *Problemas de método*”. En la misma veta Fals llama a estudiar las experiencias socialistas de Cuba, Alemania Oriental, Polonia y Yugoslavia “donde –nos comparte– ya conocen esta Facultad”.

Aquí emerge curiosamente una tendencia del primer Fals a enumerar autores de nombres resonantes en su momento, autores que él mezcla y conjunta sin justificación aparente como cuando habla de una “sociología dinámica, problemática, vital, al estilo de Engels y Ward o al de la resucitada por Simmel y Mill”. ¿Cómo poner a Engels junto a Ward, por ejemplo? También hace aquí referencia a la pléyade de autores latinoamericanos (Cardoso, Sunkel, Furtado, González Casanova, Fernández, Silva, Costa Pinto)⁵⁰ que estarán en sus labios o en su pluma repetidamente durante los años 70, como que él aspira a labrarse allí, en esta constelación, un nicho propio, y en parte lo alcanza, en el contexto de esta florescencia de la ciencia social latinoamericana, que corre parejas con el *boom* literario latinoamericano de este período.

Y, finalmente, da nuestro autor a luz dos temas que harán parte sustancial de la “nueva era” de su periplo vital que se inicia con su salida de la Universidad Nacional. Nos referimos al concepto de “subversión” y al de “compromiso” y lo que aquí empieza a llamar “ciencia comprometida” o “investigación comprometida”. La comprensión falsiana en 1965 del “compromiso” y de la “subversión” todavía no será lo que entendieron quienes vivieron los años siguientes en Colombia y Latinoamérica;

50 En 1964 Fals había organizado en Bogotá un posgrado en sociología, el PLEDES, Programa Latinoamericana de Sociología del Desarrollo, que tuvo como docentes a Luis Costa Pinto y Jorge Graciarena, entre otros. (Ver Rodrigo Parra Sandoval (1985), *op. cit.* P. 190.)

es decir, la política de izquierda y la lucha armada⁵¹. Fals solo llegará a esto con la aparición de La Rosca en 1970.

La idea falsiana de subversión es todavía ambigua, pues allí cabe todo lo que pide un cambio, sin importar la tendencia de ese cambio. Su idea de “investigación comprometida” puede inferirse de esta cita de su escrito: “En las ciencias económicas –dice– se ha venido haciendo investigación comprometida desde hace unos veinte años con Galbraith, Hagen, Hirshman, Currie, Furtado y Prebish” (P.71). La evidente mezcla de ideologías en este conjunto reclama explicación. Estos listados, que juntan –como señalamos previamente– en un solo saco autores, pensadores o tratadistas de las más diversas procedencias serán un *leit-motiv* del discurso falsiano⁵². Sin embargo, fijar la atención en los temas y los autores que Fals evoca entonces, cuyo valor *in se* no se discute y un sociólogo haría bien en abordarlos, en la coyuntura específica en que esta conferencia se produce, correspondiente a un momento de crispación política universitaria que crecerá más y más desde entonces y por un cuarto de siglo, desquicia el discurso y lo hace sonar más bien hueco, inestable y desesperado. La prueba es que a los tres meses y unos días más Fals, derrotado, opta por abandonar sus queridos claustros. El hecho es triste y paradójico, pues es probable que el balance de la gestión académica de Fals en 1965 fuera, desde varios ángulos de visión, el más positivo, que alguien en su posición pudiera alcanzar.

El libro *La violencia en Colombia (1962–1964)*

Con la publicación del libro *La violencia en Colombia* (VC por brevedad) Fals se hace conocido de todo el país por primera vez. El libro aparece en junio de 1962. Había tenido cuatro años de gestación. La iniciativa de producir un estudio sobre la catástrofe política que se había extendido en su fase más dramática por once años (1946–1957), sembrando el país de muerte y desolación y que se conoció con un nombre genérico, simple y pavoroso: La Violencia, se produjo en 1958.

Ya para terminar su período de gobierno transicional, la Junta Militar nombró una comisión para el estudio de la Violencia: La llamó Comisión Investigadora de las Causas actuales de la Violencia. Esa comisión estuvo conformada por Otto Morales Benítez (ministro de Trabajo y Agricultura en el Gobierno siguiente (de Alberto Lleras Camargo), Absalón Fernández de Soto, Augusto Ramírez Moreno, los generales

51 Fals en los años 70 producirá su propia versión de ese “compromiso”.

52 Presentaremos más ilustraciones de este *tic* de pensamiento en otros lugares de este estudio.

Hernando Caicedo López y Hernando Mora Angueira y los sacerdotes Fabio Martínez y Germán Guzmán Campos. En 1958 Orlando Fals, como sabemos, gestionaba la creación de la carrera de sociología en la Universidad Nacional y como funcionario del Ministerio de Agricultura se halla involucrado en el proyecto Acción Comunal al nivel nacional y en un proyecto de reforma agraria gradual que empezaba por legitimar la colonización de los baldíos. Por tanto, ocupado en estas varias tareas todas muy demandantes, Fals no estudió nunca de manera directa o como investigador de campo el fenómeno de la violencia.

En los dos primeros años del séptimo decenio –años 60– se pensaba que lo peor había pasado y, gracias al acuerdo del llamado Frente Nacional entre los capitanes de los dos bandos en contienda irregular y bárbara: el partido Conservador y el partido Liberal, había un clima de optimismo moderado. El talante prointelectual y reposado del nuevo presidente, Lleras Camargo, daba confianza. Pero para “sepultar” la violencia y de alguna manera “hacerle el duelo” se requería saber qué había pasado. Los personajes de la comisión para el estudio de la violencia se suponían neutrales, aplomados y racionales, es decir, capaces de tomar distancia de los odios y crispaciones de los perpetradores materiales e intelectuales de los crímenes. Quien al final rindió los frutos de la Comisión fue el sacerdote Germán Guzmán Campos, el verdadero conductor y productor del trabajo investigativo que se plasmó en el libro en el que aparece Fals como autor.

Guzmán, sin formación de sociólogo o antropólogo, se constituye en etnógrafo *ad hoc* de la violencia. Tomó nota de las narraciones con que los protagonistas (víctimas y victimarios, a menudo ambas cosas a la vez, como en todas las guerras) daban testimonio de su vivencia, recopiló noticias esquemáticas y sueltas: “recortes de prensa” (que era lo que la prensa nacional hacía a menudo para evitar comprometerse) y versiones parcializadas que leídas entre líneas contribuían a enterarse de los acontecimientos y armó de ese modo un archivo de investigación (el Archivo Guzmán) con el que le fue posible producir y exponer el relato del libro VC, organizado en temas.

En esta etnografía se destacan los retratos de los perpetradores, con lo que se logra profundizar en las motivaciones personales de los crímenes, el idiolecto (jerga) del conflicto (normal en los sectores de desviación social) y una conceptualización, expresada en lenguaje metafórico popular, de la técnica criminal (los famosos “cortes”). A esto se añade la geografía del fenómeno con una decena de mapas técnicos, una colección copiosa de tablas, listados y datos estadísticos relevantes. Con esto Guzmán construyó una memoria del conflicto de importante nivel académico. Guzmán era un sacerdote metido a etnólogo, a psicólogo social y a sociólogo accidental del conflicto.

Es normal que su visión última del fenómeno sea moralista y desarrollada en torno a un diagnóstico del “alma” nacional, como “cura de almas” que era. Pero tuvo penetración de científico social ocupándose, como lo hizo, de la estructura de poder, de la cultura campesina, de los aspectos demográficos, de la corrupción institucional, en fin. Tenía también un probado sentido histórico. No se extasía en el presente, indaga por los antecedentes próximos e históricos. Su trabajo es extraordinario, porque implica tacto, riesgo, audacia, cabeza fría y otras cualidades que acercan al investigador a la siempre elusiva objetividad, en un tema tan complejo y delicado como el conflicto interno colombiano. Sin Guzmán, VC hubiera quedado reducido a dos “papers” académicos, más formales que verdaderamente representativos de esa catástrofe, y sin el impacto que el libro acabó teniendo.

¿En qué consistió el trabajo de Fals en este libro icónico de la ciencia social colombiana? Ante todo, Fals se interesó perspicazmente en el tema y supo el valor que representaba la empresa en el contexto académico y en el plano político nacional. Esta era una cualidad innata de Fals. En su círculo académico ya se había dado una investigación afín: el texto *El impacto de la violencia en el Tolima: el caso de El Líbano*⁵³ por el antropólogo Roberto Pineda. Y, por supuesto, el tema de la violencia estaba en el portapapeles académico de Fals como un tema digno de ser estudiado formalmente.

Fals se entera, por alguna fuente, del acervo investigativo de Guzmán (el Archivo Guzmán) y le propone al sacerdote (en aquel tiempo párroco de El Líbano, Tolima, adscrito a la diócesis de Ibagué, regentada por el obispo progresista Rubén Isaza Restrepo) trabajar conjuntamente el tema con otros estudiosos, respetando la prelación investigativa de Guzmán. Cuando Guzmán produce el manuscrito Fals hace una revisión detenida del mismo y añade su aporte que se centra en un balance analítico del fenómeno desde el ángulo de la sociología académica. Este aporte⁵⁴ corresponde fundamentalmente al capítulo XIII del tomo I: “El conflicto, la violencia y la estructura social colombiana”⁵⁵. (21 páginas). Pero también escribe el Epílogo del Tomo I (una página y media) y la Introducción del Tomo II (41 páginas). En el libro VC hay también un capítulo escrito a dos manos entre Fals y Guzmán: el capítulo XI del Tomo I (Ps. 287–300). El tercer autor del libro tal como fue publicado fue el abogado Eduardo Umaña Luna, quien elaboró tres secciones (ca-

53 Que aparece publicada como Monografía N.º 6 por la escuela de Sociología de la Universidad Nacional. Esta publicación antecede al libro *La violencia en Colombia*.

54 Los aportes de cada autor están especificados en el libro. Pero acogí la guía que proporciona Jefferson Jaramillo. (Jefferson Jaramillo (2012), El libro *La violencia en Colombia* (1962–1964). Radiografía emblemática de una época tristemente célebre. En: *Revista Colombiana de Sociología*. 35:2. Ps. 35–64.

55 Germán Guzmán *et al.* (1980), *La violencia en Colombia*. [Tomo 1], *op. cit.* Ps. 399–420.

pítulos). El libro, pues, contiene en total 27 capítulos y tres secciones más. Así compuesto, lo que corresponde a Guzmán es el 70 %, a Umaña el 17 % y a Fals un 13 %⁵⁶.

Relativamente exigua es la participación de Fals allí. ¿Es posible, sin embargo, que sin la invitación expresa y el estímulo decidido de Fals, Guzmán, el verdadero autor de la investigación, no hubiera finalizado su trabajo pues su archivo reposó inerte en sus manos por un tiempo –dos años?–, ya que nadie le pedía cuentas de la tarea encomendada por el Gobierno en 1958 a la Comisión sobre la violencia, de la que Guzmán fue miembro⁵⁷. Peor que eso: en las altas esferas había interés en ocultar el resultado. Quizá Fals proporcionó a Guzmán, además, algunas pautas metodológicas propias de las tareas académicas con las que Fals estaba perfectamente familiarizado.

¿En qué consistieron sustancialmente los aportes de Fals? La “colaboración” de Fals al libro de Guzmán fue importante en el contexto del libro, aunque el libro hubiera sido, de todos modos, un hito de la ciencia social nacional aún sin el aporte de Fals.

Pero, paradójicamente, el capítulo XIII bajo el sello de Fals⁵⁸ no ha sido adecuadamente valorado por los sociólogos que durante 50 años han exaltado en general, a menudo sin suficiente espíritu crítico, la obra y la persona del sociólogo barranquillero⁵⁹. Hoy leído el capítulo XIII, se erige como una pieza de gran factura conceptual, de agudeza teórica, de logrado sello académico y de penetración histórica relativa, muy alejado de un supuesto lunar. Este lunar, para los, por otra parte, panegiristas de Fals, consiste en que aquí el sociólogo referido se atiene a un modelo teórico –el estructural–funcionalismo– que se resiente ampliamente ante la confrontación con otros enfoques y, en particular, ante la concepción marxista de la realidad política y socioeconómica en general. Las dos cosas: que Fals adopta el estructural–

56 Un tratamiento editorial más escrupuloso hubiera indicado la autoría única de Guzmán con la colaboración debidamente destacada de Fals y de Umaña Luna.

57 Este temor a escudriñar entre los escombros, se vio justificado en la reacción de los conservadores al libro de Guzmán: Uno de ellos dijo: “Los fines partidistas de quienes escribieron *La violencia en Colombia*, un sociólogo protestante, un abogado liberal y un párroco católico” que “ha relatado [este último, todos los crímenes] con morbosidad insana en la primera parte del panfleto [...] le quitan toda respetabilidad a la obra” (Ver Jefferson Jaramillo (2012), *op. cit.* P.61, *passim*).

58 La autoría de las distintas partes del libro parece clara, a partir de la declaración expresa del nombre de los colaboradores de Guzmán en los textos que les corresponden. Pero en la edición de Carlos Valencia de 1980 con reimpresión de 1986 (la que he consultado), el nombre de Fals –sorprendentemente– no aparece ligado al capítulo XIII, que es incuestionablemente de su autoría.

59 Los estudiosos de Fals suelen despachar este capítulo simplemente catalogándolo de “estructural funcionalista”, una descalificación velada. Pero también han dicho que el texto es intrincado o escrito en clave de jerga académica o insuficiente en sus alcances analíticos. (Ver J.M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* [Prefacio a O. Fals Borda, *Antología*]. P. XXII; Alberto Valencia (2012), *op. cit.* P. 29; Jefferson Jaramillo (2012), *op. cit.* P. 40; Jaime E. Jaramillo (2017), *op. cit.* P.322.

funcionalismo como marco teórico y que esta teoría es cuestionable desde el punto de vista marxista y desde otros enfoques teóricos, son cuestiones indisputables. Pero ahí no está todo. Veamos:

Podemos asegurar que este texto muestra por primera vez a un Fals posesionado del *background* sociológico teórico, experto operativo de una herramienta: el estructural-funcionalismo (EF). Esta teoría social había sido desarrollada por Talcott Parsons, sociólogo de Harvard, desde los años 30 e implementada en la segunda posguerra por el Plan Marshall de recuperación de Alemania y Europa en general. En el sustrato de la creación parsonsiana se persigue (porque no hay una ciencia neutra) la legitimación del desarrollo capitalista de los Estados Unidos y su meta imperialista de superpotencia.

Nuestra percepción del capítulo XIII de VC es que aquí Fals es finalmente sociólogo a plenitud. Su obra anterior era de inspiración eminentemente antropológica, como ya lo mostramos. Su exposición en VC, bajo los parámetros explícitos que se impuso es adecuada, limpia, ponderada, pertinente, ajustada al delicado y muy complejo objeto de estudio. Fals proclama en el texto su elección del EF como su marco teórico, por ser la orientación que “en la sociología domina hoy” (P. 399). Es, no obstante, cauto; dirá que solo cabe arriesgar “hipótesis” generales y echar mano de ciertos “conceptos”. En la vena auténtica del EF, se transa por las “teorías de alcance intermedio” de Robert Merton, una solución pragmática para las investigaciones concretas contratadas por los órganos de poder (como fue el caso de “The American Soldier”⁶⁰ de Merton) cuando la sociología aún luchaba por alcanzar su estatus científico.

Con mucho orden y concierto Fals va introduciendo uno por uno y en su jerarquía teórica los conceptos de sistema, estructura, estatus-rol, funciones y disfunciones. Un alumno directo de Parsons no podría, quizá, haberlo hecho mejor. De repente, como un sociólogo avezado y avisado que dominara a los clásicos sin miedo de combinarlos donde y cuando fuere necesario en la investigación, salta a Max Weber en nuevo recurso a la teoría. Y esta interpolación de Weber, por primera vez en Fals, es adecuada y pertinente (y no meramente incidental, como en sus primeros textos) en relación con los conceptos de poder y dominación racional y tradicional. Señala Fals el rol del policía –de la policía “chulavita” de Ospina– como protagonista de la violencia partidista de los años 50 y no sabe bien si clasificar tal rol como funcional o disfuncional, a sabiendas –no para Fals– de que en realidad era perfectamente

60 Una investigación de 1949 para el Departamento de Estado de los EE. UU., dirigida por R.K. Merton y buen repositorio de “teorías de alcance intermedio”.

funcional para un sistema de farsa democrática superficial y dictadura real al servicio de la élite propietaria gobernante (la “oligarquía”, como la llamaba J.E. Gaitán).

Pero pronto Fals apunta a las causas reales del conflicto que él ve como “puntos débiles de la estructura social colombiana” (P.405) (que en realidad no son en absoluto “puntos débiles” sino, por el contrario, los bastiones primordiales de la verdadera estructura social). Estos puntos débiles son a los ojos de Fals: “la impunidad [...] jurídica [...], la falta de tierras [más bien diríamos: la injusta distribución de estas] y la pobreza [...] la rigidez y el fanatismo (en las instituciones religiosas), la ignorancia (en las instituciones educativas)” (P.405). Nada más propio, más allá del hecho de que lo que nuestro autor está observando es la estructura superficial y no la estructura profunda del sistema.

En seguida Fals gira en su exposición a “la teoría del conflicto”. Le da un apartado especial, pero este giro expositivo ha logrado despistar a muchos de sus estudiosos, que creen que en realidad ha adoptado ahora una plataforma teórica diferente⁶¹. La teoría del conflicto de Fals es solo otro ángulo del EF, pues el teórico del conflicto que más emplea Fals es Lewis Coser⁶², que innovadoramente desarrolla las funciones positivas del conflicto social, una visión solo aparentemente desafiante del EF ortodoxo y en realidad complementaria, como ya lo había planteado Robert Merton. Fals vincula a Coser con Pareto y otros que han visto al conflicto como un “proceso natural básico en toda sociedad”. Pero Fals no ve (porque no existían) razones suficientes para adherir a esa visión, pues en Colombia el conflicto no fue solo disfuncional sino aniquilador del tejido social.

Muy lúcidamente, por otra parte, Fals formula, como pionero, la idea de que la violencia fue una “revolución frustrada” y por esta razón su disfuncionalidad no pudo llegar a ser positiva en el sentido de Coser. Aunque Fals se adelanta a ver un resquicio de funcionalidad en el desplazamiento campesino a las ciudades, en la urbanización forzada, que con el tiempo podía llegar a ser un factor positivo de desarrollo, como en efecto lo fue. Más adelante nos dice Fals que “faltó la revuelta urbana”. ¡Más claro no canta un gallo, según el *dictum* popular. Esta es una visión contundente que anuncia al Fals de la siguiente época (al Segundo Fals) que de repente premonitoriamente se escapa de la jaula teórica de Parsons y Merton y del propio Coser.

Y luego se pregunta, citando al presidente Alberto Lleras, cómo es posible que la nación más católica del mundo –o casi–, Colombia, haya desafiado con su barbarie en

61 Esta comprensión se halla básicamente en los mismos estudiosos de la obra de Fals de la Nota 59 aquí, pero ellos no son los únicos en entender las cosas de ese modo.

62 Lewis Coser (1956), *The Functions of Social Conflict*. Glencoe, Ill.: The Free Press.

estos años “siglos enteros de predicación cristiana, de orden civil, de convivencia avanzada” –tales las palabras del presidente. ¿Cómo es posible eso?, se pregunta Fals y con él todos nosotros. Para cerrar Fals cita a Coser: “El conflicto tiende a ser disfuncional para una estructura social en la que no hay tolerancia e institucionalización del conflicto”. Es a esto a lo que Fals llama “agrietamiento estructural” y concluye: “Esta hipótesis –la del Agrietamiento Estructural– parece hallar confirmación en el caso colombiano” (P.417). Al final sentencia visionariamente: “Colombia seguirá víctima de la violencia por otros veinte años por lo menos” (P.420). ¡Sobran los comentarios!

Lo que acabamos de ver, como empezamos afirmando, muestra a un Fals respetuoso del rigor teórico, en posesión de una teoría sociológica (más que de querencias antropológicas y etnológicas que era lo predominante hasta ahora) y, entre líneas, con una lucidez reconocible sobre las causas de nuestro destino y sobre el futuro. Que el EF, como lo han señalado otros, no fuera la teoría más adecuada para desenrañar el meollo de la violencia colombiana es otro asunto. Pero que, en un análisis de la trayectoria de Fals, este aporte, es relevante y destacable es indisputable.

Los otros aportes de Fals a VC vienen a ser cuatro: Uno, coautorías con Guzmán sobre capítulo XI: “Algunas consecuencias de la violencia” y una no explícita⁶³: el capítulo VI del Tomo II sobre “Etiología de la violencia”, que parece igualmente escrito al alimón (la distinción allí entre “conflicto telético” y “conflicto pleno” es típicamente falsiana). Dos, el brevísimo epílogo del Tomo I. Y tres, la “Introducción” del Tomo II.

Ahora bien, sobre las coautorías emitir un juicio acerca de uno de los autores es imprudente, pues no es posible discernir completamente en el texto quién es quién (salvo en ciertos puntos evidentes). El capítulo XI contiene cálculos sobre el número de muertos en La Violencia, que aquí estiman en 200.000 expresando escepticismo sobre el monto de 300.000 que dicen ellos arranca de una hipotética cifra (240.000) avanzada por López Pumarejo en 1953 (T.1, p. 292). También se estima en el texto el número de desplazados: 800.000 y el monto de la riqueza patrimonial perdida: 970 millones de pesos. Todo son cifras aproximadas y más que eso: inferidas (hipotéticas), pero el ejercicio es válido desde el punto de vista investigativo y la investigación cuantitativa posterior para mejorar o corregir estrictamente esas estimaciones no se ha hecho aún, que sepamos. Las estimaciones inferenciales continúan. El capítulo VI del tomo II concluye con un “cuadro sinóptico” de las causas de la violencia. Yo creo ver en ese esquema la mano de Fals. Alberto Valencia contó 50 causas⁶⁴. ¡Yo por mi parte conté más de 100!

63 Al menos en la edición de Carlos Valencia, 1980/1986, *op. cit.*

64 Alberto Valencia (2012), *op. cit.* P.29.

Los otros dos textos de Fals son meramente complementarios, redaccionales y podrían perfectamente no haberse insertado sin que el libro perdiera algo de su atractivo y valor esencial. La Introducción –en el Tomo II– proporciona un análisis de la polémica desatada por la publicación del Tomo I. Editorialmente hablando esta reflexión es exótica. Esta metaescritura (escritura sobre la escritura) la practican los novelistas desde Cervantes, (quien dice estar glosando a un ficticio escritor original; Cide Hamete Benengeli). Pero no se practica en los libros científicos, lo cual no ha impedido que la práctica se presente en muchas ocasiones. Pero esta metaescritura no es normalmente parte del texto original. Fals lo hace con una intensión más política que académica.

Sea como fuere, Fals contempla dos temas interesantes al final de su Introducción: Por una parte, una “teoría intermedia” de la opinión pública en reacción a un hecho público. Él la crea y la aplica a VC, pero sería posible aplicarla de hecho a cualquier evento atribuible a alguien. En relación con el evento habría tres posiciones paradigmáticas de recepción: los que aprueban, los que critican y la de aquellos a los que no les importa. Y en cada posición hay tres posibilidades: que el recepcionante se considere por encima (superior) del autor, que se considere por debajo (inferior) o que el estatus del autor respecto del mismo recepcionante no le preocupe. La posición del superior aprobatorio se puede tomar como “paternalista”, la del inferior aprobatorio como “obsecuente” (Fals la llama “filial”) y la del aprobatorio de igual nivel puede considerarse como “solidaria” (Fals la llama “fraternal”. De la misma manera, hallamos distinciones correspondientes (que aquí no reproducimos) para los que en vez de aprobar se muestran “hostiles” al producto. Aquí Fals se muestra amigo de estas taxonomías que ejercitan su creatividad teórica. Fals fue muy influido en esta primera época, se dijo antes, por Lester Ward (1841–1913), el sociólogo evolucionista spenceriano, que desarrolló taxonomías sobre lo social en vena evolucionista. Así Ward habla de cosmogenia, biogenia, antropogenia, sociogenia, génesis y telesis, por ejemplo. Y es de Ward, repitámoslo, de donde Fals saca (sin referenciarlo) su concepto de “telesis” que recorre la obra del barranquillero de principio a fin.

El otro punto de interés en la Introducción es un recuento de tesis (u ocurrencias) pintorescas que circulaban en Colombia en los años 50 sobre la etiología de la violencia. Iban desde la herencia agresiva de la etnia Pijao hasta la teoría de la normalidad (la violencia es algo normal en toda sociedad y entonces para qué esforzarnos en explicarla), pasando por la etiología de la violencia como supervivencia de la guerra de Independencia y la etiología según la cual los comunistas tienen la culpa de todo. Frente a estas maneras de ver la violencia en Colombia, VC denuncia al Estado y sus fuerzas del orden como perpetradores de crímenes, pero de una manera menos comprometida se transa por explicar la violencia con la tesis conciliadora

de que “todos somos culpables”⁶⁵. La visión recurrente en VC de la violencia como “cáncer” del “alma” nacional y el otro tema pertinente de la “cultura de la violencia”, que yo personalmente sustenté⁶⁶ y que otros comentaristas de VC han destacado con énfasis crítico apartándose de él, merecen discusión aparte.

2. El Segundo Fals

Los dos decenios que discurren entre 1966 y 1987, correspondientes a lo que llamamos el Segundo Fals, bien pueden considerarse la etapa “heroica” de Orlando Fals. A tono con los aires –más bien convulsos, agitados y, por qué no: prevenidamente aventureros– Fals sale de la concha urbana, del claustro académico, de los recintos burocráticos de la “civilización”, como suele decirse, y se interna en la provincia, en el país rural, en los entornos populares del atraso y –con una metáfora revulsiva– en la “manigua”. Como decían los maoístas de aquel tiempo, Fals “se descalza”. “Descalzarse” era la invitación formulada a los jóvenes de la ciudad, de extracción pequeño–burguesa, generalmente estudiantes universitarios, para que enrutándose hacia la provincia practicaran una inmersión en ambientes populares obreros, pobres, donde habrían de ejercer su acción política, detrás o al lado de los líderes sociales del lugar, los sindicalistas, los militantes, los “activistas de base”, como se decía también y, al tiempo que se impregnaban del modo de vida del pueblo, intentarían transmitir a las bases, como “intelectuales orgánicos”, los principios de la doctrina maoísta o marxista–leninista de la revolución socialista.

Fals, a su modo, por iniciativa propia, siguiendo un plan personal, bajo parámetros específicos de acción política se acercará a esas bases populares y acabará coincidiendo con los grupos de izquierda que en ese decenio rojo de los años 70 sembraban la revolución socialista en múltiples parajes de la geografía nacional.

El Segundo Fals gira, pues, en torno a tres proyectos claramente discernibles: El primero, lo que él denominó la Investigación–Acción–Participación (IAP para abreviar). El segundo: la opción de la lucha armada revolucionaria y, en términos de doctrina: la adopción teórica del marxismo. Y el tercero, la composición de su obra intelectual más significativa: la *Historia doble de La Costa* en 4 volúmenes. En lo que sigue nos ocuparemos de estos tres proyectos, pero, para empezar, brevemente haremos referencia a un texto transicional entre el período que acabamos de analizar, la del Primer Fals, y esta nueva etapa del Segundo Fals.

65 Ver Alberto Valencia (2012), *op. cit.* P. 27.

66 Ver Carlos Uribe Celis (1992), *La mentalidad del colombiano*. Bogotá: Ediciones Aurora y Nueva América.

La subversión en Colombia⁶⁷

Este texto –al que nos referiremos como SC por brevedad– es de 1967. Como un acuerdo entre las élites para frenar la espantosa avalancha de violencia, desposesión y muerte, disparada desde 1946 y crítica desde 1948, se introdujo el régimen de gobierno conocido como el Frente Nacional. Las élites que habían provocado la violencia se sentaron a decidir su suspensión. En el primer Gobierno (1958–1962) de este régimen de alternancia presidencial entre los dos partidos tradicionales –y de partija igualitaria de la burocracia estatal–, el Gobierno del liberal Alberto Lleras Camargo, Fals había sido un miembro destacado de la burocracia tecnocrática de mandos medios, como ya se vio. En el segundo Gobierno del Frente Nacional, el del conservador Guillermo León Valencia (1962–1966), Fals orientó más sus pasos hacia la academia, hacia su proyecto dilecto de la carrera de Sociología de la Universidad Nacional en Bogotá. Pero el Gobierno de Guillermo León Valencia endureció la política represiva sobre los viejos núcleos de guerrillas de autodefensa, que desde la adscripción liberal hicieron tránsito a organizaciones subversivas comunistas. Así, en 1964 nacieron las FARC como guerrilla comunista de corte marxista en Colombia. Mediante un plan, orquestado en el Departamento de Estado usamericano, bajo el nombre de Plan Lazo, Valencia apeló al bombardeo aéreo ineficiente, chambón e impreciso para liquidar los núcleos guerrilleros que entonces tomaron el nombre de “repúblicas independientes” (Marquetalia, Guayabero, El Pato). El término “subversión” se popularizó entonces. Lo que Fals intenta mostrar en SC es que la subversión tiene, en contra del discurso estatal, una cara positiva, digna y respetable, pues es la responsable del progreso de las sociedades. La historia toda parece girar en torno a una milenaria cadena de subversiones. El punto culminante de este estudio, el de SC, es la presentación de una teoría intermedia de corte funcionalista: la teoría falsiana de subversión.

Destacaremos algunos aspectos relevantes del texto de SC, un poco como van apareciendo en la lectura. Allí Fals repite el despliegue –a modo de *casting*– de la constelación de autores latinoamericanos que en aquel momento brillaban en el firmamento de la región en cuanto concierne a los estudios sociológicos, económicos y politológicos. Este listado, según hemos dicho ya, se convertirá para Fals, por un tiempo largo, en un *Leitmotiv* de su discurso escrito. En el caso de SC, el *casting* incluye a Celso Furtado (Brasil), Pablo González Casanova (México), José A. Silva Michelena (Venezuela), Florestán Fernández y Luis A. Costa Pinto (Brasil) y otros varios.

67 Orlando Fals Borda (1967), *La subversión en Colombia*. Visión del cambio social en la historia. Bogotá: Sociología–UN y Tercer Mundo.

La inspiración teórica de Fals para la SC –por otra parte– proviene sustancialmente de autores usamericanos como el funcionalista Lewis A. Coser, ya mencionado, quien resalta el lado positivo del conflicto (de la subversión, desde el punto de vista de Fals) como funcional a la evolución social. Otro referente ya conocido de Fals viene a ser, una vez más, el evolucionista Lester Ward. De Talcott Parsons Fals toma su clasificación de unidades básicas de la estructura social, a saber: valores, normas, colectividades y roles, paradigma que Fals transmuta a su propia lista de antivalores, contranormas, disórrganos e innovaciones técnicas, que son presentados como componentes estructurales de la subversión. Fals, sin embargo, no cita tampoco a Parsons a este propósito⁶⁸. De modo subsidiario Fals hace referencia a otros autores como K. Mannheim (*Ideología y Utopía* –1929), Gustav Landauer (un anarquista social activo durante la República alemana de Weimar en la Primera Posguerra), de quien Fals recoge los conceptos de “Topía” y “Revolución” (que se ven reflejados en las ideas weberianas de “carisma” y burocratización o institucionalización del carisma); también se apoya en P. Sorokin y William Ogburn, autores usamericanos que son muy caros al Primer Fals y con los que el sociólogo colombiano se formó en sociología.

Tal como nos ha acostumbrado ya Fals, SC contiene un destacable excurso de historia colombiana desde la Conquista hasta los mismos años 60 del siglo XX, esta vez como ilustración y sustento de la visión de la historia de la subversión en Colombia. En efecto, Fals registra cinco órdenes históricos engendrados por irrupciones subversivas: uno, la Conquista, vista como subversión del *ethos* cristiano sobre el horizonte de la cultura indígena precolombina. Dos, la Independencia, que Fals ve menos como subversión, que como inserción en el contexto mundial de la revolución burguesa. Tres, el golpe del general José María Melo en 1854, cuando los artesanos intentaron arrebatar el poder a las nuevas élites burgueso–hacendarias colombianas. Cuatro, los años 20 del siglo XX, que Fals ve como el comienzo de una insurgencia socialista y, cinco, los años 60 del siglo XX, que Fals torna a ver como nueva cristalización socialista.

Es evidente que esta conceptualización de la historia colombiana es tan original como discutible. Fals parece confundir aquí el liberalismo de la pre–“República Liberal” (años 20) y sus matices proclives a la socialdemocracia (el MRL de López Michelsen, por ejemplo) con la ideología socialista. Fals reputa socialistas a Alberto Lleras Camargo y Carlos Lleras Restrepo, a Hernando Agudelo Villa, que en los años 60 creó la pseudo–disidencia liberal del llamado Grupo de La Ceja y que Fals veía como promisoría luz en el oscuro temporal de antidemocracia imperante. También

68 Puede pensarse en disculpa de Fals que en 1967 los estándares de referencia bibliográfica eran menos estrictos que como lo son hoy, o simplemente, como en circunstancia parecida dijo alguna vez Pierre Bourdieu: “el conocimiento es universal y no hay para qué estar haciendo siempre reconocimientos”.

serían socialistas, a juicio de Fals, el venezolano Rómulo Betancur, el peruano Haya de la Torre y el mexicano José Vasconcelos. Es muy difícil compartir con Fals esta visión exótica de las ideologías.

La teoría intermedia de la subversión en SC considera cuatro momentos del avatar subversivo: su irrupción, su clímax, su anticlímax y su estabilización. Esta evolución recoge los conceptos de Landauer (Revolución y Topía) y de Weber (Carisma y burocratización). Pero, una vez más, la aplicación de este esquema plausible es altamente controversial. Así Fals declara: “La ‘Revolución en Marcha’ [de López Pumarejo –años 30–] constituye el clímax de la subversión socialista en el contexto del partido liberal” (SC, p.180).

Ya para concluir, una percepción menos controversial de la SC nos hace ver a un Fals ansioso por legitimar el espíritu de cambio que él veía venir en 1967 y del que él ya quería hacer parte, estimulado entre otras cosas por la decisión heroica de su compañero de labores académicas, el Padre Camilo Torres Restrepo, que se había “ido al monte” para integrarse a las filas de la guerrilla del ELN y morir en febrero de 1966. Fals toma tiempo para justificar en SC (1967) la violencia revolucionaria (la “contra-violencia”, dice él). “la violencia se hace indispensable para evitar la frustración del élan subversivo”, dice textualmente aquí (SC, p. 45). Y va aún más lejos: sugiere “la infiltración de las fuerzas armadas por grupos progresistas” (SC, p.234) como táctica útil al cambio. Por encima de las ambigüedades teóricas de este trabajo de transición ya se insinúa en este escrito el arrojo que Fals mostrará en su nuevo proyecto de vida como veremos a continuación.

La IAP

La Investigación–Acción–Participación (o Participativa = IAP) fue el proyecto bandera de Orlando Fals como investigador social y el lo propuso como un método para investigar y transformar la realidad social. Pero la IAP es un producto complejo, portador de numerosas facetas y con una historia que vale la pena revisar, así sea de manera esquemática. El término Investigación–Acción (así como aparece) es muy antiguo en la ciencia social. Apareció en 1926 en el campo de las ciencias de la educación en una obra titulada *Research for Teachers* de Burdette Ross Buckingham (M. Montero (2006), p.129). Sin embargo, la real difusión del concepto la hizo el psicólogo polaco, radicado en USA, Kurt Lewin (1890–1947) adscrito a la Universidad de Iowa⁶⁹

69 Recuérdese que Fals estudió en Dubuque, Estado de Iowa, en 1953–1955. Pero no pudo tener contacto con Lewin mientras este vivía. Y lo más probable es que sabe de Lewin lo más temprano en los años 50 y más probablemente mucho después.

y al final de su vida al MIT. Lewin es uno de los grandes psicólogos de la corriente alemana de psicología de la Gestalt (la percepción no es mero producto sensorial, sino que involucra formas preconcebidas y remanentes en el cerebro, de suerte que “el todo es más que la suma de las partes”). De igual manera, Lewin es uno de los pioneros de la psicología social en los Estados Unidos, así como fue también iniciador de la sociología de la comunicación con R.K. Merton y H. Lazarsfeld. Propuso, además, la Teoría del Campo en psicología (la relación individuo–entorno social determina la conducta en lo que concierne al patrón de seguimiento de las normas). Lewin, pues, poco conocido en general en la sociología actual, dejó honda huella en el mundo académico de la ciencia social. En 1946–1948 Lewin retoma el concepto de Investigación–Acción como una técnica metodológica que implica un movimiento repetido de ida y vuelta entre la teoría (o el plan de investigación) y la aplicación práctica de esa teoría en un esfuerzo por corregir y mejorar constantemente la relación teoría–práctica. La ciencia no consiste en la imposición de una teoría a la realidad sino en la construcción permanente de teoría a partir del contacto con la compleja y cambiante realidad. Este postulado, si no más, persiste de algún modo en la IAP, si bien Lewin no sale propiamente del campo epistemológico de la investigación, pues su propósito es mejorar la teoría. Pero la Investigación–Acción de corte Lewiniano acabó aplicándose en varios campos como la industria, en la mejora de los procesos de producción (finalmente, es una puesta en práctica del principio de ensayo y error). Se aplicó también en la educación en la tarea de formulación del currículo: se proyecta –dicen acá– se implementa, se pone en ejecución, se evalúa, se revisa, se reformula, se vuelve a implementar y así sucesivamente. Lewin observó que este método le convenía a la política social, idea que él formuló como “ingeniería social”, un término con poca recepción en sociología. En algún momento Fals, para diferenciarse de Lewin, habla despectivamente de Lewin y su “ingeniería social”, pero, como si realmente lo ignorara, no entra en una valoración conveniente del impulsador de la categoría de “investigación–acción”. No es para negar que Fals le da un giro significativo a la categoría de Lewin.

Otro proponente de la Investigación–Acción antes del tiempo de Fals fue el antropólogo usamericano Sol Tax (1907–1995) de la universidad de Chicago. Tax investigó a los indios Fox o Meskwaki, una tribu superviviente en el Estado de Iowa. En su proceso de investigación (años 30) encontró que investigar para saber sobre un grupo humano no era suficiente. Si ese grupo humano acusaba problemas sociales de diverso orden (económicos o sociales propiamente dicho) debían ser ayudados con vista a obtener para ellos un desarrollo conveniente. Tax llamó a esto: “Action anthropology”: Antropología Acción. Y esta iniciativa acabó conociéndose como otra forma de la Investigación–Acción. En los años 50 Tax investigó en Panajachel, Guatemala, sobre una economía comercial de bajo ingreso y cobertura, sostenida por los indios del lugar. A este fenómeno Tax lo llamó “Capitalismo del centavo”

(*Penny capitalism*). La idea de Tax era, de nuevo, “actuar”, intervenir (y no solo observar) en la población estudiada para mejorar su nivel de desarrollo. Se entiende desarrollo capitalista. Este nuevo paso de la Investigación–Acción nos acerca más al proyecto de la IAP, pues la IAP insiste en la propuesta de transformación de la realidad, según el *dictum* marxista de la Tesis 11 sobre Feuerbach: “hasta ahora no hemos hecho más que interpretar el mundo, de lo que se trata es de transformarlo”. Pero es claro que Tax quería actuar, intervenir y transformar únicamente dentro del horizonte del capitalismo.

La IAP de Fals

Fals dice que la IAP (su propia versión) se inicia en los años 70. ¿Cuándo exactamente? En una ocasión dice que empezó en 1977 en el Simposio de Cartagena (O. Fals (1981), p. 55–B) y en otro momento afirma que la IAP (otra vez su IAP) se origina en 1972 (O. Fals, *Retorno a la tierra* (1986), p.28–B). Lo cierto es que, sin una referencia teórica aparente, de modo más bien intuitivo, Fals empezó a practicar una forma de la IAP en su primer trabajo, *Campesinos de los Andes* [CA] (1953), todo de modo empírico, que es el tenor que caracteriza a esta obra. Hemos señalado anteriormente que CA es más una etnografía antropológica que un estudio sociológico. Cuando Fals decide en 1949 ir a habitar entre los campesinos de Saucío, se trata de un impulso inspirado por el trabajo de la antropología norteamericana (y británica), que consistía en elegir una cultura primitiva e ir a vivir en ella para observar todo *in situ*, empezando por aprender el idioma de los nativos estudiados. Fals no solo estudia a los saucitas, sino que se esfuerza por mejorar su condición, los organiza colectivamente, los induce a construir comunitariamente una escuela y crea una cooperativa. Es decir, interviene, actúa, participa. Ni Lewin ni Tax habían pasado entonces por la mente de Fals. Él habla de ellos 30 o 40 años después de Saucío. Ese impulso de Fals por “mejorar la condición” de los saucitas es un impulso misionero en el mismo sentido de lo que su madre María Borda realizaba entre los pobres de Barranquilla bajo los dictados del evangelismo social presbiteriano. Pero en la práctica se trataba de una muestra prístina de IAP, solo que la IAP falsiana de los años 70, su IAP, conscientemente asumida, se inserta en un entorno ideológico completamente diferente.

En “La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia” (1959) Fals cita un artículo de Allan R. Holmberg: “Participant Intervention in the field” (1955), que como su título lo indica contiene el componente de la Participación o la intervención participante. Ya entonces Fals se hace a la idea de que la IAP es *in pectore* –y más tarde será *de iure* y *de facto*– su método favorito y solo tendrá que esperar unos años para declararlo su caballo de batalla con el que aspira a ganar un puesto en

la ciencia social. Es un mérito de Fals el explotar sus hallazgos fortuitos, llenarlos de contenido con el paso del tiempo y mantenerse consecuente con ellos.

Ya en 1958 en el escrito “La introducción de nuevas herramientas agrícolas en Colombia”, arriba comentado, Fals da muestras de los componentes de acción y participación (inserción para transformar) en lo que él llama “experimentos” por él iniciados entre los campesinos de Saucío para modernizar los tradicionales sistemas de producción agrícola. Una vez más estas prácticas se adelantan de manera intuitiva y empírica en su intención, todavía carente de directriz teorizante alguna, paso que deberá esperar hasta diez años más. Y es justo en el año de 1969, con ocasión del Congreso IX Latinoamericano de Sociología, en la ciudad de México, en su ambiciosa ponencia sobre los temas de crisis, compromiso y liberación (“sociología de la liberación”) que hicieron carrera en ese congreso, cuando Fals, tematiza abierta y públicamente su propia versión de la IAP.

En este evento la IAP es presentada como “observación–participación”, “observación–intervención” y “observación–inserción”. En 1970, en su artículo “Algunos problemas prácticos de la sociología de la crisis”⁷⁰ Fals reproduce textualmente su ponencia del Congreso de México y “oficializa” de esta manera su propuesta de la IAP. En *Ciencia propia y colonialismo intelectual* (1970) Fals pregona una visión reformista de la sociología como una “ciencia insurgente” y una “ciencia humilde para pobres” y atribuye a Marcos Kaplan⁷¹ (1959) el concepto de “inserción” (primera versión de la acción–participación) en el método de la IAP.

La presentación de madurez de la IAP, una metodología con manifestaciones coincidentes en otros lugares del mundo se realiza en el marco del Congreso Internacional de Cartagena de 1977 sobre la IAP, que Fals planeó, que Fals organizó y que Fals llevó triunfalmente a cabo con participación de un número de académicos de diversos países del mundo. Fals fue el ponente central y la estrella rutilante de ese evento. Aquí la IAP es propuesta como escuela de formación de líderes revolucionarios. Esta es la marca diferencial, el modelo *sui generis* y prototípico, que Fals le impone a una IAP, que sin ese carácter estentóreo venía siendo implementada en otros lugares. Se trataba de un ideal bien encajado en un contexto de radicalismo, agitación política, lucha armada y acción guerrillera, que fue el tenor propio de los años 70 en el territorio de Colombia. En 1970 Fals se introdujo en esta vía de actuación política y para 1977 ya había decantado el producido real de aquel impulso audaz. La cosecha no era precisamente halagüeña, pero el talento político de Fals le permitió redirigir su

70 O. Fals Borda (2013), En Nicolás Herrera *et al.* (Comp.), *op. cit.* P.173–193.

71 Marcos Kaplan (1927–2004) fue un académico argentino residente en México desde el final de los años 60. Su trabajo hizo parte del *boom* sociológico latinoamericano de los años 60 y 70.

munición otra vez hacia el campo académico que había abandonado diez u once años antes. No regresó todavía a lo institucional (para ello tendría que esperar otros diez años) pero sí a la investigación, al trabajo intelectual. La resonancia de la IAP, más allá de los énfasis políticos o radicales que Fals quiso conferirle, estaba en ser un método de investigación (específico, sin duda, pero como tal) una herramienta académica. En tal sentido, tres años después, en 1980, aparece el tomo I de la saga *La historia doble de la casta*, que lo ocupará hasta 1986.

En el evento de Cartagena ya Fals hace autocrítica y expresa frustración respecto del paso audaz que él tomara en 1970. No es que desdiga de él, no es que se rectifique o se retracte. Pero viene a expresar una primera conclusión melancólica sobre su experiencia reciente: “La condición histórica y social de las masas [...] –observa entonces– no da aún para formar y enriquecer el complejo científico y cultural propio de los intereses de la clase trabajadora”. Este balance será mucho más asertivo y sincero años después: En 1989 (en un *Post-Scriptum* a su ponencia del 77), afirma: “en esos años [los años 70] ese tipo de investigación [la IAP] se veía como algo innecesario, ambiguo o peligroso. Y [...] los intelectuales así comprometidos nos sentíamos en un limbo”⁷². Poco antes, en 1986, más precisamente, Fals había dicho que en los años 70 la IAP se halló inmersa en “una poderosa ola de activismo político [...] que] acaba[ron] afectando [su] desarrollo [...] en la región costera”. En el mismo año se expresó de modo casi patético al decir que su acción política de los años 70 era algo “para olvidar”⁷³.

Volviendo a la ponencia de 1977, Fals observaba que la IAP era una propuesta para “obreros, campesinos e indígenas”. En este punto conviene decir que, si bien Fals logró cierto apoyo en núcleos obreros de Montería y Barranquilla, este respaldo fue muy precario en general entre la clase obrera colombiana. Logró mayor acogida –aunque siempre regional y reducida– en sectores campesinos que involucraron cierta población indígena. Su participación, en la toma de tierras en la región del Sinú fue, sin embargo, valiente y efectiva.

Entre las herramientas de su metodología de investigación Fals enumera la encuesta, el cuestionario y la entrevista, componentes metodológicos tradicionales⁷⁴, que se vieron enriquecidos, sin embargo, por otros instrumentos como el sociodrama,

72 O. Fals (1989), *Post-Scriptum a El problema de cómo investigar la realidad para transformarla*. En: J.M. Rojas (Comp.), *op. cit.* P.202.

73 Ver: Albio Martínez Simanca (1986), *Historia y mito* [Sobre la Mesa Redonda en Montería a propósito de la *Historia doble de la Costa*]. Montería: Casa de la Cultura.

74 En O. Fals Borda (1986), *Conocimiento y poder popular*. Bogotá: Siglo XXI. P. 59, Fals complementa el menú de sus herramientas metodológicas con “técnicas simples de registro, conteo, sistematización y análisis” (P. 59).

las filminas, los folletos ilustrados, la consulta de “archivos de baúl” que albergaban escrituras, documentos judiciales, manuscritos, libros, insignias, afiches, fotografías, prendas y objetos antiguos, testigos de una memoria de lucha y resistencia, que algunos nativos guardaban celosamente⁷⁵. Anota Fals significativamente en otro lugar que sus encuestas tomaron como referencia la Encuesta Obrera de Marx (una encuesta de cien preguntas que Marx desarrolló en 1880 para aplicar a la clase obrera francesa). Esta referencia resultaba inspiradora en esa época cuando Fals, dejando atrás el bagaje teórico de su formación gringa y sus años de director de la carrera de Sociología en la Universidad Nacional de Colombia, había abrazado el marxismo como su guía teórica (que será tema posterior en este estudio).

En la original metodología de exposición que Fals aporta en la *Historia doble de la Costa*, su obra cumbre, dice usar hechos históricos básicos que él llama “Datos Columna”⁷⁶, y que complementa con elaboraciones de interpretación, contextualización, descripción de la situación en que la historia surge y pasajes novelescos que son creaciones del autor sin distinguirlos de la “historia real”, de suerte que el lector puede tomarlos como reales. Fals justifica esa transgresión historiográfica en nombre de una lectura popular de su trabajo que requiere viveza y agarre sobre el lector⁷⁷. Sin duda estas técnicas son entendidas por Fals como desarrollos complementarios de la IAP.

Fals define la IAP en 1986 como la conjunción de tres parámetros: educación para adultos, acción política y “ciencia popular”⁷⁸. En desarrollo de la educación de adultos Fals avanza lo que podemos considerar una teoría intermedia de los niveles de comunicación, teoría que él implementó en su práctica investigativa dentro de lo que él llamaba “devolución sistemática” de los resultados del trabajo para los miembros de la comunidad investigada. Los niveles de la comunicación en esta teoría intermedia son cuatro, a saber: nivel cero, nivel uno, nivel dos y nivel tres. El nivel cero comprendía la comunicación para analfabetas (*iliterate*), el nivel 1 se destinaba a alfabetas medios y se realizaba con recurso a folletos ilustrados. El nivel 2 se destinaba a cuadros y líderes y el nivel 3 era un nivel analítico dirigido a cuadros avanzados. En todo enfatizaba Fals el contraste entre lenguaje “intencional” (que debía ser rescatado: yo quiero, yo pido, yo lucho, yo te apoyo) que es el lenguaje del pueblo, en contraposición al lenguaje científico de los textos académicos. En esta

75 Ver *Historia doble de la Costa* (4 tomos).

76 Ver O. Fals Borda (1981), *El presidente Nieto*. Bogotá: Carlos Valencia. P. 55–B. Ver también: Albio Martínez Simanca (1986), *op. cit.*

77 Ver O. Fals Borda (1981). *El presidente Nieto*, *op. cit.* P. 57–B.

78 O. Fals Borda (1986), *Conocimiento y poder popular*, *op. cit.* P.14.

relación justamente aparece un vocablo que acabó vinculado paradigmáticamente al sociólogo barranquillero como una estampa de toda su obra: se trata de la palabra “*sentipensante*”. Hasta donde hemos podido ver, Fals lo plasma por primera vez en *El retorno a la tierra* (1986)⁷⁹, pero en una entrevista de 20 años después⁸⁰ Fals confiesa que el término no es creación suya, sino que procede de un interlocutor suyo costeño durante uno de sus desplazamientos en el trabajo de campo para la *Historia doble*.

Como parte de la IAP Fals pregona, como tarea a desarrollar, la “ciencia popular”, por la que entendía el conocimiento empírico de las clases subalternas en su quehacer cotidiano junto con los elementos del folclor y los logros cognitivos de la cultura popular. La IAP será el repositorio de la “ciencia popular”. Una dimensión muy importante de esta ciencia popular es la historia de la resistencia y de la lucha contra la opresión. En el tomo II de la *Historia doble*, en *El presidente Nieto* (1981), hallamos la más clara exposición del método de la IAP en cuanto historiografía de la lucha popular. Según Fals la secuencia del trabajo comprende estos tres pasos: uno, reconstrucción histórica (también llamada Ilación). Dos, recuperación crítica (de la memoria de la lucha popular). Y tres, devolución sistemática. Este último aspecto es la nota diferencial respecto de la labor académica. El investigador, concluido su trabajo, no abandona a la comunidad a su suerte (como en la etnografía de Malinowski). Fals asume en cambio que el primer destinatario de los resultados de la investigación es la misma comunidad investigada. Como el tema principal es la memoria de la lucha por la tierra y de la resistencia contra los depredadores entre la clase burguesa, depositar esa memoria en manos de la comunidad es el medio más eficaz de concientizar, politizar y estimular la lucha, uno de los objetivos precognizados por Fals.

La IAP como educación de adultos, por otra parte, se halla implementada por otros investigadores fuera de Colombia, no necesariamente como imitadores del colombiano sino por un esfuerzo coincidente y simultáneo en países como Tanzania, Bangladesh, Australia y otros. Pero si bien Fals reconoce esa función (ver más arriba), se corrige en otra parte y dice que la IAP no es educación para adultos sino “edificación de un poder y contrapoder”⁸¹. Creemos percibir aquí un “pensamiento deseoso” (*wishful thinking*) del autor, que se debate en la ambigüedad en este punto. Al querer conectar su proyecto dorado (la IAP) con las coincidencias o repercusiones universales de esta metodología que como vimos al comienzo de este apartado nace en

79 O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*. Bogotá: Carlos Valencia. P. 25–B.

80 Entrevista concedida a Alfredo Molano [disponible en redes].

81 O. Fals Borda (1986). En torno al poder popular y a la IAP. En: Nicolás Herrera *et al.* (2013), *op. cit.* P. 389.

los Estados Unidos en los años 40, Fals acaba insertado en una corriente mundial, pero esto no lo deja satisfecho, pues lo diferencial de su enfoque es que en los años 70 del siglo XX, como se ha visto, nuestro autor quiso presentar la IAP como una forma *sui generis* de la lucha armada colombiana y, en donde cabía, latinoamericana.

Con este recuento extenso y detallado del desarrollo histórico de la IAP en cuanto tiene que ver con el sociólogo colombiano y con el desglose analítico de sus principales componentes como fueron apareciendo en su obra, abocamos ahora el tema del elemento específico que Fals incorporó a la IAP: un proyecto político de acción radical.

Su opción radical

Al dejar la Universidad Nacional (febrero de 1966), durante cuatro años Fals se debate entre su vocación académica ahora ejercida en el exterior y su otra faceta, la de funcionario, que ya le era familiar. En 1967 toma parte en Buenos Aires, junto con otras destacadas figuras del pensamiento social latinoamericano del momento, en la fundación del Centro Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), una dependencia indirecta de la UNESCO. Al año siguiente, 1968, se desempeña por más de un año como director del UNRISD (United Nations Research Institute for Social Development) en la ciudad de Ginebra, Suiza. Mientras se halla en Ginebra entra en contacto con el Consejo Mundial de Iglesias, una organización ecuménica protestante cuyo secretario general en ese momento era miembro del presbiterianismo; iglesia, como sabemos, de la que era fiel el propio Fals. En el año de 1970 es, por un breve lapso, profesor visitante de Estudios Latinoamericanos en la Columbia University de Nueva York. En el verano del mismo año 1970 se encuentra de nuevo en Ginebra y el 6 de junio de ese año⁸² organiza una reunión de amigos para debatir las motivaciones intelectuales y políticas que darán lugar a lo que luego, a fines del mismo año, se oficializó bajo el nombre de La Rosca.

El grupo de amigos convocado por Fals en Ginebra para adelantar en Colombia lo que él veía como un proyecto revolucionario, ni más ni menos, estaba formado por los pastores presbiterianos Gonzalo Castillo Cárdenas y Augusto Libreros Illidge, el sociólogo colombiano Jorge Ucrós, muerto trágicamente a los pocos días, y el filósofo, también colombiano, Víctor Daniel Bonilla, quien había publicado recientemente un libro crítico, *Siervos de Dios y amos de indios*, sobre la misión capuchina en el Putumayo. La idea, como dice Ernesto Parra Escobar en su trabajo sobre La Rosca, era que la situación social de Colombia era ruinoso e insostenible y acusaba pleno estado de madurez para acometer una estrategia de cambio revolucionario.

82 Para la historia de La Rosca nos apoyamos principalmente en: Ernesto Parra Escobar (1983), *op. cit.*

Y los reunidos acordaron emprenderla. Con tal propósito crearon una organización (con estatus legal) registrada en el siguiente mes de diciembre en Bogotá ante la agencia burocrática correspondiente. Se trataba de La Rosca. Y tres días después del año nuevo de 1971 volvieron a reunirse operativamente en el pueblo de Sasaima, cercano a Bogotá, en una finca de propiedad de la iglesia presbiteriana para ultimar detalles y echarla a andar de modo inminente.

Conviene en este contexto ilustrar sobre una organización internacional protestante de aquellos días: el grupo ISAL, sigla correspondiente a Iglesia y Sociedad en América Latina. Esta sociedad que agrupaba distintas denominaciones protestantes presentes en América Latina operó entre 1961 y 1975 y tuvo su sede en la ciudad de Montevideo, Uruguay. Figura prominente de ISAL en aquel entonces era Richard Shaul, el teólogo presbiteriano usamericano que vivió en Barranquilla en los años 40 y trabó amistad duradera con el joven Fals y con su familia cuando todos giraban en torno al Colegio Americano de la ciudad costera. Shaul, como se dijo antes aquí, pasó de Colombia al Brasil y allí impulsó una pionera versión de la teología de la liberación. Shaul fue profesor del seminario presbiteriano de Campinas y de allí fue expulsado con un número de estudiantes por causa de su ideología comprometida de izquierda. En verdad, un discípulo brasileño de Shaul, Rubem Alvez, fue quien popularizó desde la esquina protestante un texto sobre “teología de la liberación humana” (1969), como Alvez la denominó, y que sirvió de base al cura católico peruano Gustavo Gutiérrez, considerado el “padre” de la teología de la liberación católica en Latinoamérica, para impulsar su propia versión. Gustavo Gutiérrez, además, había estudiado en la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, la misma *aula mater* en la que en la misma época estudió el Padre Camilo Torres Restrepo.

Miembros de ISAL se involucraron en los años 70 en movimientos de izquierda o guerrilleros como los Tupamaros de Uruguay, la oposición de izquierda al dictador militar Hugo Banzer, quien llegara al poder por golpe de estado en 1971 y en otras agrupaciones izquierdistas. El ISAL de estos años fraternizaba con la intelectualidad de izquierda del Cono Sur y compartía los enfoques marxistas de sus análisis. En 1967 el ISAL lanzó un programa de “Educación para la Justicia Social”, para el cual entró en contacto con Paulo Freire, quien entonces vivía en Chile, fugitivo de la dictadura militar brasileña de Humberto Castelo Branco, quien –con el apoyo de los Estados Unidos– había desplazado del poder constitucional al presidente Joao Goulart en 1964. Freire trabajó en Chile con la oficina de la UNESCO y con la Democracia Cristiana de Eduardo Frei y en 1970, de la mano de los presbiterianos, viajó a Ginebra vinculado al Consejo Mundial de Iglesias, en el que gravitaba Fals entonces, como arriba se indicó.

El Consejo Mundial de Iglesias de Ginebra, como el ISAL latinoamericano, compartía el enfoque de política comprometida –y radical– de oposición al establecimiento, de defensa de los pobres y excluidos y de promoción de cambios estructurales en los países del Tercer Mundo.

Nos hemos detenido en esta breve reseña del ISAL y del Consejo Mundial de Iglesias de Ginebra para llamar la atención sobre el clima ideológico que este ecumenismo protestante, y los presbiterianos en particular, respiraban al filo del año 1970. Fals, por supuesto, estaba al tanto de estos desarrollos, –aunque no hablara de ello públicamente entonces⁸³– y su paso dramático al campo de la izquierda militante tuvo un entronque evidente y concreto con el presbiterianismo comprometido de 1970. Latinoamérica toda hervía en ese fuego transformador y de gran agitación.

Colateralmente conviene observar que en los tempranos años 70 en la región del Alto Sinú y de Urabá, cercanas al área de influencia de Fals, los presbiterianos adelantaron un proyecto misionero llamado el Plan Evangélico del Noroeste. Y se sabe que en 1973 Fals trabajó con los presbiterianos de Cereté en proyectos de evangelismo social, que finalmente era la línea de ayuda a los pobres en la que siempre se movió María Borda, su madre, si bien esta lo había hecho en un contexto completamente diferente. En Cereté, pues, con la metodología falsiana de los folletos ilustrados, aparece en 1973 un texto titulado “Escucha Cristiano”, un llamado al compromiso, propio de la teología de la liberación presbiteriana⁸⁴.

Ya sabemos que Fals adelantó su acción política entre los años de 1970 y 1973 en la Costa Atlántica colombiana con financiación del directorio presbiteriano de los Estados Unidos. Esta ayuda económica, necesaria por lo demás, no demerita ni pone en cuestión, a nuestro juicio, la actuación de Fals, quien se manejó entonces con independencia total de criterio y nunca supeditó su proyecto a mandatos de iglesia o agente externo alguno.

Con la puesta en acción de La Rosca en el escenario de la Costa Atlántica colombiana, en las áreas de la Depresión Momposina y el Valle del Sinú y San Jorge, y con epicentro en Montería, Fals da el salto resuelto y osado a una etapa nueva de su existencia, un período de rebelión, de desafío a los marcos legales del sistema, de acciones intrépidas con riesgos evidentes, producto de una determinación valiente, audaz y admirable en un hombre de su condición y su trayectoria.

83 Hace una mención correlativa en O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*, op. cit. P. 184–A.

84 O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*, op. cit. P.184–A

Se perciben entonces claras mudanzas en su discurso. Con la sociología en el trasfondo empieza a hablar de una “ciencia nueva, subversiva y rebelde” e incluso de una “ciencia guerrillera”. Pregona una “sociología de la liberación que incluya [...] mecanismos de la toma del poder por las clases populares”. Y reconoce que “la guerrilla se presenta como alternativa para alcanzar el cambio social”⁸⁵. Una conferencia dictada en Ginebra en 1970, la Conferencia del Foyer John Knox, que tituló “Subversión y Desarrollo, el caso de América Latina”⁸⁶, no es otra cosa que un panegírico de la guerrilla y de la subversión comunista. Puede presentarse como el manifiesto izquierdista de Fals. Exhibe un guevarismo y un guerrillerismo exaltados.

Desde 1966 Fals se siente cada vez más en lo que suele denominarse en la literatura histórica “vísperas de octubre”, es decir a las puertas de la revolución socialista. Cuando 20 años después ejerce su autocrítica, Fals nombra el fenómeno el “síndrome del palacio de invierno”. Tiene que ver con el palacio del Zar en San Petersburgo, ocupado por el gobierno provisional de Kerenski, primero, y que, luego, cae en manos de los bolcheviques en octubre de 1917, acontecimiento que marca el principio de la era soviética. Fals estaba afectado por esa ilusión. La intervención de Fals en México en 1969 resume la convicción ansiosa de que el tiempo de la revolución y de su triunfo están cerca. Su proclama entonces de una “sociología de la liberación” es parte de este síndrome. En 1971 Fals habla de “la agudización de la crisis de todo orden”⁸⁷. “Las frustraciones, golpes y engaños de la clase política nos tienen al borde de una revolución política y social” –señala en otro lugar⁸⁸. Todo ello hace parte de la excitación que acompaña su salto a la opción radical que venimos ilustrando.

Ahora bien, La Rosca, establecida en 1970 como organización política activa bajo el liderazgo de Fals, se sostuvo hasta 1974. Sin embargo, desde mediados de 1973 los otros grupos de militantes y las organizaciones guerrilleras se vienen lanza en ristre contra La Rosca, acusándola de “agente del imperialismo”, por sus conexiones con la iglesia protestante usamericana. Como si eso no fuera bastante, el ala derechista de la jerarquía presbiteriana en Colombia denuncia a Fals como agente del comunismo y sienta ante los jefes religiosos gringos la protesta por no haber sido consultada sobre el tema de la financiación de La Rosca proveniente de Estados Unidos. La defensa de la “pastora” María Borda Angulo, la madre de Fals, no se hizo

85 O. Fals Borda (1970 [1981]), *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Bogotá: Carlos Valencia. *Passim*.

86 O. Fals Borda (1970), Conferencia “Subversión y desarrollo: el caso de América Latina”. Ginebra: Conferencia del Foyer John Knox.

87 O. Fals Borda (1971), ¿Es posible una sociología de la liberación? *En*: Nicolás Herrera *et al.* (Comp.), *op. cit.* P. 149.

88 O. Fals Borda (1980), *Mompox y Loba*. Bogotá: Carlos Valencia. P. 23–A.

esperar, pero tampoco surtió efecto. “¿Qué ha pasado con el impulso renovador que caracterizaba a nuestra iglesia?” –escribió María en una nota dirigida a los pastores descalificantes⁸⁹. El pastor Gonzalo Castillo y Víctor Daniel Bonilla, cofundadores de La Rosca, renunciaron al grupo. Pero Fals se las arregló para sostener la organización vacilante –no por mucho tiempo, empero– y logró extensiones de aquella en otros sitios del país como Medellín, Duitama y Bogotá⁹⁰.

Al año siguiente, 1974, hubo un repunte efímero en la situación de Fals, pero ya externo a La Rosca. Enrique Santos, Jorge Villegas y García Márquez se unen para lanzar la Revista Alternativa, un ambicioso proyecto periodístico de orientación democrática, y convocan a Fals, en su calidad de intelectual de izquierda, para que se asocie a esta innovadora empresa. La revista así constituida tuvo una vida efímera de nueve meses (febrero–octubre de 1974). En octubre Fals fue desvinculado de ella. Su propuesta al parecer rebasaba el marco ideológico de la orientación de *Alternativa*, que, sin embargo, mostró un brillo editorial fugaz. Un subproducto de la publicación originaria, llamado *Alternativa del Pueblo* se prendió y se apagó, con el impulso de Fals, con igual presteza. Fals quedó otra vez suspendido en el aire. En Montería la casa de la Fundación del Caribe, la fachada visible de La Rosca, fue desmantelada, la robaron, y puede decirse que este fue el fin del experimento subversivo de Fals, aunque él dice que La Rosca duró hasta 1976⁹¹. De ser así, se trató de una supervivencia artificial y agónica de un par de años.

Durante el “decenio rojo” (años 70) Fals tomó parte activa en la toma violenta de tierras de la mano de la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos, ANUC, que había surgido en 1968 por iniciativa del presidente Carlos Lleras Restrepo (1966–1970); es decir, como empresa oficial e instrumento legal directo de la Reforma Agraria que Lleras impulsó. Pero pronto la ANUC se rompió en dos corrientes: la Línea Sincelejo (radical) y la Línea Armenia (gobiernista). La Línea Sincelejo se concentró en recuperar o invadir a la fuerza propiedades rurales que los campesinos reclamaban como suyas, aunque los títulos legales no les favorecieran. Aquí entra Fals. En 1972 participa en la toma de la Hacienda La Antioqueña de Chepe Posada, un latifundio de 7 500 Has. También hizo parte de la tropa campesina que se tomó a la fuerza la Hacienda Mundo–nuevo del entonces célebre Martín “Gallino” Vargas⁹², latifundio de 18 000

89 Ernesto Parra Escobar, *op. cit.* P.22.

90 Ernesto Parra, *op. cit.* P.25.

91 O. Fals Borda (1977), Por la *praxis*: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla [Conferencia en el Congreso de Cartagena sobre la IAP, 1977]. En: Nicolás Herrera *et al.* (Comp.), *op. cit.* P. 213–239.

92 Martín “El Gallino” Vargas fue un hombre de extracción campesina que inició su fortuna vendiendo aves de corral –gallinas y patos– en la vereda El Playón del municipio de Mosquera y áreas circunvecinas. Con el tiempo se convirtió en uno de los más grandes terratenientes de Colombia con tierras en Cundinamarca,

Has. en la región costeña del Alto Sinú. En 1986, recordando su accionar de los años 70, Fals llegó a atribuirse (a sí mismo o a su movimiento) la recuperación para los campesinos de 64 000 Has de tierra en los departamentos de Sucre y de Córdoba⁹³

El discurso radical de Fals se prodiga, finalmente, en la saga de la *Historia doble de la Costa*, que, aunque publicada en los años 80, se origina en la segunda mitad de los años 70. En *El presidente Nieto* Fals dirá que hay bases para una “justificada revolución social y política violenta en busca de alternativas adecuadas”⁹⁴. Y hace explícito su propósito “Solo aspiro [...] a [...] formar cuadros dirigentes decididos a trabajar por el cambio radical que el país necesita”⁹⁵. En *Resistencia en el San Jorge* Fals afirma: “La violencia revolucionaria no puede descartarse en ningún proyecto serio de toma del poder, más si ella es reacción natural ante la privación de derechos”⁹⁶.

&

En conclusión de este apartado podemos afirmar que Fals no dio su salto a la radicalidad a partir de premisas teóricas o del deseo de aplicar autores o lecturas de inspiración revolucionaria, de los cuales las bibliotecas de esa hora se hallaban llenas: Marx, Lenin, Gramsci, Rosa Luxemburgo, Trotski, Sorel, Bakunin, etc., fueron autores que en Colombia dieron lugar a capillas –y aún a partidos– de izquierda, que competían entre sí por el establecimiento de la “verdad verdadera”, o como se decía entonces, de la “línea correcta”. Fals opta por una solidaridad básica, y casi podría decirse, por una querencia de vieja data por los campesinos y los indios o sus malhadados herederos. Ya hemos señalado la afición que él tiene por la historia de la colonización y en ella por el despojo y la sumisión de los nativos a manos de los

Boyacá, Los Llanos, el sur del país y la Costa Atlántica. En el año de 1965 el conocido bandolero conservador Efraín González le secuestró a uno de sus muchos hijos, entre legítimos e ilegítimos, y le exigió como rescate la suma de un millón de pesos, suma extraordinaria en la época. Se dice que El Gallino se negó a negociar y pronunció una frase que se hizo célebre: “Es más fácil hacer un hijo que hacer un millón de pesos”. El secuestro conmovió al país y al establecimiento y el presidente Guillermo León Valencia (1962–1966), amigo de El Gallino, ordenó al ejército perseguir al bandolero hasta el fin. González cayó en junio de 1965 en el sur de Bogotá en una acción militar desproporcionada sobre una casa del pueblo donde González se refugiaba y prácticamente solo se enfrentó a un ejército bien armado. En esa acción participaron dos militares famosos: el coronel José Joaquín Matallana, célebre como adalid de la lucha antiguerrillera de los años 60, y el teniente Harold Bedoya, que luego sería candidato presidencial y estuvo a punto de perder la vida en la acción de 1965 contra el bandolero.

93 O. Fals Borda (1986), *La investigación–Acción participativa: política y epistemología*. En: J. M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* P. 213.

94 O. Fals Borda (1981), *El presidente Nieto*, *op. cit.* P. 28–B.

95 O. Fals Borda (1981), *El presidente Nieto*, *op. cit.* P. 61–B.

96 O. Fals Borda (1984), *Resistencia en el San Jorge*. Bogotá, Carlos Valencia. P.95–B

conquistadores y los encomenderos y de sus descendientes: hacendados y latifundistas.

Además, el área elegida por Fals para unirse a la lucha concreta es el territorio de la ANUC, que se había iniciado como una organización legal, hija de una reforma agraria legal, de sello liberal desde la presidencia de Alberto Lleras, con quien Fals se había desempeñado como funcionario, hasta la presidencia de Carlos Lleras Restrepo, cuyo proyecto de reforma dio lugar a la ANUC. Hubo probablemente, además, en la mente de Fals otro determinante que pudo ser la sombra de Camilo Torres, su amigo y colaborador, unido a la guerrilla y muerto en el monte en un pasado no lejano. Por último, hay un cuarto móvil: Fals pone su objetivo en la Costa, su tierra de origen, como que él era costeño y costeño de todo el casabe, por así decirlo. Allí se siente en consonancia con su gente, allí de varios modos, se considera en casa.

Como quiera que se puedan registrar los resortes íntimos de la decisión falsiana, Fals rápidamente adopta el *ethos* revolucionario que pululaba en esos años 70, como se puede estudiar en las crónicas del período. Y, ante todo, Marx, que no había hecho parte de su temprana formación, se introduce de modo natural en su aljaba analítica. Adopta sus conceptos y su marco teórico. ¿En qué medida y con qué sesgos? Lo veremos luego. Pero el debate central en la izquierda radical de esos años consistía en quién sería el protagonista de la revolución y cuál era la estrategia correcta. ¿Era el partido leniniano, su llamado “centralismo democrático”, las “vanguardias” políticas decidiendo por las masas? ¿Era la herencia stalinista de terror y mando monolítico? ¿Era la llamada “revolución permanente” hacia una política de masas y no de vanguardias cerradas, al modo de Trotski? ¿Era el proletariado como líder con sumisión correlativa del campesinado (Stalin)? ¿Era una conjunción de obreros y campesinos, o al revés, los campesinos primero que los obreros, como la revolución de Mao lo había compuesto?

Fals prefiere desmarcarse de ese debate. Se ubica, por inclinación propia en el medio campesino primariamente. Trata de explorar sin éxito sectores obreros en Montería o en Barranquilla, pero esta clase le es esquiva. Tampoco toma partido por un partido como el sovietismo ortodoxo ni se declara proletarista como el trotskismo. Su acción inmediata estaba en el campo y allí se programa en la lucha por la recuperación de tierras, que era una meta bien definida desde sus recorridos por la historia de la colonia y de las comunidades indígenas. Si con alguna “línea” hallaba afinidades –nunca dogmáticas– fue con el maoísmo. Y así intentó un acercamiento a la tendencia ML (Marxismo–Leninismo–pensamiento Mao Tse Tung). Fals, en la parte de la IAP que llama “devolución sistemática” gusta de citar una frase de Mao: “de las masas a las masas”. Es de las pocas concesiones a los “principios” de la revolución, esos que cada grupo veneraba con culto inamovible. Pero nunca se

halló cómodo en ningún cenáculo adscrito a un dogma. En el seno de la ANUC de los años 70, en el que se debate el grupo de Fals, algunos impulsaron la creación de un Partido Agrario. Los grupos trotskistas y otros que se atenían a la idea de que la revolución solo podía tener al proletariado como vanguardia, se opusieron a esa iniciativa. Se hubiera creído que Fals la apoyaría, pero no fue así. Partidos no, ni siquiera los agrarios.

Esta elección –o ausencia de ella– significó para el movimiento de Fals, reducido como era, motivo de rechazo y acicate de persecución desde la izquierda. En el III Congreso de la ANUC reunido en Bogotá en 1974, Fals fue estigmatizado por voceros de la extrema izquierda y fue abandonado a su suerte. Esta oposición y otras circunstancias adversas contribuyeron a la desaparición de La Rosca.

En la segunda mitad de los años 80, Fals va a hacer visible y claro su desencanto con la experiencia que lo puso en el centro de la lucha política de las clases populares en Colombia. Lo que hubiera podido ser la chispa que incendiara la pradera de la revolución agraria, como lo soñara Fals en Ginebra, Suiza, en junio de 1970, simplemente no pudo ser. Fals participó, como se dijo, en las tomas de tierras, organizó unidades de lucha que él llamó “baluartes rojos” en la región del Sinú y de Mompo. Implementó una forma de revolución cultural en pequeño, en fin. Si el Baluarte Rojo de Lomagrande⁹⁷ en Córdoba, que Fals ayudó a reconfigurar, se hubiera multiplicado por mil sobre el territorio colombiano, entonces una revolución de corte falsiano hubiera tenido lugar, pero la historia no estaba madura para esa gesta épica. Fals regresó a los escritorios y produjo los cuatro tomos de la *Historia doble*.

La historia doble de la Costa

Tomo I, Mompo y Loba⁹⁸

Uno de los propósitos de este estudio es acercar al lector a la obra de Orlando Fals. Queremos que el lector tenga un sabor, una degustación del trabajo de nuestro autor, para que después el propio lector se interne, según su preferencia o necesi-

97 El Baluarte Rojo de Lomagrande fue una invención de Vicente Adamo, un italiano de ideas socialistas que llegó a Colombia en el primer decenio del siglo XX. Adamo se estableció finalmente en Montería donde trabajó en el mercado y en el matadero. Conoció luego a Juana Julia Guzmán, una mujer luchadora por las causas populares, feministas y obreras. Entre los dos fundaron sendas “sociedades de obreros/as y artesanos/as” en 1918. Entonces invadieron tierras en Lomagrande, cerca de Montería y fundaron el llamado Baluarte Rojo de Lomagrande, una organización de resistencia campesina y popular. Adamo fue encarcelado por un tiempo y en 1927 fue expulsado del país. O. Fals escribió la historia de Adamo y Guzmán y reorganizó una versión nueva del Baluarte Rojo en los tempranos 70.

98 O. Fals Borda (1980), *Mompo y Loba*, *op. cit.*

dad, en los textos que le atraen o considere útiles. Esta es la razón de las reseñas de textos que aquí hemos venido presentando, y seguimos haciéndolo, a modo de introducciones.

El primer tomo de la saga *Historia doble de la Costa* (HDC para abreviar) está dedicado a la región de Mompos. En la temprana Colonia Mompos disputó con Cartagena la primacía como lugares principales y pujantes de poblamiento en lo que conocemos como la región de la Costa Caribe. La costa norte de Colombia está geológicamente constituida por una enorme planicie salpicada de elevaciones montañosas de altura moderada (sierras y serranías) y cuerpos de agua cenagosos, como que durante el Cretáceo (hace 100 millones de años) el área estuvo cubierta por mares poco profundos⁹⁹.

Mompos se ubica sobre el río Magdalena, que en ese punto forma el límite entre los departamentos de Bolívar y Magdalena. El río Magdalena se reparte a la altura de la Depresión Momposina (área de unas 40 000 Has. sobre territorios de Bolívar, Sucre, Magdalena, Cesar y Santander) en dos brazos conocidos como el Brazo de Mompos, brazo nororiental y el Brazo de Loba, brazo suroccidental. Esta región contiene las ciudades/puertos de Tenerife, Plato, Mompos y El Banco, ubicadas las dos últimas en el Brazo de Mompos; y la ciudad de Magangué, ubicada sobre el Brazo de Loba, que además es el cuerpo de agua sobre el cual desemboca el río Cauca. Sobre el Brazo de Loba se hallan las poblaciones de Pinillos, Barranco de Loba y San Martín de Loba. No sobra esta mínima indicación geográfica pues el libro *Mompos y Loba* hace frecuentes referencias a cada uno de estos poblamientos, igual que a otros que el lector podrá ubicar según su conveniencia.

Hay dos razones por las cuales Fals podría haber dedicado su primer tomo a la historia de Mompos: La primera es que la historia de Mompos es, en un sentido, fascinante, pues exhibe radiográficamente, por decirlo así, la estructura de clases de la Colonia en un estado prístino y puro. La segunda es que los ancestros de Orlando Fals se originaron en esa vecindad o llegaron allí como inmigrantes a principios del siglo XX. La abuela paterna de Fals, Cándida Álvarez Machado, esposa de Alfredo Fals Corona, el catalán inmigrante, era de Mompos. Era Cándida, como refiere Orlando Fals, hija de Cristina Machado, india chimila de Pijiño, Magdalena, población próxima a Mompos. Alfredo Fals Corona y Cándida Álvarez probablemente se encontraron en Magangué, a donde el catalán y su hermano Fernando emigraron, tras haber pasado un breve tiempo en Barranquilla. El viejo encanto de Mompos, con las

99 Esta apreciación geológica no involucra el fenómeno geográfico de la Sierra Nevada de Santa Marta (SNSM), el más alto macizo montañoso en la región costera del mundo. La orogénesis de la SNSM tuvo lugar durante el período terciario.

razones anotadas, cautivó a Orlando Fals y, la verdad, nos sigue cautivando a todos los colombianos que tenemos un gusto de marras por la historia.

Mompox y Loba (ML para abreviar) es un compendio de historia de la aristocracia colonial asentada en Mompox y una etnografía de los pobladores de esa región que Fals caracteriza como Cultura Anfibia, pues se debaten entre dos estaciones climáticas: la sequía veraniega y el anegamiento de la sabana en la temporada invernal. El mundo de estos hombres y mujeres del pueblo no es otro que el río con sus crecientes periódicas que anegan las planicies y forman ciénagas transitorias. Por eso Fals distingue a los pobladores como “rianos” o “riberanos”.

Mompox fue asiento en La Colonia de cuatro marquesados y dos condados. Este es un rasgo singular en la historia de Colombia. Hubo ciertamente marqueses y condes (hispano-criollos) en otros lugares de la nación, pero no en esa proporción ni con igual prestigio. Los marquesados momposinos fueron los de los Valdehoyos, Torrehoyos (familia Germán-Ribón), Santa Coa (familia Trespalacios-De Mier) y Premioreal. Los condados fueron los de Pestagua (familia Madariaga y Morales) y Santa Cruz de la Torre (familia De la Torre). Marqueses de Santa Coa fueron los De Mier (de origen asturiano). Felipe V en 1744 los promovió a esta distinción aristocrática. Dos personajes connotados de esta familia fueron José Fernando de Mier y Guerra, incansable fundador de pueblos de la región en la segunda mitad del siglo XVIII y, por otra parte, María Josefa Isabella de Trespalacios y Serra, curioso personaje de caprichosas acciones, que alcanzó a vivir en tiempo de la guerra de independencia, se casó con un oficial de Murillo, con quien huyó a Jamaica en 1819, para regresar años después a Mompox donde vino a morir ciega y loca (1848) dejando un recuerdo acre de excentricidad y tacañería.

En este texto Fals echa mano de la categoría marxista de modo de producción, que emplea con caracterizaciones propias en conceptos como modo de producción señorial en La Colonia y posindependencia, modo de producción comunitario primitivo (atribuido a ciertas tribus precolombinas de la región como los Malibúes y chimilas) y modo de producción tributario (un estadio superior de desarrollo) asignable a los muiscas, taironas, zenúes en el territorio nacional y a los quechuas, aztecas y mayas en América. En su tratamiento de la Cultura Anfibia Fals la categoriza como “superestructura” (otro eco de la literatura marxiana) y, en consonancia con el enfoque marxista, Fals se detiene en una descripción de las herramientas (fuerzas de producción) de trabajo de los pobladores campesinos nativos hasta nuestros días. Entre esas herramientas enumera el espeque (palo cavador), el pañol (depósito elevado de granos similar a los horros gallegos), la piedra de moler, el gancho de bajar frutas, el hacha y el machete. También atiende a los establecimientos, formas de la

infraestructura de la producción señorial. Así el trapiche de madera, los hornos de cal, las ladrilleras, el medio animal de transporte (el burro) o la carga corporal humana de bastimentos y bienes.

El libro nos presenta igualmente una antropología de los malibúes (indios nativos de la Depresión Momposina que tuvieron en Zambrano (Bolívar, puerto sobre el Magdalena, cercano a Plato) su centro operativo con una rica historia cultural de 4 000 años. Los malibúes subsisten mestizados en los pueblos de Loba, Jegua, Guazo, Talaigua, Tomala, que fueron asiento de resguardos y donde la lucha por la tierra ha sido una realidad durante la Colonia y en los siglos XIX y XX. Los malibúes interactuaban con los chimilas, que ocuparon la tierra costeña desde Puebloviejo en la Ciénaga Grande y las orillas del mar Caribe hasta la Depresión Momposina.

La historia de los negros afroamericanos es igualmente abordada en el libro con especial referencia a la resistencia materializada en las fugas a sitios agrestes y en la creación de palenques (el cimarronismo). El autor menciona a Benkos (o Domingo) Bioho, quien huyó de Cartagena y levantó el palenque de Matuna sobre el Canal del Dique para refugio de sus connaturales. Fals dice que los negros ya libres desempeñan como primeros el oficio de bogas en el río Magdalena. Anota que ya en 1621 había 20 000 negros en Cartagena y que en el siglo XVIII se podían contar 21 palenques. No deja pasar la ocasión para rememorar a Candelario Obeso, el poeta liberal oriundo de Mompox que Fals dice haber sido el primer poeta negro de América en sentido cronológico y además el primer cultor de la poesía popular en Colombia.

El paso del modo de producción señorial o colonial al capitalismo se efectúa en la Costa a través de la expansión formidable de la economía ganadera y del contrabando, que es prominente en Mompox durante la Colonia, y en particular en el siglo XVIII. Fals dice que la creación del Virreinato de Nueva Granada en 1739 fue un recurso de la Corona para controlar el contrabando que se hallaba desbordado. El contrabando era la ocupación de algunos descendientes de la aristocracia y de ciertos pioneros de una burguesía nativa como es el caso de Pedro Martínez de Pinillos, un español inmigrante a Mompox, que se enriqueció en el comercio de exportación de algodón en el siglo XVIII. Pinillos impulsó ante la Corona la creación de una universidad en Mompox, la que se estableció en 1808 (Pinillos moriría meses después) y alcanzó alta prestancia y gran reconocimiento y que luego se convirtió en el Colegio Pinillos, uno de los importantes colegios nacionales que la reforma educativa del General Santander dejó en el país.

La ganadería, la otra punta de lanza del tránsito al capitalismo, desplazó a los pobladores originales, depredó las tierras de resguardo indígena, castigó a los terrajeros blancos pobres que ocupaban baldíos y dio, en fin, pábulo a los “señores” para

expandir hasta el absurdo por medio del despojo los latifundios de la nueva burguesía del campo. De ese modo fue avanzando el capitalismo en el agro de la región costera.

Un aspecto destacado de ML es la idea de promover la creación de un nuevo Departamento en la cartografía del país, el Departamento del Río (otros nombres posibles podían ser: Departamento de Mompoix o departamento de Padilla) y que permitiera la unificación de los pobladores de esa cultura que Fals engloba bajo los términos Riano y Riberano y Cultura Anfibia. Este departamento nuevo ocuparía los territorios del sur de Bolívar, el sur de Magdalena y el sur de Cesar, englobando la Mojana y la Depresión Momposina. La idea original no fue de Fals, pero él la recoge con devoción. Fals detalla el tiempo y el modo en que este acariciado proyecto vio la luz. Fue en un viaje a San Martín de Loba, narración con la que propiamente empieza el libro de ML, en una chalupa en la que viaja Fals acompañado del juez de Barranca de Loba, Juan David Cifuentes, otros dos personajes de la región y Ramón Pupo, personaje a quien Fals describe como “mi bronceado acompañante y consultor, miembro de una conocida familia de Mompoix, en la cual se han pasado los secretos de la herrería por cuatro generaciones”¹⁰⁰. Es el Juez Cifuentes quien propone la idea de crear el Departamento del Río. Así lo relata Fals:

“Sin duda –recalca Cifuentes– y nuestra suerte es la misma de los pueblos del sur del Magdalena: San Sebastián, Santa Ana, San Zenón, Guamal. Pijiño, Los Negritos, hasta El Banco. Yo propondría esta solución final a mi modo: que se integre el sur del Magdalena con el sur del Cesar y el sur de Bolívar para formar un nuevo departamento: el departamento del Río”¹⁰¹.

Esta referencia es para nosotros muy importante porque, aquí parece tener su parto luminoso el proyecto estrella del Tercer Fals: el reordenamiento territorial de Colombia, objetivo al que dedicó sus dos últimos decenios de vida desde el momento de su participación en la Asamblea Nacional Constituyente de 1991.

En el primer tomo de la HDC yace otra idea germinal de Fals, que modulará frecuentemente en sus referencias antropológicas al tema de la paz, otro tema del final de su vida. Hablamos de lo que él llama la cultura del “dejao”, que Fals cree parte significativa del *ethos* costeño. Se trata, al parecer, de una cierta actitud de imperturbabilidad, de indiferencia, de dejar-hacer y en últimas de tolerancia a las ideas del otro.

100 O. Fals Borda (1980), *Mompox y Loba*, op. cit. P.17–A

101 O. Fals Borda (1980), *Mompox y Loba*, op. cit. P.24–A.

A esa actitud, la del “dejao”, Fals atribuye la poca resonancia que tuvo en la Costa el fenómeno de la violencia de mediados del siglo XX en Colombia y un supuesto carácter pacifista íntimo del costeño. Esto ameritaría una discusión que rebasa nuestra intención en este estudio y que puede dejarse para más propicia ocasión.

En últimas y a modo de coda, ML es quizá el libro más “simpático” de Fals, si se nos permite este predicativo, el que tal vez se lee con mayor agrado, como pasa con la lectura de una novela histórica, evocadora, apacible y aleccionadora. La breve síntesis que antecede revela sus otras facetas, esperamos. Ahora pasamos a ocuparnos del Tomo II de la saga:

Tomo II: *El presidente Nieto*¹⁰²

Juan José Nieto (1805–1866), el presidente Nieto fue presidente de la Confederación Granadina (el nombre de la nación entre 1858 y 1863) en el brevísimo período de dos meses y seis días (25 de enero a 31 de marzo de 1861)¹⁰³. Esta presidencia que podemos llamar interina la ejerció desde la ciudad de Barranquilla y no fue un mandatario elegido ni popular ni parlamentariamente sino designado por el jefe en armas de la rebelión –el general Tomás Cipriano de Mosquera– contra el presidente constitucional conservador Mariano Ospina Rodríguez. En 1860, siendo Ospina presidente legítimo, Mosquera se autoproclamó “presidente provisorio de los Estados Unidos de la Nueva Granada” (un nombre de país que él se inventó). Es en calidad de “presidente provisorio” como Mosquera designa a Nieto presidente de la nación, mientras Mosquera adelanta la guerra, es decir, “en ausencia”. Nieto es pues presidente interino de una presidencia “provisoria”. Esta manera irregular de ser presidente hizo que cierta historia no lo incluyera en la lista de los presidentes de la nación y solo casi 160 años después (2018) su retrato fuera incluido en la galería de los presidentes de Colombia. La historia de Fals no discute estas minucias del estatus presidencial de Nieto. Lo reconoce como presidente a carta cabal y ya. La actitud de Fals es la que hoy prevalece y hay varias razones para que así sea.

Juan José Nieto, un colombiano de extraordinarias cualidades a todas luces, nació en un corregimiento de Baranoa, hoy departamento de Atlántico, pero entonces Provincia de Cartagena. Fue hijo de un español inmigrante y una mestiza de Tubará. La pareja se ganaba la vida con una producción de mechales para velas de sebo. Al español lo llamaban el “General Mecha”. Con el Grito de Independencia de la

102 O. Fals Borda (1981), *El presidente Nieto*, *op. cit.*

103 Estas fechas del período presidencial de Nieto son las que da O. Fals. Para otros historiadores el período va hasta el 18 de julio del mismo año de 1861, que fue la fecha en que el general rebelde T.C. Mosquera se tomó a Bogotá y la presidencia constitucional de Ospina finiquitó.

Nueva Granada llegó J.J. Nieto con sus padres a Cartagena y eventualmente se enganchó como ayudante y escribiente en el comercio de otro español con cuya hija acabó casándose.

Nieto tenía una inteligencia precoz y fue un autodidacta que aprendió el francés por su cuenta y leía a los clásicos franceses: Corneille, Racine, Molière. Después, cuando afrontó el destierro decretado por el general Mosquera en 1841 a raíz de lo cual vivió en Kingston, Jamaica, aprendió el inglés. Pero desde 1833, a sus 27 años, Nieto se inicia en la política, donde escaló de empleado público medio (Guardalmacén de la Plaza de Cartagena) hasta presidente de la nación pasando por representante a la legislatura (Cámara) de Cartagena y gobernador de la provincia.

Nieto fue santanderista en los años 30 del siglo XIX, entonces el partido antibolivariano. Fue federalista desde entonces. Fue jefe del grupo de los artesanos, que a mediados de siglo se conocieron como “sociedades democráticas” o draconianos, aunque en realidad Nieto era por convicción “laissez-ferista” (es decir antidraconiano). Creyente en las bondades del federalismo, y en condición de gobernador de Cartagena, entró en la rebelión acaudillada por José María Obando que condujo a la llamada Guerra de los Supremos o de los Conventos (1839–1841) en contra del presidente José Ignacio de Márquez (reemplazado por Pedro Alcántara Herrán), cuyo jefe militar con el encargo de sofocar la rebelión fue el general Mosquera.

En esta guerra la nación se partió en Estados independientes (confederados) cada uno liderada por un caudillo que se arrogaba el nombre de “Supremo”. En Boyacá el Supremo fue Juan José Reyes Patria; en Santander: Manuel González; en Panamá: Tomás de Herrera; en Barranquilla (que adoptó el nombre de Estado de Cibeles): Ramón Antigüedad; en Santa Marta y Ciénaga: el venezolano Francisco Javier Carmona (héroe de la Queseras del Medio en tiempo de Bolívar) y en Mompos: Juan Antonio Gutiérrez de Piñeres.

En esta guerra Nieto peleó al lado de Carmona en la batalla de Tescuca, Norte de Santander. El defensor del Gobierno legítimo era, como se dijo, el general Mosquera, quien a la postre resultó vencedor. Nieto fue tomado preso en Tescuca y condenado a muerte, pero gracias a la intercesión de la amante mulata de Mosquera, Susana Llamas, y a que, siendo Nieto masón desde 1839, los masones intercedieron también en su favor ante Mosquera, la pena de muerte le fue conmutada por cárcel en Chagres, Panamá, y más tarde por el exilio en Kingston.

El lector de *El presidente Nieto* (PN para abreviar) de Fals se encontraría más cómodo con una guía histórica como la que precede (o, para el caso, con cualquiera otra

mejor que esta), porque el libro no es, en verdad, ningún modelo de claridad e ilusión. La obra es abigarrada y a menudo farragosa. Mas, no por ello carente de interés, siendo original en su interpretación, reveladora de un punto de vista: el de la lucha popular campesina, que la historia oficial no quería asumir, y defensora, en fin, de la dignidad de los marginados, no siendo su menor mérito el destacar la prestancia de un mulato costeño que llegó a ejercer la presidencia de la nación (hoy reconocido como el único presidente negro en la historia de Colombia) y que los prejuicios raciales (sumados a circunstancias políticas) ocultaron por mucho tiempo.

La HDC, como saben los que se han asomado a ella, discurre en medio de una innovación editorial que Fals se craneó y que, hasta donde se nos alcanza, nadie ha querido imitar. Las páginas a la izquierda del libro (libros) se dedican a narrar los testimonios, la experiencia concreta del trabajo práctico. Las páginas de la derecha se suponen dedicadas a la interpretación académica y a la teoría por decirlo así. Lejanamente esta ocurrencia evoca la distinción marxiana entre método de investigación (a la izquierda) y método de exposición (a la derecha), aunque la comparación es imprecisa y queda coja de las cuatro patas. Sea como fuere, la innovación plantea ciertas dificultades pues un manuscrito nunca coincide en la paginación con el libro impreso y la idea era que la página derecha fuera otra cara de la página izquierda, como el haz y el envés. Eso, por una parte. Por otra parte, el autor da la posibilidad de leer cada parte por separado o simultáneamente. La elección no es fácil y quizá produzca resultados distintos.

Más allá de este predicamento como reto para el lector, PN pretende ser un paralelo entre la biografía de Juan José Nieto, por un lado, y la biografía de Adolfo Mier, por otra. Juan José Nieto es el presidente, nada menos. Adolfo Mier es para Fals un héroe popular de la región de Mompox y de Loba, que vivió en tiempos de Nieto y representa la lucha del pueblo oprimido por hacerse a la tierra o por defender su posesión o por resistir el despojo. En ese contexto en PN hay al menos cinco historias: la historia de Nieto; la historia de Mier, que es la historia de la lucha popular por la tierra; la historia de la guerra de los Supremos; una historia parcial (regional) de la masonería costeña y la historia política de Cartagena en el período. Al tiempo que esta gama de temas le confiere al libro un atractivo; en la medida en que los tratamientos de cada asunto vienen dispersos la lectura se resiente.

La guerra de los Supremos nos parece bien representada sobre todo en lo que concierne a la acción de Carmona en la Costa y particularmente en Mompox. Carmona, venezolano, como dijimos, al igual que Flórez en Ecuador, quería independizar el norte de Colombia de Bogotá y del Sur. Carmona recibió el apoyo de muchos costeños. Ante todo, de Nieto, el gobernador de Cartagena, pero de muchos más en Santa Marta, Barranquilla, Ciénaga y más lugares. Ciénaga acabó siendo el epicentro de

sus operaciones. Carmona tenía casa en Ciénaga y una gran hacienda en sus alrededores. Los Riascos y los Labarcés de Santa Marta y Ciénaga eran sus lugartenientes. El impulso federal independentista de la Costa lo apoyaban entre otros Ramón Santodomingo Vila (de ascendencia curazaleña–sefardita y cubana por su madre Rita Vila), Juan Antonio de la Espriella, los Tatis, (Antonio A. Tatis), los De Francisco (Narciso de Francisco), los de Zubiría (Antonio de Zubiría y Herrera), los Araujo (José Araujo), los Benedetti (Antonio Benedetti). Los últimos cinco eran prestantes miembros de la logia masónica Hospitalidad Granadina No. 1, a la cual vino a pertenecer Nieto. Esos apellidos resuenan todavía en la política de nuestros días.

De otro lado, el héroe de la lucha popular, Adolfo Mier, era un momposino de la entraña del pueblo y su apellido, sin él “De” aristocrático de los De Mier venidos de España¹⁰⁴, provenía de una rama pobre de aquellos, tal vez de descendencia ilegítima. Adolfo era, en efecto, hijo ilegítimo de Agustina Mier, Mamá Tina, y un cura revolucionario de apellido Arias asociado a otro cura masón (había curas masones entonces). En tiempos de la guerra de los Supremos Adolfo escapó de Mompo en busca de mejor vida y fue a la región de Loba. Sobre el Brazo de Loba planta su fundo en un área conocida ya como Pinillos pero que Adolfo Mier refunda como Palomino. Adolfo abre trocha junto con su madre, Mamá Tina, y con su hermano Agustín. La historia de los Mier es la de los colonos de tierras que los aristócratas, marqueses y condes, reclaman como suyas a nombre de viejos títulos de encomiendas y concesiones reales cuyos límites nunca fueron claros. A los pretendidos aristócratas se sumaban otros emprendedores de cuño burgués como Martínez de Pinillos, cuya historia figura en ML. Y por si algún opresor faltaba están las compañías gringas que no faltaron en la zona.

Los colonos buscan tierras baldías y labran, a fuerza de quema y roza, pequeñas o medianas propiedades. No son solo agricultores. Adolfo Mier es músico, curandero y minero. Mamá Tina, la mujer del cura Arias, mientras se hallaba en Mompo, vendía tamarindos, casabe de yuca y bollos de maíz que ella producía. Los hijos de Adolfo acaban como bogas en el río y Fals se inventa (es parte de su técnica narrativa, que él mismo reconoce) que incendian el vapor Unión, primer vapor de casco metálico traído por la Compañía Anglo Granadina al Magdalena y en realidad destruido de un tiro de cañón en 1841, durante la Guerra de Los Supremos¹⁰⁵. Los dos Mier eran músicos (¡que no puede faltar la música autóctona en la cotidianidad costeña!) Adolfo tocaba la trompeta y el bombardino. Agustín fue un genio musical,

104 Ver página 45 aquí.

105 Germán Silva Fajardo (2009), *Champanes Vapores y remolcadores* [Cuaderno de Historia No.]. Bogotá: Academia colombiana de Historia de la Ingeniería. [<http://www.silcarsa.com/wp-content/uploads/historia-champanes-vapores-y-remolcadores.pdf>]

virtuoso del clarinete. Creó el porro palitiao (llamado así por los golpes de batuta o de mano sobre el parche) que también se bailaba. Agustín fue compositor reconocido en la Costa por sus porros y bundes, entre los que Fals menciona: El gavilán, La polla loca, El mico pelón y Anastasia.

Al final los dos Mier se hacen masones y Adolfo, que siempre fue conservador y, por ello enemigo de Carmona el Supremo, acabó peleando en la Guerra de los Mil Días y muere poco después. Fals llega a los Mier por el tataranieto del primer Adolfo (el de Palomino de Loba) que es –nos referimos al tataranieto– docente de secundaria en Mompo y colaborador e informador de Fals en su investigación para la HDC. Adolfo Mier, el docente, ha levantado la historia de sus ancestros y se la relata a Fals, quien juiciosamente la recoge en PN.

Tema concomitante en PN es la violencia colombiana, que Fals alegoriza en un insecto: la mantis religiosa, que los costeños llaman mariapalito, una suerte de grillo cuya hembra devora al macho después del acto de reproducción. También se caracteriza porque cuando hay dos machos tras una hembra se pelean y uno debe matar al otro. Fals declara a la mariapalito el símbolo de la violencia colombiana. Frente a esta patología social, Fals afirma que el costeño posee en contraste un *ethos* pacífico y tolerante. Ya lo había expuesto en otra parte. “Si es pa’ peliá, es pa’ corré”, dice Fals remarcando el dicho costeño.

De esta condición pinta Fals a su héroe, el presidente Nieto, de quien dice que fue civilista, tolerante y justo. Tal vez lo fue en un amplio balance de su gestión, pero sabido es que Nieto hizo la guerra con Carmona y tuvo que enfrentarse a sus enemigos entre los que se destacó el célebre cartagenero bolivarista y conservador Joaquín Posada Gutiérrez que combatió del lado del Gobierno en la Guerra de los Supremos. De ese enfrentamiento subsiste una copla que Fals rememora: “De las barbas de Posada/quisiera hacer un pellón/para que se acueste Nieto/con todo su batallón”.

Indicamos antes que había en PN cinco historias distintas. Añadiríamos, ya para culminar, una sexta: la del caudillismo. Fals considera a Nieto un caudillo. Caudillo es en Fals alguien que procede con autoridad (despótica por momentos), pero en favor del pueblo y para bienestar general. Entre los caudillos cita Fals a Rosas en Argentina, a Flores en Ecuador, a Porfirio Díaz en México, entre otros, y a Nieto, claro (para Fals un caudillo “anticaudillo”¹⁰⁶, pero también a Santana. Antonio López de Santana, camaleonesco político mexicano, fue seis veces presidente, baldado de una pierna por sus acciones en defensa de Veracruz contra los franceses en 1838.

106 En el mismo sentido habla Fals de la “antiélite” o de los “disórganos”. Ver O. Fals Borda (1967), *La subversión en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia y Ediciones Tercer Mundo.

Era presidente en 1843 cuando los Estados Unidos se anexaron a Texas y los otros Estados del sur (Arizona, la Baja California) hasta entonces mexicanos (¡inconmensurable territorio!). Santana, atacado por sus coterráneos, se exilió en Colombia y vivió en Turbaco casi diez años hasta que en 1853 lo volvieron a llamar de su patria para tomar las riendas del poder. Santana y Nieto dialogaron (o “platicaron”, como los mexicanos gustan decir) más de una vez. Y es así como Fals cuenta con Santana como caudillo según su propia clasificación, que aclara no incluir ni a Franco de España ni a Gaitán de Colombia, quienes por su parte sí se autoproclamaron caudillos.

Un número de páginas de PN se dedica, como cabría esperar, a relieves la personalidad de Nieto escritor. De esta vena destaca su *Geografía histórica, estadística y local de la provincia de Cartagena* (1839), que, a juicio de Fals, muestra a Nieto como un antecesor de la sociología. Y, por otra parte, la novela *Ingermina o la hija de Calamar* (1844), escrita y publicada en Kingston, Jamaica, que Fals considera la primera novela, cronológicamente hablando, de la literatura colombiana.

Un último punto (*last but not least*): Nieto es un protector del joven Rafael Núñez en Cartagena. Nuñez es su secretario. Como buen nietista, Núñez fue primero federalista en tiempos de los Supremos y se enfrentó como soldado de Nieto a Francisco Núñez, su padre, que era en Cartagena un coronel gobiernista, miembro del partido ministerial¹⁰⁷ y defensor de la legitimidad representada por el presidente Márquez. Como suele pasar, Núñez, al final de su vida, volvió por los fueros de su padre, traicionó al liberalismo federal e inauguró el medio siglo de hegemonía conservadora (1870–1930).

Tomo III: Resistencia en el San Jorge

El tercer tomo de la saga HDC se titula *Resistencia en el San Jorge* (1984)¹⁰⁸ (RSJ para abreviar). El río Sinú corre hacia el mar Caribe, donde desemboca, cerca del meridiano 76. El río San Jorge discurre al oriente del Sinú, más cerca del meridiano 75 y desemboca en el brazo de Loba del río Magdalena, es decir, que se interna de lleno en la Depresión Momposina. La Depresión Momposina, la tierra de los playones y zonas cenagosas, las que el río baña y abandona intermitentemente, la tierra de la Cultura Anfibia, del “riano” y del “riberano”, es el escenario más socorrido –aunque no exclusivo– de la obra de Fals que venimos comentando.

107 Los “ministeriales” fueron tras la muerte de Bolívar los conservadores de la nueva República. Se enfrentaron a los santanderistas que eran partidarios de una república federada.

108 O. Fals Borda (1984), *Resistencia en el San Jorge*, *op. cit.*

RSJ acomete temas ya introducidos antes como la IAP, la propuesta del Departamento del Río, la Cultura Anfibia, el *ethos* del “dejao”, el “hombre hicoitea”. La hicoitea es la tortuga de agua dulce que hiberna bajo la tierra en la estación seca y sale en la estación lluviosa. Animal de estaciones representa en Fals al habitante de la cultura anfibia.

Pero también aborda el autor nuevos temas como la antropología histórica de los zenúes, esa etnia nativa de gran desarrollo prehispánico que tenía su centro en el poblado de Zambrano (frente a Plato, en la orilla occidental del río, subregión de Montes de María). El tema indigenista tiene gran peso en RSJ. Fals recaba en la historia de viejos conglomerados con peso regional en épocas pasadas como Jegua, antiguo asiento de indios y de resguardos; San Benito Abad, colonizado por estancieros blancos; Ayapel, memorable por su acción replicante de la Revolución de los Comuneros del Socorro, que dio lugar a los Comuneros de Ayapel, cuya luminosa historia Fals rescata; San Martín de Loba, Barranca de Loba, San Marcos, en fin.

Todos estos parajes son escenario de la lucha por la defensa de la tierra contra los despojadores sempiternos. Son epicentros de resistencia, el motivo del libro. RSJ se prodiga en historia, como es común en Fals. Datos históricos relevantes tachonan el desarrollo de los diversos temas en la obra: Así, la expansión industrial de la raza cebú que se origina en Zambrano en 1913 (ya había algunos antecedentes en el territorio nacional) y, por otra parte, la llegada del alambre de púa (1875). El cebú y el alambre de púa transformarán el paisaje del campo colombiano que avanza hacia la explotación de tipo capitalista, agravando así el despojo de los colonos y ocupantes pobres en el país en general y en la región del San Jorge en particular.

Como Tomás Moro declaraba en su *Utopía*: que las ovejas devoraban a los hombres, cuando el proceso de cercamiento de los antiguos campos comunales para producir los insumos de lana para la nueva industria textilera del capitalismo, así el ganado cebú en las sabanas de la Costa, ahora protegidas por el alambre de púa en los cercados y títulos de propiedad prefabricados por los ricos ciudadanos, devora al riano, al riberano, al hombre de los baldíos, al colono, a los indios del resguardo.

En la clase de los desplazadores concurren los inversionistas gringos en la región de Loba a principios del siglo XX. En esta función está la American Colombian Corporation (cerrada en 1949). Ellos, cuenta Fals, traen ganado Foster fino y molinos de hierro. También está entre los extranjeros la Magdalena Livestock Co. A la actividad lenta pero segura de modernización se vinculan igualmente inversionistas de Antioquia como la Casa Ospina –los Ospina Vásquez– que adquiere enormes latifundios en la región en los primeros decenios del siglo XX y, por momentos entra en

conflicto con la Magdalena Livestock Co¹⁰⁹. Los Ospina inician la alta colonización antioqueña (colonización de ricos) sobre los departamentos de Córdoba y Bolívar, que hoy en día subsiste en puntos estratégicos.

Fals se detiene en la fundación de pueblos como Corozal, Carmen, Ovejas, Caimito. En ese recorrido hace una remembranza curiosa del pueblo de San Marcos de Chirino, al que califica de “el pueblo más feliz del mundo” donde los indios y las indias bailaban desnudos y embriagados en sus fiestas periódicas. Hace la historia de los ricos al lado de los pobres. No hay ricos sin pobres. Entonces rememora a los Tovío de San Benito Abad, la orgullosa “villa” de San Benito; rememora a los Ossa, a los García, a los Martelo, a los Torres, dueños de grandes fundos ganaderos y de industrias nacientes y caciques de la política regional. La convivencia se rompía a veces entre ellos. Hubo asesinatos y retaliaciones. Regresa finalmente Fals a Mompo y allí retoma la historia de sus potentados: los Germán–Ribón (Gabriel y Pantaleón Germán–Ribón), conservadores ricos que se vieron amenazados por Carmona en tiempo de los Supremos. Estos Germán Ribón en el siglo XIX, terratenientes en Loba, eran dueños de casas en Nueva York y acuñaban su propia moneda en París.

La resistencia tiene sus héroes y sus antihéroes. La resistencia se hacía a bala y a machete (esto pone un reparo en la idea falsiana del *ethos* pacifista, tolerante del costeño, del “dejao”). Entre los héroes figuran José del Espíritu Santo Cárcamo Pérez (de Jegua), Francisco Serpa y Carlos Aisland (de Barranca de Loba), Hipólito Moreno y Silvestre Rivera (también de Jegua), Mercedes Gutiérrez Díaz (varón) que tenía en su cuerpo 47 quistes de balas que no le entraron! Y otros (antihéroes) como José María Ferreira, poblador de Palomino, que en medio de una balacera corrió al platanal del fondo de su casa y se ocultó detrás de un árbol de guineo. Una bala llegó directo al palo y él se creyó muerto y el susto lo hizo soltar de esfínteres. Cuando reaccionó del espanto se dijo: “Si la sangre huele a mierda, estoy herido”.

Por último, Fals se ocupa de la historia de la misión de los Padres de Burgos, País Vasco, (Padres Marcelino Lardizábal y José Gavaldá Sales) llegados a la región en los años 20 (1922) con otros elementos de modernización y apoyo al entronque de la región con el desarrollo capitalista tanto en la producción económica como en lo cultural. Otras misiones católicas del temprano siglo XX en el área trajeron a la Madre Laura Montoya (1916) y a la Madre María del Perpetuo Socorro (Corona Quiroz Buitrago, su nombre de pila). No para aquí la influencia de la iglesia católica, pues en los años 70 curas obreros aragoneses hacen historia en Colombia al integrarse a

109 La resistencia a los gringos provoca desafíos a alcaldes sobornados por ellos como Heriberto Martínez de San Martín de Loba, apodado “la Burríta”, cuyas corruptelas desatan refriegas en la región, que se conocieron como la “Guerra de la Burríta”.

la guerrilla del ELN. Fueron Domingo Laín y Manuel Pérez, asentados en el Alto San Jorge. Otros curas rebeldes actúan en Magangué. Fals se ocupa de ellos y avanza opiniones sobre la Teología de la Liberación y el Movimiento Golconda de sacerdotes revolucionarios bogotanos.

Tomo IV: Retorno a la tierra

El último tomo de la saga HDC fue publicado en 1986, seis años después del primero. Se trata de *Retorno a la tierra*¹¹⁰ (RAT para abreviar). Es posible que este sea el tomo de más recibo en el público lector. En particular la historia de María Barilla, la

bailadora de Montería, parece haber tenido eco especial¹¹¹, respecto de los numerosos temas abordados en la saga completa. Si un lector menos diligente quisiera elegir uno solo de los cuatro tomos de HDC, aun perdiendo un gran contenido y un original compendio de historia, podría quedarse con RAT y encontrar allí el espíritu narrativo de toda la saga y, a lo mejor, estimularse para ir entonces expectante al resto de la obra.

Aquí reaparecen temas socorridos de Fals: el indigenismo, la antropología cultural, la historia del poblamiento, la historia de grandes haciendas (con sus dueños y con sus avatares), la inversión extranjera y sus compañías agrícolas e industriales, propuestas de reformas al ordenamiento territorial, en fin. Pero también surgen nuevas materias como una historia en relieve de grandes mujeres, heroínas de distintas épocas y diversos escenarios, y aún asuntos más coyunturales como la propuesta de una nueva constitución.

La lucha por la tierra y sus protagonistas populares es preocupación central del autor en la composición de todo su trabajo. Hay dos ensayos novelados inolvidables con base real: la historia de El Boche y la historia de María Barilla. Además, el sociólogo autor trae en su libro, con sesgo teórico-académico, una teoría intermedia de los mecanismos de resistencia y una sociología de las formas de explotación y tenencia agraria. Y, para que todas las cuentas queden bien saldadas, se incluye un pasaje sobre el trabajo misionero del evangelismo social de origen presbiteriano, del que discretamente él participa; así como también, para que no se olvide, el mal

110 O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*, op. cit.

111 En un evento realizado en Montería en 1986 a propósito de la recepción de los archivos de la investigación de HDC, legados por el autor a un Centro Regional de Documentación patrocinado por el Banco de La República, el tema de María Barilla suscitó encendido debate. Por otra parte, la publicación que se hizo del evento trae en la carátula una imagen de María Barilla igual que la carátula de RAT. Ver: Albio Martínez Simanca (1987), *Historia y mito*, op. cit.

momento que él y su organización tuvieron que sobrellevar en 1974 durante el Tercer Congreso de la ANUC en Bogotá, cuando sus enemigos y competidores políticos lo acusaron, una vez más, de agente del imperialismo usamericano.

Una breve consideración de algunos de estos puntos es pertinente. En primer lugar, la teoría intermedia de los mecanismos de resistencia, que Fals propone, discrimina cuatro momentos: adopción, simbiosis, sincretismo, contraviolencia. Es la evolución del ajuste a los cambios (Fals diría formas de la subversión). Ejemplo: el proceso de la conquista sobre los indios, la institución del resguardo y la lucha contra los despojadores tradicionales. Pero rebasando lo teórico, se ofrecen más platos en el variado menú. Así hallamos en el texto la antropología del sombrero vueltaio, con el trenzado de sus fibras y la matemática (literal) de su combinación. Y al lado del vueltaio, el sombrero el concha-e-jobo, “que se usa en el campo para las faenas diarias”. Luego vendrá la antropología de los cantos nativos: el canto de monte, el de vaquería, el de parranda, el de gallo, el puntillante, la décima. Esto último seguido por la antropología de las fiestas: las bandas de negros en el pueblo de Ternera, la fiesta de San Simón de Ayuda en San Andrés de Sotavento, el fandango de plaza pública (un baile nocturno al aire libre), las corridas de toros y las corralejas. Pero también la antropología de los bailes: El fandango “contao”, el fandango “pasiao”, el origen de la cumbia en Plato o en El Banco, el baile “a pie sobao” y con vela encendida, bien “meneao” el cuerpo y su corpiño de la cintura para abajo y las mujeres todas “zaramullas y serenitas” en el bien concentrado trabajo de la danza. Se nos ofrece así mismo la antropología del bullerengue y su ritual de “sobijo de ovarios, senos y ombligo” ... Y la antropología del porro “palitiao” que ya fuera tema en el tomo I. Y la antropología de los festivales: el del porro en San Pelayo, el de la cumbia en El Banco, el del caimán en Plato¹¹². También la Banda de hojita (música hecha soplando una hoja de laurel o de limón cuya vibración la hace sonora y modulante) y la Papayera, cuyo nombre viene de un instrumento hecho con fotuto (corteza) de papaya o de calabaza.

La historia del poblamiento de la región, por otra parte, es un aporte concienzudo del autor a la historiografía costeña. Comprende la presentación de tres grandes colonizadores fundadores de pueblos, la cronología de su fundación, que resulta esencial para la identidad lugareña y que Fals levanta con encomiable celo investigativo y, en fin, el registro de los pobladores mismos identificados por apellidos para marcar la tradición del poblamiento.

Esos grandes fundadores son Fernando de Mier y Guerra, Francisco Pérez de Vargas y Antonio de la Torre Miranda. Operan en el siglo XVIII. A su cuenta corre la funda-

112 Hoy en la ciudad de Ciénaga. Sorprendentemente Fals no menciona el festival vallenato de Valledupar, que tal vez considera no suficientemente auténtico y salpicado por el ímpetu de lo comercial.

ción de pueblos como Arjona, Sincé, Corozal, Sincelejo, Chinú, Sahagún, El Carmen, San Jacinto, San Cayetano, Magangué, San Pelayo, Montería, entre otros. El autor se expande en el relato del origen y el poblamiento de Sincelejo (hábitat de los ganaderos de Bolívar) citando entre su gente a los Paternina, los Merlano, los García, los Herazo, los Pineda, los Cabrales y a algunos inmigrantes judíos curazaleños como los Támara y los Gómez-Cáceres¹¹³.

Trae igualmente el texto la historia de grandes haciendas en la historia de la Costa, incluyendo los emprendimientos de la inversión extranjera en la economía agrícola y agroindustrial de la región. Grandes haciendas, por ejemplo, fueron las de Berástegui, de los Burgos Rubio, de Ciénaga de Oro y Cereté. Su hacienda albergaba 22 000 reses y el mayor ingenio en el norte del país¹¹⁴. Otra hacienda de gran tamaño reseñada es la Marta-Magdalena, (10 000 Has., 4 000 reses) de propiedad de la familia Ospina (los Ospina Vásquez antioqueños). Originalmente esta hacienda fue establecida por el francés Luis Striffler en 1844. Striffler estaba vinculado a la Compañía Francesa del Alto Sinú (1844-1913). No es Striffler el único extranjero en los campos de Bolívar, el Sinú y el San Jorge. Otras compañías extranjeras mencionadas por nuestro autor son la George Emery Co. de Boston (explotación maderera, 1883), la Compañía francesa del Río Sinú (1894), el Consorcio Albingia (de alemanes, para banano en Urabá 1909-1914), la *Société Agricole del Sinú* (francesa, 1882), la también francesa Compañía Minera del Sinú (S. XIX -mediados) y la *American Colombian Corporation* en tierras de Loba (1920), la Colombia Co. (1892, capital de evangélicos). Para la explotación del petróleo en San Andrés de Sotavento (1920)

113 Otros apellidos de la región en la lista de Fals son los Mathieu, los Chadid y los Mainero. De ascendencia sirio-libanesa están los Salom, los Name, los Amin, los Meluk, los Barguil.

114 El relato de RAT apenas roza la historia de Berástegui. Esta hacienda se hizo célebre en los años 50 del siglo XX, porque el presidente General Rojas Pinilla se involucró como propietario de ella, poco antes del total colapso de la hacienda (1954). La hacienda de Berástegui se extendía por tierras de Ciénaga de Oro y Cereté con 12 000 has. de extensión. A finales del s. XIX. sus dueños eran Manuel y Francisco Burgos Rubio, hijos de un cura de Ciénaga de oro (José María Berástegui). La hacienda era ganadera y agrícola. Los Burgos instalaron un trapiche a vapor que procesaba 80 toneladas de caña en 24 horas. Su producción de azúcar abastecía el norte y otras partes de Colombia. Sus miles de cabezas de ganado bovino les permitió establecer un comercio de exportación de ganado en pie a Cuba y otros países de la región. A finales del segundo decenio del s. XX parte de la hacienda fue vendida a otros socios como Diego Martínez Camargo, de Loricá. Este, en sociedad con Pedro Nel Ospina Vásquez (después presidente de la república, y con allegados de los Ospina Vásquez como Marcos Salazar) y, con menor aporte de los Burgos Rubio, iniciaron en Coveñas la construcción de un gran frigorífico industrial para procesar carne vacuna con destino a la exportación. La construcción del complejo industrial era enorme, moderna e imponente. El modelo era naturalmente Argentina. En el segundo decenio del s. XX Colombia era el cuarto productor mundial de carne de res en pie. El Packing House de Coveñas, (tal el nombre del complejo industrial), no obstante, la formidable inversión, constituyó un lamentable fracaso comercial, pues ni los europeos ni los usamericanos quisieron comprar la carne por razones concierne a la calidad y a los precios no competitivos. Ver María Teresa Ripoll de Lemaitre (1999), La actividad empresarial de Diego Martínez Camargo, 1890-1937. Cartagena de Indias: Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano - BanRepública. <https://repositorio.banrep.gov.co/bitstream/handle/20.500.12134/1987/chee.pdf>.

la South American Gulf Oil Co. Es sobre todo a partir de 1880 cuando las tierras de la planicie costera son vistas como prospecto de empresas ganaderas, madereras y agrícolas. La mayoría de los ricos costeños de principios de siglo hicieron su capital en la explotación ganadera.

HDC es en buena parte, como sabemos, una historia de personajes. Varios de los personajes son, hasta el trabajo de Fals, gente anónima que apenas se aluden, sin nombrarlos siquiera, en la historia oficial. Otros aparecen en las Crónicas de Indias o en otras fuentes de la historia oficial, pero sin el relieve que Fals les confiere en su obra. Me refiero ahora a algunos de ellos, seleccionando de primeros a los hombres y luego a las mujeres, aunque ese ordenamiento no corresponda exactamente al libro (RAT), pero lo creo justificado porque, sin duda, hay en RAT una intención de poner en relieve la historia de mujeres, verdaderas heroínas en su ambiente, que enriquecen y embellecen la historiografía del país.

Entre esos varones rescatados del anonimato figura Domingo Vidal. Él era un hombre lisiado de Chimá, que vivió prácticamente en posición yacente, pero con talentos diversos y sorprendentes: pintaba bien, escribía con dos dedos sin levantarse, abrió una escuela, enseñaba lectura y matemáticas. Y para completar era vidente. Señalaba el lugar donde reposaban objetos perdidos. Predecía cuáles serían los gallos ganadores en las riñas, el entretenimiento popular autóctono de la Costa. Vidal muere en 1898. Era, a su modo, un santo de la tierra. Los luchadores de la resistencia y la defensa de la tierra contra los despojadores de rutina están, por supuesto, en el relato. En las páginas de RAT volvemos a encontrar la historia de Vicente Adamo y de sus compañeras de luchas Juana Julia Guzmán y Felicita Campos. Aparece Eusebio Feria de la Cruz, héroe del rescate del resguardo indígena de San Andrés de Sotavento al final del s. XIX. Otros nombres reseñados son los de Francisco Serpa (años 20), líder popular en tierras de Loba e Ismael Bertel, mártir de las invasiones de tierra por la ANUC en los años 70 del s. XX. También figuran los antihéroes. Así el General Miguel Mariano Torralvo (1858–1931) de Lorica, de dos metros de estatura, exgobernador de Bolívar, se adornaba con mancornas y gafas de oro, se hacía cargar en andas, obligaba a la gente a besarle las manos y expelía flatos con estrépito, esperando que su comitiva los celebrara. ¡Y los celebraban!

Tratamiento aparte merece Manuel Hernández, El Boche. El Boche era un nativo negro de San Jacinto que acabó como trabajador en la Hacienda Misiguay alrededor de 1898. Misiguay era una propiedad de los Lacharme, descendientes de Luis Lacharme, francés, herrero de oficio, que llegó a mediados del s. XIX a Córdoba como operario en la explotación de la francesa Compañía Minera del Alto Sinú¹¹⁵. En 1908

115 Ver José Trinidad Polo (2018), Los franceses en el valle del Río Sinú (Colombia). El caso de la familia Lacharme en Montería 1850–1950. Revista *Memorias*. No.36 (Sept.–Dic. 2028). 31–56. Barranquilla: Uninorte.

el dueño de la Hacienda, Alejandro Lacharme, hizo insinuaciones de intimidación a la mujer de Hernández, el Boche. Este había dado antes muestras de insubordinación frente a los propietarios y, ante el acoso de su mujer, armado de un machete, no tuvo reparos en desafiar al patrón Lacharme. Lacharme lo enfrentó con un arma de fuego, pero al intentar dispararle su arma le falló. El Boche, con el machete, su herramienta de trabajo atacó al patrón y lo decapitó. Los hombres de Lacharme persiguieron al Boche en fuga y habiéndolo hallado le dieron muerte. Fals hace del Boche un héroe *sans phrases* de la resistencia contra los dueños de tierra. En la Mesa Redonda¹¹⁶ para acompañar el evento del legado hecho por Fals en Montería en 1986 de su archivo de investigación, algunos de los asistentes, costeños de la región, manifestaron sus reparos a la presentación por Fals del Boche y dijeron que lo “trata de mostrar [al Boche] como un líder campesino en contra de la matrícula, cuando realmente era un analfabeta que desconocía de liderazgos”¹¹⁷.

Hemos dicho que RAT se propone destacar el papel de la mujer en la historia de la región costeña y en la lucha popular por la tierra. Un primer personaje femenino de relevancia es la conquistadora Francisca Baptista de Bohórquez, española que llegó al Sinú en el Siglo XVI. En unión con el cura Agustín Sánchez Alvarado y el cacique Juan Antonio López fue fundadora de San Sebastián de Urabá, pacificó la región costera y la encauzó por la vía de la nueva realidad de la Conquista. Por sus servicios el rey la nombró Conquistadora de la Provincia de Urabá.

Por el partido de la lucha popular la lista de guerreras que Fals provee es voluminosa: Manuela Guerra, por ejemplo, entre las Comuneras de Ayapel (1785), Jacinta y Petrona Montero (del resguardo de Jegua (1804)), Matías Toro, gurrillera en la Guerra de los Mil Días. también las ya nombradas Juana Julia Guzmán y Felicita Campos (años 20 del s. XX, baluarte Rojo de Vicente Adamo), Petrona Barroso, quien se enfrentó en Sinú en los años 30, s. XX, al terrateniente mulato José Santos Cabrera. De igual modo, Pacha Ferrías, Antonia Espitia, la Mella Lorona. Y, finalmente, cómo no, María Barilla, la legendaria bailadora de Fandango. La descripción que Fals trae de la bailadora de Montería es minuciosa, recursiva, entusiasta y, bien puede decirse, apasionada.

116 Una intervención memorable en esta Mesa fue la del historiador usamericano colombiano Charles Berquist. Berquist hace allí una durísima crítica (*scathing criticism*) de la HDC como trabajo historiográfico: “la [HDC] –dice– tiende a deformar el pasado, a interpretarlo de forma acrítica y a convertirlo en algo de dudosa utilidad para una sana *praxis* social”. Dice que Fals no critica las fuentes, que su enfoque es idealista, que en PN ignora a Núñez, lo cual es históricamente grave, y que, en fin, su técnica editorial en dos páginas contrapuestas es equivocada. Esta crítica, que es seria, no ha sido debidamente confrontada en Colombia. Lo máximo que alguien dijo es que todo eso era “mala leche” (¡está escrito!). (Ver: Charles Berquist (1988–1989), En nombre de la historia: una crítica disciplinar de la historia doble de la Costa de Orlando Fals Borda. *Revista ACHSC*. 1988–1989. No.16–17. P.205–229).

117 Albio Martínez Simanca, *op. cit.* p. 10. La “matrícula” era una suerte de vínculo laboral servil (o paraservil) que después derivó en servidumbre por deudas en el sistema hacendario de la Costa.

María Barilla fue originalmente María de los Ángeles Tapias. Era una mujer del pueblo. Su madre, Eva Tapias, parece haber nacido en San Andrés de Sotavento. Vivió en Ciénaga de Oro, Sabanal y Montería. Su hija María nace en 1887. Trabajó María como empleada doméstica en la casa de los Berrocal en Montería. Se unió a Perico Barilla, de donde tomó el apellido, pero esta unión duró poco. Tuvo luego un hijo: Francisco Fuentes, su único hijo. Con Eva, su madre, se empleaban como “sancocheras, lavanderas y aplanchadoras”. Tenía María ojos garzos, dientes de oro y cabello a la cintura que se cogía en trenzas con peineta. Se untaba manteca de lobo pollero en las caderas para ganar agilidad en el baile. Compraba prendas de cierto boato para el baile en el bazar parisiense de la señora Mebarak en Montería. Era una artista del baile de fandango y porro. “se meneaba de la cintura para abajo, pero en los hombros iba como volando quieta. Creo que ya no ponía los pies sobre el suelo”¹¹⁸ –dice un testigo. María no era la única bailadora. Con ella venían otras: la Caimana, la Rula, la Tutancama, la Cama–de–oro, pero ninguna tenía el encanto, la destreza y el atractivo de María. Hizo parte María, dice Fals, de la Sociedad de Obreras Redención de la Mujer, cuyo emblema era una mujer planchando. Esta sociedad la regentaba Ana Julia Guzmán, la compañera de Adamo. Con este dato Fals hace ingresar a María en su Hall de la Fama de las luchadoras por la tierra. En la Mesa Redonda de Montería en 1986, a la que nos referimos más arriba, asistentes a ella pusieron en duda que María Barilla hubiera pertenecido a la organización socialista de Ana Julia Guzmán y Adamo. Pero Fals se defendió bien en la ocasión señalando que la amiga y compañera de baile de María, Agustina Medrano, era la secretaria de la Sociedad Redención de la Mujer. Y María se movía en ese ambiente. El vínculo era, pues, posible.

Y una observación final a la reseña del Tomo IV: en las últimas páginas de RAT –la página 213, exactamente– Fals presenta un mapa con una propuesta de ordenamiento territorial con la sugerencia de nuevas provincias para la Depresión Momposina: Mompo, El Banco, Magangué y San Carlos. El área geográfica de cada una de ellas se muestra con completa delimitación en la cartografía. Una vez más, el reordenamiento territorial resalta como preocupación que pronto será central en la actividad del sociólogo barranquillero, como pronto veremos.

&

En el año de 1975 Fals publicó un texto importante que fue el resultado de sus investigaciones para dar a los militantes de la lucha popular por la defensa de la tierra una guía teórica e histórica del sistema económico y social que rigió en los campos

118 O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*, op. cit. p. 137–A.

de Colombia desde la Conquista hasta el siglo XX. Se trata del libro *Historia de la cuestión agraria en Colombia*, del cual damos noticia a continuación.

Historia de la cuestión agraria en Colombia

La *Historia de la cuestión agraria en Colombia*¹¹⁹ (HCAC para abreviar) fue publicado por entregas en la revista *Alternativa del Pueblo*, propuesta editorial que se generó en el momento (1974) en que Fals fue separado de la revista *Alternativa*, iniciada en 1974 por Enrique Santos Calderón y Gabriel García Márquez¹²⁰. HCAC es un excelente texto de historia en su campo. Su desarrollo gira principalmente en torno a las instituciones coloniales de propiedad de la tierra y el trabajo agrícola. El autor teoriza sobre categorías de la ciencia social que eran típicas del debate latinoamericano en aquellos años grandemente influidos por la teoría marxista. Habla del feudalismo clásico, del feudalismo español y del régimen de producción colonial hispánico, que Fals llama “régimen señorial”. La exposición que trata de las instituciones socioeconómicas de la Colonia es clara, ilustrativa, concisa y bien lograda.

Fals es de los pocos historiadores que con rigor define categorías que fueron comunes en la Colonia española. Entre estas se hallan el Requerimiento, el Repartimiento, la Encomienda, la Confirmación, la Regla de morada, la Regla de labor, la Composición, la Capitulación, los Asientos, las Mercedes, las Reducciones, el Terraje, las Tierras realengas, el Dominio eminente, los Conciertos o Concertaje. Al lado de estas aparecen formas de la propiedad y de su medición o tipo como las Caballerías, las Estancias de ganado mayor, las Estancias de ganado menor, y las Estancias de pancoger. Añádase a este registro las formas de la propiedad eclesiástica: los bienes de manos muertas, los censos, las capellanías, las propiedades ligadas al trabajo misional de las comunidades eclesiásticas, las herencias directas, las adquisiciones de trámite legal.

De distintas maneras se van presentando las formas de trabajo que incluyen a los Concertados y los Agregados, los esclavos, los libertos, los manumisos, el peonaje, los indios de resguardo y de encomienda, los blancos pobres. En algún momento todos estos actores buscan modos nuevos de supervivencia y se desplazan a los baldíos. Entonces abaten el bosque, roturan y habilitan las tierras para de repente, en cualquier momento, recibir angustiosamente la notificación de los blancos principales y eventualmente de algún arribista de su propia clase de que la tierra que

119 O. Fals Borda (1982), *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia.

120 La revista *Alternativa* de Enrique Santos y García Márquez duró hasta 1980, tiempo en el que impulsó el movimiento político Firmes y la candidatura de Gerardo Molina a la presidencia de la república.

han ocupado tiene un propietario oculto según escrituras seculares ya caducas o títulos que han sido fabricados en connivencia con notarios venales mientras alcaldes o jueces corruptos los avalan e imponen por la fuerza del Estado, cuando no mediante milicias privadas delincuenciales. La otra estrategia ilegal de apropiación por parte de las élites agrarias consiste en cercar los baldíos, para lo cual el alambre de púa es determinante y, con las cercas ya levantadas, estas son desplazadas de la noche a la mañana sin mediación alguna para expandir la propiedad –o el robo.

Con HCAC nos hallamos ante una excelente pieza escrita al calor del trabajo inspirado en la IAP con las comunidades de la Costa. Del libro, opinamos nosotros, los capítulos I–V son de excelente factura. Igual concepto puede aplicarse al texto del capítulo VII en adelante. Algunos datos historiográficos sobre la Costa en el siglo XX son destacables. Entre estos la noticia sobre la fábrica de tanino en Cispatá (Córdoba) (1916) y la fábrica de queso de Lorica (1910), por ejemplo.

Vuelve aquí a revelarse la maestría de Fals sobre la historia de los Cronistas de Indias, que ya hemos destacado anteriormente. La preocupación del autor por la suerte del pueblo indígena torna a ser evidente aquí como en otros de sus textos. Y la solidaridad y esfuerzo denodado del investigador por hacer visible la resistencia del campesinado colombiano ante la opresión del sistema es clara y de admirar

Tras un recorrido por estadios que Fals distingue como “formación originaria del campesinado” (una categoría propia con ecos de conceptualización marxista) y “descomposición del campesinado” (una categoría marxista), el libro se ocupa del “desarrollo técnico y regional”, donde la navegación a vapor (Juan Bernardo Elbers), las máquinas secadoras (guardiolas), la industria pionera de la Costa, el tractor, la fumigación aérea y el crédito capitalista son abordados, si bien de una manera ligera, pues la intención pedagógica sobre la militancia campesina se impone sobre los sesgos académicos de más espesa condición. Fals llega hasta la ley de reforma agraria de Alberto Lleras Camargo, ley 135 de 1961, de cuya preparación el mismo hizo parte.

Vale la pena decir, a modo de cierre, que por tres razones: la primera, el haber sido elaborado en el contexto de un trabajo práctico comprometido con comunidades campesinas; la segunda, su intención pedagógica destinada a la formación de los militantes campesinos y, la tercera, su bien lograda síntesis histórica sin descuidar un rigor básico; por estos motivos (y otros que no se enuncian), este trabajo debería ser un texto curricular en la formación secundaria de nuestros jóvenes y una lectura formativa de provecho para todos los demás.

El marxismo de Fals

En la vuelta del decenio de los años 60 al decenio de los 70, entre 1969 y 1970, Fals se decanta en lo que hemos llamado su “opción radical”. Como se expuso anteriormente, Fals cree entonces que la revolución socialista está *Ad portas*. Él se siente en “vísperas de octubre (i.e. en el ascenso de los bolcheviques al poder el 25 de octubre de 1917 con la toma del palacio de invierno de San Petersburgo). Predica una “sociología de la liberación”, que es en ciencia social lo que en lo religioso venía a ser la “teología de la liberación” (título del trabajo investigativo (1969) del pastor presbiteriano de Campinas Rubem Alvez). Inicia su grupo de acción política militante (La Rosca) y, para coronar, se “va al monte” (Montería, Depresión Momposina, valles del Sinú y del San Jorge) a insurreccionar (“concientizar”) a la masa campesina. Por sobre todos estos desarrollos, Fals toma la decisión de adoptar la teoría marxista como su guía intelectual para interpretar la realidad social y ponerse intelectualmente a tono con la instauración de la revolución socialista, que vislumbra muy próxima. “El marxismo suministra hoy un idioma científico sin el cual no es posible comunicarnos entre nosotros”, diría en 1978¹²¹.

La adopción del marxismo es una torsión crítica en el pensamiento del sociólogo de Barranquilla. La formación sociológica de Fals en USA no incluyó el estudio de Marx. De hecho, los clásicos de la sociología tuvieron, como se ha mostrado, muy poco peso en su currículo. Sabida es la anécdota según la cual, al iniciarse el programa de Sociología de la Universidad Nacional en 1959, Camilo Torres y él trastocaron los papeles como docentes. Fals creía que él iba a enseñar metodología de la investigación, para lo cual se consideraba bien dotado (con razón) y que Camilo se encargaría de la teoría¹²². Terminaron obrando al revés. Fals encargado de la teoría (que no era su fuerte) y Camilo asumiendo la metodología. Al llegar a la alborada de los años setenta¹²³, Fals se introduce de lleno en el materialismo histórico y su trabajo

121 O. Fals Borda (1978), Negación y promesas de la sociología. *Revista de Sociología*. Medellín: Pontificia Universidad Bolivariana. En: J. M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* p. 173.

122 En 1986 Fals hace una de esas afirmaciones que se pueden tomar como ligeras o difíciles de ubicar. Allí dice Fals: En 1959 “empezamos a acercarnos al marxismo, escuela a la cual ni Camilo Torres ni yo habíamos tenido acceso en nuestras respectivas universidades”. [O. Fals Borda (1986), La investigación-acción participativa: política y epistemología. En: J. M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* p. 205]. Si esto es cierto, se trató más bien de que entonces se hicieron conscientes de que Marx y su teoría podían tener algún interés académico. Pero solo hasta 1969 o 1970 (no antes) Fals toma en serio este interés y lo pone en práctica adoptándola como guía de sus nuevos esfuerzos teóricos y políticos.

123 Hay un artículo de Fals (“El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia”) publicado en la Revista ECO, Tomo XVI, N.º 126, año 1970. En este artículo hay una crítica del marxismo dogmático y de que la gente se aprenda “de memoria las obras de Marx y Lenin para citar inclusive el número de las páginas en que se encuentran los textos”. Aunque publicado en 1970, el artículo parece escrito algún tiempo antes. En todo caso, esto es seguro, Fals se acoge al marxismo (memorístico o no) ya en esta época del 70.

por los próximos quince años girará en torno a Marx y a teóricos del socialismo. Es pertinente examinar de modo tentativo los rasgos salientes del marxismo de Fals.

Es en HDC donde de manera clara y distinta puede rastrearse en Fals su recurso a la teoría marxista. Aunque HDC es una publicación de los años 80, lo que esta recoge es el trabajo de campo que Fals desarrolló desde 1970. En el Tomo I de HDC (*Mompox y Loba*) Fals identifica el concepto de Región con el de Formación socioeconómica. En la formación socioeconómica, según Marx, confluyen distintos modos de producción, aunque, sin duda, hay un modo dominante. En una región como la Depresión Momposina se presentaban efectivamente en los años 70 distintos modos de producción. Pero el concepto de región es un concepto geográfico para un territorio con rasgos socioeconómicos y culturales comunes. Los dos conceptos (región y formación) no son intercambiables.

En el mismo texto, por otra parte, Fals asimila “cultura anfibia” (CA) a “superestructura”. Marx trae el concepto de superestructura en el Prólogo de su *Contribución a la crítica de la economía política* y no hace falta detenerse en ello ahora. Lo que Fals distingue como CA es la totalidad de la existencia, el *modus vivendi* típico de los nativos de la región (valga el término) que él estudia. Es decir, que la CA involucra el modo de producción, las fuerzas y las relaciones de producción, así como la “superestructura” política e ideológica de los habitantes. La “superestructura” (si así puede decirse en una forma de producción más bien primitiva, la de CA) es una parte de CA, no toda la CA.

En *El presidente Nieto* Fals se distancia de Marx respecto de que la violencia es el motor (la “partera”) de la historia. No necesariamente, opina Fals. Y esto lo dice en medio de su visión (personal) del costeño como un ser esencialmente pacífico en contraposición a los caracteres de los habitantes del resto del país, que son percibidos como proclives a la violencia y afectados de intolerancia. Lo del costeño es dejar que pase, dejar que sea (la actitud del “dejao”), vivir y dejar vivir. Por otra parte, Fals percibe en el costeño un sentido comunitario (no individualista) manifiesto en la solidaridad del trabajo, visible en instituciones como “el brazo presta” (si yo estoy haciendo mi vivienda pido colaboración, que yo retribuiré a mis auxiliares a su debido tiempo). Este rasgo cultural le permite a nuestro sociólogo tomar distancia también de las tesis spencerianas de la competencia voraz, de la supervivencia del más fuerte, de la selección natural. Fals ve altruismo básico a su alrededor, pulsiones solidarias, comunitarismo. Tampoco se aviene Fals a la categoría de “conciencia de clase” (Lenin, Lukács). En cambio, propone “principios o sentimientos comunes de lealtad, compañerismo, familia e intereses económicos y sociales inmediatos o

regionales”¹²⁴ como característicos del *ethos* costeño¹²⁵. Las concepciones leninianas de partido y de vanguardia externa del proletariado repugnan a Fals. Su noción de la IAP como estructura plenamente horizontal (sujeto a sujeto, dice él) rechaza la superposición de las vanguardias sobre la masa.

Es, además, evidente que la aplicación del análisis de Marx sobre el modo de producción capitalista produce inconsistencias al aplicarse a una economía campesina primitiva de subsistencia, aunque con una orientación embrionaria al mercado. Aun la economía hacendaria extensa no emplea de manera plena el trabajo asalariado sino una combinación de formas laborales no modernas como la aparcería, el concierto, la matrícula, el peonaje, el jornal, etc. que entran en conflicto con modelo marxista. Fals se ve obligado a desarrollar los conceptos (no estrictamente definidos) de “modo de producción [MP] campesino”, MP parcelario, MP hacendario, MP señorial y aún MP colonial hispánico.

El sociólogo de Barranquilla resalta, con acierto –a nuestro juicio– la importancia del contrabando como actividad de la élite hacendaria costeña en los siglos XVIII y XIX, en desacato de las leyes monopolistas de la Corona Española. A esta clase de contrabandistas rutinarios de la Costa Fals la considera una “burguesía comercial”. El contrabando es ciertamente una actividad comercial, pero cuánto comporta el fenómeno allí registrado de burguesía, resulta en este caso problemático, si bien de lejos puede resultar descriptivamente sugerente.

En *Resistencia en el San Jorge* nuestro autor recurre a la categoría marxista de “descomposición del campesinado” aplicada al despojo de los indios de Jegua y habitantes del resguardo que se ven violentamente expropiados y desplazados de su hábitat. Esta vez Fals advierte correctamente que “no conviene seguir identificando entre nosotros toda descomposición con proletarización”. La pregunta sería entonces si conviene todavía así seguir utilizando para casos como el de la “aldeíta de Jegua” (palabras de Fals) la categoría de descomposición del campesinado.

En *Retorno a la tierra* Fals enuncia un “modo de producción parcelario, (mercantil, simple o campesino)”¹²⁶ que, afirma él, sucede o viene después del modo de producción señorial y que en la Costa aparece –este MP parcelario– a fines del siglo

124 O. Fals Borda (1981), *El presidente Nieto*, *op. cit.* p. 103–B.

125 En 1969 Fals cuestionaba la idea de la lucha de clases. Y era del parecer de que la teoría de Pareto de la “circulación de las élites” era más pertinente para el caso latinoamericano. (Ver O. Fals Borda (1969), *Casos de imitación intelectual colonialista*. [Diálogos en el Colegio de México]. *En*: Nicolás Herrera *et al.* (Comp.), *op. cit.* p. 110–111).

126 O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*, *op. cit.* p. 15–B

XVIII y más decididamente en los años 40 del siglo XIX y que se plasma en los cultivos extensos de algodón, sorgo, arroz, plátano, cacao (y acaso el tabaco, añadimos nosotros) y otros cultivos de pequeña propiedad. Entonces ingresan máquinas a la producción, precisa Fals, pero el cálculo de capital es precario, nada sistemático. El modo mercantil simple de Marx no es campesino, conviene precisarlo, lo cual genera otra inconsistencia. Una referencia más de Fals, concerniente a acumulación originaria de capital en el Sinú entre 1844 y 1882, sin embargo, resulta atendible¹²⁷ y digna de consideración.

En suma, para esta parte, en la medida en que el escenario de Fals es la producción campesina de subsistencia y escasa mercantilización, o aún el contrabando como práctica mercantil importante, el recurso a las categorías que Marx desarrolla en el *Capital*, para un medio de producción fabril y proletariado, no se ajustan o lo hacen a medias a la realidad objeto de Fals. Es como si Fals hubiera sucumbido a la tentación que gravitaba en el ambiente de entonces de usar los conceptos del *Capital* de Marx para una realidad discordante y *sui generis*. Pero, por otra parte, si la denuncia de la opresión se impone, entonces hay una faceta de Marx que resulta pertinente. La veta de la obra de Marx que caza más con la visión de Fals sobre la realidad colombiana que él estudia es el Marx de la alienación, de la explotación y de la opresión; es decir, el Marx de los *Manuscritos del 44*, el Joven Marx. Las tesis del Marx maduro, dislocadas por el carácter del objeto del estudio, parecen asumidas como un recurso más político que “científico”.

&

Visto en perspectiva, desde la distancia, el marxismo de Fals se resiente, podría decirse, de romanticismo populista, empirismo, voluntarismo y aún de cierto misticismo profético. Antes de ilustrar someramente estas categorizaciones debo dejar en claro que ellas no implican, para mí, juicios de valor. Mi posición al respecto es que la verdad es relativa. La ciencia galileo–cartesiana, que es con todos sus desarrollos posteriores el tipo de conocimiento generalmente aceptado en nuestros días, no puede validarse como monopolio de la verdad. El conocimiento humano no se agota en la ciencia. Es más amplio, más profundo, más complejo. De la misma manera el misticismo profético no es *per se* la forma de la mentira o de la no–verdad, como algún materialista extremo podría pensar. En algún momento, en algún lugar, en algún sentido puede llegar a ser la verdad verdadera (pero no eterna, pues hemos postulado que la verdad es relativa e histórica). Lo que caracteriza la existencia humana es la búsqueda, no el hallazgo, pues todo hallazgo es provisional. Con esta aclaración, vuelvo a Fals.

127 Ver O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*, *op. cit.* p. 125B–126–B.

Quedarse en la denuncia de la opresión y de la alienación puede derivar en sentimentalismo. Por su parte, Marx pasó del análisis filosófico de la existencia proletaria como una existencia alienada (los *Manuscritos*) a la explicación del origen y los mecanismos de la opresión (*El Capital*) y a una propuesta política correlativa. Fals es de cierto modo un romántico, si bien activo, no contemplativo, y armado, esto sí, de gran arrojo y valentía que puso en riesgo su vida y su prestigio urbano y padeció por ello persecución desde la derecha tanto como desde la izquierda, pero su propuesta era voluntarista y muy parcial –este fue siempre su karma–, pues el gran país, el país moderno, quedaba por fuera de su objetivo.

Por otra parte, Fals sostiene que “el nuevo paradigma” consiste en “crear conocimiento científico en la propia acción de las masas trabajadoras”¹²⁸. Esto es declarado empirismo. No es ninguna ligereza de pensamiento. Es un planteamiento deliberado apoyado en el plan de la IAP y con fondo político. Pero desde el punto de vista científico es un claro planteamiento empirista. Así queda y así lo dejó nuestro sociólogo. El voluntarismo de Fals se entronca con la realidad en la que él ejerce su IAP, es decir, el campesinado. Marx se propone mostrar que las contradicciones internas del modo de producción capitalista comportan su propia implosión (la cuestión del papel de las relaciones de producción dejada aparte). El análisis o la acción de Fals no da para una conclusión similar. Es la voluntad de romper las cadenas y las acciones que conducen a este resultado lo que acabará lográndolo. Fals dice “es un factor valorativo el que en últimas hace mover a una sociedad en determinado sentido”¹²⁹. Y afirma también (muy dialécticamente, a nuestro juicio) que a las “dimensiones conocidas de multicausalidad, circularidad y autoconfirmación en lo social, se añadía entonces otro elemento de volición [énfasis nuestro] que llevaba a tomar en cuenta lo fortuito o lo aleatorio en el hombre”¹³⁰. No es que la volición no esté siempre, sino que en el marxismo se plantea que las contradicciones internas (independientes de la voluntad) llevan al cambio.

Hemos mencionado, en fin, un olor a misticismo profético en la *praxis* de Fals. Los capítulos que precedieron el presente apartado desde los orígenes personales de nuestro autor hasta los orígenes de La Rosca en 1970 alimentan la idea de que en el accionar de Fals hay un peso importante de su condición religiosa. Fals buscaba el contacto con la gente, su calor, su sentir. Su ubicación perpetua en pequeñas comu-

128 O. Fals Borda (1977), *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*. En: Nicolás Herrera et al. (Comp.), *op. cit.* p. 224.

129 O. Fals Borda (1971 [?]), *Las revoluciones inconclusas en América Latina* [?]. En: Nicolás Herrera et al. (Comp.), *op. cit.* p. 56.

130 O. Fals Borda (1997), *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*. En: Nicolás Herrera et al. (Comp.), *op. cit.* p. 217.

nidades más o menos aisladas: Saucío, Boyacá, la Depresión Momposina, hablan de ese deseo de tener a la gente frente a frente y en contacto como un pastor con su feligresía de culto. La política infortunadamente va más allá y plantea otros desafíos que Fals rehusó. ¿Cómo entender a Lenin, a Gandhi y aún a políticos detestables como Hitler, pero políticos, al fin y al cabo, cautivos de un pequeño rebaño?

En 1977 Fals celebró el gran lanzamiento mundial de la IAP en un congreso en Cartagena. Su ponencia allí fue recogida editorialmente en un libro bajo el título: *El problema de cómo investigar la realidad para transformarla por la praxis*. En esa ocasión el marxista peruano Anibal Quijano (1930–2018) comentó la ponencia de Fals y cabe, vale la pena, resaltar el sentido de lo que esta crítica pudo aportar. Quijano llamó la atención sobre la “esterilidad de los enfoques que inicialmente [no es claro a qué tiempo se refería] orientaron su labor [de Fals]”. Más concretamente, Quijano ve que en Fals el materialismo histórico es más una filosofía de la historia que una teoría materialista de la historia. Cree que Fals relativiza las leyes marxistas de la historia, pues para Marx las leyes de la historia son leyes objetivas, tan objetivas como las leyes de la naturaleza¹³¹. Sostiene que para Fals la *praxis* es lo que la gente hace, mientras, al contrario, la *praxis* para Marx es el movimiento objetivo de las estructuras sociales en conjunción con las relaciones sociales. Finalmente, Quijano caracteriza a Fals como un empirista. En ese sentido quisiéramos terminar este apartado con una reflexión sobre los conceptos de “ciencia popular” y “ciencia del trópico”, que tuvieron para Fals desde 1969 (IX Congreso Latinoamericano de Sociología, México) un gran peso en su pensamiento, que él creyó esenciales para la filosofía de su IAP y que, en realidad, apuntan directamente al señalamiento de empirismo que Anibal Quijano le hiciera en aquella ocasión a Fals.

La idea es básica: el conocimiento que el pueblo adquiere en la lucha por su supervivencia, en su cotidianidad reflexiva, es “ciencia”, según Fals. Y tiene el mismo estatus de la ciencia sistemática especializada que los llamados científicos producen. Fals en esto como en todo, abriga un planteamiento político de oposición al sistema opresor que se puede designar sin más con la categoría capitalismo moderno occidental. Es evidente que la ciencia occidental es parte del sistema capitalista y se halla determinada por él. Esta condición no la invalida totalmente, pero la afecta de muchas maneras. Comprender esto (que no todos (incluidos los científicos) comparten, no autoriza, en nuestro concepto, la equiparación del conocimiento popular con la ciencia sistemática especializada. El conocimiento popular, tan válido como respetable y aún admirable, no tiene por qué ser llamado “ciencia” para defender su importancia. Es simplemente conocimiento. Fals pareció no entender que la ciencia

131 Esta interpretación es la que se halla en *Dialéctica de la naturaleza* de Engels. G. Lukács hizo una crítica radical de esta posición.

es solo una forma de conocimiento y por fuera de ella hay múltiples alternativas en la lucha humana por examinar, revelar, apropiarse y transformar la realidad para su propio provecho. Ciencia y conocimiento en general pueden confluír, pero no son en todo caso idénticos. Y los dos son igualmente válidos en principio. Hablar de “ciencia” popular es no solo inexacto, generador de confusiones, sino abiertamente innecesario¹³².

El socialismo raizal

Socialismo es el sistema político que pregona la propiedad común (no individual) de los medios de producción, que han de quedar en las manos de la comunidad de los trabajadores. Pretende también este sistema el goce equitativo de todos los productos del trabajo. El aparato estatal (pues, en general, el socialismo como tal no propende por la abolición del Estado) puede sostenerse mediante estructuras democráticas de participación y representación o, en otra opción, por la peniniana Dictadura del Proletariado a cargo de una llamada “vanguardia” política externa al proletariado (ni Lenin ni Trotski ni Bujarin, por ejemplo, eran proletarios rusos y Stalin era seminarista cuando ingresó al partido).

Fals se declara con frecuencia partidario del socialismo. Pero no es claro lo que él entiende por este término. Cualquier lector avisado puede llamarse a confusión y sentirse perplejo ante muchas de las declaraciones de nuestro sociólogo sobre el tema.

En *La subversión en Colombia* (1967) identifica a los liberales de los años 20, tanto en las llamadas Generación del Centenario como en la de Los Nuevos como socialistas y en referencia a los hechos de este tercer decenio afirma: “Pocas veces se registra en la historia de América Latina un elán tan impetuoso como el de la subversión socialista en Colombia”¹³³. Bajo el término de socialismo engloba las manifestaciones políticas del movimiento liberal que llevó a su final a la hegemonía conservadora en 1930 y a los Gobiernos de centroizquierda de la República Liberal. Celebra la plataforma de la Convención liberal de Ibagué como una plataforma “de tendencias socialistas”¹³⁴ y saluda la Revolución en Marcha de López Pumarejo como “el clímax

132 Una crítica enfática de la llamada “ciencia popular” de Fals se halla en Carlos Rodríguez Brandão, quien practica investigación participante sin desdecir de la epistemología sistemática ortodoxa de la ciencia occidental moderna. Ver Orlando Fals Borda y Carlos Rodríguez Brandão (1986), *Investigación participante* [Comentario: Ricardo Cetrulo], Montevideo: Instituto del hombre –Ediciones de la banda Oriental.

133 O. Fals Borda (1967), *La subversión en Colombia*, op. cit. p. 177.

134 Ver O. Fals Borda (1986), *Retorno a la tierra*, op. cit. p. 149–B.

de la subversión socialista en el contexto del partido liberal”¹³⁵. Si bien hubo un partido socialista desde 1918, el liberalismo colombiano se disoció claramente de esta fracción. Podría hablarse al máximo de un ala socialdemócrata triunfante en la presidencia de López Pumarejo. En la misma tónica saluda Fals igualmente la propuesta del Estado Nacional Popular de Antonio García como socialista sin más, siendo que aquí con García nos hallamos ante una versión, quizá algunos pasos más a la izquierda, del liberalismo social demócrata internacional. En un supuesto socialismo latinoamericano Fals engloba a José Vasconcelos, Víctor Raúl Haya de la Torre y Rómulo Betancur, a quienes pone a compartir mesa con José Carlos Mariátegui. Solo este último, como sabemos, puede exhibir plenamente la credencial así asignada.

De una manera menos hiperbólica, en los últimos años de su vida Fals tematizó su propia concepción de socialismo que el denominó “socialismo autóctono” y, más enfáticamente, “socialismo raizal”¹³⁶. Lo que Fals entendía por esto era una suerte de comunitarismo de raíz indígena o campesina (también de los palenques negros) que exaltaba las prácticas campesinas del “brazo presta” y “el combite” (*sic*), por ejemplo, y en general en la “ley de la ayuda mutua”, consistentes en colaboración gratuita en obras especiales como la construcción de una casa o en obras de acción comunal. Aquí Fals ya se muestra muy tajante sobre su divorcio del Socialismo Real. Afirma que: “nuestro socialismo raizal, ecológico y tropical es diferente del socialismo utópico y científico y de las escuelas realistas como las del stalinismo y el maoísmo. Estas escuelas están revaluadas y deben ser superadas”¹³⁷.

Al final de su vida también, Fals deriva del socialismo al anarquismo social (para distinguirlo del anarquismo terrorista de un Serguei Necháyev). El modelo de este anarquismo social está en otro ruso: el príncipe Pedro Kropotkin. En verdad Fals menciona a Kropotkin desde 1986¹³⁸, pero de modo insistente lo hace en sus últimos años. Piotr Aleksandreievich Kropotkin (1842–1921) fue un geógrafo y político ruso de extracción aristocrática. Trabajó en Siberia como geólogo y allí se entusiasmó con las prácticas cooperativas de campesinos y cazadores. Predicaba una doctrina anarcocomunista en cuya esencia estaba el principio del apoyo mutuo. Se apartó de Proudhon y de Bakunin con quienes tenía afinidades. Buscaba un comunismo sin partido ni Gobierno central (el llamado Centralismo Democrático de Lenin). Pro-

135 O. Fals Borda (1967), *La subversión en Colombia*, *op. cit.* p. 180.

136 Ver O. Fals Borda (2003), Posibilidad y necesidad de un socialismo autóctono en Colombia. *En: Nicolás Herrera et al. (Comp), op. cit.* p. 399–408. Y O. Fals Borda (2006), Elementos y Desarrollos del socialismo raizal. *En: Nicolás Herrera et al. (Comp.), op. cit.* p. 409–411.

137 O. Fals Borda (2006), Elementos y desarrollos del socialismo raizal. *En: Nicolás Herrera et al. (Comp.), op. cit.* p. 411.

138 Ver O. Fals Borda (1986), Entorno al poder popular y a la IAP. *En: Nicolás Herrera et al. (Comp), op. cit.* p. 393.

pugnaba las asociaciones voluntarias y las empresas cooperativas de trabajadores. Creía en el altruismo evolutivo en oposición a la supervivencia del más apto. Estrictamente hablando esta es en realidad la médula del socialismo raizal del sociólogo barranquillero.

3. El tercer Fals

En 1986 salió publicado el último tomo (el tomo IV) de HDC. Al año siguiente Fals regresó a la Universidad Nacional de donde había salido en difíciles circunstancias veinte años atrás. El haber podido reubicarse en calidad de docente e investigador, esta vez en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad, Instituto creado en 1986 por iniciativa del entonces rector Marco Palacios, fue otro de los logros políticos de alguien como Fals, acostumbrado a esos giros inesperados que podían dejar perplejos a sus enemigos de otros tiempos, todos los cuales probablemente ya habían desaparecido del campus universitario. En abril de 1987 Fals es encargado de dictar una llamada “conferencia inaugural” y en ella dirá sin ambages que entonces se hallaba celebrando “veinte años de mi retiro de las aulas”¹³⁹. Su tema fue la IAP, que ya consideraba como su conquista estrella. Con ella cuestionaba de modo discreto pero firme la ciencia occidental y eligió señalar desarrollos de esta ciencia que aparentemente se ponían a su favor como el principio de indeterminación de Heisenberg (la ciencia no da certezas) y las lecciones de culturas indígenas sobre antropólogos occidentales como Levy-Strauss (también menciona aquí a Reichel Dolmatov). Cita hechos aislados de físicos (el austríaco Fritjof Capra) y de filósofos (Morris Bernandez) que han derivado hacia el budismo o la alquimia y, en fin, mete en el saco de aliados de la IAP a una lista indiscriminada de autores como Samir Amín, Immanuel Wallerstein, André Gunder Frank; personajes como el Che Guevara, Camilo Torres, el obispo Leonardo Boff, el cura Gustavo Gutiérrez y las viejas estrellas del Boom latinoamericano de los años 60: González Casanova, Stavenhagen, en fin. Esta práctica falsiana era antigua y en su momento nos hemos referido a ella. Si la idea era impresionar al auditorio con luminarias arrojadas al aire, el auditorio quedaba efectivamente impresionado. Pero Fals tuvo también el valor de lanzar en la ocasión pullas críticas (y autocríticas) al “marxismo esclerosado” y al centralismo democrático leniniano que pecaba de verticalista y dogmático. Esto en el aula máxima de la universidad pública que albergaba todavía células y milicias urbanas de distintos sectores revolucionarios era audaz y más bien sorprendente, por decir poco.

139 Ver O. Fals Borda (1987), Retorno al compromiso práctico. En: Nicolás Herrera *et al.* (Comp.), *op. cit.* p. 155–163.

De cualquier manera, el clima de *agitprop* típico de los años 60 y 70 se había moderado para 1987 en la Universidad (lo palpitante era entonces la guerra de Pablo Escobar) y estábamos a un par de años de la caída del Muro de Berlín. Aparte de dictar clases a las que varios jóvenes estudiantes de sociología¹⁴⁰ se inscribieron con entusiasmo para encontrar a un hombre amable, sazonado por los años y la experiencia y a una figura académica de prestigio, Fals eligió trabajar en un tema que era de sus querencias y que había consolidado en Mompox y en Loba con la ocurrencia del juez de Barranca de Loba Juan David Cifuentes sobre la necesidad de promover el Departamento del Río¹⁴¹. Este tema era la sociología del territorio, la ciencia social de la región y, en lo político-administrativo, un plan de ordenamiento territorial para Colombia.

En 1991 Fals es elegido popularmente como uno de los 74 miembros delegatarios de la Asamblea Nacional Constituyente para la reforma de la Constitución de 1886. Va al certamen en representación del Movimiento M-19, que se había legalizado un año antes (1990). En la Asamblea Fals es nombrado secretario general de la Comisión de Planeamiento Territorial y en tal condición presentó una propuesta sobre el tema. Sus propuestas lamentablemente no recibieron atención efectiva en el ordenamiento jurídico del país, pero iniciaron en el autor un esfuerzo ímprobo y nuevo de lucha que lo acompañó por el resto de su vida¹⁴². Aquí acogemos este punto como el más significativo de la etapa final de nuestro personaje (El tercer Fals) y nos concentraremos en él.

Hemos seleccionado cuatro textos que dan cuenta de la labor de nuestro autor en el campo referido. Los textos son ampliamente relevantes, pues dan cuenta del pensamiento y la acción política de su autor sobre un tema que lo desveló hasta el fin de sus días¹⁴³. El primero es de 1993; es decir, poco después de su participación en

140 En 1965 cuando Fals fue forzado a salir de la dirección de la carrera de sociología en la UN y en últimas a renunciar a la universidad, un nuevo plan de estudios (no falsiano) se implementó en sociología por iniciativa de los líderes estudiantiles a partir de 1969. La filosofía de ese plan fue encargada al profesor de Historia Moderna en la carrera, el profesor Darío Mesa. Mesa propuso un currículo en cuya base estaba el estudio de los clásicos de la sociología occidental, a saber, E. Durkheim, Max Weber, Talcott Parsons y Marx. Fals repudió ese plan como muestra de una ciencia exótica, importada, colonialista, eurocéntrica. Su propuesta de una "ciencia popular", "tropical", autóctona, una "ciencia propia", era la antítesis de Mesa. Se acusaba entonces a Mesa de weberiano y de sustentador de la "neutralidad valorativa", lo que se leía como enemigo de la toma de posición política (que no era exacto). La apuesta de Fals en 1970 fue una apuesta política declarada. La confrontación entre Fals y Mesa nunca fue directa. Fals la hacía evidente de modo tangencial e indirecto en sus escritos e intervenciones.

141 Ver páginas 64–65 aquí.

142 El interés de Fals por las regiones experimenta un primer alumbramiento en su libro *El hombre y la tierra en Boyacá* (1957), donde de modo pionero regionaliza todo el departamento en 12 provincias.

143 Quiero agradecer al profesor Miguel Borja el detalle de haberme facilitado una parte de la literatura falsiana sobre el tema regional. Miguel Borja fue un colaborador estrecho de Fals Borda en el IEPRI para el trabajo

la Asamblea, y se trata de “El reordenamiento territorial: Itinerario de una idea”. Los dos siguientes son de 1996: *Región e Historia* y “Siete peligros para el territorio nacional y urgencia de la ley territorial en Colombia” y el cuarto de los textos es *Kaziyadu* (2001), un bello libro que ya tendremos oportunidad de comentar. Un *caveat* oportuno: nuestra presentación de los textos indiscriminadamente incluye comentarios, aclaraciones, explicaciones e interpretaciones de nuestra parte que rebasan el nivel literal del texto que estamos mostrando.

El reordenamiento territorial: itinerario de una idea (1993)

El reordenamiento territorial: itinerario de una idea (1993)¹⁴⁴ Fals hace aquí un estado del arte de la sociología de la región en Colombia. Se remite a López de Mesa, a quien Fals tiene en gran concepto, no solo por su sociología sino porque fue uno de los intelectuales que celebró su libro sobre la violencia en Colombia. Recuerda la importante *Nueva geografía de Colombia* (1945) del eminente profesor catalán Pablo Vila Dinarés, que fue rector del Gimnasio Moderno en 1915–1918 y profesor de la Escuela Normal Superior en los años 40. Se refiere luego a las nueve regiones propuestas desde el punto de vista del epicentrismo por Ernesto Guhl y Miguel Fornaguera en 1969. Menciona también las “zonas” demarcadas por el Padre Luis Joseph Leuret en su plan de desarrollo de 1958. Se detiene especialmente en la fallida reforma constitucional de Barco en 1988 que contenía un excelente proyecto de regionalización del país, con cierto énfasis federalista. Esta reforma daba aliento a la provincia, que había sido liquidada como entidad territorial en 1945. Fals lamenta el fracaso de esta iniciativa, pues de hecho la Asamblea Nacional Constituyente de 1991 se quedó corta frente a las pretensiones de la Reforma Barco en materia de regionalización. Finalmente, Fals pide inspirarse en el ejemplo de países europeos como Francia (con 13 regiones y 101 departamentos para que cualquiera pueda llegar fácilmente a las administraciones), España (con sus autonomías provinciales), Bélgica (con cuatro zonas lingüísticas diferenciadas), Italia y Alemania. Fals era amigo de multiplicar las divisiones territoriales y de concederles mayor autonomía. De forma consecuente, se concluye en este balance con la propuesta de crear ocho nuevos departamentos: Urabá, Morrosquillo, Mompo, Sur del Cesar, Sur de Bolívar, Magdalena Medio, Sur del Pacífico y Yarí. Y nueve provincias: la Provincia del Río, la de Ciénagas, El Banco–Santana (Magdalena), Ocaña, San Pablo, Roldanillo, Santander de Quilichao, Tumaco y Eje Cafetero.

sobre la propuesta de nueva organización territorial.

144 O. Fals Borda (1993), *El reordenamiento territorial: itinerario de una idea*. Revista *Análisis Político*. No.20. Bogotá: Universidad Nacional. p. 90–98. En: J.M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* p. 273–282.

Región e historia

Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia (1996)¹⁴⁵. En un breve libro de 105 páginas hallamos un estupendo tratado de bases, criterios y propuestas concretas y fundadas para un reordenamiento territorial en el país. El tema es estratégico y apasionante y hace decir al autor del libro que la ley territorial es la “segunda Constitución de la República”. No vemos cómo no pueda ser así. En la organización territorial se juegan: la identidad social, la conexión del individuo con su medio, la supervivencia económica, el capital cultural, la alegría de la existencia por el placer del paisaje y el gusto por la tierra, es decir, por la patria chica y la grande, la existencia toda, en una palabra. El tema de la región es el legado más precioso del sociólogo barranquillero. Y, paradojas de la vida, no se lo ha destacado conveniente ni suficientemente en comparación con otros aportes discutibles de Fals, como se desprende de este estudio crítico.

En lo que atañe a las bases del ordenamiento territorial el autor enuncia tres criterios: el ambiental, el geopolítico (soberanía, posición geográfica estratégica y riqueza natural) y, en tercer lugar, el criterio político administrativo (que debería ser secundario, aunque Fals lo pone de primero). Un principio que nuestro autor enuncia y que debería primar, pero es sistemáticamente ignorado, es que los límites son siempre provisionales, pues el hábitat está en perpetuo cambio por evolución geográfica (seísmos, derrumbes, alteraciones del curso de los ríos, etc.) y por la acción humana sobre la geografía (carreteras, urbanización, industrialización, obras de infraestructura). Puesto que la división territorial se debe hacer en función del hombre y no al revés, el cambio en las fronteras político-administrativas debe ser constante.

Fals provee hechos concretos del ordenamiento actual que demandan corrección: en 1996 había 19 conflictos por límites entre departamentos y 81 conflictos por límites entre municipios. Meta y Caquetá disputan jurisdicción sobre las Sabanas del Yarí. ¿La Bota Caucana debe pertenecer al Cauca o al Putumayo? La Sierra Nevada de Santamarta no tiene por qué estar fragmentada entre tres departamentos (Guajira, Magdalena y Cesar). Debería constituir un solo bloque geopolítico. Lo mismo cabe decir del Macizo Colombiano (Cauca, Nariño, Huila, Putumayo). El sur de Bolívar es una región suelta y huérfana de ese departamento y debería conformar una unidad aparte. No se agota aquí el malestar, por supuesto.

La historia del ordenamiento territorial nos lleva en el país moderno a la reforma geopolítica del General Reyes en 1908 que multiplicó los departamentos hasta el nú-

145 O. Fals Borda (1996), *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.

mero de 34, a la drástica reducción de los mismos en 1914 y a nuevas separaciones entre 1947 y 1967 que dieron lugar a ocho nuevos departamentos desde Chocó (1947) hasta Cesar (1967) pasando por Córdoba, Meta, Quindío, Risaralda, Guajira y Sucre.

Fals continúa perfeccionando su propuesta de reordenamiento que ahora se sintetiza en 8 regiones, 107 provincias y 50 entidades territoriales indígenas (ETI). Los departamentos se mantienen, pero no por gusto del autor sino porque la ley los mantiene intocables. Las regiones, a juicio de Fals, serían las siguientes: Caribe, Pacífico Norte, Andina Norte, Andina Central, Andina Sur, Pacífico Sur, Orinoquia, Amazonia. En el excelente Anexo 2 del libro el autor registra un censo detallado y preciso de las 8 regiones, las 107 provincias y las 50 ETI. Se adivina al recorrerlo un extraordinario trabajo multidisciplinar que nuestros científicos sociales harían muy bien en repasar, rearmar, desarrollar plenamente. La tarea es enorme. Comencemos ya. ¡Qué lectura más estimulante!

Ninguna otra persona distinta de Fals, político, autor o geógrafo exhibe tal audacia propositiva basada en conocimiento del territorio y en la conciencia de que las necesidades de los habitantes y su bienestar deben primar sobre consideraciones electorales, presupuestales y de meros intereses privados de caciques o potentados.

Siete peligros para el territorio nacional: necesidad y urgencia de la ley territorial en Colombia

Siete peligros para el territorio nacional: necesidad y urgencia de la ley territorial en Colombia (1996)¹⁴⁶. El título de este artículo dice a voces la desazón y la frustración que traía Fals ante la inoperancia del Estado para llevar a cabo las reformas que para el autor eran, como el título pregona, no solo “necesarias” sino “urgentes”. Veinticinco años antes Fals se creía en la posición de cambiar el sistema. En un sentido dependía de el mismo y a esa tarea se aplicó. Nada resultó. Fue su primera frustración. Ahora el cambio no estaba en sus manos. Golpeaba a las puertas del kafkiano “castillo” del Estado con su absurda burocracia y no hallaba respuesta. Esta era su segunda frustración.

146 O. Fals Borda (1996), *Siete peligros para el territorio nacional: necesidad y urgencia de la ley territorial en Colombia*. *Revista de las Fuerzas Armadas*. Vol. 78, No.2. Bogotá (abril-junio de 1996. p. 11-22). En: J.M. Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* p.283-294.

No es mucho lo que avanzamos en este nuevo artículo respecto de los textos anteriores de Fals sobre la sociología de la región. Se repite en varios aspectos. Vuelve a mencionar el texto, para él valioso, de Francisco Javier Vergara y Velasco (*Nueva geografía de Colombia escrita por regiones naturales* (1901)). En efecto, a partir de Vergara, y de otros geógrafos históricos, se reconocen en Colombia ocho regiones culturales (“históricas”, dice Fals) que de algún modo el sociólogo retoma en sus trabajos: Estas ocho subculturas regionales son: cundiboyacenses (o hispano–muisicas), paisas, santandereanos, opitas, caucanos, costeños, llaneros, indios amazónicos. Ahora bien, el propio Fals advierte que los trabajos del Agustín Codazzi, más detallados en su elaboración, señalan 15 regiones culturales.

Nuestro autor entonces no parte de cero, pero su estudio concienzudo de todas las fuentes anteriores y su propia investigación que se inició en los años 50 en Boyacá, el dominio que exhibe de la región costeña, su propuesta temprana sobre el Departamento del Río para la Depresión Momposina y contornos, su trabajo en la comisión de ordenamiento de la Constitución del 91 y lo que vino después, cuyo seguimiento estamos efectuando, confieren a su palabra en este punto autoridad segura.

Finalmente, los siete peligros que este artículo advierte son: uno, inseguridad en los límites departamentales; dos, mal manejo de zonas ecológicas (Depresión Momposina, Macizo Colombiano, Sabana de Bogotá); tres, la incuria de Bolívar y Cesar sobre sus respectivos sectores sureños; cuatro, la incuria de Norte de Santander y Cauca sobre la zona de Ocaña y la Bota Caucana respectivamente; cinco, el despojo, maltrato y final olvido de las poblaciones indígenas remanentes; seis, la intensificación de conflictos de diversos municipios a lo largo y ancho del país en contra de sus autoridades político–administrativas; y siete, el inaceptable centralismo del manejo político asentado en las capitales de los departamentos.

La solución de ese desbarajuste es una nueva ley de ordenamiento territorial que acerque la administración a la gente dentro de sus hábitats, para lo cual hay que multiplicar las unidades político–administrativas y conferirles más autonomía. Esa ley, que Fals porta bajo su brazo, no es aceptada, tristemente no cursa, no procede para el Establecimiento, es escamoteada, se ignora. Fals, igual que K en *El Castillo* de Kafka, velan a las puertas sin respuesta alguna del interior, esperan sin esperanza, se esfuerzan en vano.

Kaziyadu

*Kaziyadu. Registro del reciente despertar territorial en Colombia*¹⁴⁷ es un retorno a la esperanza. Hace pensar en el Tomo IV de HDC, es decir en “Retorno a la tierra”. *Kaziyadu* es un libro bello en su noble intención de reagrupar lo que nunca debió separarse, bello en su renovada esperanza de lograrlo y bello en cierto hábito poético que el autor quiso representar con su título: *Kaziyadu*, un vocablo del idioma huitoto, que, según nos dice Fals, significa despertar, alborada, progreso¹⁴⁸.

Este libro es el testimonio de un conjunto de actividades del autor en diálogo directo con los habitantes de ocho regiones de Colombia. Ya advertíamos que al presentar textos en esta sección lo que hacíamos era reportar las prácticas concretas en que el autor se empeña en el último período de su vida, todo signado por un tema dominante –casi una obsesión– la adecuada regionalización del país, que es como agrupar a los mismos con los mismos para que juntos convivan y solidarios avancen.

Fals es enemigo de la división territorial en departamentos. Prefiere que nos dividamos en regiones y provincias para reconstruirnos en lo que él llamó la República Unitaria de Colombia. De los 32 departamentos actuales, 18 no son viables, observa Fals. Para remplazar los departamentos de Amazonas y Caquetá el sociólogo propone una nueva entidad que el bautiza como el Predio Putumayo. Tendría que haber una Región Amazónica con dos provincias: Vaupés y Amazonas. Vaupés debe ser una ETI (entidad indígena). Más precisamente tendríamos tres subprovincias: Trapecio Amazónico, Predio Putumayo y una unidad que involucre el Bajo Caquetá, Mirití, Paraná, Apaporis. Cambiando de coordenadas, en la Costa Atlántica se proponen tres regiones: la Región Caribe (el norte de dos actuales departamentos: Magdalena y Cesar más la Guajira). Por otra parte, los tres Sures (de Bolívar, Cesar y Magdalena). Además, la Región de Río Grande (el Banco, Aguachica, Barrancabermeja, Puerto Boyacá). Esta región corresponde en buena parte a lo que se conoce como el Magdalena Medio. En Tolima–Huila, de otro lado están las viejas provincias de Neiva y Mariquita y la nueva provincia de Saldaña. Para el Huila Fals vislumbra las provincias de Timaná, Neiva, Garzón, La Plata y Pitalito. Nariño abraza las provincias de Obando, Juanambú, Túquerres, Pasto, Asomayo, Tumaco, Amabades, Asocoro. Y las ETI de Cumbal, Córdoba, Muellamués, Carlosama. Cauca, en fin, es tierra de los Paeces, Guambianos, Yanaconas, Epiaras, Emberas, Ingas.

147 O. Fals Borda (2003), *Kaziyadu. Registro del reciente despertar territorial en Colombia*. Bogotá: Ediciones desde Abajo.

148 He adaptado los significados de “despertar” y “desarrollo” que da Fals.

Para abarcar todo el territorio del país haría falta incluir los 13 resguardos indígenas: ocho en la cuenca del Magdalena, tres en el Tolima y dos en el Huila. Pónganse también allí los playones, las ciénagas y los caños cuya historia Fals plasma en HDC. Añádanse las zonas ecológicas de las que Fals solo menciona cuatro: Sumapaz, Sierra Nevada, Macizo Caucaño, Depresión Momposina. Y complétese este enunciado con las Zonas de Reserva Campesina (ZRC) y más unidades y más distinciones, siempre y cuando esas unidades y esas distinciones geográficas o ecológicas o culturales consulten la vida en sus diversas manifestaciones: vegetal, animal, humana.

&

Como es fácil ver, de los últimos textos reseñados, abigarrados, variopintos, abarcadores y con una diversidad que replica la diversidad de nuestro país (biológica, geográfica, cultural y humana) se desprende un mundo que los colombianos aún no conocemos más que a medias, como en retazos, en mal repartidas y peor ensambladas parcelas. Como reflexión concluyente de este vasto y atrayente panorama, emergen dos sorpresas sobrecogedoras: una, el trabajo más significativo de Fals, que no es otro que su lucha final por el reordenamiento territorial de su país; esta gesta, opinamos, ha sido eclipsada por sus otras apuestas anteriores finalmente inmersas en los vaivenes de las ideologías y entre los incensarios de la mitificación. La segunda sorpresa procede de que el componente político del Tercer Fals, como aquí lo hemos vislumbrado, ha sido ignorado, siendo que la utopía que nos aguarda, la construcción de un futuro luminoso, pasa por el retorno a la tierra, por la revolución anticonsumista, por el rescate del planeta, por la defensa de nuestra diversidad en todos los órdenes, por la construcción de una patria grande, por el desmonte de las superestructuras obsoletas y corruptas y por la búsqueda de nuevas autonomías colectivas y personales. Todo el engranaje complejo de lo que Fals llamó la República Regional Unitaria de Colombia conduce a dos metas confluyentes: menos Estado y más autonomía. Podemos quedarnos entonces, para empezar, con una sentencia que hallamos en *Kaziyadu*: “El pueblo colombiano contemporáneo le fue dando la razón a los constituyentes federales de 1863”¹⁴⁹.

149 O. Fals Borda (2003). *Kaziyadu*. p. 129.

BIBLIOGRAFÍA

[Una parte importante de las referencias están tomadas de las tres antologías que aparecen en esta bibliografía en su lugar alfabético correspondiente. Se trata de las referencias correspondientes a HERRERA, Nicolás; MONCAYO, Víctor; y ROJAS, José María. El lector puede dirigirse primero a ellas para entender el registro de los textos que son tomados de ellas en este listado bajo el encabezamiento “En”.

- ARBELÁEZ, Carlos (2013), Gino Germani y el hacer teórico. Construcción de conocimiento y cambio intelectual en la sociología latinoamericana. *Revista Colombiana de Sociología*, 36,2. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- BERQUIST, Charles (1988–1989), *En* nombre de la historia: una crítica disciplinar de la historia doble de la Costa de Orlando Fals Borda. *Revista ACHSC*. 1988–1989. No.16–17. Págs. 205–229.
- CASTILLO, Gonzalo e Isay Pérez (2010), *La influencia religiosa en la conciencia social de Orlando Fals Borda*. Barranquilla: Corporación Universitaria Reformada.
- COSER, Lewis (1956), *The Functions of Social Conflict*. Glencoe, Ill.: The Free Press.
- DEAS, Malcolm (2019), *Barco. Vida y sucesos de un presidente crucial*. Bogotá: Taurus.
- FALS BORDA, Orlando (s. f.), Mis primeros años. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *Una sociología sentipensante para América Latina*. México, D. F.: Siglo XXI Editores, Buenos Aires: CLACSO. Págs. 25–32.
- FALS BORDA, Orlando (1953), Notas sobre la evolución del vestido campesino en la Colombia central. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *Antología / Orlando Fals Borda*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional de Colombia. Págs. 3–11.
- FALS BORDA, Orlando (1954), Los orígenes del problema de la tierra en Chocontá. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 13–23.

- FALS BORDA, Orlando (1956), Costos de producción agrícola en un minifundio: trigo y ajo. *En: José María Rojas (Comp.) (2010), op. cit.* Págs. 25–36.
- FALS BORDA, Orlando (1957a), Conducta política como reflejo de lo agrario. *En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), op. cit.* Págs. 35–56.
- FALS BORDA, Orlando (1957b), *El hombre y la tierra en Boyacá*. Bogotá: Editorial Antares.
- FALS BORDA, Orlando (1958), La introducción de nuevas herramientas agrícolas en Colombia. *Revista Agricultura tropical*. Vol. XIV. Ene. 1958. *En: O. Fals Borda (2017), Campesinos de Los Andes y otros escritos antológicos*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Págs. 297–318.
- FALS BORDA, Orlando (1959a), El problema de la tierra visto a través de los linderos de un resguardo indígena. *En: José María Rojas (Comp.) (2010), op. cit.* Págs. 37–45.
- FALS BORDA, Orlando (1959b), El vínculo con la tierra y su evolución en el departamento de Nariño. *En: José María Rojas (Comp.) (2010), op. cit.* Págs. 53–63.
- FALS BORDA, Orlando (1959c), La teoría y la realidad del cambio sociocultural en Colombia. *En: José María Rojas (Comp.) (2010), op. cit.* Págs. 65–92.
- FALS BORDA, Orlando (1960). La reforma agraria. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas*. XI, 42. *En: O. Fals Borda (2017), op. cit.* Págs. 321–335.
- FALS BORDA, Orlando (1967), *La subversión en Colombia. Visión del cambio social en la historia*. Bogotá: Sociología–UN y Tercer Mundo.
- FALS BORDA, Orlando (1968a), La subversión justificada y su importancia histórica. *En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), op. cit.* Págs. 385–394.
- FALS BORDA, Orlando (1968b), Las revoluciones inconclusas en América Latina. *En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), op. cit.* Págs. 395–418.
- FALS BORDA, Orlando (1969), Casos de imitación intelectual colonialista. *En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), Ciencia, compromiso y cambio social. Textos de Orlando Fals Borda*. Buenos Aires: El Colectivo – Lanzas y Letras – Extensión Libros. Págs. 103–106.

FALS BORDA, Orlando ([1970] 1981), *Ciencia propia y colonialismo intelectual*. Bogotá: Carlos Valencia.

FALS BORDA, Orlando (1970a), Conferencia “Subversión y desarrollo: el caso de América Latina”. Ginebra: Conferencia del Foyer John Knox.

FALS BORDA, Orlando (1970b), El problema de la autonomía científica y cultural en Colombia. *En*: José María Rojas (comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 123–137.

FALS BORDA, Orlando (1970c), La crisis, el compromiso y la ciencia. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 219–252.

FALS BORDA, Orlando (1970d), Prologo. Cooperación, reformismo y crisis. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 139–145.

FALS BORDA, Orlando (1971), La antiélite y su papel en el cambio social. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 109–117.

FALS BORDA, Orlando (1972), Reflexiones sobre la aplicación del método de estudio–acción en Colombia. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 241–252.

FALS BORDA, Orlando (1975), La descomposición del campesinado. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 57–80.

FALS BORDA, Orlando (1977a), Influencia del vecindario pobre colonial en las relaciones de producción de la costa atlántica colombiana. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 147–167.

FALS BORDA, Orlando (1977b), Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla [Conferencia en el Congreso de Cartagena sobre la IAP]. *En*: Nicolás Herrera y Lorena López Guzmán. (Comps.), *op. cit.* Págs. 213–239.

FALS BORDA, Orlando (1978), Negación y promesas de la sociología. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 169–178.

FALS BORDA, Orlando (1980), *Mompox y Loba*. Bogotá: Carlos Valencia.

FALS BORDA, Orlando (1981a), Antecedentes de una idea. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 63–72.

- FALS BORDA, Orlando (1981b), *El presidente Nieto*. Bogotá: Carlos Valencia
- FALS BORDA, Orlando (1981c), El pro y el contra del reto. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 73–75.
- FALS BORDA, Orlando (1981d), ¿Es posible una sociología de la liberación? *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 149–154.
- FALS BORDA, Orlando (1981e), Irrumpe la investigación militante. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 205–209.
- FALS BORDA, Orlando (1981f), La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones sobre la investigación–acción. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 179–199.
- FALS BORDA, Orlando (1982), *Historia de la cuestión agraria en Colombia*. Bogotá: Carlos Valencia.
- FALS BORDA, Orlando (1984), *Resistencia en el San Jorge*. Bogotá: Carlos Valencia.
- FALS BORDA, Orlando (1986a), En torno al Poder Popular y la IAP. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 389–397.
- FALS BORDA, Orlando y RODRÍGUEZ BRANDÃO, Carlos (1986b), *Investigación participativa* [Comentario: Ricardo Cetrulo]. Montevideo: Instituto del Hombre – Ediciones de la Banda Oriental.
- FALS BORDA, Orlando (1986c), La investigación–acción participativa: política y epistemología. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 205–214.
- FALS BORDA, Orlando (1986d), Los embrujos del Sinú/Riqueza agrícola y explotación humana. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 81–133.
- FALS BORDA, Orlando (1986e), Primera lección: saber interactuar y organizarse. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 123–141.
- FALS BORDA, Orlando (1986f), *Retorno a la tierra*. Bogotá: Carlos Valencia.
- FALS BORDA, Orlando (1987), Por un conocimiento vivencial. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 215–225.

- FALS BORDA, Orlando (1988–1989), Comentarios a la mesa redonda sobre la *Historia doble de la costa*. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 227–235.
- FALS BORDA, Orlando (1989a), *Post Scriptum a* El problema de cómo investigar la realidad para transformarla. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 201–203.
- FALS BORDA, Orlando (1989b), Prólogo. Siguiendo el corte. Relatos de guerras y de tierras. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 237–242.
- FALS BORDA, Orlando (1990a), El papel político de los movimientos sociales. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 353–365.
- FALS BORDA, Orlando (1990b), El tercer mundo y la reorientación de las ciencias contemporáneas. En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 367–381.
- FALS BORDA, Orlando (1991a), Informe–ponencia sobre pueblos indígenas y grupos étnicos. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 245–254.
- FALS BORDA, Orlando (1991b), La accidentada marcha hacia la democracia participativa en Colombia. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 255–272.
- FALS BORDA, Orlando (1992), Vigencia de utopías en América Latina. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 439–448.
- FALS BORDA, Orlando (1993), El reordenamiento territorial: itinerario de una idea. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 273–282.
- FALS BORDA, Orlando (1993), La investigación: obra de los trabajadores. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 321–325.
- FALS BORDA, Orlando (1996a), Algunas reflexiones actuales sobre movimientos sociales. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 367–369.
- FALS BORDA, Orlando (1996b), Grietas de la democracia. La participación popular en Colombia. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 295–305.

FALS BORDA, Orlando (1996c), Siete peligros por el territorio nacional: necesidad y urgencia de la ley territorial en Colombia. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 283–294.

FALS BORDA, Orlando (1996d), *Región e historia. Elementos sobre ordenamiento y equilibrio regional en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo.

FALS BORDA, Orlando (1998), Experiencias teórico–prácticas. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 303–365.

FALS BORDA, Orlando (1999), Orígenes universales y retos actuales de la IAP (Investigación Acción Participativa). *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 265–282.

FALS BORDA, Orlando (2001a), Cuarenta años de la sociología en Colombia: problemas y proyecciones. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 315–324.

FALS BORDA, Orlando (2001b), *Kaziyadu*: reciente despertar del ordenamiento territorial. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 307–314.

FALS BORDA, Orlando (2001c), La glocalización: una mirada desde Mompox. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 423–427.

FALS BORDA, Orlando (2001d), Transformaciones del conocimiento social aplicado: lo que va de Cartagena a Ballarat. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 283–293.

FALS BORDA, Orlando (2002a), Ciencias Sociales, integración y endogénesis. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 81–90.

FALS BORDA, Orlando (2002b), Retorno al compromiso práctico. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 165–171.

FALS BORDA, Orlando (2003a), *Kaziyadu. Registro del reciente despertar territorial en Colombia*. Bogotá: Ediciones desde Abajo.

FALS BORDA, Orlando (2003b), La globalización y nosotros los del Sur. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 415–421.

- FALS BORDA, Orlando (2003c), La Investigación Participativa y la geografía. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 327–331.
- FALS BORDA, Orlando (2003d), Posibilidad y necesidad de un socialismo autóctono en Colombia. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 325–336.
- FALS BORDA, Orlando (2004a), Hacia la gran Colombia Bolivariana: bases para enfrentar peligros internacionales. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 429–436.
- FALS BORDA, Orlando (2004b), Me queda la angustia de la continuidad. Carta a Pedro Santana. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 17–23.
- FALS BORDA, Orlando (2004c), Uno siembra la semilla, pero ella tiene su propia dinámica. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 25–44.
- FALS BORDA, Orlando (2005a), El neohumanismo en la sociología contemporánea. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 77–79.
- FALS BORDA, Orlando (2005b), Entre los países: reconociendo su misión en la historia. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 341–351.
- FALS BORDA, Orlando (2006a), Elementos ideológicos en el Frente Unido de Camilo Torres, ayer y hoy. En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 419–429.
- FALS BORDA, Orlando (2006b), La ilegitimidad del régimen. Reparición de un viejo fantasma. En: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 337–339.
- FALS BORDA, Orlando (2006c), Situación contemporánea de la IAP y vertientes afines. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 295–299.
- FALS BORDA, Orlando (2006d), Universidad y sociedad. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 143–145.

- FALS BORDA, Orlando (2006–2007), Elementos y desarrollos del socialismo raizal. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 409–411.
- FALS BORDA, Orlando (2007a), La hora de la antiélite. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 119–122.
- FALS BORDA, Orlando (2007b), La Investigación–Acción en convergencias disciplinarias. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 359–368.
- FALS BORDA, Orlando (2007c), La Investigación Acción–Participativa y la psicología. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 333–348.
- FALS BORDA, Orlando (2008a), De la subversión y la finalidad histórica. *En*: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 53–59.
- FALS BORDA, Orlando (2008b), Epílogo a la *Subversión en Colombia*. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 461–487.
- FALS BORDA, Orlando (2008c), Lo que va de ayer a hoy y el ritmo social de la historia. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 439–459.
- FALS BORDA, Orlando (2008d), Los problemas contemporáneos en la aplicación de la sociología al trabajar en la investigación–acción participativa (IAP). Conferencia del premio Malinowsky. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 353–358.
- FALS BORDA, Orlando (2008e), Prólogo a la *Subversión en Colombia*. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 431–437.
- FALS BORDA, Orlando (2017), *Campesinos de Los Andes y otros escritos antológicos*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- FALS BORDA, Orlando, Eduardo Umaña y Germán Guzmán (1962), Prólogo. La violencia Colombia. Estudio de un proceso social. *En*: José María Rojas (Comp.) (2010), *op. cit.* Págs. 47–52.
- FALS BORDA, Orlando, Eduardo Umaña y Germán Guzmán (2008a), El conflicto, la violencia y la estructura social colombiana. *En*: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 137–163.

- FALS BORDA, Orlando, Eduardo Umaña y Germán Guzmán (2008b), Introducción a *La violencia en Colombia*, tomo II. En: Víctor Manuel Moncayo (Comp.) (2015), *op. cit.* Págs. 165–216.
- FALS BORDA, Orlando y Luis Mora–Osejo (2003), La superación del eurocentrismo. Enriquecimiento del saber sistémico y endógeno sobre nuestro contexto tropical. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 93–101.
- FALS BORDA, Orlando y Mohammed Anisur Rahman (1988), Romper el monopolio del conocimiento. Situación actual y perspectivas de la Investigación–Acción Participativa en el mundo. En: Nicolás Herrera Farfán y Lorena López Guzmán (Comps.) (2012), *op. cit.* Págs. 253–263.
- HERRERA, Nicolás y Lorena López (Comps.) (2012), *Ciencia, compromiso y cambio social. Orlando Fals Borda. Antología*. Buenos Aires: El Colectivo, Lanzas y Letras, Extensión Libros.
- JARAMILLO, Jaime E. (2017), *Estudiar y hacer sociología en Colombia en los años sesenta*. Bogotá: Universidad Central.
- JARAMILLO, Jefferson (2012), El libro *La violencia en Colombia* (1962–1964). Radiografía emblemática de una época tristemente célebre. En: *Revista Colombiana de Sociología*. 35:2. Págs. 35–64.
- MARTÍNEZ SIMANCA, Albio (1986), *Historia y mito* [Sobre la Mesa Redonda en Montería a propósito de la *Historia doble de la Costa*]. Montería: Casa de la Cultura.
- MERTON, Robert King (1967), *Social Theory and Social Structure*, New York: The Free Press.
- MONCAYO, Víctor Manuel (Comp.) (2015), *Orlando Fals Borda: Una sociología sentipensante, Antología*. México, D. F.: Siglo XXI Editores, Buenos Aires: CLACSO.
- PARRA ESCOBAR, Ernesto (1983), *La Investigación–Acción en la costa Atlántica. Evaluación de la Rosca. 1972–1974*. Cali: Funcop.
- PARRA SANDOVAL, Rodrigo (1985), *La sociología en Colombia. 1959–1969*. Pág. 185. Disponible En: <https://cutt.ly/ok9SBSE>.

POLO, José Trinidad (2018), Los franceses en el valle del Río Sinú (Colombia). El caso de la familia Lacharme en Montería 1850–1950. Revista *Memorias*. No.36 (Sept.–Dic. 2018). 31–56. Barranquilla: Uninorte.

RIPOLL DE LEMAITRE, María Teresa (1999), La actividad empresarial de Diego Martínez Camargo, 1890–1937. Cartagena de Indias: Centro de Investigaciones Económicas del Caribe Colombiano – BanRepública. Disponible En: <https://cutt.ly/Pk9DagO>.

ROJAS, José María (Comp.) (2010), *Antología. Orlando Fals Borda*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

ROJAS, José María (2014), *Orlando Fals Borda. Fundador de la sociología científica en Colombia*. Medellín: CEO. Universidad de Antioquia.

SILVA FAJARDO, Germán (2009), Champanes Vapores y remolcadores [Cuaderno de Historia N.º 1]. Bogotá: Academia colombiana de Historia de la Ingeniería. Disponible En: <https://cutt.ly/hk9DbeN>.

SUÁREZ, Normando (2017), Cronología de Orlando Fals Borda. 1925–2017. En: O. Fals Borda (2017), *op. cit.* Págs. 409–418.

URIBE CELIS, Carlos (1992), *La mentalidad del colombiano*. Bogotá: Ediciones Aurora y Editorial Nueva América.

VALENCIA, Alberto (2012), *La violencia en Colombia* de M. Guzmán, O. Fals y E. Umaña y las transgresiones al Frente Nacional. En: *Revista Colombiana de Sociología*. 35:2. Págs. 15–33.

Entrevista

Orlando Fals Borda entrevistado por Alfredo Molano. Disponible En: <https://cutt.ly/xk9DAzh>.

.....

2. CAMILO TORRES RESTREPO

.....



CAMILO TORRES RESTREPO, SOCIÓLOGO MÁRTIR

“Volvamos, pues, a la figura mística, simbólica del combatiente cristiano que iluminó el panorama como un rayo a mediados de la década de los sesenta. La de Camilo fue una de las pocas voces verdaderamente proféticas que se ha escuchado (o mejor dicho, no escuchado) en el país”

Joe Broderick¹⁵⁰

“Yo no logré apreciar en Camilo [...] una formación intelectual muy consistente [...] Me pareció una formación [...] laxa, apresurada [...] fragmentaria [...] no es extraño ver que el se apoya en el empirismo o en el funcionalismo propiamente, en algunos fragmentos del marxismo [...] con] una buena carga de sentimentalismo, mucha cólera, mucho patetismo [...] Uno se puede preguntar (yo me lo pregunto): Camilo experimentaba impulsos hacia el poder [...] su personalidad lo inclinaba al ejercicio del poder”

Darío Mesa¹⁵¹

150 Joe Broderick (2002), Nunca conocí a Camilo. En Mario Aguilera (Ed.) (2002), *Camilo Torres y la Universidad Nacional de Colombia* Bogotá: UN. P.30.

151 Darío Mesa ([1991] 2002). Darío Mesa habla de Camilo Torres. [Entrevista a Darío Mesa por Fernando Cubides]. En Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* Ps.105-124.

En torno a la personalidad de Camilo. Una hermenéutica del sí-mismo (el self)¹⁵²

De Camilo Torres Restrepo (1929-1966) se han ocupado numerosos biógrafos y comentaristas¹⁵³. Un breve cuadro de su carácter y personalidad contribuirá, sin duda, a apuntalar el talante de su experiencia como sociólogo durante la segunda mitad del siglo XX¹⁵⁴.

El niño y el joven Camilo

Camilo nació en Bogotá en 1929. Siendo un bebé de dos años viajó con sus padres a Ginebra, Suiza, a raíz de una ocupación diplomática que el gobierno de Colombia ofreció a su padre. A partir de 1931 el niño Camilo vive, primero, en Bruselas y más tarde en Barcelona. A la edad de 5 años, regresa con sus padres a Colombia. Cuando el padre de Camilo, el médico Calixto Torres Umaña, se casó en Hamburgo con Isabel (también conocida por los nombres de “La Restrepo”, “Chavela” y, al final “Isabelita”), esta era una joven mujer viuda, rica por herencia marital de su primer esposo, el alemán Karl Westendorp, quien, según se dice, murió prematuramente. Karl se había casado con Isabel en 1915 cuando Isabel contaba con 18 años de edad. De esta unión nacieron Gerda (1916) y Edgar (1917). Karl murió en 1920, de suerte que Isabel duró casada cinco años en su primer matrimonio.

El padre de Camilo, el doctor Calixto Torres Umaña (1885-1960), boyacense, era un hombre de cuarenta y cuatro años cuando nació Camilo. El padre y abuelo de Calixto fueron médicos conocidos y ejercieron su profesión en Boyacá. Calixto se graduó

152 Esta nota indaga -hasta donde esto es posible- sobre el ser íntimo de Camilo, su personalidad, su carácter, su “sí mismo”, su *self*. Y aquí saltan a la vista dos momentos esenciales, dos decisiones cruciales de su vida, que, puede decirse, marcan su destino: meterse de cura y marchar a la guerrilla. Se trata de opciones extremas. Las dos opciones estuvieron preñadas, en el caso de Camilo, de un vasto y obvio efecto social. Aquí intentamos mostrar de qué manera.

153 Destacan en esta lista Gustavo Pérez Ramírez, Monseñor Germán Guzmán Campos, Eduardo Umaña Luna, Fernando Cubides, entre los colombianos que han escrito referencias biográficas importantes. Numerosos autores extranjeros han escrito semblanzas de Camilo y ensayos sobre su obra y actuación. Quizá el más conocido de ellos sea Joe Broderick. A algunos de estos textos nos referimos aquí.

154 Hago aquí uso profuso de la biografía de Camilo escrita por Gustavo Pérez Ramírez. (Ver Gustavo Pérez Ramírez (1996) 2009, *Camilo Torres Restrepo, mártir de la liberación*, Quito: Ediciones La Tierra). Se trata, a mi parecer, de una muy solvente biografía, que, no obstante, en temas como la libido y la psicología profunda del protagonista adopta -explicablemente- de entrada, una actitud apologetica y defensiva.

como médico cirujano de la Universidad Nacional en 1913 y habiendo cursado sus prácticas médicas en el hospital San Juan de Dios de Bogotá, se desempeñó luego como profesional en el Hospital de Tunja, de donde era oriundo. Poco después viajó a los Estados Unidos y en la Universidad de Harvard hizo una especialización en pediatría, que fue la especialidad que practicó durante el resto de su vida y por la que se le conoció en el país. Se vinculó como profesor de pediatría a la Facultad de medicina de la Universidad Nacional de la que llegó a ser decano en los años treinta. Durante los años 20 hizo parte de la élite académica que participó como conferencista en los ciclos de conferencias y debates sobre el tema de la raza (o la eugenesia) y otras temáticas afines, típicas del período¹⁵⁵.

Cuando Calixto e Isabel se conocen y contraen matrimonio, en 1924, Calixto tenía 39 años e Isabel era una mujer de 27 años. atractiva y de porte distinguido. En 1931 Calixto con su hijo Camilo de dos años, como se indicó antes, se estableció en Ginebra, Suiza. Calixto va a Ginebra acompañado de su esposa Isabel, la madre de esta, los dos niños Westendorp y los dos niños Torres Restrepo, Fernando, el mayor, nacido en 1924 y Jorge Camilo (nuestro Camilo), nacido en el 29, como se indicó antes, lo que constituía una numerosa comitiva.

Isabel, junto con su madre y los cuatro niños, no permanecen mucho tiempo en Ginebra. Se trasladan pronto a Bruselas, donde la vida resultaba más barata que en la ciudad suiza. No es claro que Calixto los acompañara a Bruselas. Después de Bruselas los Torres Restrepo pasarían algún tiempo en Barcelona.

El nuevo matrimonio de Isabel con Calixto duró trece años, transcurridos entre Alemania, Ginebra, Bruselas, Barcelona y Bogotá. La familia Torres Restrepo regresó a Colombia en 1934, siendo Camilo un niño de 5 años, como se indicó antes. Tres años después sus padres se divorciaron, si bien el padre continuó respondiendo económicamente siempre por la familia. En los años 30 un divorcio era en Colombia un evento raro y sin duda duramente determinante para los cónyuges y para sus hijos. Sabemos que Camilo se resintió profundamente del hecho¹⁵⁶. Como lo rememora Gerda Westendorp, hija del primer matrimonio de Isabel, la separación fue una verdadera catástrofe que puso en fuga a los hermanos Westendorp, Edgar y Gerda, quienes culpaban de todo a Isabel y no quisieron volver a saber de ella por un tiempo. Es que

155 Ver Carlos Uribe Celis (2020), *Los años 20 en Colombia. Siglo XX* (Tercera edición ampliada). Bogotá: Ediciones Aurora. p. 69.

156 Gustavo Pérez Ramírez, compañero de Camilo en el Seminario Mayor, afirma que Camilo le hizo esa confesión. (Ver G. Pérez R., *op. cit.* p.82). Otro íntimo de Camilo, el cura Miguel Triana, afirma lo mismo. Triana dice que la separación de sus padres "lo marcó" a Camilo. (Ver Fernando Cubides (2010), *Camilo Torres. Testimonios sobre su figura y su época* [Libro de entrevistas]. Bogotá: La Carreta Social. P.83).

Isabel Restrepo era persona de carácter muy fuerte –muy dominante, decía Gerda- y vivía convencida de su prestancia física y social. Más de uno la ha descrito como una mujer megalomaniaca, frívola, improvidente y caprichosa¹⁵⁷. Se dice que dilapidó la herencia de su primer marido en viajes y gastos suntuosos y en ruinosos negocios¹⁵⁸. Un recuerdo de una hija del pintor R. Acevedo Bernal, mientras vivían en Europa dice textualmente “en honor de los recién casados [Isabel y alguno de sus dos maridos –indeterminado-] hubo un té [...] que estuvo muy bueno, pero corría ese frío glacial tan característico de las Restrepos” [Muestra de Diario no editado, manuscrito]. Camilo, sin embargo, acabó endiosando a su madre: “Darling adorada” la saludaba en sus cartas.

Vale la pena, para entender la personalidad de Camilo, detenerse un momento en este amor incondicional de Camilo por su madre representado en ese *dictum* de “Darling adorada”. Una vez se hizo cura siempre la mantuvo a su lado. Un freudiano diría que esto era simplemente un Edipo no resuelto. El Edipo es un rasgo inconsciente. Pero quizás hubo algo más. Apenas nacido Camilo corrió el rumor (secreto a voces entre la clase alta bogotana de entonces) de que Camilo no era hijo de Calixto sino de una aventura de Isabel con un personaje bogotano, que era el poeta Alberto Ángel Montoya, un hombre de 27 años cuando nace Camilo. Calixto, como ya se vio, entonces contaba con 44 años. Ángel Montoya era, por su parte, un hombre rico, dueño por herencias de una finca ganadera en El Corzo, vereda de Facativá, con una casa solariega de 23 habitaciones, que como decía su dueño “asustaba por fuera” [poema *Romance de la casa que asustaba por fuera*], pero por dentro era un palacete. Del poeta Ángel (figura literaria de los años 30 –el publica su primera obra en 1932-, aunque algo de su producción se conociera al final de los años 20) dijo el otro poeta Guillermo Valencia, que lo de Ángel eran “madrigales perfumados y versallescós”. Ángel, en efecto, canta en versos inspirados a la mujer y al amor romántico (“Bajo la marquesina del pórtico elegante/ y frente a los carruajes que esperan la salida/ surges ante la lluvia monótona y constante/ de pieles licenciosas y cálidas ceñida”). Ángel era un hombre de alta estatura, elegante, dandy y clubman con ínfulas de aristócrata. Tenía como punto de distinción el no ejercer trabajos remunerados: “Los verdaderos caballeros jamás trabajan”, pregonaba orgulloso. Quedó ciego a los 40 años, por dos golpes contundentes sucesivos en los ojos mientras jugaba polo, otro de sus orgullos, que le desprendieron la retina. Murió tres decenios después en 1970.

157 Ver W. J. Broderick, 1977, *Camilo Torres. El cura guerrillero*, Barcelona: Grijalbo. (Cap.2: El Principio).

158 El peor de ellos fue la compra de un famoso hotel del centro bogotano llamado Hotel Ritz, que, en sus manos, y la de dos de sus hermanos, llegó a la quiebra.

Del hijo de Ángel Montoya con la única mujer con la que se casó tardíamente, nos referimos a Antonio María Ángel Junguito, dicen que consideraba a Camilo como su hermano y en una crónica en 1995 para el diario El Tiempo [Dic. 3, 1995] Ángel Junguito escribe:

“Jorge Padilla [un poeta contertulio y amigo íntimo de Ángel Montoya] en el Prólogo a *El hombre que se adelantó a su fantasma* [libro de poemas de Ángel Montoya] nos alcanza a dar una pista de uno de estos casos [hijos secretos del poeta]... ‘cuyo otro hijo secreto [escribe allí Padilla], de ojos claros, será célebre y morirá violentamente”.

La alusión a Camilo parecería evidente.

La pacata sociedad bogotana rica, a la que Camilo perteneció, miraba a Isabel con suspicacia y la consideraba persona de costumbres muy liberales para su clase social. Ese aire enrarecido de la hipócrita sanción social entre penumbras y rumores tuvo que respirarlo Camilo, que siempre estuvo como niño y adolescente –y también en su vida adulta- al lado de su madre.

Cuando Camilo se hace adulto, en efecto, digamos al momento de elegir carrera, a sus 18 años, un período traumático que lo hace romper abruptamente con su primera elección, la del estudio del Derecho, Camilo toma partido por su madre, se orienta al sacerdocio, y puede pensarse que ciertos rasgos de su carácter llevan implícita una reivindicación inconsciente de la madre, como si quisiera demostrar que él, el hijo de Isabel, era un hombre no solo sin tacha (“el seminarista perfecto”, como dijo de él un compañero del seminario) sino un carácter de acciones heroicas. En tales perfección y heroísmo, de manera inconsciente, Camilo está cubriendo las actuaciones de su madre y reivindicando las sombras en la conducta de ella.

&

De regreso a Bogotá en 1934 Camilo ingresó tal vez un tiempo más tarde al Colegio Alemán (hoy Colegio Andino), de educación mixta entonces (característica educativa singular en aquella época en Colombia). En el Colegio Alemán se impartía una educación prusiano-nazi apuntalada por los himnos del nazismo y el *Deutschland über alles*¹⁵⁹ hitleriano. En 1941, en medio de la Guerra Mundial, el Colegio Alemán fue cerrado por orden del presidente Eduardo Santos (instigado a tal medida por el Departamento de Estado usamericano). En algún momento, en estos años, Isabel optó por irse a vivir en una finca de lo que hoy es el barrio La Granja de Bogotá. Era

159 “Alemania por sobre el resto del mundo”, fue una consigna promovida por Hitler.

una finca con hato lechero que ella quería explotar, pero su inhabilidad para los negocios volvió a hacerse patente aquí. Sus amistades cuestionaron esa decisión que consideraban un capricho más de La Restrepo, aclarando que a ella como a todos sus hijos el dinero nunca les faltó ya que el doctor Torres Umaña fungió siempre como un puntual proveedor de la familia.

De aquellos años de infancia de Camilo, Isabel cuenta que él se aficionó al boxeo, lo que tal vez le convenía por dos razones: una, que de infante en Bruselas había sufrido escarlatina y su padre, el pediatra, creía que las secuelas de esta afección habían dejado en el niño una constitución débil. La otra razón era que Camilo tenía, como su madre, un carácter fuerte y cuando se tornaba muy airado sus ojos grisáceos “se le ponían de color acero”, según decía Isabel.

Después del Colegio Alemán, Camilo fue trasladado a otro colegio –el colegio campestre Quinta Luz, dependencia del Colegio El Rosario– donde cursó tercero y cuarto de bachillerato, año académico que no aprobó. Finalmente ingresó en 1944 al Colegio Cervantes. El Cervantes era un colegio conservador, influido por el ideario franco-fascista de Laureano Gómez y de acendrada tradición católica. En su último año de bachillerato Camilo recuperó la aplicación al estudio que no había mostrado antes y se graduó (en 1946) con honores, para sorpresa de su propia madre. Es más bien un azar que Camilo acabara en instituciones educativas conservadoras, pues su padre era liberal con algo de librepensador (nunca estuvo de acuerdo con que su hijo se metiera de cura) y su madre, aunque católica, no era para nada una mujer convencional y tradicionalista, antes bien todo lo contrario.

De su formación en el bachillerato Camilo heredó dos cosas: en primer lugar, una simpatía por la doctrina política del franquismo español y en particular por el general dictador derechista, mussoliniano, español, de los años 20, Miguel Primo de Rivera (1923–1930), verdadero antecesor ideológico del franquismo¹⁶⁰. Del Liceo Cervantes derivó también Camilo su deseo de meterse de cura¹⁶¹, que mantuvo latente por un año después de su grado de bachiller. En el Cervantes fue muy influido por el profesor (vicerrector) Manuel Mosquera Garcés, el “Negro Mosquera”, conservador doctrinario, clericalista, que llegó a ser ministro de Educación de Laureano Gómez. Todavía siendo Camilo docente en Sociología de la UN, su afición por Primo de Rivera no cesaba y lo seguía estudiando¹⁶². En 1947 cursó un año en la Facultad de

160 Todavía en 1947, como estudiante de Derecho de la UN, Camilo escribía artículos de orientación franco-fascista. Ver G. Pérez R., *op. cit.*, p. 73.

161 Ver G. Pérez R., *op. cit.*, p. 71.

162 Ver Entrevista a María Arango. En: F. Cubides (2010), *op. cit.* p. 110.

Derecho de la UN al lado de Plinio Apuleyo Mendoza y Gabriel García Márquez como compañeros suyos, entre otros.

Al año siguiente, 1948, a sus 19 años, Camilo cumplió finalmente con su deseo de asumir la vida sacerdotal e ingresó al Seminario Mayor Conciliar de Bogotá, tras un intento, frustrado por su madre, de profesar de fraile dominico. Isabel narra este episodio de la siguiente manera: Camilo, recién graduado de bachiller tenía una novia (Teresa Montalvo Higuera¹⁶³, de familia “goda”, aristocrática¹⁶⁴ y muy religiosa) y en casa de ella conoció a unos curas dominicos franceses que lo invitaron a un retiro espiritual y allí lo convencieron de que profesara de fraile. Camilo sin consultarlo con su madre armó viaje a Chiquinquirá donde los dominicos tenían su sede. Debía viajar en tren y una mañana se dirigió a la estación del Ferrocarril de la Sabana en Bogotá. En ese momento Isabel estaba en casa de su madre, pero al llegar a su propia casa se encontró con una carta de despedida de Camilo. Isabel corrió en seguida a la estación del ferrocarril y alcanzó a avistar a Camilo a punto de abordar el tren. Lo reprendió duramente y lo regresó a la casa. Isabel dice que para consolarlo fue al Seminario Mayor de Bogotá y convenció al rector, en principio renuente, de que lo recibiera como seminarista, con el argumento de que, si no lo hacía, Camilo acabaría de dominico¹⁶⁵. Así ingresó Camilo al Seminario Mayor, por gestión de su madre.

Ninguno de los amigos jóvenes del nuevo seminarista ni su misma familia podía dar crédito a tan sorprendente decisión. “No lo podía creer –declaró después García Márquez– cuando me enteré de que Camilo quería hacerse cura”¹⁶⁶. Pero Camilo actuaba con seriedad y convicción profundas. Se dice que en el Seminario Mayor Camilo adoptó una actitud ascética extrema. Decidió dormir en el suelo, teniendo cama, y se volvió tan austero –contra lo que siempre fue su talante anterior: sociable, alegre, de educación burguesa y despreocupado– que sus superiores lo reconvinieron y le hicieron cambiar su decisión.

Cuando de niño Camilo regresó a Colombia, en 1934, veía con mucha extrañeza y compasión a niños de su edad cuyo nivel de vida era muy inferior al suyo. Esta idea lo torturaba y empezó a buscar ayudarlos tomando ropa suya y otros bienes de su

163 Otros la llaman Cecilia, no Teresa. Ver Fernando Cubides (2010), *op. cit.* p. 40.

164 Juan José Antonio Montalvo, el padre de Teresa, fue ministro conservador en dos gabinetes de los años 20 y su hijo Gabriel Montalvo Higuera fue obispo, diplomático papal y nuncio apostólico en los Estados Unidos.

165 Conviene recordar que, en 1962, en medio de sus desavenencias con su superior jerárquico, el cardenal Luis Concha Córdoba, Camilo quiso separarse de la curia arquidiocesana e ingresar –ahora sí– a la comunidad de los dominicos, manteniendo su estatus sacerdotal, con la pretensión de que en la comunidad podría actuar con mayor libertad. Fue una idea que no llegó a realizar.

166 G. Pérez R., *op. cit.*, p. 78.

casa para dárselos a los pobres. Iba, probablemente acompañado de alguien, a los chircales del sur de la ciudad donde el trabajo infantil era común y hacía a estos niños objeto de sus regalos. Isabel dice también que Camilo era amigo de las labores del campo y del contacto con la naturaleza, tal vez producto, entre otras cosas, de su experiencia en el barrio La Granja de Bogotá. Mientras estaba en el Seminario situado en las Sierras del Chicó de Bogotá, dedicaba tiempo libre a la alfabetización de los más pobres entre los canteros de la vía a La Calera en la vecindad del Seminario. Y en el seminario mismo formó un Círculo de Estudios Sociales que se interesaba por el estudio de la pobreza y la desigualdad en el país.

En Lovaina y Europa

Se ordenó de cura en 1954. Dos de sus compañeros de seminario fueron los curas Gustavo Pérez Ramírez y Jaime Díaz Castañeda. Los dos se destacarían luego, de maneras distintas en su ejercicio sacerdotal. El cardenal Crisanto Luque, quien lo ordenó de cura, lo eligió, por sus cualidades sobresalientes, como candidato para una beca en la Universidad Católica de Lovaina (Lovaina La Vieja), Bélgica, para cursar estudios de ciencia social en la *École des Sciences Politiques et Sociales* de esta universidad. El cura Gustavo Pérez Ramírez, compañero suyo en el seminario, lo había precedido en el ingreso a Lovaina y allí los dos compartieron la vida en las aulas.

Mientras cursa sus estudios Camilo colabora con el cura de una aldea minera cercana a Lovaina y pasa vacaciones en Berlín haciendo trabajo apostólico en la zona francesa de la ciudad alemana. Hace una corta estadía en París con el famoso Abate Pierre (un cura que había sido diputado de la IV República Francesa en la Posguerra) y su organización de los llamados Traperos de Emaús (indigentes de París). Crea en 1956 una organización de estudiantes colombianos –de izquierda, puede decirse– en distintas ciudades de Europa. La llama Equipo Colombiano de Investigación Socioeconómica (ECISE). En el verano de 1958 hizo una excursión a Europa del Este, la Europa de la Cortina de Hierro. Sorprendentemente sus compañeros de viaje en esa ocasión fueron Gabriel García Márquez, entonces periodista de *El Espectador* en París y Luis Villar Borda (profesor y diplomático). Los tres se habían conocido en 1947 como estudiantes “primíparos” en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional.

Conviene advertir que la experiencia de Lovaina fue un evento transformador de amplia repercusión en la vida de Camilo. Suele mencionarse a Lovaina solamente como un centro de estudios. Fue bastante más que eso. La idea de la revolución, revolución en varios campos, apunta en su vida mientras él se introduce en el clima

espiritual e intelectual de la ciudad belga. En carta a su compañero de seminario Fernando Rueda Williamson declara:

“Todo aquí me obligaría a ser un santo y un sabio. El ambiente espiritual es completo [...] Estos belgas son realmente hombres de lucha. En el campo puramente intelectual también. El clero es inmensamente ilustrado y, sin embargo, viven descontentos. Y, creo yo, que con razón. Aquí ve uno en una forma mucho más palpitante, la necesidad de que el clero sea, hoy en día, verdaderamente heroico. La influencia de las ideas marxistas es en Europa avasalladora. Llena de esta mística que implica heroísmo intelectual y moral, que tanta falta nos hace a nosotros”¹⁶⁷.

Esa semilla allí plantada pudimos verla germinar años más tarde.

En 1958 Camilo se hizo amigo en un viaje a París de una joven francesa, activista de la causa argelina, Marguerite Marie “Guitemie” Olivieri. Era una monja retirada, según se dijo. Ella viajó a Colombia para reunirse con Camilo y se estableció en el país alrededor de 1960. Cuando Camilo fue decano de la ESAP (1962), Guitemie fue su secretaria. Algunos sostienen que ella convivía con Camilo para el tiempo en que este decidió integrarse a la guerrilla. Y, de hecho, ella viajó con él a la guerrilla y fue compañera suya en el corto lapso de la experiencia guerrillera de Camilo. En este sentido, María Arango, la dirigente comunista, que fue discípula de Camilo en la UN, lo describe como alguien que “en su relación con las mujeres fue siempre muy respetuoso [...] nunca se aprovechó de que a él se le buscara como un consejero, como un asesor y como un amigo para tener otro tipo de actitudes. Eso sí no”¹⁶⁸.

Después de terminar estudios en Lovaina y por el breve lapso de un trimestre, en 1958, Camilo asistió a algunos cursos en la University of Minnesota, Minneapolis, USA, donde su hermano mayor, Fernando, investigaba como neurólogo. “La sociología aquí [en Minnesota] está divinamente [...] –diría Camilo en una carta de esos días–. Lástima que no me pueda quedar sino tres meses”¹⁶⁹. Los estudios sociales formales y de sociología en Lovaina se debatían entre una pálida sociología durkheimiana con mucho de Filosofía Moral cristiana y un cuantitativismo de corte positivista francés con ecos del estudio sobre *El Suicidio* de E. Durkheim.

167 Camilo Torres ([1954] 2016), *Camilo Torres Restrepo. Textos inéditos y poco conocidos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. p. 76.

168 Entrevista a María Arango. En: F. Cubides, *op. cit.* p. 123.

169 G. Pérez Ramírez, *op. cit.* p. 104.

Del sesgo positivista (empirista) en su aproximación a la sociología da prueba su tesis de Lovaina titulada *Una aproximación estadística a la realidad socioeconómica de Bogotá* (*Approche Statistique de la Réalité Socio-économique de la ville de Bogotá*). El sesgo empirista, pretendidamente “científico”, a más de estar determinado por su inicial formación profesional, tenía la ventaja de confrontar el doctrinarismo de las teologías ortodoxas y resultaba menos comprometedor en medio de la ambigüedad de su identidad clerical, eclesiástica, y su impulso crítico político (“revolucionario”) a la caza de liderazgos tanto clericales como seculares.

Como detalle especial Camilo viajó a Lovaina acompañado por su madre quien en una entrevista¹⁷⁰ insinúa que la curia arquidiocesana de Bogotá sufragó los gastos del viaje a Lovaina y la estadía allí para los dos, Camilo y su madre. Sea como fuere, Isabel cuenta que Camilo en Lovaina se convirtió en un activista revolucionario y lideraba grupos de jóvenes latinoamericanos con discursos concientizantes de lucha contra el sistema, contra el imperialismo y por la causa de los pobres.

El Padre Camilo

Camilo fue siempre un cura convencido. Su cristianismo incorporaba un mandamiento principal: servir a los demás y redimir a los pobres. Este es el principio del cristianismo evangélico. El ritual y la institucionalidad eclesial, por contraste, enfatizaban más bien las jerarquías, la autoridad, la conquista del mundo, el poder económico y político. Esta ha sido una constante histórica –si bien la acción del catolicismo no se haya reducido a eso– desde el mandato de Constantino en el siglo IV de la era cristiana. Camilo, en cambio, experimentaba una inclinación a acercarse a los marginados, a los menos favorecidos; y esto desde niño hasta el tiempo de sus escauceos con los traperos de Emaús del Abate Pierre en París, pasando por los canteros de Usaquén y los chircaleros de Tunjuelito en Bogotá.

Ingresar a la carrera sacerdotal a los 20 años, que fue el caso de Camilo, se consideraba una vocación de segunda época, tardía, pues lo normal era que los futuros sacerdotes se cultivaran como prospecto de curas desde la niñez a través de su temprano ingreso al llamado seminario menor, a la edad promedio de 12 años, donde cursaban sus estudios de secundaria como estudiantes internos, sometidos a una disciplina especial que incluía el estudio del latín. La infancia y primera juventud de Camilo estuvieron lejos de esa opción y transcurrieron en un ambiente común, abierto y normal. Su desconocimiento del latín implicaba una desventaja,

170 “Isabel Restrepo Gaviria: fotos y última entrevista”. [Entrevista concedida en Cuba a Revista Lanzas y Letras] [<https://lanzasy letras.com/isabel-restrepo-gaviria-fotos-y-ultima-entrevista/>].

pues en su tiempo algunos de los cursos de teología los cursaban en latín y algunos textos estaban en esta lengua. Sin embargo, Camilo, un joven bilingüe (hablante del español y del alemán y con un paso temprano por la cultura francófona en Bruselas siendo apenas un infante) facilitó su rápido aprendizaje de la lengua oficial de la iglesia católica.

El período del seminario fue, en general, un logro para Camilo. Un compañero de esta institución, el padre Miguel Triana, lo describe como el “seminarista perfecto”: gran estudiante, con destacada espiritualidad, piadoso, estricto cumplidor del reglamento, habiéndose autoimpuesto una actividad especial de servicio a los pobres, pues, por propia iniciativa se empeñó en un trabajo voluntario de apoyo espiritual y pedagógico a familias campesino-obreras en los alrededores del seminario.

Ahora bien, doctrinaria y teológicamente Camilo era –en sus días de seminario– conservador. “Camilo era un poco godo de pensamiento –dice Miguel Triana– [...] Camilo era un poquito tradicionalista”. Triana ilustra su juicio con una apreciación general de su convivencia con Camilo y con la referencia a una discusión teológica, sostenida en una ocasión, sobre Filosofía Moral entre ellos dos, como expertos en teología. El tema era la verdad y los derechos. Camilo sostenía, al parecer apoyado en el teólogo Jacques Leclercq, 1891–1971, sacerdote belga licenciado en Derecho y de tendencia “integrista” –conservadora– que era la verdad la que tenía derechos, no el hombre. Así un hombre que no estaba del lado de la verdad (léase la ortodoxia cristiana) no tenía derechos. Triana le refutaba: Es el hombre el que tiene derechos, no un ser abstracto (un “ser de razón”, al decir de los escolásticos) como es la verdad. En este mismo sentido, pero en un plano muy diferente, su hermana Gerda Westendorp narra una anécdota: Gerda se había distanciado de la familia por muchos años, durante los cuales vivió en Barranquilla y después en Argentina. Al regresar halló a Camilo ya en el seminario y “no es que hubiera una oposición de mi parte, –relata ella– pero sí una extrañeza tremenda, me producía a veces hasta risa ver a Camilo con su sotana y tan sumamente cura, porque lo fue. Al principio hasta exagerado, porque el, por ejemplo, cuando iba a visitarnos, cuando yo salía con él, íbamos a alguna parte, le chocaba montarse en un taxi conmigo, que porque la gente podía pensar mal de él. Y yo le decía: ‘Por Dios, Camilo, ¡no seas tan bobo! No seas absurdo, si soy tu hermana’”.

La experiencia de Lovaina, sin embargo, significó en muchos sentidos una iluminación que introdujo a Camilo en un cristianismo de izquierda. Lovaina era un centro académico de avanzada en el campo cristiano y su teología enfatizaba el trabajo por los pobres. Camilo experimentó un cambio de actitud y de pensamiento sobre el cual construyó la ideología que desembocó en las posiciones políticas adoptadas a su paso por la UN.

En cuanto atañe a la sociología de Lovaina su nivel parece haber sido de segundo orden. La filosofía social, como señaló después el Padre Gustavo Pérez, discípulo de Camilo en esta universidad, primaba sobre una sociología de ascendiente francés donde, sin mucha profundidad, Comte, Saint Simon y Durkheim tendrían que ejercer un predominio, condimentado esto con un cierto funcionalismo cuantitativista con recurso a encuestas, índices, censos, tablas, en fin.

A lo largo de su vida Camilo dio siempre muestras de auténtica caridad cristiana real y de perfecta honestidad. La formación metafísica y mística de Camilo, no obstante, y su ideario conservador de vieja data (por su carácter personal y su educación en la primera juventud) ocupaban un espacio persistente en la estantería de su pensamiento, aún en su primera temporada como docente de sociología en la UN, cuando todavía se hallaba infatuado por el fascista español Primo de Rivera como lo señala María Arango¹⁷¹. Al mismo tiempo, sin embargo, el Padre Camilo adoptó sin dificultad el *aggiornamento* (actualizaciones de doctrina y rito) del Concilio Vaticano II y celebraba su misa en español y de cara a los fieles, cuando todavía esta práctica no se había generalizado totalmente en el rito católico.

Nunca se relajó en sus deberes cotidianos centrales de cura como decir la misa diaria, una práctica que para él era sagrada aún en sus momentos más difíciles. En 1962 en la celebración de una misa por los estudiantes caídos, víctimas de la policía estatal, predicó que los estudiantes muertos estaban salvos, aunque fueran comunistas y no creyentes en la doctrina, pues su sacrificio a nombre de una causa justa los había redimido. La autoridad eclesiástica reaccionó severamente ante esa prédica y lo castigó por ello retirándolo de la capellanía de la Universidad y lo ubicó en la parroquia de La Veracruz en Bogotá, aunque por presión de sus colegas docentes se le permitió continuar la docencia en la UN, en la Javeriana y en la ESAP, centros donde entonces enseñaba.

En 1965, al radicalizarse y hallar de parte de la jerarquía eclesiástica una oposición acérrima, se vio forzado a dejar la sotana (pedir “reducción al estado laical”, como la llama el código canónico). Pero este paso, que le implicó sincero dolor y pena, lo tomó como un medio para un fin: creía en la bondad y las posibilidades de su opción política y sentía que su fe interna no estaba siendo traicionada. La cuestión era que la Iglesia, que siempre había hecho política, ahora de modo hipócrita lo

171 Ver Entrevista a María Arango. En: F. Cubides (2010), *op. cit.* p. 110. María Arango dice: “[Yo] asistía a algunas reuniones de discusión ideológica que organizaba Camilo Torres, que entre otras cosas (muy curioso) estaba estudiando a Primo de Rivera en la Universidad Nacional”. Ya nos hemos referido a esa fijación de Camilo en este personaje español desde sus días del Colegio Cervantes.

conminaba a él a no hacerla, basada en una norma del reglamento para los sacerdotes que la prohibía.

En el fondo –de manera utópica– Camilo creía que su política le permitiría no solo ser mejor cristiano, sino que su triunfo político, si llegara a darse, mostraría a todos que el cristianismo era la mejor de las políticas. La caridad, el amor al prójimo, incluida la versión marxista (o “promarxista”), revolucionaria, de estos sentimientos eran para él expresiones cristianas que vivía con plena autenticidad. La honestidad de Camilo, cabe reiterarlo, no se pone en duda en ningún momento. Entregó su vida por esa opción. En muchos otros casos el Vaticano ha declarado santos a otros de sus fieles que corrieron igual suerte. No así con Camilo ¿Por qué?

Vale la pena repasar someramente los incidentes de su lucha con el arzobispo cardenal Luis Concha Córdoba, su superior máximo en el país, en 1965. En 1928 murió el arzobispo Bernardo Herrera Restrepo que por 30 años (en la época de la Hegemonía Conservadora) había decidido quién sería el presidente de Colombia. Lo sustituyó un hombre de talante liberal, hasta donde eso era posible en su jerarquía. Se trató del arzobispo Ismael Perdomo. Perdomo tuvo que oponerse a los embates de una oposición furiosa, de corte fascistoide, de otros jerarcas católicos como el famoso obispo de Santa Rosa de Osos, Monseñor Miguel Ángel Builes, y el obispo Juan Manuel González Arbeláez, obispo de Manizales y Bogotá en los años 30. González Arbeláez, por ejemplo, hacía eco en su acción pastoral de la política incendiaria de Laureano Gómez en el Senado de la República y realizó actos de masas con la custodia de la hostia consagrada en mano. Al final Perdomo logró neutralizarlo y marginarlo.

Alfonso López Pumarejo, presidente de Colombia en 1934–1938 y 1942–1945, impulsó el proceso de secularización o separación de la Iglesia y el Estado y adelantó una reforma del Concordato con la Santa Sede con tales propósitos. Aunque presentó oposición moderada a algunas medidas de la reforma concordataria, al final (1942) Perdomo se avino a dicha reforma contra la voluntad enconada de una parte importante y vociferante del clero colombiano. En medio de esa confrontación el obispo Luis Concha Córdoba (hijo, por lo demás, de un anterior presidente, José Vicente Concha), quien había estudiado en el Seminario de San Sulpicio en París (un centro considerado progresista en la iglesia francesa) se alineó con Perdomo y dio muestras de un talante liberal (una vez más: en la relatividad de las circunstancias). Sin embargo, cuando llega en 1959 al arzobispado de Bogotá, Concha es un hombre de 68 años, pero con visibles quebrantos de salud física y mental. Su política frente a Camilo fue claramente autoritaria, incomprensiva e intolerante. Sectores dentro de la Iglesia que conocían a Concha sostenían que, si para suceder a Perdomo en 1950 hubieran nombrado a Concha, que, sin duda, era ya un candidato con posibilida-

des en la carpeta (o *in pectore*, como reza el lenguaje eclesiástico) Concha hubiera esgrimido entonces, en esos años convulsos, su talante liberal. Pero, en cambio, el nombramiento de arzobispo bogotano en 1950 recayó en un candidato de ideología y filiaciones laureanistas, Monseñor Crisanto Luque, siendo Laureano Gómez presidente electo en ese momento (julio de 1950).

El relato de Ernesto Umaña de Brigard, canciller de la curia bajo Concha en 1965 y mano derecha del arzobispo, es revelador¹⁷²: Concha en aquel momento “llegó desgastado física e intelectualmente –dice Umaña– era un hombre que era muy difícil que pudiera razonar durante un período de media hora o de tres cuartos de hora. Lo digo con conocimiento de causa. Y, además, influido por unos áulicos que lo tenían totalmente rodeado y solo buscaban su propia conveniencia”. Frente a esto, el obispo coadjutor, un hombre de buenas intenciones y talante conciliador, Monseñor Rubén Isaza Restrepo, intentó darle a Camilo opciones para que continuara su ministerio sacerdotal sin afectar radicalmente su carácter de líder. Le ofreció dirigir un recién creado Departamento de Teología Pastoral donde querían incorporar orientaciones sociológicas. Umaña fue el encargado de ofrecérselo. Camilo lo rechazó diciendo: “Tú no comprendes que yo tengo que comer y con lo que me puede pagar la Iglesia no me puedo sostener ni sostener a mi mamá con eso”. “La respuesta de Camilo –confiesa Umaña– me sorprendió”. ¡Sorprendente resultaba en realidad!

Luego, Camilo, en su ardua lucha contra múltiples fuerzas internas y externas, una medusa de mil cabezas, pidió que estando vacante la parroquia de Fómeque (donde había “reinado” por casi 30 años el padre Agustín Gutiérrez que había llenado de grandes obras materiales esa población y había sido contradictor de Camilo en la Junta Directiva del INCORA) lo nombraran párroco de ese –desde el punto de vista pastoral– interesante municipio. Su petición fue aceptada y cuando se la confirmaron Camilo de manera contradictoria la rechazó. El cardenal estaba a punto de despojar a Camilo de su estatus de cura (“reducirlo al estado laical”), ante lo cual el canciller Umaña sugirió a Camilo presentar él mismo su renuncia al estatus para dejar sin piso la sanción. Opción que Camilo aceptó a regañadientes. Habiendo sido tramitada la renuncia en tiempo récord, Umaña lo citó para comunicarle la decisión oficial. Entonces, dice Umaña: Camilo la recibió: “me dio un gran abrazo, lloró, lo vi conmovido. Yo me conmoví muchísimo también, era un momento difícil, difícil”¹⁷³. Camilo se debatía entonces en un mar de contradicciones. Su honestidad estaba puesta a prueba. Pero en este punto, como lo hemos afirmado anteriormente, Camilo nunca flaqueó.

172 Ver Entrevista a Ernesto Umaña de Brigard. En: F. Cubides (2010), *op. cit.* p. 47–68.

173 Entrevista a Ernesto Umaña de Brigard. En: F. Cubides (2010), *op. cit.* p. 66.

Camilo, profesor de sociología en la UN

Camilo se integra a la Universidad Nacional en enero de 1959, recién llegado de Bélgica. Se integra inicialmente como capellán o, más propiamente, como asistente (coadjutor) del capellán oficial, el Padre Enrique Acosta, quien ejercía ese cargo, nuevo en la Universidad Nacional, desde el año anterior. Camilo, en calidad de coadjutor de la Capilla, organizó entre otras cosas una “marcha del ladrillo” para contribuir a la construcción de la capilla de la universidad. También le criticaba a Acosta que hubiera adquirido un carro de apariencia lujosa, cuando ellos, los sacerdotes, debían dar ejemplo de austeridad y de modestia.

El sociólogo Orlando Fals Borda había conocido a Camilo en 1956 y se había interesado en los estudios de sociología que Camilo estaba cursando. Al parecer Fals advirtió a Camilo de su idea (de Fals) de emprender o fundar la carrera de Sociología en la Universidad Nacional. En tal contexto Camilo estuvo muy a tiempo en enero del 59 para vincularse a la empresa académica de Fals. Acabó vinculado a cátedras de Metodología y de Sociología Urbana, más bien por azar –según reconoce Fals– que, por designio propio, pues la Metodología era lo que Fals se proponía asumir, pero en cambio, Fals acabó dictando teoría sociológica. A propósito de esta cruzada asignación de cursos Fals declara:

“Eso funcionó muy bien: a él [a Camilo] lo obligó a ser más empírico y, de mi parte, a complementar muchas lecturas que yo no había hecho en la universidad norteamericana, como a Marx. Yo no conocía a Marx”¹⁷⁴

Si funcionó tan bien, como apunta Fals, es una pregunta abierta. Lo cierto es que tanto Camilo como Fals –en últimas, dos misioneros extraviados en la vida académica, uno protestante: Fals, y el otro católico: Camilo– compartían varias ideas sobre lo que convenía hacer en el país y los dos se multiplicaban –o acaso se dispersaban– en muchas labores organizativas, burocráticas y políticas, mientras su labor académica era una más y no estamos seguros de que fuera la principal.

Camilo se ocupaba, por ejemplo, en organizar un llamado Movimiento Universitario de Promoción Comunal (Muniproc) al tiempo que trabajaba con el Padre Enrique Acosta en el Movimiento Familiar Cristiano que, clericalmente hablando, era harto promocionado en esos días. Pronto (1959) Camilo, al igual que Fals, asumieron funciones en el ministerio de Gobierno en un Comité de Promoción de Acción Comunal, que se disolvió al año siguiente. Fals continuó involucrado en la organización de la Acción Comunal a nivel Nacional. En 1961 Camilo y Fals fueron vinculados a la Junta

174 Citado en G. Pérez Ramírez, *op. cit.* p. 112.

Técnica Directiva del INCORA¹⁷⁵, instituto recién creado y adscrito al Ministerio de Agricultura. De 1962 a 1964 Camilo fue nombrado decano en la ESAP¹⁷⁶. Su trabajo en la ESAP se había iniciado el año anterior (1961), recién creada esta escuela. Al parecer Camilo siguió dictando clase simultáneamente en Sociología de la UN y dictó algún curso también en la Universidad Javeriana. Camilo y Fals eran burocráticamente hiperactivos y claramente dispersos en aquellos días, como ya observamos.

Por razones políticas, que el Gobierno y la jerarquía eclesiástica consideraban subversivas, Camilo fue relevado, habiendo mediado un mandato expreso del Cardenal Luis Concha Córdoba, de la Capellanía de la UN en 1962, aunque se le permitió, como ya dijimos, seguir ejerciendo como profesor en todas partes, es decir en la UN, en la ESAP y en la Universidad Javeriana. Finalmente, en enero de 1965 Camilo asistió con dos curas más, algún sindicalista, otro político y el general Álvaro Valencia Tovar (quien luego sería su verdugo definitivo en Patiocemento, Santander, el 15 de febrero de 1966, día en que murió Camilo) a una comida para discutir la crítica situación nacional bajo el Gobierno del poco apto y harto represivo Guillermo León Valencia. En marzo de 1965 Camilo lanzó su Plataforma del Frente Unido y con ella se convirtió en una figura nacional de indudable, amplio y duradero alcance. En octubre del mismo año se fue a la guerrilla y en febrero siguiente, el martes 15 (su fatal *idus februarius*), alcanzó su fin.

Puesto que nos encontramos valorando un proyecto académico específico, conviene reflexionar sobre el tipo de académicos que eran Camilo y Fals, al frente de la escuela de Sociología de la UN, recién fundada. La dispersión ocupacional de Fals no difería en mucho de la de Camilo. La academia para ellos, como vimos, era solo una de sus actividades. Su actividad central era intencionalmente política y en ella se promovían como líderes y expertos de alto nivel a disposición de trabajos especializados en los gobiernos de turno.

Había otros docentes de la escuela de Sociología fundada por Fals que se concentraban en la academia. No se interesaban por crear imagen en otros escenarios como sí lo hacía Fals, por ejemplo. Fals fue casi un embajador viajero de su propia escuela hasta 1965, una suerte de *jet-set traveler* académico que recorría dos continentes¹⁷⁷. No cuestionamos por tal razón su capacidad como docente ni su ges-

175 Instituto Colombiano de Reforma Agraria

176 Escuela Superior de Administración Pública de Bogotá.

177 Camilo no estaba muy atrás de él. En 1961 viaja a Santiago, Chile, a una conferencia latinoamericana de Escuelas y Departamentos de Sociología. En 1962 está en planes de encuentros de sociólogos en Buenos Aires y asiste al V Congreso Mundial de Sociología en Washington. En 1964 viaja a Perú al I Curso Nacional de Profesionales de Reforma Agraria.

ción intelectual, que eran sobresalientes. Solo observamos que él se multiplicaba en muchas tareas y se empleaba a fondo en la proyección y construcción de su propia imagen. Camilo, por su parte, además de académico y activo en tareas gubernamentales hacía también labor pastoral.

Un efecto positivo tenía, sin embargo, esa febril actividad de los dos docentes. Su participación personal se desarrollaba en posiciones claves como el INCORA y varios ministerios y en otras tareas prácticas de trascendencia nacional como en una misión de paz frustrada a Marquetalia, Tolima, donde combatían Tirofijo y las FARC. Los dos, Fals y Camilo, prodigaban el contacto con el pueblo y la palpitante realidad nacional. Interactuaban con campesinos, obreros, organizaciones populares, cárceles, comunidades parroquiales, en fin. Tal contacto vivo con sectores de la realidad nacional les confería una autoridad, que independientemente de su trabajo académico propiamente dicho, significaba aportes considerables a la formación de sus educandos.

El docente de aquella época, en general, apenas empezaba a ser un profesional especializado de la docencia. Esa profesionalización deriva entre nosotros propiamente de la Reforma Patiño, una “reingeniería” de la UN, adelantada por el rector José Félix Patiño, entre 1964 y 1966 (que involucraba elementos del famoso Plan Atcon¹⁷⁸). Hoy en día un académico, con la dispersión ocupacional del tipo de Camilo y Fals en los años 60, sería, si no imposible, de mucha mayor dificultad.

Este escrito se inicia con unas duras palabras de Darío Mesa sobre Camilo tomadas de una entrevista fechada en 1991. Mesa juzga a Camilo como un académico –que lo fue–, pero ese enfoque no es del todo justo. Camilo pasó a la historia como un “mártir de la revolución”. En esa óptica todo lo demás parece secundario. Sin embargo, ninguna referencia se olvida de que Camilo, a más de cura fue sociólogo. Y aquí lo estamos presentando y estudiando en esa última condición. De cualquier modo, preguntarse sobre los condicionamientos existenciales de esas decisiones extraordinarias de Camilo, la última de las cuales fue “irse al monte” como guerrillero no es insensato ni ilegítimo.

178 Rudolph Atcon fue un consultor de planeación educativa de origen usamericano, vinculado al USAID y a la UNESCO y contratado por gobiernos latinoamericanos en los años 60 del s. XX. Egresado del Amherst College de Amherst, Massachussets, donde estudió Talcott Parsons. Atcon proponía una modernización de la universidad en términos desarrollistas. Repetía la sugerencia de Parsons de los estudios generales (uno o dos años básicos para todas las carreras, seguidos de dos de especialización). Los estudios debían privilegiar la orientación técnica en contra de la humanista. La universidad debía manejarse como una empresa eficiente y productiva y la docencia debía profesionalizarse y hacerse competitiva.

En esa misma entrevista tanto el entrevistador, el sociólogo Fernando Cubides, como el entrevistado, el profesor Darío Mesa, especulan sobre la índole literaria de la biografía, a propósito de Camilo. ¿Por qué Camilo se fue a la guerrilla? Esta pregunta gravita medularmente en toda reflexión sobre la vida del “Cura guerrillero”. Nuestra respuesta, la respuesta que aquí proponemos, tiene que ver con la que probablemente puede ofrecerse a otro enigma: Por qué Camilo se metió de cura, con una vocación tardía que sorprendió a todos: desde a su madre hasta a su excondiscípulo Gabriel García Márquez. La vida de Camilo discurre así entre una disciplina impuesta unas veces desde fuera y otras autoimpuesta (Colegio Alemán, el Seminario Mayor, la guerrilla) y, por otra parte, la vida del “bon-vivant” burgués con una sociabilidad desenvuelta, en parte heredada de su madre.

Camilo era un “bon causeur”¹⁷⁹, de alta estatura, atractiva presencia y carismática personalidad, un *play boy* potencial¹⁸⁰, pero nunca de hecho –como se ha aclarado–, y ocupado en mil actividades político–eclesiásticas en Bélgica, en París, en Bogotá, dondequiera que se hallara, desde convivencias con los mineros del carbón de Bélgica hasta pasantías con los “Traperos de Emaús” del Abatte Pierre en París o aún en los intentos (frustrados) de mediar entre el Gobierno y Tirofijo en Marquetalia, Tolima; sin olvidar la organización de congresos, seminarios, mítines, comisiones, movimientos, comités de estudiantes colombianos en Europa y en Minnesota, en Chicago, en Nueva York y en Alemania, extendido a grupos de estudio de orientación social, aunque semiclandestinos (sin permiso expreso) en el Seminario Mayor. Para no hablar de su hiperactividad en torno a la vida académica y la agitada política colombiana entre 1959 y 1966.

En la entrevista con Cubides, Mesa percibe una “crisis personal” en Camilo, una desesperación que lo motiva a dar esos saltos de gigante, que acabó dando. “Si yo fuese biógrafo de Camilo –dice Mesa– tendría en cuenta la posibilidad de esa desesperación [...] una desesperación psicológicamente explicable, pero que sería necesario examinar detenidamente, porque se conjuga con problemas de su personalidad”¹⁸¹. Aquí no entraremos a fondo en esos laberintos de la interioridad, pero en una referencia –así sea breve– a Camilo el hombre a secas, tales reflexiones son inevitables. Camilo caminaba en el filo de la navaja entre mundos diversos y contradictorios: del Colegio Alemán al Liceo Cervantes, de hombre burgués a misionero de indigentes, de monje de convento a cura secular, de carácter sociable a espíritu ascético, de cura ejemplar a rebelde confrontador de la jerarquía, de Primo de Rivera a Marx,

179 Gran conversador.

180 Ver G. Pérez R., *op. cit.*, p. 289. Darío Botero dice de él que tenía “un eros que no cabía en su sotana” (Darío Botero (1991), Camilo Torres Restrepo: una invocación al Maestro. En: Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* p. 46).

181 Entrevista a Darío Mesa. En: Mario Aguilera (Ed.) (2002), *op. cit.* p. 118.

como guías de pensamiento; de burócrata del Gobierno a guerrillero del monte, de santo a hereje, de político carismático a subalterno de un capitán guerrillero.

En el centro profundo de esta existencia heroica parecen gravitar varios factores determinantes: primero, una voluntad indeclinable de liderazgo (voluntad de poder: “su personalidad lo inclinaba al ejercicio del poder”, dice Mesa). En segundo lugar, la nostalgia de un paraíso perdido: una infancia opulenta, colapsada en la estrechez comparativa (nunca absoluta) de una pubertad y una adolescencia huérfanas. La figura paterna en aquellos años parece lejana, diluida, ausente. Camilo se aferra entonces a su madre como a la tabla de salvación de un naufragio íntimo y ambiguo. A su vez, la madre, Isabel –La Restrepo, como es conocida– se debate entre las heridas narcisistas de un ego grandioso y la frustración de un deseo de poder que se le desliza de las manos.

En ese marco de fuertes cromatismos familiares, el joven Camilo se muestra sensible desde pequeño a la injusticia de la diferencia en la condición social y económica de sus pares niños, que lo motiva a subsanar con regalos la brecha de la pobreza ajena, como se observó arriba, pero también portador de un talante colérico y reactivo (cuando tenía mucha rabia sus ojos se le ponían “de color acero”, dice su madre). En ese sentido, Mesa, juzgando en profundidad los últimos días de Camilo y su paso por la escuela de Sociología de la UN, ve en Camilo “una carga de sentimentalismo, mucha cólera, mucho patetismo”¹⁸².

El niño Camilo, por ejemplo, reaccionaba ante inadmisibles irrespetos como cuando en el Colegio Alemán se enfrenta a golpes con un compañero de origen alemán, que se refería en términos desobligantes a los colombianos (anécdota que su madre Isabel recuerda). Su afición en esos años infantiles por el boxeo, que su padre respaldó –dada, según él, la condición física débil de Camilo en la infancia–, puede aludir a ese particular rasgo irascible de su carácter. Pero, por contraste, en el Camilo adulto, maduro, ya no parece haber trazas de esa condición. En la vida cotidiana, en el trato con sus estudiantes, con sus pares de la academia, con la gente común, todo ello parecía superado. Es así como Darío Botero, presidente del Consejo estudiantil de la Universidad Nacional en los años 60 y testigo privilegiado del accionar de Camilo en este tiempo, describe a este último Camilo, el Camilo maduro, el Camilo de la Universidad Nacional, como “un hombre sereno, reflexivo, alegre, bondadoso, de una personalidad avasalladora, cordial, líder innato”¹⁸³. Su carisma era innegable.

182 Entrevista a Darío Mesa. En: Mario Aguilera Peña (Ed.) (2002), *op. cit.* p. 107.

183 Darío Botero. En: Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* p. 46.

Era un hombre de alta estatura, apuesta figura, voz suave y “suave de carácter”, como dice Gonzalo Mallarino, quien lo conoció de joven¹⁸⁴.

Adicionalmente, un rasgo peculiar del Camilo adulto es lo que hemos distinguido como saltos de gigante. Con esta metáfora hemos querido describir esas decisiones intempestivas desconcertantes (meterse de cura, dormir en el suelo en el seminario como los santos ascetas, irse “al monte”) que un freudiano podría interpretar como compensaciones de una culpabilidad autoinfligida y sustituta ante el drama de su madre, cuya causa y defensa él asume a ultranza. Tal fue el caso frente al conflicto que lleva al divorcio de sus padres. Y luego, como si quisiera vengar inconscientemente la imagen social mancillada de la madre, a menudo objeto de abusiva crítica, en aquel gazmoño, parroquial y ultramontano clima cultural de la élite bogotana de los años 30 y 40¹⁸⁵. Por todo ello aparece ese amor filial de signo protector: “*Darling* adorada”, es la forma en que Camilo se dirige a su madre, como se dijo antes.

Adicionalmente, y por la misma vena, puede observarse que la decisión de meterse de cura es en Camilo, también, a parte de vengar a su madre, una reacción punitiva contra su padre el agnóstico, porque “al que no quiere caldo se le dan dos tasas”, como reza el refrán vernáculo¹⁸⁶. Complementa tal decisión el edipo otra vez visible en la situación del conflicto parental en el que Camilo toma partido por la madre y se separa del mismo del padre. En una carta de 1954 –ya un hombre de 25 años– Camilo le reclama a su padre: “Tu no conoces sino las manifestaciones esporádicas del temperamento violento de mi mamá [...]. Tú, no creo [yo] que te hayas tomado la molestia de estudiarla, de tratar de comprenderla [...], tú nunca has reconocido la menor imperfección de tu parte”¹⁸⁷.

Nos hallamos así ante singulares determinantes motivacionales de una psicología agonista, de una psicología casi “al borde de la línea”. Dos observaciones resultan pertinentes para matizar este rasgo de repentismo de conducta. Una, como se vio antes, la experiencia de Lovaina imbuyó a Camilo de un espíritu heroico y revolucionario, que pesó sobre el breve período último de su vida. En segundo lugar, en el momento justo de estas decisiones gigantescas, ellas parecen totalmente acordes,

184 Entrevista a Gonzalo Mallarino. En: F. Cubides (2010), *op. cit.* p. 33.

185 Joe Broderick afirma: “los católicos de Bogotá [...] lanzaban las calumnias más insólitas contra su madre [de Camilo]. Si no la llamaban abiertamente “mujer pública fue solo por pudor, ya que mediante consejos de mala fe lograron dibujar la imagen de una Isabel disoluta e inmoral”. Ver Walter J. Broderick (1977), *Camilo Torres, el cura guerrillero*. Barcelona: Círculo de Lectores. p. 36–37.

186 En esto me aparto de la interpretación de los psicoanalistas José Gutiérrez y Álvaro Villar Gaviria, como la reporta Fernando Cubides (2010, p. 50), en el sentido de que a quien quería castigar Camilo era a su madre y no a su padre. Camilo, en cambio, siempre estuvo del lado de su madre y nunca de su padre. Eso es claro.

187 Ver Joe Broderick, *op. cit.* p. 27.

ampliamente sintonizadas, con la vibración del tiempo, con el *kairos* (la oportunidad) de la hora, con el clima social en que se producen. Camilo parecía tener muy bien orientadas sus antenas hacia los heroísmos que la época demandaba. Esos giros inesperados resultan investidos de un halo de compromiso histórico que incita en los demás, admiración, respeto y deseo de emulación. Un personaje de “Grandes” contrastes, en suma. “Grandes” ¡escrito con letras mayúsculas!

2. El entorno político de Camilo a su llegada a la Universidad Nacional

Para paliar en parte la violencia, que ellas mismas habían desatado y que ahora amenazaba con salirse de las manos, las élites colombianas compusieron el acuerdo llamado Frente Nacional desde 1957. Camilo llega al país en 1959 y se integra inmediatamente a la Universidad Nacional (UN), que se convierte en su plataforma de acción. En el plano latinoamericano, 1959 presencia el triunfo de la Revolución Cubana. La universidad colombiana de los años 50 ha empezado a incrementar su población estudiantil y a diversificar el origen socioeconómico de sus estudiantes¹⁸⁸. Poco a poco entre 1959 y 1966, ese corto pero accidentado lapso de la vida de Camilo que lo realiza como sociólogo y que lo consagra como político, hasta su desenlace final, la Universidad se convierte en un hervidero. Camilo no evade de ninguna manera esa vivencia. Se llena de ella y su última decisión, la de “irse al monte”, parece inspirada exactamente por ese contexto próximo. Detengámonos brevemente en el análisis de ese momento histórico en la primera universidad pública de la república, la Universidad Nacional, y en el panorama universitario del país en general.

Observemos primero que durante los años 20 del siglo XX se consolida el devenir social de los procesos de inserción de Colombia en lo que se llama la división internacional del trabajo bajo el capitalismo imperialista. Bajo estas categorías no estamos emitiendo juicios de valor políticos. Se trata de procesos reales. Un país atrasado, Colombia, se integra al capitalismo mundial en el contexto de una suerte de primera “globalización”. Los años 20 en Colombia¹⁸⁹ son años de desarrollo –modesto pero firme– de capitales industriales, financieros, comerciales, agroexportadores. La inversión en infraestructura férrea, carretable, portuaria, urbanística extrae mano

188 Ver Francisco Leal Buitrago (1980), La frustración política de una generación. La universidad colombiana y la formación de un movimiento estudiantil, 1958–1967. En: Mario Aguilera (Ed.) (2002), *op. cit.* p. 183–219.

189 Ver Carlos Uribe Celis (2020), *Los Años Veinte en Colombia, siglo XX*. [Tercera edición ampliada]. Bogotá: Ediciones Aurora.

de obra campesina y la proletariza en las obras públicas y en las ciudades. La vida urbana y una nueva cultura modernizante dan un salto insólito hacia adelante. El país empieza a desruralizarse.

Una consecuencia política de estos cambios es la organización del proletariado incipiente en los años 20 como una fuerza política nueva. Esta organización implica procesos de sindicalización, proyectos socialistas y agitación obrera generalizada. La agitación obrera apela al mecanismo de la protesta popular, de las manifestaciones, de las marchas, del conflicto urbano y de las huelgas. La huelga es un desafío al sistema. Este desafío es contestado con violencia estatal represiva y la violencia represiva dispara el gatillo de la violencia popular. Hay muertos en las manifestaciones, violenta acción policiva y represiva acción judicial punitiva.

Lo que ocurre en los años 60 en la vida universitaria colombiana es, a nuestro juicio, una réplica estudiantil de la agitación obrera de los años 20. El estudiantado adopta una forma de sindicalización *sui generis* con los consejos estudiantiles por Facultades y universitarios. Los consejos estudiantiles de Facultad pretenden cogobernar en la universidad. Buscan que sus proyectos de reforma sean implementados por la autoridad y la estructura oficial universitarias. Esta pretensión se apoya como arma de presión en la huelga, en la manifestación y en la protesta urbana. El clima político de los años 20 fue extraordinariamente agitado. De ello dan cuenta personajes como Raúl Eduardo Mahecha (organizador de grandes huelgas en el transporte fluvial, en las empresas estatales, en las empresas extranjeras que operaban en el país como la Tropical Oil Company (la “Troco”) y la United Fruit Company de Santa Marta, cuyo conflicto dio lugar a la Masacre de las Bananeras en 1928). También hacen parte de este elenco de agitación María Cano, Manuel Quintín Lame, Vicente Adamo, por ejemplo. La prensa agitacional revolucionaria se prodiga en publicaciones de prensa obrera, que el gobierno califica de subversivas. Se fundan partidos socialistas. El gobierno acusa de conspiraciones comunistas y terrorismo urbano (fabricación de bombas, uso ilegal de armas) a Tomás Uribe Márquez, Ignacio Torres Giraldo, María Cano, entre los más visibles.

Es este cuadro de subversión, agitación y propaganda política el que se va a reproducir en la educación superior del país durante los años 60. Tiene objetivos similares y emplea tácticas similares. Los años 60 son un espejo en el sector estudiantil del panorama obrero de los años 20, independientemente de que la historia del país se haya alterado de varias formas en 30 años de devenir.

En 1959, en efecto, aparece el grupo Movimiento Obrero Estudiantil Colombiano (MOEC) de inspiración izquierdista revolucionaria, fundado por Antonio Larrota¹⁹⁰, quien en 1957 liderara la fundación de la UNEC (Unión Nacional de Estudiantes de Colombia). La combinación de la lucha obrera con los movimientos estudiantiles es un claro indicador de la inspiración simbiótica del viejo movimiento sindical proletario de treinta años antes. En 1960 se prodiga la lucha por el establecimiento de consejos estudiantiles universitarios (un émulo de los sindicatos obreros de los años 20) en las universidades públicas y algunas privadas. En las facultades de la UN desde 1960 se proponen reformas académicas y administrativo-académicas bajo las banderas de la autonomía universitaria, la libertad de cátedra, la expulsión de los representantes de la iglesia católica y la derogación de la instrucción religiosa obligatoria en la estructura de poder y en la academia de la universidad.

Destituir decanos, profesores y pedir la renuncia de rectores se convierte en un objetivo común. El primer rector (1958-1960) obligado a renunciar en 1960 por presión estudiantil fue Mario Laserna (filósofo y matemático que había fundado la Universidad de los Andes en 1948). En 1962 surge el grupo de la Juventud Comunista (JUCO), uno de cuyos miembros fue Jaime Bateman Cayón, quien en los años 70 fundaría el grupo M-19. En 1963 aparece la FUN (Federación Universitaria Nacional), que representa un proyecto organizativo estudiantil unificado de proyección nacional y con importante fuerza política. El grupo Bloque Socialista de inspiración trotskista surge en estos tempranos años 60. Detrás de esta iniciativa trotskista se halló el peruano Marcelino Fonqué Piedrahita. El calificativo “revolucionario” campea en todos los proyectos de actividad estudiantil de la época, incluso en grupos que se definen como cristianos en los comienzos de los años 60. “Nació un nuevo lenguaje –dice Ciro Quiroz–: “desviacionista” era quien no obedeciera la línea trazada. “Burgués”, “reaccionario”, “retardatario”, “entreguista”, “vendido a Fenalco y la Andi” se pusieron de moda”¹⁹¹.

En 1962 surge la Juventud *Revolucionaria* Demócrata Cristiana. Antes de los años 60 la actividad política se nucleaba particularmente en la Facultad de Derecho, pero en los años 60 Medicina parece tomar la delantera y la carrera de Sociología, una carrera nueva, se erige como protagonista de la acción estudiantil con estudiantes como María Arango, estudiante de sociología, reina estudiantil y miembro de la Juventud Comunista (JUCO)¹⁹², cuya expulsión motivó un cese de labores, duras protestas

190 Antonio Larrota fue muerto en 1961.

191 Ciro Quiroz (2002), *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. p. 167.

192 María Arango inició estudios de Sociología en la Universidad Javeriana y después se trasladó, para completarlos, a la Universidad Nacional. Allí conoció a Camilo Torres y se vinculó a los proyectos comunitarios de

y respaldo de las directivas de Sociología. Se prodigan entonces los cierres temporales de la Universidad y tomas de los predios del centro docente por la fuerza pública. El consejo estudiantil de Medicina tiene en el periódico *Bisturí* su órgano de expresión escrita¹⁹³. La UIS (Universidad Industrial de Santander) de Bucaramanga se convierte en actor principal en 1964 al organizar una espectacular marcha estudiantil a pie desde Bucaramanga hasta Bogotá bajo el liderazgo de Jaime Arenas (quien integraría tanto el Frente Unido camilista como la guerrilla del ELN en 1965 y sería ejecutado por el mismo grupo en 1971).

Las huelgas se vuelven parte de la vida universitaria de entonces. En 1962 estalla una huelga en Odontología de la UN y se aplaza la iniciación del año lectivo por vez primera. Hay huelgas estudiantiles en Tunja y en la Costa atlántica. En 1963 los desórdenes estudiantiles incluyeron la captura por los estudiantes de casi 50 buses urbanos que fueron ingresados a la Universidad. En este mismo año de 1963 se reúne el primer congreso de estudiantes universitarios de Bogotá con participación de cinco universidades privadas y cinco públicas. Estudiantes de los consejos estudiantiles, acusados de alterar el orden interno son expulsados y su expulsión genera protestas masivas, huelgas, violencia urbana. 1964 es un año particularmente caldeado: Hay huelga y práctica escisión de la Universidad Libre en dos directivas antagónicas. La marcha a pie de la UIS culmina en una gran huelga universitaria impulsada por la FUN. En este mismo año de 1964 se da la famosa retención de Carlos Lleras Restrepo en la Facultad de Derecho de la UN, mientras este, en calidad de candidato a la presidencia de la república, hacía allí una intervención hablada, que había sido convocada por estudiantes liberales. Ya siendo presidente, Lleras decreta el Estado de Sitio y ordena la toma de las instalaciones de la Universidad por la policía (1965). Hubo conflicto en la Universidad de Antioquia en 1965 y en este mismo año Manuel Vásquez Castaño (exestudiante de la Universidad Libre) funda la guerrilla del Ejército de Liberación Nacional (ELN)¹⁹⁴.

&

La metáfora del “hervidero” aplicada al revuelto clima político de típica *Agit-Prop* (agitación y propaganda) izquierdizante, que arriba empleamos para pintar el contexto político universitario que encontró Camilo al llegar a la Universidad Nacional

este. María se había desempeñado previamente como empleada del CELAC (Conferencia Episcopal Latinoamericana) en la secretaría del episcopado colombiano. También en las oficinas de la Acción Católica, todas estas posiciones eran parte de la burocracia eclesiástica.

193 Hay dos breves textos periodísticos de Camilo, estudiante “primiparo” de Derecho en la UN, que se refieren a *Bisturí*, en uno lo exalta, en el otro lo critica.

194 Ver para este recuento los trabajos de Francisco Leal Buitrago y Ciro Quiros ya citados.

en 1959, parece más que adecuada. ¿Cuál es la posición de Camilo como profesor en la recién creada carrera de sociología de la UN? Camilo es un hombre muy joven cuando arriba a la UN. Tiene 30 años. Domina el francés y habla inglés, para no hablar del alemán que habla desde niño. Es ante todo un hombre de acción. El estudio, la teoría, la carrera académica no son su fuerte. Fiel a su talante activo y práctico, orienta sus clases al trabajo de campo y lleva a sus estudiantes a Tunjuelito, un barrio de clase obrera en Bogotá.

La vía que Camilo toma para navegar en este mar de confrontaciones está estructurada sobre dos pilares: uno la acción social, otro la presentación de la sociología como una (para Colombia) nueva ciencia de la sociedad. En el campo de la acción destacan el trabajo en Tunjuelito, que se vincula al proyecto de MUNIPROC (Movimiento Universitario de Promoción Comunal) (1959) y otro proyecto llamado Consejo Interfacultades para el Desarrollo de la Comunidad (1960). Estas iniciativas tienen a la UN como epicentro. Pero en 1962 Camilo, en calidad de decano de la ESAP crea una granja-escuela de líderes en Yopal, Casanare, llamada Unidad de Acción Rural de Yopal (UARY). Muniproc y el Consejo Interfacultades son proyectos para vincular a los estudiantes de la UN a la iniciativa de Acción Comunal que los Gobiernos colombiano y usamericano impulsaron en el decenio del 60. En el Consejo Interfacultades participaron estudiantes de siete facultades: Economía, Ingeniería, Arquitectura y otras de Ciencias Humanas. Sociología lo presidía. Esta participación no duró más de un año. Conviene saber que el trabajo en Tunjuelito durante 1959, presentado con el nombre de Plan Piloto para Tunjuelito, recibió el Premio de Beneficencia (tal su nombre) de la Fundación Alejandro Ángel Escobar en 1959. Al año siguiente Camilo fue jurado del mismo premio y en su discurso de entrega del premio Camilo dijo:

“El cristianismo es esencialmente amor [...] no podemos menos de constatar el gran espíritu de caridad cristiana que existe en nuestra sociedad”¹⁹⁵.

El proyecto de la ESAP (UARY) era una apuesta de largo alcance en su concepción para formar una comunidad con principios asociativos avanzados: Pretendía capacitar a 60 jóvenes campesinos como líderes de la comunidad con el objetivo de tecnificar los cultivos y cooperativizar el trabajo y los rendimientos. Esto era un plan piloto para aclimatar la “revolución”. Ni más ni menos. Camilo había conversado con los líderes de las guerrillas liberales del Llano con el propósito de ambientar el proyecto. El Gobierno se mostró reacio a su financiamiento.

195 Camilo Torres (1960), Discurso de Camilo Torres como miembro del jurado de Beneficencia de la quinta entrega de premios Alejandro Ángel Escobar, 1960. En: Mario Aguilera, *op. cit.* p. 127-128.

El otro pilar de la actuación de Camilo durante su paso por la UN entre 1959 y 1964 es su proclamación de la sociología como ciencia. De esta manera Camilo intenta legitimarse frente al movimiento político en la UN y frente a las autoridades de la Iglesia que se ven confundidas ante las posiciones heterodoxas del Padre Camilo. El discurso de Camilo sobre la ciencia entonces, como se revela en el artículo “La sociología en Colombia” (1960)¹⁹⁶ tiene un sabor cientificista: defiende la ciencia “pura”, la ausencia de juicios de valor en ella. Afirma que la ciencia resolverá todos los problemas de la situación que vive Colombia. La categoría que usa para definir la ciencia es la de “positiva”, con lo que parece querer decir: “empírica”. Y hay, de hecho, una concepción empirista de la investigación en el fondo de la cuestión. En ese artículo rechaza la utilización de sistemas foráneos entre los que involucra al comunismo, la Mano Negra y la Democracia Cristiana. Habla de Marx como un “genio aficionado a la sociología, a la economía, a la filosofía, a la historia, al periodismo y graduado en derecho”¹⁹⁷. Sobra decir que Marx nunca se relacionó con la sociología y que tampoco se graduó en Derecho sino en Filosofía. También afirma que la Sociología de la UN es la primera facultad de Sociología de América Latina, lo que no es cierto, pero esta idea, que Fals parece haber alimentado también, ha hecho carrera¹⁹⁸.

En una ponencia de 1961 en Buenos Aires: “El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana”¹⁹⁹ vuelve a insistir en la ciencia y en la objetividad y paradójicamente contrasta la “acción” con la “investigación” y entre las dos prefiere la investigación y advierte del peligro de dejarse absorber por la acción. ¡Paradójico! Del mismo modo previene contra la atracción de lo “inmediato” en lo que concierne a los temas del trabajo científico. Pero en el subdesarrollo lo inmediato se impone. Es ambiguo sobre su aprobación o rechazo. Desaprueba la politización de derecha o de izquierda en la ciencia que debe mantenerse fiel a la neutralidad valorativa. No hacerlo es demagogia, dice. Perderse en terminologías y conceptismos de jerga científica es también un error, un “vicio”. Camilo lo ataca bajo el nombre de nominalismo: “Por nominalismo quiero expresar el fenómeno del uso de palabras que no están estrechamente relacionadas con una observación personal del que las emplea”²⁰⁰. Parece aquí estar expresando un descontento con la jerga política de moda que perora sin “untarse de realidad”, sin contacto con el pueblo de la mar-

196 Camilo Torres (1960), La sociología en Colombia. *En*: Mario Aguilera, *op. cit.* p. 131–138.

197 Mario Aguilera (Ed.) *op. cit.* p. 132–133.

198 Ver aquí el capítulo sobre Orlando Fals.

199 Camilo Torres (1961), El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana. *En*: Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* p. 139–146.

200 Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* P.140.

ginalidad como Camilo lo estaba haciendo en sus proyectos de acción comunal. No dejan de escucharse en este reclamo ecos del empirismo que lo acompañó en estos primeros años de docencia. Se opone a las categorizaciones de “ciencia burguesa” y “ciencia proletaria”. La ciencia es una sola, dice, y observa que Marx no era proletario sino un intelectual burgués. Por último, sobre el tema latinoamericano no es mucho lo que ofrece. Inicialmente dice que la cultura latinoamericana como tal está en duda: “la coexistencia entre elementos asimilados y elementos de desaculturación (*sic*) ha llevado a muchos sociólogos y antropólogos a dudar de la existencia de una verdadera cultura latinoamericana”²⁰¹. Al final el autor aboga por la formación de una sociología latinoamericana auténtica, sobre cuyo desarrollo e historia generaliza sin ofrecer detalles concretos.

Todavía en 1964 en un artículo llamado “La ciencia y el diálogo”²⁰², que no es claro si fue publicado o no (está en la Caja Camilo Torres del Fondo O. Fals Borda del Archivo General de la UN), Camilo insiste en la ciencia social pura: “la sociedad es una realidad objetiva que puede analizarse sin necesidad de recurrir a los juicios de valor, a las abstracciones metafísicas [... Hay que privilegiar] lo positivo [...] lo observable empíricamente [...] no se podrá admitir sino lo que pueda constatarse por los sentidos”²⁰³. El diálogo que plantea el autor en este ensayo es un diálogo entre las ideologías (cualesquiera que ellas sean) y la ciencia. La ciencia no perderá nada en ese intercambio. Y Camilo concluye con una consigna sonora que le abre paso, ahora sí, a las ideologías: la consigna que impulsa es: “Científicos de todas las ideologías uníos”.

Las tres piezas²⁰⁴ que acabamos de reseñar son una buena muestra de la concepción teórica de Camilo en la escuela de sociología de la UN. Pero más allá de estos ejercicios intelectuales él se emplea a fondo en el contacto con la gente en condiciones de desigualdad, pobre y oprimida, campesinos y obreros de la marginalidad,

201 Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* P.139.

202 Camilo Torres (1964), La ciencia y el diálogo. *En* Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* Ps.169–172.

203 Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* P.170.

204 Podríamos añadir a estas tres muestras un artículo publicado en el periódico *El Tiempo*, bajo el título “La universidad y el cambio social” (ver Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* Ps.73–78). Allí tematiza el movimiento político de la UN como una reacción de inconformismo, al que clasifica en tres tipos distintos: “anticonformismo utópico”, “anticonformismo por frustración” y “anticonformismo científico”. Es evidente que Camilo juega aquí con las distinciones de F. Engels entre socialismo utópico y socialismo científico. Es una manera de hablar en el lenguaje del momento y conectarse con el clima político reinante. El artículo trae un análisis sociológico somero del acceso y la deserción estudiantil en la educación colombiana en sus distintos niveles. En la conclusión Camilo insta a que la protesta universitaria se materialice en el trabajo con las comunidades (la Acción Comunal de aquellos días) y supere la retórica vacua. Es a ese giro hacia la acción práctica a lo que Camilo llama “anticonformismo científico”.

mal pagos y sin prestaciones, lo que, en esos días, y al tenor de Marx, podían distinguirse como lumpenproletariado.

Por último, cabe una nota sobre el trabajo de Camilo en la Junta Técnica del Incora, donde comparte actividades con Fals Borda, quien dirige esa Junta. Camilo propone que el Incora (Instituto Colombiano para la Reforma Agraria) se ocupe de fundar comisariatos, mejorar la vivienda rural, instaurar juntas de acción comunal, crear cooperativas agrícolas. Estas iniciativas rebasaban ampliamente el objetivo del instituto que fue hecho para presidir sobre la reforma de la tenencia y la distribución de la tierra en el país con la idea de que la tierra quede en manos de quien la trabaja. Fals Borda, con más realismo que Camilo, objetó en tono diplomático la propuesta de su colega respondiendo que hacía falta “dirimir si la ley sobre Reforma Agraria ha sido promulgada únicamente para facilitar la redistribución de la tierra o también abarca otros aspectos”²⁰⁵. ¡Las cosas quedaron de ese tamaño!

3. La sociología de Camilo. Sus escritos sociológicos

*La proletarización en Bogotá (1958)*²⁰⁶

Como se sabe esta es la tesis de grado de Camilo en Lovaina presentada como requisito para su opción de grado en su *Licence* (Licenciatura) por la *École des Sciences Politiques et Sociales* de la Universidad Católica de Lovaina²⁰⁷. El título de su monografía fue *Approche Statistique de la réalité socio-économique de la Ville de Bogotá*. En 1961²⁰⁸ Camilo publicó el capítulo IV de su monografía de Licenciatura, texto que escogió para participar en el VI Congreso Latinoamericano de Sociología en Caracas (abril 7–14). Aparentemente el título de su ponencia en Caracas fue “El nivel

205 Camilo Torres (1962), Intervención de Camilo Torres en el Comité de Estudios Técnicos de la Reforma Agraria. En Mario Aguilera (Ed.), *op. cit.* P.157.

206 Camilo Torres ([1958] 1987), *La proletarianización de Bogotá. Ensayo de metodología estadística*. Bogotá: CEREC.

207 No tenemos acceso al documento del diploma (o “cartón”, como decimos en Colombia) y así no sabemos si este diploma lo acredita como sociólogo o como Licenciado en Ciencias Sociales. El asunto no es muy importante, pues Camilo enfatiza el componente sociológico de su trabajo en el texto mismo y al incorporarse a la escuela de sociología de la Universidad Nacional bajo O. Fals Borda Camilo se institucionaliza como sociólogo sin más.

208 Dice así Gonzalo Cataño, quien fue principal contribuyente de la edición del texto en español y en Colombia (la edición de CEREC, 1987, que aquí estamos usando) y quien escribió el prólogo para esta edición.

de vida en Bogotá. Ensayo de metodología estadística”. Entendemos que para la publicación de esa ponencia (en 1961) el autor introdujo el título de *La proletarización de Bogotá*, supuestamente para hacer más atractivo el libro o simplemente por razones de *marketing* bibliográfico. Y la edición completa de la monografía, hecha por CEREC, que fue la primera edición en español con traducción del filósofo Rubén Sierra Mejía, adoptó este título. Esta acaloración sería innecesaria si no fuera porque el nombre de “proletarización” en el libro es confusa, por no decir, abiertamente errónea.

En la “Introducción de 1961” a su ponencia de Caracas²⁰⁹ Camilo afirma: “la proletarización es aquí considerada como el proceso por el cual una gran proporción de asalariados pierden todo otro medio de subsistencia distinto de su propia fuerza de trabajo”²¹⁰. Esta definición es teóricamente correcta en la comprensión y enunciación del fenómeno que Marx, su teórico pionero, hace. Pero en el texto que comentamos se ve que, mediante este concepto, Camilo apunta a otro fenómeno, no necesariamente equivalente. Lo que Camilo quiere hacer con su trabajo es mostrar que la clase obrera se ha empobrecido en el período que el considera (1943–1955, aproximadamente) y que sus condiciones de vida son particularmente bajas: “Prendemos demostrar que la pobreza de la población obrera de Bogotá –dice Camilo en el mismo texto (P.28)– es algo real y objetivo. Que hay una *proletarización* [mi énfasis] auténtica en esta ciudad”. Y para abundar, en el párrafo siguiente a su teóricamente correcta definición de *proletarización*, lamentablemente aplicada de modo equivocado, Camilo dice: “El fenómeno de la proletarización [mi énfasis] ha sido parcialmente frenado [...] en los países industrializados. La necesidad de concentrar capitales a base de reducción de salarios ha tenido que cesar por razones [...] sociales (por ejemplo, conciencia reivindicativa del proletariado), legales (por ejemplo, legislación social), institucionales (por ejemplo, existencia de sindicatos, [...] etc.)”²¹¹. Es evidente que, en todos estos casos, al usar el concepto de “proletarización”, lo que Camilo quiere decir no es “proletarización” sino justamente *pauperización* (empobrecimiento) de la clase obrera. Esta es precisamente su tesis y todo el texto tiende hacia esta conclusión.

Socioeconómicamente hablando, la proletarización de Bogotá (y del país en general) es un fenómeno que se viene presentando de una manera incipiente desde el siglo XIX, particularmente en el último cuarto de este siglo, pero de modo más defi-

209 Ver Camilo Torres (1961), Introducción de 1961. En Camilo Torres (1987), *op. cit.* Ps.23–28.

210 Camilo Torres (1987), *op. cit.* P.24.

211 Camilo Torres (1987), *op. cit.* P.24.

nido y acelerado desde el tercer decenio (de 1918 en adelante, diríamos²¹²) del siglo XX. El proceso de proletarización es continuo desde entonces hasta los años 50, años que Camilo examina en su trabajo. Pero, aunque Camilo en algún momento hace una alusión pasajera a este fenómeno²¹³, él no lo tematiza estrictamente en su investigación. La razón, en últimas, es que él ha tomado proletarización por pauperización.

En propiedad –y, por otra parte– la monografía que comentamos responde bien a su título original de “Enfoque estadístico” de un período (los años 50). Puede admitirse que el título original de la monografía resulta un poco “académico” para una publicación abierta del trabajo, pero podría haberse transado por algo como, por ejemplo, “Bogotá en los años 50. Aproximación estadística” o algo similar. A cambio de ello Camilo introdujo aquí el concepto de proletarización, cuando lo que quería decir era pauperización, como hemos venido mostrando.

Por otro lado, es posible formular otras consideraciones sobre la tesis y el libro en que se plasma. Primero, es que, sin duda, se trata de un trabajo sociológico, pues la disciplina sociológica mide, interpreta, anticipa y ofrece soluciones a los problemas sociales. Y en la monografía se presentan mediciones e interpretaciones con aliento sociológico de tales medidas. Cabe decir, además, que el trabajo se presta para propósitos pedagógicos (enseñar la lectura de los censos y la interpretación de los índices), que según otros han dicho, tal uso recibió en la docencia impartida por Camilo en la Universidad Nacional.

En la elaboración del trabajo, por otra parte, el autor se enfrenta a un problema capital, del que repetidamente se queja, y es que la estadística colombiana en ese momento es muy precaria y muchas medidas que serían deseables no existen en las recopilaciones censales ni en los boletines del Departamento Nacional de Estadística. Por tanto, a menudo hace falta inferir, deducir o calcular, a partir de otros datos, un índice aproximado (e inseguro) de alguna variable que se requiera tener. Camilo, en este empeño, se muestra recursivo y, en general, respetuoso de la objetividad científica, aunque sus elaboraciones y presentación de los datos se resientan de algunos errores, como trataremos de ilustrar.

De igual manera cabe hacernos una pregunta pertinente: Por qué Camilo se decide por este enfoque/tema en su monografía de grado? ¿Qué hizo que se decidiera por el? Cabe suponer a este respecto que el tema estadístico implica –en este caso

212 Ver Carlos Uribe Celis (2020), *op. cit.*

213 En 1907 –dice Torres “la actividad industrial propiamente dicha, comenzó a tener un auge progresivo y superior a la actividad manufacturera [entiéndase artesanal]”. (Camilo Torres (1987), *op. cit.* P.36.

particular– que el núcleo del trabajo, es decir, los datos, ya están disponibles (el autor no se ocupa aquí de construirlos por sí mismo) y de lo que se trata es de interpretarlos, combinarlos, adecuarlos a una estructura del trabajo de acuerdo con el objetivo buscado y en correlación con la pregunta que se pretende responder. Como tal, es un propósito práctico y expedito, aunque no necesariamente fácil, y puede tropezarse con obstáculos importantes, si la estadística disponible, no es de la mejor calidad, como era el caso.

Otros temas de investigación, un problema específico o el estudio de una población particular, hubieran podido demandar mayor trabajo y una inversión mayor de tiempo. En contraste, Camilo se muestra práctico en su opción y listo a desatar el nudo cortándolo, como en el ejemplo de la leyenda. Adivinamos que no tenía tiempo ni disposición para dedicarse de lleno a investigaciones dispendiosas. No solo tenía las obligaciones de su ministerio sacerdotal en donde vivía, sino que ejercía su sacerdocio, cada vez que podía, en vacaciones o por cortas estadías en otras parroquias y proyectos de Europa. Pero no se contentaba con ello, sino que estaba comprometido en tareas político–pastorales intensas, que el abocaba con total compromiso y gran energía. En realidad, siempre fue Camilo así, multiatareado, desde que se convirtió en adulto, desde que ingresó al seminario para adelantar la carrera sacerdotal, y mientras estudiaba en Europa y a su llegada a Colombia, así hasta el último día. Intenso, hiperactivo (y aún disperso) hasta su muerte. Se diría que un soplo interior lo impelía a vivir la vida con suma rapidez.

Hay, por otra parte, dos subtemas que la monografía propone: Primero, Camilo ve a Bogotá esencialmente como una urbe con función “residencial” o residencialista, diríamos. Segundo: Bogotá, aparece definida como una ciudad con predominio de economía “terciaria”, característica que aquí enunciamos como “terceridad”. Estas caracterizaciones proceden del marco teórico que Camilo adopta en la investigación.

Antes de explicitar ese marco, una observación es pertinente. G. Cataño, el prologoista de la edición de CEREC (1982) que seguimos, dice que “como toda tesis de grado”, esta se resiente de “la presentación mecánica de conceptos, bibliografías y marcos teóricos que después no encuentran ubicación alguna en el cuerpo del trabajo”²¹⁴. En verdad, estos dos temas: Residencialismo y Terceridad (como acabamos de explicar) se hallan bien entroncados y fueron desarrollados de conformidad con las teorías de autores que el autor de la monografía erige como sus guías. Entre

214 Gonzalo Cataño (1987). Prólogo. En Camilo Torres (1987), *op. cit.* P.13.

estos, principalmente, Egon Ernest Bergel²¹⁵, autor de un texto de uso corriente entonces: *Urban Sociology*²¹⁶. También Gideon Sjoberg²¹⁷ y E. Schevki y W. Bell²¹⁸. Surge una dificultad, sin embargo: este apego a las dos teorías y su desarrollo razonable en el trabajo resulta más bien irrelevante para la tesis final: la pauperización de la clase obrera bogotana.

Bergel es referido en relación con la ubicación de las ciudades, tema del cual Bogotá presenta ciertamente un caso especial. Bergel propone tres factores determinantes del carácter de una ciudad: Uno, el geográfico–ecológico. Dos, la cultura. Tres, la función. Es de una interpretación particular de este esquema (que no se sigue literalmente) que Camilo decide que el “factor residencial” es la característica de Bogotá: “Podrá parecer una tautología –escribe Torres– que en el caso de Bogotá el factor residencial es la base de todos los demás”²¹⁹. ¿Qué se quiere decir con esto?

Al hacer una breve sinopsis biográfica de Bogotá (cosa que Torres realiza), la gran pregunta es: ¿cómo es posible que un emplazamiento a 2600 m. sobre el nivel del mar, sin ríos navegables ni vías de acceso se haya convertido en la capital del país? Los descubridores –en particular Jiménez de Quesada– encontró en Bogotá un remanso climático y ecológico comparado con la naturaleza salvaje de un recorrido de 500 Km. y cuatro meses de penosa travesía, desde Santa Marta en la Costa Caribe colombiana. Bogotá, situada en un clima frío, sobre una verde y plácida sabana hizo decir a Juan de Castellanos, cronista poeta de la expedición: “Bogotá, tierra buena/tierra que pone fin a nuestra pena”. Esta comprobación impulsa a Camilo a decir que era el atractivo del lugar para habitarlo, su carácter “residencial”, lo que caracterizaba a Bogotá. Esta idea, válida para el origen de la ciudad, persiste como un fantasma en todo el trayecto de su caracterización de Bogotá hasta el siglo XX.

Por otra parte, según se ha dicho antes, Camilo se inspira en un corto artículo del profesor sueco de Texas University, Gideon Sjoberg, sobre la condición diferencial de ciudades subdesarrolladas en Asia y África, principalmente, que no han desarrollado industria, por lo que las trata como ciudades “preindustriales”. Había rasgos en Bogotá que la acercaban a esa condición “preindustrial”, en particular las con-

215 La obra de Bergel que Torres toma como referencia es *Urban Sociology*. (Ver Egon Ernest Bergel (1955), *Urban Sociology*. New York: McGraw Hill.

216 Egon Ernest Bergel (1955), *op. cit.*

217 Gideon Sjoberg (1955), *The preindustrial City. The American Journal of Sociology*. LX,5. Marzo de 1965. Posteriormente, en 1960, Sjoberg amplió el tratamiento de este tema en su libro *The Preindustrial City. Past and Present*.

218 E. Schevki y W. Bell (1955), *Social Area Analysis*. Stanford: Stanford University Press.

219 Camilo Torres (1987), *op. cit.* P.34.

diciones de vida de los barrios marginales del sur (Tunjuelito, etc.), pero Bogotá era otra cosa, que Camilo no supo leer adecuadamente. Por tal motivo Camilo le niega a la Bogotá de los años 50 su condición de ciudad industrial (de categoría media), que ya tenía, y lo que ve es que Bogotá a más de “residencial”, según lo entiende, una ciudad con predominio de economía de servicios o “terciaria”, porque Camilo sigue con sus ojos puestos en la población marginal pobre que desempeña trabajos semiserviles en servicios, más o menos artesanales o para-artesanales para una reducida clase media y para la élite. Camilo minimiza o ignora los servicios de los oficinistas y administradores públicos y privados (que en alguna parte reconoce, pero de paso y vistos de reojo) y tampoco da su real valor a la actividad de la construcción que era grande y robusta en los años 50 en la ciudad y que normalmente se toma como “industria de la construcción” (no así para Camilo). Estas distorsiones llevan al autor a concluir equivocadamente que las funciones características de Bogotá son el residencialismo y la terceridad²²⁰.

Pero, puede reconocerse, las estadísticas que Camilo ofrece en su trabajo aportan datos que muestran una Bogotá distinta de la que Camilo acaba presentando, es decir una ciudad con clara pujanza en el concierto nacional y con un mediano desarrollo. Como lo hemos advertido, en el trasfondo de la visión de Camilo pesa mucho la condición de los obreros pobres y marginales. En este sentido hay otra conclusión, si no errónea en sí misma, sí apreciada bajo un prisma equivocado. Camilo concluye que el nivel de vida de la clase obrera de Bogotá es “muy bajo” y que, de nuevo, en comparación con las otras ciudades de Colombia, existe una “diferencia muy marcada entre el nivel de vida de la clase obrera y el de la clase media, especialmente en Bogotá”²²¹. La diferencia ciertamente existía, pero si la clase obrera de Bogotá parece más distante de su clase media, no es necesariamente, porque en Bogotá son más pobres que sus pares de Medellín, Cali o Barranquilla, sino porque la clase media bogotana es más rica y de mayor tamaño, esto puesto como hipótesis, que Camilo no investiga.

En fin, el objetivo de la monografía de Camilo en Lovaina, 1958, no es inválido en manera alguna. Es pertinente y un número de los datos aportados es naturalmente muy ilustrativo del panorama socioeconómico de Bogotá. Camilo enfrenta con entereza e ingenio la precaria condición de las estadísticas de entonces y se las arregla para aproximarse a las medidas que faltan mediante giros y circunloquios recursivos (por momentos farragosos y confusos). El resultado no es perfecto, ni mucho menos, pero es parte reconocible de la búsqueda. En el trabajo hay un hallazgo

220 Es una pena que Camilo no hubiera consultado, por ejemplo, el trabajo de Darío Mesa: “Treinta años de nuestra historia”, que se había publicado en 1957, y que analizamos en otro lugar del presente estudio.

221 Camilo Torres (1987), *op. cit.* P.109.

técnico que estudiosos de la pobreza en Colombia adoptaron pronto como un índice inmediato de la condición de vida en pobreza: “En lo que concierne a la calidad de la construcción [en los barrios obreros pobres o marginales] elegimos el material piso de la edificación. Nos ha parecido el dato más significativo”²²². El piso de tierra establece claramente que nos hallamos ante el nivel más bajo de pobreza²²³.

Lo que puede decirse, en la distancia y a modo de colofón, es que la monografía sobre Bogotá, trabajo de intención y materia sociológica –más allá de sus limitaciones– es por su volumen y por su diseño científico, una de las dos muestras representativas de la obra sociológica de Camilo Torres.

La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas (1963)²²⁴

De los escritos que conocemos de Camilo Torres el presente artículo es el segundo cuantitativamente más extenso después de la monografía de licenciatura que acabamos de examinar. Pero si suprimimos las gráficas y las tablas en el texto de la monografía, como lo hace la edición de Era (México) “La violencia y los cambios socioculturales” (VCSC de ahora en adelante, para abreviar) resulta el más amplio cuantitativamente hablando. Desde un criterio sociológico, por otra parte, este trabajo tiene características que lo erigen como la pieza de más peso que el produjo. La gran mayoría de los textos de Camilo son breves, coyunturales, de ocasión. Con esto no decimos que sean deleznable ni mucho menos. Pero, en la medida en que aquí analizamos a Torres como sociólogo, muchos de esos textos –tanto los administrativos como los políticos– se salen de nuestro campo.

Si quisiéramos resumir en una frase controvertible, aunque justa, VCSC es una apología de la violencia, pero no vulgar, emotiva o superficial sino bien concebida, fundamentada y, de un modo general, documentada. Empezamos por este último rasgo: decimos que es de un modo general documentada, porque el autor hace explícito su referente documental, uno solo, pero válido: “El presente análisis –dice Camilo– se refiere casi exclusivamente a la descripción hecha por Monseñor Germán

222 Camilo Torres (1987), *op. cit.* P.128.

223 Este parámetro, sin referencia alguna al texto de Camilo, me lo hizo ver en algún momento el sociólogo amigo Oscar Fresneda Bautista, estudioso de la pobreza en Colombia. Ver Oscar Fresneda *et al.* (1991), *pobreza, violencia y desigualdad*. Bogotá: PNUD.

224 Camilo Torres [1963], *La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas*. En Camilo Torres (1970), *Cristianismo y Revolución*. México: Ediciones Era. Ps.227–268. Este texto sobre la Violencia fue presentado como ponencia al Primer Congreso Nacional de Sociología en Bogotá, 1963.

Guzmán en el primer tomo del libro *La violencia en Colombia*²²⁵. VCSC es, en este mismo sentido, un trabajo hecho con criterio científico como el autor hace explícito en la Introducción. “El presente estudio pretende ser un trabajo de sociología positiva –dice allí el autor–. Como lo explicaremos más adelante, no está fundamentalmente sustentado por un análisis de campo; toma las experiencias directas de otros y las observaciones no estandarizadas del autor para enunciar una serie de hipótesis de trabajo./ Desde el punto de vista metodológico y científico este sistema es incompleto, pero no erróneo”²²⁶. Por excepción, en fin –pues Camilo vivió siempre a las carreras, como hemos señalado antes– nos encontramos aquí ante un producto reposado, sistemático y referido a la teoría sociológica con adecuado conocimiento de causa, que dijéramos.

Camilo cita a Ferdinand Tönnies, Emile Durkheim, Max Weber, Robert King Merton (a quien no nombra, pero lo emplea); cita una vez, de pasada, a Marx y, en la antropología, a Robert Redfield con su obra *The Folk society*, que es una sociología de la sociedad rural primitiva. Las referencias no son de relleno, se hallan adecuadamente elegidas y sustentan un conocimiento concienzudo de conceptos que constituyen el ABC de la teoría sociológica. En verdad, ningún trabajo de Fals Borda –sorprendentemente– deja relucir este halo de roce teórico como el que se desprende de VCSC. La obra madura de Fals se inspira en Marx, ciertamente, y de ello da abundantes pruebas –independientemente de la clase de marxismo que Fals exhibe–, y Fals se mueve, por otra parte, en la ola latinoamericanista de los años 60, a cuya élite intelectual él quiere asimilarse. Pero Fals no muestra familiaridad con la sociología europea y, de hecho, más bien la rechaza. En Camilo, en cambio, en este artículo, hallamos un referente reconocible y oportuno respecto de esa fuente ineludible de la disciplina sociológica.

El núcleo de VCSC es que la violencia es “un factor de cambio social importante”²²⁷. El autor analiza las transformaciones en el escenario específico del campo colombiano y en la existencia de los campesinos colombianos en la circunstancia trágica de la violencia de los años 50 del siglo XX que muy bien documenta Germán Guzmán. Los males que el autor percibe en el viejo *ethos* de los campesinos colombianos y que la violencia vino a transformar son, a juicio de Torres: el sectarismo político que causó el desangre, la falta de una conciencia de clase y el respeto a la propiedad privada. Este último punto no se desarrolla verdaderamente en el trabajo. Su solución apenas se insinúa.

225 Camilo Torres (1970), *op. cit.* P.230.

226 Camilo Torres (1970), *op. cit.* P.227.

227 Camilo Torres (1970), *op. cit.* P.229.

Una de las características de la condición del campesinado primitivo o no-desarrollado, en la visión de Redfield sobre la *Folk society*, es el aislamiento social. La violencia colombiana claramente motivó una gran migración, un desplazamiento del nicho original campesino a otras regiones campesinas, a las cabeceras semiurbanas y, sobre todo, a los núcleos urbanos desarrollados y, de manera, prominente a la capital del país. Esta migración es la muestra clara de la ruptura del aislamiento social. La violencia desintegra el “vecindario” rural, un concepto caro a Fals Borda en sus primeros trabajos de tendencia antropológica. Otras instituciones que Fals Borda exalta en su obra como la minga, la “mano devuelta”, “el convite”, para Camilo, quedan atrás, pues la violencia torna al campesino individualista, competitivo y eficiente, en lo que hay un cierto exceso optimista –o idealista, diríamos– de parte de nuestro autor.

La violencia crea nuevas solidaridades. Nuevos actores irrumpen en el mundo tradicional campesino: el ejército, la guerrilla, los mismos instigadores, autores intelectuales, de entre las élites urbanas. Todos ellos traen visiones del mundo diferentes a la campesina. Las guerrillas en la violencia colombiana se erigieron como grupos de control muy distintos de los gamonales aldeanos o hacendados rurales.

Se desarrollan de este modo nuevos valores socioculturales. Se pasa de la sumisión, la armonía, la pasividad y el conformismo obsecuente al desafío, el conflicto, el activismo, el descontento social y la búsqueda de nuevas solidaridades. Las instituciones tradicionales: civiles, eclesiásticas, oficiales, pierden su aura de respetabilidad, superioridad y omnipotencia, son atacadas y vistas como objetivos superables, defectuosos y dignos de cambio. El gobierno sufrió un giro severo. “La violencia –dice el autor– estableció un nuevo sistema de gobierno informal en las áreas campesinas de donde surgió [...Y dentro del] liderazgo guerrillero [...] estos nuevos jefes no hubieran nunca logrado el poder que adquirieron por medio de la violencia dentro de las estructuras normales de ascenso social”²²⁸. La guerrilla significó la creación de un nuevo ejército con nuevas reglas de ascenso y nuevos valores: crueldad, valentía, espíritu de servicio. Se “ha institucionalizado la agresividad”²²⁹. Camilo lo registra sin pronunciar ningún juicio moral al respecto.

Hay en el texto un desvío hacia un análisis de clase del estamento clerical colombiano, que no se había realizado antes ni se volvió a hacer después de él. Juzga la carrera clerical como una escala de ascenso social porque “la mayoría (en términos absolutos) de los eclesiásticos –según dice– son de extracción rural [...de la] clase

228 Camilo Torres (1970), *op. cit.* P.249.

229 Camilo Torres (1970), *op. cit.* P.265.

media-media [rural] (comerciantes, pequeños hacendados, maestros)”. Establece el autor diez categorías en la escala de ascenso eclesiástico, desde seminarista (Clase media baja) hasta Cardenal (Clase media o alta, “según la extracción familiar”), pasando por el párroco, el Monseñor y el obispo. Para ascender en ese medio, precisa Torres: “Aunque formalmente se habla de ‘virtud’ en el sentido de ‘autodominio’, en la práctica, como promedio se trata de ‘conformismo’”²³⁰. Juzgado en la distancia, es claro que pronunciamientos como este daban para censura y reproche, pero estos no se produjeron, porque la Iglesia católica es “sabia” al preferir a menudo la cortina de silencio al escándalo, que puede atraer publicidad sobre el “hereje”.

La explicación que Camilo ofrece del sectarismo político, un rasgo definidor de la violencia política colombiana, es que se trata de un “sentimentalismo” irracional que obedece a expectativas clientelistas por parte del campesino (acatar a los jefes para obtener favores y prebendas, algún empleo, principalmente) y a la búsqueda de seguridad existencial, social y política. En últimas, para Camilo, el fruto más destacado de la violencia es que crea conciencia de clase y convierte al campesinado colombiano en un agente revolucionario. El autor no emplea estos términos, sino que prefiere hablar de “grupo de presión que será definitivo en el cambio social”. Así, el fenómeno de la violencia es, según Torres, “el cambio sociocultural más importante en las áreas campesinas desde la Conquista”²³¹.

Declarar al campesinado, como Torres hace, como el agente estratégico del cambio fue una tendencia compartida por Orlando Fals. Que la violencia transformó el *ethos* campesino en Colombia es solo parcialmente cierto, pues el factor más determinante fue el paso de un país rural, precapitalista, al desarrollo de un mercado nacional en el contexto del desarrollo capitalista mundial. Por lo demás, la “conciencia de clase” del campesinado se diluyó en el tiempo. El campesinado no acabó haciendo la revolución, simplemente se integró al nuevo sistema del capital con cambios importantes en lo material y en lo cultural, pero sin que eso significara una mejora radical en su condición socioeconómica.

230 Camilo Torres (1970), *op. cit.* P.259.

231 Camilo Torres (1970), *op. cit.* P.268.

La revolución: imperativo cristiano (1964)²³²

Camilo, en su vida pública, siempre se presentó simultáneamente como sociólogo y como sacerdote. Aún, cuando al final se despojó de la sotana, poco tiempo antes de morir declaró en una entrevista para medios franceses que el seguiría siendo sacerdote *jusqu' á l' éternité* (por toda la eternidad). Observarlo importa en este lugar, porque el texto que ahora abordamos es un trabajo dirigido en primer lugar a la audiencia cristiana, aunque no exclusivamente, pues se trata de un estudio con fuerza académica, argumentación de carácter económico, algún lenguaje técnico y, quizá el escrito más explícito sobre una inclinación –normalmente matizada, pero en esta ocasión más directa e incisiva– hacia un programa socialista para países subdesarrollados como Colombia. En su título original en francés *Planéation économique et exigences apostoliques* está claro el propósito de plantear un tema técnico que, sin ser exclusivo del sistema socialista, se adoptó para definir, *por excelencia*, este sistema.

Es al parecer el tercer trabajo de más amplitud (29 páginas en la edición de Era, que aquí consultamos) entre los escritos de Torres. El autor se emplea a fondo en su redacción tanto en la parte teológico–dogmática como en la discusión del tema económico de la planeación. Sobre la primera parte (la teológico–dogmática) solo diremos que Camilo dirige toda su definición de cristiandad a algo que él tuvo claro desde siempre: solo es cristiano el que práctica la caridad o el “amor al prójimo”. Ni los ritos ni la fe (creer no basta) son esenciales. Lo definitivo es lo que el autor enuncia como la “caridad eficaz”. Con lo que quiere decir aquella caridad que mejora la condición del necesitado y no solo la que, imbuida de paternalismo, le soluciona problemas transitorios. La condición del pobre está ligada a un sistema social de vida o, como Torres solía decir, a “estructuras” socioeconómicas. La caridad eficaz implicaba entonces comprometerse con el cambio de estructuras o, como dice el título con que se conoció el escrito posteriormente, con la revolución. Este artículo permite pensar que la decisión final de Camilo de “irse al monte” –extrema, como pudo entenderse– tenía un desarrollo anterior de pensamiento y estudio que le daba un sustento en la mente de su ejecutor. El “monte”, en su imaginario era la plataforma para lanzar la empresa del cambio radical, el inspirado en el ejemplo cubano, que a esta altura ya se había definido por el socialismo.

232 Camilo Torres [1964], *La revolución: imperativo cristiano*. En Camilo Torres (1970), *op. cit.* Ps.316–345. Este texto se presentó al 11 Congreso Internacional de *Pro Mundi Vita* en Lovaina (1964) con el título: *Programation économique et exigences apostoliques*. La Democracia Cristiana lo publicó en 1965 en Colombia con el título que aquí reproducimos.

El planteamiento teológico dogmático (que presenta una elaboración típica del casuismo dogmático con citas evangélicas y textos papales) se corta sin advertencia previa y pasa a la exposición académica de la “planificación económica” como opción de solución de los males del subdesarrollo. Aborda brevemente la historia de la planificación socialista, para detenerse luego en las características económicas de los países subdesarrollados (escasez de capital, deficiente educación, equivocada política)²³³. El pueblo, la mayoría en estos países, carece de información, tiene “muy poca confianza en su propia capacidad” y no cuenta con libertad de acción. El cambio vendrá si la mayoría se constituye en lo que Camilo llamaba –al parecer, de manera eufemística– un “grupo de presión”²³⁴, cuyo objetivo era hacer la revolución, la cual sería pacifista, si la minoría gobernante no recurría a la violencia y violenta en el caso contrario.

Camilo, como se ha visto, predica el “cambio de estructuras” y en este sentido presenta en el escrito una teoría intermedia sobre el tema, en la que diferencia las características frente al cambio de la minoría gobernante y, por otro lado, las de la “clase popular”. En el último apartado del escrito hay un retorno a la tarea actual del cristiano, quien debe “Como Cristo encarnarse en la humanidad, en su historia y en su cultura”. Pero la lucha revolucionaria requiere un *Weltanschauung* (una ideología) integral. Y solo hay, según el autor, dos ideologías integrales. Estas son el marxismo y el cristianismo. Es preciso combinar las dos posturas. La religión no es “el opio del pueblo”. Camilo cita en tal sentido al marxista Palmiro Togliatti, secretario general por más de treinta años del Partido Comunista italiano, quien planteaba un frente común con los cristianos. El cristianismo, a juicio de Camilo, le dará un sentido moral a la lucha revolucionaria, aún si acabara involucrada con los medios violentos, pues la justicia del amor al prójimo y el fin de su redención son ellos mismos redentores y justificadores.

233 En otro texto publicado en su periódico *El Frente Unido* en 1965 Camilo confronta lo que para él son los “círculos viciosos” del subdesarrollo. Ejemplo: círculo vicioso económico: carencia de capital → baja tecnificación → baja productividad → bajo ingreso por habitante → bajos ahorros → carencia de capital. Igual ocurre con la miseria y la explosión demográfica, con la educación y la falta de conciencia política y aún con la falta de pastores y la baja educación religiosa (ver Camilo Torres (2016), *Textos inéditos y poco conocidos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Ps.246–258).

234 En junio de 1964 en un foro que convocó a intelectuales e ideólogos de distintas corrientes de la vida nacional (entre ellos: Camilo Torres, Mario Latorre Rueda, Fernando Cepeda Ulloa, Eduardo Zuleta Ángel –líder de la organización clandestina fascista Mano Negra–, Indalecio Liévano Aguirre), el tema de “los grupos de presión” que es puesto en la mesa de discusión por Camilo (el pueblo debe organizarse en un “grupo de presión”, el de la mayoría, pues el grupo gobernante de presión es de una minoría) es objeto de un amplio debate. (Ver “Los grupos de presión en Colombia”. En Camilo Torres (1970), *op. cit.* Ps.291–305).

Hasta aquí es fácil ver que a la altura de 1964 Camilo tiene una claridad y un trabajo de pensamiento reconocible sobre la opción socialista²³⁵. Fals Borda, su colega en la escuela de Sociología de la Universidad Nacional, está comparativamente lejos de esto. Al final de sus días Fals Borda se transará por lo que él llama el “socialismo raizal”. Pero esta es otra historia.

BIBLIOGRAFÍA

Antologías de textos de Camilo Torres

AGUILERA, Mario (Ed.) (2002), *Camilo Torres y la Universidad Nacional de Colombia*. Bogotá: UN. P.30.

BRODERICK, W. Joe (2015), *Camilo y el ELN. Selección de escritos políticos del cura guerrillero*. Bogotá: Ícono.

TORRES, Camilo (1970), *Cristianismo y Revolución*. México: Ediciones Era.

TORRES, Camilo (2016), *Camilo Torres Restrepo. Textos inéditos y poco conocidos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

235 En su “Plataforma para un movimiento de unidad popular” (marzo de 1965) Camilo propone puntos como los siguientes: “La propiedad de la tierra será para el que la trabaja”; los dueños de casas en las que habiten las conservarán; “Todo cuarto [en la casa] sin utilización [...] tendrá multa para el propietario”; Los predios urbanos de engorde se expropiarán; no habrá libre empresa sino empresas cooperativas y comunitarias; los trabajadores “podrán ser accionistas de las empresas” donde laboran; el plan económico será de sustitución de importaciones y promoción de las exportaciones; “se cobrará un impuesto progresivo a los que reciban de mil a cinco mil pesos de renta mensual” (el salario promedio mensual en 1963 era de \$345); “Bancos, hospitales, clínicas, laboratorios, droguerías y la explotación de los recursos naturales serán del Estado”; “El Estado dará gratuitamente educación a todos los colombianos”; “todo el personal de las profesiones para la salud será empleado del gobierno [...] se le asignará a cada profesional un número de familias”; “El presupuesto para fines represivos será reducido al mínimo. Todos los colombianos, hombres y mujeres, tendrán obligación de prestar un servicio cívico durante dos años”; “La mujer participará en pie de igualdad con el hombre en las actividades económicas, políticas y sociales del país”. (Ver Camilo Torres (1970), *op. cit.* Ps.515–523).

Bibliografía adicional

AGUILERA, Mario (Ed.) (2002), *Camilo Torres y la Universidad Nacional de Colombia* Bogotá. [A más de antología de textos propios de Camilo Torres, este libro contiene textos de varios autores que escriben sobre Camilo Torres o temas afines]

BRODERICK, W. Joe (1977), *Camilo Torres. El cura guerrillero*, Barcelona: Grijalbo.

CUBIDES, Fernando (2010), *Camilo Torres. Testimonios sobre su figura y su época* [Libro de entrevistas]. Bogotá: La Carreta Social.

FRESNEDA, Oscar et al. (1991), *pobreza, violencia y desigualdad*. Bogotá: PNUD.

PÉREZ RAMÍREZ, Gustavo (1996) 2009, *Camilo Torres Restrepo, mártir de la liberación*, Quito: Ediciones La Tierra.

QUIROZ, Ciro (2002), *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

TORRES, Camilo (1987), *La proletarización de Bogotá. Ensayo de Metodología Estadística*. Bogotá: CEREC.

URIBE CELIS, Carlos (2020), *Los años 20 en Colombia. Siglo XX* (Tercera edición ampliada). Bogotá: Ediciones Aurora.

Entrevista

“Isabel Restrepo Gaviria: fotos y última entrevista”. [Entrevista concedida en Cuba a Revista Lanzas y Letras] [<https://lanzasy letras.com/isabel-restrepo-gaviria-fotos-y-ultima-entrevista/>].

Textos citados de Camilo Torres

(hallados en las antologías arriba referidas)

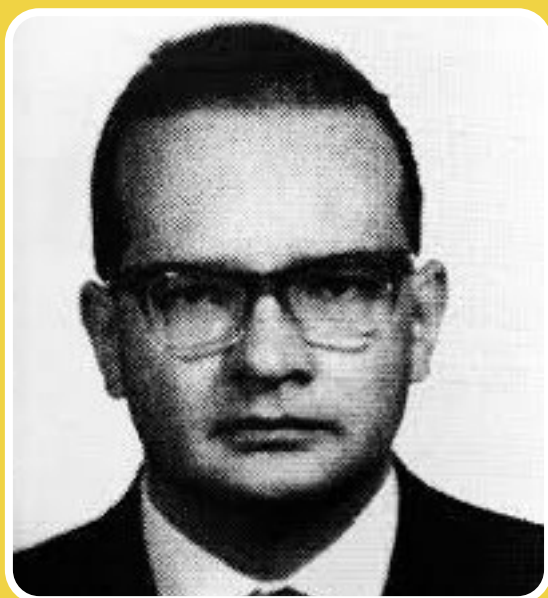
1960– Discurso de Camilo Torres como miembros del jurado de Beneficencia de la quinta entrega de premios Alejandro Ángel Escobar 1960.

1960– La sociología en Colombia

1961– El problema de la estructuración de una auténtica sociología latinoamericana.

- 1962– Intervención de Camilo Torres en el Comité de Estudios Técnicos de la Reforma Agraria.
- 1963– La violencia y los cambios socioculturales en las áreas rurales colombianas
- 1964– La ciencia y el diálogo
- 1964– La revolución: imperativo cristiano
- 1964– La universidad y el cambio social
- 1964– Los grupos de presión en Colombia
- 1965– Las estructuras del subdesarrollo
- 1965– Plataforma para un movimiento de unidad popular

3. DARÍO MESA



EL MAESTRO DARÍO MESA

TREINTA AÑOS DE NUESTRA HISTORIA (1969–1999). LA ESCUELA DE SOCIOLOGÍA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA²³⁶

El 18 de octubre de 1965 Camilo Torres Restrepo salió de Bogotá camino al Departamento de Santander para unirse a la guerrilla del ELN que comandaba Fabio Vásquez Castaño, un hombre sin instrucción académica, y a la que pertenecía su hermano, Manuel Vásquez Castaño, estudiante de Derecho de la Universidad Libre de Bogotá, amigo personal de Camilo. Días antes, Camilo sostuvo una entrevista con Darío Mesa Chica (ocho años mayor que aquel) profesor de la Universidad Nacional (UN), principal inspirador e ideólogo de la Reforma académica al Departamento de Sociología de 1968–1969. Sobre la entrevista de Mesa con Camilo, Mesa declaró:

“Yo le dije [a Camilo] que no tenía nada de qué hablar, que yo no estaba de acuerdo con él, pero Enrique²³⁷ insistió mucho y estuvimos hablando largamente en un restaurante. La impresión que me dio fue la de un hombre muy angustiado, muy decidido. Ya no encontraba puentes, canales de comunicación, ni con la jerarquía, ni con su grupo social [. . .]. Le contesté a todos sus interrogantes lo que quiso saber. Me dejó ver que siempre tenía dudas, que no estaba seguro, por ejemplo, de las alianzas, de la calidad de los grupos contendientes en ese momento. Estaba inquieto con la posición del Partido Comunista²³⁸. Desde entonces para mí esos grupos estaban condenados desde el punto de vista táctico y estratégico, sobre todo porque carecían de una concepción de la política mundial, de un conocimiento de la política económica que llevaba el país, que era ya perceptiblemente el desarrollo capitalista predominante. Hablamos mucho. Le llamé la atención sobre unos [. . .] grupos de

236 El texto que sigue es una versión ampliada de mi colaboración para el libro *Historia del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia*: Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

237 Se refiere al antropólogo Enrique Valencia, fundador de Antropología en la Universidad Nacional (1964), miembro del ELN al tiempo con Camilo y profesor muy destacado de la UNAM, México, por 33 años hasta 1998.

238 Del que Mesa era miembro activo en los años 50 (Había sido jefe de publicaciones en ese partido) y con el que probablemente aún se lo vinculaba en los años 60 en el medio universitario.

izquierda que abominaban de él, pero de todas maneras se fue con los resultados conocidos”²³⁹

Este diálogo entre Camilo y Mesa bien puede entenderse como un hito simbólico de la ruptura (“epistemológica”) de la primera etapa del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional (1959–1968), que llamaré la Era Fals, y la segunda etapa (de 1969 hasta el presente), que llamaré la Era Mesa. Tres años más tarde, en 1968, verdaderamente parecía que entre esas dos maneras de entender la sociología no había “nada de qué hablar”, como Mesa le dijo a Camilo.

Dos climas políticos, dos ethos universitarios

El 7 de junio de 1954, bajo el gobierno de Rojas Pinilla, un estudiante de medicina, Uriel Gutiérrez, fue muerto por la policía del régimen en los predios de la Universidad Nacional (UN) mientras se conmemoraban los 26 años de la muerte de otro estudiante de la Nacional, Gonzalo Bravo Pérez, ocurrida el 8 de Junio de 1928. En el sepelio de Gutiérrez (1954) los estudiantes cantaban las estrofas de un “Himno” que alguien compuso para la ocasión: “Cuando nuestro Uriel cayó/ la verdad lo protegía,/ representaba el emblema/ de nuestra filosofía”²⁴⁰. Menciono esta minucia histórica, aparentemente baladí, para indicar un clima sociopolítico, un *ethos* universitario que pronto colapsaría para dar paso a otra era diferente, a una atmósfera política distinta que es la que concierne propiamente a los hechos materia de este escrito. En refuerzo de este cuadro de antecedentes puedo recoger también el hecho – trivial, aunque significativo– de que cuando ocurrió la muerte de Uriel Gutiérrez (1954) estaba en marcha un reinado estudiantil centrado en la UN, pero de cobertura nacional y en el que las distintas Facultades de Derecho de Bogotá habían designado candidata propia. Esta identidad cultural del estudiantado universitario, a medio camino entre la lúdica juvenil y la escuela de líderes políticos como fuerza de choque urbana de la vanguardia liberal agotaba ya sus últimos artificios de feria, periódicamente signada, no obstante, por la tragedia²⁴¹. Los estudiantes tornaron a las marchas y manifestaciones turbulentas en los días previos al 10 de mayo de

239 Darío Mesa: (Entrevista de Fernando Cubides a Darío Mesa en 1991). En Gustavo Pérez Ramírez (1996), *Camilo Torres Restrepo, mártir de la liberación*, 3ª. Ed. (2009), Quito: Ediciones La Tierra.

240 Ciro Quiroz (2002), *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*, Bogotá, Universidad Nacional. P.132.

241 Todavía en 1965 – y por última vez– hubo reinado, carnaval y fiestas estudiantiles con participación de las grandes orquestas del momento (Los Melódicos, Lucho Bermúdez, la Billo’s Caracas Boys, Pacho Galán) en la Cafetería Central de la UN. Ver Ciro Quiroz (2002), *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

1957, cuando se derrumbó la dictadura del general Rojas Pinilla. Las fotografías de la prensa de la época muestran a los universitarios vestidos a la “cachaca”, desfilando con vestido de dos piezas y con corbata, una prenda “normal”, cotidiana de su atuendo durante la primera mitad del siglo XX, y casi impensable en la cotidianidad actual del estudiantado de la UN.

Pero en 1959 la Revolución Cubana triunfante empezó a insuflar con vehemencia insólita aires nuevos, muy diferentes, en los ambientes universitarios de Latinoamérica. Hasta 1960, digamos, la universidad se hallaba integrada al juego político nacional tradicional y era al menos desde el segundo decenio del siglo XX una fuerza de choque del liberalismo progresista (partido Republicano primero) contra la falange conservadora cuyo máximo abanderado desde 1919 fue Laureano Gómez (apodado El Monstruo). El comunismo y el marxismo, aunque de matices distintos, tenía en el Partido Comunista de Colombia (la línea de Moskú), fundado en 1930, su baluarte principal. Antonio García Nossa (1912–1982), quien había fundado en 1943, dentro de la Facultad de Derecho, el Instituto de Economía de la UN, que luego sería Facultad por derecho propio, era tenido, sobre todo por las derechas, como ideólogo del comunismo y el marxismo en las años 50²⁴², aunque él claramente no seguía las directrices de la línea moscovita. García había sido gaitanista, primero y luego fundó con Gerardo Molina y Luis Emiro Valencia un así llamado Movimiento Socialista Colombiano en 1951²⁴³. En la primera mitad de los años sesenta la Universidad Nacional se transformó en el epicentro de una agitación anti-norteamericana y proselitista de la izquierda revolucionaria, ya fragmentada en líneas diferentes de la representada por el Partido Comunista Colombiano, que seguía, sin embargo, en el reparto como un “extra” más.

Maoistas, castristas, trotskistas se disputaban la fidelidad del estudiantado, pero fue el ELN de los Vásquez Castaño el que se convirtió en el epicentro universitario temprano de la opción guerrillera y fue esa misma organización la que acabó vinculando y atrayendo al monte, de modo claramente espectacular, al cura Camilo Torres, quien al lado de Orlando Fals Borda había establecido formalmente los estudios de Sociología en la UN en 1959. El campus de la UN atiborró sus blancos muros de siglas que correspondían a vociferantes y muy activos grupos u organizaciones políticas de izquierda, más o menos extremistas (más más que menos), y, por sobre todo, ajenas al bipartidismo tradicional del siglo XX. Entre esas siglas destacaban el MRL, el MOEC, las FUAR, la UNEC, el MOIR, la FUN y, después, el camilista Frente

242 Ver Ciro Quiroz, *op. cit.* P.114.

243 El Partido Socialista criollo se funda en 1918 con componentes obreros de un proletariado infante. Y se refundó otra vez como Partido Socialista Revolucionario Marxista (PSR) en 1926.

Unido²⁴⁴. En 1964 un grupo de guerrillas de autodefensa liberal de los años 50 adoptó oficialmente la ideología marxista y se convirtió en las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, de inspiración soviética – abreviando, la Línea Moskú). Fue justamente en enero del año siguiente (1965) cuando el ELN hizo su aparición militar pública.

Al otro lado del espectro, los Estados Unidos habían iniciado una estrategia de contraofensiva anticastrista contra la Cuba revolucionaria. El presidente J.F. Kennedy había inaugurado, con espíritu retaliativo, una estrategia de ayuda económica y reformismo político (el “Plan Marshall” latino) llamada *La Alianza para el Progreso* (1961–1970) en la que Colombia fue escogida –no será la última vez– como punta de lanza continental de la política usamericana. En lo que concierne directamente a la universidad, los Estados Unidos impulsaron una reforma académica conocida como el Plan Básico cuyo ideólogo fue el también usamericano Rudolph Atcon, por lo que también se le conoció (a dicho Plan Básico) como el Plan Atcon.

Bajo una idea biologista parsonsiana²⁴⁵ según la cual la universidad era el “gen” de la tradición de los valores culturales, es decir, la garantía de la perpetuación histórica de la estructura social se trataba de implementar la igualmente parsonsiana²⁴⁶ idea de un “ciclo básico” (o, por otro nombre, “estudios generales”) en la universidad, lo que tendía a la desarticulación de las Facultades tradicionales e introducía lo que se presentaba como “modernización” de la educación terciaria. El Plan Atcon estaba soportado por inversiones para infraestructura y apoyo académico provenientes de la AID (*Agency for International Development*) y por subsidios de otras fundaciones como las Rockefeller & Ford *Foundations*. En verdad este planteamiento de reforma curricular y administrativa no era lo que realmente fastidiaba (o lo que más los “alienaba”) a los estudiantes activistas sino el componente adicional de una atroz crítica a la politización de la universidad: “La vida universitaria basada en el concepto de la intriga política –decía el Plan Atcon–, del sabotaje y la perfidia no es ciertamente

244 MRL (Movimiento Revolucionario Liberal) liderado por Alfonso López Michelsen, activo entre 1960 y 1968; MOEC (Movimiento Obrero Estudiantil Campesino) fundado en 1958 y de línea trotskista; FUAR (Frente Unido de Acción Revolucionaria) grupo post-gaitanista fundado en 1962; UNEC (Unión Nacional de Estudiantes de Colombia) activa durante los años cincuenta; MOIR (Movimiento Obrero Independiente Revolucionario) de línea maoísta; FUN (Federación Nacional de Estudiantes). Y el Frente Unido, que fue el movimiento creado por Camilo Torres Restrepo.

245 Por el sociólogo también usamericano Talcott Parsons. “[Alfred] Emerson explicitly used [1956] – dice T. Parsons– the terminology in the technical biological sense, and his formula was that in the human–action fields the symbol is analogous to the gene in the organic field” (T. Parsons (1975), *The present status of Structural–functional theory in Sociology. In The Idea of Social Structure: Papers in Honor of Robert K. Merton*, New York, Harcourt Brace Jovanovich).

246 Parsons recoge la idea del “ciclo básico” en la propuesta de “estudios generales”. Ver T. Parsons, G.M. Platt, N. Smelser (1973), *The American University*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

campo propicio para cultivar la rectitud física y la responsabilidad moral [...] Con toda su rebeldía, con todos sus lemas revolucionarios, el estudiante es en realidad una fuerza negativa dentro del orden social”²⁴⁷ Y remataba con un feroz apotegma en aquella épica coyuntura: “De un héroe o de un mártir no sale un buen estudiante”²⁴⁸

El nuevo paradigma. El arribo de Mesa

Los antecedentes

Es en este caldo revuelto de la Universidad de ese momento en el que aparece el profesor Darío Mesa, que es vinculado por el sociólogo Fals Borda al Departamento de Sociología de la UN, del que este último es director, en el año de 1965. El cura Camilo Torres, recientemente devenido guerrillero, pilar reconocido de la recientemente establecida escuela de sociología de la UN y posteriormente figura nacional de esta nueva disciplina, muere en combate el 15 de febrero de 1966. Todo ello, pues, arte y parte prominente de la misma coyuntura que hemos venido refiriendo. Así coinciden brevemente en el mismo espacio durante el año de 1965 tres personajes de la sociología colombiana: Orlando Fals, Camilo Torres y Darío Mesa. Darío Mesa²⁴⁹, nacido en Abejorral, Antioquia, en 1921, se había graduado en 1944 en la especialidad de Ciencias Sociales de la Escuela Normal Superior de Bogotá (ENS: 1936–1952) dirigida por el médico psicoanalista y pedagogo Francisco Socarrás. Entre los compañeros de promoción de Mesa se encontraban Milciades Chávez, Miguel Fornaguera, Virginia Gutiérrez de Pineda y Roberto Pineda, estos dos últimos antropólogos de renombre nacional. La misma especialidad de Ciencias Sociales en la ENS había graduado tres años antes a Jaime Jaramillo Uribe y a Luis Duque Gómez: el primero un eminente historiador de las ideas e iniciador del *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, la revista oficial de los historiadores de la UN, y el segundo, un arqueólogo, fundador del Instituto Colombiano de Antropología (1953) y también rector controvertido de la UN en los tempranos y turbulentos años 70. Las escuelas normales en los años 30 y 40 del siglo XX acunaron – como centros excelentes de formación– alumnos cuya posterior trayectoria se hizo visible en la historia

247 Rudolph Atcon (1961), *La universidad latinoamericana, clave para un enfoque* (P.52). [<http://www.scribd.com/doc/20891378/La-Universidad-Latinoamericana-clave-para-un-enfoque-The-Latin-American-university-a-key-for-an-intergrated-ap>].

248 Rudolph Atcon (1961), *op. cit.* P.48.

249 Para algunos pocos datos biográficos de Mesa ver: Wilson Ladino Orjuela (2007), Darío Mesa Chica y la ciencia social en Colombia. Revista *Innovar*, Vol.17. No.30, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Ver también Jaime E. Jaramillo 2011: Redes académicas en las ciencias sociales en Colombia: La Escuela Normal Superior y la facultad de Sociología de la Universidad Nacional y la Facultad de Sociología de la UN (1959–1966) [Manuscrito].

nacional como los que acabamos de nombrar, pero también personajes como, por ejemplo, el General Gustavo Rojas Pinilla, que estudió primero (antes de ingresar al Ejército) para maestro, en la Normal de Varones de Tunja.

Después de 1944 – y al menos hasta 1960– Darío Mesa ejerció una vocación intelectual como jefe de Redacción del periódico del Partido Comunista²⁵⁰ y se ganaba la vida como traductor desde el francés y el inglés no solo para el periodismo sino para empresas comerciales como Productos Finca (una productora de concentrados para animales), por ejemplo. En 1960 inició Mesa su carrera docente universitaria como profesor en la Universidad Libre, invitado allí por el rector Gerardo Molina (1960–1965). En 1962 se trasladó en viaje de estudios a la Alemania Oriental donde permaneció por dos años: 1962–1964. Retornó al país en 1964 y se revinculó a la Universidad Libre. Pero en 1965 entró como parte del claustro decente en la floreciente escuela de Sociología que Orlando Fals dirigía.

Entre Camilo y Fals

En otro lugar perfilamos una caracterización esquemática y sucinta de Camilo como sociólogo de efímero paso, por obra de su muerte prematura²⁵¹. Camilo hizo su ingreso al cuerpo docente de la escuela de Sociología de la UN en calidad de cura. Había estudiado sociología en la Universidad Católica de Lovaina. Gustavo Pérez Ramírez, que fue su condiscípulo tanto en el Seminario Mayor de Bogotá como en Lovaina afirma que en Lovaina más que Sociología se estudiaba Filosofía Social o aún Moral²⁵². Aparte de este sesgo, otro énfasis académico se estilaba allí, que tenía que ver con los procesos de medición cultivados por la sociología empirista norteamericana, los de la Universidad de Chicago, filtrados por el tamiz francés como ya se había plasmado tempranamente en el libro *El Suicidio de Durkheim*. Recuérdese que la tesis de grado de Camilo en Lovaina se tituló “Una aproximación estadística a la realidad socioeconómica de Bogotá”. Al concluir sus estudios en Lovaina, Camilo pasó un trimestre en Minneapolis, donde su hermano Fernando fungía como investigador en Neurobiología. En Minneapolis Camilo asistió a algún curso de sociología en la Universidad. Pero no se limitaba a esto, pues organizaba capítulos de asociaciones y grupos de estudio y acción que ya había iniciado en Europa.

250 “El profesor Mesa ha relatado –escribe J.E.Jaramillo– cómo en los días siguientes al 9 de Abril de 1948 fue apresado junto con varios dirigentes del Partido Comunista Colombiano [...] En esa ocasión, recuerda Mesa, el y sus compañeros estuvieron a punto de ser fusilados por la policía oficial” (J.E.Jaramillo, 2011, *op. cit.*)

251 Ver “Camilo: sociólogo mártir” en este libro.

252 Así se lo oí decir personalmente en una ocasión.

Fals conoció a Camilo en 1956 en Bogotá. En 1959 Camilo regresó a Colombia y recibió de buen grado la designación como coadjutor (asistente) del capellán de la Universidad Nacional. Fals, como sabemos, inauguró la carrera de Sociología en 1959 e integró inmediatamente a Camilo al cuerpo docente de la Escuela. Parece que hubo un cruce de carga docente y Camilo acabó dictando las Metodologías y Fals las Teorías, contra la expectativa de Fals. Había más libertad curricular en aquellos días.

Sin embargo, lo que conviene destacar y que resulta más característico del desempeño de estos dos sociólogos colombianos célebres que coincidieron en la Universidad Nacional a principios de los años 60 es la índole hiperactiva de su proyecto vital. No solo eran profesores sino administrador académico, director, uno (Fals) y capellán, el otro (Camilo). Pero, mucho más que eso: se esforzaban con éxito en acceder a toda suerte de comités, juntas, concejos en el Gobierno (Fals y Camilo) y en la estructura jerárquica de la Iglesia católica (Camilo). Camilo llegó a ser profesor de tres universidades simultáneamente. Esto último se estilaba también en la época.

Así, pues, tanto Fals como Camilo se proyectaban como figuras influyentes y prestantes de la vida bogotana. Frente a ellos Darío Mesa, como docente de esa misma Escuela, ocupaba un lugar académico común, sin gabelas ni privilegios ni, sobre todo, impulsos arribistas de ninguna índole. Consolidaba en cambio su posición como un académico de calidad que cultivaba un halo de “sabio doctor”, sin ocultar (pero sin presumir tampoco de) su pasado comunista ni de su inmersión en el estudio del marxismo-leninismo, con estudios en la Alemania comunista, lo que, en aquellos tiempos de tensa agitación le garantizaba un ascendiente entre el estudiantado politizado de la Facultad. Así llegó Mesa al año crítico de 1968.

MESA EN SUS ESCRITOS

Nos ocuparemos ahora de La obra de Darío Mesa, en un intento por abandonar el talante de generalidades y apologética que ha caracterizado hasta ahora lo que se ha dicho sobre este importante académico y su huella en la escuela de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia²⁵³. La única manera de superar las gene-

253 Particularmente representativos de este enfoque son los trabajos de Gabriel Restrepo (Ver Restrepo, Gabriel (2002), *Peregrinación de Alfa*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia) y de la Profesora Luz Teresa Gómez,

ralidades es aplicándose a establecer realmente cuál es su línea de pensamiento sobre el país, cuyo estudio científico, la sociología, el contribuyó a forjar. No será difícil, pues lo más destacable es que Mesa ejerció como un intelectual serio y responsable –y, como se verá aquí, ampliamente coherente– en la coyuntura histórica del país que le tocó vivir. Si acertó o no en su visión es otro cantar. Nos ocuparemos, entonces, tan sistemáticamente como sea posible, primero, de su obra escrita (y oral/escrita) y, luego, evaluaremos los tres primeros decenios del Departamento de Sociología, que estuvieron bajo su más directo influjo. El corte en la historia nos previene de acabar sumergidos en las marismas del presente (y aún del futuro) sin saber ya para dónde mirar. Otros, más tarde, podrán prolongar *ad infinitum*, si les place, este interés.

Se ha dicho que Mesa ha escrito poco. Se trata de una paradójica censura elogiosa. Escribe poco para lo que debería haber escrito habida cuenta de su saber, es lo que se quiere decir.

Hemos recopilado una docena de escritos de Mesa y una entrevista, publicados²⁵⁴ en el lapso de 1956 a 1991 (treintaicinco años). Es posible que algo quede por fuera en este inventario. Pero, lo que tenemos es pertinente y, sin duda, lo más relevante. Ahora bien, aunque es relativamente fácil hallar el hilo vinculante en esta producción (recuérdese lo de su “coherencia”), para ser más escrupulosos, haremos una pequeña presentación de cada uno de estos escritos (cronológicamente dispuestos) buscando siempre el hilo conductor del pensamiento del autor. Así no solo haremos una declaración general sobre la médula de su ideario, sino que, de paso, intentaremos presentar muestras del mismo.

“Mito”, revista de las clases moribundas (1955)²⁵⁵

Se trata de un artículo extenso aparecido en la sección de “Correspondencia”, es decir que técnicamente fue una de las “Cartas de los lectores” al director de la recién fundada Revista MITO²⁵⁶. Quizá una de las cartas más largas que lector colombiano

a quien agradezco la generosidad con que me compartió el manuscrito de su trabajo: (Gómez, Luz Teresa (2011), Darío Mesa Chica y la sociología en Colombia. Un intelectual que comprendió su acción y su tiempo [Manuscrito]).

254 Algunos textos se editaron después. Pero se hicieron públicos antes.

255 Darío Mesa (1955), “Mito”, Revista de las clases moribundas”. Revista *Mito* (Oct-nov 1955). Bogotá.

256 La Revista MITO fue, sin duda, el empeño editorial en publicaciones periódicas de más alta calidad inte-

haya escrito a las redacciones de publicaciones periódicas en este país, aunque el estilo epistolar como formato para exponer tesis políticas fue frecuente hasta los años treinta del siglo XX. Mesa empieza saludando a MITO como a una verdadera “hazaña editorial”, siendo esta tal vez la única cortesía que se permite en su largo escrito, pues en lo demás la crítica es acerba y, por momentos, atroz, casi rayana en el insulto. Sorprende que la Revista haya condescendido a publicarla (lo que habla bien de ella), si bien, por supuesto, el nivel de la crítica es alto, razonante y de buena ley, culto, erudito y a todas luces insólitamente valiente para nuestro medio²⁵⁷.

Mesa critica a la Revista por ser una expresión intelectual de la burguesía colombiana hecha por burgueses y/o pequeñoburgueses a lo sumo, rebeldes e inconformes, pero en ningún caso a la altura de los tiempos oscuros, aunque preñados de futuro glorioso, en que se vive. La burguesía, la pequeña-burguesía y los terratenientes feudalizados son “las clases moribundas”, según Mesa, en la Colombia de 1955. La revolución comunista se columbra en el horizonte del corresponsal. En los últimos treinta años, según él, Colombia ha madurado, ha conformado una nueva clase: obrera, proletaria, que augura grandes días. MITO, sus directores, no han comprendido la esencia de la hora, el espíritu del tiempo. En filosofía MITO es idealista y exhala un tufo de cosmopolitismo que no la deja expresar la realidad auténtica, que es, esencialmente hablando, “obrero”, proletaria, capitalista. La lectura de Mesa sobre la realidad nacional es, como se dijo, que esos años 50 (extrañamente Mesa apenas tematiza de manera muy tangencial *La Violencia Atroz*²⁵⁸ que el país está viviendo en ese momento) son una fase de transición desde el país “pastoril” (el vocablo es suyo) hacia la revolución socialista (no usa esos términos pero lo sugiere claramente), es decir, desde un país campesino, precapitalista, hacia un país de clase obrera triunfante: “estamos en el crepúsculo de una sociedad” (p.286). Todo pasa –o ha de pasar– por lo que él considera es la expansión del mercado nacional (p.287). Mesa compara la Colombia de 1920 a 1950 con la Francia post-napoleónica de *La comedia humana* de Balzac (1815–1830) y con la Francia del Segundo Imperio (1852–1870), bajo Carlos Luis Napoleón Bonaparte.

lectual de Colombia en la segunda mitad del siglo XX. Entre 1955 y 1962 publicó 42 números bimensuales. Se interesó por mostrar con altura cultural el país del subdesarrollo que la hipocresía colombiana intentó barrer siempre hacia debajo del tapete. Mito fue fundada por el poeta Jorge Gaitán Durán (1924–1962) y por el crítico literario y de cine Hernando Valencia Gölkel (1928–2003).

257 Nicolás Suescún dice a propósito de MITO: “escribió [Hernando] Tellez que *Mito* publicaba pensamientos contrarios al de sus redactores, solo con una condición, «que lo digan con un mínimo de dignidad intelectual y otro mínimo de corrección literaria»” [<http://www.ciudadviva.gov.co/diciembre05/magazine/5/index.php>].

258 Ver D.Mesa (1955), *op. cit.* P.289. Sobre la “violencia atroz” característica de ese periodo, ver Carlos Uribe Celis (1992), *La cultura de la violencia. Una hipótesis culturalista sobre el fenómeno de la violencia en Colombia*. En C. Uribe Celis (1992), *La mentalidad del colombiano*, Bogotá: Ediciones Alborada y Editorial Nueva América, 1992. Ps.134–163.

“[Hernando] Téllez –escribe Mesa– [...] haría bien en releer a Balzac [...] y preguntarse si no vivimos en ese capitalismo ascendente que Balzac reflejó tan perfectamente en sus novelas [...] Se diría que Balzac escribió con la Colombia de esos años a la vista” (p.288).

Mesa precisa enfáticamente que:

“el análisis de Marx se cumple en todos los planos de la vida colombiana: La acumulación y la concentración de capital, la ruina de la pequeña burguesía manufacturera y agraria, el empobrecimiento de la clase obrera, las presiones de las fuerzas productivas sobre las relaciones de producción, la conversión de los valores tradicionales en mercancías, la descomposición de la familia de las diversas clases, los escándalos bursátiles” (p.288).²⁵⁹

Estamos (en estos años 50) ante una burguesía, asegura Mesa, que ya no es revolucionaria como lo fue a finales de los años 20, en vísperas de tomarse el poder (la República Liberal). Pero la situación sí es revolucionaria, latentemente al menos. La burguesía devorará al terrateniente feudal y a la pequeña burguesía. MITO expresa la angustia y la desazón de ese canibalismo. El libro de poesía de Álvaro Mutis, *Los elementos del desastre* (1953) es un botón de muestra de esa situación incómoda, sombría, devastada y devastadora.

Mesa muestra sus cartas: se declara comunista: “Así lo comprendimos los comunistas que no solemos hacernos muchas ilusiones” (p.292). Se apoya en Marx, en Engels, en Lenin, en Stalin, a quienes cita (p. 288,293, *passim*). Lamenta que los ideólogos de MITO

“se detienen en “los elementos del desastre”, pero casi nunca llegan al fondo que los determina. Como creen que la esencia de la historia es la ambigüedad [...] desechan el factor primordial: la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción” (p.286–287).

La solución a la crisis percibida, pero no comprendida, es

“la lucha popular dirigida por la clase obrera revolucionaria” (p.291). “sabio quiere decir subversivo, por no decir comunista”. “El pueblo [...] prepara su violencia, una violencia creadora, por cuyo concurso vea la luz en Colombia un orden nuevo” (p.297).

259 Puede verse al respecto: C. Marx, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. En C. Marx (1973), *Obras Escogidas* (Tomo 1). Moscú: Editorial Progreso. Ps.404–498. Ver particularmente la Sección VII, la sección final y conclusiva.

Entonces es cuando Mesa se torna más adusto y descubre que MITO quiere parecerse a *Temps Modernes*, la revista de izquierda que Sartre, Beauvoir y Merleau-Ponty fundaron en Francia en 1945 como la más representativa manifestación de las vanguardias continentales. Pero Mesa encuentra un solo parecido: ¡el de la tipografía! (¡Vea, pues!). Y no teme emprenderla contra los directores de MITO, Jorge Gaitán Durán y Hernando Valencia Goelkel. Del primero dice que es un hijo de rica familia nortesantandereana que vino a estudiar Derecho en la Universidad Javeriana, de suerte que “llegó a las ideas generales por la vía eclesiástica, y aún más: de la mano de los jesuitas” (p.292). Gaitán Durán es un burgués. En París, a donde viajó luego, “reencuentra su alma burguesa”. No le es dado ser comunista porque “en verdad, nos dábamos cuenta de que no todo el mundo puede ser comunista” (p.293). Por momentos el autor de la disciplinaria misiva a la dirección de la Revista parece un inspector comunista en trance de establecer la ortodoxia política de una publicación “correcta” a juicio del *apparatchik* de la Revolución. No es fácil trazar en estas audaces palabras la línea que separa la crítica franca, sin concesiones, de la cortés hipocresía enquistada en el entorno y la personalización innecesaria, puntillosa, de esa misma crítica. Pero como dijo el poeta Borges: “otras más claras lunas hay de plata” y así Mesa es pródigo en elogios para la obra de DeGreiff, que MITO trata ahora de divulgar, y para López de Mesa en los años 20 como lúcida cabeza del reformismo liberal. Y también para Nicolás Gómez Dávila, una suerte de aristócrata antiburgués, aunque “la primera mentalidad teórica” del país en ese momento, a juicio de Mesa.

“Las Guerrillas del Llano” (1956)²⁶⁰

Este texto así titulado en la Revista Eco bajo la autoría de Mesa es en principio una reseña al libro autógrafa de Eduardo Franco Izasa: *Las Guerrillas del Llano* (1956). Pero, como veremos, es tácitamente bastante más que una reseña bibliográfica. Para empezar, Mesa saluda el texto de Franco no como una narración sobre episodios de bandidaje en el sentido de Hobsbawm²⁶¹, o de combates guerrilleros en una región del país sino como una pieza de gran valor literario y sociológico. “*Las Guerrillas del Llano* –dice– vendría a ser entonces el primer gran reportaje de la literatura nacional” (p.143). Y añade:

“Leyéndolo se comprende por qué puede decirse que es un libro valiosísimo. Si se medita sobre él y se compara lo suficiente se inclina uno a admitir que con “*El gran Burundún–Burundá ha muerto*” de Jorge Zala-

260 Darío Mesa (1956), *Las Guerrillas del Llano*. Revista *Mito*, Bogotá, (Jun.–jul. 1956). P.136–143.

261 Ver: Hobsbawm, Eric ([1959] 2001), *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Crítica.

mea, “*El Cristo de espaldas*” de Eduardo Caballero Calderón, varios cuentos de Hernando Téllez y algunos poemas de “*Escrito en el infierno*” de Carlos Castro Saavedra, *Las Guerrillas del Llano* de Eduardo Franco Isaza es lo mejor que se haya escrito sobre la violencia en Colombia” (p.143).

También ve Mesa en ese escrito un precioso documento sociológico:

“por lo que puede interesar a todos –escribe– desde el historiador y el sociólogo hasta el literato y el sacerdote. Un geógrafo encontrará, por ejemplo, descripciones del Llano, del régimen de salarios, de los vientos que soplan encajonados en algunos sitios, de los períodos de lluvia, de la organización de las vaquerías, de la vivienda y de otros puntos que conciernen a su especialidad” (p.136).

Cabe preguntar por qué se entusiasma tanto Mesa con el libro de Franco, por qué lo ubica tan insólitamente con las piezas más preciadas de la literatura de los años 50, si en Zalamea, Caballero, Castro hay oficio y cultivo del idioma mientras que Franco no se propone en absoluto una composición literaria sino cuando mucho un testimonio para la historia de una aventura guerrillera, el relato de un episodio de la convulsionada política colombiana del momento. La respuesta no puede ser, sino que Mesa de modo indirecto está denunciando por caduca esa pulsión academicista de la literatura colombiana: el academicismo que en materia formal brilla todavía sobre un autor como Gabriel García Márquez²⁶². Y así Mesa insta combativamente a la Revista a traer un viento nuevo, más ligado a la realidad viva y menos imbuido del aire de Torre de Marfil sobre el oficio de la literatura. Hay que desconservatizar la Revista (*Mito*), y a Colombia toda, parece ser el clamor subyacente de la reseña. La revolución está a las puertas, parece también pregonar. Y todo ha de cambiar.

Otro asunto que brota entre líneas es el ataque al liberalismo, como agente político reaccionario. Curiosamente Mesa no confronta aquí la ideología conservadora. No vale ya la pena, pensaría, quizás. Pero lo que sí urge es desenmascarar el partido falsamente progresista: el liberalismo. Muestra de ello son en el Llano “los propietarios liberales –escribe Mesa–, a quienes Franco acusa de manera iracunda como cómplices y aliados activos de los personeros de la violencia [es decir, de los conservadores]” (p.141). La acusación cobija a la prensa liberal que de modo totalmente incomprensivo hacia los hombres de la guerrilla liberal “los nombraban ‘bandoleros’ –dice Mesa citando a Franco– y esta palabra dolía entrañablemente en los campamentos guerrilleros” (p.141). Y concluyentemente Mesa afirma: “La Dirección

262 García Márquez innova en la fábula (Realismo Mágico), pero no en la forma ni en el lenguaje narrativo.

Liberal, por su parte, vivía alejada de los campos de batalla. La realidad, tal como se narra en este libro, es que los insurrectos estaban solos, aislados” (p.142).

No solo los liberales traicionaron a esta avanzada, a estos heraldos de la revolución, también la *intelligentzia* del país era culpable:

“casi todos los pintores –se queja Mesa–, los poetas, los novelistas, los ensayistas, los profesores hicieron lo posible por no mezclarse en la reyerta; y se fueron hacia la pintura abstracta, hacia los poemas incontaminados o hacia la novela intimista o hacia los ensayos esteticistas o en sus cátedras eran simplemente técnicos” (p.141).

Lo que Mesa sugiere, sin decirlo –y toda la escritura de este texto es de doble registro; se trata de un texto enigmático, reticente, oblicuo– es que la guerrilla liberal era un acontecimiento muy importante en la marcha del país hacia la revolución socialista, no porque ellos, los campesinos, pudieran completar el proceso y ni siquiera liderarlo, tarea, como se sabe según la ortodoxia, reservada al proletariado, a los obreros urbanos, al sindicalismo revolucionario; sino porque allí se manifestaba excepcionalmente la contradicción entre el viejo país de caudillos enfeudados, terratenientes ausentistas, hacendados precapitalistas y, en la otra orilla, el nuevo país urbano, moderno, capitalista y proletario, el país de la esperanza. Solo en este último la revolución era posible. Pero, por desgracia, nadie lo veía así. La ceguera era general e inexcusable. Como dijera Barba Jacob: “hay una tempestad en una gota de rocío/ y, sin embargo, no se conmueven los luceros”. Por eso, justamente por eso, el libro de Franco Isaza debía ser saludado como el pregón de esa tempestad, que había que conocer para entrar por esa puerta literaria en la conmoción regeneradora, en la nueva era.

La frustración de Franco y, en general de su acción militar guerrillera, es –a juicio de Mesa– no haber podido articularse al proletariado de las ciudades para implementar la verdadera revolución social. El liberalismo, sus jefes pretendidos, eran un partido reaccionario, tan reaccionario como el conservatismo y así es casi un resultado natural que abandonara a sus combatientes. Si al menos el proletariado urbano hubiera percibido esa afinidad, entonces una clara oportunidad revolucionaria no se hubiera desperdiciado lastimosamente. Mesa no se expresa en estos términos que, a mi juicio, corresponden realmente a su pensamiento subyacente en esta reseña oblicua, pero no es otro su horizonte mental detrás del inventario de sus elogios y de sus denuncias.

“Las guerrillas –sentencia Mesa– eran ‘acción sin ideas’; en las ciudades no había tampoco ideas y la acción se limitaba a aventuras conspirativas. Había eso sí desesperación, pero solo el pueblo batallaba” (p.142).

Mesa compara esta desoladora orfandad política a la Francia de la Segunda Guerra, cuando la clase obrera sola, no la burguesía, se levantó contra el agresor. Pero Mesa veía al menos una luz en aquel laberinto de sombras:

“La rebelión guerrillera del país no se había hecho para tumbar simplemente un gobierno, sino para consolidar y ampliar la democracia colombiana [...]. Al final] Franco pedía [acabó pidiendo] una rendición unificada, no solo de los combatientes del Llano sino de los de la República” (p.143).

La rendición unificada equivalía a la conformación de un frente unido revolucionario donde el pueblo, los obreros y los campesinos marcharan hombro a hombro por los cambios que el país ya avanzado y maduro demandaba

Mesa considera que la experiencia guerrillera de Franco Izaza es una escuela de adiestramiento y una fuente de la que había que beber camino a la revolución verdadera. Tampoco lo dice así. Pero lo sugiere, lo deja entrever. Y, así como convoca al sociólogo y al geógrafo para que busquen sustancia en estas páginas, invita audazmente también al convite de la lectura a los militares:

“el militar –escribe– hallará la diferencia esencial entre su táctica y su estrategia de profesional y la táctica y la estrategia del guerrillero y podrá comprobar por qué la ciencia militar moderna está tomando en cuenta la experiencia de los movimientos guerrilleros” (p.137).

Indirectas a Santander para que las entienda Bolívar, como decíamos en Colombia. Sería mucho esperar en los años 50 que el ejército legal de entonces leyera y aprendiera en las páginas escritas por Franco –o de Mesa, para el caso– pero había otros, otros necesitados, que sí podrían aprender bien de aquel relato. Mesa se las arregla para eludir la censura y con señales de humo trata de pasar mensajes a los destinatarios correctos.

Finalmente, una marca también encubierta de la importancia del análisis marxista de la realidad, dejada por Mesa como al garete y en unas breves frases, que para la mayoría pasarían desapercibidas, es cuando llama la atención sobre categorías que en 1956 debían sonar esotéricas aún en la academia:

“el sociólogo –escribe Mesa, y recuérdese que en 1956 no había profesión ni escuelas de sociología en Colombia– hallará [...] datos en torno de formas culturales, costumbres, trajes, organización económica, nivel de la técnica agrícola, grado de productividad, etc.” (p.137).

Es decir, en estos últimos tres puntos, se exalta ni más ni menos algo que es medular en el pensamiento de Mesa: la comprobación, la medida del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

Para concluir, la reseña sobre *Las Guerrillas del Llano* es un texto escrito en clave. Casi nada político está dicho explícitamente allí. Se presenta como una simple reseña de un libro recién aparecido. Pero involucra en su trama una acumulación de signos silentes que nos dicen que en ese libro viene una película de la revolución campesino–proletaria, si solo el partido correcto (no el liberalismo) y los actores correctos (no los campesinos solos) y la guía intelectual correcta (no la ‘acción sin ideas’) se conjuntaran para dar el golpe correcto (no solo tumbar al gobierno de Laureano Gómez o sustituirlo por un gobierno liberal sino poner las bases) para la revolución socialista.

Treinta años de nuestra historia (1957)²⁶³

Este ensayo es uno de los dos o tres más importantes que debemos a la pluma de Darío Mesa, si no acaso el más importante de todos por el momento de su escritura, por la anticipación que implica en el método de exposición y en la índole marxista de su tratamiento. Fue publicado primero en la *Revista Horizonte*, de Bogotá, en el año de 1957. Casi simultáneamente, o con muy poco tiempo de diferencia, apareció en la edición de marzo–mayo del mismo año en la *Revista Mito*.

En apretada síntesis, lo que Mesa trata de mostrar en este escrito es que en los 20 años transcurridos entre 1925 y 1945 Colombia dejó de ser un país precapitalista (“pastoril”, “semicolonial”, “agrario” son las categorías que Mesa emplea) y se convirtió en un país con plena inserción en el mercado mundial capitalista y con un mercado capitalista nacional. En particular, el país fue capaz de mostrar al término de ese lapso un desarrollo satisfactorio (a los ojos de Mesa) de la industria fabril y de la correspondiente superestructura socio–económica y de prohijar un proletariado, joven aún pero claro e indisputable.

263 Darío Mesa (1957), Treinta años de nuestra historia. *Revista Mito*, Bogotá (Marzo.–mayo, 1957). Ps.54–70.

“no podía haber lugar ya –precisa Mesa, por ejemplo– para el trato patriarcal de los talleres artesanales; el único vínculo entre el dueño de la fábrica y el obrero era el salario” (p.55). Y añade categóricamente: “en los primeros años de la posguerra [segunda], el desarrollo de las fuerzas productivas era de tal naturaleza que chocaba ya violentamente con todo el sistema jurídico, con todas las normas de la sociedad, con todos los planos de la cultura. La contradicción entre el país agrario y semicolonial y la nación moderna y predominantemente burguesa empezaba a llegar a su clímax” (p.61). Y en un tono imbuido de categorías marxistas concluye: “El antagonismo entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas ya [años 50] había derruido los fundamentos del mundo antiguo” (p.62)

Estos logros permitían alimentar la esperanza de consolidar un partido revolucionario en el sentido marxista-leninista que preparara el salto al socialismo. Esto, difícil como podía parecer no era entonces totalmente ilusorio, fantástico o utópico, pues dos años después, en 1959, un país caribeño, en las narices mismas de los Estados Unidos, la isla de Cuba, se convirtió en la primera república socialista del Continente. Del mismo modo, en 1954 el General Eisenhower, en ejercicio como presidente de los Estados Unidos, había organizado una invasión armada a Guatemala, invasión tramada, financiada e implementada por la CIA, para derrocar a Jacobo Arbenz, a quien acusaba de comunista y de títere de Moscú. Arbenz, en realidad, estaba empeñado en adelantar una reforma agraria profunda que desquiciara el poder terrateniente de ese país y que proveyera de tierra a la población pobre e india. Arbenz había buscado apoyo en el Partido Guatemalteco del Trabajo, un partido de izquierda procomunista y este hecho sirvió de pretexto para el golpe de Estado, el derrocamiento y final exilio de Arbenz. Tal, pues, otra muestra de movimientos paracomunistas o, simplemente, de izquierda en América Latina. Soñar y argumentar en pro del socialismo en Colombia no era pues, mero delirio de mentes exacerbadas.

Mesa pretendía, en ensayos como el que comentamos, aportar, desde los salones de la *Intelligentzia*, un diagnóstico del país que estableciera los parámetros objetivos de probabilidad de esa meta política. No estamos ante un manifiesto o un programa ni ante la exposición de un proyecto político, lo cual probablemente resultaba altamente impolítico en aquella hora. Se trata de un análisis ponderado, documentado y referido a datos concretos de la realidad nacional. Mesa se apoya en estadísticas de la Cepal y de la Misión Currie y recurre a estudios como los de Rafael Baquero (diputado comunista, autor de varios lúcidos ensayos sobre economía colombiana), de G. Sinani (autor de *La crisis, la depresión y el movimiento obrero en la América del Sur*) y de Luis Ospina Vásquez, quien acababa de publicar –1955– su gran trabajo sobre economía colombiana: *Industria y Protección en Colombia*.

Aunque Colombia había ingresado en una nueva hora respecto del país que existía antes de la Primera Guerra Mundial y esta nueva era auguraba cambios políticos, no todo estaba completo y en sazón. Dos grandes lagunas en el desarrollo persistían: una era el campo, el sector agrícola, lastrado todavía por rezagos parafeudales, hacendarios y de economía colonial; y otra era la condición, el nivel de vida, de la masa de la población, del pueblo, que continuaba en un estado de pobreza muy similar al del país precapitalista de antes de 1925: “el país crecía, pues, –escribe Mesa– a un ritmo que no ha tenido repetición posteriormente, pero la masa de nuestro pueblo permanecía al nivel de la miseria de 1925; y hasta descendía de este punto en los prósperos años de la posguerra [segunda]” p.55). Se infiere –y el propio Mesa lo advierte (p.64)– que la distribución del ingreso había empeorado, que la riqueza incrementada se había concentrado más en menos manos o en las mismas y la desigualdad empeoraba. Pero el empobrecimiento –nos aclara el autor– “hubiera sido mayor sin la resistencia militante de los trabajadores sindicalizados y de sus vanguardias política” (p.55).

Proletariado había, pues, pero, a pesar de ciertos logros, su conducta política echaba en falta una vanguardia iluminada y activa, militante y estructurada.

“El proletariado urbano –escribe Mesa– carecía, sin embargo, carecía en el momento [años 30] de estructura orgánica y de capacidad política, a pesar de su espíritu de ofensiva”. En los años 40 “ni siquiera el movimiento obrero –torna a decir Mesa– huérfano como estaba de conductores lúcidos, fue capaz de...[etc.]” (p.59).

Tampoco en el campo, los peones, los colonos y los campesinos en general, “lograron conquistas de importancia [...] debido, antes que nada, a las fallas ideológicas de su dirección política” (p.55). “El pueblo, en fin, –precisa más adelante Mesa– no tuvo tácticos que le indicaran cómo respaldar la beligerancia colombiana y sustentar el frente aliado” (p.60).

Por otra parte, nuestro autor no se contenta con hacer el diagnóstico de las clases revolucionarias. Se ocupa de todas las clases: “la burguesía [al final de la Segunda Guerra] –dice– estaba rica y ansiaba enriquecerse más” (p.62). Y había visto la luz una nueva fracción: la burguesía financiera:

“En ese año [1945] –escribe Mesa– nos encontramos con una nueva burguesía nacida de los negocios de la guerra [... su especialidad era] la especulación financiera. En sus manos tenía 180 millones de dólares como reserva” (p.60).

En síntesis, este ensayo capital de la pluma de Mesa reitera, con abundantes alegaciones y muchos puntos de ponderado examen, que Colombia está madura para emprender una acción política de carácter revolucionario que conduzca al socialismo, pues condiciones objetivas para ese paso ya se han gestado en el decurso de los últimos dos decenios. Lo que hace falta es una acertada guía política, pues en lo subjetivo, en la conciencia, en la voluntad, en el sentido de la oportunidad y en el arrojo revolucionario de las masas hay desafortunadas lagunas y deficiencias. Es como si se dijera que la hora de la vanguardia intelectual iluminadora había sonado o estaba sonando en ese momento. El ensayo parece ser la campana a rebato y su autor el campanero histórico. Con solo nueve meses de diferencia en su composición la reseña sobre *Las guerrillas del Llano y Treinta años de nuestra historia* parecen hijas de la misma urgencia y ambos escritos expresan en realidad una sola visión del país bajo propósitos redaccionales distintos pero concurrentes. Todo apunta a un clamor desesperado: Si las condiciones están dadas: capitalismo, industria, proletariado, entonces se percibe un salto cualitativo en el nivel de las fuerzas productivas. ¿Por qué, pues, –tal la gran pregunta– la conciencia revolucionaria no se percata de todo ello? ¿Dónde está el partido de la revolución, dónde las vanguardias, dónde la *intelligentzia*, dónde los líderes?

*Un crimen y una equivocación (1958)*²⁶⁴

Este breve ensayo, un artículo de coyuntura, es el último de Mesa publicado en la *Revista Mito* y cierra un ciclo de tres años (1955–1958) que corresponde, diríamos, a “la primera salida” de este autor a la palestra intelectual política nacional. No obstante, su brevedad –tres páginas– no es menor la importancia de este escrito para la ubicación política de este intelectual comprometido que asume la crítica al estalinismo, oficializada por Krushev desde 1956, y que se aparta de un esquema rígido y monolítico de acceso al socialismo. Así Mesa remite confirmatoriamente en el artículo a las palabras de Krushev en 1956: “es probable que las formas del tránsito al socialismo sean cada día más variadas” (p.77).

La Revista *Mito* había pedido la opinión de cinco intelectuales colombianos de distintas tendencias políticas sobre la ejecución, por orden de Moscú, del rebelde húngaro Imre Nagy, quien como primer ministro de Hungría había acaudillado la contrarrevolución húngara de 1956, acallada por los tanques soviéticos sobre Budapest en ese mismo año. Nagy tras refugiarse en la Embajada de Yugoslavia fue arrestado luego y enviado a Rumania mientras el gobierno soviético le hacía un juicio que culminaría con su ejecución el 16 de junio de 1958. El artículo que comentamos es

264 Darío Mesa (1958), *Un crimen y una equivocación*. Revista *Mito*, Bogotá, (Mayo–junio, 1958). Ps.77–79.

presentado por los editores como la opinión sobre el conmovedor hecho reciente de un representante y miembro colombiano de la “extrema izquierda”: Darío Mesa. Así lo presentaban, *tout simplement*. El calificativo suena a estigmatización, en un país conservador, ultraconservador, las más de las veces; pero en un solitario y significativo gesto de tolerancia e imparcialidad la Revista lo publica.

Y, bien, ¿qué opina Mesa aquí? Ante todo, descalifica la ejecución de Imre Nagy como una negación, una ruptura frente al cambio de rumbo abierto por Krushchev en 1956 tras la muerte de Stalin. Lo considera un regreso lamentable al clima staliniano y a la ortodoxia cerrada y cerrera incapaz de ver que cada país tiene –o tendrá– su forma propia de llegar al socialismo, una manera de materializar la vieja recomendación leniniana de recurrir a todas las formas de lucha. Pero no por esto se une al coro de plañideras que abruma la prensa occidental en estos días. Culpa a China por presionar a la Unión Soviética para endurecer su línea. Culpa a Occidente por encerrar a Rusia en su rincón y por recrudecer la Guerra Fría. Califica a Nagy de comunista sentimental y de contrarrevolucionario, sin que esos errores justifiquen su ejecución, que no hace más que aislar en mayor medida a la Unión Soviética y entrabar la “coexistencia pacífica” mundial. En todo caso el crimen de Nagy, injustificable como pueda ser, no es éticamente más grave que

“la liquidación física, intelectual y moral –escribe Mesa– de millones de obreros en las fábricas y las minas taylorizadas (como la Croydon de Cali) o que el trabajo infantil en las minas de carbón de Cundinamarca o que el obrero textil de Medellín se considere inservible a los 35 años” (p.78–79).

Una frase velada del artículo nos dice que Mesa ya se halla separado de la línea del Partido Comunista colombiano entonces bajo la tutela de Gilberto Vieira:

“El intelectual revolucionario –escribe Mesa– no debe ni puede aprobar todo lo que hagan los suyos [...] ha de esforzarse por comprender y por ayudar los movimientos tácticos. [...] aún a riesgo de contrariar la actitud de dirigentes transitorios del partido marxista” (p.79).

No obstante, Mesa firma al cierre de este escrito una declaración de comunista indeficiente.

“la revolución que Nagy buscó frustrar –escribe– ha hecho de la Unión Soviética, un país que hace cuatro decenios se encontraba en varios planos, más atrasado que Colombia, la fortaleza avanzada de los pobres del mundo [...] Cuanto a mí, acepto esa revolución en su totalidad”.

Tras esta intervención última en la Revista *Mito*, Mesa entra en un silencio largo, en una reclusión distanciadora de las prensas que se extiende por 13 años. Solo hasta 1971 volvemos a hallar publicado un texto suyo, que (según el editor de 1971) fue escrito en 1964, bajo el gobierno convulso de Guillermo León Valencia y en el año de aparición de las FARC. El escrito tuvo un destinatario específico: El Instituto de la Reforma Agraria (Incora), establecido por Lleras Camargo en 1961. Estamos hablando del artículo *El problema agrario en Colombia, 1920–1960*.

El problema agrario en Colombia, 1920–1960 [1964] (1971)²⁶⁵

Con una extensión de unas 23.500 palabras aproximadamente, este es el segundo texto más extenso –un ensayo largo– que debemos a la pluma de Mesa. El más extenso será *La vida después de Panamá, 1903–1922*, que se publicó en 1982 como parte del *Manual de Historia de Colombia de Colcultura* (Tomo III). Los otros escritos en formato de libro aparecidos tiempo después bajo el nombre de Darío Mesa han sido armados por sus discípulos a partir de las exposiciones orales en seminarios específicos del maestro. Puesto que nuestro interés aquí es el hilo del pensamiento político e intelectual de nuestro autor y no la reseña estricta de sus trabajos, lo que este ensayo nos trae es un desarrollo que resulta coherente con la (o las) tesis que hemos venido exponiendo hasta este punto. En este recuento de la historia del agro en Colombia durante 40 años (1920–1960), Mesa esencialmente sostiene que el campo colombiano ha ingresado en la órbita del capitalismo, aunque de un modo desigual y anémico respecto de la industria y del proceso de urbanización de la nación. Mesa postula que desde los años 20 del siglo XX hay una burguesía nacional agraria y que el propósito de la ley 200 de 1936 sobre Régimen de Tierras, que declaró la función social de la tierra y que fue pieza fundamental del programa político de La Revolución en Marcha bajo el gobierno de Alfonso López Pumarejo, fue consolidar una clase capitalista de medianos y pequeños propietarios agrícolas.

Mesa comienza por aclarar que para 1920 en Colombia no existe feudalismo o literalmente

“‘patrones feudales de la tierra’, válidos –según escribe– para el resto de América Latina” (p.9). Para 1920 hay, pues, en Colombia una “joven burguesía” (p.11), una “embrionaria burguesía” (p.12).

Esta embrionaria burguesía contaba ya con teóricos como Alejandro López, por ejemplo, y con dirigentes propios:

“Los dirigentes –escribe– de la embrionaria burguesía industrial advierten la necesidad de fortalecer –de crear, sería más exacto decir– la infraestructura demandada por el cambio económico que empezaba a operarse confusamente en el país” (p.12).

Mesa incluso polemiza con los que sostienen en 1929 (por ejemplo, el conservador José Camacho Carreño, miembro del grupo antológico de Los Leopardos de los años 20) que no hay burguesía entre nosotros. Claro que la hay, replica Mesa, con plena firmeza y convicción.

Colombia es en cuanto al agro, a juicio de Mesa, un país de pequeños propietarios. El latifundio es excepcional. Aquí Mesa se apoya en un temprano estudio sobre Colombia escrito en alemán y por un alemán: El geógrafo Otto Bürger (Burger (1922) in Mesa (1971), P.15). Ahora bien, lo que la burguesía colombiana desde los años 20 pretendió fue consolidar en el país la pequeña propiedad, en algunos casos la mediana. Por eso, desde ese tercer decenio la política agraria, casi que se reduce exclusivamente a favorecer el colonato, es decir, la posesión y el trabajo del colono. Ya desde el siglo XIX la Colonización Antioqueña se había aventurado por las cordilleras, por las “vertientes”, como diría López de Mesa, del país. La burguesía toda en el siglo XX, en concepto de Mesa, desde Pedro Nel Ospina hasta Alfonso López Pumarejo, luchó por defender al colono de las triquiñuelas de los terratenientes encomenderos trasnochados que alegaban títulos reales ficticios sobre tierras que permanecían baldías e incultivadas. Desde 1926 hasta 1936 se cursan leyes cuyo propósito es salvar al colono de las guerras de los tinterillos –los intermediarios jurídicos a sueldo de los terratenientes ausentistas–, lo que se describió entonces metafóricamente como la lucha del hacha contra el papel sellado.

Mesa concede en el texto espacio prioritario a la evolución de la legislación sobre el agro. Reseña la ley 14 del 26 sobre el colonato, el Proyecto de Ley sobre Dominio y Posesión de Tierras presentado por el gobierno de Olaya al Congreso de 1933, que fue la base empleada por López Pumarejo para la Ley 200 de 1936 sobre Régimen de Tierras, que algunos consideran revolucionaria y otros un mero hito del reformismo liberal de corto alcance. ¿Pero con qué fin se promovía el colonato? Justamente con el objeto, cree Mesa, de instaurar la pequeña propiedad agraria capitalista para que se convirtiera en fuente de consumo de la creciente producción industrial. Los conservadores y la Iglesia católica acusaron a López de comunista, mote que por supuesto Mesa descalifica. Ni comunista ni marxista ni revolucionario. Solo un tímido –o pragmático, podríamos decir– implantador de lo que Lenin llamó la capi-

talización tipo *Junker* del agro, la más moderada y reformista desfeudalización del campo alemán (p.55–56).

Una adecuada valoración de ese hito legislativo que fue la ley 200 la ofreció Gerardo Molina en el Congreso de 1936. Mesa lo cita:

“Este proyecto –dijo Molina– no resuelve el problema campesino en Colombia, como se ha dicho por algunos demasiado optimistas. El contempla únicamente el problema de los colonos, que es un problema secundario. El problema grave, voluminoso, está en los arrendatarios y peones, que es en quienes se perpetúa el sistema feudal que nos oprime. La cuestión agraria no reside en la tierra incultivada, sino en la cultivada” (p. 87–88).

¿Feudal?, se aprestaría Mesa a corregir: Feudal no. ¡Capitalista, sin reatos! No obstante, Mesa vacila en las categorías y en los conceptos. Como para rehuir la calificación de “feudal”, torna a echar mano de conceptos como “pastoril” (p.15) y “semipastoril” (p.77), categorías sin tradición en la literatura social latinoamericana. Capitalista o semipastoril o algo en esa línea, como pueda ser, Mesa se lamenta, sin embargo, del escaso volumen de la acumulación capitalista (p.15) en el agro del país, lo que equivale a un precario desarrollo de la modernización en tal sector.

Ahora bien, para Mesa hay tres fases en el desarrollo agrario colombiano, a saber: antes de 1926, entre 1926 y 1945 y después de 1945 –diríamos hasta 1960, que es el término del estudio–. La primera fase, el período antes de 1926, es un incipiente ingreso en el mercado mundial capitalista. El café, sin duda, es la punta de lanza de ese avance y la base de la acumulación de capitales. En 1926 hay un salto: el costo de la vida sube críticamente, los medios de pago crecieron hasta 1928, las obras públicas: ferrocarriles y carreteras (Armenia–Cambao, Popayán–Pasto, tramos de la Central del Norte, así como trabajos en el Canal del Dique y Bocas de Ceniza) han creado un proletariado urbano, el costo de los alimentos se dispara y los salarios de los trabajadores del agro se elevan de un modo que no se conocía hasta entonces. Aparentemente el mercado nacional ha dado un paso fundamental. En Antioquia, también en Caldas, la pequeña propiedad agraria se ha generalizado para 1930 y el nivel de vida es relativamente alto en comparación con zonas aún deprimidas y latifundistas –así lo reconoce Mesa– como Cauca. En Cundinamarca, el oriente posee un alto índice de pequeña propiedad, en el suroeste (zona de Viotá, por ejemplo) predomina el latifundio cafetero. La Depresión mundial de 1929 significó un retroceso, pero el PIB *per capita* creció moderadamente hasta el 38. Durante la Segunda Guerra se acumulan divisas por el cese de importaciones y un flujo bajo pero continuo de exportaciones. En la tercera fase, desde 1945 Colombia ha entrado de lleno

por la puerta de la modernización capitalista; los datos de la Cepal, la Misión Currie (1949) y la Misión Lebret (1955) lo atestiguan (p.103, 110)

Una preocupación constante de Mesa, como se ha visto hasta ahora, es el estado de desarrollo de las fuerzas productivas. Tiene que reconocer que es feble en el agro en la segunda fase (y, por supuesto, en la primera): “el arado de madera predomina” (p.17), dice con desconsuelo. Pero, luego precisa que:

“la mecanización de la agricultura era mínima, mas en el transporte avanzaba a ritmo considerable sobre todo en los departamentos más desarrollados [...] Antioquia, Caldas, Valle, Cundinamarca se hallaban cruzados por carreteras intermunicipales” (p.77).

Mesa sintetiza este avance gráficamente como “el retroceso del caballo [...] frente al motor” (p.77). Sorprendentemente, en cambio, no hace observaciones específicas en este punto para la posguerra, lo que se echa en falta, pues otros estudiosos de la cuestión agraria (Jesús Antonio Bejarano y Salomón Kalmanovitz, por ejemplo²⁶⁶) son especialmente enfáticos en el tema de la mecanización de la agricultura en los años 50 de la Posguerra.

En punto a fuentes bibliográficas para este trabajo, Mesa se apoya particularmente en los Anales del Senado relativos a las leyes sobre cuestión agraria en 1926, 1933, 1936, 1944 y 1961. También acude a los informes de las misiones económicas internacionales, Currie, Lebret, y a datos de la Cepal sobre Colombia (1957). Pero constantemente alza quejas sobre la falta de estadísticas en general y aún sobre la extinción de la literatura costumbrista como útil fuente de datos, que un sociólogo podría valorar y aprovechar mayormente para temas que el juzga importantes en el análisis del campo como los cambios en el nivel de vida o en el consumo alimenticio: así, el paso del consumo energético al proteínico, por ejemplo. Entre las fuentes extranjeras se remite a Bürger, ya citado aquí, y al muy reciente (para la época) estudio de Albert O. Hirshman (1963), aún en idioma inglés. Y para los años 20 cita abundante y elogiosamente a Alejandro López, Carlos Uribe Echeverry, Santiago Pérez Triana y Luis Ospina Vásquez, entre otros. Para la posguerra hay una referencia sumaria al “sociólogo Orlando Fals Borda” (p.91) a propósito de la tierra en Boyacá (O. Fals Borda (1957)) Detrás de todos ellos, como un faro en la noche oceánica, se halla Lenin, en relación con el desarrollo capitalista en la Rusia prerrevolucionaria (p.56). El socialismo bolchevique se erige sobre la plataforma de una Rusia entrada

266 Jesús Antonio Bejarano (1982), La Economía. En Colcultura (ed.), (1985), *Manual de Historia de Colombia*, Tomo III, p.75. Ver también: Salomón Kalmanovitz (1985), *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*. Medellín: Siglo XXI. Ps.369-370.

en el capitalismo y con un mercado interior capitalista. El capitalismo para Lenin es *conditio sine qua non* del socialismo. Así lo había proclamado antes Plejánov: La revolución rusa triunfará como una revolución de la clase obrera o no triunfará. Eran los Populistas (los *Narodniki*) los que pensaban que se podía saltar impunemente la fase de desarrollo capitalista. He aquí el meollo de las tesis de Mesa aquí y en el anterior ensayo optimista, vigoroso y audaz de 1958 (*Treinta años de nuestra historia*). Esta influencia leniniana persistirá en su pensamiento, al parecer, por el resto de su vida. Sin esta referencia al joven Lenin de 1899 no es posible explicarse el decurso intelectual y político de Darío Mesa.

En conclusión, de *Treinta años de nuestra historia* (1958) a este trabajo de los años 60 percibimos a un Mesa menos entusiasta y más lacónico y retraído respecto de su tema esencial: el desarrollo capitalista de Colombia, el avance de las fuerzas productivas, capaces de fundamentar saltos o pasos decisivos en la configuración de las relaciones de producción y las bases para un programa socialista. De cualquier modo, él lo reconoce así, el campo colombiano es un lastre respecto de la manufactura, la industria y la conformación de un proletariado urbano. Sorprende, una vez más, que en 1964 nuestro autor no hiciera, en este panorama del campo colombiano en el siglo XX, prácticamente ninguna alusión a la violencia atroz que el país experimentara hasta 1957 y que los episodios entonces recientes de las guerrillas comunistas en el sur del Tolima (Marquetalia, etc.) no dejen, ni siquiera de un modo oblicuo o velado, una huella en este estudio. Presumiblemente se trataba de un asunto demasiado aventurado para lo que se suponía era un documento técnico y hecho por técnicos con destino a un instituto del Estado: el INCORA, bajo un gobierno conservador. Pero el técnico de que hablamos no era cualquier técnico. Era precisamente Darío Mesa, el autor de ese ensayo iluminado: *Treinta años de nuestra historia*. ¿Por qué entonces esas reticencias?

La vida después de Panamá, 1903–1922 (1982)²⁶⁷

Estamos ante el más extenso escrito de Mesa, 91 páginas en la edición de Colcultura (1982), unas 31.000 palabras, más o menos. De retorno a la coherencia con su hilo básico de pensamiento, el ensayo está dedicado a mostrar el proceso de aparición de la nación y el Estado modernos y, lo que es su corolario, la inserción de Colombia en el capitalismo global. Este tema no es solo prioritario en el escrito, sino prácticamente único. El texto es, pues, estrictamente un capítulo de historia política y nada

267 Darío Mesa (1982), *La vida política después de Panamá*. En Colcultura (ed.) (1982). *Manual de Historia de Colombia* (Tomo III). Bogotá: Printer Colombiana. Ps.83–178.

más que eso. Quien busque allí otra cosa –historia social, por ejemplo, o literaria o de las ideas mismas, de la moda o cualquier otra cosa distinta– no la encontrará, más allá de alguna referencia ocasional, liviana o pasajera.

La tesis de Mesa aquí es, en principio, simple de exponer: El gobierno de Reyes (1904–1909) –o propiamente la personalidad del General Rafael Reyes– inicia en Colombia la transición de eso que insistentemente Mesa –para no decir “feudal”, colonial o precapitalista– llama el “país pastoril”, en camino hacia el país moderno. Por otra parte, el último período presidencial que Mesa estudia en ese lapso de dos decenios: la presidencia de Don Marco Fidel Suárez viene también a contribuir de manera importante y segura a ese mismo proceso. La tesis, en verdad, no deja de ser sorprendente: ¿Reyes y Suárez, gobiernos progresistas, enrutados en la vía segura al capitalismo? Difícilmente otra visión comprensiva de la historia de Colombia en los siglos XIX y XX se arriesgaría con tal convicción en tal sentido. Pero Mesa se empeña en ese punto.

Lo que para Mesa destaca en Reyes es su actitud y su actividad. Reyes recoge un país bajo síndrome depresivo, en estado de postración por la pérdida de Panamá. Añadamos de nuestra cosecha algunas precisiones: Reyes aparece en 1904, tras el “robo” de Panamá, en ese país que el hiperactivo cazador de osos y político del Gran Garrote (*Big stick*), Theodore Roosevelt, consideraba un país de bárbaros, mafiosos e incivilizados. Algo de esa misma hiperactividad compartía Reyes, quien se inició joven en las aventuras de la extracción de la quina en las selvas del Putumayo con la empresa familiar de Elías Reyes y Hermanos. Aquella era una empresa de exportación y su objetivo era la ganancia capitalista, pero ese “capitalismo” no tenía nada que ver con las fábricas de Birmingham en los Midlands ingleses, que fueron la cuna de la Revolución Industrial y del capitalismo fabril. Pero Reyes sufrió quiebra económica en los tempranos años 80 del siglo XIX y tal vez le quedó la lección de que la empresa capitalista al derecho (la fabril) era menos riesgosa que la explotación de cortezas selváticas por indios incivilizados y esclavizados en la hondura de la manigua. Reyes no participó en la guerra de los Mil Días, ese tiempo lo pasó en Francia y ese baño de civilización tal vez lo inspiró para adoptar el ánimo constructivo, el espíritu de trabajo, el “espíritu del capitalismo” que Mesa le atribuye en contraposición al generalizado ánimo pendenciero propio de los caudillos del siglo XIX.

Convocó Reyes para colaborar en su gobierno a los vencidos de la guerra, a los liberales supervivientes, cosa fácil ya en aquella hora después de los Mil Días y susceptible de ser interpretada como “noble acción”, lo que daba réditos políticos. De otro lado, viene Reyes a construir carreteras. El, que había sobrevivido en la selva, sabía cuán necesarias eran las vías de comunicación para el mercado y hacia la civilización. Pone particular empeño en la construcción de la Carretera Central del

Norte que conectaría a Bogotá con Tunja, Santander, y más allá hasta Venezuela. Logró hacer llegar esta vía con pavimento de macadam (recebo) hasta Santa Rosa de Viterbo, el pueblo donde él había nacido, a 230 Kms. de Bogotá –una acción, hoy lo veríamos así, con matices de peculado y corrupción política–. Y para completar su “hazaña”, importó el primer automóvil a gasolina que llegó a Bogotá, en el que triunfalmente viajó hasta su natal pueblo boyacense –un gesto no desprovisto de narcisismo populista, que, sin embargo, se vio entonces como signo del progreso.

Mesa, sin embargo, no se interesa en el contexto histórico de Reyes, no se ocupa de estas minucias. Lo que le preocupa, lo que el exalta es la actitud de Reyes: quien se aplica, en el relato de Mesa, básicamente a cuatro cosas: abrir caminos; implantar un ejército nacional y no partidista como todos los que libraron las guerras civiles del siglo XIX; administrar con sentido moderno (el lema de Reyes fue “Menos política y más administración”) y recurrir para ello a la contabilidad nacional y, en cuarto lugar, hacer la paz, o, mejor dicho, imponerla a la fuerza. ¿Cuánto hizo de todo ello? Poco. Más bien poco, diríamos, incluida la dictadura, pues cuando la intentó abiertamente fue depuesto.

Pero lo importante es la actitud, parece decir Mesa. Aquí es donde este autor echa mano de la sociología weberiana y de su concepto de racionalidad capitalista. Como sabemos, para Weber capitalismo es sinónimo de cálculo racional (*Zweckrationalität*). Reyes sería, a juicio de Mesa, un weberiano furtivo o inconsciente que trae a Colombia la racionalidad económica: “percibimos –escribe Mesa en referencia a Reyes– [...] la idea de razón en el sentido del cálculo” (p.99). Estaba a la búsqueda, cree Mesa, de “funcionarios expertos y no solamente prebendados” (p.100). Este aserto nos remite a la burocracia weberiana: racional, calculística, contabilista y eficiente. Cierta sociología aduce también que la paz es connatural al capitalismo, aunque conocemos cuánto “progreso” ha derivado el capitalismo de la guerra internacional y de la violencia interior. Reyes, imbuido de la idea de “traer progreso” quiso prolongar su mandato y, como la ley se lo estorbaba, cerró el Congreso, se situó en la ilegalidad y pretendió cambiar la Constitución para gobernar hasta 1914. Aún esto parece una medida de buen tono, justificable, para Mesa.

En apoyo de esta opinión trae a cuento la connivencia con tal medida por parte de ciertos personajes de la vida nacional que en aquel momento se mostraron como reyesistas y aprobaron la movida del presidente usurpador. Eminentemente entre los reyesistas fueron Rafael Uribe Uribe y Baldomero Sanín Cano. Uribe Uribe, en efecto, colaboró con Reyes e hizo tantas cosas de tan difícil valoración que su gusto por la dictadura de Reyes no acaba de extrañarnos. Sabemos cómo para las elecciones presidenciales de 1914 rechazó la candidatura liberal de Nicolás Esguerra y se inclinó ante el conservador José Vicente Concha. De estos detalles tampoco habla Mesa. Pero, en

el mismo orden de ideas, Mesa aprueba la traición de Núñez a los liberales radicales, porque ello contribuyó a la “unidad nacional”, una unidad que igual costó más muertos que la desunión. En el ideario de Mesa, sin embargo, lo que cuenta es la construcción del Estado (el *Nationsbildung*), sin que importe de qué Estado se trate ni qué carácter tenga. Así que, en últimas, para Mesa el período de Reyes

“eran –lo dice literalmente– los vagidos del capitalismo moderno en Colombia” (p.99). Y añade: “Es el capitalismo balbuciente [...]” (p.99).

Obsérvese que esto se dice como caracterización del decenio primero del siglo XX.

Mesa vuelve los ojos en seguida a la Unión Republicana (Carlos E. Restrepo) y a José Vicente Concha y finalmente a Marco Fidel Suárez, presidente de 1918 a 1921. Suárez cierra el ciclo y vale la pena anticipar la visión de Mesa sobre Suárez. Saliéndonos del texto de Mesa, indiquemos que Suárez fue un espíritu profundamente conservador, hispanista (como todas las derechas de este país, salvo la del general Santander), místico y moralista. Suárez comulgaba diariamente y habiendo profesado en la llamada Orden Tercera Franciscana, que es una orden seglar, usaba el Cordon de San Francisco en su atuendo cotidiano y, bajo el mismo atuendo, disciplinas y silicios. Se trataba, pues, de un eremita del siglo IV cristiano extraviado en el siglo XX colombiano. Suárez acabó de presidente por orden de Monseñor Bernardo Herrera Restrepo, ese religioso católico que rigió los destinos políticos de Colombia. Pues Herrera Restrepo no solo aprobaba las candidaturas a la presidencia, sino que designó a los presidentes de Colombia por 26 años (1902–1928).

En cambio, qué hizo Suárez que lo convirtiera para Mesa en heraldo de la modernidad capitalista en Colombia: Ante todo abrirle la puerta de la casa colombiana a la expansión imperial norteamericana. Para Mesa toda hostilidad a los Estados Unidos era literalmente “patética” (p.159), “declamatoria”, sentimental. Suárez acuñó una frase latina para ponderar la apertura al capital gringo: *Respice polum* (= Mirad al Polo). Desde 1922 el capital gringo entró en gran proporción –relativamente a la pobreza inveterada del país– y se apropió del petróleo, se consolidó en el banano, irradió dramáticamente en las finanzas del país y organizó –ahí sí weberianamente– la gestión toda del Estado. Pero es que estamos ya en los años 20, no en 1904. El agente de esos avances es Pedro Nel Ospina, no Reyes, como postula Mesa. La coyuntura de los años 20 fue revolucionariamente transformadora, fue un salto cualitativo. Es la primera Posguerra.

De un modo u otro el capital gringo nos hubiera alcanzado como las olas de un mar remoto con la anuencia de Suárez o sin ella. Suárez, que había sido secretario del Ministerio de Relaciones en tiempos de Caro y después ministro del mismo (1891),

tenía formación de internacionalista. Había trabajado en los acuerdos fronterizos del país con Ecuador, Panamá y Venezuela. Suárez vio venir la avalancha gringa y simplemente la verbalizó. Los petroleros gringos ya estaban afincados en Colombia. Suárez simplemente se atuvo a la realidad: Nadie detendrá a los gringos, pensó, *ergo*, “*réspice polum*”.

Y en cuanto al petróleo, conceptuó Suárez, Colombia es dueña del subsuelo y por tanto debe exigir regalías. Retorcida y típicamente, para apuntalar discursivamente este concepto, Suárez echó mano de una jurisprudencia hispánica del siglo XVII (de Solórzano Pereira en *Política Indiana*). El argumento podía ser exótico, pero era irrefutable y de contera patriótico, soberanista. Suárez, a pesar de sus lastres reaccionarios, no podía hacer menos en esa coyuntura. Sin embargo, las cosas se enredaron, porque todos querían su parte en la indemnización por “el robo” de Panamá (como se dijo medio siglo después): los 25 millones de dólares. Suárez, el “presidente paria”, como el mismo se llamaba, fue enjuiciado en el Congreso, condenado y obligado a renunciar. Retirado el estorbo, los 25 millones llegaron y otros 200 más de contera, y la historia de Colombia acabó dando un giro espectacular. Lo anterior fue lo que realmente ocurrió, pero Mesa ve inexplicablemente en Suárez una figura progresista, providencial y, además, “moderna”:

“Suárez fue en su momento –escribe– un hombre moderno, un hombre del capitalismo en el país, que [...] iniciando esa etapa, empezaba a convertirse en una nación” (p.172).

Esta valoración, típica de Mesa, avanza a horcajadas entre el voluntarismo hipotético de los gobernantes y el determinismo presunto de las fuerzas productivas que produce agentes humanos que las representan. Voluntarismo de gobernantes y determinismo de fuerzas productivas son los dos motores del desarrollo para Mesa en este ensayo que estamos recorriendo.

Sobre los períodos de Carlos E. Restrepo y de José Vicente Concha Mesa tiene opiniones encontradas: positiva frente a Restrepo, negativa para Concha. Restrepo favoreció la libertad de prensa, promovió la independencia de los poderes y fue partidario de la separación de la iglesia y el Estado. Los tres objetivos caracterizan la modernidad. ¿Quién lo discutiría? Sin embargo, preguntamos nosotros, no fueron el primero y el último objetivo componentes pregonados del programa radical en el siglo XIX? Y ya en tiempos de Restrepo ¿cuán significativo fue el esfuerzo en esos tres frentes? Sin duda implicó una mejoría respecto de la Regeneración caro-nuñista, pero la hegemonía conservadora, con su lastre de intolerancia y de dogmatismo cíclicos, continuó su curso impertérrito por 15 años más.

Otra temática suscitada en el texto es la de la contabilidad nacional. Mesa concede espacio privilegiado a la evolución del cálculo racional en esta república atrasada y dice a tal propósito en relación con Restrepo:

“El doctor Restrepo [...] impuso la contabilidad, es decir, la técnica de la razón en la esfera reducida de su *oikos*, de su casa de cinco millones de habitantes que entre otras curiosidades gastaban en bandas de músicos ‘más que en todo nuestro servicio diplomático y consular’” (p.140).

Bien pudo haber empeños en tal sentido – reconocemos– sugerencias, recomendaciones, pero la contabilidad oficial y las cuentas nacionales sistemáticas solo datan en Colombia de 1923, cuando por Ley 42 de ese año se creó la Contraloría general. Mesa se empeña en asentar los atisbos y al final alumbra la idea de que, habiendo iniciado todo tempranamente, ya al filo de los años 20, Colombia estaba de lleno inserta en el capitalismo y en tres decenios y medio más la cocción estaba a punto para el cambio de régimen de producción, mejor dicho, para la revolución socialista. Dirigencia, vanguardia y cuadros sería el condimento final. Pues la sustancia del potaje: el desarrollo de las fuerzas productivas en punto de industria capitalista ya estaba conformado. Visto en retrospectiva, esto era pensar con el deseo, *wishful thinking*.

Hubo, sin embargo, algunos imprevistos, palos en la rueda de la revolución. Por ejemplo, nos dice Mesa, la presidencia de José Vicente Concha (1914–1918) implicó un paso atrás. Era Concha, para Mesa, un moralista y queda retratado en una frase que pronunció después de abandonar el solio presidencial y que Mesa reproduce con mucho acierto: “A mí –dijo Concha– no se me podría juzgar por los ladrillos nuevos que puse, sino por las ruinas tremendas que evité” (p.148). En otras palabras: –¡No hice nada, pero en ello consistió precisamente mi mérito! No obstante, el panorama fue menos desolador de lo que amenazaba ser, algo lo salva: El ministro de Hacienda de Concha en 1916 dejó en su informe de ese año un dato del que Mesa hace amplio e intenso uso: Esa memoria reporta la existencia de 135 empresas industriales, que Mesa destaca alborozado:

“pero las 135 empresas industriales –escribe– (modestas, pero ya no talleres artesanales ni manufacturas sino organizaciones industriales rudimentarias, con fuerza de trabajo asalariado, medios de producción en manos de inversionistas, etc.) de que informa el ministro de Hacienda en 1916 eran testimonio de que ‘la industria nacional ha venido desarrollándose con paso firme y seguro’” (p.146 ²⁶⁸). Una vez más, un juicio desproporcionado.

268 La cita interna acerca de que ‘la industria nacional ha venido desarrollándose con paso firme y seguro’ es de Abel Cruz Santos, Tomo XV, Historia Extensa de Colombia.

135 empresas industriales, pero ¿con qué capital? –podemos preguntar. ¿Cuántos obreros y en qué ramos de la producción, con qué instalaciones, en qué lugares ubicadas etc.? En el escrito sobre la Agricultura (1964, arriba referido, Mesa, basado en una preciosa (pero no plenamente justificativa) estadística recogida por el geógrafo alemán Otto Bürger en 1909, reporta que un 3 por ciento (67.000 hombres aproximadamente) de la fuerza laboral del país (de 1.971.000 hombres aprox.) eran obreros industriales. Justifica ese 3 por ciento tal entusiasmo y tales redondas, alborozadas afirmaciones? De esas 135 “empresas industriales” de 1916, si bien había algunas de buen calado y de perfil moderno, particularmente en el ramo de los textiles –y más que todo en el Departamento de Antioquia–, como la Fábrica de Tejidos de Bello que fundara entre 1903 y 1905 Pedro Nel Ospina o, por otra parte, Coltejer (1907) de Alejandro Echavarría o Tejidos Obregón (1910) de Don Evaristo Obregón Díazgranados en la ciudad de Barranquilla. Sin embargo, la mayoría clara de aquellas 135 empresas (descontadas las que acabamos de nombrar) no calificarían, bien vistas, como empresas modernas. Para ello hay que esperar unos años más y la emergencia de un clima general propicio que es lo que ocurre después de 1923. Y no es que Mesa no ponga matices, que ciertamente lo hace, como cuando dice:

“En el espacio, en el tiempo, en la composición étnica, en las bases técnicas, en la herencia cultural, en todo esto era diferente Colombia de los estados Nacionales en que durante los siglos XVI XVII empezó a desarrollarse la Edad Moderna” (p.128).

Lo reconoce y, sin embargo, acuciado por las determinaciones del modelo weberiano de racionalidad y por la necesidad de contar con una sociedad industrial, un mercado nacional y un capitalismo establecido sobre el cual habría de fundarse el modelo leniniano, socialista de sociedad, Mesa ve indicios firmes de todo ello y aún criaturas fuertes y prometedoras donde solo hay dispersos, heroicos, débiles y precarias realidades en comparación con lo que el México porfirista o la Argentina de los inmigrantes, por ejemplo, podían ya mostrar. Molinos de viento confundidos con gigantes sobre la campiña de la Mancha.

&

En conclusión, de este apartado destinado al análisis de los textos escritos por Mesa y personalmente llevados por el mismo hasta las prensas, los seis escritos que acabamos de presentar son claves, medulares para el objetivo de precisar una definición intelectual y política de este autor. Aunque la mitad de ellos corresponden al Mesa temprano –aún no había llegado a los 40 años– conviene saber que sus

convicciones sobre lo que era Colombia y lo que le convenía al país eran firmes y de varios modos persistentes, pues se ven reflejados en sus últimas publicaciones²⁶⁹

Su interés prioritario gira en torno a la construcción de la nación y el Estado modernos. Qué precio hay que pagar para obtener esta meta, en verdad no importa casi: el imperialismo, la condición colonial, los gobiernos fuertes y represivos, aún las dictaduras, son meros costos de poca monta, caja menor, frente al disfrute de un solo y enorme beneficio: una nación fuerte, un Estado nacional maduro. Las ideologías que proclaman libertades y reclaman derechos tienden a ser consideradas por Mesa como acciones “patéticas”, discursos “declamatorios”, gestos histéricos.

Un Porfirio Díaz, un Rafael Reyes, probablemente un Rojas Pinilla, y un Allende en Chile, en la mismísima medida en que fortalecieron en sus respectivos países el crecimiento de las fuerzas de producción y desarrollaron la infraestructura económica valen y se justifican. El aporte de López Pumarejo consistió en producir un ordenamiento jurídico que contribuyó a incorporar el agro colombiano al sistema capitalista. Los avances en el proceso de secularización, en la balanza de poderes, en la racionalización de la administración pública son componentes positivos y fundamentales de la modernización del Estado. La emergencia de una legislación obrera que reconozca la existencia y vigorice el estatus del proletariado es digno de reconocimiento y encomio. Y, por supuesto, la consolidación de la industria y consiguientemente de una clase industrial burguesa es el objetivo político estratégico y la condición necesaria para poder pensar en un ideal comunista.

Se diría que hay mucho de Hegel en este escenario en que el Estado es el motivo principal del paisaje social y político de las naciones que son y también de las que aspiran a ser. ¿Se perfila así Mesa como “el Hegel Colombiano?” Esta última percepción parece estar corroborada por los temas que, en función magisterial, en calidad de gran maestro, de expositor profesoral, de enseñante de juventudes, de académico docente configuran la otra gran faceta de Darío Mesa, la que hasta ahora es la que más se le reconoce, la que sus discípulos de la Universidad Nacional de Colombia han elogiado amplia y fervorosamente y que probablemente sea su más importante legado. Nos ocuparemos de ello en seguida.

269 Ver Carlos Uribe Celis (2010), Darío Mesa, *La revolución científico-técnica y el colapso del socialismo real*, *Revista Colombiana de Sociología*, Vol.33, No.2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, (Julio-diciembre de 2010). Ps. 129-132.

EL MAGISTERIO ORAL DE MESA

En esta sección haremos referencia a los textos que, una vez más, sus discípulos han recogido selectivamente, editado y publicado. Con la enseñanza oral hay, por supuesto, varios inconvenientes: no se recoge nunca todo lo que el Maestro expone. La selección puede ser un poco arbitraria, el autor al que se atribuye el escrito no es del todo responsable y, en últimas, no es *formalmente* responsable de los textos que aparecen bajo su nombre, pues hay mucho trabajo ajeno de edición sobre las grabaciones magnetofónicas y no es lo mismo hablar que escribir. Los autores firman sus escritos. Los textos de los seminarios o conferencias de Mesa que se han editado no están firmados por él. El generosamente los ha dejado ser, sin oponerse a nada de lo que allí se dice. Es un gesto que en todo caso sus discípulos sabrán agradecer cabalmente. Sabemos, por otra parte, que las ediciones son de varias clases: algunas fueron bastante privadas y de circulación meramente interna, otras aparecieron en publicaciones destinadas a un público externo como la Revista de Sociología o, aún, en forma de libro:

Seminario para el estudio de Carl von Clausewitz [1981] (2000)²⁷⁰

Este texto versa sobre la recepción de Clausewitz, el general prusiano de la resistencia contra Napoleón y gran teórico de la guerra moderna. Lamentablemente la transcripción existente cubre solo una de las conferencias de una serie de ellas (el seminario, como el título del texto declara). El tema aquí concernido es, pues, la recepción de Clausewitz en pensadores o políticos del siglo XIX y XX, y, en particular, de Bismark, Benedetto Croce, Lenin, Carl Schmitt, Giovanni Gentile. Entendiendo que se trata de un seminario, cuya unidad la confiere no una sesión sino un encañamiento a través de todo un ciclo de sesiones, este escrito específico publicado en el año 2000 luce algo disperso y asistemático. Sin embargo, destaca en el texto la ya reconocida condición académica de Mesa como un hombre enterado, como un académico de amplias lecturas y como alguien muy atento al movimiento del

270 Darío Mesa (2000), Seminario para el estudio de Carl von Clausewitz. *Revista Colombiana de Sociología*. (Volumen V-1, 2000). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Ps.11-27.

pensamiento europeo en el siglo XX. En un país aislado como fue Colombia, en general, durante el siglo XX (hoy algo menos por obra y gracia de las tecnologías de la información) Mesa brilla entre sus pares por la cobertura vasta y esmerada de su conocimiento en el campo de la ciencia social y del pensamiento político mundial.

Pero no puede bastar este reconocimiento (aunque para muchos haya sido suficiente, ya lo dijimos). Lo interesante al estudiar críticamente a Mesa es que siempre sale a la luz una línea de pensamiento. Qué relieves, por ejemplo, Mesa en Clausewitz? Por qué es importante para él este autor? Qué nos puede aportar? Clausewitz es atendible para Mesa, en primer lugar, porque sentó las bases del ejército nacional prusiano, antes de que Bismark, quien consultó a Clausewitz, apuntalara el edificio de la unidad alemana, de la nación alemana y de su mismo ejército nacional. En suma, Clausewitz prepara a Bismark y lo anticipa. Son héroes del *Nationsbildung*, de la construcción de nación. Y cómo se hace una nación? Bismark lo proclamó, dice Mesa en una frase de traducción literal: “Por el hierro y por la sangre”(p.15), es decir, mediante la violencia. Mesa cita un consejo de Bismark a un príncipe coronado de la China ante una pregunta del príncipe: ¿qué hacer para sacar a China de la miseria en que se encontraba? Bismark es reportado diciendo: “Cree un ejército. Sin ese ejército usted no podrá pretender nada” (p.15). Cura para la miseria, entonces: fortalecer el Estado. No es un azar que Mesa traiga este aserto a colación. Está plenamente en consonancia con su línea de pensamiento.

En otro pasaje de su discurso Mesa remite a Carl Schmitt, el ideólogo nazi, para quien la voluntad del Führer era toda la nación alemana. Algunas precisiones sobre el teórico alemán, aunque Mesa no se detenga en esto, no vendrán de más: Carl Schmitt (1888–1985), católico y antisemita declarado, sostiene la teoría del gobierno, entendido como Estado de Excepción, es decir, asumido bajo la suspensión incontrolada de los derechos ciudadanos en nombre de la conservación del Estado y de la nación y dirigido al empoderamiento absoluto del gobernante. La política se funda sobre la venganza y el odio contra el “otro”. La política es el campo del antagonismo: amigo–enemigo como la moral es el campo de lo bueno frente a lo malo. La venganza y el odio, fueron las pasiones que el nazismo cultivó, suscitó y alimentó en el pueblo alemán y sobre las que plantó sus banderas y perfiló su mitología. La venganza es un sentimiento genuino de la masa, piensa Schmitt, y el gobernante debe elaborar sobre esa pasión. La política schmittiana es el campo de la ideología de la fuerza por la fuerza, de la guerra del Estado, del narcisismo estatalista, de la histeria nacionalista y del “mito” del héroe en el poder (el Führer).

El estado liberal pluralista democrático es, para Schmitt, la pérdida de la nación (o de la “comunidad”, como pregonaba Schmitt). Su remplazo insoslayable es la Dictadura (la dictadura fascista). Schmitt simpatizaba con la católica y fascista España

del General Francisco Franco. Hace del español ultraconservador del siglo XIX Donoso Cortés uno de sus mentores ideológicos. En la misma línea de pensamiento hispanófilo celebra la lucha “partisana” de España contra Napoleón, y deriva de ello una rápida teoría de los movimientos guerrilleros y de la guerra de guerrillas.

Ninguna caracterización de Schmitt en tal sentido, según dijimos, encontramos en Mesa. Solo admiración y loas por su exaltación de la fuerza y del poder del Estado. Schmitt, refiere Mesa, se desencantó del liberalismo de la República de Weimar que hace concesiones a los socialistas, que se traga la humillación de la derrota en la Primera Guerra y que convive con las imposiciones de los Aliados en el Tratado de Versalles. Mesa no se arruga ante semejante ideología de la fuerza en manos del Estado y de su representante absoluto: el Führer, un Führer cualquiera, en Alemania, en Colombia, en la China o en donde se quiera. Si el Estado está a salvo, todo va bien. Un esfuerzo denunciante en tal sentido recibe de Mesa, según he dicho anteriormente, los calificativos de “declamatorio”, “sentimental”, “romántico” y “patético”, términos con los que califica a quienes se apartan de su concepción estatalista.

Pues el Estado es la realidad suprema desde Hegel hasta Mesa pasando por Bismarck, Stalin, Hitler. No obstante, a este propósito, en 1958 Mesa había asumido la crítica a Stalin y a sus métodos policivos y estaba de acuerdo con la pluralidad de las formas de lucha, que involucraba la aceptación de la diversidad en el horizonte de condiciones camino al socialismo, es decir, que Colombia no tenía que ser idéntica a Rusia ni contar con idénticas condiciones para hacer la revolución, pero aun así podía hacerla. Lo que no cambiaba era la ideología del papel del Estado. Mesa no se detiene en consideraciones sobre la geopolítica de pequeñas naciones y por tanto de pequeños Estados frente al dominio y al terror imperialista, ni se plantea la precariedad de las formaciones burguesas y proletarias en estos países, lo que Gunder Frank llamó lumpenproletariado y lumpenburguesía. Y completándolo pudiéramos decir Lumpen-Estados. La palabra “imperialista” no hace parte del léxico de Mesa, no se la encuentra en ninguno de sus textos. Colombia, tal como aparece, puede, a su juicio, convertirse en un gran Estado. Ignora que ni el capitalismo salvaje ni el socialismo harían grande a un Estado pequeño. Podría hacerlo opresivo y brutal, pero no grande. La Rusia staliniana fue brutal y grande. No era posible hallar esa combinación abrumadora en este lado del planeta. He ahí un ángulo que Mesa no contempla.

Max Weber y los marxistas (1988)²⁷¹

Un crítico de la orilla marxista en los años 60 definió a Mesa como un “dómine de bibliografía”. Críticas como esta pueden con efecto de boomerang transformarse en loas. Este texto de 1988 es una excelente pieza de referencias de autores y publicaciones sobre un tema específico al mejor estilo de Mesa. Se diría que allí el colombiano, siempre tan versado en las actualidades del pensamiento europeo –y particularmente ruso– se halla en su salsa. En efecto, Weber y Marx son las más solitas y estudiadas referencias en la vida académica –y política– de Darío Mesa. Estamos aquí ante un enjundioso recorrido por el pensamiento y la academia marxista del siglo XX en lo concerniente a la obra de Max Weber. Empieza el inventario por Lenin que refiriéndose a artículos de Weber sobre la Revolución Rusa de 1905, despectivamente, según relata Mesa, trata a Weber de “sabio” y de “erudito”, todo con ligereza de “simple polémica panfletaria” (p.27). Quizá sea esta la única vez –y justo en defensa de Weber– que Mesa se refiere a Lenin en tono tan severo. De otro lado, el marxismo ortodoxo criticó a Weber, de un lado, su subjetivismo kantiano (contra el empirismo leniniano del Reflejo), de otro, su formalismo de tipos ideales alejado de la búsqueda de leyes sociales y, además, la creencia en la inestabilidad de la realidad social (contra la firmeza de las tipificaciones marxistas que no dan lugar a ambigüedad: burgués es burgués y proletario es proletario).

Pasa Mesa revista con impactante erudición a las múltiples publicaciones periódicas soviéticas y de la Cortina de Hierro en sus puntuales referencias a la obra de Weber desde 1906 hasta 1962. Da cuenta en cada caso del *locus* y del giro específico del comentario crítico o de la aceptación llana (más escasa) de los trabajos de Weber en la URSS. No se deja de lado en el recuento las tesis de grado y ciertas publicaciones menores. Parece el trabajo de recopilación de toda una vida hecho por un coleccionista obsesivo y minucioso de piezas exóticas. Allí está también la recepción de Weber por marxistas italianos como Lucio Coletti o de alemanes como Rudolf Hilferding y, más tardíamente, por Ernst Bloch y la Escuela de Frankfurt. No falta la recepción en Francia –Raymond Aron, André (quizá quiso decir: Henry) Lefevre, y Maurice Merleau Ponty. De Inglaterra cita a Anthony Giddens. Y de Hungría, en fin, a Georg Lukács y a su discípula y secretaria Agnes Heller, que desarrolla, extrañándolo de Weber, el tema de los Valores.

Se detiene Mesa para terminar en el drama de Lukács –quien fuera en Heidelberg discípulo del propio Weber y luego uno de los más eximios marxistas del siglo XX.

271 Darío Mesa (1988). Max Weber y los marxistas. *Revista Colombiana de Sociología* (Volumen 6 –1). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Ps.27–35.

Lukács es víctima de la censura soviética y del marxismo ortodoxo. Es expulsado del partido y luego readmitido, castigado y respetado sucesivamente.

“Es entonces también – se queja Mesa sobre la suerte de Lukács– cuando se le acusa de subjetivismo, de kantismo, de weberianismo, que era lo peor de que podría ser acusado un intelectual” (p.34).

Y bien, hay que admitirlo, no era la misma acusación que cierta izquierda dogmática en Colombia pudo haber extendido a Mesa en los años 70, sesgada o exageradamente, visto desde la distancia?

La Revolución científico-técnica y la caída del socialismo real [1991] (2010)²⁷²

En otro lugar (Uribe Celis (2010)) –y a propósito de la reciente edición del libro de ese seminario hecho por Mesa en 1991– hemos tratado directamente el contenido y las formas de este producto. Por fuerza seremos aquí sucintos en el comentario, inevitable por demás. La tesis central de Mesa que ofrece como explicación para la caída del socialismo real es las fallas en la productividad, es decir, en el desarrollo de las fuerzas productivas.

No cabe duda de que de esta manera Mesa está encontrando una oportunidad excelsa para recuperar el hilo de su discurso de los años 50, cuando su énfasis en la puesta a punto de las fuerzas productivas era condición necesaria para el salto al socialismo. Quien acusara a Mesa de weberianismo tendría en este punto un muro limitante. Mesa vira hacia Weber después de su visita a Alemania en los tempranos años 60, pero no cambia de pensamiento, solo incorpora –de modo importante y significativo– una nueva temática. Quizá ese sea el real aporte de Mesa en la ciencia social colombiana: la conjunción de Marx y Weber, pasando por supuesto por Hegel, a quien estudia con dedicación y cuyo dogma del Estado profesa.

Mesa representa en Colombia la médula clásica de lo que Parsons llama el idealismo alemán orientado a la ciencia social: Kant, Hegel, Weber (Parsons (1971)). Pero por la vía de Hegel deriva naturalmente hacia Marx y asume el socialismo como un ideal. El proceso real del socialismo en el siglo XX, erizado de obstáculos, polémicas, logros espectaculares, tragedias y monstruosidades ingentes y pasmosas, solidaridades, deserciones, entradas y salidas fueron su paraíso intelectual y acaso su

272 Darío Mesa ([1991] 2010), *La revolución científico-técnica y el colapso del socialismo real*. Bogotá: Editorial La Carreta.

calvario político. Más paraíso o más calvario, solo el lo sabe. Estudió ruso para conocer de primera mano el desarrollo del destino socialista. Otros en Colombia pudieron sumergirse en esa lengua, porque cursaron estudios universitarios en Rusia o por otras razones, pero nadie se interesó con igual persistencia y voracidad en seguir el paso y el pulso de esa revolución, a vivir actualizado en sus movimientos y vicisitudes.

El diagnóstico de Mesa sobre el fracaso del socialismo se resiente de eficientismo, esa ideología del último capitalismo, enloquecido más que por la productividad, por la rentabilidad, aspecto que Mesa no toca. Calidad total y eficiencia en el último cuarto del siglo XX son hijos del taylorismo de principios de siglo. La tecnología (las fuerzas productivas) es la otra faceta de esta máquina impulsora, el motor, del capitalismo. No acaba uno de encontrar en Mesa la crítica definitiva al capitalismo. Solo interés por su desarrollo cabal, el camino al final del cual se encontraría la ciudad soñada. Es un poco como el Marx del Manifiesto Comunista que se deshace en elogios sobre la burguesía. Pero no se vislumbra en el pensamiento de Mesa, aunque su conocimiento no se ponga en duda, el paso que dio Marx a *El Capital*, la crítica verdadera al capitalismo y a su demiurgo: la clase burguesa.

Mesa se queda en el elogio del Estado burgués y al final rehúye la crítica, para no hablar de que relega, tal vez con razón, el ideal socialista de los comienzos. Todo esto es paradójico para ser dicho de un fiel confeso del comunismo y de un cumplido estudioso de Marx y de Lenin, pero no podemos expresarlo de otra manera.

Estado, Derecho y Sociedad. Seminario sobre la *Filosofía del Derecho de Hegel*. (1993)²⁷³

Estamos ante otro de los libros editados por discípulos de Mesa (con incidencia coautorial secundaria de otros participantes) en relación con un Seminario dirigido por el Profesor Mesa a principios de los años 90. Mesa aparece aquí como un expositor sistemático del libro de Hegel sobre el Derecho. Quizá no sea el resultado de un especialista (filósofo) en el tema, pero es indudable que el esfuerzo de Mesa es digno de toda consideración porque Mesa se ubica con pleno conocimiento en el ángulo de la sociología política, porque su intención didáctica es de gran valor en el

273 Dario Mesa (1993), *Estado, Derecho, Sociedad (Seminario sobre la Filosofía del Derecho de Hegel)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

medio académico en que el evento tiene lugar (las escuelas de Derecho y Sociología de la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá)) y, finalmente, porque Mesa expone desde el texto original de Hegel en alemán, lo cual es garantía de mayor fidelidad al pensamiento mismo del filósofo teutón en un medio, Colombia, más bien refractario a la lengua de Lutero y Goethe.

Para empezar, como podría esperarse –de acuerdo con el desarrollo del análisis que hemos hecho hasta aquí– Mesa es taxativo y tajante sobre lo que se propone en el Seminario:

“lo que me interesa de manera fundamental –asevera en la inauguración del Seminario– es indicar cómo, a mi ver, este texto [*La filosofía del Derecho* de Hegel] es una directriz para la construcción del Estado en general y, en particular, para construir el Estado en un país que experimenta situaciones como esta en que nosotros estamos” (p.9).

Mesa señala a continuación que la situación presente de Colombia tiene analogías con la que vivía Alemania cuando Hegel escribió su libro (1821) y con la que viven los propios países de la (Ex-)Unión Soviética. Y, de entrada, reivindica polémicamente a Hegel como un pensador independiente y no como un apologista del Estado prusiano, como se le ha considerado siempre.

En sustancia, Mesa avanza la tesis de que el Derecho y la Moralidad solo se sostienen cuando gracias a la acción de un Estado la norma jurídica se interioriza para convertirse en Ética (eticidad), es decir en “costumbre”, en “*habitus*”, que devienen como una segunda naturaleza para el sujeto. Evidentemente la norma (con su carga de coacción) se confronta con la libertad del individuo y con su fuero interno (Moralidad), pero desde Hegel se afirma contundentemente que “la libertad del individuo es la libertad del Estado” (p.16). En otras palabras, la única libertad real es la que proviene de someterse a la normatividad del Estado. Esto es, para Mesa, realismo, aceptación de la realidad y del presente. Lo demás es subjetivismo y romanticismo, “deber ser” utópico, en vez de “ser” real: “Una teoría [...] del deber –dice Hegel en expresa cita de Mesa– no puede ser distinta del desarrollo de las relaciones [...] que están en el Estado” (p.188).

El Estado, por otra parte, para Hegel –añade Mesa– no es como creían los teóricos del Contrato Social –y, en particular, Rousseau– el efecto de un contrato, porque en el contrato los contratantes tienen voluntades coincidentes y están en pie de igualdad. En cambio, con el Estado nos hallamos ante una voluntad superior no equiparable a la de los individuos o sujetos y ante una misión que, podemos añadir nosotros, es encarnación del Espíritu Absoluto. Rousseau es para Hegel, un román-

tico, un populista, como hoy se diría. El Estado, además, es el garante de la moral, la impone. Sin Estado no hay moral:

“la mayor invención del hombre –sostiene Mesa– fue el Estado, porque sin él probablemente las comunidades no hubiesen persistido” (p.116).

Como Hegel contradice a Rousseau también se opone, además, a Beccaria. Cesare Beccaria (1738–1794), precisémoslo para beneficio del lector, formuló las bases del Derecho Penal moderno. Partiendo de la teoría del Contrato afirma que el crimen es una violación del Contrato Social y que la sociedad debe actuar para penalizar la violación, pero la pena debe ser en todo caso proporcional al delito. En la premodernidad las penas eran arbitrarias, desproporcionadas e irracionales. Beccaria se opone a la tortura y, en particular, a la pena de muerte, a nombre de que la vida de otro no pertenece a nadie, ni al soberano ni al Estado. Desarrolla el principio de la prevención del delito a través de la pena y sostiene que la certeza del castigo previene más el delito que la intensidad del castigo mismo. En suma, en Beccaria hallamos una humanización del Derecho Penal y una rehabilitación de los derechos individuales frente a la soberanía monárquica o estatal. Hegel, por el contrario, defiende la superioridad del Estado y su poder regulador y organizador de la sociedad civil. El Estado así, por ejemplo, es libre de imponer la pena de muerte cuando lo cree necesario.

Vinculada orgánicamente a esta concepción del poder superior aparece, por otra parte, en Hegel la concepción del Héroe como creador, como generador de Estado. Mesa reliva también este punto. Ese héroe, ese individuo carismático, mesiánico, está por fuera del Derecho y por tanto de la obligación, de la ley. Se mueve en el plano del *Unrecht*, del No-Derecho. Aquí –observémoslo nosotros, Mesa no lo hace– descansa evidentemente la concepción schmittiana de la idea del Estado de Excepción y del Soberano desprendido de la ley y como una Voluntad Absoluta en momento de crisis, cuando la operación de crear Estado se torna supuestamente imprescindible para que la sociedad no perezca. De esta manera, Schmitt justificaba la permanencia de Hitler y la “legitimidad” del régimen Nazi. La elaboración de Schmitt es, pues, de raíz hegeliana. Por su parte, a propósito, Mesa, en breve referencia remite a Gramsci para quien, Mesa lo acota, la “estadolatría” se justificaba en períodos de formación de la sociedad civil (p.193).

Pasando a un plano vernáculo, exalta Mesa la alianza de Núñez y Caro, en el contexto de la formación del Estado Nacional Colombiano. Serían, quizá, una metamorfosis del Héroe en el nivel local y su progenie reconocida sería la Constitución de 1886. En concreta referencia al presente, además, Mesa adelanta este diagnóstico esperanzado y esperanzador, mas probablemente iluso:

“El Estado se está formando en Colombia de manera evidente [...] el problema de la justicia se afronta, el ejército es cada vez más institucionalizado, el saqueo del Estado se limita cada vez más, etcétera” (p. 306).

Todo esto suena extraño hoy y era excesivo en los años 90 del siglo pasado (1993, más precisamente, cuando Mesa dictaba sus conferencias). Lo que ocurre es que Mesa, obsesionado por su idea hegeliana del Estado, que apuntala con propósitos comprensibles de Lenin para Rusia, 20 años antes de la revolución bolchevique, ve en los políticos colombianos proyectos grandilocuentes sobre la conformación del Estado y no ve intereses determinados, personales (o de grupo o de clase) por la búsqueda del poder y por las relaciones del poder en circunstancias específicas de la historia local.

Percibe Mesa una Colombia capitalista y moderna como producto de la voluntad de nación, cuando lo que en realidad existía era una irrecusable absorción del país en la esfera del capitalismo mundial, el “sistema-mundo” como diría Wallerstein, bajo la égida del polo inmediato de atracción sistémica que eran, que son aún, los Estados Unidos de América.

Que las burguesías locales no existen? No decimos eso. Existen y establecen las industrias que son capaces al compás de la expansión capitalista mundial imperialista. Más que de un gran Estado y una gran nación, ellos van en busca de la ganancia y al socaire del “fetichismo de la mercancía” y, de paso, ejercen el poder desde un Estado, por fortuna no siempre tan absoluto ni tan “heroico”, como lo quisieran Hegel, Schmitt, y algunos politólogos criollos. Un Estado, en cambio, con claras alineaciones y con rupturas y contradicciones como lo vio Marx. El desarrollo de las Fuerzas Productivas del capitalismo mundial contagia a Colombia, pero esto no garantiza ni un Estado autónomo ni advenos de albores de revolución social alguna.

“La Revolución científico-técnica y la universidad” (1974)²⁷⁴

Se trata de otra conferencia dictada por Mesa en el año de 1974 en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. La conferencia, dictada para físicos e ingenieros, fue grabada y transcrita por un atento oyente y luego circulada en copia mimeográfica. La Revolución Científico-técnica es, como se sabe, la continuación en el siglo XX de la Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX, que, a su vez, emerge como prolongación natural de la Revolución Científica de los siglos

274 Darío Mesa (1974), La revolución científico-técnica y la universidad. [Conferencia – Manuscrito].

XVI y XVII. Esta Revolución Científica tiene en Galileo, Descartes, Francis Bacon y Newton las columnas estructurales, arcos torales, cúpulas, bóvedas y pináculos de la imponente catedral gótica del conocimiento renacentista, punto de arranque de la ciencia moderna y de la modernidad en general.

La Revolución científico-técnica del siglo XX, como podía observarse en 1974, comprendía los desarrollos de la producción en serie (la *assembly line*) de Henry Ford y la mecanización de casi todas las actividades prácticas del hombre mediante una cascada de grandes y pequeños descubrimientos que condujeron al despegue y explosión masiva de la sociedad de consumo. La culminación de todo este proceso fue, por una parte, la carrera espacial ruso--usa--americana cuyo premio, para 1974, ya habían cobrado los usa--americanos. Y, por otro lado la revolución informática-cibernética cuya expansión consumista apenas ensayaba sus primeros pasos para la fecha de la conferencia.

En este discurso se ocupa Mesa de un tema caro para él y ya de antiguo por él frecuentado: la productividad del trabajo. Se ocupa así mismo de otros asuntos correlacionados con este tópico como la mecanización desbocada o el uso intensivo del capital, la calificación del trabajador (lo que más tarde impropriamente se llamó “capital humano”); las economías de escala, que Mesa refiere como la necesidad o el requisito de “grandes espacios económicos” para producción en condiciones de elevada productividad y de alta competitividad. Enuncia también el incremento del mercado masivo en consonancia con la expansión del capital financiero (la generalización del crédito de consumo) y, por supuesto, la tecnologización de la producción, fenómenos estos últimos que Mesa congrega bajo el nombre de “complejos tecnológicos”. Finalmente aboca el tema del desarrollo de la ciencia para la producción y, añadiríamos nosotros, para el dominio (militar, carrera espacial, neocolonización, etc.). Si bien nuestro autor circunscribe su tratamiento a la relación ciencia-universidad. Los temas del neocolonialismo y el imperialismo típicamente lo dejan indiferente.

La clásica descripción de las fases del desarrollo de la técnica como herramientas, aparatos y máquinas es traída a colación junto con la periodización de este avance en la Edad Moderna con recurso a los materiales predominantes: agua y madera, primero, en el período de los descubrimientos y la circunnavegación del Globo (Siglos XV-XVII). Después, el hierro, como resulta en la primera Revolución Industrial (siglo XVIII) y más tarde el acero (siglo XIX), para desembocar en el plástico, la silicona, etc.

Se preocupa también Mesa por establecer la distinción entre técnica, tal como acabamos de referirla y tecnología que el define como “todos los procedimientos que conducen a hacer que esa técnica sea más eficaz”. Y entre esos procedimientos

destaca dos en su orden cronológico: el taylorismo: “tecnología con una concepción autoritaria del mando... [donde] el obrero no debe pensar [bajo el eslogan]: “Trabaje. No piense”. El taylorismo es, como se sabe, una innovación de los años 20 y 30 del siglo XX. Con el desarrollo de la computación en la segunda mitad del siglo insurge otra innovación tecnológica: la tecnología del *feedback*, la retroalimentación, lo que suscita ciertas correspondencias sociales y políticas. Se complementa este panorama con tres temas sociológicos: primero, la tecnificación del campo (revolución agraria), que es un sucedáneo del desarrollo industrial, fabril, urbano, como Mesa lo ve: “las reformas agrarias –dice sentenciosamente– se hacen primero en las ciudades y luego en los campos”. Un segundo tema es el del desempleo funcional generado por la mecanización –o aún robotización– de la producción tanto en el campo agrícola como en los centros urbanos de producción, lo que se compensa relativamente con el crecimiento del Tercer Sector, el de los servicios.

Mesa aporta datos estadísticos correlativos para Estados Unidos y Rusia. Y un tercer tema, en fin, el de la educación del pueblo, al influjo de las exigencias por las nuevas formas y niveles alcanzados por la evolución de las fuerzas productivas. El conferencista, a la postre, dirige la vista al desarrollo de la ciencia como sustento de los avances técnicos. De aquí pasa a destacar el papel de la universidad en su calidad de nicho natural del cultivo científico. Finalmente, el horizonte que acompaña este camino no es otro que la nación misma en construcción: *Nationsbildung*. En Colombia la construcción de la nación ocurre en contextos de “debilidad”. En Colombia el Estado es débil, las clases son débiles, el capitalismo es débil. Tal una apretada síntesis de los contenidos de la conferencia.

Se pueden detectar paralelamente, al leer con ánimo crítico, varios puntos discutibles. En la entrada misma del discurso Mesa se refiere a Lenin diciendo que “el hecho decisivo para la superación del capitalismo habría de ser el mayor ritmo de productividad que tendría que alcanzar el socialismo”. Se trata de un aserto desproporcionado. El socialismo, si era algo para Lenin, y para Marx, era una transformación en las relaciones de producción, en el régimen de propiedad y en el control de la fuerza y el poder del Estado. No se trata de pretender que Mesa ignora el punto, pero sí de resaltar su proclividad a enfatizar –a menudo exageradamente, como en este lugar– el factor material de las fuerzas de producción y, como se ha ilustrado copiosamente, la fuerza del Estado y, para mayor singularidad, del Estado capitalista, en primera instancia.

A las pocas frases Mesa afirma rotundamente: “todo esfuerzo económico en cualquier sociedad se reduce al ahorro del tiempo”. Lo que evidentemente no es cierto de esa forma tan absoluta ni en el precapitalismo ni en la Modernidad. La concepción del tiempo en sociedades precapitalistas obedece a pautas distintas del *Time*

is money frankliniano. Las estructuras megalíticas de los egipcios o la arquitectura de Machu Picchu en el imperio incaico evocan trabajo ingente lejos de la pauta del ahorro del tiempo. Y el socialismo novecentista y del siglo XX, por ejemplo, involucra de manera prioritaria el problema de la distribución del producto antes que el afán del eficientismo y la productividad. El estalinismo sacrificó varias decenas de miles de hombres entre la guerra y la “construcción del socialismo”. Esto no se puede considerar un ahorro de tiempo de trabajo sino todo lo contrario: la destrucción y la condena a la improductividad de muchas horas hombre de trabajo.

Otro problema que Mesa desatiende es el del desempleo crónico resultante de la mecanización, de la robotización en el capitalismo tardío, la llamada “brasileñización” o “precarización” del trabajo en Alemania de finales del siglo XX, tematizados por Ulrich Beck en *Un nuevo mundo feliz* (2000) y por Jeremy Rifkin en *El fin del trabajo* (1995). En 1974, cuando Mesa hacía su conferencia, el desempleo podía no tener las proporciones de hoy, pero era una posibilidad lógica de la mecanización a ultranza y solo una fe resuelta en las bondades de la tecnología, nos hace ciegos a sus desventajas. Mesa cita el eslogan productivista: “Producir más, en menos tiempo y a menor costo”. Lo avala como una necesidad del presente. Pero tampoco se cuestiona sobre un corolario del producir a bajo costo: los salarios de hambre, la maquila multinacional en el Tercer Mundo, la inequidad de las condiciones laborales y de la distribución de la riqueza en la era de la productividad.

Afirma de paso –y esto es una mera minucia– que a partir del siglo XVIII la ciencia guía la técnica. En realidad la primera revolución Industrial es hecha por artesanos industrieros. Es el caso de James Watt, el inventor de la máquina de vapor (“un joven constructor de instrumentos de Glasgow”) y el caso de otros inventores del tiempo de Watt. La ciencia empieza a ser la guía de la invención solo en la segunda mitad del siglo XIX en campos relacionados con la electricidad y con la química²⁷⁵.

En relación con la tecnología del *Feedback*, Mesa hace una derivación sociológica a la vez ingeniosa e ingenua. La tecnología del *Feedback* está vinculada no solo a la informática, de donde puede tomar el nombre, pero antes que eso se relaciona con la ideología del Control de Calidad en la fábrica japonesa ligada a los nombres de Kouro Ishikawa y de William Edwards Deming, quien enseñó el Control Estadístico de Procesos (PSC) en Japón desde los años 50 y contribuyó así de manera decisiva

275 Ver John D. Bernal (1973). *Historia social de la ciencia* (Tomo I). Barcelona: Ediciones Península. Bernal afirma: “Los mecanismos de los siglos XVIII y XIX fueron combinaciones de antiguos principios más que aplicaciones de la nueva ciencia, como serían los del siglo XX; consiguientemente ni recibieron mucho de la ciencia ni tampoco contribuyeron gran cosa a ella” (P.456).

al movimiento de la Calidad Total en la empresa. Mesa asevera que la tecnología del *Feedback* es un factor democratizante y da lugar a una sociedad democrática.

Dediquemos una reflexión a este “axioma”, para usar una categoría de la sociología de Giambattista Vico. Como resultado de la ideología de la Calidad Total y del Control de Calidad y facilitado por la práctica japonesa de asumir la empresa de trabajo como un segundo hogar con el que el trabajador se identifica y lo incorpora a su propio proyecto de vida se fue dando el paso a dos procesos de organización del trabajo: la rotación de funciones y el estímulo a la participación colectiva en todo el proceso de producción desde el diseño del producto hasta su empaquetamiento previo a la distribución en el mercado. Todos los trabajadores están obligados a tomar la producción como cosa propia, como si fueran los dueños de la empresa y a producir un producto sin tacha como si tratara de arreglar su propia casa o cocinar su condumio. La jerarquía entre gerentes y tropa laboral se borraría en el mismo proceso de producción, dados los postulados de organización intraempresarial que hemos descrito.

Mesa no expone estos intrínquilos de la ideología de la Calidad Total de raigambre japonesa, pero, consciente de aspectos relacionados con ella como la inversión de jerarquías en el proceso de producción, específicamente en lo atinente a la mejora de la calidad del producto para la competencia, concluye que la calidad Total –o la “tecnología del *Feedback*, como él prefiere decir– tiene un efecto democratizante en la sociedad, una conclusión sociológicamente ingeniosa, pero básicamente optimista y, en último análisis, ingenua, pues, como todos sabemos –y, por supuesto, también Mesa– la estructura misma de poder y de propiedad bajo la “calidad total” capitalista permanece intacta y refractaria a todo cambio en la empresa tanto como en el sistema socio–político global.

Otro aspecto, entre los abordados por Mesa en su discurso, tiene que ver con la superación del antagonismo ciudad–campo y con el binomio trabajo manual–trabajo intelectual, al compás de la industrialización del campo y del ascenso en los niveles educativos de la población estimulados por las exigencias de la mecanización y al par de la rotación de funciones en el interior de la fábrica. Mesa postula que la superación de esos antagonismos son un derivado o un efecto de la revolución científico–técnica.

Nos parece que no es así. En el mejor de los casos lo que se produce es un cambio hacia arriba de umbrales y techos de los niveles del antagonismo, en el sentido de que el trabajo intelectual estratégico hoy, el que tiene que ver con los descubrimientos de punta que conducen a inventos patentados, a derechos de autor (*copyrights* industriales) y a propiedades intelectuales y empresariales siguen correspondiendo

a una élite privilegiada tanto de propietarios como de científicos (“intelectuales”, puede decirse) en tanto que los procesos prácticos de la producción están sujetos a las ideologías de la calidad total con su tufillo seudo–democratizante, nunca invasivo de la propiedad auténtica y legal que es la condición de la acumulación de las ganancias o de la plusvalía, como dijera Marx.

Una nota final sobre la tesis de la “debilidad del Estado” a la que Mesa adhiere. La politología del siglo XX en países violentos como Colombia hizo de esta tesis su caballo de batalla. El estado es débil, por eso existe la violencia, dicen los que sostienen esta tesis, que son casi todos los politólogos alrededor. La solución es un Estado fuerte, sea que se entienda como monopolizador de la fuerza en el sentido hobbesiano o como organizador racionalizante en el sentido weberiano o como agente de la eticidad en el sentido hegeliano. Pero no es así. La violencia no resulta omnímodamente porque no hay Estado o porque el Estado es “débil” o porque no hace presencia en ciertas regiones sino porque el Estado y las clases que lo han sostenido son agentes violentos ellos mismos y han tenido fortaleza suficiente para resistir muchos desafíos y muchas tempestades durante el siglo XX y porque sus ideologías socializantes en las que se legitiman son dogmáticas, intolerantes, excluyentes y en últimas avasalladoramente violentas²⁷⁶.

Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político ([1990] 2014)²⁷⁷

Este texto: *Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político* (MAC para abreviar), es el último publicado de Darío Mesa y corresponde al esfuerzo editorial que hicieron sus alumnos por dejar en libro la labor docente del maestro. En este trabajo Mesa regresa a la historia de Colombia, que fue su tema preferido en los comienzos de su trayectoria académica con Treinta años de nuestra historia, Colombia después de Panamá, El problema agrario en Colombia: 1920–1960 y otros que hemos reseñado antes en este estudio.

276 Ver Carlos Uribe Celis (1992), *La mentalidad del colombiano*. Bogotá: Ediciones Alborada–Editorial Nueva América. Ps.134–163.

277 Darío Mesa ([1990] 2014), *Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Este libro recoge las conferencias de Darío Mesa sobre el tema en el Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, impartidas en un seminario producido durante el año de 1990. El sociólogo Wilson Ladino por propia iniciativa recogió el discurso del conferencista en grabaciones magnetofónicas, realizó las transcripciones y fue activo en la preparación del libro. Inexplicablemente Ladino no aparece mencionado en la edición (salvo en unas entradas del apartado sobre Caro político).

La tesis central del texto presente es que Miguel Antonio Caro fue un impulsor temprano del proyecto de establecimiento del Estado Nacional en Colombia. Difícilmente podía salirse Mesa del marco que campea en buena parte –y la más importante– de su visión de la historia del país. Es desde esta directriz interpretativa que puede juzgarse el libro que ahora analizamos. La tesis expuesta es una lente que colorea, ilumina tanto como oscurece y selecciona tanto como sesga la presentación de la obra intelectual y política de Caro.

NÚÑEZ Y CARO: tal vez no haga falta decir que Caro apuntaló con nervio polémico, es decir, de combatiente político, tenaz, feroz, indeclinable y brillante, el propósito de Rafael Núñez de liquidar el radicalismo liberal federalista, que dividió al país en muchos conflictos intestinos, guerras civiles, facciones, conspiraciones, mesnadas semif feudales en armas y golpes de estado. Núñez se inició como liberal federalista en Cartagena, su tierra natal, al lado de Juan José Nieto y del Supremo venezolano Francisco Carmona, uno de los cabecillas de la llamada Guerra de los Supremos o de los Conventos en los años 40 del siglo XIX. Luego, Núñez figuró entre los radicales y, finalmente, cambiaría de bando y se aliaría con los defensores de la religión, del Papa integrista Pío IX y del antimodernismo. Vargas Vila, liberal radical, describió a Núñez con estas frases: “fue sereno y vidente a la traición. No tembló en hacerla y no la negó nunca [...] Implantó la religión católica; y permaneció fuera de ella. Vivió y murió ateo [...] Impuso su traición y su Querida y forzó el mundo a adorarlas. Y los conservadores vivieron del producto de esas dos prostituciones y engrasaron de ellas”²⁷⁸. Miguel Antonio Caro fue el conservador elegido por Núñez para llevar a cabo su meta de dar al traste con el radicalismo²⁷⁹. Los dos tuvieron éxito en el empeño. Al final, satisfecho con el resultado, Núñez dejó a Caro hacer lo suyo, es decir, conservatizar el país, como si no le importara más que la venganza, al decir de Vargas Vila: “incapaz de amar el Poder por el Poder, no lo usó sino para la venganza”. Entonces Núñez se retiró a su casa de El Cabrero en Cartagena y dejó a Caro gobernar *in absentia*.

Esta faceta de Caro, aunque da algunas puntadas sobre ella, al final le es ajena a Mesa, porque solo ve a Caro como un pionero del Estado Nacional, que no es seguro que fuera un propósito consciente de Miguel Antonio Caro, independientemente de su idea de “unificar” a Colombia como una gran parroquia de fieles obedientes bajo el báculo de un pastor disciplinario y culterano, lo que el mismo era. Porque

278 José María Vargas Vila (1995), *Los césares de la decadencia*. Bogotá: Planeta. Ps 69–71.

279 Vargas Vila pinta a Caro con estas palabras envenenadas: “Caro es un déspota por temperamento como otros lo han sido por ocasión [...]; hay dos cosas inseparables de él: la Tiranía y la Gramática; y hay dos cosas que le son absolutamente imposibles: hacer un buen gobierno y un buen verso [...]; no ha tenido sino una voluptuosidad en su vida: violar las musas” (J.M. Vargas Vila (1995), *op. cit.* P.78).

Caro fue esencialmente dos cosas: un estudioso de los clásicos latinos, traductor de Virgilio, en particular de su Eneida, y un cruzado católico en tiempos harto difíciles para el imperio de esta religión.

Pío IX: en los decenios del 60 y el 70 del siglo XIX bajo el papado de Pío IX los llamados Estados Pontificios perdieron su autonomía y su territorio por obra de la revolución de tres líderes disímiles pero reunidos por el destino: Giuseppe Garibaldi, el Conde de Cavour y Víctor Manuel II. La autoridad del papado y el poder del catolicismo venían siendo minados, habiendo sido afectados hasta sus raíces por la Revolución Industrial y por el avance del capitalismo económico al socaire del racionalismo de la Revolución Francesa, de la Ilustración y de la expansión de la técnica, de la ciencia moderna, la democracia, la proletarización y la nueva cultura urbana. A todos estos fenómenos el Papa Pío IX les dio los nombres de “modernismo”, “liberalismo”, “ateísmo”, “materialismo” y “masonería”, que para él eran sinónimos de blasfemia y pecado mortal. Pío IX condenó, particularmente en su encíclica *Quanta cura* (1864) cuyo apéndice es el famoso *Syllabus errorum* (compendio de errores) todas estas realidades, en cuanto obra de Satán, y como una afrenta a Jesucristo, y llamó a todos los católicos a combatirlos. De esas fuentes enardecidas bebió Miguel Antonio Caro y quiso hacer de Colombia el último baluarte de un catolicismo en declive.

LAS FUENTES DE CARO: Mesa se ocupa brevemente de las fuentes de inspiración de Caro y las encuentra en la Europa posrevolucionaria, en España, en Francia y excepcionalmente en Inglaterra. En España emergen Donoso Cortés (1809–1853) y Jaime Balmes (1810–1848). Los dos son contemporáneos y ambos mueren jóvenes, aunque no parece que entraran en contacto. Cortés es un periodista y político conservador católico y monarquista. Es un apologeta de la dictadura cristiana (Carl Schmitt lo sigue al defender el “estado de excepción” que deposita en el Führer – Hitler, quien era católico– todo el poder). Cortés critica y condena el liberalismo y el socialismo. Solo el catolicismo es verdadero, justo y necesario.

El otro español que influye en Caro es el sacerdote catalán Jaime Balmes (1810–1848), un teólogo, moralista y teórico del conocimiento que presenta una filosofía que fue llamada “del sentido común” y que no se apoya en los otros exponentes de la filosofía europea. Su moral se basa en la religión y en Dios, porque la moral es necesaria(eterna) , en tanto que el hombre es contingente (pasajero). La moral existe fuera del hombre, viene de Dios, y de allí la recibe el hombre. Ni Cortés ni Balmes poseen una formación filosófica profunda. Valen por ser hispanos –Caro era hispanófilo– y por ser soldados comprometidos del catolicismo.

Caro se inspira asimismo en el pensamiento monarquista francés antirrevolucionario y defensor de la catolicidad. Entre los franceses resaltan: Joseph De Maistre (1753–1821), acérrimo enemigo y contradictor de la revolución francesa, del racionalismo, de la democracia. Defensor de la monarquía, de la religión católica, de la inquisición española y del Papa de Roma. De Maistre era italo-francés, pues su tierra (Saboya) osciló entre Italia y Francia. La Revolución lo hizo expulsar de Suiza, donde se refugiaba. Visitó Rusia y se dice que fungió como consejero del zar Alejandro I. De Maistre, observa Mesa, publicó en 1819 el libro *Del Papa*, que defiende y justifica al Pontífice. En 1814, también dato de Mesa, De Maistre publicó su *Ensayo sobre los principios generadores de las constituciones políticas y de las otras instituciones humanas*. En De Maistre el principio básico de toda ley es la religión y el derecho divino. No cabe duda de que esta literatura fue inspiradora para la Constitución de Caro en 1886.

Otro inspirador francés de Caro fue Luis Veuillot (1813–1883). Mesa dice que Veuillot era arrogante, osado e implacable, cualidades de las que Caro se apropió con vehemencia. Veuillot fue un periodista ligado al periódico *L'univers*, desde donde combatía a favor del Papa Pío IX, el más conservador de los Papas modernos. Veuillot defendió la infalibilidad del Papa, un dogma resultante del Concilio Vaticano I (1869) convocado por Pío IX. Y representó al movimiento Ultramontano (queriendo decir, que “más allá de los montes” (Ultra montes) estaba el Papa). Los ultramontanos se oponían al partido de los nacionalistas católicos, que sostenían que: – católicos sí, pero apartados del Papa. Esta tendencia se conoció como “galicanismo”, otra de las némesis de Pío IX. Los ultramontanos, a su turno, creían que el Papa estaba por encima de los poderes civiles y que estos debían someterse a aquel. Otros católicos franceses de renombre a los que Caro pudo acudir como lectura fueron Chateaubriand, Lacordaire, Montalembert, todos ellos críticos de la Ilustración y de la Revolución francesa. Había, pues, en Francia una cantera de pensamiento reaccionario que dio pábulo a la afinidad selectiva de Miguel Antonio Caro en Colombia.

Nos hemos detenido un poco en estas referencias de la inspiración del pensamiento católico de Caro, a las que Mesa alude con rapidez. La ideología de Caro no le interesa a Mesa. Se ve más bien obligado a referirse a ella, porque era evidente e inocultable. Pero no es esto, como hemos indicado antes, lo que lo mueve. Hay, al parecer, una secreta condescendencia con esta inclinación profunda del político conservador, y no precisamente porque Mesa la comparta, sino, porque, en la óptica del profesor, este talante es secundario frente al significado que Mesa le otorga a Caro como sepulturero de la anarquía federalista. Mesa no ve que las posibilidades de un país liberal y de un Estado centralizado moderno de orientación federal (lo que no era necesariamente una contradicción, como no lo fue en los Estados Unidos) fue atacado furiosamente

por la ideología reaccionaria, intransigente, sectaria y feudataria de inspiración católica, que constituían las banderas del conservatismo nacional.

CARO LATINISTA Y GRAMÁTICO: el otro lado de Caro, su latinismo, su gramaticalismo, merece un concepto sobrio de Mesa, que se extiende a la formación filológica, teológica, y aún patrística (conocimiento de Santo Tomás, San Agustín, San Buenaventura, Orígenes y demás Padres de la Iglesia). Aunque Caro los cita a menudo no los conocía a fondo, es lo que puede concluirse. Caro sabía sobre ellos más que otros colombianos, pero esto no significaba que su formación pudiera compararse con la de los estudiosos europeos. Algo así como que en el país de los ciegos el tuerto es rey! Mesa se apoya, para este juicio en el editor de las obras de Caro, don Carlos Valderrama Andrade, del Instituto Caro y Cuervo. Valderrama estudió a fondo la obra de Caro y concluyó que, siendo Caro un hombre inteligente, no había tenido el tiempo ni la voluntad de profundizar en estas disciplinas. Caro fue básicamente un polemista político que dominó el latín suficientemente para hacer traducciones de Virgilio. Pero tampoco estaba a la altura de los latinistas europeos, como en otra oportunidad lo hizo ver el lituano Jousas Zarankas, latinista que vivió en Colombia y enseñó en la Universidad Nacional²⁸⁰.

EL CONTEXTO HISTÓRICO: el capítulo primero del libro sobre Caro que comentamos es de carácter histórico sobre el siglo XIX colombiano con la intención de dar un contexto a la vida y obra de Caro. Es una lectura instructiva y grata. Se gana mucho con las documentadas observaciones de Mesa sobre ese siglo XIX colombiano. Detrás de ellas hay un conocedor “perspicaz” (esta palabra era, por lo demás, cara al propio Mesa, un profesor de estilo académico) de la historia. Así observa Mesa que en ese siglo hubo “cerca de cincuenta contiendas armadas en distintos lugares [del país]. En el lapso de 1853 a 1886 fueron derrocados cuatro gobiernos en Panamá, dos en Bolívar, dos en Magdalena, dos en Cundinamarca, uno en Boyacá, uno en Tolima. Hubo cuatro guerras civiles en la Federación en este período: 1854, 1859, 1876, 1885; dos golpes de cuartel: [el] de José maría Melo en 1854 y el del General Santos Acosta en 1867”²⁸¹. El libro MAC se inicia con este aserto: “Si tuviéramos que elegir en el tiempo un punto de partida de lo que sería más tarde la nación colombiana no vacilaría en proponer el año de 1550, año de la instalación de la Real Audiencia del Nuevo Reino de Granada”²⁸². El comienzo de la nación es el establecimiento de un aparato de Estado. El Estado y el orden que este impone es lo que cuenta para Mesa en términos de sociedad. En términos de pensamiento, el siglo XIX

280 Ver Juozas Zaranka (1980), *Humanismo en Colombia*. Bogotá: Cooperativa de Profesores de la UN.

281 Darío Mesa (2014), *Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político*, op. cit. P.20.

282 Darío Mesa (2014), op. cit. P.15.

es caracterizado como un país de “intelectuales semicultos” y Caro cabe dentro de esa caracterización, aclarando, que a juicio de Mesa, Caro parece ser el más culto de todos junto con otro conservador, don Rufino José Cuervo, el lingüista gramático que se impuso elaborar el Diccionario de Construcción y Régimen del español, para el cual trabajó con paciencia benedictina en su refugio de París, inspirado, apunta Mesa, por la obra de Emile Littré (1801–1881), autor del gran *Dictionnaire de la langue française* (1873–74), positivista y seguidor de Comte.

A los intelectuales semicultos, se añaden en el recuento de Mesa, intelectuales “impostores”. Tal el caso del poeta Guillermo Valencia, que se decía nietzscheano de pensamiento y de haberse encontrado con el filósofo alemán, cuando en realidad, precisa Mesa, lo vio en un viaje a Europa por el ojo de la cerradura del recinto donde Nietzsche se hallaba recluido en condición demente ya al final de su existencia. Otros se habían preguntado ya cuál podía ser la base real de los camellos y las cigüeñas blancas en los poemas de Valencia, si su hábitat era la hacienda de Paletará, en el valle de igual nombre donde nace el río Cauca al sur del país. Allí ni camellos ni cigüeñas blancas pueden avistarse. Parecidos reclamos se han hecho sobre las “princesas tristes” y los “cisnes” de Ruben Darío. Pero los poetas abrigan sus ensueños!

El liberalismo, del que Mesa tiene una idea negativa, es descrito como una colcha de retazos hecha de positivismo, romanticismo, eclecticismo y socialismo utópico. Frente a esto, el conservatismo exhibe gran coherencia ideológica, pues se agrupa en torno a la doctrina del Papa Pío IX, el “infalible”, que se opone a la educación laica, la libertad de cultos, el matrimonio civil y la separación de Estado e Iglesia, más los otros rasgos de la modernidad que ya hemos señalado. Sobre la manifestación literaria del Costumbrismo (esa corriente novelesca y cuentística que se ocupa de describir la vida del pueblo en su cotidianidad) Mesa señala originalmente que es “la primera descripción real, diríamos científica, en algunos aspectos del país”²⁸³.

CARO ECONOMISTA: al término de la exposición del contexto histórico, Mesa se ocupa de la posición de Caro frente al problema de la moneda. Creemos que en el marco del interés central de Mesa sobre el desarrollo del Estado Nacional (y de un mercado nacional, como se ha visto en otras obras suyas) la selección de este tema económico es lúcida y especialmente coherente. Max Weber había definido el Estado como una asociación de dominación dotada del “monopolio de la violencia legítima” en un territorio dado. Weber hubiera podido decir también que otro monopolio: el de la emisión de moneda, le era consustancial al Estado. En Colombia en la segunda mitad del siglo XIX y bajo el Federalismo, los distintos Estados federales podían acuñar su dinero y en nombre de la libertad de empresa un número de

283 Darío Mesa (2014), *op. cit.* P.32.

federalistas defendían la libertad de acuñar moneda. Mesa señala que en el último decenio del siglo XIX se desató en el país una polémica sobre el tema de la restricción gubernamental sobre el acuñamiento indiscriminado de dinero y la defensa del monopolio del Estado sobre la emisión de moneda.

Uno de los liberales que apoyaban la libertad de emisión era Miguel Samper Agudelo (1825–1899). Samper Agudelo fue un político y escritor *laissez-fairista*, cuyos planteamientos sobre economía y desarrollo del país eran de buen recibo y tenidos entonces por bien autorizados. Miguel Antonio Caro, al lado de Samper, no parecía tener el fundamento y reconocimiento que alguien como Samper Agudelo sí poseía. Sin embargo, Caro se pronunció sobre el tema de la emisión de moneda y lo hizo en defensa del monopolio de la emisión por parte del gobierno. Este rasgo es resaltado por Mesa con gran énfasis, pues, es apreciado como una medida fundamental para el desarrollo de un Estado Nacional. Mesa observa que Caro se inspiró en una obra de William Stanley Jevons, el economista inglés que impulsó la corriente marginalista en teoría económica. La obra de Jevons en referencia es *Money and the Mechanism of Exchanges* (1875).

Algunos puntos de la discusión teórica sobre el tema eran parte del debate: lo primero es que la cantidad de moneda (o dinero) debe ajustarse a la cantidad y al precio de los bienes en el mercado. El exceso de dinero sobre esa relación produce inflación y la falta de moneda afecta la absorción del producto. El segundo punto concierne a la relación entre el oro (o metálico) como moneda o como respaldo del dinero de papel. Caro, al parecer, defendía la validez del papel moneda sin necesidad de corresponder a un stock de oro. Cualesquiera que hubieren sido los intrínquilis de esta polémica, Mesa destaca la visión avanzada de Caro sobre el dinero y su efecto en un Estado capitalista de desarrollo, en contraste con los liberales. Sin embargo, había consideraciones políticas detrás de las dos posiciones, que Mesa no mira. Caro estaba en el poder. Era obvio que debía favorecer el monopolio de la emisión por cualquier circunstancia. Los liberales en la oposición pugnaban por su derecho a emitir con el objeto de controlar la economía de sus “feudos” administrativos o políticos. En Caro coincidieron la justeza de su planteamiento para garantizar los monopolios de la fuerza y del orden en el Estado moderno y la defensa de su posición como mandatario de la nación en lucha con sus enemigos de la oposición. Sí en el proyecto de Caro estaba el construir un Estado Nacional y un mercado nacional como Mesa los concibe, es cosa controvertible. Políticamente, Caro la tenía clara. Él debía ejercer el control del dinero para poder controlar toda la economía y para asegurar el ejercicio completo del poder.

CARO CONSTITUCIONALISTA: Miguel Antonio Caro fue encargado por Núñez de redactar una Constitución que sustituyera a la Constitución liberal, federalista y radical de 1863, la Constitución de los Estados Unidos de Colombia. Fue el primer acto político después de la derrota liberal en la batalla de la Humareda (1885) de la revolución de 1884–1885 en la que habían participado entre otros Rafael Uribe y el novelista Jorge Isaacs. El hombre fuerte de Núñez que salió victorioso de la guerra fue el General Rafael Reyes, veinte años después presidente de Colombia. Caro redactó la constitución en consulta con el entonces arzobispo de Bogotá, monseñor Telésforo Paúl²⁸⁴. Mesa elogia la pericia de Caro como constitucionalista. En el texto constitucional de 1886 se recoge la división de poderes que Montesquieu había trazado en el *Espíritu de las leyes* (1748). Antes lo había hecho John Locke (1690) y la Constitución de los Estados Unidos (1787), lo implementó bajo el principio de los *checks and balances*. También toma Caro como referencia el Código Civil de Napoleón. Sin duda, en la mente y el corazón de Caro una constitución a lo Donoso Cortés bajo una dictadura católica hubiera sido preferible. Pero Caro no estaba del todo solo. Núñez, el liberal “traidor”, influido por el evolucionismo social de Herbert Spencer²⁸⁵, pedía un texto más moderno. Caro entonces busca un punto intermedio entre Pío IX y las figuras de Napoleón y los *Founding Fathers* de la Constitución Americana. Empieza el texto de Caro y Paúl invocando a Dios “fuente suprema de toda autoridad”, declara que la soberanía no está en el pueblo, sino que “reside esencial y exclusivamente en la nación”, “la religión católica, apostólica y romana es la de la nación, y que como tal, los poderes públicos la protegerán”. Pero reconoce “la libertad de todos los cultos que no sean contrarios a la moral cristiana”. Prohíbe la prisión por deudas y la pena de muerte por delitos políticos y el arresto sin orden judicial. En realidad, conviene reconocerlo, Caro redacta un texto claro y conciso, de corte conservador, pero ajustado al decoro de un escrito de ese tenor en el momento de su producción. El texto fue vigente por cien años, en gran parte porque el partido conservador se las arregló, mediante el fraude, los amañeos con la jerarquía clerical, cuyo poder era innegable, y el control férreo de la oposición, para mantenerse en el poder por medio siglo. Mesa, una vez más, solo está interesado en mostrar que esa “dictadura blanda”, ajustada a formas democráticas, unificó el país y dio pie a la creación de un Estado nacional sobre el cual pudo despegar el desarrollo capitalista en el siglo XX como él lo muestra en *Treinta años de nuestra historia*²⁸⁶.

284 Ver Carlos Uribe Celis (1992), *op. cit.*

285 Ver Rafael Núñez (1883), *La sociología*. En Salvador Camacho Roldán *et al.* (1982), *Cien años de la sociología en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

286 Ver el análisis de dicho texto en este estudio.

COMPRENDIENDO A MESA

La fijación de Mesa con el Estado y el mercado nacionales tiene sustentos teóricos y deriva de una comprensión bien fundada de la historia occidental moderna. Tanto Max Weber como Talcott Parsons²⁸⁷, entre otros teóricos, dejan claro que la modernidad empieza con el desarrollo de los Estados Nacionales en la Europa occidental (España, Francia, Inglaterra) y se consolida con la unificación de Italia y Alemania en el siglo XIX. Colombia era un país atrasado, subdesarrollado, rural en gran parte, con economías extractivas agrícolas y mineras (metales preciosos, tabaco, añil, quina y café) hasta entrado el siglo XX. Mesa dice que no tenía clases sociales sino estamentos. El desarrollo de la economía secundaria (industrial) era muy precario y su trayectoria como república independiente desde 1819 hasta el final de este siglo estuvo perversamente doblegada por las confrontaciones armadas entre facciones sectarias. De lo que se trataba era de romper con esa racha de anarquía y desorden faccioso, mediante un gobierno fuerte que se impusiera sobre todas las facciones y que impusiera el orden y estableciera la paz, porque el capitalismo necesita la paz y el orden, aunque se las ha arreglado como sistema para apelar a la guerra como expediente revulsivo y útil en tiempos de crisis.

Hasta ahí bien. Pero hay otros componentes en la visión de Mesa que no han sido expuestos a la luz. Lo primero es que en Mesa pesa grandemente su valoración de lecturas estrechamente relacionadas con la experiencia socialista soviética durante el siglo XX. Primero, en ese orden de ideas está el libro de Lenin *El desarrollo del capitalismo en Rusia* (1899). La tesis de Lenin es que en contra de la idea socialista o comunista “ingenua” de los populistas rusos (los Narodniki), el socialismo científico (como decía F. Engels) solo era posible a partir del desarrollo del sistema capitalista en Rusia. El trabajo minucioso y muy documentado de Lenin mostraba que a fines del siglo XIX Rusia ya estaba en ese camino. La proletarización del campo había empezado, un mercado nacional estaba en desarrollo. La economía segmentaria feudal estaba mandada a recoger y la propiedad privada superaba el comunitarismo campesino. Mesa replicó el análisis de Lenin en su trabajo *Treinta años de nuestra historia* (1957). Una de las primeras investigaciones que la nueva época de la carrera de Sociología (para distinguirla de la Era Fals) a partir de 1969 fue una investigación sobre el mercado nacional en Colombia adelantada por un equipo de la carrera que era afín a Mesa y seguía sus directrices.

Veinte años más tarde, Lenin era el jefe de Estado de Rusia como país socialista y lo fue hasta 1924, cuando fue remplazado por Stalin. Stalin construyó el socialismo en Rusia sobre los cimientos dejados por Lenin. El Estado stalinista es, como sabe-

287 Ver Talcott Parsons (1974), *El sistema de las sociedades modernas*. México: Trillas.

mos, un Estado fuerte, el estado de la Dictadura del proletariado. Mesa veía que el desarrollo económico y la construcción de una nación que inspirara respeto no era posible sino bajo las condiciones de la unificación y del orden. Cuál fuera el marco ideológico en el que esas condiciones básicas fueran impuestas no importaba. A Colombia le tocó Caro y su régimen conservador. ¿Qué importancia tenía? Mesa no era conservador, digamos que era leninista. Y en 1957 creía que Colombia estaba madura para dar el salto al socialismo, dado que una clase proletaria ya se había instalado en la estructura social y la fuerza sindical mostraba avances.

La otra lectura clave en la visión de Mesa es Hegel. Lenin tuvo a Hegel como referencia principal de su formación, sin duda por influencia de Marx y de Engels. Lenin estudió aplicadamente la Ciencia de la Lógica y otras obras de Hegel, de lo que se pudieron editar en español 240 páginas de ordenadas notas²⁸⁸. No es el lugar para mostrar la relevancia de la lectura de Hegel en el pensamiento de Mesa, sin duda orientado por Lenin, una vez más. Pero bien puede entenderse que la reificación del Estado como encarnación suprema del Espíritu Absoluto, gravita de varias formas en la concepción de Darío Mesa, una muestra de la cual es este texto suyo sobre Miguel Antonio Caro.

Como lo hemos señalado antes, Mesa no vio –o no quiso ver– dos cosas: una, que los conservadores eran tan facciosos como los liberales del siglo XIX y que su ferroz intransigencia impidió desarrollar el Estado nacional que el anhelaba. Y, dos, no reconoció que la ideología liberal federalista, que era de talante moderno, frente al oscurantismo conservador, que Caro representaba, era una opción válida y fue frustrada por la conjunción poderosa de la Iglesia católica y de la reacción conservadora. Mesa, en este texto sobre Caro, exalta a Caro como el héroe hegeliano de la construcción del Estado. La obra de Camacho Roldán en el sentido de encauzar a Colombia por el desarrollo capitalista, sin los fanatismos de Caro, hubiera marcado una senda distinta para Colombia en el siglo XIX y, por supuesto, en el siglo XX.

El influjo de Mesa en la escuela de Sociología de la U.N. (1969–1999)

Lo que podemos llamar la Era Fals en la escuela de Sociología (la Carrera de Sociología) de la UN duró un decenio: 1959–1968. Ese período no es tema de este ensayo. Esa fase llegó a su fin fundamentalmente porque circunstancias políticas cuya índole se expuso en la primera parte de este trabajo produjeron un clima de rechazo a un modelo de sociología y de academia al que estaba vinculado el Profesor Orlando

288 Ver V.I. Lenin (1963), *Cuadernos filosóficos*. Buenos Aires: Ediciones Estudio.

Fals o al que se le vinculó expresamente en el contexto político de aquella hora. Lo que más resaltaba en ese cuadro, real o construido *ad hoc* (o, más bien, subjetivamente construido con piezas y elementos concretos de la realidad objetiva, como suele ocurrir en toda acción humana), era la presencia usamericana en la Universidad, materializada en profesores gringos, financiación extranjera de la academia, dependencia explícita de la política imperialista de la Alianza para el Progreso sobre América Latina y, en particular, sobre Colombia; subordinación de la orientación y la programación académica a directrices y programas del gobierno nacional de turno y, en suma, una percepción generalizada de interferencia tanto imperialista como local, que ponía contra las cuerdas la autonomía universitaria y la ebullición ideológica de un estudiantado universitario en trance de revolución. Como resultado de todo esto Orlando Fals salió de la Universidad Nacional con toda la cauda de instructores, programas de estudio, ayuda monetaria y orientaciones académicas de procedencia usamericana.

El profesor Darío Mesa, con la anuencia y, al parecer, complacencia de Fals, hacía parte de la nómina de la Carrera de Sociología desde 1965. Los años de 1966, año de la muerte de Camilo en combate, a 1968 fueron años de fuerte agitación y propaganda con carácter subversivo en la Universidad Nacional. En 1968 un grupo de estudiantes y profesores de sociología acometieron la tarea dispendiosa de elaborar un nuevo programa académico para su carrera con la intención clara de iniciar una nueva etapa. Volvieron la vista entonces al Profesor Darío Mesa, que había sido miembro activo del Partido Comunista, que había estudiado en la Alemania Democrática bajo el imperio de la URSS, que era un conocedor de Marx y del movimiento marxista europeo y que aparecía en muchos aspectos como un académico cabal, serio y respetable. Los estudiantes y demás profesores lo distinguían como el “doctor Mesa”²⁸⁹. Mesa fue comprometido a elaborar un documento– base que expresara la filosofía del nuevo programa y de la nueva era proyectada. Ese documento programático aparece citado *in extenso* en otro documento de redacción colectiva que fue presentado como ponencia en la Mesa de Sociología de la Educación del IX Congreso Latinoamericano de Sociología realizado en Ciudad de México en 1969. El equipo que suscribe el documento está conformado por los profesores Álvaro Camacho, Nora Segura, Magdalena de Leal, Rodrigo Parra, Hésper Pérez, Humberto Rojas y Darío Mesa.

289 Olga Restrepo Forero, en un escrito de circulación interna (manuscrito) de hace más de un decenio en la escuela de Sociología de la UN, pincelaba estos rasgos biográficos de Mesa: “Su forma de hablar [pausada y] excesivamente modulado el tono de su voz, su manera de caminar y de situarse en el aula, de espaldas al tablero y al lado de la mesa. Aún algunos movimientos compulsivos, como ese de afilarse el pulgar o de sujetarse la chaqueta por un extremo hasta tocar el forro”

En ese escrito de 35 páginas elocuentemente titulado: “Neocolonialismo y sociología en Colombia. Un intento de respuesta” se emprende una crítica razonada y sistemática del programa de la carrera en la Era Fals y de la situación de lo que ellos consideran “interferencia” de la política y del capital usamericano en Sociología y en Colombia. En respuesta (“intento de respuesta” se titula el documento) los autores exponen las bases del nuevo programa cuyo corazón o componente medular es justamente el escrito aludido de Darío Mesa, presentado para el debate en el año crítico de 1968, el año en que se desmoronó el proyecto académico de Fals Borda. La ponencia referida incorpora en larga cita de tres páginas (Ps.22–25) y bajo el acápite de “Fundamentos teóricos de un nuevo Plan de Estudios” el escrito de Mesa, si bien no lo nombran. Solo dicen reticentemente: “En un documento elaborado para una Comisión de Reestructuración surgió la definición de qué debe ser un Departamento de Sociología” (p.22). Los siete párrafos y las frases todas de esas tres páginas se volvieron paradigmáticas y definen lo que aquí llamamos la Era Mesa²⁹⁰.

“El Departamento de Sociología –escribe Mesa allí– ha de concebirse como institución nacional, política y científica” (p.22). Lo de “Nacional” es explicado como la necesidad de construir el Estado Nacional: “precisar a Colombia –dice Mesa específicamente en su estilo algo barroco– como Estado Nacional” (p.22).

A guisa de aclaración el autor previene contra los parroquialismos y pondera como imprescindible la formación del estudiantado en el “pensamiento moderno [...] internacional”. Con una advertencia taxativa:

“Formarlos [a los sociólogos] de acuerdo a normas locales o sobre los patrones de América Latina equivaldría a colocarlos, cándidos y desarmados, frente a realidades que otros habrían de entender mejor que ellos” (P.22).

Lo de “Científico” apunta a que la ciencia es “parte sin duda primordial de las fuerzas productivas; y, por lo que se refiere a la sociología el conocimiento científico se halla en la base de[...] aumento de la productividad” (p.23). Aquí se inserta otro *caveat*, otra advertencia de clara cepa weberiana: hay que “prevenir” a los estudiantes contra “la tendencia a substituir el estudio de los valores por juicios de valor” (P.23). Un juicio en claro favor de la neutralidad valorativa. Sobre la presencia de profesores extranjeros dice que “todo esto puede ser apertura cosmopolita, pero no una polí-

290 Nueve años después de este documento fundacional, en 1976, el profesor Mesa dictó una conferencia en la que retomó exactamente el tema del primer escrito y lo replicó para el nuevo público de estudiantes. Esta conferencia de 1976 se recogió con el título de “Fundamentos del programa de Sociología de la Universidad Nacional”.

tica nacional para el Departamento de Sociología” (P.24). Lo “político” es formulado en los siguientes términos: “no entendemos por [...] político [...] lo que tradicional o popularmente se entiende por política entre los colombianos [...] los “viejos y queridos odios” (p.24). El Departamento –añade– debe ser el

“centro universitario donde se elabora la sociología colombiana. Esto tal vez lo lleve a destacarse como sitio vital del poder político, exactamente en la medida en que llegue a esclarecer los procesos sociales y a colaborar en su control” (P.24).

Finalmente, Mesa hace una profesión de fe en

“la libertad intelectual como elemento del espíritu universitario [y...] como medio para fortalecer nuestra obligación profesional de disentir [...] lo que constituye quizás otro elemento de la comunidad universitaria” (P.25).

Podemos bien estar aquí ante el verdadero programa político de Darío Mesa, el único que se atrevió a plasmar, después de haberse rehusado a hacerlo en el plano macrosocial y macropolítico, cuando probablemente hubiera podido gestarlo y darlo a luz, es decir, durante esos años fogosos del final de los 50, los días de sus iluminados ensayos y audaces colaboraciones para la Revista *Mito*.

Un balance tentativo de la Era Mesa

Mesa fue entronizado entonces entre 1968 y 1969 como la cabeza inspiradora de ese heroico movimiento estudiantil y profesoral que remplazó, no de modo gradualista sino revolucionariamente, el proyecto de Fals Borda. La Era Mesa había comenzado. Hemos querido mirar hacia atrás el lapso de treinta años transcurridos hasta la declinación del pasado siglo para tratar de entender en qué medida ese proyecto nuevo, de sólidos fines, de explícitos propósitos, cumplió su objetivo, alcanzó su meta, realizó sus aspiraciones, afectó a la disciplina de la sociología y marcó su huella en el país.

No se trata de hacer recuentos demorados, de escribir crónicas inspiradas, de traer anécdotas evocadoras, de ribetear biografías, de expresar sentimientos filiales bien intencionados. A todo ello es proclive, sin embargo, buena parte de la literatura que ha salido de las prensas del Departamento de Sociología en el siglo XXI sobre este asunto puntual. Solo intentaremos, con la honradez y respeto debidos, una evaluación, sucinta, esquemática, indicativa, pero franca, de ese período que hemos llamado la Era Mesa.

Lo que aquí se expresa no entraña sorpresas. Creemos que muchos tienen un balance similar al que aquí se propone, si bien exponerlo a la luz parece desafiar el “establecimiento” institucional y tal desafío, a juicio de muchos, no vale la pena. Pero si la “libertad intelectual” y “la obligación profesional de disentir” –como escribió bellamente nuestro autor en su Proyecto– tienen sentido, el ser crítico con fundamento ha de tomarse como un reconocimiento al trabajo de este sociólogo colombiano, el profesor Darío Mesa, maestro nuestro y un intelectual con una definida visión del país, con un compromiso histórico frente a sus contemporáneos y con un pensamiento precisable, a cuya identificación este modesto ensayo espera contribuir. Darío Mesa es sociólogo colombiano al mismo título de Orlando Fals Borda, de Camilo Torres Restrepo, de Salvador Camacho Roldán, de Luis López de Mesa.

Ahora bien, comparativamente, los diez años de Fals ejercieron, sin duda, un impacto inmediato mayor sobre la geografía física y humana del país que los 30 de Mesa que estamos considerando. La orientación ruralista de Fals y de la Carrera de Sociología²⁹¹, con todo y su empaque gringo bajo la égida de la Alianza para el Progreso, fueron más visibles, más activos, más eficaces e implicaron un mayor contacto con la realidad nacional que los 30 años de la Era Mesa. Y aún el activismo cristiano de alcance urbano de Camilo y su heroísmo guerrillero, que evidentemente hay que asignar a la Era Fals (y no a la Era Mesa) de Sociología, si es que reconocemos que Camilo tuvo algo que ver con la sociología colombiana –y pocos lo negarían–, dejó una huella incontrovertible sobre el país que no resiste comparación en ningún sentido con lo que pasó en la Era Mesa. Y, por supuesto, que puede alegarse que no cabe la comparación entre hechos espectaculares y la labor paciente y callada de “los científicos”. De acuerdo, pero es que científicamente no podemos mostrar construcciones semejantes o análogas en ningún sentido durante los 30 años del final del siglo XX.

En la Era Mesa el Departamento de Sociología se tornó invisible tanto para las instancias del poder como para las masas. No cabe entresacar con pinzas de anatomista a la Sociología del organismo completo de la Universidad Nacional y de sus formas de existencia y de acción en los años 70, 80 y 90. Pero lo que nos es dado observar es que Sociología no ostentó liderazgo ni visibilidad real no solo en el plano político sino en el académico y en el científico. La imagen, la metáfora más representativa de Sociología para este período es la de Torre de Marfil, si el marfil no fuera un material aristocrático y lujoso que no corresponde a lo que se vivió entonces. Incluso algunos de los jóvenes líderes del movimiento estudiantil, uno de los episodios más

291 La Carrera de Sociología se convirtió en Departamento de la Facultad de Ciencias Humanas en 1969, con lo cual cobró un mayor status administrativo y un reconocimiento oficial a su importancia.

característicos de aquellos años, se distanciaban ideológicamente del pensamiento de Mesa, así esa diferencia permaneciera tácita y más o menos inconsciente.

Hay, sin embargo, un ángulo que proyectó luz de alcance nacional durante la Era Mesa. No irradió sobre las macroestructuras ni sobre las amplias masas de esta República, pero sí se hizo sentir sobre un campo reducido de la misma: el campo académico, específicamente en lo relacionado con los pénsumes o programas de estudio de las carreras de Sociología: Muchas de estas, tanto en la educación pública tanto como en la privada –con excepciones notables como la Universidad Javeriana, la Universidad del Externado de Colombia y, más tarde, la Universidad del Rosario– replicaron casi sin alteraciones el enfoque de estudio de autores que Mesa introdujo (fue su idea) en la Universidad Nacional en 1969. En este sentido la Era Mesa no es solo un episodio de la Sociología de la Universidad Nacional sino de todo el país.

Cabe advertir de paso que una sociología que no se forma en los clásicos, en sus autores canónicos resulta liviana, profesionalista y anticientífica (en el sentido de no estimuladora de la creación de ciencia en el campo propio). Pero también es muy probable que los cuatro años de un pregrado –y el nivel del pregrado mismo– no sean el *tempus* adecuado para esa formación. El enfoque de autores, por sus dificultades inherentes, solo fructifica en un lapso más largo de estudio y de asimilación y, entre tanto, la sociología profesional en su marco ocupacional disponible, que es el destino manifiesto del título de pregrado, requiere de un dispositivo instrumental pragmático que la concentración en los autores puede recluir por momentos.

Más trabajo empírico, de otra parte, se requeriría quizá para un balance como el que estamos acometiendo. Pero, a falta de ello, uno de los índices académicos importantes para una escuela es el de producción intelectual escrita publicada visible (accesible a lectores externos) hecha por sus componentes, en particular por los docentes. Un censo somero de esta actividad durante los 30 años aquí observados arroja resultados exigüos.

Tabla 1. Producción escrita publicada del cuerpo docente del departamento de Sociología, UN (1969–1999)²⁹²

Docente	Libros de amplia circulación	Artículos en revistas o periódicos	Coautorías (Ensayos en Libros)	Libros de circulación Administrativa institucional
1		34	14	
2		6	8	2
3	1			
4	4	17	4	
5	3	9		
6		38	30	2
7	3	5	4	
8				6
9	5	20	2	
10	1	4	2	

Esta tabla muestra el número de publicaciones por categorías de docentes de planta o contrato laboral permanente en el período estudiado. Hemos utilizado como fuente las Hojas de Vida disponibles de los docentes, bases públicas de datos y catálogos bibliográficos de Bogotá.

En la dedicación laboral de planta el Departamento llegó a contar con 24 docentes, uno más, uno menos. De esos 24, estimamos que 17 de ellos pueden asumirse como involucrados en el marco del proyecto académico de la Era Mesa, bien porque cursaron sus estudios bajo el Programa de Estudios de 1969 plena o parcialmente (terminando graduados dentro del período) o bien porque, con otra procedencia, se comprometieron personal y políticamente con dicho Proyecto. Ahora bien, de los 17 docentes involucrados en la planta, tan solo 10 (un 59 por ciento) tienen producción escrita publicada de alcance externo. La norma general es que todos (el 100 por ciento) produzcan.

Hemos elegido las características de inclusión arriba enunciadas porque lo que nos encontramos estimando es la visibilidad y el impacto social externo del Proyecto analizado. No se mide aquí –sobra decirlo– ni el trabajo global ni la devoción a la mi-

292 La tabla muestra la producción de los profesores F. Cubides, L.T. Gómez, J.E. Jaramillo, A. Mayor, H. Pérez, G. Restrepo, V. Reyes, N. Suárez, Carlos Uribe Celis (docente número 9 en la tabla) y A. Weiss, durante el lapso 1969–1999. Pero esta lista, que es alfabética, no corresponde al orden en que los docentes aparecen en la tabla.

sión educadora ni el nivel de conocimiento ni la calidad general de los docentes ni su labor investigativa no plasmada en un resultado disponible para el lector externo, producción esta última que puede ser ingente y muy valiosa, pero nada fácil al presente de ser verificada. Se trata, pues, solamente de un indicador, pero de peso reconocido este en el ámbito de la academia. Las cifras son dicientes y dejamos que el lector saque sus propias conclusiones.

La categoría de “Libros de circulación administrativa institucional” corresponde en general a publicaciones que el docente en el desempeño de labores administrativas extrauniversitarias (pues algunos pocos de los docentes se ausentaron por ciertos períodos de la Universidad para desempeñar cargos administrativos en el sector público o privado) produjo como parte de su labor administrativa ocasional. Se trata de libros, folletos, manuales, instrucciones, etc. que muy difícilmente llegan al público y, por tanto, su visibilidad es muy reducida. Finalmente, es obvio que de un libro a otro hay su distancia y lo ideal sería medir la receptividad de esas publicaciones, para lo cual se utilizan las referencias bibliográficas a la publicación o, a menudo, su uso como lectura o texto de estudio dentro de las academias nacionales e internacionales. Esa medición no la tenemos de manera precisa, pero es claro que algunos de esos libros o artículos alcanzaron amplia difusión y seguro reconocimiento.

En el documento fundacional de 1968/69 Mesa proyectaba que la escuela de Sociología debía “constituirse como fuerza intelectualmente autónoma, como elemento de la soberanía nacional, como centro universitario donde se elabora la sociología colombiana” (p.24). Treinta años no fueron suficientes para cumplir ese propósito. El tiempo sigue abierto y la “vida nos da sorpresas”. Pero, con lo dicho, esperamos haber contribuido a establecer analíticamente que en el sociólogo Darío Mesa hay un pensamiento cierto y coherente sobre el país cuya característica específica hemos intentado presentar aquí. La evaluación de su proyecto académico en la escuela de Sociología de la Universidad Nacional que aquí hemos circunscrito a treinta años (lapso que nos parece prudente y significativo, más aún cuando Mesa para comienzos del siglo XXI ya llevaba más de un decenio de retiro de las aulas como profesor activo) no es definitivo, pues ninguna historia es definitiva, como sabemos. La historiografía –la narración histórica– varía como la realidad histórica misma, de la cual es apenas un pálido acontecimiento.

BIBLIOGRAFÍA

ATCON, Rudolf (1961), *La universidad latinoamericana, clave para un enfoque*, p.52. [<http://www.scribd.com/doc/20891378/La-Universidad-Latinoamericana-clave-para-un-enfoque-The-Latin-American-university-a-key-for-an-intergrated-ap>].

BECK, Ulrich (2000), *Un nuevo mundo feliz*. Barcelona: Paidós.

BEJARANO, Jesús Antonio (1982), La Economía. *En* Colcultura (ed.), (1985), *Manual de Historia de Colombia*, Tomo III.

BERNAL, Jhon D. (1973). *Historia social de la ciencia* (Tomo I). Barcelona: Ediciones Península.

GÓMEZ, Luz Teresa, 2011, Darío Mesa Chica y la sociología en Colombia. Un intelectual que comprendió su acción y su tiempo [Manuscrito].

HOBBSAWM, Eric ([1959] 2001), *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Crítica.

JARAMILLO, Jaime E. (2011): "Redes académicas en las ciencias sociales en Colombia: La Escuela Normal Superior y la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional y la Facultad de Sociología de la UN (1959-1966) [Manuscrito].

KALMANOVITZ, Salomón (1985), *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*. Medellín: Siglo XXI.

LADINO, Wilson (2007), Darío Mesa Chica y la ciencia social en Colombia, *Revista Innovar*, Vol.17. No.30, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

LENIN, V.I. (1963), *Cuadernos filosóficos*. Buenos Aires: Ediciones estudio.

MARX, K. *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. *En* C. Marx (1973), *Obras Escogidas* (Tomo 1). Moscú: Editorial Progreso. Ps.404-498.

MESA, Darío (1955), "Mito", *Revista de las clases moribundas*. *Revista Mito* (Oct-nov

1955). Bogotá.

MESA, Darío (1956), Las Guerrillas del Llano. Revista *Mito*, Bogotá, (jun.–jul.,1956).

MESA, Darío 1957, Treinta años de nuestra historia. Revista *Mito*, Bogotá (Mar.–mayo, 1957).

MESA, Darío (1958), Un crimen y una equivocación. Revista *Mito*, Bogotá, (mayo–jun., 1958). Ps.77–79.

MESA, Darío [1964] 1971), *El problema agrario en Colombia, 1920–1960*. Bogotá: Ediciones El Tigre de Papel.

MESA, Darío (1974), La revolución científico–técnica y la universidad [Conferencia – Manuscrito].

MESA, Darío (1976), Fundamentos del programa de Sociología de la Universidad Nacional [Conferencia – Manuscrito].

MESA, Darío (1982), La vida política después de Panamá. *En Colcultura* (ed.) (1982). *Manual de Historia de Colombia*, Tomo III. Bogotá: Printer Colombiana.

MESA, Darío (1988). Max Weber y los marxistas. *Revista Colombiana de Sociología* (Volumen 6 –1). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

MESA, Darío (1993), *Estado, Derecho, Sociedad (Seminario sobre la Filosofía del Derecho de Hegel)*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

MESA, Darío (2000), Seminario para el estudio de Carl von Clausewitz. *Revista Colombiana de Sociología*. (Volumen V–1, 2000). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

MESA, Darío ([1991] 2010), *La revolución científico–técnica y el colapso del socialismo real*. Bogotá: Editorial La Carreta.

MESA, Darío ([1990] 2014), *Miguel Antonio Caro: el intelectual y el político*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

NÚÑEZ, Rafael (1883), La sociología. *En Salvador Camacho Roldán et al.* (1982), *Cien años de la sociología en Colombia*. Bogotá, Universidad nacional de Colombia.

PARSONS, T, PLATT, G.M. SMELSER, N. (1973), *The American University*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

PARSONS, T. (1974), *El sistema de las sociedades modernas*. Mexico: Trillas.

PARSONS, Talcott (1975), The Present Status of Structural–Functional Theory in Sociology. *En: The Idea of Social Structure: Papers in Honor of Robert K. Merton*, New York: Harcourt Brace Jovanovich.

PÉREZ RAMÍREZ, Gustavo (1996), *Camilo Torres Restrepo, mártir de la liberación*, 3ª. Ed. (2009), Quito: Ediciones La Tierra.

QUIROZ, Ciro (2002), *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*, Bogotá, Universidad nacional.

RIFKIN, Jeremy (1996), *El fin del trabajo*. Barcelona: Paidós.

SUESCÚN, Nicolás. [<http://www.ciudadviva.gov.co/diciembre05/magazine/5/index.php>]

URIBE CELIS, Carlos (1992), *La mentalidad del colombiano*, Bogotá: Ediciones Alborada y Editorial Nueva América.

URIBE CELIS, Carlos (2010), Darío Mesa, *La revolución científico–técnica y el colapso del socialismo real*. *Revista Colombiana de Sociología*, Vol.33, No.2, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, (Julio–Diciembre de 2010).

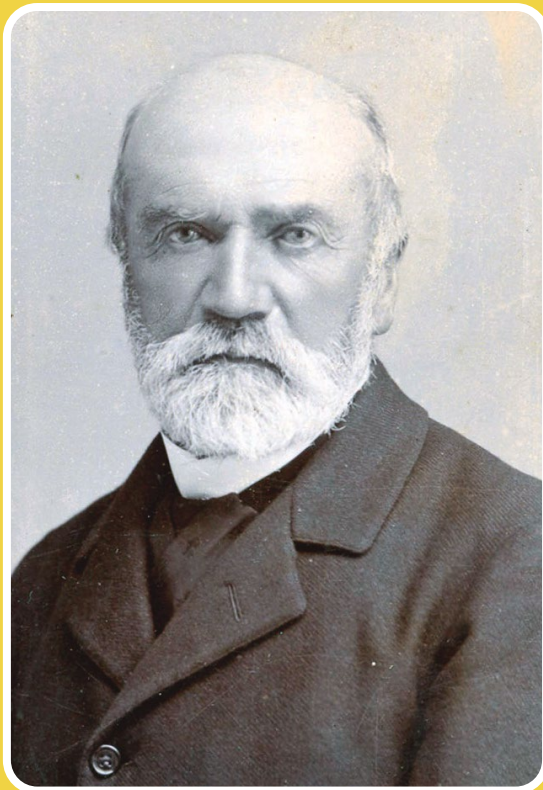
VARGAS VILA, José María (1995), *Los césares de la decadencia*. Bogotá: Planeta

ZARANKA, Juozas (1980), *Humanismo en Colombia*. Bogotá: Cooperativa de Profesores de la UN.

.....

4. SALVADOR CAMACHO ROLDÁN

.....



SEMBLANZA INTELECTUAL DE DON SALVADOR CAMACHO ROLDÁN, PRECURSOR DE LA SOCIOLOGÍA EN COLOMBIA²⁹³

La sociología que para nosotros no es nada, para el señor Camacho es todo.

Nicolás Tanco Armero (1883)

Vida y obra

En Colombia para un sociólogo de las postrimerías del siglo XX don Salvador Camacho Roldán (1827–1900) aparece como una figura cuya obra resulta inmediatamente simpática –o sea algo con lo que nos identificamos al romper–, una obra realmente precursora y una obra, en fin, en espíritu si no en las minucias del contenido, pues en un siglo el país varió, de una actualidad indisputable que no puede menos que sorprendernos.

Don Salvador Camacho Roldán fue acaso el primer colombiano que usó conscientemente el adjetivo sociológico²⁹⁴ y habló con propiedad de la “*Scienza Nuova*”. Pero no se limitó su “Sociología” al empleo retórico de términos, sino que su obra puede considerarse un compendio no sistemático de la Sociología espontánea en la que los sociólogos de hoy pueden hallar precursora y segura inspiración. Este trabajo, el

293 Este capítulo fue publicado anteriormente en 1982 y más tarde en el año 2010 en la siguiente publicación: Carlos Uribe Celis, Alberto Henao Valencia, Miguel Ángel Hernández (2010 [1982]), *Cien años de la sociología en Colombia* (1882-1982). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

294 Véase, por ejemplo, Salvador Camacho Roldán (s.f.), *Memorias*. Medellín: Editorial Bedout. Ps.149, 222. También, Salvador Camacho Roldán (1973), *Notas de viaje*, (T.1). Bogotá: Publicaciones del Banco de la República. P.162.

que el lector tiene aquí a mano, tiene por objeto inicial rastrear el trasfondo sociológico de la obra de este pensador del siglo XIX colombiano. Sabemos, sin embargo, que la Historia Social, la Economía Política y otras disciplinas de las ciencias humanas puedan hallar también en él raíces concluyentes²⁹⁵.

Tendero del marco de la plaza de Bolívar, abogado de San Bartolomé, mando medio de la Hacienda Pública y en otra ocasión Ministro de la misma; presidente del Estado de Panamá, senador el mismo e hijo de senador, ministro de la Corte Suprema, ministro de Relaciones Exteriores, convencionista de Rionegro, negociante, empresario de las casas comerciales de *Pereira Gamba, Camacho Roldán y Cía.*, así como de la *Librería Colombiana Camacho Roldán y Tamayo* (también editorial), que subsistió hasta finales del siglo XX; viajero –aunque mejor diríamos explorador e investigador del territorio–, librero (fundó la Librería Colombiana Camacho Roldán en 1881), conferencista, educador, profesor del Externado y de la Universidad Republicana, candidato a la presidencia en una competencia con Murillo Toro y Santiago Pérez y presidente encargado de la República en 1869, empresario agrícola, periodista de *El Siglo, la Reforma, la Opinión, el Neogranadino*, entre otros, Camacho Roldán estaba armado de la más varia y recia experiencia de nación colombiana a que pueda aspirar intelectual alguno entre nosotros.

Había conocido al país por los poros como un campesino sabe dar cuenta exacta de su parcela: “conozco la mayor parte de los malos caminos de la República” –asegura en sus notas de viaje²⁹⁶– pero no era un campesino sino un patricio que tenía acceso a los mecanismos tortuosos del poder, un intelectual que creía en el progreso, en el valor del trabajo, en la técnica y en la ciencia, un burgués racionalista y modernizante que conocía el valor del dinero y se ejercitaba raramente en el cálculo matemático de los costos y los beneficios. Su patriciado, además, no se lo debía total o, ni siquiera, mayoritariamente a su nacimiento, a pesar de que su padre, don Salvador Camacho Naranjo había sido Senador y amigo del General Santander, pues a todas las características antes mencionadas unía la de ser en buena medida un hombre que se había hecho a sí mismo: un *self-made man*, que había escapado de las breñas del Casanare, su patria chica, para montar un negocito en la plaza de Bolívar a los 17 años de edad y con su producto financiarse el estudio en los “colegios” de la capital según su propia frase.

295 En el prólogo a S. Camacho Roldán (1976), *Escritos sobre economía y política de Camacho Roldán*. Bogotá: Colcultura, el profesor J.A. Bejarano clasifica a don Salvador como un “burócrata de segundo orden” y como alguien ocupado de las “cosas mundanas y menos ostentosas”. Dejamos al lector de estas páginas que se forme su propio juicio.

296 Salvador Camacho Roldán, *Notas del viaje, op. cit.* (T.1). P.17.

A los colombianos de esta época, espectadores de tanta mediocridad como desfila por los alrededores del poder, les sorprenderá que a los oficios de ministro, presidente y negociante pueda vincularse el de intelectual y aún el de introductor de nuevas disciplinas, pero don Salvador Camacho Roldán lo fue con pleno derecho y no estaría difícil el demostrarlo. Ante todo, él tenía conciencia del valor de la ciencia, creía en la necesidad del análisis y de los estudios sistemáticos y aplicó su capacidad y su tiempo a la realización de unos y otros con un deseo visible de objetividad, imparcialidad y precisión. Parecía que él identificaba en buena medida las características del ejercicio intelectual que acabamos de mencionar con el recurso constante a la estadística y a la presentación de tablas y cifras, modalidad de la que se reputa si no como el introductor, sí como uno de sus primeros y más caracterizados difusores en el país.

Intelectual fue este colombiano notable porque también se preocupó por historiar y dejar a la posteridad un documento sistemático de los hechos más significativos de la vida nacional durante el tiempo en que él fue tanto actor como espectador de estos procesos sociales, económicos y políticos. Camacho era un hombre sorprendentemente informado para su época. Escribe con la mayor propiedad sobre la situación política de Francia, Inglaterra, Alemania, etc. Lee los periódicos de New York, París y Londres. Se documenta en los diccionarios, en las enciclopedias, en los almanaques, se lo ve citando, por ejemplo, del *Commercial Dictionary* de la *Cyclopaedia of Commerce*, del *National Almanac & Annual Record* de los Estados Unidos, de la *New American Cyclopaedia*. Retiene de todas sus consultas no solo las ideas sino característicamente las cifras.

Aunque apreciara la poesía, no fue, sin embargo, don Salvador un poeta y esta ausencia resulta tal vez significativa en un país donde todo el que conseguía una educación formal y lograba elevarse con este privilegio unas pocas pulgadas al menos por encima del analfabetismo reinante, decidía ensayarse como versificador. Refiriéndose, a propósito, a José Eusebio Caro, el propio Camacho expresa justamente esta comprobación: “Como la mayor parte de los hombres que sobresalen en la política tanto en América como en España, fueron poéticos sus primeros ensayos en que dio a conocer sus talentos”. Pero don Salvador no siguió este camino y es acaso esta cualidad negativa –Si podemos llamarla así– en un colombiano ilustrado del siglo XIX, aunada a la de su interés por el comercio, lo que le permitió aficionarse a los números y a los cálculos apartándose de la oratoria especulativa que llenaba el ambiente.

¿Sociólogo positivista?

Despejadas entonces posibles dudas sobre las credenciales intelectuales de Camacho Roldán conviene indicar que este intelectual que cultivó la crítica literaria, la historia y la

economía y que apeló a la estadística de manera tan conspicua fue eminentemente un Sociólogo. Sus *Notas de viaje*, sus *Memorias*, sus ensayos sobre el estado de las Rentas, sus *Estudios*, sus artículos periodísticos a lo largo de 50 años, presentan la visión de un hombre con una preocupación fundamental: qué relación existe entre los distintos objetos de estudio y el estado de desarrollo de la comunidad. Camacho Roldán fue hasta donde se lo permitieron las limitaciones de tiempo y espacio, un auténtico Occidental del siglo XIX, o sea, un hombre permeado por el ideal del progreso y un abanderado de la ciencia empírica y de la técnica. Es decir, un positivista.

Como positivista se perfila también la disciplina de la Sociología en sus tempranos escauceos. La Sociología en sus inicios y la idea del *progreso* basado en la técnica van de la mano tanto en el viejo mundo como acá entre nosotros. Así lo ilustra la obra de Camacho Roldán. La preocupación por el desarrollo de la comunidad, del país, de la nacionalidad y esa nueva óptica sociológica se compaginan y se alimentan recíprocamente. Si Camacho Roldán es un Sociólogo desapasionado, un científico puro y aséptico, un investigador que guarda severamente distancias con su objeto de estudio –lo cual en varios casos puede ser deseable–, es, antes que todo, el dueño de una vocación magisterial, de un mandato apostólico, de una voluntad orgullosa y explícita de transformación. Camacho Roldán no describe por describir, ni levanta censos e inventarios de gentes y ambientes por el simple deseo de acumular conocimientos o datos. No. Quizá podamos afirmar, inclusive, que él es incapaz de esa posición. El país está muy joven y precario para esas actitudes. La infraestructura del conocimiento nacional tanto en la ciencia natural como en la ciencia social es indigente, casi nula.

En esas condiciones Camacho Roldán es sabio al pretender producir intelectualmente con el propósito expreso de enseñar, de guiar, de criticar, de corregir, de construir, de promover el adelanto. Más que un científico es un maestro.

Don Salvador –ya lo hemos dicho– era en el cenáculo decimonónico de los poetas, los retóricos, los latinistas, los caciques devenidos senadores y los generales de ruana y jipijapa un entusiasta de la técnica, de la organización racional de la administración, de las ciencias modernas. En su concepción positivista inspirada en pensadores como Spencer y Comte –según lo han indicado otros– todo estaba correlacionado y se sustentaba recíprocamente. Concebía a la sociedad como un organismo biológico. Al comentar la aparición del siniestro doctor Russi en la Bogotá de 1851, Camacho hace el siguiente diagnóstico:

“Parecía que así como los miasmas engendran enfermedades epidérmicas, de repente también en la atmósfera moral se producen tendencias al crimen, que se extienden, por el ejemplo, como en la atmósfera física,

por el contagio. Este es uno de los fenómenos *sociológicos* – recalca Camacho apelando a uno de sus calificativos favoritos: el de “sociológico” – que, como las modas, como la producción literaria, como las malas cosechas y los malos frutos de los árboles, tienen sus épocas irregulares de aparición y sus largos períodos de inactividad”²⁹⁷.

Ningún área del pensamiento ni de la actividad humana se escapa a las leyes del método positivista, ni siquiera la actividad poética. En su estudio de la poesía de Gregorio Gutiérrez González, Camacho afirma, por ejemplo, que

“como todas las ciencias la poesía tiene por base la observación y la experiencia [...] no procede, como se cree [...] de las facultades afectivas, sino [...] de un desarrollo [...] de fuerzas mentales y morales de un orden superior”²⁹⁸.

Creía Camacho que la ciencia libraría con ventaja una batalla contra los azares de la política violenta, apasionada y partidista. Proyectos como los del canal interoceánico fracasaban

“no tanto – dice Camacho – por culpa de la inestabilidad del orden público cuanto porque ninguno de ellos estaba sostenido por estudios serios y cálculos verdaderos. Había tan solo en todos ellos la expresión de un deseo ardiente”²⁹⁹.

Protosociólogo de nuestra nacionalidad

Y en el plano de la Sociología Nacional Camacho Roldán ejerció, en efecto, un temprano magisterio. El capítulo XII de sus *Memorias* – por ejemplo – es uno de los más deliciosos ejemplos de historia sociológica que podemos hallar. Los subtitula “Estado social y costumbres”. Evalúa allí el desarrollo de Bogotá en comparación con Cartagena y Popayán. Apela a indicadores de desarrollo urbanístico como el valor de la finca raíz y los arrendamientos. Describe el mobiliario de la casa típica, señala la capacidad financiera de los capitalistas de entonces y la coteja con otras épocas,

297 S. Camacho Roldán, *Memorias*, *op. cit.* P.225.

298 S. Camacho Roldán, Gregorio Gutiérrez González. En S. Camacho Roldán (s.f.), *Estudios*. Bogotá: Editorial Minerva. P.110

299 S. Camacho Roldán, *Memorias*, *op. cit.* P.243

indica el monto de los salarios y la composición de la canasta familiar a mediados del siglo XIX, apunta los precios de los principales bienes de consumo y capital. Hace un censo de los vestidos y de las modas y escribe con segura ironía: “ninguna señora se hubiera atrevido a usar medias de color, cosa exclusivamente reservada para el arzobispo”³⁰⁰. Realiza un inventario de las comidas populares que son una perla preciosa de la folklorología: la sopa de arroz o “macho rucio”, el ajiaco de plátano, el agua de panela, el bizcochuelo de sagú, los ambigús “palabra – dice entonces Camacho – que ha sido reemplazada por la de *lunch*”, la cazuela de chupe, la bandeja de cangrejos, la leche clema, los huevos chimbos, la sopa borracha, el mergido y el postre de don Antonio Castro. Fecha más adelante el inicio histórico de la venta de cerveza en Bogotá que – precisa Camacho en sus *Memorias* – los campesinos llamaban “espumita”.

Alude a los personajes populares de entonces. Señala el desplazamiento de los “altozaneros” o mozos de cuerda por obra de la aparición de carros de las fábricas de Mac Allister, Thomson y Moncreafs y la desaparición de las aguadoras al surgimiento del primer ensayo de acueducto con tubos de hierro en 1887. Llama en fin la atención con seguro sentido histórico al significado para el país de tres innovaciones técnicas: la introducción de la semilla tuquerreña, la propagación de trigo barcino, la construcción de la carretera de Occidente.

Son muchos los momentos en que Camacho rebasa el simple plano de la descripción, del recuerdo y de la crónica, o del censo estadístico, para introducir una observación analítica o el significado oculto de un hecho. Y en esas reflexiones deja ver la hondura de su vena sociológica: Refiriéndose a los indígenas del altiplano cundi-boyacense en una parte de su *Discurso* sobre la Sociología, al que nos referiremos luego más detenidamente, observa:

“nuestra experiencia americana nos dice que nuestras razas aborígenes tenían la aclimatación secular que piden las regiones tropicales y el conocimiento especial de los cultivos distintos propios de nuestra zona, sin carecer del grado de desarrollo intelectual necesario para mezclarse con otra raza más adelantada”³⁰¹.

Al hablar sobre la industria textil nacional compara sus condiciones de desarrollo con la manufactura textil inglesa y entonces señala: “la mano de obra es allá más

300 S. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. P.101.

301 S. Camacho Roldán ([1882] 1937), El estudio de la sociología (*Discurso* en la sesión de clausura de la Universidad Nacional de Colombia, 10 de diciembre de 1882). *En Estudios*, op. cit. P.39

inteligente, más educada, lo que significa que es más barata que la nuestra”³⁰². La corrección entre educación y baratura que es la base de la productividad del trabajo no es necesariamente evidente y toma una mente avanzada y familiar con este concepto y con la teoría pertinente el señalarlo. En una línea más económica apunta perspicazmente: “se exportaba el azúcar de Guaduas a Europa prueba de que su precio debía ser muy ruin”³⁰³.

Asiduo del método comparativo

El sociólogo Emilio Durkheim en *Las reglas del método sociológico* privilegia el método comparativo como, según su propia expresión: “el único que conviene a la Sociología”³⁰⁴. El método comparativo se perfila, en efecto, en los trabajos de Camacho Roldán, como la figura quizá más socorrida del análisis, como el recurso más reiteradamente usado. Aparece a veces un propósito pedagógico evidente o sea que está allí para establecer patrones de medida, puntos de referencia que introduzcan a la imitación emuladora, a la competencia. Camacho compara la situación de Colombia con la de los países de Europa, con los Estados Unidos del Norte, con los países vecinos, con El África “gran continente – según dice él – que es todavía la afrenta de nuestro siglo”. Compara la colonización inglesa con la española, compara también la raza de nuestras mulas – que él encuentra muy deteriorada – con los toros del Conde Orloff de Rusia, que recorren hasta cuarenta leguas en un día, en tanto que nuestras mulas a duras penas pueden recorrer cinco. Compara nuestra situación ferrocarrilera con la de Perú, Bolivia, Honduras, Costa Rica y concluye que estamos en vergonzosa desventaja. Compara el estado de civilización de los habitantes de las Islas Sándwich –al tiempo de su descubrimiento por el capitán Cook en 1788– con los progresos veloces hechos por sus gentes gracias al efecto de la educación y señala ese hecho como un modelo. Compara los precios de mitad de siglo con los finiseculares. Compara nuestros métodos de cultivo con los empleados en Inglaterra. Compara la posición altimétrica de Girardot con las de Cincinnati y Pittsburgh. Cree firmemente en el efecto de demostración y opina que la mayor causa de nuestro atraso es sencillamente la ignorancia, la falta de información. “El hombre produce – escribe– en proporción a lo que sabe producir”³⁰⁵.

302 S. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. P.136.

303 S. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. P.99.

304 Émile Durkheim (1964), *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Editorial Dédalo. P.138

305 S. Camacho Roldán (1976), *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.137.

Retratista y paisajista verbal

Por otra parte, aunque las obras más connotadas de Camacho Roldán tengan títulos que evocan lo anecdótico y lo autobiográfico como las *Memorias* y *las Notas de viaje*, claramente son mucho más que eso. En sus *Memorias* don Salvador es un historiador consciente que expone con sistema y nitidez los tipos existentes de moneda en la época dada, los logros históricos del gobierno del general Mosquera, el origen de los partidos políticos en Colombia, las divisiones en el partido liberal. El autor de las *Memorias* es, igualmente un extraordinario pintor de caracteres, un cultor del retrato literario, así de la fisionomía como del alma de sus personajes. Ahí están, hechos con un trazo limpio y sobrio, los retratos magistrales de Mosquera, de Zaldúa, de Cuervo, de José Hilario López, de Murillo Toro, de Ezequiel Rojas, de don Mariano Ospina, de don Florentino González, de José Eusebio Caro, del general Obando, del general Santander, del doctor Manuel Ancízar, del siniestro doctor Rus-si y de otros varios. Vale la pena, a modo de elocuente ilustración, detenerse en la forma como Camacho pinta al general Santander:

“Era de estatura más que mediana, – escribe – de complexión robusta, con alguna tendencia a la gordura, por lo cual algunas personas lo llamaban el buchón; sus facciones regulares y bien proporcionadas; su porte y manera de caminar desembarazado, de suerte que se le reputaba lo que irregularmente se llamaba buen mozo. Tenía el cabello y los ojos negros, el bigote que en su juventud había sido castaño[. . .] era negro ya; la coloración algo morena[. . .] como si en su familia hubiese alguna mezcla de sangre indígena, sus maneras eran muy corteses [. . .] gustábale familiarizarse con la gente y conocer la corriente de la opinión pública, ya fuese paseando todas las tardes en el atrio de la catedral, ya concurriendo a algunas de las tertulias de las tiendas de la calle del comercio [. . .] Entre semana usaba una capa en la cual se embozaba con elegancia [. . .]. En los días de trabajo gustaba dar ejemplo de sencillez, y recuerdo haberlo visto alguna vez con pantalón de manta del Socorro, muy fina eso sí”³⁰⁶.

El retrato intelectual de Cuervo es muy severo y deja ver que el personaje le inspiraba poca simpatía³⁰⁷. Seguramente el sesgo partidista, no ausente sin duda de la obra de Camacho Roldán, se insinúa en el trasfondo de esta descripción. En otro lugar, todas las instituciones del país parecen desfilar en media docena de líneas con un rasgo caracterizante y un adjetivo impresionista que forma una sucesión

306 S. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. P.113.

307 S. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. P.25–26.

rápida pero precisa de excelentes caricaturas que se basta a sí misma. El pretexto es el Estado alcabalero, antiliberal, del cual dice Camacho:

“Verdadero Proteo el fisco lo invade todo, en todas partes se encuentra y ora toma la forma enruanada de guarda de aguardiente, el rostro colérico del asentista, el tono grosero del cobrador de peaje, la sucia sotana del cura avaro, los anteojos del escribano, la figura impassible del alcalde armado de vara, la insolencia brutal del rematador del diezmo o la cara aritmética del administrador de aduana”³⁰⁸.

Los Estados Unidos, el modelo a seguir

Comentando acerca de la posibilidad de la lucha de clases en los Estados Unidos de América que se hallaba visitando dice:

“En mi concepto no hay combate posible: la mayor riqueza es el hombre mismo; la fuerza más fuerte es la razón ilustrada y en donde esta domina por la escuela primaria, por los estudios superiores, por el periodismo, por el telégrafo, por la libre discusión, por la tolerancia y la libertad, todas las resistencias se allanarán a su paso: el mundo marcha y el porvenir pertenece a la humanidad”³⁰⁹.

Las convicciones positivistas de Camacho Roldán encuentran una exaltada y exaltante confirmación en la visita que él tiene oportunidad de realizar a los Estados Unidos y de la cual dejó extensa relación en sus *Notas de Viaje* con el obvio propósito educativo de proponernos a esa nación como modelo:

“La nacionalidad americana del norte – dice entusiasmado – es el hecho *sociológico* más trascendental surgido en el mundo desde la caída del Imperio Romano hasta los tiempos presentes”³¹⁰.

La fascinación por los Estados Unidos no data del momento tardío de la visita a este país (1887) sino que aparece tempranamente por ejemplo en el artículo “La prisión por deudas” de 1852, donde Camacho se muestra particularmente impresionado por la obra *Cartas sobre la América del Norte* de Michel Chevalier (1806–1879) a quien Cama-

308 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.30

309 S. Camacho Roldán, *Notas de viaje*, op. cit. (T.2). P.308

310 S. Camacho Roldán, *Notas de viaje*, op. cit. (T.2). P.162

cho llama “El célebre economista Chevalier”. Chevalier fue en la Francia del siglo XIX un defensor del libre cambio. La influencia de Chevalier en las opiniones de Camacho parece haber sido considerable pues su nombre es retomado una y otra vez con fuerza de autoridad. En la jerarquía de los pueblos, para Camacho, Inglaterra es cada vez más cosa del pasado, mientras que los Estados Unidos son la luz del porvenir, son un gigante joven. Francia le merece en más de una oportunidad una pobre opinión:

“Francia no es un pueblo colonizador –escribe, por ejemplo–. De sus empresas marítimas nada ha sobrevivido; la raza anglosajona ha dejado en todas partes su huella; en América y en Asia; en Canadá, en Louisiana y en la India”³¹¹.

En las *Notas de viaje* se deleita don Salvador en la descripción de las industrias agrícolas pecuarias y manufactureras de los Estados de Ohio, Pennsylvania o Illinois. Encomia su racionalidad administrativa y técnica en todas las ramas de la actividad humana. Coteja el adelanto y la diligencia de allá con el atraso y la incuria de estos lados.

Devoto de la estadística

Y es pródigo, como siempre, en datos y estadísticas. Estadísticas que cuando referidas a los fenómenos de la vida y la realidad norteamericana pueden dejarnos con una impresión suficiente de certeza y objetividad pero que aplicados a los hechos mal y nunca registrados de la economía o de la demografía podrían resultar frágiles, objetables, puramente aproximativos en el mejor de los casos. Camacho es consciente de “las dificultades que la ignorancia absoluta de la estadística” plantea entre nosotros para el estadista así como para el investigador. A falta de fuentes fidedignas y ante todo sistemáticas, una buena parte de las estadísticas de don Salvador son estimaciones basadas en cálculos de la experiencia personal y están puestas allí como probabilidades más que como datos confiables. El capítulo XVI de las *Memorias* está enteramente dedicado a dar datos sobre volúmenes y valores de la producción de los distintos artículos agrícolas y manufacturados del país. Júzguese del valor estadístico de esos datos por las siguientes referencias:

“El cacao recorre las sesenta u ochenta leguas que median entre el sur del Tolima y Bogotá, en cantidad de seis u ocho mil cargas al año [...] / [Del] maíz [...] probablemente alcanza la producción a tres o cuatro millones de cargas al año; pero no puede hacerse cálculo alguno positivo,

311 S. Camacho Roldán (1895), *Escritos varios* (T.1). Bogotá: Librería Colombiana. P.327.

porque ni se recogen estadísticas ni el artículo viaja a más de 10 leguas del sitio en que se le cosecha. Se emplea como elemento universal [...] sirve para la ceba de tres o cuatrocientos mil marranos. Cada uno de los cuales consume de dos a cuatro cargas del grano [...] Juzgo que no baja de diez millones de pesos oro su producción anual”³¹².

Más adelante señala con la misma evidente, aunque bien intencionada, imprecisión:

“Juzgo pues que se puede estimar en ciento cincuenta millones de pesos oro la alimentación anual de cinco millones de habitantes de Colombia y como este gasto forma las dos terceras partes a lo menos de todos los consumos, quizá no excede el monto de estos de 240 millones anuales”³¹³.

Se toma luego el trabajo de elaborar una tabla de 21 <<Ítems>> de consumo con base en estimaciones, simples estimaciones de cantidad y valor de la producción consumida”³¹⁴.

No significa todo esto que tales esfuerzos de estimación puedan calificarse simplemente de inútiles o depreciables, pues, primeramente, cumplen la función pedagógica de familiarizar al país con la necesidad de la estadística sistemática, generalizada y confiable y, en segundo lugar, para su autor, un conocedor tan autorizado del territorio, de las costumbres y las prácticas así como de la teoría de la economía pública y privada, esas estimaciones nos proveen por lo menos de un dato aproximado de las condiciones del país; dato obtenido con un esfuerzo tanto más valioso en si cuanto más difícil y laborioso de producir resultaba.

Crítico literario

La mente sociológica de Camacho Roldán se aplicó también al ámbito de la literatura. Además del ya mencionado estudio sobre Gutiérrez González, nos dejó en el análisis de la obra *Manuela* un modelo temprano de sociología de la literatura. Empieza, por ejemplo, preguntándose en qué medida la obra puede calificarse de nacional. Reconstituye el hábitat del establecimiento llamado trapiche, lugar en que discurre la acción de la novela. Enuncia los componentes sociales e institucionales de una parroquia o cabecera municipal a mediados del siglo XIX. Traza la evolución histórica de estas insti-

312 S. Camacho Roldán, *Memorias, op. cit.* P.138, 140

313 S. Camacho Roldán, *Memorias, op. cit.* P.147

314 S. Camacho Roldán, *Memorias, op. cit.* Ps.147–148

tuciones, conmovidas ante todo por los sucesos de la revolución de la independencia. Son la historia y las instituciones el foco de su análisis literario sociológico. En los personajes de *Manuela* identifica tipos sociales. Ve en la obra literaria el documento de una generación: la de los Gólgotas, esos liberales moderados y pacifistas que desmontaron la pena de muerte en el país y opusieron un estilo idealista, juvenil, racionalizante y algo romántico, inspirado en *L'Histoire des Girondins* de Lamartine. Camacho mismo era – como se sabe –, un “Gólgota” (liberales librecambistas). Quien quiera hacer sociología de la literatura encuentra en este análisis de *Manuela* un modelo digno de imitarse provechosamente.

Nuevos conceptos y nueva terminología para la nueva ciencia

Cuando, de otra parte, Camacho Roldán no introduce nuevos conceptos sociológicos, familiariza al lector con el uso de otros. Habla, como el primero, del fenómeno de “ausentismo” entre los terratenientes, disculpándose por tener que traducir muy literalmente el vocablo inglés *absenteeism*. Desde 1874 está hablando también de “la organización del trabajo” en la empresa. Escribe sobre la “disciplina social”. Se refiere a la “división profunda [de] las clases sociales” a la cual atribuye la caída de Grecia. Aunque, como lo señala Nieto Arteta³¹⁵ percibe el estado embrionario de las clases entre nosotros: terratenientes y burgueses serían fracciones ambiguas de una clase más que clase *per se*. En 1850 habla del proletariado “nacido”, según sus palabras, de la viciosa distribución de las propiedades en el viejo continente. Se ocupa a sí mismo de introducir en el país nuevas realidades como los bancos de seguros sobre la vida y los de préstamos hipotecarios³¹⁶. Y es, en fin, uno de los primeros ideólogos del desarrollo de las vías de comunicación, orientadas a la salida al mar antes que a la intercomunicación de las regiones.

Eximio conocedor de la agricultura vernácula

Entusiasta de la ciencia positiva Camacho Roldán era un conocedor sorprendente de la agricultura técnica³¹⁷, de la geografía y de la geología: Habla con precisión de las

315 Luis Eduardo Nieto Arteta (1940), Salvador Camacho Roldán y Miguel Samper, precursores de la sociología. En *Revista de las Indias*. (Febrero de 1940). Ps.81–98

316 Camacho Roldán, *Escritos varios, op. cit.* (T.2). P.340.

317 En los años sesenta fundó la Sociedad Agrícola Cundinamarquesa, hoy SAC (Sociedad de Agricultores de Colombia)

condiciones de temperatura, humedad, período de gestación, cantidad de humus, cuidados agrícolas que corresponden al cultivo de cada planta o producto. Es un experto en las variedades autóctonas de nuestros cultivos. De la arracacha, por ejemplo, se complace en enumerar todas las variedades reconocidas en el territorio utilizando los nombres autóctonos: “canao”, “playera”, “algodonera”, “chicora”, “veleña”, “cundayuna”, “yema de huevo”. Lo mismo hace con las variedades de plátano: “hartón”, “guineo”, “cambure”, “guineo verde”, “manzano”, “habano”, “bocadillo”, “pacífico”, “resplandor”, “miniatura”. De cada una de estas clases indica las características y principales usos y hace observaciones que son tan actuales hoy como entonces.

“Es extraño –anota– que, en los Estados Unidos, en donde de algunos años a esta parte se ha despertado el gusto por este fruto, solo se consume el habano, plátano [...] de [...] mucho aroma y sabor delicado, es verdad, pero de muy difícil conservación para su transporte, mientras que las tres primeras clases son más alimenticias, igualmente agradables y resisten mejor la transportación a largas distancias”³¹⁸.

Liberal manchesteriano

Positivista e ilustrado Camacho Roldán es además un liberal de las más firmes convicciones. Un liberal manchesteriano, para quien según su propia expresión: “Un país sin aduanas, sin resguardos, sin estorbadores, como los llama Bastiat en que se pudiese entrar y salir libremente sería un país modelo”³¹⁹. Es el ideólogo del desmonte de los diezmos, del monopolio del tabaco, de los “derechos de estola”, de los impuestos al consumo que él quiere reemplazar por un impuesto directo y progresivo sobre la renta como el que tenemos hoy.

Al preguntarse a qué causas obedece la prosperidad de los Estados Unidos de Norteamérica, responde sin vacilación a

“la libertad religiosa, la imprenta libre, la libertad industrial sin monopolios de ninguna especie, el comercio sin trabas a través de un vasto territorio, la equitativa distribución de la propiedad territorial, la paz apenas ligeramente interrumpida en el espacio de más de un siglo, la ausencia de ejércitos permanentes, la modicidad de los impuestos, la educación popular”³²⁰.

318 S. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. P.141.

319 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.26.

320 S. Camacho Roldán, *Notas de viaje*, op. cit. (T.2). P. 175.

Parecería que al enunciar estas ventajas apareciera en la penumbra la proyección correspondiente del opuesto exacto de cada una de ellas y con esta lista la pintura ajustada de nuestro propio atraso.

Ninguna lucha por la libertad y los derechos del individuo puede decirse que le era ajena. Desde la libertad de la propiedad hasta las del matrimonio sacerdotal pasando por lo que hoy se tomaría por reivindicaciones feministas. Defiende los derechos de la mujer en su análisis de *Manuela* y en el comienzo de su carrera pública al disertar sobre el divorcio (en 1850).

“No me digáis – advierte– que la mujer debe estar exclusivamente entregada a los quehaceres de la casa y al cuidado de la educación de los hijos [...], no me digáis, en fin, que la mujer solo ha nacido para hacer la felicidad doméstica del hombre porque eso sería [...] una egoísta y vanidosa pretensión”³²¹.

En sus *Memorias* Camacho se presenta como el ideólogo del ascenso al poder de las posiciones liberales con la elección de José Hilario López el 7 de marzo de 1849. Más tarde encararía en el Congreso la acusación de Obando por su presunta participación en el Golpe de Melo y luego a diferencia del hasta entonces su amigo Miguel Samper tomaría distancias prudentes frente a Núñez cuando este se dedicó a conciliar con la ideología del conservatismo³²². Era Camacho partidario de las tendencias descentralizadoras y federalistas. Pero no era un exaltado. Aunque aboga por la libertad de comercio se preocupaba también por el fomento de la industria nacional.

“Estamos consumiendo harina americana en casi toda la república, –decía– además de azúcar y manteca de la misma procedencia. Esta situación vergonzosa y humillante de nuestra agricultura solo denota ignorancia en el pueblo y abandono total en el gobierno de su tarea de fomentar el desarrollo industrial del país”³²³.

Aunque en más de una ocasión se muestra escéptico frente a la presteza con que el proceso de industrialización puede avanzar y sin revelarse contra los dictados de la división capitalista internacional del trabajo indica que

321 S. Camacho Roldán, *Escritos varios, op. cit.* (T.1). P.12.

322 El sociólogo Orlando Fals Borda afirma que en 1876 Camacho se alineó con José María Samper, Ramón Santodomingo Vila y Nicolás Pereira Gamba al lado de Núñez, quien rompió con los radicales para entrar en componendas con los conservadores. Ver Orlando Fals Borda (1967), *la subversión en Colombia, op. cit.* P.144.

323 S. Camacho Roldán, *Memorias, op. cit.* P.144.

“la agricultura tiene que ser nuestra industria nacional; (pues) para ella bastan capitales medianos; no se necesita una instrucción científica superior (y) tenemos tierras fértiles”³²⁴.

Aunque es *Laissez-fairista* cree en la acción social de los gobiernos como un complemento y a ratos sustituto de la asociación voluntaria. En la línea del liberalismo decimonónico, Camacho era anticlerical y partidario de la separación de poderes entre la Iglesia y el Estado. Justificó la desamortización de bienes de manos muertas. Combatió las contribuciones eclesiásticas como el diezmo. Presentó en 1863 el proyecto de ley sobre el derecho de tuición por el cual los clérigos se comprometían a respetar la constitución de la República. Impugnó la institución del celibato sacerdotal. Refutó, con el Evangelio en las manos, los sermones coléricos de los curas antiliberales y la intransigencia fanática de los obispos retrógrados y cuál – pudiéramos decir– no lo era entonces. Probablemente muy pocos. Excepciones siempre las ha habido. Despotricó contra los Jesuitas:

“La comunidad de los Jesuitas –decía– no es propiamente hablando un establecimiento religioso como uno de propaganda política. [como educadores –añadía– los Jesuitas son] maestros chabacanos e inferiores en todo sentido [...su] tendencia hacia la intolerancia religiosa [...]

y hacia el espíritu de dogmatismo y de negociación de la autoridad de la razón humana son absolutamente inaceptables”³²⁵.

Un “Gólgota” Creyente y Masón

Pero, aunque Camacho Roldán fue signatario de la Constitución de Rionegro en 1863, en la cual se suprimiera el nombre de Dios, no era, sin embargo, él mismo, ateo. Era, por el contrario, un creyente y cristiano convencido. Muchas veces apoya su argumentación en los Evangelios. La imagen del Cristo que el pregona es la del Cristo artesano y obrero, románticamente vinculado a las rutinas y a las luchas del pueblo. Ese Cristo era para ellos, para los Gólgotas (obsérvese la pertinencia del mote) el carpintero de Nazaret el pescador de Galilea, el mártir del *Gólgota*. Cuando en 1865 Camacho decide como periodista comentar el asesinato de Lincoln no encuentra mejor elogio para el norteamericano que el de presentarlo como el “instrumento de Dios”

324 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.67

325 S. Camacho Roldán, *Memorias*, op. cit. P.189–190

“El Espíritu divino – escribe curiosamente Camacho a propósito de Lincoln–, que en otro día de regeneración tomó la forma de un artesano humilde de Galilea, se encarnó ahora en la carne y los huesos de un abogado”³²⁶.

Se mostraba siempre respetuoso de los principios del cristianismo que distinguía cuidadosamente de la institución eclesiástica y, cuando defendía por ejemplo la justeza del divorcio, decía que esa fórmula se reservaba para los otros, pues él no experimentaba intención alguna de llevarla a la práctica. En 1868 en el contexto de una aguda polémica sobre los efectos antirreligiosos y presuntamente materialistas del benthamismo, Camacho Roldán se presta a terciar en el debate solo para revelar un poema de Bentham donde este se declara creyente en Dios, contra la opinión predominante. Tan creyente era, pues, Camacho como que también él había abrazado la masonería en los albores de su vida política:

“Yo me incorporé en esa asociación en 1849, –escribe– atraído por la idea de que su objeto era únicamente reforzar el sentimiento de la fraternidad entre todos sus miembros y la práctica de la caridad y la benevolencia con todos los hombres”³²⁷.

En el siglo XIX y, en ocasiones, todavía, ser racionalista y declararse liberal formaban para los ideólogos de la reacción, una sola cosa con la profesión de ateísmo, de materialismo y de comunismo. Cuando los conservadores replicaron al *Discurso* de la Universidad Nacional sobre la Sociología hicieron a Camacho Roldán reo de la misma acusación:

“los Sociólogos – escribía en 1883 el conservador Nicolás Tanco Armero, a propósito de Camacho Roldán– opinan poco más o menos como estas dos sectas (a saber: el radicalismo y el socialismo). La afinidad política entre estas dos escuelas es pues patente, así como su importancia para gobernar y resolver los problemas sociales”³²⁸.

Pero no era cierto. Camacho Roldán defiende categóricamente contra los socialistas y los comunistas la validez, la legitimidad y la eficacia de la propiedad privada y, en particular, de la pequeña propiedad. La pequeña propiedad era la clave de una libertad real. Libertad sin propiedad era libertad sin igualdad efectiva. Y libertad en la desigualdad era apenas una sombra de libertad.

326 S. Camacho Roldán, *Escritos varios, op. cit.* (T.3). P. 787

327 S. Camacho Roldán, *Memorias, op. cit.* P.191

328 Nicolás Tanco Armero (1983), Sociología. En Periódico *El conservador*, (enero 23 de 1883).

Puede decirse que Camacho es un representante teórico y temprano de la pequeña burguesía, o mejor, del proyecto de esta en el país. Había leído –según consta– a Proudhon y lo digería a medias, sostiene que “la propiedad individual es [...] la fuente de todo progreso, la esperanza del pobre y la felicidad del rico”³²⁹ y rechaza taxativamente “esas teorías espantosas del comunismo con que el proletariado amenaza sumergir los Estados de Europa”³³⁰.

&

En conclusión, de la anterior introducción al talante y a la obra del personaje extraordinario que fue Camacho Roldán en la segunda mitad del siglo XIX, permítasenos decir lo siguiente: Camacho pertenecía –recordémoslo– al ala moderada de los radicales. Quiso siempre alejarse de los extremos y fue un abogado de la tolerancia en todos los órdenes. La tolerancia apelaba a la razón, y entre las dos posibilitaban el progreso. Comerciante como era, don Salvador parecía que tratara concienzudamente de buscar el punto medio entre las exigencias del vendedor y las ofertas del parroquiano que regateaba. Había interiorizado bastante bien la instancia de la negociación.

Su Discurso sobre la sociología en 1882

En los párrafos que siguen intentaré una revisión –tan breve y concisa como pueda hacerlo– del *Discurso* sobre la Sociología pronunciado por nuestro autor en la Universidad Nacional hace 100 años.

El *Discurso* sobre la Sociología, expuesto el 10 de diciembre de 1882 en la Universidad Nacional de Colombia es un esfuerzo de sustentación por medios teóricos de una necesidad político–económica. La idea central parece ser que los desarrollos de una nueva y respetable rama del conocimiento llevan a identificar el progreso con una realidad que no es otra que el modo de producción capitalista en el que una nación nueva también, que es Colombia, está en mora de involucrarse.

Está claro, además que estos tres entes nuevos: una ciencia nueva, una nacionalidad nueva³³¹, un nuevo modo de producción, se apoyan uno a otro, se alimentan

329 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.38.

330 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.23.

331 El tema de la nacionalidad es recurrente en la obra de Camacho. Véase, por ejemplo, *Escritos sobre economía y política*, P.106, y también *Escritos varios*, (T.1). P.523, donde extrañamente apunta, por una vez, al peligro del imperialismo norteamericano.

recíprocamente y se complementan entre sí. Una nación que está en formación es como un vino nuevo que reclama odres propios, o sea, aires puros, prácticas renovadas, adaptadas a sus circunstancias particulares. De la misma manera, la sociología y el modo de producción capitalista avanzan parejamente hacia un mundo desanimitizado, de realidades asibles, precisables, que se dejan medir, sopesar y alterar gracias al uso frío de la razón y a las destrezas que la técnica viene elaborando todos los días con mayor empuje, seguridad y cobertura.

En tres tesis básicas puede resumirse el *Discurso*: uno, la sociología ofrece explicaciones realistas, positivas e históricas a los problemas del origen y maduración de las sociedades. Dos, la conformación de nuestra nacionalidad depende de nuestra inserción en el capitalismo mundial. Y tres, tanto la sociología como el capitalismo encuentran su inspiración y su fuente última en los métodos y hallazgos de la ciencia natural moderna.

Sociología y capitalismo son, pues, aliados seguros del método positivo. Atendamos sumariamente al desarrollo de cada una de estas tesis. La explicación sociológica del proceso histórico de la nacionalidad se remite en particular a las teorías de los evolucionistas (Darwin, Spencer) y a los teóricos del Contrato Social (Hobbes, Locke, Rousseau). Se apoya en historiadores liberales como Edward Gibbon (1737–1794) y Henry James Sumner Maine (1822–1888) y en ciertos juristas liberales, como el abolicionista norteamericano William Wilberforce y el teórico del Derecho de Guerra, J. Bluntschly. Los teóricos del derecho son importantes como fuentes intelectuales de nuestro autor, pues Camacho es abogado y –como se sabe– la clase intelectual de este país ha exhibido durante un largo tiempo una formación predominantemente jurídica.

La exposición de don Salvador sobre la génesis de la nacionalidad es sugerente y básicamente bien orientada – diríamos– pero asistemática e imprecisa. Salta gratuitamente a conclusiones que tergiversan la posición y la idea de los autores en que se inspira. Ofrece una explicación científica del surgimiento del lenguaje. Vincula acertadamente el fin del nomadismo con el establecimiento de la agricultura. Cuando dice familia, hay que entender familia monogámica, aunque él no demuestra conocer las discriminaciones del concepto y es, por tanto, inexacto al referirse al origen de esta. Hoy podemos tal vez afirmar que la división del trabajo, empezando por la división sexual del mismo, lleva al aumento de la productividad y este último incita al cambio y este, a su turno, estimula aún más la división del trabajo.

Camacho invierte un tanto los procesos: “El cambio –escribe, por ejemplo– [...] condujo necesariamente a la División del Trabajo”³³² y luego, confiriendo al cambio el papel protagónico, afirma que: “el cambio [...] condujo [...] a la primera formación

332 Salvador Camacho Roldán, *El estudio de la sociología [Discurso]*. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.*

de capitales”³³³, otra manera de designar la “acumulación originaria de capital”. En seguida asevera que con el capital tiene lugar “la primera aparición de la idea de solidaridad entre los grupos de hombres”³³⁴. Parece aludir a la división internacional del trabajo, que él ve románticamente como una muestra de solidaridad. En los términos del sociólogo francés Émile Durkheim (*De la división del trabajo social*, 1893) –a quien Camacho no parece haber conocido– la “solidaridad” propuesta por Camacho sería la fase de la “solidaridad orgánica” que se fundamenta justamente en la extensión y profundización de la división del trabajo. Todavía en la lógica de la investigación histórica Camacho apunta que con la expansión del cambio emergió el derecho de propiedad, de donde la propiedad posee un origen histórico, contingente y no divino. A esta afirmación los conservadores de la época a través de su vocero ocasional, don Nicolás Tanco Armero responden indignados que

“el derecho de propiedad es anterior a la ley y al cambio: la idea del mío y el tuyo están en la conciencia humana, es una facultad inherente al hombre... para poder cambiar es preciso tener la cosa y para eso es indispensable el derecho de propiedad. La propiedad es la base del cambio como lo es la producción y mal puede, por consiguiente, sucederle, venir después”³³⁵.

Más adelante expresa Camacho que la propiedad da lugar al “gobierno”, mejor dicho, al aparato policivo y administrativo del Estado. Ese momento marca – en concepto de nuestro autor – el fin de la tiranía, el fin de la fuerza y el fraude, el principio del consenso y del “imperio de la razón”³³⁶. He ahí la teoría del contrato social rediviva, pero no la de Hobbes, sino más bien la de Locke y la de Rousseau. Camacho, como buen liberal, está en contra de la tiranía, pero no contra la desaparición del Estado.

Pasemos a la segunda tesis: ¿dónde está el norte de nuestra nacionalidad? En la conquista de los derechos individuales, en la libertad de comercio, de religión, en la división internacional del trabajo, en la eliminación, de los monopolios, de las aduanas y de las alcabalas. ¿Cuáles son las instituciones que hace falta aclimatar en la nueva nación? Ningunas otras que los “bancos de circulación”, la sociedad anónima, la compañía de seguros. En su concepto “la compañía [...] de seguros sobre la vida

333 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* P.28.

334 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* P.28.

335 N. Tanco Armero, *op. cit.*

336 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* P.29

ha arrancado al secreto del destino una de sus más temerosas páginas” y “la sociedad cooperativa [o anónima] reduce a la práctica la fraternidad del cristianismo”³³⁷. “Las conquistas de la inteligencia –precisa Camacho–, ayudadas por la palanca del capital, arrancan las montañas de sus cimientos eternos y realizan el prodigio prometido antes a solo la fe”³³⁸.

¿Y cuál es el camino, preguntamos, a ese polo luminoso? Pues la ilustración, la ciencia, la educación popular a través de una nueva pedagogía que sustituye con observación y análisis concreto “el fatigoso y embrutecedor ejercicio de solo la memoria”³³⁹. ¿Cuáles serán los timoneles de esa travesía?, “los reyes del cálculo [...] los grandes ingenieros [...] los príncipes de la estrategia – y no ya los Aquiles ni los Páez”³⁴⁰. ¿Cuáles serán los objetos representativos de ese nuevo mundo, de esa renovada nacionalidad? Serán los productos de la Revolución Industrial: el ferrocarril, la segadora McCormick, los inventos de Foulton, de Stephenson, de Morse, etc. Ya en 1864, en su artículo sobre algodón, don Salvador había formulado quizá la más temprana exposición de los avances de la Revolución industrial que se hubiera hecho accesible a nuestras gentes.

La tercera tesis, en fin, sugiere que el positivismo corre parejas con el desarrollo capitalista, así como con el avance de la sociología. La sociedad industrial que acabamos de introducir es un producto del método positivo, de los avances incontables y sorprendentes de la técnica y se confunde con estos. Rigor, objetividad, medida y cálculo más libertad individual son los agentes del progreso capitalista del cual los Estados Unidos de América es el modelo más conspicuo, a juicio de Camacho. La sociología – de otra parte– es la ciencia natural de la sociedad, la “física social”, según la definición de Saint-Simon; la “fisiología social” de los evolucionistas. Pues la sociedad no es más que una especie de Naturaleza. En esta óptica:

“las mismas leyes que en la mecánica dirigen el movimiento y determinan la velocidad de los cuerpos elásticos gobiernan las fuerzas de los cuerpos sociales y las mismas reacciones que en la química alteran la apariencia y modifican la composición íntima de las sustancias producen también cambios sorprendentes en las tendencias del hombre colectivo”³⁴¹.

337 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* P. 66.

338 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* P.66.

339 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* , P. 72.

340 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* P.69.

341 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios, op. cit.* Ps.52–53

No es además, solamente que la sociedad sea reductible a las mismas leyes de la Ciencia Natural, sino que la naturaleza física determina mecánicamente al hombre. La geografía “ejerce una influencia decisiva” sobre los seres humanos y hasta la forma geométrica de las fronteras territoriales sobre el mapa son condicionantes profundas de la sociedad:

“Así vemos en el mapa – escribe Camacho– que las naciones poderosas del globo como Francia, Alemania, Austria y España presentan formas casi circulares, adecuadas [...] para la distribución del pensamiento nacional desde un centro común hasta las extremidades equidistantes”³⁴².

Hay razas propias de ciertos paisajes y viceversa. En nuestra América la fusión de las razas, la mezcla del europeo con el indio y con el africano en las costas es ventajosa y deseable. Camacho Roldán ha hecho tal vez, siendo cachaco, el más cálido elogio del tipo racial costeño colombiano.

En el comienzo de esta exposición se dijo que Camacho Roldán es un representante precursor de la sociología espontánea en Colombia. De ninguna manera cabría considerarlo como un teórico de esta ciencia, aunque un discurso de presentación de la nueva disciplina podría haber dado eventualmente para exposiciones de ese corte y nivel. Pero hemos visto que Camacho ofrece apenas una versión acrítica y asistemática del positivismo sociológico de raíces spenceriana y comteana, con un enfoque que conduce de manera clara a la apología del capitalismo.

En Camacho hay una idealización de este modo de producción, que él nos propone como proyecto, modelo y mandato de urgencia inmediata. Armonía, orden y progreso, no lucha de clases ni crisis ni contradicciones es lo que se vislumbra y promete. Camacho es un comerciante y su apreciación del capitalismo es la de un empresario ilustrado. Pero en su momento, en un país pastoril, campesino y arcaico, este Evangelio del progreso era no solo estimulante sino inclusive audaz y sin duda revolucionario.

&

Es posible que aún en matices intratables como este, el proyecto de nuestra sociología hubiera quedado definido desde hace 100 años. Se trataría de lidiar con la revolución capitalista para arrancar los cimientos del país feudal, del país hacendario, de la servidumbre en sus múltiples formas. Y, ya bien instalado el capitalismo, quizá se trataría de impulsar otra revolución, una muy distinta de la que pregona Don

342 Salvador Camacho Roldán, El estudio de la sociología [Discurso]. En S. Camacho Roldán, *Estudios*, op. cit. P.46

Salvador Camacho Roldán. La experiencia política de otro gran sociólogo de nuestros días, Camilo Torres Restrepo, por ejemplo, induciría en mentes perspicaces esta difícil inferencia. El tema es arduo y lo soslayamos por temor a caer en la especulación.

Nota sobre Camacho Roldán y la teoría económica

Cuando Salvador Camacho murió en 1900 las Bases de la Economía marginalista estaban sentadas. La teoría de la Economía Política de Jevons se publicó en 1871. Los principios de Economía de Menger son del mismo año. Los elementos de Walras aparecieron en 1874 y finalmente los principios de Economía de Marshall salieron a la luz en 1890.

Camacho Roldán había probado ser un cazador hábil de primicias bibliográficas y teorías novedosas, pero aunque los temas económicos eran uno de sus <<fuertes>> no consta que esta corriente última de la teoría económica capitalista hubiera captado su atención. Camacho no rebasa la Economía de los economistas Políticos. Sus referencias van de los mercantilistas a J.B. Say. En el camino están los fisiócratas, W. Pitt, Adam Smith, Claude Bastiat y oscuros defensores del libre cambio como Michel Chevalier autor de unas *Cartas sobre la América del Norte* que –según se indicó antes– ejercieron sobre don Salvador una atracción particular.

Por varias razones no resulta extravagante o exótica la pretensión de escudriñar en este autor colombiano del siglo XIX los elementos y los límites de sus vínculos con la Teoría Económica. En primer lugar, Camacho puede ofrecernos una serie de ensayos dedicados a temas de Economía pública: análisis de la tributación del Estado de las rentas, del desarrollo de la agricultura y de la industria, etc. En segundo lugar, en más de una ocasión el mismo se declara expresamente portador del punto de vista económico con exclusión de otro cualquiera en la consideración de un problema particular. En su estudio sobre los Bienes de Manos Muertas apunta, por ejemplo:

“Son muchos los aspectos por los cuales puede considerarse esta reforma. Los espíritus [...] religiosos, los hombres de Estado [...], el canonista, [...] el teólogo [...] los hombres políticos [darán cada uno su punto de vista]. Pero nosotros nos contentaremos a la faz económica de la cuestión, a la influencia que esta medida está llamada a ejercer sobre el desarrollo de la riqueza pública”³⁴³.

343 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.48.

En esta breve nota cabe señalar algunos de los atisbos – no diremos tesis– más destacados en la literatura económica de Camacho.

La teoría del valor trabajo parece insinuarse en esta afirmación de Camacho cuando dice:

“El trabajo crea valores, pero solo el ahorro forma capitales”³⁴⁴.

De manera igualmente asistemática apunta sin derivar ninguna consecuencia a la ley de la utilidad decreciente:

“Dado un grado de civilización en un país, la satisfacción de las necesidades tiene un límite que el hombre no puede traspasar sin sentir dolor donde creyó encontrar placer”³⁴⁵.

Aunque en sentido estricto, preciso, es reconocer que acá solo encontramos la enunciación de la ley de saturación del placer que junto con la de Weber–Fechner sobre el dintel de la sensación constituyen empero, la base psicológica del principio económico de la utilidad decreciente.

Pero hay un punto en que los economistas de hoy pueden reconocerle a Camacho Roldán una prelación. Hizo entre los primeros que sepamos un uso consciente y generalizado de los índices económicos: del PNB per cápita (aunque no utilizase esa sigla), de las exportaciones (valor) *per capita*, del consumo (valor y cantidad) *per capita*, de la relación Capital–producto. Con base en estos índices y otros no enunciados acá establece comparaciones entre diversos países y diversas regiones conforme a su inveterada práctica.

En otro lugar describe el proceso de circulación de las mercancías. Al capital lo define, en un contexto diferente, como un “fondo” que bien puede sugerir el concepto de “fondo de salarios” de Smith. Deslindándose de las viejas tesis mercantilistas Camacho observa que el Capital producirá intereses,

“siempre que haya una industria que lo ponga en movimiento, si esta industria no existe –dice– el capital es infecundo”³⁴⁶.

344 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.136.

345 S. Camacho Roldán, *Escritos sobre economía y política*, op. cit. P.37.

346 Camacho Roldán, *Escritos varios*, op. cit. (T.2). P.482.

Hay un punto en el que Camacho parece remontarse al concepto de abstinencia de Nassau Senior, en eso se muestra taxativo: el origen del Capital es el Ahorro y solo el Ahorro –insiste–. Se pregunta si un ferrocarril crea capitales y responde: ¡No! Solo hay un medio de crearlos: Es el ahorro.

Finalmente, Camacho no es solamente un teórico ocasional de la Economía. Es un abanderado del establecimiento en el país de un conjunto de instituciones que el capitalismo desarrollado había generado y pugnaba por generalizar en las últimas décadas del siglo XIX: esas instituciones son la sociedad anónima, las compañías aseguradoras, los bancos hipotecarios y los bancos de depósito en general. Camacho Roldán era ministro de Hacienda cuando inició sus labores, en 1871, el primer banco nacional: El Banco de Bogotá. El sistema financiero colombiano debe paradójicamente mucho a don Salvador Camacho Roldán no obstante la suerte corrida en coyunturas actuales por algunas empresas que aún llevan su nombre.

BIBLIOGRAFÍA

CAMACHO ROLDÁN, Salvador (s.f.), *Memorias*. Medellín: Editorial Bedout.

CAMACHO ROLDÁN, Salvador (s.f.), *Estudios*. Bogotá: Editorial Minerva.

CAMACHO ROLDÁN, Salvador (1895), *Escritos varios* (T.1). Bogotá: Librería Colombiana.

CAMACHO ROLDÁN, Salvador (1973), *Notas de viaje*, (T.1). Bogotá.

CAMACHO ROLDÁN, Salvador (1976), *Escritos sobre economía y política de Camacho Roldán*. Bogotá: Colcultura.

DURKHEIM, Emil (1964), *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires: Dédalo.

NIETO ARTETA, Luis Eduardo (1940), Salvador Camacho Roldán y Miguel Samper, precursores de la sociología. *En Revista de las Indias* (febrero de 1940).

TANCO ARMERO, Nicolás (1983). Sociología. *En Periódico El conservador* (enero 23 de 1883).

.....

5. LUIS LÓPEZ DE MESA

.....



1. ENTRE LA ANTROPOLOGÍA CULTURAL, LA FILOSOFÍA DE LA HISTORIA Y LA SOCIOLOGÍA³⁴⁷

Desde Camacho Roldán—el protosociólogo colombiano—ningún pensador nacional reclamó con tanta vehemencia como López de Mesa la calificación de “sociología” para el tipo de reflexión que él estaba empeñado en exponer a sus lectores. Es claro, además, que en esta pretensión López de Mesa va mucho más lejos que Camacho, por cuanto no sólo usó repetidamente ese neologismo de híbridas etimologías acuñado por Comte, sino que dos de sus más significativas obras son identificadas en el título mismo como tratados de “Sociología”. Me refiero obviamente a la *Disertación Sociológica* (1939) y al *Escrutinio Sociológico de la Historia Colombiana* (1955). En suma, para la mayor parte de sus lectores—algunos sociólogos, inclusive—López de Mesa pasa en efecto por un sociólogo. Se trata de determinar en qué sentido efectivamente lo fue.

Sobra decir que el hecho de que López de Mesa no haya sido “sociólogo”, en el sentido específico del término, no resta méritos a la obra que realizó. De pensadores tan eminentes como Marx se ha discutido vasta y penetrantemente si fue o no sociólogo, con esta conclusión taxativa de uno de los eminentes marxólogos que han examinado el problema: “Marx no es un sociólogo, pero en el marxismo hay una sociología”.³⁴⁸ Con todo, Marx no reclamaba ser sociólogo, en tanto que López de Mesa sí lo hacía.

Toda ciencia se desarrolla a partir de paradigmas y los paradigmas se originan en el trabajo de sistematización de algunos grandes pensadores (los “padres fundadores” de la disciplina) y en la fundamentación de giros que rompen significativamente con el sistema científico vigente hasta ese momento. Giros que se conocen como

347 Este texto es una versión modificada y más corta de mi contribución a un libro publicado por la Universidad de Antioquia en 1985 sobre la vida y la obra de Luis López de Mesa. El libro recogía tres contribuciones premiadas en concurso abierto por UniAntioquia sobre López de Mesa en 1984. Ver Carlos Uribe Celis (1985), Luis López de Mesa. Aproximación crítica a su obra. En Francisco Velásquez *et al.* (1985), Vida y obra del Profesor Luis López de Mesa. Medellín: Universidad de Antioquia. Ps.173–293.

348 Henri LEFEBRE, (1969), *Sociología de Marx*. Barcelona: Ediciones Península. P.21.

fases de “ruptura epistemológica”. La ciencia avanza por investigación acumulativa sobre la base de uno u otro paradigma. El modelo de este desarrollo está en la física. En ella podemos hablar de una serie de sistematizaciones y rupturas que pueden aproximadamente enunciarse así: el paradigma aristotélico-ptolemaico, para el que la tierra era el centro del universo y se hallaba fija en su posición en tanto que los demás cuerpos celestes giraban incrustados en esferas de “cristal”, o algo parecido, en torno a la tierra, que además era un cuerpo plano. En sustitución de esta visión entre los siglos XV y XVI surge el paradigma copérnico-galileano, que en macro física es el que básicamente manejamos: la tierra no es plana o superficial sino un volumen aproximadamente redondo y ella gira como un planeta en torno a una estrella que es nuestro sol. Sin desconocer este nuevo enfoque Newton pone las bases de una cosmogonía de fuerzas en la que la fuerza de la gravedad rige todas las posiciones y sus movimientos. En el siglo XIX un paradigma surge para explicar el microcosmos hecho de unidades llamadas átomos cuya estructura es compleja, formada por partículas y sujeta a las fuerzas del electromagnetismo, la fuerza nuclear fuerte y la fuerza nuclear débil, sin que este esquema agote los parámetros del paradigma vigente.

Determinar hoy si una obra es científicamente sociológica equivale a observar en qué medida toma en cuenta para aplicarlo o para superarlos, paradigmas atribuíbles a un número de autores que podemos considerar “padres fundadores” de la disciplina del mismo modo que no se puede hacer *física* sin conocer —así sea por mediaciones apropiadas de otros— los desarrollos científicos realizados, como se acaba de indicar, por Newton, Maxwell, Planck, Einstein, por citar los más obvios.

La obra sociológica más tardía de López de Mesa es el *Escrutinio sociológico de la historia colombiana* que data de los años 50 del siglo XX. Se observa también que, con excepción de Parsons (y acaso de Weber, pues una sola vez que detectamos la mención de Weber en la obra de López de Mesa parece estar aludiendo más a Alfred Weber que a Max Weber), el profesor López de Mesa cita en varias oportunidades a los “padres fundadores” de la sociología. Pero ¿de qué tipo son estas referencias y cómo calibrar la Sociología lopezmesiana frente al cuerpo de tesis y problemas que hoy conforman tal disciplina? He ahí el problema.

En el amplio compás de las ciencias humanas

El libro—como se sabe—en que López de Mesa hizo más claros planteamientos sobre la concepción de la Sociología es la *Disertación Sociológica*. En esta obra él se esfuerza por distinguir, en primer lugar, la Sociología de la Filosofía de la Historia, argumentando que la *Sociología* es la ciencia de lo “observable, mensurable y comprobable” en cuanto hace referencia al “origen, constitución y comportamiento de las sociedades”, en tanto que la *Filosofía de la Historia* es una especulación mental o reflexión especulativa —no positiva—, es decir basada en *datos* concretos³⁴⁹. Queda claro, entonces, que, a este punto de las definiciones, nuestro autor presenta una concepción positivista de la disciplina Sociológica. El medio, además, en que él produjo su sociología colombiana estaba marcado vivamente por la influencia positivista de la disciplina.

Pero el Profesor antioqueño no es completamente fiel al sello de su definición y la prolija explanación que realiza en la disertación de lo que a juicio suyo ha sido la sociología, vulnera la integridad del crudo positivista y hace desfilan, a nombre de la sociología, la totalidad de las disciplinas comprendidas en lo que hoy llamaríamos ciencias humanas, más otros menesteres que dejaron de pertenecer allí justo por obra de la crítica positivista. Tal es el caso de la así llamada “Sociología Teológica”, que de sociológica tiene poco. López de Mesa apunta aquí a la filosofía de la historia que postula a la Providencia divina como el origen y el fin de la existencia y que tiene a Bossuet como su expositor clásico.

Sociología es para López de Mesa igualmente la antropología, el derecho, la estadística, la economía política, la historia, la geografía, la sicología, el psicoanálisis y hasta la biología, especialidades a las que López de Mesa denomina respectivamente como “Sociología etnológica”, “Sociología jurídica”, “Sociología morfológica”, “Sociología económica”, “Sociología histórica”, etc., hasta la “Sociología biológica”.

Del mismo modo, la lista de los sociólogos que han contribuido de manera importante a la conformación de la disciplina es para López de Mesa muy extensa, demasiado amplia. Allí están desde Confucio hasta Pavlov, pasando por James Hutton y Charles Lyell, geólogos; Morgan, Bachofen y Rivet, antropólogos, Müller, Bopp y Boas, filólogos; Quetelet, Bodin, Quesnay, Turgot y otros economistas políticos, sin olvidar a Kant, Fichte, y Hegel; Durkheim, Comte y Spencer, Marx, Bakunin, Lenin, Proudhon y el príncipe Kropotkin y, entre los colombianos, Germán Arciniegas, Fernando González, Tomás Rueda Vargas, el fiscal de la audiencia don Francisco Anto-

349 Ver Luis López de Mesa (1939), *Disertación sociológica*. Medellín: Bedout. P.9.

nio Moreno y Escandón, el sabio Caldas, a más de –con mayor derecho—Camacho Roldán y José María Samper.

No sería justo decir, sin embargo, que todo aquel que se haya referido al hombre en sus relaciones de sociedad o con el ambiente, recibiría para López de Mesa el nombre de sociólogo. No. Nos parece que para el profesor es sociólogo sólo aquel que haya dirigido su atención al problema de la constitución de un conglomerado humano suficientemente amplio, de un pueblo, dijéramos, y que haya aportado reflexiones comprensivas, de generalización suficiente, al problema del rumbo histórico de tal pueblo, o de su “destino”, como gusta decir López de Mesa.

Sociólogo, para él es el que en sus observaciones logra penetrar en la esencia colectiva, que para López de Mesa siempre existe o por lo menos *debe* existir, y también quien le indica a ese pueblo el camino por donde debe avanzar. Bolívar, por ejemplo, aparece como un ejemplar egregio de sociólogo según esta concepción.³⁵⁰ Y lo sería Quetelet porque sus estadísticas demográficas tienden a revelar la constitución demográfica de un conglomerado humano, y lo sería Kant porque su imperativo categórico es una gran generalización que compromete ya no al hombre de un pueblo sino a la humanidad entera en la búsqueda de su destino, y lo sería el Sabio Caldas porque sus descripciones del paisaje andino sabanero y de sus pobladores “penetran” excepcionalmente en la “índole” de nuestro pueblo y en la aptitud del medio geográfico para satisfacer necesidades de progreso y bienestar de sus habitantes.

Pero en este ámbito tan vasto y sembrado de problemas se corre el riesgo de la ambigüedad y de la falta de sistema, de rigor y definición del objeto, que toda disciplina exige. Mucho más cuando esa disciplina está definida en términos tan taxativamente positivistas como lo hizo López de Mesa. Aunque él sea enfático en distinguir la sociología de la filosofía de la historia, acaba –a nuestro juicio—entremezclándolas. Ni Bolívar, ni Fernando González o don Tomás rueda Vargas, ni Kant, ni Bakunin—a quienes López de Mesa consideraba sociólogos—“mensuraron” o “comprobaron” en el sentido positivista que el profesor antioqueño asigna a la Sociología; sí, en cambio, hicieron reflexiones que cualquier sociólogo puede aprovechar.

Aunque López de Mesa en su larga trayectoria intelectual ejerció, así fuera esporádica o asistemáticamente en casi todas las especialidades que él identificaba con la sociología, o sea, que a trechos fue—según propia terminología—“sociólogo jurídico” en su obra *Opiniones Constitucionales*; “sociólogo morfológico” en sus estudios de las culturas aborígenes americanas; “sociólogo económico” en *Nuevos rumbos*

350 Luis López de Mesa, Simón Bolívar y la cultura iberoamericana. En Luis López de Mesa (1945), *Oraciones panegíricas*. Bogotá: Editorial El Gráfico. P.40.

de la *Economía Colombiana*; “sociólogo histórico” en *Introducción a la Historia de Colombia*; “sociólogo biológico” en numerosos pasajes de sus libros; su obra gravita más considerablemente en el campo de la filosofía de la historia como Hegel la desarrolla en sus *Lecciones de filosofía de la historia*. Por supuesto que el andamiaje filosófico que el alemán hace subyacer a sus reflexiones sobre las distintas culturas y que se halla —como todo en Hegel— en conexión estricta con su *Lógica y su Fenomenología*, no se halla en el caso de López de Mesa.

Spengler, Spencer, Gibbon y otros influjos

No sería Hegel, con todo, la más próxima referencia en este campo de López de Mesa sino más bien Oswald Spengler, y esta influencia decisiva, raramente observada, es la que debe merecer una atención más detenida en un análisis serio de la obra del pensador antioqueño. Por otra parte, si de determinar se trata, como es nuestro objeto, en qué medida la sociología de López de Mesa es esto u otra cosa, conviene declarar que los escritos del autor colombiano se mueven más dentro del campo de la *Antropología Cultural*, o sea, el estudio comparativo de la conducta y de los procesos de cambio de los distintos grupos humanos; y aún de la *Antropología Social*, o sea, el análisis comparativo de las relaciones y los procesos sociales de una comunidad.

No es fácil siempre, sin embargo, establecer la línea de divorcio entre las disciplinas sociales; entre la Sociología y la Antropología Social, por ejemplo; pero es indudable que en la “sociología” de López de Mesa es de primera importancia la preocupación comparativa basada en Herbert Spencer y los evolucionistas, de un lado, y en los deterministas geográficos y biológicos, de otra parte, influencias que constituyen uno de los grandes sustratos de su análisis de las sociedades.

La Sociología pone su énfasis en la determinación de la *estructura* social, del *sistema* de sus relaciones específicas, sea que tome a esta estructura y a este sistema como entidades históricas, es decir, como sujetos de contradicciones internas en desarrollo (Marx) o bien que la tome como un todo de ordenaciones estables en la medida en que su tendencia fundamental es el mantenimiento del equilibrio (la “homeostasis” del sistema), lugar en que el movimiento social se disuelve (Parsons). Los problemas sociológicos por excelencia resultan ser entonces el análisis de los grandes grupos sociales, de la conciencia de clase, de la movilidad social y de los mecanismos de conflicto. Se ocupa así mismo la sociología del análisis de las instituciones: el Estado, los partidos, la Iglesia, la escuela, en su morfología y constitución y en sus relaciones, o *funciones*, respecto de la estructura social en su conjunto.

Dentro de este análisis que de cualquier modo está, o debe estar, orientado en el preciso sentido que acabamos de exponer, caben métodos distintos. Puede estudiarse a la sociedad sin referencia a la génesis y destino de su constitución, en parte como una entidad eterna ahistórica (economía política del siglo XVIII, estructural-funcionalismo del siglo XX). O puede estudiarse atendiendo a su génesis y a sus “momentos” —partes de un proceso histórico general— (marxismo); o con individualidades susceptibles de ser “comprendidas” a través de una comparación de rasgos con procesos y fenómenos de las más diversas épocas (Weber): la comprensión de la índole de la dominación carismática del nacionalsocialismo, por ejemplo, por referencia al carisma socrático, el de Jesús de Nazaret y el de los líderes de los movimientos campesinos de raíz bíblica de la Edad Media.

No es un azar que análisis importantes de López de Mesa tiendan a identificarse un poco con esta suerte de “ahistoricismo historicista” weberiano y que el estilo de la exposición de López de Mesa con infatigable avalancha de datos y nombres, toponímicos y patronímicos y citas de autores y fuentes, semeja el método de exposición de Weber, pues Weber sale de la tradición historicista alemana que imprime su sello en el tipo de lecturas que le era más afín al Profesor antioqueño. López de Mesa se nutre fundamentalmente de la historiografía occidental en la segunda mitad del siglo XIX hasta la tercera década del XX. Digamos que allí se encuentra su punto de referencia intelectual más decisivo. No sobra tal vez decir que la historia de este periodo tiene en la *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* (1776–1788) de Edward Gibbon un pionero ineludible a quien el propio López de Mesa leyó y a quien declara maestro de su amada generación colombiana de 1870: la generación de Cuervo, Caro, Núñez y Uribe Uribe, entre otros.

Pero López de Mesa no se mueve en el temario de los “padres fundadores” de la Sociología. Hace muy penetrantes y válidas observaciones sociológicas sobre la historia de Colombia, sin lugar a dudas. La sociología profesional colombiana surge al final de los años 50 del siglo XX y López de Mesa es un punto, un escalón aislado en el trayecto de la Sociología colombiana que arranca en los años 80 del siglo XIX con el magisterio de Camacho Roldán en la Universidad Nacional. Sobre la estructura de clases, sobre la estructura de los partidos, sobre la estructura de las organizaciones obreras y campesinas, sobre la estructura de la propiedad rural, sobre la estructura del Estado, sobre la estructura del aparato religioso, sobre la estructura de la familia³⁵¹, sobre la estructura social colombiana no hay tratamientos específicos de López de Mesa.

351 En *La Civilización Contemporánea* (1926) López de Mesa hace consideraciones generales sobre la transformación de la familia y sobre la cultura urbana frente a la cultura rural. Son piezas de innegable intuición sociológica que, significativamente, no tienen como objeto de estudio la realidad colombiana sino el devenir

Hay muchas otras cosas—gran parte de ellas útiles y válidas en varios modos—pero no hay propiamente Sociología, o dicho de otra manera, los elementos sociológicos de la obra de López de Mesa son asistemáticos y dispersos quizá incluso más asistemáticos que lo que podamos encontrar en Camacho Roldán, aunque López de Mesa tenga una obra considerablemente más versátil, indudablemente más erudita, ciertamente de mayor colorido y según esto, probablemente más rica que la del “protosociólogo” colombiano.

Observaciones como éstas tal vez no preocuparían en lo más mínimo a López de Mesa pues él vivió suspendido en vilo respecto de una punzante obsesión, la más patriótica quizá de las obsesiones posibles y tal obsesión era: ¿Cuál vendría a ser el destino de Colombia? En este punto sólo cabe enunciar ese hecho, pero esta enunciación es aquí necesaria porque la inclinación de López de Mesa por los estudios de los deterministas geográficos y por los historiadores de las civilizaciones como Gibbon o Spengler, está en estrecha relación con su preocupación por el destino de su pueblo. ¿Es qué —uno se pregunta— la lectura de los deterministas lo llevó a pensar en el destino de Colombia o es que este pensamiento lo llevó a aquellas lecturas? Nos inclinamos por lo último; pero esta corriente de pensamiento estaba en la atmósfera de Occidente en el período de formación del maestro antioqueño, digamos hasta 1930; fue un tema central de debates políticos e intelectuales en la Colombia de la tercera década, entre la primera guerra y la Gran Depresión.

Spencer, Spengler y los deterministas geobiológicos responden por una parte muy fuerte del ideario lopezmesiano. La formación de López de Mesa como médico le otorgó una preparación en ciencias que como la química y la biología le permitían hacer una lectura no superficial de autores como Federico Ratzel, Ellsworth Huntington y el propio Spencer. El estudio de la geografía de Colombia y de la historia nacional en la que López de Mesa alcanzó extraordinarios niveles de versación y dominio lo hizo por su cuenta movido por los resortes de su propia y muy activa curiosidad intelectual.

El señalamiento de influencias intelectuales en un autor es una tarea muy exigente, pues a menudo el estudioso se halla a tientas. Que el autor estudiado mencione a otros no es índice de hallarse influido por ellos —y López de Mesa era muy dado a mencionar nombres a granel— y el hecho de que apenas los nombre tampoco es indicio de la falta de importancia de aquellos. Muchos, a menudo, empero, asignan influencias, de forma un poco descomedida y simplemente porque los supuestos

global de la civilización occidental. Cuando López de Mesa se aplica a Colombia, más que sociólogo resulta filósofo de la historia en lo que, justo es reconocerlo, cumple funciones precursoras. (Ver Luis López de Mesa (1926), *La civilización contemporánea*. París: Agencia Mundial de Librería).

influyentes son versados en los temas que aquellos atribuyen a su autor estudiado. Para que una influencia satisfaga debe haber coincidencia en las ideas centrales de uno y otro autor, no sólo en los temas, sino principalmente en el desarrollo del contenido y en el método. Es inútil nombrar autores más o menos desconocidos en aras de un exhibicionismo erudito, pero esta práctica no por inútil es menos frecuente. En esto de las influencias más vale ser parco que prolijo: nosotros hemos apuntado cuatro nombres y conviene detenerse brevemente en ellos para una adecuada caracterización del pensamiento de López de Mesa, que es lo que nos proponemos aquí.

Herbert Spencer (1820–1903) es uno de los padres del evolucionismo cuya teoría contribuyó grandemente al avance de ciencias diversas como la biología, la psicología, la antropología, y la sociología, con todas las cuales Spencer tuvo que ver directamente. El evolucionismo de Spencer no deriva de Darwin como muchos han sostenido, pues antes de la aparición del *Origen de la Especies* (1859) ya Spencer se había mostrado partidario, por lo menos desde 1852, de la evolución orgánica. Lo que Darwin aporta es el mecanismo de la evolución: la selección natural, mecanismo más eficaz que el que Spencer había postulado, o sea, el de la herencia de caracteres adquiridos. Pero esta no es una nota biográfica de Spencer sino el señalamiento de los puntos que creemos son retomados por López de Mesa en su concepción de la sociedad y del hombre.

Insistimos en que hasta el presente toda referencia del Antioqueño al positivismo spenceriano se ha quedado en la vaguedad de las definiciones de positivismo y evolucionismo sin pasar de allí. Tornando a Spencer, hay que advertir su preocupación por lo que él llamaba la “filosofía sintética” que es una preocupación del médico colombiano. Spencer ha sido considerado el iniciador de la sociología comparativa e inductiva que se preocupaba por ver la sociedad como sujeta a las mismas leyes de la naturaleza. Manifestaba Spencer poco interés por la historia estudiada como crónica de hechos y de nombres a la cual oponía la Sociología, que él concebía como un elemento ordenador de los datos de la historiografía, o sea, una suerte de Historia sociológica o Sociología de la Historia, como hoy la concebimos.

“La única historia que tiene valor práctico—observa Spencer—es la que puede llamarse sociología descriptiva. Y la labor más alta que puede desempeñar el historiador es la de narrar la vida de las naciones en términos tales que aporte materiales para una sociología comparativa y para la (...) determinación de las leyes (...) a las que se ajustan los fenómenos sociales”³⁵². Spencer desarrolló, empero, un

352 Ver Robert L. Carneiro (1977), Spencer, Herbert. In *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales* (Vol. 10). Madrid: Editorial Aguilar.

pensamiento sobre la estructura de la sociedad como un organismo que se mantiene vivo por el ajuste de sus funciones diversas y se refirió a la progresiva especialización de funciones y al avance evolutivo a través de la *diferenciación*, concepto clave en la Sociología Funcionalista.

Adelantándome un tanto, debo hacer observar que López de Mesa no recogió este aspecto teórico de la obra de Spencer, el punto que expresa justamente su concepción de la sociedad, aunque fue un entusiasta decidido de otras de sus ideas. Y otra de estas ideas, en efecto, fue la que tuvo que ver con la *energía*, componente fundamental del mundo no sólo material sino también “superorgánico”, o sea, cultural y social. Creyó además el colombiano en la influencia del medio geográfico en el tipo de instituciones de un país. Dice así que un terreno montañoso como el de Grecia favorece las confederaciones más que a la monarquía y sostenía —si bien no sistemáticamente— que algunas características culturales se transmitían por herencia.

Oswald Spengler (1880–1936) es una más de las influencias importantes en la obra de Luis López de Mesa. *La Decadencia de Occidente* (1918–1922) fue una obra de resonancia mundial y entre los americanistas obtuvo gran acogida. En Colombia recibió innumerables comentarios y glosas en la prensa periódica durante de década de los 20 y sirvió como punto de apoyo a los herederos de Rodó que en su *Ariel* había postulado el triunfo del “espíritu” sobre la vulgaridad pragmatista de la cultura anglosajona. Rodó mismo es, sin duda, también un influjo clásico sobre las generaciones colombianas y latinoamericanas de principios de siglo.

Spengler escogió ciertas culturas o civilizaciones como novedades de estudio, a saber: Egipto, India, Babilonia, China, la Antigüedad Clásica, el Islam, el Occidente y México. Tenía una visión cíclica de la historia con la conocida división en surgimiento, auge y decadencia. Era relativista, o sea, que no creía en la universalidad de los valores de los cuales cada cultura hacía gala en un número preciso. Los fenómenos claves en la historia de las civilizaciones eran vistos como símbolos de la “estructura metafísica de la humanidad” y postulaba además una “relación morfológica” entre los distintos hechos de una época y cultura: por ejemplo, entre los avances de la ciencia y el tipo de Estado. Así, geometría euclidiana y polis griega se interconectan. También el cálculo diferencial y la monarquía absoluta de Luis XIV. Gustaba Spengler de conectar ahistóricamente fenómenos singulares pertenecientes a momentos muy diferentes, así: Napoleón no sería más que la versión siglo XIX de Alejandro Magno o la correlación algo abrupta entre la épica griega y la épica aborígen americana, por dar un ejemplo próximo. Creía que la historia avanzaba compulsivamente hacia un “destino”, concepto que Spengler remozó, mientras que decía que su obra era una filosofía del destino. Criticó la materialidad vulgar engendrada por el

capitalismo, al tiempo que rechazó la democracia y el liberalismo en lo que ciertamente difirió de López de Mesa.

Sociología comparativa y “C risol de razas”

En López de Mesa hallamos igualmente una pasión manifiesta por las grandes síntesis del pensamiento y de la filosofía. La próxima cultura será “sintética”, dice y en *De cómo se ha formado la Nación Colombiana*³⁵³— asegura que el lugar de esa síntesis será América, que es un Continente de síntesis planetaria: síntesis de razas y síntesis de culturas.³⁵⁴ Como Spencer se mueve en campos diversos: biología, antropología, sociología, etc., así López de Mesa hace de esta oscilación una de sus grandes características.

La llamada “Sociología Comparativa” de Spencer que acaba siendo más propiamente una Antropología Cultural resulta muy simpática al pensamiento de López de Mesa. El desprecio tan explícito de Spencer por la historia documental y su sustitución por una historia sociológica que tanto Spencer como López de Mesa llaman “sociología” es una tesis del *Escrutinio Sociológico de la Historia de Colombia*³⁵⁵.

La energía, como concepto explicativo de la naturaleza y de la cultura, es también idea muy socorrida en la filosofía lopezmesiana. Sabemos cuán central es en esta filosofía el concepto de “posibilidad absoluta” que aparece definida en varias ocasiones como proto-energía.³⁵⁶ También el *número*—otro de los conceptos centrales de la filosofía del Antioqueño— se dice que entra en la definición de energía como un “cuanto” de acción.³⁵⁷ El espíritu puede, además reducirse a una energía, sostiene en “Sociología y Filosofía de la Historia” (1963): y, así, el tránsito de lo material a lo

353 Ver Luis López de Mesa (1934), *De Cómo se formado la nación colombiana*. Bogotá: Librería Colombiana. P.227.

354 Ver Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*. (1947). Bogotá: Librería Colombiana. P.21, 24.

355 Luis López de Mesa ([1955] 1970), *Escrutinio Sociológico de la historia colombiana*. Medellín: Bedout. P.46. Sostenía el profesor Ocampo López en reciente conferencia en el Paraninfo de la Universidad que el propósito del Escrutinio era investigar las leyes de la historia colombiana, o sea, decía él, las frustraciones. Se advierte que el Escrutinio Sociológico ciertamente surge como una respuesta a la perturbación del 9 de abril en la que López de Mesa vio “frustrada” la labor de la Generación del Centenario y esta punzante conciencia lo hace meditar en las veces que, a su juicio, el país se ha frustrado en la historia. Encuentra que otro de esos momentos decisivos es el de la disolución de la Gran Colombia, que, de la lista de sus frustraciones, parece la más convincente! Pero en ningún momento ésta es una ley de la historia. Estimamos, por el contrario, éstos son los momentos de quiebre de las leyes, las infracciones a la ley, por cuanto ley significa en historia social: tendencia; y con las llamadas “frustraciones” la tendencia ha quedado truncada. Esperamos discutir en otro lugar el significado real de este concepto “frustración”.

356 Ver Luis López de Mesa ([1955] 1970), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana, op. cit.* P.39.

357 Ver Luis López de Mesa ([1955] 1970), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana, op. cit.* P.40.

espiritual se nos ofrece más inteligible y más conforme, asimismo, con la unidad de materia y energía que hogaño conocemos³⁵⁸. El determinismo geográfico es más patente en relación con otros influjos y allí lo estudiaremos.

Los liberales de América que reivindicaban la potencia de los valores autóctonos de los pobladores de la América Latina y que por este camino se declaraba antiimperialistas y antisajones vieron las tesis spenglerianas con extraordinaria simpatía. El más prominente de este grupo fue el mejicano José Vasconcelos, un americano férvido que sustentó en México una buena porción de las ideas que aquí expuso López de Mesa: a saber, su creencia en el valor del mestizaje, de la “síntesis” de la cultura, que era América, idea que Vasconcelos resumía en una frase que se hizo célebre: “*América: crisol de razas*”. Por otra parte, Vasconcelos, como López de Mesa, proclamaba que ante la decadencia de Occidente —las cenizas de la primera guerra estaban aún ardientes— lo que seguía era el turno de América. La “cultura eurasiática”, escribía López de Mesa, había llegado a su término tras una agonía no de años o décadas sino de siglos.³⁵⁹ El siglo XX para López de Mesa es un “siglo tenebroso”³⁶⁰. A cambio de ello surgirá la “cultura Austral”³⁶¹, la suramericana, la del sureste asiático, la de Austria y Oceanía, pero, sobre todo, la de la América Latina: “la rectoría universal de la cultura (...) pasará a fines del siglo XX a este grupo iberoamericano de pueblos libres”—declaró en 1930—. ³⁶² Mi idea puede hacerles reír, dijo, “y no obstante esa sonrisa, —añadió— ello ocurrirá así indefectiblemente!”.³⁶³ Spengler contribuyó sin duda a esta seguridad pasmosa y serena.

Las culturas o civilizaciones como unidades de “estudio y reflexión” tienen muy abundante ilustración en la obra de López de Mesa tanto como constante referencia, como de una manera creativa, en cuanto que él hace de la cultura muisca un objeto de su estudio y de la cultura colombiana y latinoamericana su constante preocupación ya por lo que es, ya por lo que debe llegar a ser. La creencia en que Occidente ha muerto y en que ha llegado el turno de América como una región independiente revela un respaldo *implícito* del “ciclismo” histórico. Decimos implícito, pues explícitamente él defiende cierta posición ecléctica. El simbolismo invocado por Spengler para ciertos fenómenos culturales se reproduce en la tendencia lopez-

358 Luis López de Mesa (1963), *Sociología y Filosofía de la Historia*. En *Revista Universidad de Antioquia*. (Abril – junio de 1963). P.212.

359 Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*. (1947), *op. cit.* P.7.

360 Luis López de Mesa (1958), *Opiniones constitucionales*. Bogotá: Imprenta Nacional. P.220.

361 Luis López de Mesa (1945), *Simón Bolívar y la cultura Iberoamericana*. *op. cit.* P.70.

362 Luis López de Mesa, *Simón Bolívar y la cultura Iberoamericana*, *op. cit.* P.62.

363 Luis López de Mesa, *Simón Bolívar y la cultura Iberoamericana*, *op. cit.*

mesiana a buscar símbolos de las culturas humanas. Renuente siempre a copiar los detalles, aunque supiera apropiarse con sello personal y brillante de las grandes ideas de otros, López de Mesa postula la existencia de cuatro culturas de la historia, a saber: la cultura Cromagnon, la de Cristo, la de Newton y la de Einstein. A cada una de ellas le asigna un símbolo, así, y respectivamente: el talismán, el cero, la lente y el cine ³⁶⁴ aunque de la cultura einsteniana señaló también el fotón, el avión y las ondas hertzianas como símbolos complementarios³⁶⁵. Grande es la insistencia que hace López de Mesa sobre la grandeza del hallazgo del cero y la lente para la consolidación del dominio del Homo Sapiens.

De estas relaciones, teñidas de mecanismos, entre los avances de la ciencia y las formas políticas de los estados, que veíamos en Spengler, hay en López de Mesa una “perla” verdadera cuando en su *De cómo se ha formado la Nación Colombiana* – sin duda su mejor aporte a la sociología colombiana– afirma refiriéndose al mundo moderno:

“En un mundo de este orden las matemáticas tenían que predominar como reveladoras de los caminos que la energía ha de seguir. En la ecuación materia–fuerza la mayor fuerza indicaba la entidad más responsable; de ahí el capitalismo, la democracia, el sufragio universal, la prensa periódica, el parlamento representativo: mayoría, masas, cantidad”.³⁶⁶

Determinismos geográfico y racial, “Espíritu del pueblo” y “Destino” nacional

El concepto de “destino”, que Spengler remozara, gravita en la totalidad de la obra del colombiano consagrada a concientizar a su pueblo sobre el “destino” que le aguarda, sobre la *misión* que debemos realizar en el nivel continental, primero, y, luego, en el universal. Las “frustraciones”, que López de Mesa exalta en *El escrutinio sociológico*, no son más que obstáculos a la realización de ese destino, manifiesto a veces, y tácito en otras. Sería superfluo ilustrar con citas la preocupación de López de Mesa por el destino histórico de su pueblo, pues es el *leitmotiv* de su trayectoria humana. Una de sus últimas producciones que pretende indicar a los antioqueños qué uso darle a los dineros percibidos por la venta del ferrocarril de Antioquia, la tituló significativamente “Antioquia ante el Destino” (1962).

364 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se formado la nación colombiana*, *op. cit.* P.214.

365 Luis López de Mesa (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*. Bogotá: Biblioteca Aldeana de Colombia. P.80.

366 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se formado la nación colombiana*, *op. cit.* P.220.

Las críticas—en fin—a la pérdida de espíritu y dignidad en la cultura moderna, capitalista, abundan igualmente en los escritos de López de Mesa y se convierten por momentos en una evocación nostálgica de los hombres colombianos del siglo pasado antes que la modernidad y la “civilización contemporánea” nos invadieran. La hombría, la fidelidad a la palabra, la dignidad de los viejos patricios son un débito, un pasivo en el libro de cuentas de las generaciones modernas,

“los verdaderos patricios, —escribía en los años 20— los varones consulares son más y más raros en la liza de los partidos políticos de nuestras democracias contemporáneas”.³⁶⁷

En *De cómo se ha formado la Nación Colombiana* se refiere con desprecio a

“esta índole pragmática de la civilización actual (...) con su ingente afán de éxito por el éxito, rápido, alocado, inmisericorde”³⁶⁸

y en la *Crónica de los Tres Comendadores* hace un relato dramático, aparentemente autobiográfico de un patriarca de aldea que sin recurso a fiadores ni garantías documentales dio al padre de López de Mesa un crédito salvador con el que pudo iniciar su negocio. Entre aquellos tiempos y los nuevos “existe la grieta de un abismo”—observa allí.³⁶⁹

Friedrich Ratzel (1844–1904) autor de una *Antropogeografía* (1882–1891) y de una *Geografía Política* (1897) se convirtió en el epónimo del determinismo geográfico o, por lo menos, en su más prestante iniciador. Su *Antropogeografía* enfatiza el papel de las migraciones en las transformaciones culturales. Supo, sin embargo, matizar la rigidez de un determinismo geográfico sin ventanas en su obra *Völkerkunde* sobre los pueblos primitivos, donde observa que la condición primitiva, se debe a factores sociales, tecnológicos, coyunturales y sólo accidentalmente a la geografía o a la raza. Ratzel, más que una influencia directa sobre el pensador antioqueño, digamos que lo fue sobre la totalidad del debate nacional acerca de la raza, que ocupó todo el decenio de los años 20 del siglo XX en Colombia desde Jiménez López en 1920 hasta Laureano Gómez en el teatro Municipal en junio y agosto de 1928³⁷⁰. Como

367 Luis López de Mesa (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*, *op. cit.* P.37..

368 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se formado la nación colombiana*, *op. cit.* P.67.

369 Luis López de Mesa (1983), *La crónica de los tres comendadores*. Medellín: Universidad de Antioquia. Ps.140–141.

370 Ver Carlos Uribe Celis (2020), *Los años 20 en Colombia. Siglo XX* (Tercera Edición Ampliada). Bogotá: Ediciones Aurora.

influjo sobre López de Mesa es probablemente más interesante el nombre del antropógrafo usamericano Ellsworth Huntington (1876–1947).

Ellsworth Huntington es reputado como el mayor determinista geográfico de habla inglesa en el siglo actual. En una de sus primeras obras, *The Pulse of Asia* (1907), sostuvo que los cambios climáticos fueron responsables por las invasiones manchúes y mongoles, y se preocupó en general, por destacar la importancia del factor climático en la historia. En *El Carácter de las Razas*, de 1924, destacó el papel de la herencia, la migración y la selección natural, rebasando el dogmatismo del punto de vista geográfico. En *Civilizaciones y Clima* (1915) tornó al dogmatismo geodeterminista y clasificó las regiones del mundo por su latitud geográfica haciendo coincidir estas latitudes con determinados valores morales. En *Resortes de la Civilización* (1945) en fin, destacó la importancia de las oscilaciones climatológicas y sus repercusiones sobre la conducta humana y la historia de los pueblos.

En *Disertación Sociológica* (1939), obra en la que abundan las referencias a autores y obras, se hace, no obstante, de Ellsworth Huntington una consideración especial, pues siendo un autor de segundo orden al lado de tantos nombres mucho más clásicos o próximos a nuestra historia nacional, como Humboldt, Reclus, Lyell, Spencer, Darwin, Durkheim, Montesquieu, Morgan, Renan, Kant o Comte, sin embargo, se lo menciona en estos términos: “la climatología recibe impulso poderoso en estos últimos tiempos y presta servicios soberanos en la elucidación de problemas muy oscuros de la prosperidad de las culturas y de la migración de las especies. En este sentido la obra de Ellsworth Huntington sobre los *Climas y Civilizaciones* es fundamental”³⁷¹.

Toda la reflexión sociológica de López de Mesa se mueve dentro de los parámetros temáticos que fueron comunes al evolucionismo spenceriano, al reformismo de talante liberal, a reminiscencias socialista–utópicas, al determinismo geográfico y a la antropología cultural –más por el método que por los autores y contenidos–. Esta lista sucinta: evolucionismo, reformismo, geo–bio–determinismo, define la obra del Polígrafo de Don Matías, Antioquia. Y en esta delimitación hay —indudablemente— asomo de internas contradicciones, porque *strictu sensu* los determinismos naturales rechazan la idea liberal y utópica del reformismo, ya que lo que está determinado, lo está, en principio, para la eternidad, y lo que hace característico al determinismo es justamente su idea de que nada puede cambiarse. El reformismo y la utopía, en cambio, creen en la capacidad transformadora del hombre por sobre todas las determinaciones, o sea, en lo que se ha llamado la “voluntad de poder”. El mayor argumento que podría esgrimirse contra el mote de determinista adjudica-

371 No hay que olvidar que el Profesor López de Mesa fue un abanderado del geo–bio–determinismo.

cado a López de Mesa es, en términos concretos, su labor en pro de la educación colombiana y, en términos abstractos, su fundamental optimismo sobre el valor y el destino de la cultura latinoamericana y de Colombia, optimismo que campea aún en la más pesimista de sus obras que es el *Escrutinio Sociológico* (1955). Veamos con algún detalle momentos reveladores del geo-bio-determinismo en el pensamiento de López de Mesa.³⁷²

En primer lugar, el determinismo biológico y el problema de las razas. En este aspecto la afirmación más protuberante, quizá, que hallamos en López de Mesa tiene que ver con su observación, de que el continente americano presenta —acaso por efecto de composiciones químicas en el suelo— una indisposición para el abrigo de la vida superior, de la proliferación de los grandes mamíferos, a partir del cuaternario, cuando un cambio en el clima motivó la extinción o emigración de los ejemplares de estas especies que aquí se hallaban. Nos quedamos entonces sólo con muestras —abundantes y por momentos excesivas— de vida inferior: micos, culebras, insectos (mosquitos, arañas, hormigas) y, en los ríos, especies mortales de peces como las pirañas o la raya, solo aliviado este infortunio por la profusión de especies variadísimas y bellas de mariposas y aves. Hasta el hombre se ha disminuido en su constitución física a medida que descendemos desde el norte de América. Altos y fornidos los pieles rojas; pequeños y desmirriados los muiscas, por ejemplo, y hasta las especies de animales europeas que trajeron los conquistadores sufrieron con el correr del tiempo grave deterioro³⁷³.

Hay afirmaciones fuertes del profesor López de Mesa sobre la índole del latinoamericano, donde se combina el determinismo biológico con el geográfico cuando afirma que “el iberoamericano es biológicamente débil”³⁷⁴ y que su “flaqueza biológica emana de una acción perturbadora del ambiente físico continental espontáneamente insoluble”.³⁷⁵ El modificador adverbial “espontáneamente” nos sugiere que el autor sería responsable de una posición determinista en el sentido arriba anotado hacia el pasado, pero no necesariamente hacia el futuro, pues allí caben

372 Para algunas referencias que contrastan o matizan la influencia determinista sobre López de Mesa, ver Luis López de Mesa (1920) Tercera Conferencia. En Luis López de Mesa et al. (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Biblioteca de Cultura. Ps.98,143. Ver también Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. P. 68, 74.

373 Ver Luis López de Mesa ([1939] 1970), *Disertación sociológica*. Medellín: Bedout. Ps-160–163.ver también Luis López de Mesa 1955), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*. op. cit. P.72; Luis López de Mesa (1944), *Posibles nuevos rumbos de la economía colombiana*. Bogotá: Imprenta Nacional. P.16; y Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. Ps.16, 41.

374 Luis López de Mesa ([1939] 1970), *Disertación sociológica*. Op. cit. P.410.

375 Luis López de Mesa ([1939] 1970), *Disertación sociológica*, op. cit. P.412.

modificaciones por efecto de la acción humana y, en particular, según se verá en otra parte, por medio de la actividad educadora.

Otro aspecto de este visible determinismo biológico campea en la suposición de que a la raza están adscritos ciertos caracteres de comportamiento de una manera obviamente transmisible por herencia. Hallamos en este contexto aseveraciones como la de que la región boyacense de Saboyá acusaba en los años 30 de este siglo altos índices de violencia y crueldad en razón de que en ella existiría una dosis fuerte de ancestro caribe sobre el fondo muisca propio de todo el contorno, pues, como sabemos, al tiempo de la conquista, los Caribes, un pueblo de fuerte constitución física mejor nutrido que el muisca, principalmente por tener acceso al pescado y ser pueblo de costumbres belicosas, se hallaba en proceso de conquistar la nación muisca³⁷⁶.

También, entre los santandereanos, el ancestro guane y el yaraguí implicaría “un vigor étnico determinante”³⁷⁷ responsable por ese carácter altivo, impaciente y un tanto agresivo del santandereano tradicional de revólver al cinto y agresivo ímpetu. Incluso ciertos hábitos y gustos alimentarios nos vendrían por vía de remotos atavismos: esa preferencia por el arroz en la comida cotidiana del colombiano y el latino sería un índice atendible de nuestro ancestro oriental japonés o mongol³⁷⁸.

Una de las piezas sociológicas de López de Mesa tiene que ver con su desprejuiciado análisis de las sociedades matriarcales y las patriarcales, con esos audaces y penetrantes juicios sobre el matriarcado de la sociedad norteamericana, anglosajona, hasta el punto de anotar chispeantemente las ventajas para la mujer anglosajona del matrimonio latino. No obstante, tiende López de Mesa una línea de conexión entre las sociedades matriarcales aborígenes de Norteamérica, por una parte, y los matriarcados aborígenes de Aztecas, Mayas, Muiscas e Incas, por otra, con el matriarcado actual de los “yanquis” y el patriarcado resuelto en “machismo” de los latinoamericanos: por lo que “aquí vuelve la historia a hallarse en coincidencias sugestivas”, observa el, con alguna prudencia³⁷⁹.

376 Ver Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. P.54.

377 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. P.63.

378 Ver Luis López de Mesa ([1939] 1970), *Disertación sociológica*, op. cit. P.234. Ver también La Sociedad Contemporánea, op. cit. P.85 y *Escrutinio Sociológico de la historia colombiana*, op. cit., P.81.

379 Luis López de Mesa (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*, op. cit. P.252.

Menos matizado se mostró en su *Memoria de Educación* de 1935 cuando dijo:

“la antropogeografía (...) nos ha revelado (...) la influencia que las huellas de sangre aborígenes determinan en la formación del carácter en las diversas regiones del país”³⁸⁰.

En las referencias lopezmesianas al problema de la raza descuellan tres temas: uno, el del “estado racial” de algunas de nuestras comunidades nacionales; dos, el de la importancia de la raza en el contexto de los factores del desarrollo social, y, tres, el problema del mestizaje y las políticas de inmigración.

En el primer asunto hallamos observaciones, particularmente sobre las comunidades negras del pacífico colombiano, sobre los habitantes de oriente de Cundinamarca, sobre el indígena contrastado con el criollo en la sabana de Bogotá, y sobre los costeños del Caribe. De las comunidades del pacífico tiene una visión bastante oscura, muy impresionado como se hallaba por el tradicional estado de miseria de esta región del país, impresión mucho más honda en su espíritu que había hecho de la preocupación por el mejor estar y el porvenir del país y por la dignidad colombiana la tarea de su vida. Dice, en *El Factor Étnico* (1926), una de sus obras de carácter social más tempranas, que el chocono se halla “herido de muerte” por los altos índices de enfermedad y desnutrición y en consecuencia “la mezcla del indígena de la cordillera oriental con ese elemento africano sería error fatal”.³⁸¹ Seis años antes, en 1920, dentro de esa atmósfera de terrorismo racial suscitada por las conferencias del Dr. Jiménez López y en la que –de paso– López de Mesa supo inyectar una dosis de optimismo con la frase “no hay generación pero sí peligros,” en su extraordinaria conferencia López de Mesa declaraba:

“a la manera como en tiempos precolombinos verificóse una invasión caribe que a poco nos habría destruido la rudimentaria cultura muisca y quechua (...) hoy sube lenta e indetenible, la sangre africana por las venas de nuestros ríos hacia las venas de nuestra raza (...) esto puede ser grave mal y a preverlo os convido con máxima discreción”³⁸².

Era esto sin duda, efectos del clima social, intelectual e ideológico del país que se preparaba con grandes ajetresos y natural nerviosismo a la irrupción de la modernidad capitalista.

380 Luis López de Mesa (1935), *Memoria de Educación* –1935. P.162.

381 Luis López de Mesa (1930), *El Factor étnico*. Bogotá. P.12.

382 Luis López de Mesa (1920) Segunda Conferencia. En Luis López de Mesa et al. (1920), *Los problemas de la raza en Colombia, op. cit.* P.129–130.

En esta riquísima *tercera conferencia* de 1920 (segunda dictada por López de Mesa) alude el Profesor al resultado de sus estudios empíricos sobre la sicología de los grupos raciales en la Bogotá de 1920. Pensemos en el valor pionero de aquellos trabajos de investigación para el país, serios como sin duda eran, dadas las circunstancias y la época, no importa la tendencia científica en los que se inscribieran. Llega allí a la conclusión “empírica” de que el indígena sabanero es malicioso, utilitarista, tenaz, en tanto que el latino criollo blanco era —por raza, por constitución biológica— imaginativo, incongruente, romántico e inconstante³⁸³. Nótese cómo no hay aquí intento alguno de favorecer a un grupo en particular, sino, antes bien, un esfuerzo por mantenerse en la objetividad del positivismo y una presentación de pros y contras en uno y otro caso con el objeto siempre presente de “mejorar”, de hacer avanzar, de desarrollar dormidas potencialidades.

Del costeño, anota cómo

“es un pueblo infantil [...] de efusión, de emoción, de explosiones [...] generoso, [...] despreocupado, [...] alegre y amable, [...] inconsistente y atractivo, [...] informe todavía, pero de gran porvenir”³⁸⁴.

Había dicho ya del negro que era “un niño grande”³⁸⁵. De igual modo, el indígena semejaba por su temprana melancolía —tema de la época— un viejo prematuro³⁸⁶. En una palabra, se trata de sicología de grupos sociales, a la que tan dado se mostró el escritor antioqueño. Pero en esta *Sicología* se caminaba sobre una cuerda floja en la que la tendencia a atribuir cualidades de conducta a factores biológicos era predominante³⁸⁷.

Algo curiosa, para concluir esta sección, nos parece esa advertencia de López de Mesa sobre la población del oriente de Cundinamarca: de Fosca, Cáqueza y de Guaduas y de Cunday en el Tolima. En torno a las cuales “no puedo asegurar —diagnosticó— nada bondadoso de su porvenir” dada la gravedad de su estado nosológico, o sea, de la agudeza endémica del paludismo y otras enfermedades tropicales en es-

383 Ver Luis López de Mesa (1920), *Tercera Conferencia*. En Luis López de Mesa et al. (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*, op. cit. P.92.

384 Luis López de Mesa (1934), *Memoria de Educación* –1935. P.162.

385 Luis López de Mesa (1934), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*. Bogotá. P.24.

386 Luis López de Mesa (1934), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, op. cit. P.24.

387 Una de las razones—anotaba significativamente López de Mesa en otra oportunidad—por las cuales Bolívar no podrá entenderse con Santander era que en Bolívar había un tatarabuelo negro y en Santander una tatarabuela cacica de Moniquirá. Ver Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. P.68.

tas regiones. Nos revela de pasada, esta observación, la meticulosidad del Profesor en su estudio, región por región y centímetro por centímetro, del país colombiano.

En torno a la importancia de la raza, en abstracto, o sea, sin referencias concretas, y como un factor del desarrollo, hay explícitas y muy notorias inclusiones de este factor en la enumeración de lo que para López de Mesa son los cuatro aspectos más atendibles de un proceso de desarrollo a saber: raza, industria, cultura y misión histórica³⁸⁸ o, puestos de otra forma: raza, economía, educación y voluntad creadora, como los enuncia en otro lugar.³⁸⁹ “Crear un ideal de raza”³⁹⁰ al estabilizar los genes raciales para adquirir sensibilidad definida y una, por ende, armónica espiritualidad³⁹¹ son grandes aspiraciones, que no han de tomarse como consignas de un racismo torvo pero sí como signos de una temática sugerida por las concepciones de los teóricos occidentales arriba enunciados, ante problemas, por lo demás reales, como eran la endemiología, la desnutrición, la aguda miseria, el alcoholismo y la postración de buena parte de nuestro pueblo.

El tercer aspecto tiene que ver con el mestizaje. Un plan de desarrollo no incluiría hoy como capítulo fundamental una estrategia de hibridación racial del colombiano, una política de mestizaje. En concepto de López de Mesa este capítulo será ineludible y primordial. Una bien seleccionada y preparada inmigración, particularmente de europeos occidentales contribuiría a equilibrar nuestra índole biológica, con el resultado de una “estirpe eurásica” —en su terminología—, queriendo decir, bien construida. Su ideal era distribuir inmigrantes en sitios claves de colonización con el objeto de que, con el tiempo, en las generaciones sucesivas ellos fueran interrelazándose con los nativos: allí un escandinavo, allá un inglés, más allá un latino, así veía López de Mesa el ajedrez meticuloso de la política racial³⁹². Este cruce racial era urgente, la raza debía ser fortalecida con refuerzos internos y externos o pereceríamos. Perdimos a Panamá —opinó López de Mesa— porque nos falló la raza³⁹³, y en otra ocasión declaró taxativamente: “lo que sostuvo la república después de 1830, entre tantas penalidades y reveses fue la raza”.³⁹⁴

388 Luis López de Mesa (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*, op. cit. P.73.

389 Luis López de Mesa (1945), Simón Bolívar y la cultura Iberoamericana, op. cit. P.72.

390 Luis López de Mesa (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*, op. cit. P.75.

391 Luis López de Mesa (1941) Discurso ante la estatua de Santander en Buenos Aires. En Luis López de Mesa (1945), *Oraciones panegíricas* (1945), op. cit. P.161.

392 Ver Luis López de Mesa (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*, op. cit. P.75.

393 Luis López de Mesa (1930), *Introducción a la historia de la cultura*, op. cit. P.60.

394 Luis López de Mesa (1930), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, op. cit. P.61.

La contraparte de la importación de algunos pueblos es la prudencia respecto al ingreso de otros, como parecía apenas natural en esta concepción. Está, por ejemplo, López de Mesa contra la inmigración afroantillana³⁹⁵, contra el cruce con mongoles, con chinos y con japoneses. Recordemos que, sin que López de Mesa tuviera que ver en ello, durante los años 20 cursaron en Colombia leyes que prohibían el acceso de chinos al país, lo cual copiaba legislación igual en Estados Unidos. Al polígrafo antioqueño le parece inconveniente también el estímulo a la inmigración de judíos dadas sus “costumbres inveteradas de asimilación de riqueza mediante el cambio, la usura, el trueque y el truco”³⁹⁶. Y veía como muy pernicioso el cruce eventual de indígena y judío, pues la mezcla acentuaría cualidades inferiores que le serían comunes, a saber, la astucia, la crueldad y la zalamería³⁹⁷.

En la *Memoria de Relaciones Exteriores* de 1939 aclaraba, no obstante, a fin de evitar malentendidos, que a la democracia colombiana repugnaba la exclusión de grupos de población por su origen étnico, y reconocía como lo reconoce en otros lugares la presencia de personalidades eximias entre los judíos, cuya obra ha honrado a la humanidad.

Suficiente, por cuanto atañe al determinismo biológico. Veamos lo concerniente a su cognado, el determinismo geográfico.

En este aspecto lo que más sobresale es la tendencia de López de Mesa a elaborar frecuentes caracterizaciones, muy sugestivas y penetrantes, por demás, de los distintos pueblos, continentes, países y provincias en un terreno en el que generalizar resulta asaz audaz. Una de sus más socorridas caracterizaciones es la de los continentes. Tantas veces la repite que parece una obsesión en su obra. Para él Asia es la cuna de la imaginación, Europa lo es de la razón. América lo es de la emoción y África de la pasión³⁹⁸. Se halla López de Mesa convencido de que

“los continentes imponen signo intransferible a las culturas en que ellos surgen. Es como si tuvieran misión espiritual propia, misión de destino”³⁹⁹.

395 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. P.49.

396 Luis López de Mesa ([1939] 1970)), *Disertación sociológica*, op. cit. P.407.

397 Luis López de Mesa (1945), Simón Bolívar y la cultura Iberoamericana, op. cit. P.73.

398 Ver Luis López de Mesa (1963), *Sociología y Filosofía de la Historia*, op. cit. P.207. Ver también Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. P.24; Luis LÓPEZ DE MESA ([1955] 1970), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, op. cit. P.100.

399 Luis López de Mesa ([1955] 1970), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, op. cit. P.100.

La misma afirmación se hace respecto de las regiones colombianas, las cuales “imponen diversa sicología individual, diversa constitución de la familia y de la sociedad toda”. Rotundas aseveraciones cuya relación con la ideología del determinismo geográfico sería difícil de ocultar.

Estas caracterizaciones resultan a veces seductoras y son índice de la capacidad indiscutible de síntesis, de la creativa erudición y de la versatilidad intelectual del maestro antioqueño. Caracteriza, por ejemplo, a Rusia por la investigación de los problemas morales, a los norteamericanos por la búsqueda del equilibrio social, a los ingleses por el estudio sicológico del hombre, al francés por sus inquisiciones caracterológicas, por el orden y la claridad de la mente, al italiano por su habilidad artística, al alemán por su aptitud filosófica, al japonés por ser intuitivo y tenaz⁴⁰⁰, al mejicano por su sino de tragedia, perceptible —hoy pensaríamos— inclusive en las rancheras, al ecuatoriano por su melancolía visible en los tonos violeta de su pintura (!), al colombiano por su alma lírica.

Y en cuanto a las regiones de nuestro país afirma que el valluno es bucólico, el antioqueño realista, el bogotano lírico y ascético, el santandereano épico y el llanero amoroso. También, por otra parte, puede hablarse de la gracia bogotana, de la dulzura tolimense, del vigor antioqueño, de la altivez santandereana y de la alegría costeña. Cabría también una correspondencia entre continentes y alimentación, como sabemos: así al Asia corresponde el arroz, a Europa el trigo, a América el maíz, a Europa Nórdica el arenque. La dieta por su parte impone sicologías: los arrocifagos son sutiles, los carnívoros belicosos, los vegetarianos mansos.⁴⁰¹

Esa fe en la geografía como impositiva de carácter pone en calzas prietas al investigador cuando la correspondencia no opera y lo hace apelar, sólo secundariamente, a otra hipótesis explicativa. Se observa, por ejemplo, que Antioquia está situada de tal modo que tiene a sus espaldas el Golfo de Urabá y Santander ubicada de tal forma que a sus espaldas se halla el Golfo de Maracaibo deberían, entonces, sus respectivos habitantes presentar sicologías similares. Si no es así, eso se debe a la diversidad de sus ancestros⁴⁰².

400 Ver Luis López de Mesa (1945), *Simón Bolívar y la cultura Iberoamericana*, *op. cit.* Ps.68–69.

401 Ver Luis López de Mesa (1963), *Sociología y Filosofía de la Historia*, *op. cit.* P.209.

402 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, *op. cit.* P.63.

Para López de Mesa existe verdaderamente el “sino” geográfico⁴⁰³ y Colombia no escapa a esta ley: por nuestra posición geográfica, a nosotros nos corresponde ser una síntesis del continente.

“Nadie querrá desconocer —escribe López de Mesa—, de eso estoy seguro, que hay posiciones físicas que determinan una misión. Colombia por este aspecto es una síntesis americana”⁴⁰⁴.

¿Cuál es esa posición? lo dice gráficamente López de Mesa: la de tener “casa de esquina” oceánica entre los dos océanos y también la de tener una enorme diversidad geográfica y climática y, para completar, la de llevar en su nombre “Colombia” el *fatum* del descubridor del continente entero. Por todas esas razones estamos llamados a ser “síntesis” y hospitalarios y ejemplo de democracia, de civilidad, de cordura: una “potencia moral”, como diría luego el pensador polígrafo.

Expusimos en su momento las tesis de Ellsworth Huntington respecto a las oscilaciones climatológicas y su influjo correspondiente en el proceso histórico de los pueblos. Un eco de estas observaciones puede bien ser la sedicente “ley antropogeográfica de la polaridad cultural”, así enunciada por López de Mesa e ilustrada por él mismo de una manera muy original y documentada. De acuerdo con esta ley, los países, los continentes y el planeta, en general, se dividen culturalmente en norte-sur y/u oriente-occidente. Colombia acusaría la división oriente-occidente, según López de Mesa, de acuerdo con una línea divisoria que uniría a Riohacha con Ipiales: el occidente colombiano sería de predominio racial negro y el oriente de predominio blanco e indígena. Países como Alemania, Francia e Italia acusarían la polaridad Norte-Sur y habría otros, en fin, de doble polaridad, como los Estados Unidos. Pero la más interesante aplicación de esta ley es la que conduce a la confianza en el predominio futuro de la llamada “cultura austral” que es como una prefiguración del movimiento Sur-Sur de reciente conformación por el que los países pobres del mundo —que coinciden en su mayoría en estar situados en tal hemisferio— buscan una asociación para la promoción recíproca. La “cultura austral” no derivaría sólo de la voluntad o el capricho humano por constituirla, sino que hay razones físicas para su existencia como es el hecho de que al uno y otro lado del Ecuador los fenómenos naturales como los vientos y el electromagnetismo se orientan distintamente, lo que llevará a diferencias biológicas y por esta vía a originalidades culturales.

403 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. P.64.

404 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. P.206.

Sociología de la cultura y de las generaciones

Hemos realizado hasta este punto una ilustración, que intentó ser concreta y puntualizada y no sólo generalizadora, de las líneas que conectan el pensamiento de nuestro autor con esas corrientes en boga durante el siglo pasado y primeras décadas del presente, es decir, lo que consideramos corresponde al período de formación intelectual de López de Mesa. No es un azar, que este pensamiento grave —como se anotó previamente— en los campos de la antropología cultural, de la filosofía de la historia, en cuanto disciplina ésta que generaliza sobre la índole del proceso histórico de los distintos pueblos, así como la vemos en Hegel o en Spengler por ejemplo, y, en fin, de la “antropogeografía” que halló en los deterministas geográficos y biológicos a sus más devotos sostenedores. La Sociología, *strictu sensu*, al menos como hoy la entendemos no es el terreno de López de Mesa, pero, así como se dijo de Marx que él no era un sociólogo, como ya habíamos observado, parodiando, podríamos postular que en López de Mesa no hay propiamente una sociología, pero sí ricos y variados elementos de análisis sociológicos. Detengámonos así sea someramente en algunos de los más destacados de tales elementos.

Ante todo, López de Mesa es uno de los pioneros de la Sociología regional en el país: “en Colombia tenemos que estudiar al país, región por región y en muchos casos, kilómetro por kilómetro para entender acertadamente sus problemas”⁴⁰⁵ —declaró en *Perspectivas Culturales* (1949). De cómo se ha formado la Nación Colombiana abunda en valiosas piezas de Sociología Regional, pues a más del paisaje inspirador de actitudes y mentalidades, en el sentido arriba estudiado, López de Mesa presenta cuidadosos y perspicaces análisis del dialecto de la región (Sociolingüística, Sociofonología), de los ademanes y de los gestos cotidianos (Sociología de los gestos), de las tradiciones propias de cada sitio.

Descuellan entre sus estudios, por otra parte, el magistral análisis del Código de Nemequene en *Disertación Sociológica*, modelo de análisis de contenido, pues de frases aparentemente insignificantes extrae conclusiones inverosímiles pero dignas de encumbrada reflexión y hondura filosófica. Sabe reproducir a partir de unos pocos preceptos casi toda la superestructura ideológica-política de aquel pueblo y lo ubica además en el contexto universal de la cultura.

Vale la pena recoger, además, verdaderas “perlas” sociológicas, comprobaciones suyas como la de que Colombia fue colonizada en un rombo —“losange”, dice él— de cuatro ciudades, a saber, Santa Fe de Antioquia, Santa Fe de Bogotá, Cartagena

405 Luis López de Mesa (1949), *Perspectivas Culturales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. P.98.

de Indias y Popayán, que hoy se ha desplazado a Medellín, Barranquilla y Cali, conservando a Bogotá, pero que continúa haciendo de Colombia un país de ciudades antes que un país de una sola hipermetrópoli con los consabidos problemas que ello acarrea, casos de Uruguay, Venezuela, México y tantas más en el Tercer Mundo. Admira su descripción sucinta de la Colonia como “cultura claustral” y su visión de la religión en el mismo período como simbiosis de Filosofía, Arte y diversión colectivas, que todo lo era entonces. Es notable su observación de que el número de población y la extensión geográfica son elementos claves para la constitución de un desarrollo verdadero, pues, como él lo expresa: una aldea no hace historia.⁴⁰⁶ Llama también la atención su rechazo, muy racionalista, del azar y la reducción del avance histórico a “ensayo y error”, que el reescribe como “recurso y progreso”⁴⁰⁷. Advierte que la cultura avanza por acción y reacción o, en sus palabras, por sístole y diástole, lo que conforma el “fenómeno pulsátil de la cultura”⁴⁰⁸—

En otro aspecto, López de Mesa realiza una *sociología de las generaciones*, haciendo acaso entre nosotros el mejor uso de este discutido concepto orteguiano. Paradigmático es su análisis de la generación de 1870, conformado por “hombres honrados, aunque fueran políticos, hombres morales aunque fueran irreligiosos, hombres sociales aunque fueran idealistas en abstracto”⁴⁰⁹, tal cual los describiera en memorable frase. *La Introducción a la Historia de la cultura en Colombia* es una obra montada sobre el concepto de “generación”. Desfilan por sus páginas la “generación heroica” o primera generación de la independencia, la “generación estoica” o segunda generación de la independencia que se disuelve en la “generación de 1870”, la “generación 1885”, para llegar en fin a la “generación del centenario” —así bautizada por Luis E. Nieto Caballero— que fue la del 13 de marzo de 1909, la generación Republicana, que fue moderada, ecuánime, democrática y tantos otros elogiosos predicados que López de Mesa reservó para ella. El maestro centenarista habla con exaltación del nacimiento de aquel grupo: “nos sorprendió el año 1909. Entonces principió a existir de verdad [...] la República de Colombia”⁴¹⁰, anota en una oportunidad. El año de 1910 es para él “un año de bendición”⁴¹¹ y hace en torno a esta generación una observación que marca el punto de divorcio con las generaciones anteriores y que ilustra la significación del propio López de Mesa y es que con aquel

406 Ver Luis López de Mesa (1963), *Sociología y Filosofía de la Historia*, *op. cit.* P.202.

407 Luis López de Mesa (1963), *Sociología y Filosofía de la Historia*, *op. cit.* P.204.

408 Luis López de Mesa (1963), *Sociología y Filosofía de la Historia*, *op. cit.* P.207.

409 Luis López de Mesa, Discurso sobre Eduardo Santos. En Luis López de Mesa (1945), *Oraciones Panegíricas*, *op. cit.* P.227.

410 Luis López de Mesa (1920) Tercera Conferencia. En Luis López de Mesa *et al.* (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*, *op. cit.* P.139.

411 Luis López de Mesa ([1955] 1970), *Escrutinio Sociológico de la historia colombiana*, *op. cit.* P.187.

grupo la historia dejó de ser una crónica para empezar a ser un análisis causal –genético, dice él– de nuestra realidad. Se trataba de una visión nueva, laica, liberal y que en la atmósfera del positivismo se postulaba como científica. Un país que se adentraba tímidamente en la modernidad exigía por lo menos este comienzo.

Para López de Mesa la Generación del Centenario era también de alguna manera “apolítica” –corregimos: ajena a la politiquería partidista tradicional. La definió López de Mesa significativamente como una generación “universitaria”, o sea la generación de la ciencia y del vigor juvenil.

Positivismo contra elación poética y grandilocuencia

Pero a pesar de esta tendencia a la objetividad, a una sociología de lo mensurable y lo concreto, López de Mesa no logra arrancarse del todo a una larga tradición colombiana de recreación literaria de nuestra realidad en la que la imaginación y la elaboración poética cuentan considerablemente más que el reporte frío del dato. Es paradójico que a López de Mesa se le encasille dentro del positivismo siendo así que en el fondo era un hombre apasionado, un apóstol. Él aspira a educar, o sea, a transformar, y a brazo partido luchó por la culminación de sus ideales y no puede decirse que su estilo de escritor fuera precisamente el del positivista, pues sus escritos están llenos de páginas en las que la intención literaria se desborda por la sonora y bien compuesta cadencia de las oraciones.

Hay subjetivismo, casi ingenuidad en algunas partes de sus escritos: esa caracterización en tres objetivos de las naciones latinoamericanas resulta sencillamente insostenible: describe al Perú como “alerta, refinado y sutil” y a Brasil como “hábil, emprendedor y dúctil” y a Colombia en los términos de “moderada, idealista, democrática”.⁴¹² ¿No podría predicarse lo mismo de un buen porcentaje de nuestros países? ¿No serían esas calificaciones fácilmente intercambiables? Las ideas de López de Mesa, por otra parte, sobre la misión que Colombia habría de asumir en el continente –más allá de la buena intención y de su mística patriótica– resultan etéreas. Así, puesto que tenemos “casa de esquina oceánica”, según el Profesor, debemos ser simpáticos y hospitalarios. Puesto que Brasil mira a los Estados Unidos y Argentina mira a Europa, Colombia debe mirar a América. Que nuestra misión americanista, dice él, está en el nombre que llevamos: “Colombia”. Que nuestra misión y nuestra esencia se coligen del himno nacional compuesto por Núñez, así: *Lo americano* resalta en los versos: “Independencia grita/ el mundo americano (...); lo

412 Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. P.25.

ideal se expresa En: “más es completa gloria/vencer en la batalla (...)”; lo *universal* es visible en las líneas: “la humanidad entera/ que entre cadenas gime”⁴¹³, etc. etc.

Ambiguas referencias a los clásicos de la sociología

Así también el tratamiento, que revela en sus obras, de ciertos autores acerca de los cuales formula juicios, o cuya obra da la impresión de conocer, resulta precario y discutible. De los clásicos de la Sociología, por ejemplo, al que más menciona es a Durkheim, pero –salvo mejor juicio– estimamos que se va por las ramas. Juzgue el lector por la siguiente cita: “la división del trabajo (...) determina un realismo (...) una solidaridad, una base de conducta para los sentimientos de justicia, de moralidad y virtudes intelectuales que engendran el idealismo”.⁴¹⁴ Quien tenga alguna familiaridad con la obra de Durkheim no podrá reprimir cierta perplejidad ante esta cita. El concepto de “solidaridad” es el único estrictamente durkheimiano que se conecta con el de división del trabajo entre los allí expuestos. Y ¿cómo decir que un realismo engendra el idealismo?... la conexión de sentido escapa aquí visiblemente a la lógica de Durkheim.

Su exposición sobre la teoría marxista es aún más discutible, no obstante que le concede a Marx el gran honor de que “desde Cristo nadie ha sacudido más los nervios de la especie humana”.⁴¹⁵

Cuando resume la teoría de *El Capital* en breves líneas –trabajo difícil, sin duda– la fórmula marxista de Dinero–Mercancía–Dinero o D–M–D que corresponde al ciclo capitalista de producción, López de Mesa la transforma en D–M–A–D, donde M es para él materia primera y A, que está por artefacto, sería el producto final, con lo que desvirtúa la intención que tuvo Marx al acuñar su fórmula D–M–D, puesta así para contrastar con la otra de M–D–M, síntesis de la economía precapitalista o de producción no generalizada de mercancías. Hace, además, en este punto una lectura demasiado mecánica del llamado determinismo económico de Marx y discute entonces –con sobrada razón, aunque fuera de contexto– que Pedro el Ermitaño,

413 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se formó la nación colombiana*, op. cit. P.213.

414 Luis López de Mesa (1939), *Disertación Sociológica*, op. cit. P.79.

415 Luis López de Mesa (1939), *Disertación Sociológica*, op. cit. P.42.

predicador de las Cruzadas no abrigó nunca intención económica o mercantilista alguna⁴¹⁶.

A pesar de esto hay que ver cómo muchas de sus afirmaciones recogen el espíritu fundamental de la interpretación materialista de la historia. Aquella, por ejemplo, de que “los instrumentos engendran conceptos, la técnica cultura, la función nuevas esencias”⁴¹⁷ que es tanto como decir que el ser social determina la conciencia social. En otro lugar manifiesta que la sociedad es el verdadero sujeto histórico⁴¹⁸. Dice asimismo que la conciencia humana es histórica, o producto de la historia, y no algo insuflado de un momento a otro en el hombre. Y, para terminar, como una explicación totalizadora de las desgracias políticas de Colombia en el siglo XIX, nos dirá que “Colombia era un pueblo con hambre y el hambre es un factor de revoluciones”.⁴¹⁹ Mayor concreción no podía pedírsele.

¿Utopista o reformador?

Damos término a este análisis recogiendo algunos hilos sueltos del pensamiento lopezmesiano. Es perceptible por momentos cierto entronque de López de Mesa con los socialistas utópicos o, más propiamente, con la estirpe general de los reformadores. De nuevo emerge aquí un contraste con el positivismo, que con razón se le imputa. En lo que sigue se aprecia que López de Mesa muestra una preferencia por la reglamentación meticulosa de la vida individual, de la cotidianidad a través de reformas ubicuas propias de los utopistas, en general, y de los socialistas, en particular, desde Moro hasta Luis Blanc pasando por Saint Simon, Campanella, Fourier y Owen.

Para ilustración de este punto presentamos aquí algunas de las reformas que la mente inagotable de López de Mesa propuso a los colombianos:

- Para erradicar el robo, que el clero niegue la absolución a los ladrones.
- Para eliminar las interrupciones al ponente en el Parlamento, que se cobre multa al agente de la interrupción.

416 Detectamos igualmente un gazapo histórico en su presentación de Marx. Dice de él que hasta 1842 Marx enseña en la Universidad de Bonn. Nunca, sin embargo, Marx enseñó ese Bonn. Recibió de esa universidad su título de Doctor el 15 de abril de 1841 con la tesis “Diferencia de la filosofía de la naturaleza en Demócrito y Epicuro”.

417 Luis López de Mesa ([1955] 1970), *Escrutinio sociológico de la historia de colombiana*, op. cit. P.105.

418 Luis López de Mesa (1963), *Sociología y Filosofía de la Historia*, op. cit.. P.202.

419 Luis López de Mesa (1920) *Tercera Conferencia*, op. cit. P.143.

- Para desestimular el perjurio de los diputados, que se cree una “pena de oprobio” consistente en que el presidente los denuncie ante la opinión pública.
- Para garantizar el bienestar de las hijas de familia, que los padres les regalen una casa o en su defecto “una póliza a veinte años de término”.⁴²⁰
- Para mejorar el uso del idioma, que se instale un teléfono con horario de consultas en la Academia de la Lengua.
- Para que cada cual sepa cuántos hijos le conviene tener, que el censo decenal se haga una realidad.
- Para que nos disciplinemos, que se erradique “el amor inmoderado del chiste de que padecemos en todas sus variedades endémicas”.⁴²¹
- Para que haya responsabilidad laboral, que los huelguistas paguen lo que rompen, lo que, por lo demás es contemplado por la ley.

Otras de sus muchas propuestas apuntan a escenarios más concretos, de mayor realismo:

- Reducir el Parlamento a una sola cámara.
- Estimular la pequeña propiedad—como lo quería Proudhon. —López de Mesa denominó a esta medida: “el capitalismo familiar limitado”.⁴²²
- Facilitar la adopción de hijos.
- Prohibir el expendio al menudeo de toda clase de licores y, en particular, las bebidas fermentadas (la ley seca). López de Mesa formuló esta propuesta en especial para Antioquia; y como una solución al problema de desempleo que habría de engendrar, sugirió emprender la colonización del nordeste antioqueño con las diez mil familias desplazadas por la disposición.

420 Luis López de Mesa (1920), *Primera conferencia sobre la mujer*. En *Oraciones Panegíricas*, op. cit. P.274.

421 Luis López de Mesa (1930), *El Factor étnico*, op. cit. P.21.

422 Luis López de Mesa, *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. P.93.

- Distribuir las utilidades de la empresa entre los obreros o, más propiamente, entre las esposas de los obreros, propiciando lo que él llama un “leve matriarcado económico”.
- Adoptar un vestido masculino nacional para la tierra fría y otro para la tierra cálida.⁴²³
- Reducir el ejército e incrementar la policía.
- Establecer el salario mínimo.
- Crear un Instituto de Suelos que estudie el territorio nacional.
- Sustituir en la Guajira el cacto espinoso por el cacto forrajero de California para aprovechar los desiertos en ganadería.
- Crear parques de frutales, haciendas–modelo de colonización, cooperativas de producción y consumo.
- Desarrollar en los Llanos Orientales la cría de cerdos con aguacate.
- Sustituir la caña de azúcar por el dátil africano, más fácil de cultivar y más rico en azúcar.
- Sembrar árboles frutales en las orillas de las vías para aliviar el hambre y la sed de los viandantes.
- Establecer “alcaldes de choque” o inspectores de alcaldía que recorrieran el país corrigiendo las fallas de las administraciones municipales.
- Abrir una carretera interoceánica que uniera el Golfo de Urabá con la Bahía de Cupica en el Pacífico y una carretera “mesopotámica” del nordeste antioqueño para colonizar esta región. Lo de “mesopotámica” era por hallarse entre dos ríos.
- Abrir facultades y escuelas nocturnas.
- Crear un Parque Nacional en San Agustín.

- Establecer una colonia penal en la Isla Gorgona.
- Empezar la Educación Radiofónica.

Para englobar tantas reformas, el pensador antioqueño llegó incluso a concebir un sistema nuevo caracterizado por la pequeña propiedad y la acción cooperativa. A este sistema dio el nombre de “hominalismo” o “integralismo”.

No creo que haya habido un colombiano que haya ideado tal número de transformaciones en campos tan diversos. López de Mesa pensaba en todo. Se diría que era la conciencia vigilante del país.

Sólo en los socialistas utópicos, reiteramos, se halla un esfuerzo de reglamentación tan vasto y comprensivo que se extendía desde el tipo de vestido por usar, la hora de ir a la cama como en las misiones jesuíticas del Uruguay en las que se tocaba campana para recordar a los indios su deber de procrear. Obviamente no se trata de equiparar a unos con otros, a éstos con aquel, pues nos interesa la tendencia más que el cotejo estadístico de los datos, el espíritu más que la materialidad de la letra y una tendencia y un espíritu en el sentido arriba observado sí son claramente perceptibles en el pensador antioqueño.

Nos haríamos prolijos si alargáramos más este recorrido por la Sociología del intelectual colombiano. Hay aspectos de esta Sociología que ocuparían mejor sitio probablemente en un capítulo sobre sus ideas y acciones políticas, tales como su muy audaz concepción del imperialismo, su apoyo, *sui generis*, del feminismo,⁴²⁴ su juicio sobre el nazismo, etc.

Otros aspectos, importantes de suyo, hay que despacharlos por fuerza en un par de líneas. Así su valoración de y recurso a la estadística como guía del gobernante y del investigador. También su muy somero ejemplo de análisis de clases sociales en “La clase media social en Colombia” (1952), donde afirma que la clase alta y la baja tienden a la extinción en el país, mientras la clase media tiende a fortalecerse cada vez más hasta la erradicación completa y aparentemente gradual de las otras; y allí

424 López de Mesa exhibió una posición muy liberal y avanzada respecto de la educación de la mujer y de la necesidad de reivindicar para ella muchos derechos privativos del varón. Ninguna reforma social podría adelantarse a su juicio sin el concurso femenino y hasta la regeneración de los delincuentes debería llevarse a cabo permitiendo al recluso vivir vida de familia mientras pagaba su pena. Pero al mismo tiempo López de Mesa abrigaba sobre la mujer ideas que hoy las feministas rechazarían. En su conferencia de 1920 decía: “ella nació para procrear en el reposo [...] ni sus músculos, ni su cerebro tienden a la ventura ni, por ende a la invención [...] permitid que os diga todo lo que pienso. El matrimonio es la única solución para la vida de la mujer. Lo primero, casarse bien, y lo segundo...no os asustéis...Casarse”. Ver *Oraciones Panegíricas*, op. cit. Ps.269–273.

su uso frecuente del término “proletariado” como sinónimo de pobres o miserables. Constituye este breve estudio una de las pocas ocasiones en que –en el marco de sus propias concepciones– Luis López de Mesa se muestra como un sociólogo de hoy.

López de Mesa, cultor del idioma

Terciando en el debate sobre la alegada artificiosidad del estilo de López de Mesa, Luis Eduardo Nieto Arteta escribió: “No es artificioso, en el sentido ya anteriormente explicado, el estilo de López de Mesa. Hay carencia de toda inautenticidad en dicho estilo [...] Es un estilo espontáneo que autónomamente se ha desarrollado [...] La característica central del estilo de López de Mesa, el valor que primordial y radicalmente en él se ha insertado es la musicalidad, la suavidad, la poética sonoridad de la frase [...] En el estilo del profesor López de Mesa se ha eliminado esa desesperante carencia de plasticidad del idioma castellano”⁴²⁵.

[...] Nos parece que sobre López de Mesa pesaba la obligación autoimpuesta de introducir la razón y la sabiduría occidentales en la sincera y límpida imaginación y emotividad del trópico que constituye nuestro hábitat. De esa conciencia moral contradictoria deriva la peculiaridad del estilo de López de Mesa. A esto sólo habría que añadir que en sus ensayos hay una real vocación didáctica que, de nuevo impone leyes y cerrojos a la espontaneidad del escribir. [...] Así va López de Mesa, enumerando, enlistando, haciendo digresiones, explicando cada nombre, cada referencia y optando por hacer pequeños, muy pequeños tratados de cada nuevo concepto o alusión como para suplir la ignorancia del lector al menos con síntesis de diccionario enciclopédico.

López de Mesa es un hombre muy meticuloso y sucumbe frecuentemente al brillo del detalle, al valor de este último, pero consciente de hallarse ante ese dilema hace cuanto puede por salir de él airosamente y el medio de lograrlo es buscando en el acervo del idioma el término que recoja compendiosamente tanto detalle como él quisiera expresar. Ocurre que a menudo el diccionario se queda corto, entonces el autor produce un neologismo apelando a las fuentes generatrices, a los étimos legítimos del idioma y he aquí, pues, el desfile de nuevos vocablos que desconciertan al lector sin mucha formación, pero que resultan transparentes para quien haya cobrado alguna afición por las raíces de la lengua. Muchas veces, además, no hay creación sino simple reposición o revaluación de un término poco usado, pero que es más castizo que la Reina Católica.

425 Luis Eduardo Nieto Arteta, Forma y contenido en la obra de Luis López de Mesa. En L.E. Nieto Arteta (1978), Ensayos históricos y sociológicos. Bogotá: Colcultura. Ps.150–151.

En la línea de la más pura tradición lingüística colombiana, estudioso de Cuervo y de Caro, el humanista, López de Mesa es un auténtico cultor del idioma. Esta cualidad es tanto más perceptible en libros que no tienen propósito literario directo sino en sus ensayos académicos o científicos. *La Sociedad contemporánea*, *De cómo se ha formado la nación colombiana* y buena porción de las *Oraciones panegíricas* descuellan –a juicio nuestro– como las piezas que exhiben más gracia y donosura literaria en su vasta obra. Nadie podría dejar de percibir el logro expresivo de ciertos pasajes en *De cómo se ha formado la nación colombiana*, por ejemplo.

Son igualmente piezas de antología la increíble descripción literaria de los sonidos de la fonética española en la Tercera Conferencia de 1920⁴²⁶, el grandioso análisis comparativo del canto a “la zona tórrida” de Bello, “La victoria de Junín” de Olmedo, el canto “A Popayán” de Valencia y el canto “A la estatua del Libertador” de Miguel Antonio Caro, análisis incluido en la célebre oración conmemorativa del centenario del nacimiento de Caro. Admiran también los párrafos sobre fonética estilística en el discurso a la muerte de Suárez. Demuestran un espíritu de investigador del idioma hablado sus observaciones sobre dialectología fonética de las distintas regiones del país en *De cómo se formado la nación colombiana*.⁴²⁷

Tenía López de Mesa una concepción creativa de la lengua. No creía en una lengua de museo, estancada, sino en que todo hablante podía ayudar a conformarla, siempre y cuando dominara las leyes del idioma. Es interesante cómo él gustaba de alterar la ortografía de ciertas palabras de raíz indígena o de origen técnico por parecerle que había más belleza o propiedad en una ortografía que contrariaba el uso corriente. Escribe “Rizaralda” y aclara: “me seduce siempre escribirlo con z por no sé qué sugestión de eufonía”⁴²⁸; escribe “aryo” por “ario”; dice “araucas” en vez de aruacos; deletrea “muyska” en vez de muisca, etc. La más curiosa muestra de esta creatividad lingüística la constituye su propuesta a la Academia de introducir un posesivo de tercera persona plural que corrigiera la gran ambigüedad del adjetivo *su*—en este caso: *su* de ellos—en español. Apoyándose en Menéndez Pidal que documenta el uso arcaico de un perdido *lur*, *lures* o *lor*, primo del *leur* francés y del *loro* italiano, López de Mesa propuso que usáramos el adjetivo *leure* y él mismo lo emplea en algunos de sus escritos. A cambio de decir, entonces: “el capitán y sus soldados llegaron a casa (de ellos)”, hemos de decir, al juicio del Profesor: “El capitán y sus soldados llegaron a leure casa”, ¿A qué casa llegaron? ¡A leure!

426 Luis López de Mesa (1920), Tercera Conferencia. En Luis López de Mesa *et al.* (1920), Los problemas de la raza en Colombia, *op. cit.* P.99.

427 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, *op. cit.* Ps.61–62.

428 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, *op. cit.* . P.45.

Sorprende también un poco al lector actual el género en que usa López de Mesa, por lo menos cuatro vocablos, a saber: énfasis, índole, análisis y hormona, que López de Mesa modificaba así: La énfasis, la análisis, un índole y el hormón o los hormonas. Dice, además, *tribual* a cambio de tribal, por considerar extranjerizante la derivación del último vocablo.

Experimentó, además, López de Mesa una pasión por las etimologías. Invitado a Armenia a hablar sobre la acción comunal empezó por trazar las etimologías del nombre Armenia. Entrevistado sobre las Escuelas Radiofónicas dirigidas por monseñor Salcedo creyó oportuno dar el origen etimológico del apellido Salcedo. En las cartillas sobre administración de granjas recomendaba demostrar prácticamente las principales herramientas del agricultor al tiempo que el instructor debería ir dando las etimologías de los nombres de tales instrumentos, así: hacha, del latín *ascia* y del griego *axime*, insistiendo sobre sus derivados: hachuela, azada, azadón... Gustaba en todo de remontarse hasta el sánscrito pasando por el latín y el griego, aunque no parece que tuviera un cabal conocimiento de esta lengua. Tal cosa opinaban algunos de sus contemporáneos como Luis Eduardo Nieto Caballero, por ejemplo. Y parece colegirse de una observación suya en una conferencia de 1931 cuando dijo: “toda la vida había deseado aprender griego hasta que me di cuenta de que yo lo hablaba inconscientemente, y muy puro, pues que la medicina va siendo un dialecto de los más eufónicos y refinados de aquel idioma”.⁴²⁹

Sería, acaso, pertinente profundizar más aún en el análisis literario y lingüístico de la obra del Profesor antioqueño y probablemente en particular, de sus libros estrictamente literarios, así: *El libro de los apólogos* (1918), *Iola* (1920), *La tragedia de Nilse* (1928), *La biografía de Gloria Etzel* (1929). Circunstancias diversas nos inhiben de hacerlo ahora.

Las novelas de 1928 y 1929 han sido tachadas de frío esquematismo en el desarrollo de los caracteres que parecen pacientes siquiátricos del propio autor y, sin duda, son el objeto de una autocrítica que López de Mesa se hizo en 1934 cuando al comentar la obra *Zoraya* de Daniel Samper Ortega dice que tiene “el pequeño pecado de dejar muy perceptible el esfuerzo artístico”, y añade entre paréntesis: “ay de mí que también he caído en estas redes varias ocasiones”.⁴³⁰

Iola, esa colección de retratos de mujer revela un esfuerzo permanente de López de Mesa por penetrar en la psicología femenina que es clarísimo hasta en su libro póstu-

429 Conferencia ante la Academia de Bellas Artes. En Luis López de Mesa (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*, op. cit. P.147.

430 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se formó la nación colombiana*, op. cit. P.201.

mo *La crónica de los tres comentadores*. Para mi gusto, esta parte sobre la sicología femenina es la mejor de esta última obra. Pero *lola* está escrito con tal delicadeza que allí bulle la fuerza sublimadora de un casto y soñador artista-adolescente. *El libro de los apólogos* quiere imitar el estilo místico de la sabiduría oriental conturbado a ratos por modernistas alusiones a “la civilización contemporánea”. En el apólogo de la Suprema Tolerancia narra la aventura de un ermitaño que como por vengar la muerte de un cervatillo a manos de un jaguar, mató al felino, para descubrir luego la inutilidad de su acción, pues “volviendo entonces sobre sí mismo, comprendió que en la ordenación del mundo la lucha no es maldad, sino obligada subordinación de fuerzas: se acercó al arroyo y comprendió el empuje de sus ondas; se acercó al árbol y vio el vigor de sus raíces; se pensó a sí mismo y conoció el valor de la vida en una bondad que supera los pequeños infortunios”.⁴³¹ Misticismo, contención, razonadora poesía. Extraño tono para un literato del trópico americano. Ello y más era la prosa distintiva y distinguida del eminente Profesor antioqueño.

431 Luis López de Mesa ([1918] 1969), *El libro de los apólogos*, op. cit. P.122.

Apéndice de la parte 1

Prontuario de voces no comunes, pero frecuentes en los escritos de Luis López de Mesa

A

Agilitar (hacer ágil)
 Aína (fácilmente, pronto)
 Alebrado (acobardado– de liebre)
 Alimentarios (alimenticios)
 Apechar (aceptar)
 Áporos (sin salida)
 Arrequite (adorno)
 Autopsis (visión de sí mismo)

B

Baremo (cuaderno o tabla de cuentas)
 Biocracia (socialismo)

C

Catalítico (propio de los catalizadores)
 Climáctico (relativo a climax)
 Colorir (colorar)
 Congerie (montón de cosas)
 Cuasi (casi)

D

Demiurgia (de demiurgo)
 Deontológico (relativo a los deberes y derechos profesionales, según bentham)

E

Enaltado (puesto en lo alto)
 Engoznamiento (articulación de gozne)
 Eónico (— de eón — los seres emanados de la divinidad entre los neoplatónicos)
 Equiponderante (justo)
 Esguazar (vadear)
 Esteatopígico (gordo de nalgas)
 Etopéyico (relativo a la etopeya = retrato)
 Eucrácico (de buen temperamento y compleción)
 Eulimia (relativo al infinito)
 Eupéptico (digestivo)
 Eiterno (eterno)
 Exprimir (expresar)
 Explanar (explicar)
 Eseibilidad (calidad de ser)

F

Fachendoso (vanidoso)
 Fastigio (cúspide, cumbre)
 Fautor (favorecedor, instigador)
 Fisiogonía (origen de la naturaleza)

G

Genitivo (generador)
 Gonfaloniero (abanderado)

H

Hexicológico (—de “exeicadzo”, gr.=
Imitar
Hiemal (relativo al invierno)
Hiperdulía (—de “dulía”, gr.=
Servidumbre, significa: culto a María
Santísima)
Historiogónico (creador de historia)
Hominalista (relativo al hombre)
Homousio (de la misma naturaleza)

I

Icástico (natural)
Ilusivo (iluso)
Introverse (verse por dentro)

L

Lábaro (bandera)
Leudar (echar levadura a la masa)
Leure (su de ellos o ellas)
Losanje (rombo alargado)
Lúes venérea (sífilis)

M

Minoración (reducción)
Mitopoyético (creador de mitos)

N

Natío (nativo, natural)
Neisseriana (en “infección neisseriana”:
blenorragia)
Nequicia (perversidad)
Numinoso (de numen: deidad,
inspiración)
Nefelibata (que anda por las nubes)

O

Occiduo (que muere)
Ontogenético (creador del ser)
Ontogónico (creador del ser)
Otroriedad (alteridad)
Otrosí (además)
Otrura (alteridad)

P

Paralipsis (llamar la atención sobre
un objeto fingiendo que pasa
inadvertido)
Porismas (proposiciones para
demostrar teoremas)
Preceleste (excelente)
Precipuo (señalado, principal)

S

Supositicio (supuesto)

T

Teofonía (acción de llamar a Dios)
Teratológico (monstruoso)

U

Usiagónico (creador de sustancia o
esencia)
Usialógico (relativo a la sustancia)

Z

Zaliareño (desdeñoso)

2. LÓPEZ DE MESA. EL HOMBRE Y SU OBRA⁴³²

La obra de López de Mesa (Donmatías, Antioquia, 1884 – Medellín, 1967) es “sui generis” y no carente de originalidad. Expuso siempre su pensamiento en un estilo ensayístico de cultas aristas con la impronta de un erudito que quería demostrar que estaba al día en el cambiante mundo científico de los temas que abordaba, no por presunción, según me parece, sino con sincera intención didáctica, pues amaba a su gente, creía en sus capacidades, pero percibía que el ambiente general era de bastante pocas letras, aún entre aquellos que, seguros poseedores de una competencia discursiva se guiaban, sin embargo, más por el prejuicio en sus propios conceptos que por un responsable compromiso con la necesidad de informarse cabalmente antes de juzgar. No todos tenían, tal vez, la capacidad, la disponibilidad de una vida ascéticamente asumida en aras del conocimiento –murió célibe– ni los recursos que el poseía, así lo entendía el y, sin embargo, rindió su mejor esfuerzo al servicio de la ilustración nacional con las más altas intenciones y la mayor devoción, como veremos.

Dio el Profesor con el tiempo en salpicar su discurso cada vez con más deliberación, y por ratos saña, de vocablos –o como el diría: voquibles– algo exóticos, rebuscados, inventando neologismos sobre la base de las raíces griegas y de las etimologías diversas a las que era adicto, apelando también a anacronismos y a giros idiomáticos del castellano clásico que progresivamente perdían comprensibilidad en un país que se internaba en la medianía del capitalismo homogeneizador con pocos tiempo e interés para el cultivo caballeresco de la persona, como se estilaba en el siglo XIX entre las élites hacendarias rurales o urbanas.

Colombia, un país secularmente pobre, mostró, como sabemos⁴³³, un raro apego al estudio de la lengua después de la Independencia y halló en el trabajo aislado de tres de sus hombres un producto de un nivel alto con relación a la pobreza del medio: sin escuelas, sin recursos, sin intercambio suficiente con Europa. Me refiero,

432 El texto que sigue es una versión con ligeras modificaciones de mi contribución al libro *Pensamiento Colombiano del siglo XX* publicado por el Instituto Pensar de la Universidad Javeriana en 2007. Ver Carlos Uribe Celis (2007), Luis López de Mesa 1884–1967. En Santiago Castro *et al.* (Ed.) (2007), *Pensamiento Colombiano del siglo XX*. Bogotá: Universidad Javeriana. Ps.365–401

433 Ver Carlos Uribe Celis (1992), *La mentalidad del colombiano*. Bogotá: Ediciones Alborada. P.150–151.

claro, a Cuervo, Caro y Suárez. Siendo políticos y presidentes los dos últimos la visibilidad de su saber fue grande y muchos, luego, se sintieron obligados a revestirse de filologías y de retóricas para hacerse oír.

Un hombre estudioso y culto como López de Mesa no podía quedarse atrás. El encontró los dados cargados y jugó el juego, pero la carga no por eso dejaba de pesar. Hay otros dos factores que me parece importante develar: uno es muy personal, como de profundas psicologías: Allá en el fondo de su consciencia, o de su inconsciencia, López de Mesa quería parecerse a León de Greiff, o mejor, ser a la prosa lo que DeGreiff vino a ser a la poesía colombiana: No fue tal vez una buena idea, pero los hombres somos así: de recónditos caprichos. En una carta a un amigo, López de Mesa confiesa:

“Y he aquí de las encrucijadas del destino: mamá Helena, de los Enthwistles de Walting, llegó al país en compañía de doña Lovisa Petronella Faxé, la esposa de Carlos Segismundo DeGreiff, con quien amistó cordialmente en Londres, pensando que tras corta estancia en el Nuevo Mundo regresaría a su vieja Europa. Sino que la casa de negocios, los Goldsmith, si no ando errado de noticias, quebró a poco más y todos hubieron de quedarse aquí varados, como se dice de buques y viadores. Cuando su hermano James vino a buscarla para volverla al hogar londinense [...] no la halló de buenas a primeras y murió en su búsqueda [...]. Y mire usted, querido Conrado, de qué avatares de la vida –una quiebra bancaria en Londres– nos avino a León DeGreiff y a mí el estar hoy en estas altiplanicies de los Andes colombianos haciendo extrañas literaturas, en verso él, yo en prosa, ambas a dos tocadas de exotismo y raro numen”⁴³⁴

Pero, además, el culteranismo retórico de López de Mesa –que, como se sabe, también está en DeGreiff, pero en éste está imbuido de musicalidad sublime para que sea la poesía lo que tiene que ser: música!– es presentado como un truco de abuelo zorro en trance formativo, en función didáctica. Así, al menos, se lo dijo a Eduardo Santa cuando este personalmente pudo allegarse a preguntarle al Profesor, por qué su prosa ocurría llena de giros y términos poco accesibles al colombiano común. Santa dice que López de Mesa respondió:

“Es un pequeño truco o trampilla que utilizo con fines pedagógicos. Co-

434 Luis López de Mesa. Carta a Conrado González Mejía. En Javier Gutiérrez Villegas (1984), *Santos y López de Mesa. Sesenta años de historia Nacional*. Medellín: U. De Antioquia. P.66.

loco la palabra poco usual, a manera de una piedrecilla en el camino, para que el lector tropiece con ella y se detenga un momento a meditar. Para que vaya al diccionario y en ese interregno pueda hacer la digestión de lo que lee⁴³⁵.

Como quiera que se lo catalogue desde este punto de vista, López de Mesa no fue como tantos otros un autor aislado ni una personalidad invisible. En la medida en que él es a buen seguro y en pleno derecho un personaje colombiano del siglo XX, fue objeto de un reconocimiento explícito en la nación mientras vivió y actuó, todo con una prestancia inapelable. Y existe hoy un número de anécdotas con que el pueblo o la nación lo recuerda con gracia y en vena folclórica como las gentes suelen hacer con sus estrellas, es decir, con los que brillan. En esas anécdotas López de Mesa encarna al Profesor, al “diserto profesor”, como alguien dijera, unas veces distante y otras distraído.

Siendo célibe empedernido como se dijo arriba, muy disciplinado, puntual y celoso del tiempo, muy *British* y orgulloso de su sangre inglesa y, en todo, más bien ascético y circunspecto, se hallaba en la ocasión recién instalado como ministro de Relaciones Exteriores en la presidencia de Eduardo Santos. Algún o alguna informante quiso enterarlo *sotto voce* de que una secretaria del ministerio se hallaba embarazada en condición de madre soltera. La respuesta del ministro fue inmediata y desconcertante. Dijo: –pues será lo único hasta ahora que tenga pies y cabeza en este ministerio!

Fue él un abanderado de la educación femenina y de la paridad de derechos de la mujer y entre estos de la educación femenina. Como ministro de Educación de Alfonso López Pumarejo visitó en Medellín un colegio de monjas para niñas y las monjas le pidieron que dictara una charla. El se rehusó a dar conferencias pero ofreció improvisar sobre cualquier tema que las niñas sugirieran. Una de ellas, bromista de autos, se adelantó y le dijo: –Háblenos de la aguja, señor ministro. López de Mesa entonces lo tomó como un pequeño reto a su erudición y acabó disertando sobre la historia de la aguja desde la prehistoria hasta el siglo XX pasando por la Revolución Industrial y los píos “sindicatos de la aguja” en el siglo XIX en Colombia.

Siempre hubo un componente político en el talante científicista de López de Mesa como para defraudar la célebre distinción weberiana entre el científico y el político. La “ciencia” lopezmesiana se halló siempre al servicio de la pedagogía ciudadana, de la construcción de país y de patria, del destronamiento de la ideolo-

435 Eduardo Santa, López de Mesa y la Cultura Colombiana. En Francisco Velásquez, Carlos Uribe Celis y Eduardo Santa. *op. cit.* P.337.

gía conservadora y su empoderamiento, en provecho, esto sí, de la ideología liberal modernizante, burguesa y positivista. El país tradicional se escandalizó –tonta y anacrónicamente– de ciertas actuaciones del Profesor hechas aparentemente desde la “neutralidad valorativa” de la ciencia, pero claramente imbuidas de una íntima pulsión renovadora.

Dos eventos convergen a este punto. El primero se llamó “la tempestad de la sardina” y atañe a unas conferencias sobre la Evolución que López de Mesa dictó en 1946 en la Universidad Nacional en Bogotá. La jerarquía católica, el arzobispo de Bogotá, alzó el grito hasta el cielo con santa indignación fundamentalista por las “audacias” del profesor. Ya López de Mesa había divulgado con fuerza de rigor científico los avances de la teoría de la Evolución hasta 1939, año en que publicó su voluminosa y multifacética *Disertación sociológica*⁴³⁶. Pero el Arzobispo pidió al ministro conservador de Educación de la hora acción policiva para suspender el cursillo y el Profesor se retiró en efecto. (El Vaticano protege al pueblo de la desdogmatización, aunque por trechos y con atraso evidente vaya permitiendo que los intelectuales escriban a distancia sobre ciertos temas tabú).

Otro escándalo, en fin, premeditado del profesor provino de un ensayo biográfico de su pluma sobre El Libertador: *Simón Bolívar y la Cultura Iberoamericana*⁴³⁷, de 1945:

“Simón Bolívar –dice allí– en cuanto héroe de la historia de América– nació en Cartagena del Caribe en 1812 y murió en Lima en 1826”.

El retórico desafío a las fechas literales de nacimiento y muerte de Bolívar fue otra vez tontamente impugnado, así como –y esto es más atendible– el haber tratado

436 En 1946 los medios recogieron un incidente que se conoció como “La tempestad de la Sardina”: López de Mesa dictó en ese año dos conferencias de un cursillo sobre la evolución de las especies en la Universidad Nacional. Monseñor Ismael Perdomo, arzobispo primado de Bogotá, veía el evolucionismo como una teoría pagana y atea que desafiaba el dogma creacionista y solicitó por carta al ministro de Educación que ese cursillo fuera suspendido, lo que finalmente ocurrió. López de Mesa retoma el tema en su libro de 1947: *Nosotros y la Esfinge* “he dicho –escribe allí– en otras ocasiones [...] que el instante supremo de la creación, aquel que no tiene par en ninguno de la historia de los hombres [...], acaeció hace trescientos millones de años cuando un alocado pececillo que solía quedarse en las lagunas que la pleamar dejaba en las tibias playas de entonces, dióse a jugar por ellas [...] De estos retozos proviene la adquisición de los pulmones [...] y los primeros rudimentos de órganos de locomoción [terrestre] [...] los placentarios mamíferos no estaban, pues, lejos, y de ahí adelante, la generación de aquel inquieto pececillo, cuya especie sobrevive y hoy llamamos crosopterio [...tal] generación no cesará en el perfeccionamiento del sistema nervioso” (Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*. Bogotá: Librería Colombiana. P123). La “sardina” del escándalo, pues, fue el tal crosopterio.

437 Luis López de Mesa, *Simón Bolívar y la cultura iberoamericana*. In Luis López de Mesa (1945), *Oraciones Pane-gíricas*. Bogotá: Editorial El Gráfico.

al caraqueño de hiperactivo psicopático o, como decía el profesor (que a más de todo se había especializado momentáneamente en psiquiatría en Harvard en 1916): Bolívar fue, a su juicio, un “hipomaniaco”, es decir un maniático leve. Hay que admitir que, aparte de una digresión, justo sobre el tema de la cultura latinoamericana, que hoy luce descentrada en el gran ensayo, es este un delicioso y muy apreciable texto rico en detalles y minucias sobre la personalidad de Bolívar y sobre sus actuaciones históricas en las que el genio es reconocido y destacado al tiempo que se ejerce con argumentos la crítica sobre muchas de ellas en cuanto militar, estadista, constitucionalista, estratega, en fin, en las que queda, a su parecer, el héroe mal parado. López de Mesa abandona el ditirambo a lo Rodó⁴³⁸ para hablar del hombre en sano desmedro del semidiós. Tal, otro de los méritos de López de Mesa: su valor para ejercer en un país dogmático la crítica sobre la historia, en guardia contra los apasionamientos y los personalismos y con recurso al argumento basado en el escrutinio de datos que la historia común ignora, es decir que desconoce o desprecia.

La ilustración cumplía en López de Mesa una tarea política, una función de modernización y la política prestó al hombre el servicio de la visibilidad para que así su obra formativa de ilustración recibiera el reconocimiento de propios y ajenos en un Continente en el que la *intelligentsia* se hallaba mucho más gremialmente articulada que lo que puede ahora estarlo. Sin duda López de Mesa era uno de los agentes más activos de la articulación intelectual del Continente en la primera mitad del siglo. Se percibe ello en el número de reconocimientos y asociaciones a academias de que López de Mesa fue objeto.

No creo que nadie en Colombia –ni acaso en Latinoamérica– haya exhibido en su tiempo, ni probablemente en tiempo alguno– mayor cantidad de membrecías científicas y académicas que el polígrafo de Donmatías: Entre 1932 y 1965 (dos años antes de su muerte) López de Mesa fue hecho Miembro de Número, Miembro o Socio Correspondiente, Medalla Insignia, Miembro Honorario, Gran Oficial, Gran Cruz, Presidente, Presidente Honorario, Delegado, Secretario Perpetuo, en fin, de centros del saber, guildas intelectuales, instituciones académicas o meras instancias de honores nacionales como la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras (1932), la Academia Colombiana de Ciencias de la Educación, la Sociedad Bolivariana del Ecuador, la Academia Colombiana de la Lengua, la Academia Colombiana de Historia, la Academia Colombiana de Bellas Artes, la Orden de Boyacá, el Instituto Colombiano de Cultura Hispánica, la Sociedad Colombiana de Neurología, Psiquiatría y Medicina Legal, la Facultad de Biología y Ciencias Médicas de la Universidad de Chile, la Academia Argentina de Letras, la Liga Argentina de Higiene Mental, la Academia

438 Ver José Enrique Rodó, Bolívar. En (1938), *Antología Bolivariana*. Bogotá. Ps.257–294. El texto es literariamente magistral pero apologético en su conjunto.

Nacional de Medicina de Colombia, la Academia Nacional de Historia de Venezuela, la Orden del Sol de Perú, la Academia Panameña de Historia, la Academia Nacional de Historia del Ecuador, la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y de la Naturaleza, la Orden Vasco Núñez de Balboa de Panamá, la Orden del Libertador de Venezuela, la Orden *Petion et Bolívar* de Haití, la Orden del Águila Azteca, la Academia Nacional de Historia de Argentina, el Ateneo de Caracas, el Instituto Samaritano de Buenos Aires, la Orden Francisco de Miranda de Venezuela, la Academia Nacional de Historia de Venezuela, la Orden Morazán de Honduras, la Academia Chilena de la Lengua, el Instituto Colombiano de Sociología, el *International Institute of American Ideals*, el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, la Academia Nacional de Letras de Uruguay, el Instituto Americano de Cultura de Buenos Aires, la Orden de San Carlos de Colombia, el Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Antioquia (otorgado juntamente con el de don Baldomero Sanín Cano en 1945) y el Doctorado *Honoris Causa* de la Universidad de Medellín (1965)⁴³⁹. Y no puedo aquí ofrecer garantías de exhaustividad en el listado.

Quien haya tenido la paciencia de leer completo este inventario abrumador (candidato posible a un Guinness Record) puede hacerse una idea del aura de sabio y el nimbo de intelectual que rodeaba a López de Mesa en su tiempo. Cuentan que guardaba sus condecoraciones en un baúl de cuero que perdió o le fue robado por los obreros de la agencia de mudanzas cuando se trasladó a Medellín en 1961 ya en monástico trance de postrimerías. El baúl sería vendido a algún anticuario y los diplomas quemados a trozos irían a parar al basurero para escarnio de las vanidades del mundo y las veleidades del narcicismo clasicista, como tal vez podría conceptuar su paisano Fernando Vallejo si comentara la anécdota para morbo y delirio de su deliciosa iconoclastia paranoica!

Algunas de esas instituciones académicas ya no existen y otras pudieron haber sido azarosamente efímeras como el mentado “Instituto Colombiano de Sociología”, por ejemplo. Otras dejan un resabio de chiste como el “*International Institute of American Ideals*”. Quizá la mayoría de esas academias solo sean un ara ritual para los holocaustos de la vanidad. No importa; al final son solo un encaje, la orla de una obra y vida cuyo arraigo en la nacionalidad no puede disputarse alegremente y cuyo valor definitivo hay que recalcular para no caer en filisteísmos evidentes o en meras sutilezas de tertulia liviana.

&

439 Tomo los datos para este inventario del trabajo de Francisco Velásquez *et al.* (1985), *op. cit.* Ps.161–170.

Luis Eduardo Gregorio López de Mesa Gómez nació en 1884 en una “aldea” –la palabra que él mismo institucionalizó– de las “arriscadas alturas” antioqueñas

“de pobre vegetación, lomas de vertiginosa pendiente, verdaderos paredones a veces, que del fondo de los ríos torturados por las rocas trepan sin dar asilo a ningún animal doméstico ni cultivo aprovechable”⁴⁴⁰

Que es como López de Mesa caracterizó su propia tierra en un entrañable ensayo titulado “*Análisis e interpretación del pueblo antioqueño*”. El pueblo donde nació fue Donmatías (entonces llamado Azuero⁴⁴¹), un pueblo frío, de economía minera antiguamente, a unos 40 km al noreste de Medellín, pero, antes de cumplir los diez años, el niño se trasladó con sus padres a Sampedro, que acertaba la distancia a Medellín casi en la mitad y de donde era autoridad eclesiástica y muy notable residente su tío, el cura Laureano López de Mesa, poseedor de una biblioteca en la que López de Mesa inició sus lecturas y estudios humanísticos. A los 12 años aprendió el alfabeto Morse y, muchacho de aventajadas dotes, se encargó momentáneamente del puesto de telegrafista en Sampedro⁴⁴².

En *Nosotros*⁴⁴³, un libro póstumo del año 2000, el Profesor alude a algunos libros propiedad de su abuelo con los que siendo niño él entró en contacto premonitorio. Eran las *Lecciones de filosofía de la historia* de Hegel, los *Discursos de Rojas Garrido* y la *Gramática Latina de Caro y Cuervo*. Como si esos autores fueran arcana cifra del porvenir intelectual de López de Mesa, bien puede uno asociarlos presagiosamente a su trayectoria: Hegel es, en efecto, la pauta del trabajo en filosofía de López de Mesa, al que poquísimos, si alguno hasta ahora, ha prestado atención debida ni en

440 Luis López de Mesa, *Análisis e interpretación del pueblo antioqueño*. En Luis López de Mesa (1963), *Páginas Escogidas*. Medellín: Universidad de Antioquia. P.227.

441 Ver Francisco Velásquez *et al. op. cit.* P.21.

442 La telegrafía en el siglo XIX y hasta fines de los años 50 era una notable ocupación en la Colombia rural–aldeana de la época. Había en los pueblos una autoridad civil: el alcalde o el inspector de policía, rodeado de su correspondiente puñado de policías locales. Había una autoridad religiosa con un gran prestigio y poder moral e intelectual y a menudo económico: el cura; y había una autoridad o instancia técnico–administrativa: el telegrafista. Completan el cuadro de notables: el médico y el maestro de escuela. El telegrafista era el contacto con el mundo exterior, el administrador de las comunicaciones externas por carta y por telegrama y, ya en el siglo XX, por un pintoresco servicio de telefonía. El saber del telegrafista era un saber exótico y claramente moderno. Tal vez esto atrajo al niño López de Mesa hacia el manipulador, el magneto, el conmutador con sus clavijas y la caja de pilas voltaicas líquidas en recipientes de vidrio del tamaño de grandes floreros cilíndricos, que constituían el aparataje de una pueblerina oficina de telégrafos. Hay varios casos en que la telegrafía está ligada a la labor de escritor en Colombia. A más de López de Mesa, fueron telegrafistas el padre de García Márquez y el padre de Gonzalo Arango.

443 Luis López de Mesa (2000), *Nosotros*. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia.

bien ni en mal⁴⁴⁴. Caro, por otra parte, es la fuente de la vena humanista, letrada, literaria, filológica, todo ello vinculado coincidentalmente a la política. Rojas Garrido, en fin, es símbolo del destino liberal, uncido al Partido Liberal colombiano, de López de Mesa. No habiendo sido el Profesor, ciertamente, nada radical, como lo fuera el elocuente Rojas Garrido, pero sí siempre liberal en el contexto político colombiano.

Es probable, en otra arista de la biografía, que todos acabemos componiendo una familia ideal, esta sí elegida, con elementos de nuestros consanguíneos en su amplia y dispersa gama. Acabamos operando una selección de nuestros modelos de vida entresacados del árbol familiar conforme a inclinaciones, afinidades y apetencias propias. Así, arriba, en lo alto de ese nicho ideal de consanguíneos, para López de Mesa estaban sus abuelos paternos Don Gregorio López de Mesa, exseminarista de Rionegro y Mrs. Helen Enthwistle de López de Mesa, inglesa extraviada en los riscos de Antioquia, como vimos antes. Por otro lado hallamos aquí a sus dos tíos curas: Laureano, el cura de Sampedro y Manuel Antonio López de Mesa, que acabó nada menos que de Obispo, hijos los dos de la inglesa y el exseminarista. En este cuarteto idealizado sembró el profesor su orgullo familiar que acabó completando con genealogías de talante feudal que lo llevaron a decir que su madre se emparentaba con el Cid Campeador! Perdonable veleidad de todas las élites de esta tierra mestiza en la medida en que fueran capaces de apuntalar con fantasías, o zurcir con trucos, los flojos hilos de sus dudosas genealogías.

El apellido López de Mesa se limitó en el siglo XIX, para la mayoría de la familia, simplemente a: Mesa. Y de niño y de joven, al menos hasta 1905 (contaba 21 años), López de Mesa se identificó escuetamente como Luis Eduardo Mesa⁴⁴⁵. Pero los tíos curas insistían en la resonancia aristocrática del compuesto López de Mesa y nuestro héroe acabó siguiendo esta pauta. Los padres de López de Mesa se llamaban Bartolomé y Virginia Gómez Posada⁴⁴⁶. Se cansó el niño Luis Eduardo del bajo nivel de la escuela o no la juzgaron sus padres digna del niño –lo que también ocurría en esos tiempos discriminatorios– así que Luis Eduardo se quedó como autodidacta

444 La antología titulada *La filosofía en Colombia (Siglo XX)* (compilada por Rubén Sierra Mejía (1985). Bogotá: Procultura), no lo destaca, aunque lo menciona, en el prólogo, tachándolo de “escasos conocimientos [...] ingenuidad en la apreciación de doctrinas filosóficas contemporáneas” (P.10). Personalmente veo más audacia por mor de la originalidad que mera ingenuidad. Hice alusión a la tesis del Número como génesis cosmológica –que el Profesor de Donmatías consideraba su legado filosófico– en mi estudio anterior sobre López de Mesa: Ver Carlos Uribe Celis (1985), Luis López de Mesa, *Aproximación crítica a su obra*. En: Francisco Velásquez *et al.*, *op. cit.* P.173–293.

445 Ver J. Gutiérrez Villegas, *op. cit.* P.18.

446 Hubo más hermanos de Luis y primos suyos. Los descendientes de estos perpetúan hoy entre nosotros el sonoro apellido del Profesor.

hasta los 17 años, edad en la que había de ser ya un pequeño humanista formado en la biblioteca del cura y otros libros que el se proveería. A los 18 años se matricula en el Bachillerato de la Universidad de Antioquia de donde pronto emigra al vecino Bachillerato de los Jesuitas de Medellín y, ya muy señor y formado, se gradúa a los 21 años con tesis y todo: un *paper* sobre los conceptos aristotélicos de Materia y Forma, en la vena genuinamente escolástica de la muy típica educación colombiana del siglo XIX que extiende largamente sus sombras hasta el XX.

Pero a esta escolástica de los “antiguos” haría él Profesor objeto de sus combates ideológicos posteriores, como un bravo soldado de los “modernos”, es decir, del positivismo, del evolucionismo y del movimiento ingente y avasallador de la ciencia del siglo XIX y primera mitad del siglo XX, de la que el trata de mantenerse vastamente informado, como medusa de muchas cabezas y hecatónquiro de muchas manos, en un país de mancos, sin librerías, sin bibliotecas, con interlocutores parciales y, de contera: demasiados púlpitos, demasiados dogmas y una avalancha de anatemas todavía.

Poco antes de terminar el bachillerato funda en el colegio una tertulia literaria –arresto normal en un muchacho que se proyecta como hombre de grandes destinos–. La tertulia lleva un nombre ensoñador, muy pertinente también al estilo que dominará la prosa lopezmesiana. Se llama *Aura del Comienzo* y tiene un órgano: *Aura*, escrito a mano en copias varias para la distribución (se imaginan?): “Seréis ‘Aura’ –escribe allí su inspirador– en cuanto seáis serenos y cultos defensores de la idea que encarna este centro bendito. Si amáis la sociedad, sed generosos”⁴⁴⁷.

Ahí está López de Mesa de cuerpo entero ya desde aquella alborada de su vida, desde su “comienzo”: poético, idealista, con pulsión de patria. En el mismo año escribe la “*Elegía de la Ciudad Madre*” a Santafé de Antioquia, que el expresidente López Michelsen confiesa que de niño hubo de aprenderla de memoria como tarea en el Gimnasio Moderno de Bogotá. Al año siguiente gana nuestro personaje un concurso de revista en Medellín con un escrito titulado “Paréntesis Moral”.

Dos años pasó en estas lides literarias sin afanes de educación formal. De 23 años se traslada a Bogotá y empieza a estudiar medicina en la Universidad Nacional. Allí se hallaba cuando sobrevino el famoso 13 de Marzo de 1909, el día en que “sin una gota de sangre” –el énfasis es de él– derrocan la dictadura de Rafael Reyes en Bogotá. López de Mesa pone en esa fecha el comienzo de lo que el llama la “adulterez”

447 Citado por J. Gutiérrez Villegas, *op. cit.* P.18.

republicana de Colombia y su tránsito a la condición de “potencia moral”⁴⁴⁸. Exageraba, sin duda. Pero tal fue el sentimiento de su generación que se reputaba a sí misma partera de una nueva era de la nacionalidad: la de la Paz y la Civilización, la del fin del guerrerismo y la “Barbarie” del siglo XIX. Un movimiento y un partido de la concordia se consolidó en aquella fecha: el Partido Republicano, alumbrado por el antioqueño Carlos E. Restrepo. Y de ese despertar se levanta un famoso grupo humano: la Generación del Centenario. En el Republicanismo militó buena parte de la juventud universitaria de la época. Y otros cuantos liberales a secas, siendo aún jóvenes, como Olaya, Santos y López de Mesa, fueron en un todo devotos del credo republicano.

De entonces data la para ambos definitiva amistad de Santos y López de Mesa signada por una conmovedora generosidad y lealtad de Eduardo Santos, cuatro años menor, hacia López de Mesa: En 1963, como simple muestra, Santos le escribe en una carta a López de Mesa:

“No olvides que eres mi último amigo sobreviviente. Me acuerdo de cuando conversábamos alguna vez en el atrio de la Catedral, cerca de la Capilla del Sagrario, antecitos de principiar los festivales del 13 de Marzo. Hace ya la friolera de 54 años.”⁴⁴⁹

Y tal fue la confianza y sincera entrega amistosa de Santos a López de Mesa que desde Nueva York a donde lo invitaba, le decía en 1959:

“¿Será preciso, mi viejo amigo, que te repita lo que te he dicho? [...] Yo pongo a tu disposición lo que necesites en sencilla cuenta corriente [...] Giras lo que necesitas y quieras y al regresar a Colombia haces la cuenta de cuánto fue. Si los escrúpulos te dominan me escribes una carta para decirme que debes tanto, y lo pagas como, cuando y donde quieras”⁴⁵⁰.

El joven Santos ya era abogado de la Universidad Nacional en 1909 cuando se encontró por primera vez con López de Mesa, quien, lento y reposado en sus comienzos, solo era un estudiante de medicina en el mismo centro. Como representante

448 Hay una suerte de “teoría de las potencias” adscribibles a la nacionalidad de Colombia según López de Mesa en el contexto latinoamericano, un horizonte que no perdía él nunca de vista. Colombia es –dice el– “Potencia Libertadora” de 1810 a 1830; “Potencia Cultural” de 1870 al fin de siglo, los años de la Atenas Suramericana; y “Potencia Moral” desde el 13 de marzo de 1909 (fecha clave a su juicio como se deja ver en este ensayo). Todo se va a la cloaca –a su juicio– el 9 de abril de 1948.

449 Citado por J. Gutiérrez Villegas, *op. cit.* P.247.

450 Citado por J. Gutiérrez Villegas, *op. cit.* P.212.

de los estudiantes de su Facultad el joven antioqueño figura prominentemente en el Primer Congreso de Estudiantes de la Gran Colombia reunido en Bogotá. Se graduará finalmente en 1912 con una tesis llamada “Definición de artrismo”. Cambiará pronto, sin embargo de especialidad. Motivado, pienso yo, por sus aspiraciones literarias: se dedicará a la psiquiatría y a la psicología. Se enrola como profesor de medicina en la Universidad Nacional y empieza a trabajar como médico en la Clínica de Marly establecida hacía poco por el doctor Carlos Esguerra, hijo del patricio liberal Nicolás Esguerra. En 1915 López de Mesa funda la revista mensual *Cultura* que tendrá vida de cuatro años. En 1916 viaja a Estados Unidos por un año con una beca del Ministerio de Instrucción Pública. Entonces visita la escuela de psiquiatría de Harvard y hospitales de Nueva Inglaterra. A su regreso es elegido Representante a la Cámara por el partido liberal (1917) y Concejal de Bogotá (1917–1919), muy seguramente por influjo de Santos, cuyo ascendiente político ya era importante.

En 1918 publica su “opera prima”: *El libro de los Apólogos*, de la que hizo años después una lujosísima edición en París. Los *Apólogos* son breves narraciones de filosófico sabor antiguo u oriental con una lección de sabiduría sobre la vida, sobre el conocimiento, sobre el amor y hasta sobre el mundo moderno cuyo fin pronostica:

“Pasado este ciclo de progreso industrial vendrá otro de progreso espiritual”⁴⁵¹.

En 1918 viaja por primera vez a Inglaterra cuyos pueblitos (*small towns*) se convierten en el modelo para su proyecto de “Cultura Aldeana”, ya entrevisto en 1920. En este año organiza las Conferencias sobre la Raza que son parte del ideario de los años 20 extendidas por todo el decenio con participación de varios notables de la época como el médico Miguel Jiménez López, Lucas Caballero, Laureano Gómez y el propio López de Mesa⁴⁵², quien en su charla de 1920 asevera:

“Vosotros habéis abierto una inquisición sobre la raza como sangre, yo la he extendido a la raza como espíritu y como nacionalidad”⁴⁵³,

sin abandonar completamente, no obstante, el tono racista de todo este ciclo, tan “natural” y explicable en el momento en que se produjo. Los años 20 son años de fuerte producción intelectual en la vida de nuestro biografiado: *lola* (1920), una tenue literatura sobre 11 tenues mujeres idealizadas con reminiscencias clasicistas.

451 Luis López de Mesa (1969), *El libro de los Apólogos*. Medellín: Bedout. P.165.

452 Ver Carlos Uribe Celis (1991), *Los años 20 en Colombia* (Segunda edición) Bogotá. P.40–41. En 2020 fue publicada la Tercera Edición Ampliada de este libro.

453 Luis López de Mesa et al. (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá: Biblioteca de Cultura. P.138.

Civilización contemporánea (1926), publicada en París como se estilaba en la época. (Con ello López de Mesa se posicionaba como un intelectual latinoamericano). Este libro es una pesimista mirada sociológica del mundo industrial con añoranzas de la época heroica que se había desvanecido. Lamenta el “reemplazo de una moral heroica [la del siglo XIX] por una moral de eunucos tornadizos [la del siglo XX]”⁴⁵⁴.

También ve la luz en ese decenio *La Tragedia de Nilse* (1928). Aquí López de Mesa, a quien tanto se le fustiga –razonablemente– como novelista, nos da una obra que tal vez sea su mejor realización en el género. Su estilo esmerado, esteticista, de intención preciosista, sin innovaciones, pero con primor de dicción, se deja leer con cierto gusto. *Biografía de Gloria Etzel* (1929), obra filosófica, reflexiva, poco novelesca, con atractivas “sabidurías”, no siempre feministas, sobre las mujeres⁴⁵⁵. E *Introducción a la historia de la cultura* (1930), que merece un tratamiento especial (ver *infra*). Unos años después aparece *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934). Desde nuestro punto de vista la más armónica, sociológica y valiosa de sus obras.

En 1934 López de Mesa cumple 50 años. Qué balance podría hacer él de su vida? Laborioso trabajo con tesón de hormiga: paciente, calculado –yo diría– y persistente en la construcción de una imagen de intelectual y pensador de la emergente nación colombiana. Hasta sus 40 años, López de Mesa quiere abrirse un camino como literato de la subjetividad, de la penetración psicológica al estilo de Paul Bourget (1852–1935) y de conservadores franceses como Maurice Barrés. Ellos son las luminarias de la época⁴⁵⁶. Había relegado el romanticismo y el costumbrismo, como reliquias del ayer. Derivó naturalmente hacia el esteticismo estilo Oscar Wild. López de Mesa se veía a sí mismo con las dotes para triunfar allí: psicólogo de vocación y proyectado tallador de joyas literarias, formado en un paciente taller de estudio del idioma. Pero Latinoamérica no era Europa y él no era Bourget ni Barrés ni Wild. Lo intentó de nuevo hasta convencerse a contrapelo de que ese no era su camino. En 1926 resuelve incursionar en el ensayo: publica –otra vez en prensa parisina– *Civilización Contemporánea*. Colombia necesitaba ese tipo de intelectual en su avance hacia la modernización: adopta entonces la sociología como programa. Sociología (y filosofía) de la historia nacional, por un lado, y pretendida sociología positivista y

454 Luis López de Mesa (1963), *Páginas escogidas*, op. cit. P.48.

455 El propio López de Mesa hace autocrítica de sus novelas y ensayos puramente literarios en 1934. Ver Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*. Bogotá: Librería Colombiana. P.201. Ver también Luis López de Mesa (1942), *Historia de la Cancillería de San Carlos* (Vol.I). Bogotá: Imprenta del Estado Mayor General. P.431.

456 Ver Carlos Uribe Celis (2020) *Los años 20 en Colombia*. Siglo XX (Tercera Edición Ampliada). Bogotá: Ediciones Aurora.

evolucionista de la ciencia y del hombre en sentido universal, por otro. Un logro la primera, muy discutible la segunda.

Lector en cuatro o cinco idiomas, y estudioso por temperamento, depone sobre sus hombros la misión de actualizar a Colombia para que los temas que interesaban al hombre de hoy (años 20 y 30) en Europa y en Estados Unidos no nos cogieran desapercibidos y mal preparados. Su mejor logro, a la distancia desde la que lo juzgamos ahora, son sus trabajos de historia nacional. La diferencia selectiva de su producto es el criterio de un *connoisseur*, a caballo entre el país independiente –el de la gesta libertadora– y su anhelada consolidación (frustránea, por lo demás), de un lado, y el país capitalista de la mano o del cabestro de los Estados Unidos, de otro. El atractivo de su mercancía es el valor literario de sus penetraciones, de sus *insights*, en la más artística versión de la sociología comprensiva weberiana a la que López de Mesa llega sin estudiarla, aunque no la ignore absolutamente.

Gozamos, pues, aquí de un historiador con una clara idea de los hechos que narra, con un sólido juicio, independientemente del sentido o la relativa “verdad” de su relato. La verdad es un punto de vista, como enseñó Nietzsche. Lo más asombroso –pero no lo mejor– de lo que nos dejó López de Mesa, hay que reconocerlo, es la responsabilidad de su divulgacionismo científico que en 1939 (*Disertación sociológica*) presenta los mejores avances de la antropología, la teoría de la evolución, y hasta la cosmofísica no con sello de especialista ni con un trabajo original (ni falta que hace ser en todo original para ser útil), pero sí como la más seria exposición para el consumo de una nación, por desgracia sin la formación suficiente para asimilar ese conocimiento. Solo ahora, tal vez, en nuestros días, un buen número de colombianos estarían listos a leer con provecho los textos de la *Disertación sociológica* y de *Nosotros y la Esfinge* (1947), aunque ya estos textos se resientan de obsolescencias científicas y de hallazgos superados. A mí me sorprende su grado de actualización para la época y lo circunstancialmente revolucionario de tantas teorías puestas intempestivamente a circular en un país envuelto en las brumas del dogma.

En 1934 López de Mesa llega finalmente a la meta del reconocimiento nacional, cumplidos los 50 años de su edad. Es distinguido entonces como ministro de Educación de López Pumarejo –una diferencia de criterios con el Presidente abrevia a un solo año su ministerio– y luego en 1938 será, con mayor satisfacción personal, ministro de Relaciones Exteriores o Canciller, como se decía entonces, de su leal amigo Eduardo Santos. Pocos ministros con una preparación tan acreditable como la de López de Mesa en Colombia! Fue capaz de legar también como político una obra importante que no se ha justipreciado adecuadamente, solo quizás porque no obtuvo la presi-

dencia –aunque alcanzó a ser postulado para la candidatura presidencial en 1942– y este país tiende a ser simple, si no simplista, en las valoraciones de sus hombres.

El periplo político de López de Mesa concluye en 1948, aunque muera dos decenios más tarde. Pero para el y para la gente como el –los sobrevivientes del Republica-nismo– los que tenían 20 años o casi en 1910 (como Eduardo Santos), esta época de paz relativa y avances en muchos campos, fue estrepitosamente cancelada el 9 de Abril de 1948. Lo que sigue es distante expectación carente de expectativas. Las esperanzas de una generación habían cumplido su ciclo. Porque López de Mesa –y su generación– es optimista sobre Colombia en 1920, ya pesimista en 1944 y casi nihilista en el fondo de su ser después de 1948⁴⁵⁷.

Resta pincelar en este breve retrato rasgos peculiares de su personalidad, como su porte, su continente, su opción de vida y su obsesión por el estilo inglés en la existencia del pequeño burgués pueblerino. Era, en efecto, un hombre alto, de rubio cabello y azules ojos como los de su abuela, circunspecto y elegante como un caballero londinense –pero a la “cachaca”– con su sombrero Barbisio, su elegante traje de corbata, cuello almidonado, mancornas, paraguas, sobretodo de pelo de camello o gabardina y demás “cachaquerías” de rigor. Así se lo vería pasar en los años 50 camino a su casa de la calle 24 con carrera 13 en Bogotá. No se casó ni tuvo hijos. Había en el un trasunto de victorianismo y ante todo un ascetismo consciente y valerosamente elegido en aras de la construcción de una obra que le permitiera perpetuarse. El matrimonio era una pérdida de tiempo, no vital, pero sí diario, en el cómputo horario de mañana a noche y de noche a madrugada. La responsabilidad de los hijos la juzgaba una interferencia más. El lo tenía claro y lo expresó con literatura, como todo lo suyo:

“Si Beatriz Portinari le hubiera dado a Dante cada año un “piccolo” Ali-ghieri, la *Divina Comedia* no existiría. El secreto de amor consiste en que la mujer sepa permanecer distante y presente a un mismo tiempo [...] pues ya sabemos que con brazas de amor se hacen los incendios del canto”⁴⁵⁸.

457 Muestras de estas actitudes las hallará el lector en Luis López de Mesa *et al.* (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*, *op. cit.* Ver también Luis López de Mesa (1944), *Posibles nuevos rumbos de la economía colombiana*. Bogotá: Imprenta Nacional; y Luis López de Mesa (2000), *Nosotros*, *op. cit.* A algunos los invade el pesimismo o el escepticismo aún más tempranamente. Eduardo Santos, por ejemplo, afirma con nostalgia en una carta precisamente a su amigo López de Mesa: “Después de 1928 han venido sobre la humanidad tan gigantescos cambios en todos los órdenes, en todos los pueblos, para todos los hombres que ya nada es como fue antes” [Carta de 24 de febrero de 1962, citada por Javier Gutiérrez Villegas, *op. cit.* P.232].

458 Luis López de Mesa. Discurso en el centenario del nacimiento de Don Miguel Antonio Caro. En Luis López de Mesa (1945), *Oraciones panegíricas*, *op. cit.* Ps.337–338.

En cuanto a su gusto por lo inglés, le viene del orgullo de tener una abuela inglesa y de considerar a Inglaterra como su segunda madre patria. El orden, la pulcritud y la belleza de la naturaleza civilizada en la gran isla británica le hizo concebir el exótico propósito de convertir a Colombia en una segunda Inglaterra. Obviamente no tuvo éxito, aunque lo intentó con tozuda y manchega nobleza desde sus posiciones de poder.

&

Lo que el país que el confrontó reconoció clara y categóricamente en López de Mesa como acciones de trascendencia histórica situada y como legado o marca intelectual inconfundible fueron estos cuatro asuntos: Uno, su proyecto de Cultura Aldeana. Dos, su definitiva participación, intelectual y diplomática, en la definición de límites con Venezuela, acción que se consolidó con el tratado López de Mesa–Gil Borges (1941) (que corrigió y completó el Tratado Suárez–Lozada de 1916). Tres, su acertada definición sociológica de Colombia como “Civilización de Vertiente”, retomada por Luis Eduardo Nieto Arteta un decenio después. Y, cuatro, su erudición magisterial que responde por el antonomásico nombre de “Profesor” con que fue distinguido, aunada aquella a un barroquismo estilístico –no ayuno de poesía– que condujo a caricaturizaciones graciosas como aquella de su supuesta definición de Colombia en elecciones como: “verborrágica, camorrista y telegramista”!

Corta es la memoria de los pueblos y por ello solo nos parece ver destacarse cuatro puntos, pero muchos más emergen a la luz del escrutinio juicioso de esta obra. Daremos una breve atención a esta somera selección:

La “Cultura Aldeana”, para empezar, es el nombre que López de Mesa quiso darle a su programa bandera de educación cuando llegó a ser ministro del ramo en el gobierno de López Pumarejo en 1934. Había un aura de revolución (“revolución en marcha”) en torno a este proyecto educativo. El presupuesto de la educación se sextuplicó durante el régimen de la “Revolución en Marcha” –lo que es espectacular– y se acercó al ideal lopezmesiano de que el presupuesto de la guerra (hoy la llaman simuladoramente “defensa”) fuera inferior al de educación en tiempos de paz! El Proyecto Aldeano venía siendo pregonado por López de Mesa desde 1920 al menos, que sepamos, en su Conferencia sobre la Raza donde habla de las “cartillas”, un componente importante de la Cultura Aldeana:

“Volví con un proyecto de cartillas para la educación popular. El gobierno no tendría nada que hacer, yo las conseguiría de especialistas en la industria, la pedagogía, la

sociología y aun de la moral y la religión católicas. Muda cara me pusieron. Entonces suprimí las del proyecto en que figuraba mi nombre”⁴⁵⁹

Como he observado en otro lugar⁴⁶⁰, el programa se llamó “aldeano” porque partía de la comprobación de que Colombia era un país rural, aunque en proceso de transformación, una transformación problemática a los ojos del ministro por sus secuelas de inmigración descontrolada campo-ciudad, marginalidad, hacinamientos, hampa y urbanización anárquica. En cambio, se aspiraba con la Cultura Aldeana a mantener la estructura básica de los campos y sobre todo de los conglomerados entre 500 y 5000 habitantes. Había que hacerlos amables y “alegres”, según el Profesor-ministro.

El modelo de estas nuevas “alegres” aldeas colombianas era –ya lo vimos– los *towns* de la ordenada campiña británica. A todos los pueblitos arribaba el tren (en Inglaterra, y habría de hacerlo tarde o temprano en Colombia) y en cada uno de ellos, primorosamente dispuestos, habría un parque, un camellón, paseo o alameda o pequeño *boulevard* con árboles para caminar y platicar en el. Se preveía una casa de la cultura con sala de proyección de cine. (El cine para López de Mesa es un estupendo recurso educativo). También habría campo deportivo y piscina. Se estimularía a la juventud a crear un periódico local que transmitiera la vida cosmopolita, ojalá también una revista y, con el tiempo, una emisora radial. (López de Mesa inventa la educación de escuelas radiofónicas aunque ella solo se hace real quince años después con las Escuelas Radiofónicas de Radio Sutatensa, por obra en manos de un clérigo, Monseñor Joaquín Salcedo.

Completaba el cuadro de la Cultura Aldeana una biblioteca de 200 ejemplares y una serie de cartillas al estilo “Hágalo usted mismo” (el popular método gringo) sobre construcción de casas campesinas (“alquerías”, decía el Profesor), establos, técnicas de cultivo y de ganadería moderna, civismo, salud básica, “Nociones de puericultura”, “Corrección del lenguaje” etcétera. Finalmente, cada pueblo contaría con un pequeño equipo de profesionales: un médico, un dentista, un inspector escolar, un abogado de pobres, un arquitecto urbanista, un pedagogo y un sociólogo. Este último se encargaría de relatar informes de observación social con descripción del espacio físico y analítica recensión de los rasgos y problemas sociales y culturales de la aldea.

459 Luis López de Mesa et al. (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*, op. cit. P.141.

460 Carlos Uribe Celis, Luis López de Mesa, *Aproximación crítica a su obra*. En Francisco Velásquez et al., op. cit.

Este sueño pudo hacerse realidad. Tal vez lo único visible en nuestros días, el único vestigio supérstite, son los restos de la colección de colecciones de 200 libros para cada aldea. Yo tengo una veintena de ellos, todos de autores colombianos, pues, en lo proyectado, cien títulos correspondían a autores extranjeros y cien a colombianos. Los extranjeros serían de prensa extranjera, hasta donde he podido ver. Los colombianos fueron impresos con el nombre de Colección Samper Ortega en simpático formato de 5x3.5 pulgadas⁴⁶¹. Pero las colecciones no llegaron más que a mordiscos a los pueblos. Se extraviaron en bibliotecas privadas de curas, alcaldes y avivatos municipales.

Visto en perspectiva el proyecto de la Cultura Aldeana deja escapar un cierto tufo reaccionario. ¿Cómo detener el proceso natural del capitalismo: la urbanización, la proletarización del campesinado? ¡Pero repensemos! ¿Es que todo lo reaccionario es malo o indeseable? Es que, ¿acaso, el siglo XX, al final de él, no acabó por creer que la ideología del progreso fue en últimas, una superchería? ¿Que lo verde y el bosque, el medio ambiente, Gaia, los Verdes, valen más que las fáusticos templos del progreso? Y que ¿“todo lo sólido se desvanece en el aire”?

El segundo legado nacionalmente reconocido de López de Mesa fue el tratado diplomático López de Mesa–Gil Borges de 1941. Este tratado solucionó definitivamente la demarcación de límites terrestres con Venezuela y fue visto como un logro personal del ministro López de Mesa, esta vez encargado de las Relaciones Exteriores en el gobierno de su gran amigo Eduardo Santos. López de Mesa echó mano de su propio conocimiento de la geografía y la historia nacionales –que era a todas luces excepcional– y con la ayuda de la aerofotografía encomendada a especialistas propuso una sabia solución (ubicación del llamado “rio Intermedio”) del diferendo limítrofe. El país lo reconoció y le agradeció⁴⁶².

En tercer lugar, en el plano intelectual es perdurable la definición del desarrollo de Colombia como “Civilización de vertiente” que López de Mesa acuña en su obra cumbre: *De cómo se ha formado la nación colombiana*.

“El hecho dominante en la economía nacional es que esta república tiene una civilización de vertiente [...]: laderas y valles comprendidos entre los quinientos y mil ochocientos metros de altura sobre el nivel del mar [...] donde la agricultura rinde rápidas cosechas y no está poblado el am-

461 Las listas completas de libros extranjeros, cartillas y de la Colección Samper Ortega se hallan en la Memoria del Ministerio de Educación de 1935.

462 Para un informe más preciso de los trabajos de delimitación, ver: Luis López de Mesa (1942), *Historia de la cancillería de San Carlos*, op. cit. P.435–453.

biente de tantos peligros para la vida del trabajador; donde se produce el plátano, ese maná que salvó la estirpe en su lucha a muerte con el aislamiento [..., el] Maíz [..., la] yuca [...], el tabaco [...], las frutas [no menciona aquí el café –CUC].⁴⁶³

Después, en 1941, en su muy laborioso y logrado *Economía y Cultura en la Historia de Colombia*, Luis Eduardo Nieto Arteta se apropiará de este concepto de López de Mesa para emplearlo como clave del desarrollo económico nacional moderno⁴⁶⁴. Lo mismo vale para el otro brevísimo estudio de Nieto Arteta sobre el café: *El café en la sociedad colombiana*, que justamente comienza (en su tercera frase) diciendo: “El territorio colombiano es un territorio de vertientes”⁴⁶⁵. La perspectiva, la penetración “comprensiva” de los estudios históricos de Colombia hechos por López de Mesa es de un gran valor. Rescatarlos debería ser una tarea de los educadores de hoy. Su idea de la vertiente viene simplemente como un símbolo de lo mucho utilizable y válido que queda en esta parcela de su obra.

Del cuarto punto ya se dijo y se dirá más adelante. El barroquismo lopezmesiano es, me parece, un problema de sabor y de tiempo. ¡Cuando se aprende a comerlo se disfruta!

&

En una historia del pensamiento colombiano en el siglo XX quizás habría que dedicar un capítulo a los “pensadores”. Pero ¿qué es un “pensador”? Una respuesta corta y pragmática es que pensador es todo aquel que no es lo que los otros son: En esa historia habrá políticos, literatos o críticos, periodistas y especialistas de las disciplinas humanísticas: economistas, antropólogos, historiadores, educadores, en fin. Y bien, López de Mesa no casa precisamente en ninguna de estas categorías. El gustaba de presentarse como sociólogo, pero su identidad en esta disciplina y en la concepción ortodoxa actual del término resulta también ambigua⁴⁶⁶. Lo que, en contraprestación, puedo decir, es que su obra responde a ese imperativo oído en ciertos ámbitos cultos del país respecto de la inevitabilidad y de la urgencia de “pensar el país”. Nuestro personaje vivió para pensar el país, por decisión personal

463 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. Ps.29–31.

464 Ver Luis Eduardo Nieto Arteta (1970), *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Medellín: Editorial La Oveja Negra. P.119.

465 Luis Eduardo Nieto Arteta (1971), *El café en la sociedad colombiana*, Bogotá: Ediciones La Soga al Cuello. P.7.

466 Ver mis consideraciones sobre el particular en Carlos Uribe Celis (1985), Luis López de Mesa, aproximación crítica a su obra, op. cit. Ps.191–231. El texto pertinente se reproduce con algunas modificaciones en este libro.

y por fidelidad a la generación a la que perteneció: la del Republicanismo, llamada también Generación del Centenario.

En este marco, López de Mesa es hasta 1948 –es decir, hasta el final de su actuar político– un hombre mayoritariamente optimista o básicamente esperanzado. Nadie suscribiría hoy sus definiciones del país como “potencia moral”, como paradigma latinoamericano de juridicidad, idealismo y romanticismo⁴⁶⁷, como modelo de democracia y moderación⁴⁶⁸. La idea de los Centenaristas –que López de Mesa exalta modelarmente– es que el 13 de Marzo

de 1909, Colombia, mediante un “golpe de opinión”⁴⁶⁹, con el apoyo de la juventud universitaria, y sin verter “una gota de sangre” puso fin a un siglo de guerras e inició al país en la “adulterez” política, la democracia verdadera, la paz fecunda y otras bellezas! Sobre esta base fue misión y empeño de esa generación la “construcción de la nación”. Sus hombres son los caballeros del *Nationbildung* colombiano. Uno de los jóvenes oradores del 13 de marzo: Olaya Herrera, acabó siendo el primer presidente de la República liberal, que hay que tomar como madura poma del lozano árbol republicano. Eduardo Santos, López Pumarejo y López de Mesa fueron apenas flores esbeltas de esa pródiga botánica centenarista. La misión de construir la nación impregnó de pedagogía la obra de estos capitanes. A Sanín Cano, a López de Mesa se les endilga didactismo. Y no hay desvío en ese juicio, pues enseñar era parte de su credo. No solo “pensaban” el país sino que lo “sentían”. Eran patriotas de corazón:

“Confiemos –dice el Profesor– en que ese gentilísimo sentimiento de patria se ampliará en nueva magnitud y adecuación nueva, similarmente retributiva y perdurable”⁴⁷⁰.

De los colombianos de esa época ya ida, López de Mesa dirá en 1963 que “tenían patria y no puestos públicos. Eran hombres”⁴⁷¹. Hombres honrados. No a ellos se aplica la escéptica frase de Borges de que “ser colombiano” “es un acto de fe”⁴⁷². No. Para ellos la de colombiano era una profesión, la mejor ocupación de su

467 Ver Luis López de Mesa (1955), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*. Bogotá: Academia colombiana de la Historia. P.188.

468 Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. P.25.

469 Se atribuye ligeramente a Darío Echandía la frase “golpe de opinión”. En realidad, la inventó Carlos E Restrepo en 1909 cuando desde Medellín se enteró de la renuncia de Reyes: “Es un golpe de Estado que se basa en un golpe de opinión”, dijo en aquella oportunidad. Citado por Javier Gutiérrez Villegas, op. cit. P.25.

470 L. López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. p.88.

471 L. López de Mesa (2000), *Nosotros*, op. cit. P.61.

472 Jorge Luis Borges, Ulrica. En Jorge Luis Borges (1975), *El libro de arena*. Buenos Aires: Emecé. P.27.

existencia. El Profesor hace suyos los pronunciamientos de F.J. Zaldúa (presidente de Colombia en 1882) y de José Félix de Restrepo (1760–1832). Zaldúa dijo a propósito de la disputa, o pleito, de límites con Venezuela: “El presidente, como jefe de la nación, sentiría menos por su parte la pérdida total o parcial del pleito que el sonrojo de que la república se viera expuesta a rectificaciones o confrontaciones que pusieran en duda la lealtad de su palabra y su proceder”⁴⁷³. A Félix de Restrepo se le atribuyen estas palabras: “Si es necesario cometer una injusticia para que el universo no se trastorne, deja que el universo se trastorne”⁴⁷⁴. Pasado el tiempo –y sintiendo ya también pasado *su* tiempo–, una vez más deja escapar el Profesor añoranzas de pretéritas épocas en que la palabra empeñada era la única fiducia, la única fuente de confianza. Así lo evoca en su *Análisis e interpretación del pueblo antioqueño* donde recuerda al protobanquero pueblerino al que bastaba una anotación en lápiz en cualquier hojilla de papel a modo de recibo de consignación: “Me dejates a guardar cuatro onzas” o “Me entregates diez patacones”⁴⁷⁵. Pero la modernidad, o la *Civilización Contemporánea*, ha mancillado esa ética, ha remplazado, como lo referimos antes, la “moral heroica” por “una moral de eunucos tornadizos”

Tal el credo de estos campeones del ideal. Ideal, Moral⁴⁷⁶, Espíritu, son conceptos recurrentes en la obra de nuestro pensador:

“la sociedad es la primera fuente del espíritu y [...] la historia es la primera fuente de creación de ese espíritu”

–escribe en *Nosotros y la esfinge*⁴⁷⁷– con claro acento hegeliano. Como partícipe de la Novena Conferencia Panamericana de Bogotá en 1948 –barrida por la catástrofe del Bogotazo– López de Mesa propuso añadir una coda de Deberes a los Derechos del Hombre y el primero de esos deberes se enunció como “Deber ante el Espíritu”, porque el Espíritu es “finalidad suprema de la existencia y su máxima categoría”⁴⁷⁸. La propuesta no fue acogida. Y fueron muchas sus propuestas no acogidas, algunas

473 Citado por López de Mesa (1955), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, op. cit. P.188.

474 Citado por L. López de Mesa (1963), *Páginas Escogidas*, op. cit. P.243.

475 Luis López de Mesa (1963), *Análisis e interpretación del pueblo antioqueño*, op. cit., p.249.

476 López de Mesa suele hablar de la “Acción Moral” para referirse a las actuaciones políticas basadas en la razonabilidad, en la imposición por la contundencia de los argumentos, en las acciones pacíficas. El modelo de la Acción Moral para él fue el movimiento del 13 de marzo de 1909 cuando El presidente Rafael Reyes fue derrocado (técnicamente renunció a la presidencia) sin derramar “una gota de sangre”. En adelante –y, una vez más, hasta 1948– Colombia sería –para López de Mesa– un paradigma continental de “Acción Moral”.

477 Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. P.82.

478 Ver Luis López de Mesa (1955), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, op. cit.

realmente peculiares y hasta “bizarras”. No importa. Quijotes ante molinos fueron varios de ellos, y los demás: Sanchos perplejos ante la idealidad de los primeros.

Una parte importante y recurrente de la obra de López de Mesa está dedicada al quehacer filosófico. Claramente se impuso él dejar un aporte filosófico original.

Cabe destacar en esta visión del hombre y su obra un rasgo peculiar de su pensamiento. Gustaba López de Mesa de esquematizar en tríadas, cuatríadas o quintíadas las grandes tesis, generalizaciones o conclusiones de su pensar sobre Colombia, sobre los colombianos o sobre problemas de teoría en ciencia social o de otra clase. Presentamos aquí para ilustración del lector un número de muestras representativas de estos esquemas:

Los pilares del Republicanismo:	Colombia es “Potencia Mora!” por tener:	Determinantes del Carácter Nacional:	Lema de la nueva utopía lopezmesiana:
Ecuanimidad Honestidad Justicia Señorío	Juridicidad Idealidad Romanticismo	Raza Riqueza Tradición	Solidaridad (no Libertad) Armonía (no Igualdad) Equidad (no Fraternidad)
Los cuatro cimientos de la nacionalidad:	Los determinantes de la personalidad:	Las funciones de la familia:	Corrección a Freud
Raza Economía Educación Voluntad	Raza Enfermedad Ambiente físico Economía	Propagación de la Vida Propagación de la Estirpe Propagación de la Riqueza Propagación de la Cultura	(no una Libido, la sexual, sino cuatro Libidos) Libido Sentiendi (sexual) Libido Agendi (de Hacer) Libido Sciendi (de Saber) Libido Imperandi (de Mandar)
La filosofía debería reducirse a cuatro conceptos	Filosofía de la Historia: Las civilizaciones:	Símbolos del imaginario colonial hispánico:	Colombia frente a las naciones imperiales:
Substancia Esencia Existencia Presencia	Europa: Racionalidad Asia: Religión Egipto: Pasión Usa: Voluntad Latinoamérica: Emoción	Religión Rey Oro Sexo (señorial) Orgullo (de raza y estirpe)	Sentimos a España Amamos a Francia Respetamos a Inglaterra Admiramos a USA

¿Qué influencias son adscribibles a este pensamiento? Si se trata de nombrar autores y escuelas susceptibles de compaginar con tesis principales de la obra del Profesor, no es particularmente pesada la tarea, aunque se corran riesgos de imprecisión, de audacia o de injusticia. Lo que no es fácil es encerrar su obra en el cerco de una escuela o circunscribirla a un preciso movimiento intelectual. No solo concurre a varias escuelas o visiones teóricas, sino que en el trayecto de la obra, y en el intento de adscripción que uno quiera hacer de ella, se generan evidentes contradicciones.

En cuanto al primer punto, yo destacaría –a riesgo de esquematizar– cuatro grandes influencias, a saber: el ideario del liberalismo político anglosajón: individualismo burgués, división de poderes y separación Iglesia–Estado. En segundo término: el positivismo cientificista de los siglos XIX y XX. En ter lugar, el evolucionismo biológico. Y en cuarto lugar, último pero no menos determinante: el idealismo hegeliano.

Se le nota un esfuerzo por alejarse de los románticos –que en Colombia están ligados al radicalismo de Rionegro–. Ese “romanticismo gemebundo”, así lo adjetiva él, le inspiraba censura, igual que rechazaba la irritabilidad y las violencias banderizas de los partidos en el siglo XIX. El fue un pacifista, al punto de que se opuso a la guerra de reparación contra el Perú en 1932, como una voz solitaria y discordante en medio de la indignación general.

López de Mesa es un profeta del triunfo eventual de la cultura latinoamericana, de la “cultura austral” en sus palabras, triunfo que pronostica para el siglo XXI. Sorprendentemente atribuye a los latinoamericanos la cualidad de la “universalidad”⁴⁷⁹, con lo que quiere decir que ellos sintetizan en su raza el Oriente y el Occidente. Su rasgo es, por tanto, el “poder de síntesis”. Colombia, en particular, tiene su papel en ese drama como “síntesis de la síntesis”, una función sugerida por su posición geográfica intermedia entre el norte y el sur (¿determinismo geográfico?). Es claro que Jorge Enrique Rodó está también involucrado en esta mística del destino sublime “espiritual” de las culturas sureñas en contra del “materialismo” de los del norte y en particular del “muy grande y eupéptico amigo Polifemo”, su circunloquio para referirse a los Estados Unidos, frente a los cuales López de Mesa guarda una digna distancia de patria herida por el “arponazo” de Panamá y de patria comprometida, en su hondo sentir, en las búsquedas del Espíritu.

479 “Desde ahora se nos muestra el iberoamericano como primordialmente universal, emotivo e intuitivo, diferente del europeo de mentalidad métrica”, dice López de Mesa en la *Disertación* (Luis López de Mesa ([1939] 1970), *Disertación sociológica. op. cit.* P.137). En otro lugar asevera, esta vez a propósito de Bolívar: “Bolívar fue de esta cepa criolla, aquejada de languidez mental y volitiva, aunque muy sensible, moral y estéticamente” (Luis López de Mesa, *Simón Bolívar y la cultura iberoamericana. En Luis López de Mesa (1945), Oraciones panegíricas, op. cit.* P.73).

Ubicar, adscribir a López de Mesa –observábamos antes– es lo difícil. ¿Positivista-evolucionista al tenor de su formación médica, de su simpatía por el determinismo geográfico y racial? Creemos que sí, pues grande, en efecto, es la fuerza de lo racial en su análisis de los colombianos⁴⁸⁰: si bien es prudente insertar debidamente en el contexto estas afirmaciones, no puede evitarse que al lector de hoy suenen a veces extrañas, por no decir racistas: Al negro lo describe como

“un niño grande. Voluptuoso [...] ríe con los labios, con los ojos, con los pies [...] es] curioso, vanidoso, zalamero, tiene virtudes de fidelidad y buen compañerismo”⁴⁸¹.

De la raza hispánica aconseja huir:

“Veamos en nosotros los defectos de nuestra raza peninsular agravados con mezclas que la pueden hacer inferior aún. Recordemos que España gusta de seguir el plano de la menor resistencia [...] No tiene paciente el cerebro para las síntesis supremas a la manera de Kant, de Newton, de Goethe, de Comte [...] El místico español se anonada en cilicios, en vez de anonadarse en Dios como el nórdico, o de interrogarlo como el ruso y el hebreo. Su poeta se entrega a la naturaleza, en vez de fecundarla con su genio. Huyamos de este mundo”⁴⁸².

Los judíos le parecen astutos y crueles⁴⁸³ y la inmigración judía a la Argentina poco benéfica, pues:

“Las colonias hebreas destinadas al cultivo de los campos en el primer de estos países [Argentina], fueron regresando poco a poco a sus costumbres inveteradas de asimilación de riqueza por el cambio y la

480 Define en un sitio al colombiano como “Pueblo de tipo mongoloide, probablemente originario del norte asiático, de baja estatura, feo de fisonomía, musculatura recia para la marcha y la respiración en la altiplanicie [...] con] inclinación al hurto, a la crueldad, a la cobardía, al embuste, a la bebida embriagante, a la promiscuidad sexual y, probablemente a la mugre”. Pero aún así aclara: “yo me atrevería a creer que, bajo tales defectos, tal vez exagerados por prolongada sujeción y gran pobreza, bullían en su alma gérmenes de elación espiritual” (Luis López de Mesa ([1939] 1970), *Disertación sociológica*, op. cit., P.285). También afirma en este libro: “El colombiano es hospitalario y bondadoso, amante de la cultura y del orden, aunque carece aún de la reciedumbre de una disciplina personal eficiente” (P.414).

481 Luis López de Mesa (1930), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, op. cit. P.24.

482 Luis López de Mesa (1930), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, op. cit. Ps.132–133.

483 Ver Luis López de Mesa (1945), *Simón Bolívar y la cultura iberoamericana*, op. cit. P.10.

usura, por el trueque y el truco, sin arraigar en las actividades de [...] producción y transformación”⁴⁸⁴.

A Jesús y a Pablo los describe como “probablemente ario–semitas”⁴⁸⁵. Del costeño colombiano opina que:

“En el fondo el costeño es un pueblo infantil, un pueblo que no tiene aún organizadas sus reacciones dentro de un canon, pueblo de efusión, pueblo de emoción, pueblo de explosiones”⁴⁸⁶.

Parte de lo que hizo especial a la élite gobernante colombiana hasta la “frustración” del 9–de–Abril, según pensaba al Profesor, fue su “estirpe ibérica y alcornia cultural hispano–romana”⁴⁸⁷. Pero más allá de estos juicios que deben ser tomados *cum grano salis*, prudentemente, en el contexto de una cultura colombiana entonces ampliamente imbuida de parejas actitudes, ocurre en la obra que estudiamos un *Leitmotiv*, un recurrente motivo⁴⁸⁸, que tiene que ver con su prescripción de mezcla de razas. Era una de las fórmulas del desarrollo en la concepción lopezmesiana: Colombia debía promover con urgencia verdadera la inmigración de razas nórdicas: escandinava, alemana y sajona, quizá con predominio de esta última (no olvidar que el Profesor tuvo una abuela inglesa)⁴⁸⁹.

El positivismo y el evolucionismo –con ribetes de determinismo geográfico y racial– parecerían así una buena etiqueta del trabajo de López de Mesa a la luz de libros como *Disertación Sociológica* y una buena parte de *Nosotros y la Esfinge*. Pero marraríamos, si quisiéramos circunscribirlo a estas tendencias. Ya decíamos que López de Mesa valoró en mucho en su fuero interno su reflexión como filósofo. Su tesis principal: la tesis del Número la introdujo en tantas partes, en obras cuyo propósito primordial era diferente de la filosofía, como la historia de Colombia o la misma divulgación de la ciencia natural en los siglos XIX y XX, que uno se siente

484 Luis López de Mesa ([1939] 1970), *Disertación sociológica*, *op. cit.* P.407. Azriel Bibliowics ha sido enfático en señalar que López de Mesa como Canciller durante la Segunda Guerra Mundial se opuso al establecimiento de judíos en nuestro país.

485 Luis López de Mesa, Epítome conceptual, En Luis López de Mesa (1963), *Páginas escogidas*, *op. cit.* P.22.

486 Luis López de Mesa (1935), *Memoria del Ministerio de Educación –1935*. P.162.

487 Luis López de Mesa (2000), *Nosotros*, *op. cit.* P.234.

488 Ver Luis López de Mesa (1930), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, *op. cit.* P.126–127. Ver también Luis López de Mesa (1939), *Carlos V y la muerte*. P.19; Luis López de Mesa (1970), *Disertación sociológica*, *op. cit.* P.408–409; Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, *op. cit.* Ps.96–97.

489 López de Mesa incurre en una prolija apología de los ingleses En *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, *op. cit.* Ps.129–131.

siempre tentado de obviar esas páginas para ir a lo que va. Así ocurre en el *Es-
crutinio sociológico de la historia colombiana, en Carlos V y la muerte* y hasta en la
Disertación. Si López de Mesa regresara y pudiéramos preguntarle ¿cuál de todas
sus originales piezas de labor intelectual es la más valiosa para él?, estoy seguro
que respondería que su metafísica del Número. Es, en efecto, una metafísica de
raigambre netamente idealista⁴⁹⁰.

&

La Tesis del Número dice en síntesis que la esencia de la realidad es el número. El número es la alteridad de la unidad. La unidad es un ser-en-sí. El mundo es el desarrollo del ser-en-sí o el ser-fuera-de-sí. (Todo esto lo sabemos por Hegel). Ahora bien, el número empieza en dos, el uno (lo vimos), como absoluto, no es un número. Pero el uno numérico sí procede del dos. El dos, repetimos, es el primer número. Descendiendo de la metafísica a la ciencia natural, se presenta como argumento de esta tesis el hecho científico de que toda la materia se puede reducir a los elementos de la Tabla de Mendeléiev. El Profesor dice en 1947 que son 92 los elementos. Hoy figuran 118. Da lo mismo. El hecho es que lo que diferencia a los elementos es el número: el número de electrones o de protones: Un átomo de Hidrógeno tiene un electrón y un protón, un átomo de Helio tiene dos electrones y dos protones. El uranio tiene 238 electrones y 238 protones, etc. Solo con variar el número de la misma cosa tenemos sustancias o cualidades diferentes. El número engendra también posición. La alteridad implica número y posición. En la química orgánica o del carbono la posición o los cambios de estructura más el número producen cambios de sustancia. El espacio es número en simultaneidad. El tiempo es número en sucesión. Retornemos: En el principio era la Posibilidad. La posibilidad no es ser ni no-ser, es lo infinito. La posibilidad fuera de sí deviene el Otro y el Otro no es otra cosa que el número. López de Mesa recurre a un juego numérico: $\infty=1/0 = 1 \times 0=0$, donde 0 es no-ser y 1 es “ser” (ser existente), es decir, que en la Posibilidad o ser infinito se congregan el ser y el no-ser, siendo el ser no más que el fuera de sí de aquella. Por otro juego numérico nuestro autor trata de mostrar que el ser revierte al infinito en la fórmula: $1 \times 1/0 = \infty$. Sin dejar pasar que de 1 a 0 hay una serie infinita.

Curiosamente el Cero, el descubrimiento del Cero, resulta para López de Mesa de una importancia trascendental:

490 Puede verse mi breve texto sobre las filosofías de López de Mesa En: Carlos Uribe Celis, Luis López de Mesa (1884–1967). En Enrique Dussel et al. (2011), *El pensamiento filosófico latinoamericano del Caribe y “latino”*. México: Siglo XXI

“tengo para mí que el cero y la lente son las dos etapas supremas en el proceso de la civilización”⁴⁹¹.

La lente alude al descubrimiento del telescopio (1600), pronto revolucionariamente usado por Galileo y del microscopio (Leeuwenhoek, 1632–1723), en el período de la Revolución Científica. El Cero es descrito por López de Mesa como:

“cifra de posición, enigma de la cantidad [...] Es nada y es todo, es enigmático como el espíritu, invisible como el, poderoso como el y surgió asimismo en el Asia soñadora. Uno y otro aspiran a la infinitud”⁴⁹².

Atribuye su descubrimiento a los hindúes y lo ubica en el siglo I de nuestra era. No obstante, historiadores de la matemática como E. T. Bell⁴⁹³ discuten esta procedencia y lo retrotraen a los babilonios e incluso a los Mayas. Pero López de Mesa en perspectiva idealista –y especulativa– asocia el Cero con la expansión mundial del monoteísmo judeo–cristiano en el siglo I y con la idea de un dios infinito, del mismo modo que las lentes se corresponden con el comienzo de la ciencia moderna.

Para terminar: Un atajo nos lleva de la materia a la energía y de esta al pensamiento y al espíritu:

“Las recientes nociones matemáticas –escribe López de Mesa– acerca de los campos de acción, eléctrico, magnético, gravitacional, en fin, han sugerido a muy poderosos pensadores la idea de un campo mental así mismo coherente, que al decir de Alfred North Whitehead es tan de [la] naturaleza como los otros, lo que conduciría a [...] revalidar la frase de [...] Sir Arthur S. Eddington de que el mundo a lo que más se asemeja es a un pensamiento”⁴⁹⁴.

Vemos que hemos llegado al Espíritu: “finalidad suprema de la existencia y su máxima categoría”, como antes se vio que aseveraba el Profesor. Hegelianismo o neopitagorismo⁴⁹⁵ –“ingenuidades”, las llamó alguien– son dos formas de etiquetar este

491 Luis López de Mesa (1947), *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. P.115.

492 Luis López de Mesa (1934), *De cómo se ha formado la nación colombiana*, op. cit. Ps.215–216.

493 Ver E.T. Bell (1996), *Historia de las matemáticas*. México: FCE. P.40.

494 Luis López de Mesa (1955). *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, op. cit. P.21–22.

495 López de Mesa se defiende de esta atribución en *Nosotros y la Esfinge*, op. cit. P.178–179. Los pitagóricos, dice allí consideraban al número como substancia o modelo –arjé– de la substancia. El solo muestra que el número o la acumulación producen nuevas substancias.

desarrollo idealista que nos confunde frente a la índole positivista y materialista-evolucionista de su obra arriba analizada⁴⁹⁶.

Concluamos observando que nuestro autor es enfático sobre la originalidad de su tesis en Colombia, en Latinoamérica, en Occidente y al propio tiempo sobre la necesidad de que nosotros tengamos la audacia de pensar por nosotros mismos:

“En Colombia –afirma– donde fueron expuestas [estas tesis –CUC] no hace mucho tiempo, predomina en las nuevas generaciones –a la par que en toda Iberoamérica– la opinión de que deben atenerse a que filosofen o hayan filosofado los pensadores de la gran cultura occidental, como si un continente de la magnitud del iberoamericano pudiese rehuir los deberes espirituales del razonamiento y declararse en minoridad mental perenne”⁴⁹⁷.

&

Una juiciosa recopilación de Francisco Velásquez de la obra de López de Mesa reporta alrededor de 50 volúmenes, incluidos libros y folletos de publicación independiente, y unos 45 artículos⁴⁹⁸. Dedicaremos unas pocas líneas a un pequeño elenco de ellos que sobresalen en la amplia bibliografía y que no fueron tratados en este propósito más arriba, como ocurrió, por ejemplo, con su obra literaria novelesca que cesó en 1929.

Los discursos de López de Mesa, político tanto como académico –conforme al sino colombiano⁴⁹⁹–, fueron recogidos parcialmente en el libro *Oraciones Panegíricas* (1945). Contemporáneos suyos como López Michelsen, que lo vieron hablar, valoran mucho su oratoria. Gusto yo especialmente del Discurso para el Centenario de Don Miguel Antonio Caro en 1943. Equilibrado, ajustado, crítico, sustancioso alcanza una

496 Para completar el análisis somero de las filosofías de López de Mesa bastaría aquí añadir su idea del Yo no como substancia, al modo cartesiano o aristotélico, sino el Yo como depósito de tareas vitales: “Yo funcional”. Y la idea asociacionista de que no existen continuidades en el yo, pues este es solo una sucesión de momentos escindidos. La unidad supuesta del yo procede de los juicios que yo me hago. Así, cuando digo: –Esto me ha pasado a mí. Entonces, y por esa vía, es que yo acabo creyendo en que mi yo es continuo y unitario, siendo solo sucesivo: una sucesión sectorizada de instantes. Ecos de Hume.

497 Luis López de Mesa (1955), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, op. cit. P.295.

498 Francisco Velásquez *et al.*, op. cit.

499 Nos referimos a esa peculiar ambigüedad de nuestro carácter que el propio López de Mesa expresa biEn: “En [...] Colombia [...] existe enorme inquietud mental que no les permite especializarse, que [...]hace un poeta de cualquier aldeano, filósofo al maestro de escuela, teólogo y dogmático al coadjutor de la parroquia, tribuno y legislador al bachiller adolescente”: Luis. López de Mesa, *La sociedad contemporánea y otros escritos*. En Luis López de Mesa (1963), *Páginas escogidas*, op. cit., p.70.

altura oratoria indisputable. El discurso ante la Conferencia Panamericana de Lima en 1938 propone una “Liga de las Naciones Americanas” que se materializará como la OEA diez años más tarde.

De sus conferencias resaltan las dos sobre la Raza de 1920, ya abordadas, y sus conferencias sobre la Mujer: 1920 y 1945. En 1920 sobre todo, López de Mesa se muestra como caballero de los derechos de la mujer en igualdad con el hombre y propugna por el urgente ascenso de ella a la educación formal. Su antropología de la mujer la muestra plausiblemente como el primer ser humano que tuvo “choza, huerto y muebles” y como la gran Domesticadora, siendo el varón “el primer animal domesticado” por ella. López de Mesa es en su hora una voz masculina casi solitaria en ese campo de reivindicaciones. ¿Por qué será –se pregunta uno– que los dos más grandes tratadistas varones de la mujer en la Colombia de principios de siglo: Vargas Vila y López de Mesa, cada uno a su manera, son ambos precisamente célibes, hasta ser injustamente señalados de misoginia?

El mejor texto sociológico de López de Mesa es *De cómo se ha formado la nación colombiana* (1934)⁵⁰⁰. Su comprensión de la geografía (el territorio), de las grandes fases del desarrollo histórico social, político y cultural, del mosaico de las regiones y las culturas regionales de nuestra nacionalidad y el exquisito lenguaje de muchas descripciones como la de las frutas en el Capítulo Segundo, y hasta el uso pionero de la estadística, son admirables. La *Disertación sociológica* (1939) es una excursión variopinta, y como alucinada, por las ciencias duras y blandas, las artes bellas y humildes, la prehistoria y la historia continental⁵⁰¹ y nacional, y las perlas de alguna inteligente antología de “¿Sabía usted que...?”, pero no es una tonta rapsodia de meras curiosidades. Es conceptuoso, erudito, serio, ilustrado y “*purposeful*” (como dicen los angloparlantes), es decir, orientado hacia algo. Y ese algo es sobre todo la fundamentación científica de un pensamiento social sobre Colombia, a pesar de los sociólogos presentes y futuros! *Nosotros y la esfinge* (1947) es una versión más ordenada y sistemática de la *Disertación* y con más ímpetu filosófico.

500 Y lo menos atendible quizá sea su *Breve disertación sobre nombres y apellidos* (1943) en donde dedicó especulaciones etimológicas –más bien cursis– a los nombres y apellidos de cada uno de los académicos de la Lengua en Colombia, como a Guillermo Valencia, Abadía Méndez, Daniel Samper Ortega, etc.

501 Una curiosidad de esta prehistoria evolutiva de América de autoría lopezmesiana es la afirmación de que la fuerza de la evolución en América es débil respecto de África y Eurasia, lo que se expresa, por ejemplo, en la ausencia de grandes simios, justo la rama evolutiva que desembocó en los homínidos, y en la falta notoria de otros mamíferos como los grandes felinos. Supuestamente, también los animales traídos por los europeos a América después del Descubrimiento se habrían degradado, empujados. Sorprende más todavía verlo decir que “vivimos en un continente de decrepitud notoria desde hace unos cuantos milenios, más acentuada, al parecer, de unos veinte siglos acá” (*Disertación sociológica, op. cit.* P.419).

López de Mesa como historiador de Colombia merece un capítulo aparte. Son productos sobresalientes de tal empresa su *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, su *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, la tercera a séptima parte (o “discursos”) de su *Disertación y ensayos como Bolívar y la cultura iberoamericana* o las piezas oratorias sobre Caro, Santander, Córdoba, Suárez, en fin. Lo para mí más destacable de estos trabajos es que en López de Mesa hay no un recontador machacón de datos históricos sino un intérprete criterioso y juicioso de los momentos de la historia colombiana. Su don poético le permite acercarse a los hombres y sus hazañas con un aliento sociológico–comprensivo que Max Weber, por no ser poeta ni en el trance instantáneo de sus prístinos amores, desconoce.

Dejo a los lectores en muestra el placer de leer los párrafos de la Segunda Jornada del Descubrimiento (Tercer Discurso) de la *Disertación*, el encuentro de Quesada y sus hombres con la selva, y Federman y sus teutones camaradas extasiados ante una puesta del sol en los Llanos colombo–venezolanos en la Tercera Jornada de la misma *Disertación*. O el estudio recóndito de la psique de la nación Muisca en el mismo libro. O –si lo prefieren– el cuadro social del Club Barranquilla en el Capítulo Tercero de *De cómo se ha formado la nación colombiana*. O aún la pintura del paisaje del Valle del Cauca en la misma referencia bibliográfica.

Como historiador intérprete López de Mesa pergeña su esquema de las Seis Frustraciones de la Historia de Colombia⁵⁰² entre las que saltan a la vista: la de la disolución de la Gran Colombia (1826–1836) y el 9–de–abril. Por otra parte nos presenta los Cinco resurgimientos de la Nacionalidad como el del 9 de marzo de 1909 y el fin de la hegemonía conservadora en 1930⁵⁰³. En tercer lugar, ofrece su teoría de las Generaciones⁵⁰⁴ para distinguir los momentos históricos de la cultura colombiana: En este sentido él destaca al menos siete momentos asociados a siete distintas generaciones: La generación Patricia: 1780–1810: Preparó la Independencia, estuvo vinculada a la Expedición Botánica. La Generación Heroica: 1810–1830: Independizó a Colombia. La generación Estoica: 1830–1870: Involucra el Período Radical. La Generación del 70: 1870–1885 (o 1870–1910). Esta es la generación preferida y más estudiada por nuestro autor, es la generación culta, letrada, la que hizo motejar a Colombia como la Atenas Suramericana, que López de Mesa preferiría llamar la Alejandría Latinoamericana (por ser más retórica que clásica). La Generación del 85: 1885–1910, que el adjetiva también –muy en su estilo– como la Generación Delicuescente, queriendo decir que se absorbe en la anterior o en la posterior a ella. La Generación del Cen-

502 Ver Luis López de Mesa (1955), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*, op. cit.

503 Luis López de Mesa (1930), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, op. cit. P.144.

504 Ver Luis López de Mesa (1930), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, op. cit.

tenario: 1910–1930. La Generación de Los Nuevos (menos bien definida por nuestro autor):1930–1950. Y pare de contar.

No hay espacio para traer a cuento tantos datos significativos exhumados por López de Mesa, pero ignorados por la historiografía tradicional, sobre la Colonia, los próceres, la política y los políticos del siglo XIX y XX. Sin embargo, sería imperdonable dejar de relievár el talante crítico de su visión de la historia, crítico hasta ser escandaloso por momentos –lo que habla bien de él– por ejemplo, en relación con Bolívar al que califica de “loco” –“hipomaniático” o maniático leve– dando igual tratamiento a Zea, a Mosquera, a Vargas Vila, a Marroquín, a J. M. Córdoba, a Pedro Fermín de Vargas. No olvidemos que el Profesor era psiquiatra. De Abadía Méndez dice que su cerebro “presenta una dificultad al paso de la luz”, de José Vicente Concha anota que en su presidencia coincidió “la necesidad de no hacer nada con la voluntad personal de no hacer[lo]”. A Reyes lo califica de soldado fanfarrón que cuando se retiró a Europa en 1909 “viajaba ostensiblemente ´de incógnito`”. A Caro, al que bien elogia lo califica de dogmático y doctrinario y le aplica la arrasadora sentencia: “Un hombre que se conceptúa armado de verdades eternas es un peligro inminente en el gobierno de las naciones”. ¡Para qué más!⁵⁰⁵

&

Reaccionario, racista, culterano, bizarro, todo esto puede decirse de López de Mesa, si atendemos a fragmentos de su obra. Qué tal su filimisca, afectada, sofistería de referirse a las groserías más comunes de los colombianos como: “el oprobioso vizcaíno en –ajo” (Carajo), “el derivado del latino *fodere*” (joder), “la palabreja de Cambronne maridada con ir” (Vete a la mierda), “que designa látigo en segunda instancia” (Vergajo), “Cerdo padre” (Verraco, o será Berraco?), “la frecuente interjección de Sancho” (“hideputa”, en castizo acento) y “nombre del fruto dehiscente de las leguminosas” (Vaina). ¡Qué vaina! Qué tal sus curiosas propuestas para “mejorar” a los colombianos: Adoptar un vestido masculino nacional para la tierra fría y otro para la tierra cálida; sustituir la caña de azúcar por el dátil africano, más fácil de cultivar y más rico en azúcar; el “matriarcado económico leve”, es decir, que la mujer administre la plata que gana el varón; que en la escuela se enseñe glamour a las muchachas porque las colombianas caminan muy feo!. Otras, tan llenas de sensatez como el salario mínimo, el establecimiento del Parque arqueológico de San Agustín o de la colonia penal de Gorgona, la creación de Bahía Solano (Ciudad Mutis, la bautizó el),

505 No se olvide que adoptó también una posición crítica frente a Heidegger (su idea de la Nada es decadente), frente a Freud (el psicoanálisis es magia y la Libido es de más cosas que el sexo) y a San Pablo, a quien critica su teología de la resurrección de Cristo (Cristo está presente porque la gente sigue creyendo en él, no porque resucitó –afirma López de Mesa).

la universidad nocturna, acabaron concretándose efectivamente con el tiempo y hoy gozamos de ellas. Otras aún, como dar más importancia a la policía que al ejército, aguardan su turno. Y otras, en fin, como reducir trámites y simplificar códigos o pasar al unicameralismo hacen parte de idearios novísimos.

Pero, si se atiende al conjunto, que es enorme para el espacio de esa vida vivida en Colombia, es mucho lo que aprenderían los jóvenes de hoy (y los viejos) si se arriesgaran a leer al Profesor López de Mesa, si superaran por un feliz momento el nefasto síndrome que el mismo retrató magistralmente al final de su vida, fino observador como era:

“En no muy lejana época, nuestra juventud campestre inclusive y la paupérrima deleitábase con alguna novelita sentimental, algún libreo de poesía romántica, algún almanaque ilustrado [...], vestían sus harapos limpios, respetaban su palabra y enorgullecíanse de su honradez y de la honradez de su prole. Lo que vale decir que tenían alma y no televisor [...] tenían patria y no puestos públicos”⁵⁰⁶.

&

López de Mesa y nuestra visión del Siglo XX:

Hemos visto cómo para López de Mesa –y los entonces sobrevivientes de su generación– el siglo XX se quebró literal y funestamente el 9 de Abril de 1948: “Cuarenta y ocho horas de locura oprobieron cuatro siglos de tenaz esfuerzo”⁵⁰⁷: Tal la cruda síntesis de su juicio sobre ese hecho histórico. Distanciándonos ya de los pormenores del análisis de las causas y posibles remedios del evento, ofrecidos por López de Mesa, quienes pertenecemos a la segunda mitad del siglo XX, con mayor o menor plenitud cronológica, bien podemos volver la vista atrás y mirar el vasto horizonte secular con la idea de hacer alguna suerte de balance.

La visión de López de Mesa, un gran protagonista y juez de la primera mitad, es, por supuesto, una ayuda. Vemos que Colombia en el siglo XX encajó finalmente en el cauce del capitalismo mundial y, si el esperado desarrollo no acaba de cuajar y se asemeja cada día más a un espejismo, cierto es que el país pastoril, rural y aldeano

506 Luis López de Mesa (2000), *Nosotros*, op. cit. P.61.

507 Luis López de Mesa (2000), *Nosotros*, op. cit. P.187.

ya no va más. Lo que hay puede ser mejor o peor, pero en todo caso es diferente. López de Mesa provee claras pruebas de una élite –o parte determinante de ella– comprometida en la construcción del país con un sentido de patria. No cabe exonerarla o desasirla de los particulares intereses de esa alta clase, de su patriarcalismo, paternalismo, evidente clasismo y hasta espíritu feudal supérstite de fondo. Pero difícil es negar el aliento constructivo, el compromiso social, la ética de responsabilidad, el liderazgo arraigado y la prestancia personal de gobernantes como Rafael Reyes, Carlos E. Restrepo, Pedro Nel Ospina, Alfonso López Pumarejo, Eduardo Santos y aún Mariano Ospina Pérez y de políticos de talante o actuación reprochable pero enorme arrastre colectivo como Laureano Gómez. En otro plano, pero de igual carisma, Jorge Eliécer Gaitán. ¿Qué ocurrió en efecto después del 9–de–abril? Da la impresión –alarmante y robusta– de que lo que vino luego fue una real y sentida devaluación de las élites.

En un largo “escrutinio” de nuestra historia independiente yo diría que se columbran ciclos de ascenso y descenso en períodos de medio siglo más o menos: Primeramente, de 1780 a 1830 –momento de los precursores y los libertadores–: un ascenso. De 1830 a 1900, en segundo lugar, –rota la Gran Colombia, indoblegable la pobreza, endémicos los conflictos partidarios y las guerras civiles semitribales–: un descenso. Este lapso excepcionalmente largo, sin embargo podría partirse en dos subperíodos: 1830–1870: caracterizado descenso de ambigua anomia, con un atenuante o cosa destacable: la progresista ideología del liberalismo radical. Y 1870–1900: ascenso relativo, como búsqueda de corrección de la anarquía generalizada que emprende el caro–nuñismo, con una circunstancia desfavorable resultante de su dogmatismo teocrático. El tercer período sería otra vez de ascenso entre 1900 y 1950 (siempre aproximadamente, por supuesto) –es la época de la industrialización y del vigoroso desarrollo capitalista, que confiere el impulso de una marcha que alcanza hasta el fin del penúltimo decenio del siglo.

Por último, de 1950 en adelante, o sea, el último medio siglo, nuevamente un descenso, una degradación del valor y peso específico de las élites y del proyecto atribuible de nación. No es efecto de razas o de mutantes “alcurnias”, como sugería López de Mesa, sino probablemente una consecuencia más de la profundización del capitalismo, nivelador por lo bajo de todos los procesos, un efecto de la urbanización, de la ruptura de todo lazo feudal–hacendario, de la llamada “revolución” de las expectativas insatisfechas, de la explosión demográfica, de la transculturación imperialista, etc., que no se cura con el fortalecimiento de la familia, como esperaba nuestro Profesor, puesto que la familia tampoco escapa al cambio. Pero lo que es muy duro de contraargumentar es justamente que la devaluación de las élites insurge como evidente.

Después de la transición del sexto decenio (años 50) tenemos dos presidentes: los dos Lleras, que son como el eslabón de unión de las viejas potenciadas élites con las nuevas devaluadas figuras de la última élite. ¿Qué han acabado siendo, pues, los últimos cuarenta años?: al parecer solo formas especiales de la decadencia, y poco más. Manifestaciones, apenas diversas, del delfinato, de la ineptitud o la mediocridad, y del arribismo. Así, entre los dos Lleras, nos sobrevino una mera forma fenoménica del hacendismo aristocrático cursi (“¡Que viva España!”). Y después del último Lleras, expresiones sucesivas, primero: del burocratismo ritualista, instaurado en el poder mediante un evidente fraude. Para ser mudos testigos en seguida –si exceptuamos el famoso Paro Cívico del 14 de septiembre de 1977– de la retractación minuciosa de un cambio prometido, creído y nunca realmente visto. Sufrimos luego el ascenso al trono de la mediocridad coronada o, mejor, la consagración de los viejos vicios aunada a la desaparición de las viejas virtudes (“Reduciremos la inmoralidad a sus justas proporciones”). Y luego aparecieron los buenos sentimientos de extracción popular `paisa´ ahogados, trágicamente ahogados, entre la arrogancia del narcotráfico triunfante, arrollador, de una parte, y, de la otra: una marca nueva de guerrilla ligada a la Anapo⁵⁰⁸: juvenil y astuta, primero, insensatamente equivocada de blanco, después, y siempre políticamente ambigua. Luego nos gobernó la ineptitud patológica. Y, luego todavía, el dandismo político de los delfinatos vicarios y la rendición definitiva a los ukases del imperialismo neoliberal. Y, luego, una capitalina y rancia imagen de modernidad arrasada por las mezquinas venganzas de la doble moral. Y luego, para terminar, el triunfo principesco de la frivolidad narcisista.

Si nuestra visión de esa suerte de “largos ciclos” pudiera proyectarse al futuro –lo que entraña tantos riesgos– uno esperaría que los años que vienen, los del recién estrenado siglo XXI, auguren tiempos mejores: un verdadero ascenso. Esperemos que así sea por el bien de todos nosotros y por imposible consuelo del laborioso y erudito profesor.

(Bogotá, 2007)

508 Anapo es la Alianza Nacional Popular, el movimiento del General, dictador, Gustavo Rojas Pinilla, quien ganó efectivamente las elecciones el 19 de abril de 1970 (tres lustros después se haber sido derrocado en 1957) pero fue privado del poder por un fraude a favor de Misael Pastrana Borrero. El descontento con ese hecho generó un movimiento político y un movimiento guerrillero peculiar, que recibió por nombre el M-19.

BIBLIOGRAFÍA

BELL, E. T. (1996), *Historia de las matemáticas*. México: FCE.

BORGES, Jorge Luis, Ulrica. *En Jorge Luis Borges (1975), El libro de arena*. Buenos Aires: Emecé.

GUTIÉRREZ VILLEGAS, Javier (1984), *Santos y López de Mesa. Sesenta años de historia Nacional*. Medellín: U. De Antioquia.

JIMÉNEZ LÓPEZ, M. *et al.* (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*. Bogotá: Biblioteca de Cultura.

LÉFEVRE, Henri (1969), *Sociología de Marx*. Barcelona: Ediciones Península.

LÓPEZ DE MESA, Luis, (1915), Nueva teoría filosófica, *Revista Cultura* (Julio 1915). Bogotá.

LÓPEZ DE MESA, Luis ([1918] 1969), *El libro de los Apólogos*. Medellín: Bedout.

LÓPEZ DE MESA, Luis *et al.* (1920), *Los problemas de la raza en Colombia*, Bogotá: Biblioteca de Cultura.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1926), *La civilización contemporánea*. París: Agencia Mundial de Librería,

LÓPEZ DE MESA, Luis (1928), *La tragedia de Nilse*. Bogotá: Cromos.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1930), *El factor étnico*. Bogotá. [Publicada junto con *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*].

LÓPEZ DE MESA, Luis (1930), *Introducción a la historia de la cultura en Colombia*, Bogotá.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1934), *De cómo se formado la nación colombiana*. Bogotá: Librería Colombiana.

LÓPEZ DE MESA, Luis, *Memoria de Educación* –1935. Bogotá: Imprenta Nacional.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1936), *La sociedad contemporánea y otros escritos*. Bogotá: Biblioteca Aldeana de Colombia.

LÓPEZ DE MESA, Luis ([1939] 1970), *Disertación sociológica*, Medellín: Bedout.

LÓPEZ DE MESA, Luis, *Memorias de Relaciones Exteriores* –1939–1940, 1941–1942. Bogotá: Imprenta Nacional.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1942), *Historia de la Cancillería de San Carlos*, Bogotá: Imprenta del Estado Mayor General.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1944), *Posibles nuevos rumbos de la Economía colombiana*: Bogotá, Imprenta Nacional.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1945), *Oraciones Panegíricas*. Bogotá: Editorial El Gráfico.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1947), *Nosotros y la Esfinge*. Bogotá: Librería Colombiana.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1949), *Perspectivas culturales*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.

LÓPEZ DE MESA, Luis ([1955] 1970), *Escrutinio sociológico de la historia colombiana*. Medellín: Bedout.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1958), *Opiniones constitucionales*. Bogotá: Imprenta Nacional.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1962), Orientación filosófica. Revista *Universidad de Antioquia* (Enero–marzo, 1962). Medellín.

LÓPEZ DE MESA, Luis (1963), *Páginas Escogidas*. Medellín: Universidad de Antioquia.

LÓPEZ DE MESA, Luis, (1963), Sociología y filosofía de la Historia. Revista *Universidad de Antioquia* (Abril–junio, 1963).

LÓPEZ DE MESA, Luis (1983), *La crónica de los tres comentadores*. Medellín: Universidad de Antioquia.

- LÓPEZ DE MESA, Luis (2000), *Nosotros*. Medellín: Imprenta Departamental de Antioquia.
- NIETO ARTETA, Luis Eduardo (1970), *Economía y cultura en la historia de Colombia*. Medellín: Editorial La Oveja Negra.
- NIETO ARTETA, Luis Eduardo (1971), *El café en la sociedad colombiana*, Bogotá: Ediciones La Soga al Cuello.
- NIETO ARTETA, Luis Eduardo (1978), *Ensayos históricos y sociológicos*. Bogotá: Colcultura.
- RODÓ, José Enrique (1938), Bolívar. En PÉREZ, Felipe et al. (1938), *Antología Bolivariana*. Bogotá: Ediciones Antena –Minerva.
- SANÍN CANO, B. (1972), *Escritos*, Bogotá: Colcultura.
- SIERRA MEJÍA, Rubén (1985). *La filosofía en Colombia (Siglo XX)*. Bogotá: Procultura.
- URIBE CELIS, Carlos (1992), *La mentalidad del colombiano*. Bogotá: Ediciones Alborada.
- URIBE CELIS, Carlos (2011), Luis López de Mesa (1884–1967). En Enrique Dussel et al. (2011), *El pensamiento filosófico latinoamericano del Caribe y “latino”*. México: Siglo XXI.
- URIBE CELIS, Carlos (2020), *Los Años 20 en Colombia. Siglo XX*. (Tercera Edición Ampliada). Bogotá: Ediciones Aurora.

6. ABRAHAM FERNÁNDEZ DE SOTO

ABRAHAM FERNÁNDEZ DE SOTO Y LA SOCIOLOGÍA CATÓLICA

Por qué una sociología católica?

Con 75 % de ciudadanos que profesan la religión católica en un reporte internacional de libertad religiosa de 2016, Colombia ocupa la posición 28 en el mundo. Pero todavía en 1987 Colombia era, según algunas fuentes, con 96.6 % de católicos, el país más católico del mundo por encima de Polonia y Lituania y, por supuesto con la excepción del Vaticano. En los años 50 del siglo XX la situación no era diferente. Ser cristiano protestante en aquella época era claramente excepcional, igual que ser judío, para no hablar de otras denominaciones religiosas, prácticamente inexistentes.

Por otra parte, la Constitución de 1886, que rigió al país por más de cien años (hasta 1991) con ajustes de alguna importancia durante el siglo XX, hacía de Colombia una nación próxima a un estado confesional, pues hacía de la religión católica la religión oficial de la nación y la declaraba “esencial elemento del orden social”. Esta constitución dio a la Iglesia católica la dirección y control de la educación de los ciudadanos y la eximió del pago de tributos, convirtiéndola en una de las potencias económicas de la república. La identidad ciudadana se puso en gran parte en manos de esta misma iglesia, pues el registro de nacimiento que abría la puerta a la condición de ciudadano en la edad adulta, era administrado por las parroquias y consignado en los libros parroquiales, de la misma manera que la constitución de la familia a través del matrimonio y el registro de la muerte. El influjo político, al menos hasta los años 30 del siglo XX, ejercido por las jerarquías católicas, arzobispos y obispos, y socializada a las masas por los curas de pueblo, decidió en gran parte la vida nacional. La guerra intestina, finalmente, conocida con el nombre de La Violencia, se planteó en buena medida como una guerra de religión.

En este contexto el libro *Treinta lecciones de sociología católica* (1952)⁵⁰⁹, cuyo autor fue Abraham Fernández de Soto debe verse como un producto “natural” del pensamiento colombiano de aquella época. Por esta razón lo incluimos en el presente volumen. La sociología era todavía una ciencia “nueva” en este país, setenta años después de haberse empezado a hablar de ella entre nosotros⁵¹⁰. El texto de Fernández de Soto es de algún modo un producto raro, pues debe entenderse como el primer tratado de sociología, de teoría sociológica, en Colombia y al parecer el único hasta la época de la profesionalización de la disciplina (años 60 y después).

&

Abraham Fernández de Soto. Breve reseña biográfica

Abraham Fernández de Soto Garcés (1899 – 1953) nació en Buga. Fue un abogado que estudió su carrera en la Universidad del Cauca (Popayán) de donde fue docente. Más tarde lo fue de la Universidad Nacional, el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (hoy Universidad del Rosario) y de la Universidad Javeriana, siempre en la carrera de Derecho. Durante el gobierno de Eduardo Santos fue Representante Diplomático de Colombia en Roma, Italia (cuando la Embajada había sido cerrada por circunstancias de la guerra). Escribió obras como *El municipio del Futuro* (1839), *Estampas de mi ciudad* (1942 –sobre Buga), *El atormentado camino de la paz* (1947 –publicado en Italia) y la obra que nos disponemos a comentar. Fue el padre de Aníbal Fernández de Soto, político del partido conservador y alcalde de Bogotá en los años 70.

Abraham Fernández de Soto representó en Colombia el movimiento reivindicativo de la ideología católica que surgió al final del siglo XX en Europa, como contraprestación al establecimiento del pensamiento materialista, racionalista, positivista, naturalista del siglo XX, visión que podía resumirse en la respuesta del físico Pierre Laplace (1749–1827) a Napoleón cuando este le comentó al físico que en su libro sobre el sistema del universo no mencionaba a Dios. Laplace respondió: “Señor, no he necesitado de esta hipótesis”. Desde Pío IX (Papado: 1846–1878) la Iglesia católica rechazó la visión positivista del mundo, a la que llamó “modernismo” y “liberalismo” y levantó un censo de los errores modernistas bajo el nombre de *Syllabus*. Pío IX fue

509 Abraham Fernández de Soto (1952), *Treinta lecciones de sociología católica*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

510 Ver aquí el capítulo sobre Don Salvador Camacho Roldán.

el último de los grandes monarcas de la Iglesia con dominio territorial económico político. Tanto Bismark como la nueva República Italiana desvertebraron su poder. Uno de los efectos fue el “catolicismo social”, que buscaba desde sus propias directrices apoyar la lucha de los obreros para mejorar sus condiciones de vida bajo la revolución industrial. En esta misma línea, pero con un matiz, controladamente más liberal, el Papa León XIII produjo en 1891 la encíclica *Rerum Novarum* sobre la política obrera. Allí el papa apoya la lucha de los obreros por mejores condiciones salariales y otras reivindicaciones que se expresaban a través de los sindicatos. Exalta el concepto de “justicia social”. Pero al mismo tiempo defiende la propiedad obrera como “derecho natural” en el marco de la justicia social y se distancia de la lucha de clases. Debe haber armonía laboral y recomienda fundar partidos católicos de corte obrero.

Entre los ideólogos de esta corriente defensora del catolicismo a principios del siglo XX, en la era del racionalismo positivista, se hallan filósofos como Maurice Blondel y el neoescolástico Jacques Maritain. En el campo de la política destacan Maurice Barrés y Charles Maurras, impulsores de *L'Action française*, un movimiento monarquista, antisemita, católico, nacionalista y antirrevolucionario.

Aunque estas figuras del panorama político francés pueden cernerse a la distancia en el pensamiento de Fernández de Soto, el sociólogo católico colombiano, este parece más influido por Alceu Amoroso Lima (1893–1983), más conocido por su seudónimo Tristan de Athayde. Athayde es un personaje de gran carácter que asumió en el Brasil del siglo XX desde los años 30, en tiempo de la dictadura de Getulio Vargas, la lucha política bajo las banderas de la ideología católica. Militó en el movimiento político Acción Católica y escribió, sin ser sociólogo –como tampoco lo era Fernández de Soto– sobre temas sociológicos como *Introducción a la sociología* (1958) y *El problema de la burguesía* (1939). En estos libros Athayde reproduce el pensamiento católico sobre la revolución industrial y sobre la condición humana. Athayde también fundó movimientos obreros e hizo obra social en barrios pobres y de extracción obrera. Fernández de Soto inicia su curso de sociología con citas de Tristan de Athayde. No cabe duda, por lo demás, que la otra figura tutelar del pensamiento de Fernández de Soto es el político conservador, de gran presencia en la historia colombiana de la primera mitad del siglo XX, Laureano Gómez. La ideología nacionalista y las propuestas corporativistas de Laureano, como se verá más adelante, campean en la visión de Fernández de Soto.

Treinta lecciones de sociología católica (1952)

Las fuentes

Este voluminoso texto de 340 páginas en formato mediano es, como dijimos antes, el primer tratado de teoría sociológica en Colombia. El autor recoge en el sus notas de clase sobre sociología en cursos dictados para abogados. Los temas tratados van de la definición de sociología a la teoría del valor trabajo de Marx, pasando por el contrato social con Hobbes y Rousseau, el determinismo racial de Friedrich Ratzel, las formas de asociación, el materialismo histórico, el socialismo ruso, la propiedad privada, la “conciencia nacional”, el mercantilismo, la familia y el corporativismo, entre otros. Sus lecciones hacen menciones de autores como Durkheim, Sorokin, Weber, Simmel, Comte, Spencer. De modo más detenido alude al francés Frédéric Le Play (1806–1882), a Athayde –arriba mencionado–, al Padre José Llovera, autor de un *Tratado elemental de sociología católica*⁵¹¹ y de quien se sabe poco hoy.

Conviene precisar que las menciones a los clásicos de la sociología como Durheim, Weber, Simmel o Sorokin son meramente circunstanciales y algunas de ellas parecen tomadas de otros autores, es decir que son de segunda mano. No queda claro si leyó sus textos y parece ser que nunca lo hizo. Las fuentes de Fernández de Soto son mayormente de tratadistas católicos que trataron temas sociales o que contradecían políticas modernas como el socialismo o el materialismo, a las que claramente se opone. El autor de las *Treinta lecciones* tiene un aprecio especial por el francés Frédéric Le Play, católico, que es recordado en la historia de la sociología por sus investigaciones minuciosas sobre la familia obrera francesa, a partir de encuestas sobre salarios, presupuesto familiar, distribución de los gastos, modo de vida, etc. Se trata de un trabajo empírico valioso. En sus *Lecciones*, como cosa especial, pues el estilo discursivo es el que predomina allí, el autor inserta un modelo de encuesta socioeconómica obrera que es tomado de Le Play. Se trata de la única muestra de sociología de campo, por así decirlo, en un tratado eminentemente ideológico. El atractivo de Le Play para el colombiano procede de ser católico y de ser investigador sobre la familia de clase obrera en Francia, trabajo que hacía eco a las instrucciones de los Papas Pío IX (el “catolicismo social”) y León XIII (el obrerismo católico).

511 De este texto sabemos porque aparece en la bibliografía de las *Treinta lecciones* de Fernández de Soto.

Sin duda, también, en concordancia con la política de Tristan de Athayde en Brasil, según hemos expuesto arriba⁵¹².

El contenido de las lecciones

Las *Lecciones* se centran, en su recorrido vasto por temas que sin duda son relevantes a la sociología, aunque siempre desde su óptica católica, fiel a la Doctrina Social de la Iglesia, en temas como el contrato social, el materialismo histórico, Marx y el socialismo y la Edad Media y el dominio de la religión y de la Iglesia en aquella época. Fernández de Soto rechaza la teoría del contrato Social. Esta explicación le parece artificial y ante todo laica, es decir, que desconoce el papel de Dios en la constitución de la sociedad. El fin del hombre es el Creador, proclama el autor. El materialismo histórico es una equivocación de principio a fin. La lucha de clases no ha existido –salvo por instigación de los marxistas– ni debe existir. Los pobres y la clase obrera deben recibir un justo trato y sus necesidades deben ser resueltas con justicia, pero el objetivo es la armonía entre las clases, entre patrones y obreros. La teoría del valor–trabajo de Marx no se sostiene. El valor está determinado, más bien, por la utilidad de los bienes. La frase de Marx sobre la religión como “opio del pueblo” tampoco presenta ninguna validez, pues el hombre siempre ha profesado una religión y la sociedad no puede entenderse sin ella. El socialismo proclama el fin de la propiedad privada pero la propiedad es el estímulo que permite el progreso individual y de las naciones. No obstante, los pobres, los desfavorecidos, la miseria y la opresión deben desaparecer, por un freno espontáneo al enriquecimiento egoísta inmoderado de los pocos de arriba en la pirámide social y por la acción diligente de un Estado que debe asumir la tarea de que la justicia social impere con la guía de la doctrina católica. Conceptos de Marx, en el tratado que estamos comentando, resultan adecuados en un nivel básico y general y provienen del resumen de *El Capital* que produjo el socialista francés Gabriel Deville, una síntesis muy popular en la primera mitad del siglo XX para aquellos que se interesaban en las tesis de Marx sin tener que enzarzarse en la telaraña teórica original de los libros del autor alemán. En apoyo de sus críticas Fernández de Soto trae citas de Spencer como: “Cualquier socialismo implica esclavitud” y de Simmel como: “la perfección funcional del individuo [su eficacia y su eficiencia] es proporcional a la extensión de su dominio [aparentemente aludiendo al poder económico y político]”⁵¹³. No se cita la fuente precisa, pues tal cosa no se usaba en los textos escolares de entonces. La sociolo-

512 Obsérvese que en Colombia los jesuitas patrocinaron en los años 40 del siglo XX la organización de la UTC (Unión de Trabajadores de Colombia, uno de cuyos hijos fue el vicepresidente Angelino Garzón) y la Iglesia organizó la Acción Católica colombiana.

513 Abraham Fernández de Soto, *op. cit.* P.294.

gía era más bien literaria y filosófica, antes que positiva o “científica”, como Camilo Torres gustaba de decir.

Edad media, familia y corporativismo

Los temas de la Edad Media y de la familia irradian simpatía y convicción en su tratamiento en el tratado. La Edad Media tuvo la fortuna de tener al cristianismo como guía espiritual e intelectual, según el autor. Este último destaca la concepción del *iustum pretium* y el *iustum salarium*, la condena de la usura: la explotación del dinero (*artes pecuniativae* [de *pecunia* /latín/=dinero) y un sentido ético de la vida social. “La inspiración de toda la organización medieval –escribe Fernández de Soto– fue absolutamente religiosa, el carácter de sus instituciones esencialmente ético y su preocupación primordial en lo económico, mantener un equilibrio entre la producción y el consumo que no agudizase la división de las clases, ni crease profundas desigualdades”⁵¹⁴. Sobre el salario de entonces dice que tenía en cuenta “el trabajo empleado; la inteligencia exigida; el costo de producción, el riego y la costumbre”⁵¹⁵. Esta es una clara idealización de la condición de los siervos de la gleba bajo los déspotas feudales.

La familia es el otro tema predilecto. Hay en las *Lecciones* una antropología histórica de la familia en las distintas épocas de la evolución. Aunque deberíamos decir simplemente de la historia, pues la idea de evolución es inadmitida en su trabajo. El darwinismo es rechazado como erróneo. La ideología –o la moral– católica de los tiempos modernos siempre ha insistido en la familia como pilar ético de la sociedad. La modernidad independizó al hombre de sus vínculos locales y de las relaciones de parentesco ligadas, primero, a la familia extensa, que se desintegró y quedó como un referente lejano, y luego, también a la familia nuclear, que acabó siendo minada de igual manera, por dos razones: el ingreso de la mujer al mundo del trabajo y al mundo del varón en condiciones de igualdad y, sobre todo, por la tendencia individualista prioritaria de la sociedad moderna. La religión católica, como E. Durkheim lo ilustró en *El suicidio*, acentuaba los rasgos de la solidaridad mecánica y la vida de comunidad, en tanto que el protestantismo se adecuó más al tipo de solidaridad orgánica individualista. El resultado es que modernidad e individualismo devinieron enemigos de la moral católica, por amenazar la vida familiar. El socialismo es igualmente una superestructura que pone a la familia en segundo plano. Las solidaridades del socialismo no se enfocan en el parentesco ni en la familia sino

514 Abraham Fernandez de Soto, *op. cit.* P.252.

515 Abraham Fernandez de Soto, *op. cit.* P.254.

en tipos muy diferentes de lealtad social. Por eso el pensamiento católico conservador se representa en la consigna: Tradición, Familia y Propiedad.

Ubicada en este marco conceptual la sociología de Fernández de Soto enfatiza el valor de la familia, ilustra sobre su desarrollo histórico y la recomienda como baluarte de la estabilidad social. A la familia desde la antigüedad romana, muestra Fernández de Soto, pertenecen tres efectos o principios, a saber: el concepto de autoridad que se centra en el varón o paterfamilias; el principio de la propiedad, que también gira en torno al varón y, un tercer mandato: el de la dignidad de la esposa⁵¹⁶. Estos principios: autoridad, propiedad, dignidad se han ido al traste en la modernidad inaugurada por la Revolución Francesa, según nuestro autor. “En ninguna otra época histórica –dice Fernández de Soto– ha buscado el hombre con mayor ahínco y desesperación la paz individual y colectiva. Quizá no pequemos de exageración al afirmar que no la encontrará hasta cuando regrese a la práctica de las sencillas costumbres familiares de hogaño [sic, tal vez debería decir: de antaño], sobrias, honestas y modestas, las que predicaron y practicaron quienes saben que la paz de los individuos como la de las naciones es un equilibrio permanente de la acción con la moral [católica]”⁵¹⁷

Finalmente, la utopía social católica de fines del siglo XIX a la primera mitad del siglo XX es el corporativismo. El corporativismo es un sistema social, económico y político que pretende que la sociedad toda se organice en torno a los oficios, profesiones o tipos de actividad de los individuos. Es una suerte de organización gremial. El Estado se constituye como un cuerpo de representación de las distintas agrupaciones laborales según el oficio, la profesión o la actividad. El parlamento es un organismo de representación gremial. Las ventajas políticas de este esquema organizacional es que los patronos propietarios de las empresas y sus trabajadores asalariados se unen, disuelven sus antagonismos, para luchar unidos por el progreso de su gremio. Puede haber clases, pero no lucha de clases. El gobierno del Estado es un árbitro mediador en los posibles conflictos. La ley busca la justicia social, el trato digno y justo de la clase menos favorecida y el logro del bienestar de toda la población, la mejora permanente de las condiciones sociales, el progreso de la nación en general y ante todo el ideal de la armonía social y la concordia ciudadana.

Ni capitalismo individualista y salvaje, podríamos decir en el léxico de nuestros días, ni socialismo o comunismo ateo en pugna con la moral y la religión católicas. Los Papas y la doctrina social de la Iglesia (católica) abanderaron este esquema durante

516 Ver A. Fernández de Soto, *op. cit.* Ps.157–158.

517 Abraham Fernández de Soto, *op. cit.* P.169.

la primera mitad del siglo XX. Un adalid de esta propuesta fue en Colombia el político conservador Laureano Gómez. El autor de las *Lecciones* no lo nombra, pero su sombra es fácilmente identificable en el trasfondo. Las *Lecciones*, en cambio, se proponen como una exposición depurada, neutra, académica de la nueva ciencia de la sociología: “una ciencia que siempre existió y, que, sin embargo, aún no existe” como dice el autor en su “Lección Primera”. Pocos años después, al final del decenio en que la Universidad Nacional publica el texto de Fernández de Soto (1952), Orlando Fals Borda y Camilo Torres darán inicio (1959), en la misma Universidad Nacional, a la carrera que profesionalizará en Colombia la disciplina sociológica.

BIBLIOGRAFÍA

FERNÁNDEZ DE SOTO, Abraham (1952), *Treinta lecciones de sociología católica*: Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

FERNÁNDEZ DE SOTO, Abraham (1947), *El atormentado camino de la paz*. Roma: Editorial Tumminelli.

[Es un texto escrito en Roma, mientras el autor desempeñaba labores diplomáticas. Su tema es la Europa de la segunda posguerra. Católico ferviente el autor incluye en este libro el capítulo: “El pontificado ante la paz universal”, que parece contener el fondo de su visión general sobre la temática del libro].

FERNÁNDEZ DE SOTO, Abraham (1952-1953), Régimen bicameral y senado corporativo. *Revista Ideas y Valores*. Números 7-8. Ps.565-595. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

[Este artículo expone la esencia de la ideología político-católico-corporativista de Laureano Gómez sobre el tema y su propuesta de una Reforma Constitucional para implementar esta concepción de Estado].

UNIVERSIDAD NACIONAL ABIERTA Y A DISTANCIA (UNAD)

Sede Nacional José Celestino Mutis
Calle 14 Sur 14-23
PBX: 344 37 00 - 344 41 20
Bogotá, D.C., Colombia

CARLOS URIBE CELIS



Académico, investigador y autor colombiano. Desde su primer libro, *Los años veinte en Colombia* (1985, con Tercera Edición Ampliada: 2020) hasta *Jesús. La historia alternativa* (Penguin-Random House [2018]) y *La gran "Colombia" de Bolívar en Angostura. Historia y perspectivas (1819-2019)* (2019), ha publicado ampliamente en los campos de historia social, crítica social y análisis sociológico de la cultura.

Es sociólogo de la Universidad Nacional de Colombia y profesor titular (r) de la misma universidad. Ha cursado estudios de posgrado en la Universidad de Cambridge en Inglaterra y en la Universidad de Ohio y la Boston Graduate School of Psychoanalysis en Estados Unidos. Ha sido profesor visitante en universidades colombianas, de Estados Unidos y España.

www.unad.edu.co

